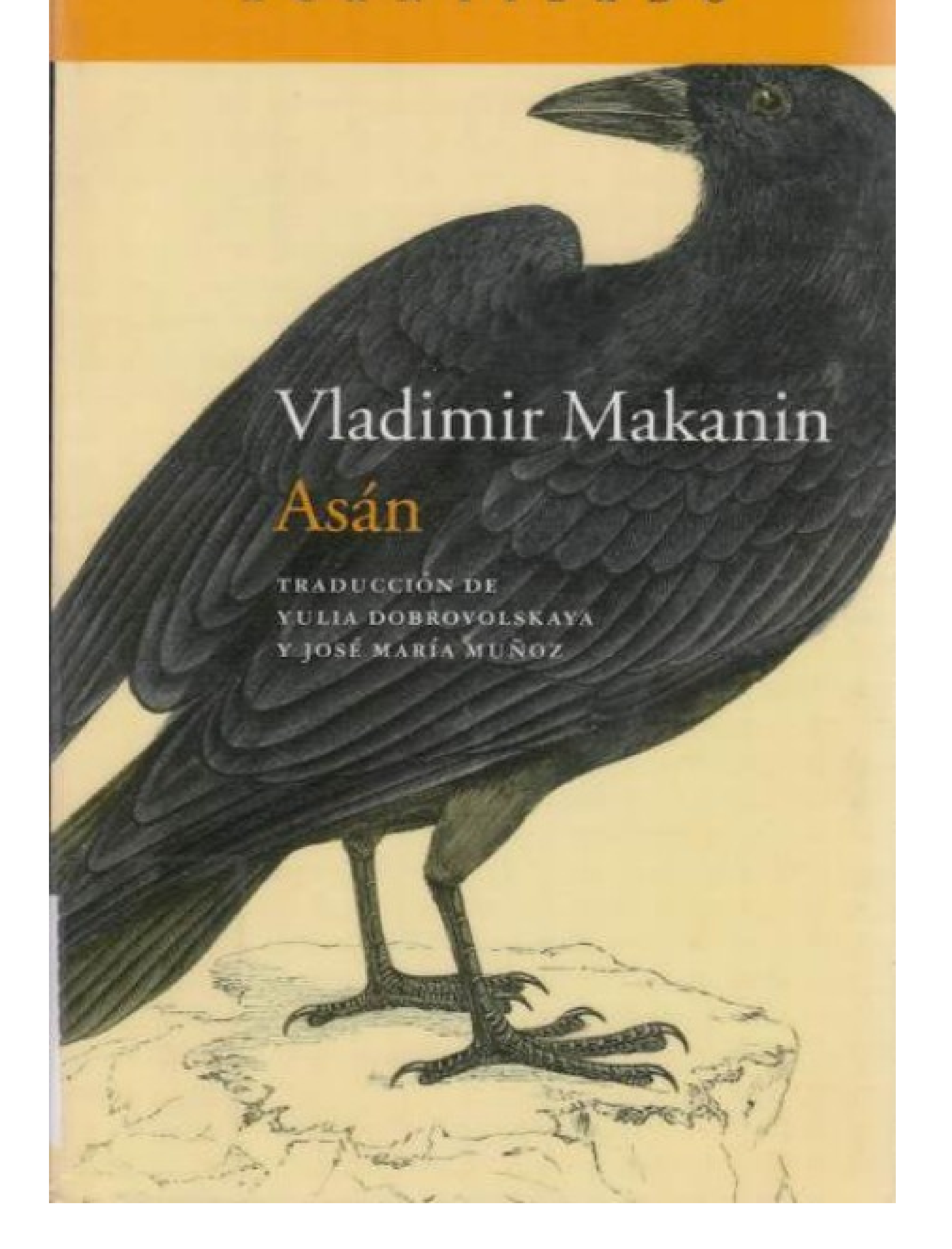

ACANTILADO
Vladimir Makanin
Asán
TRADUCCIÓN DE
YULIA DOBROVOLSKAYA
Y JOSÉ MARÍA MUÑOZ

ASÁN

Aleksandr Zhilin no es un soldado ejemplar, es un mero intendente obligado a comerciar con carburantes para sobrevivir; vende, sin escrúpulo alguno, tanto a los chechenos como a los federales, ya que', en esta terrible confrontación, el dinero/es el único denominador común. Una remota leyenda caucásica cuenta que Asán era un ser alado y sangriento cuyo rastro parece haberse desvanecido con el tiempo, pero que re-surge a través del santo y seña de los insurgentes, 'Asán ansía sangre'. Sin embargo, para Zhilin la consigna del enemigo no es otra que 'Asán ansia dinero', ya que en el mundo que recrea Makanin, con su prosa vivida y descarnada, sangre y dinero son intercambiables. El lector se encontrará con un fresco al estilo impresionista no sólo de la Rusia postsoviética, sino también de la guerra, ese extravío capaz de avivar la crueldad incluso en los más inocentes.

Título Original: *ACAH*
Traductor: Dobrovolskaya Pesina, Yulia et. alt.

ISBN: 9788416011407
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: oleole, 17/11/2018

Vladimir Makanin

Asán

Traducción del ruso de
Yulia Dobrovolskaya y José María Muñoz

Asán

Capítulo I

SOBRE los carriles ya vacíos, en medio del espacio repentinamente abierto, se amontonan sólo ellos, los soldados de nuevo cuño. No hay nadie más… De pronto se ven. ¡Míranos! ¡Aquí estamos todos! Mientras tanto, el tren (poca cosa: únicamente dos vagones) que les ha traído, ese tren de mala muerte, tras los pitidos de rigor se aleja zumbando. ¡Es la guerra!

Hasta las narices quedaron de tanto tren, vale ya, fin de trayecto. Adiós a esos sofocantes y hediondos vagones, eternos como una pesadilla. Ahora, en cambio, el aire emborracha… ¡Dios, qué aire! Un instante y ya están confraternizando bajo el cielo del Cáucaso. ¡Hurra! ¡Hurra! Todos abrazados. El primer pelotón con el segundo… Lo importante, sobre todo, es que han conservado sus armas. (A pesar de la bebida. ¡O tal vez gracias a ella!). ¡Ánimo, soldado! Los rostros están ardiendo, todos de color rojo purpúreo. Poca broma: en esas mejillas se podría encender un pitillo.

¿Cómo es que sólo hay dos pelotones, y encima incompletos? ¿Por qué únicamente hay un oficial para todos estos soldados? Eso sin contar con que incluso éste se ha quedado fuera de juego: en la estación, antes de llegar a Rostov, le sacaron del tren por una estrangulación aguda de la hernia… ¿Cómo? ¡Otro que tal! Pero ¿es que ya no quedan en Rusia oficiales sin hernias, apendicitis y demás puñetas? ¿Dónde están los oficiales de verdad?

Tampoco está presente en el polvoriento andén el oficial de acogida. Aunque, pensándolo bien, si estuviera no haría más que incordiar. ¡A cascarla! No está y punto… El que sí está es aquel jefe cagueta de ojos inflamados. Lleva un brazal rojo. Éste, para variar, mete prisa a la

soldadesca recién llegada: ¡Va, venga! Los echa del andén… Se muere por deshacerse de esos niñatos embriagados y con metralletas, de esa horda bisoña y tarambana. ¡Y a olvidarse otra vez de esta jodida guerra!

No hay otra cosa que preocupe a Brazal Rojo. ¡Rápido, la madre que os…! ¡Fuera de los carriles! ¡Eso es! Así va atravesando la estación tocada por los bombardeos hacia la plaza también algo dañada… Allí esperan los BMR[1] ¡Son para vosotros, chavales! ¡Para vosotros! ¡Adelante!

¿Dónde están?

Allí… Todos para allí, ¡al convoy!

Un soldado enorme, de esos que ninguna borrachera tumbaría, ruge:

—¿Qué convoy? ¡Eh, tú! ¿Dónde ves el convoy?

—Ahora vais a formarlo, a ver si te enteras. Todos juntos… Vosotros sois el convoy—explica Brazal Rojo—. Allí están vuestros BMR … También hay dos camiones vacíos del mayor Zhilin. Y otros tres camiones con bidones de gasolina… La gasolina también es del mayor Zhilin.

El nuevo apellido de marras mosquea enseguida a los soldados. A los quintos que acaban de llegar les mosquea cualquier nombre que se pronuncie con respeto… Gritan:

—¡Hay que ver! ¡Tíos! Es la leche… Encima iremos de acompañantes de vete a saber quién.

—No acompañáis, sino que formáis parte del mismo convoy. Juntos marz… march… avanza…—Brazal Rojo se lio con el verbo, con el principal verbo de la guerra.

Los soldados, sin formar filas, abandonan en tropel los carriles. Por fin… La plaza está llena de baches… Espoleados por el desenfreno etílico los soldados trepan a los BMR. Los BMR, cuatro vehículos de combate, poco a poco, uno tras otro, salen a la carretera… Se aproximan a los camiones.

La dirección es Bummat. Unidad militar n.° x. ¡Venga, venga! El convoy avanza a trancas y barrancas… ¡Vamos,

vamos! ¡Ahí están los camiones de gasolina! ¡No pasa nada! ¡Tranquilos, que no nos freiremos!

Aparece un anciano checheno de aspecto apocado. En su pecho lleva la placa distintiva de mozo de cuerda. La cabeza llena de canas. Un tic nervioso descompone su rostro.

Trata de agarrar a Brazal Rojo por la manga. Reclama su atención:

—Sáshik se va a enfadar.

—¿Qué quieres?

—¿Para qué enganchas los soldados a su convoy? Sáshik se enfadará.

—Que le den… ¿Tú los ha visto bien, viejo? ¿No ves a toda esta horda?

Los dos la ven… Los soldados tan pronto suben a los b m r como saltan otra vez al suelo. Buscan un sitio mejor, aquí, allá… Se ríen a carcajadas, se abrazan. Pese a la tremenda borrachera, abundan los semblantes resplandecientes. Esas miradas jóvenes, tan luminosas, tan cargadas de entusiasmo…

A Brazal Rojo le falta vigor. Pero… ¿y ese soldado? ¡Será estúpido! ¡Es como para darle una buena colleja! Se ha lanzado hacia los obreros del ferrocarril. Currantes chechenos y rusos pringados de grasa. Soñolientos… El soldado corre de un lado para otro. Gritando. Llamando. «¡Padre! ¡Padre!». Pregunta a los obreros por su padre… El soldado cree que todavía está cerca del Volga. ¡El pobre necio no se había despedido! Cree que su casa, su familia, están por aquí. Cerca. No comprende que está en Chechenia. «Padre, ¿dónde estáaas? ¡Padre!».

Aquel soldado enorme, el que aguanta la bebida, se presenta como ayudante voluntario. Se llama Zhora. Un fortachón increíble… Zhora coge en brazos al soldadito y mientras lo lleva hecho un guiñapo hacia el BMR le va repitiendo con ternura:

—Encontraremos a tu padre. Luego lo encontraremos. ¡No seas cagueta, soldado!

Brazal Rojo conoce el paño. Por eso tiene prisa. Vaya si lo conoce: la borrachera que se oculta en los intestinos de los soldados aún no es lo que será, de momento sólo se prepara para atacar de verdad. No hay escapatoria… La auténtica embriaguez se apresta a machacar sus jóvenes cabezas. Diablos. Pero ¡con qué eficacia, con qué absoluta precisión el alcohol puede desenchufar a los chicos! Desconexión total… La madre que los parió.

En cambio Zhora… ¡Zhora le viene de perlas! Bendito grandullón.

También le será de ayuda el sargento resucitado. Ese sargento de doble apellido, Borzói-Babkin, que se ha despertado tras dormir la mona. No se acuerda de nada. ¿Quién es? ¿A qué pelotón pertenece?

—¡Tíos!—grita el sargento.

Sea como fuere, dos cabezas valen más que una. El sargento Borzói-Babkin y Zhora se van dando cuenta del percal. Mientras los borrachos siguen en plena confraternización, ellos dos ya comprenden que pintan

bastos, que en semejante estado los reclutas lo tienen crudo para llegar a la unidad militar n.° x.

Brazal Rojo, no sin mordacidad, les tranquiliza:

—Llegarán… Pero no todos… Aquí nunca llegan todos.

—¿Y eso?

—Es lo que hay. Lo habitual aquí. Esto es Chechenia… ¿Os suena?

Brazal Rojo sabe de qué habla. Y por ello insiste. ¡Fuera de la plaza! Todos a los BMR… ¡En marcha, todos! No puede dejarse a nadie aquí, en la estación. No se lo permitiría siquiera con los difuntos de taberna, así que… ¿con esta horda? ¿Que duerman la mona? ¿Dónde? ¿Cómo?

Brazal Rojo se agarra a su pistola. ¡Estáis locos! ¿Que los soldados duerman? ¡Lo que faltaba! ¿Acaso han venido aquí a echarse una siesta? ¡Fijaos qué bonitos son los BMR que han venido a buscarlos! ¡Adentro! Arriba con los reclutas.

Digan lo que digan, el lugar de un soldado está en un BMR. ¡Menudos monstruos! ¡Y qué bravos se ven los chicos encima del blindaje! ¡Fenómeno! Lo único que les falta es una orquesta.

Zhora y el sargento, no obstante, agarran a Brazal Rojo. Por ambos flancos. Tú eres el jefe, ¡has de asegurar el camino!

—Sólo mando en la estación.

—¡Asegúranoslo!

Brazal Rojo, después de rumiar un poco, encuentra una especie de solución. Los tres camiones con los bidones de gasolina son intocables. La gasolina se transporta por orden del mayor Zhilin. No es un cualquiera, manda lo suyo… ¡Y no admite retrasos! Pero esta gasolina pasará por la carretera justo por delante de vuestra unidad…

—¿Y qué?

—Suma dos camiones vacíos…

—¿Y qué?

—Iréis como parte del convoy. ¿Está claro?

Brazal Rojo ha estado fino lanzándoles esta idea, la de los dos camiones vacíos. Por si los chicos acaban hechos papilla. Dos camiones irán casi vacíos, bueno, con el suelo cubierto de serrín. O sea, lo normal, serrín alfombrando la caja vacía… para mayor seguridad de las mercancías futuras.

Zhora y el sargento intercambian miradas. La sugerencia ha penetrado en sus molleras. El serrín. *No para asegurar las mercancías, sino para proteger a los chavales…*

Brazal Rojo, a su vez, sigue metiendo prisa, apremia a los últimos:

—¡No se puede! ¡Aquí no podéis estar! Fuera… ¡A los chechenos de Grozni no les gusta nada que se amontonen los soldados! ¡Deberíais haber llegado de noche! ¡A oscuras! ¡Para que no os vieran!

Mal que bien, el convoy ha salido por fin de Grozni y, al poco tiempo, las cosas se han puesto feas. Dentro de los BMR los chicos se han desmadejado. Mareados como sopas, se han puesto a vomitar. Se han ido asomando y encaramándose a la carcasa. Pero apenas aguantan ahí encima, resbalan por la chapa de los carros de combate igual que sacos… A la mínima que los vehículos aumentan la velocidad, caen como ciruelas maduras. Llueven soldaditos desde los BMR. Directamente a la carretera.

Detrás van los camiones. ¡Abrid los ojos, joder! Uno se ha roto el brazo… Al otro por poco lo estrangula la transmisión. Y los que van dentro de los BMR vomitan y se ahogan… La gloria militar no se alcanza porque sí.

El convoy se ha detenido. La soldadesca, instintivamente, sin que medie orden alguna, se traslada de los carros de combate a los camiones vacíos. Trepan, se arrastran… A algunos hay que echarles una mano. A los que se han desmayado, Zhora y el sargento Borzói los balancean sujetándolos por los brazos y las piernas y los tiran por encima de la baranda: a la una, a las dos, ¡ya! Todos revueltos… ¡Nada de pasar lista!

Ahí, dentro de los camiones, se está mucho mejor. ¡Sobre el serrín suavecito!… ¡Por todos lados afluye el dulce aire de la montaña! ¡Puro oxígeno! ¡Es el Cáucaso! El Cáucaso que, anunciando su plenitud, envuelve los sesos. Envuelve y acaricia las almas jóvenes… El Cáucaso llamándonos… ¡Los quintos están felices! De vez en cuando se ponen de pie en la caja del camión tambaleándose con el traqueteo. Agitan las metralletas (eso si Zhora o el sargento todavía no les han quitado el arma), se caen y vuelven a levantarse…

Por menos de nada abren fuego. ¿Dónde están los malditos chechenos? ¿Dónde está la guerra? ¡Comandantes, ¿dónde os habéis metido?! Algunos arden de impaciencia por entrar en combate, aquí y ahora… ¿Cuánto tiempo hemos de esperar? Hay que entrar en combate, en cualquier combate, antes de caer noqueados por el calor.

¡Al ataque! Cuanto antes, mejor… Estos malditos camiones, los de la gasolina, son un freno. Más que encabezar, traban el convoy. ¡La leche, pero qué cachaza! ¡Dejadnos pasar! ¡Si no fuera por vosotros ya estaríamos luchando! La culpa es de esos trastos.

Zhora y el sargento Borzói continúan quitándoles las armas a los más borrachos, ¡más vale guardar las metralletas debajo de la lona!

Zhora y el sargento se ven obligados a separarse: Zhora vigila la caja del primer camión vacío. Su tarea es acomodar sobre el serrín (mejor todavía: acostar) a los más borrachos y violentos. ¡A esos cualquier cantidad de vodka les parece poca! No les apetece dormir… Da igual, que se tumben… Y que se arrastren cuanto gusten por el serrín.

Para el segundo camión el sargento Borzói-Babkin ha agrupado a los más tranquilos y amodorrados. Que nadie se levante… A dormir sobre el serrín, ¿qué más se puede pedir?… Nada más acabar el pitillo, Borzói se queda traspuesto.

No por mucho tiempo. Los durmientes se mueven. Uno levanta la cabeza… Otro llama en voz baja al compañero:

—Gilipollas… ¡Mujin!

Pero el sargento Borzói, tumbado encima (cubre a dos o tres soldados), permanece alerta incluso dormido. Vigila. Si alguno se mueve, el sargento, sin acabar de despertarse, enseguida se recuesta sobre él. Lo aplasta. Bajo el peso (y el poder) del sargento, el agitado se aplaca. Se duerme. Y, junto a él, se duerme el sargento. Aunque a éste nunca le dura mucho el sueño.

En cambio Zhora, en el primer camión, se mantiene de pie. A diferencia del sargento, no se arrastra por encima de sus tutelados. Con una zancada se planta ante quien sea que se levante y, acto seguido, simplemente derriba al camorrista de turno. ¡Toma! Y ahí tienes al otro revolcándose en el suelo del camión, sobre el serrín, gritando furioso:

—¡Cómo te atreves, hijoputa! ¡Me has pegado, a mí! ¡Al soldado Kóptev! ¡Me las pagarás!

Zhora ni siquiera le mira. De nuevo está solo de pie en la caja del camión. Se apoya ligeramente en la cabina… Está solo y observa la carretera. Solo consigo mismo. Le gusta cómo se levantan las nubes de polvo del Cáucaso. ¡Qué remolinos tan potentes!

El veinteañero Zhora disfruta de lo lindo. Ahí, de pie, en la caja del camión que corre a toda velocidad, se imagina devuelta a su lejana y soleada infancia. ¡Al mismísimo meollo de su infancia! «Tengo cinco años—piensa—. No, mejor siete».

En el andén vacío se encuentra Brazal Rojo. Está algo estupefacto… Alrededor no hay más que carriles, carriles por fin vacíos. La estación vacía. Silencio.

Por detrás se le acerca de nuevo el anciano checheno. No trae la carretilla, pero sí lleva su inútil placa de mozo de cuerda.

Los dos guardan silencio.

—Sáshik se enfadará—sentencia de nuevo el viejo.

—Me importa un bledo Sáshik.

—No digas eso.

Brazal Rojo escupe. Gracias a Dios, se ha librado de esa tropa. ¡Hay que ver! ¡Nadie de Jankalá ha venido a recibir a los soldados!

A esos pobres desgraciados los han ido pasando de un tren a otro. Sin dormir. Sin comer… Y aún pueden considerarse afortunados: al menos se atiborraron de vodka… Primero dando tumbos de aquí para allá en las cercanías de Rostov. Se olvidaron de asignarles un oficial en sustitución del que cayó enfermo… ¿Cómo es posible que hubiera sólo un oficial? ¿Y que en Mozdok les hayan trasbordado hasta tres— ¡tres! —veces?

—Hacía mucho que no se veían soldados como éstos—suspira el anciano.

—Tienes razón.

—Nunca los ha habido tan borrachos. Que yo recuerde.

—Hace un año sí que los había.

—¡Vaya! ¡Hace un año!

Brazal Rojo y el viejo están pensando lo mismo: ¿para qué envían aquí a estos soldados? ¿Quién los ha reunido? ¿De dónde vienen? Es como si llegasen del pasado.

—Sáshik se enfadará—repite el viejo, y suspira—. ¿Cómo se te ocurre meter a unos soldados desconocidos en sus camiones?

Brazal Rojo, tras soltar otro esputo, pregunta:

—¿Es que le has visto por aquí?

—Hace dos días.

—¿Cómo está?

El viejo musita con aire dolorido:

—Sáshik ha dejado de sonreír.

Capítulo II

—¡VIVA la guerra!—grita a voz en cuello un soldado rebozado en serrín… Ha logrado ponerse de pie pese a las sacudidas que da el camión.

La paz con los chechenos también serviría. Una paz larga, prolongada… Los chechenos también son humanos. Y los soldados podrían entretenerse pescando. Dicen que el pescado de los riachuelos montañosos es de primera, aunque diminuto.

Sin embargo, la opinión compartida de manera unánime por todos los soldados es «¡Viva la guerra!». ¡Su madre!

¡¿Por qué no avanzamos más deprisa?! ¿Qué ordenes ni qué niño muerto? ¡Dejen pasar! ¿La gasolina? La gasolina para el mayor Zhilin… ¿Quién coño es ese Zhilin? ¡Estamos hartos del dichoso nombrecito! ¡Que se vaya a tomar por…! ¿Son suyos los tres camiones con los barriles? ¡Pues como si les prenden fuego los chechenos! Qué más nos da a nosotros… ¡Ojalá ardiesen, no iba a molar ni nada!

Han hecho ya unos cien kilómetros. Nada les importa.

En cambio al mayor Zhilin sí que le importan los camiones con la gasolina. Lo sé porque el mayor Zhilin soy yo.

Ruslán, jefe de construcción, tiene mucha sangre fría. Me ha llamado, parece tranquilo. Acaba de unirse al convoy para acompañar a los camiones de combustible… Sí, claro, claro que hay incidencias… Han parado el convoy… ¡Las montañas aún no se ven, pero los problemas ya han empezado!

Según él, la cosa sólo puede acabar de dos maneras, con un rescate importante o con un derramamiento de sangre igualmente importante.

El convoy se ha detenido a medio camino. Los chechis que obstruyen el paso exigen dinero.

—La tropa está frita, Aleksandr Serguéievich. Tirados por los camiones… Borrachos como cubas… Los van a degollar a todos. Por alguna razón los han enganchado a su convoy.

—¿Hay muchos chechis?

—Bastantes.

—¿Los BMR han disparado?

—No, gracias a Dios.

Después de llamar al mayor Zhilin, Ruslán, por descontado, ha guardado su móvil… ¡de inmediato! Aquí, en las carreteras, un móvil es a menudo objeto y motivo de la primera disputa. ¡El primer chispazo!

Su voz, no obstante, no temblaba. Eso está bien.

—Voy para allá—dice el mayor.

Hay que remediar el desaguisado. ¡Y cuanto antes mejor! Ruslán aguantará lo que haga falta.

En términos generales, Ruslán, en tanto que checheno, odia a los federales. Pero a la hora de la verdad, Ruslán, por muy checheno que sea, cumple honestamente con la tarea que se le encomiende. Toda una mezcla de sentimientos… Algo muy frecuente aquí en Chechenia… El mayor Zhilin conoce a sus hombres. (Yo los conozco. Casi puedo ver a Ruslán con la banderita tricolor. Le ha tocado estar ahí y no flojeará… Seguirá al lado de nuestro camión en cabeza lleno hasta los topes de bidones de gasolina de primera. Es como un explosivo líquido).

Me figuro que los guerrilleros chechenos que han interceptado el convoy se estarán riendo de Ruslán. ¿Qué pinta un jefe de construcción en medio de la carretera? Seguro que lo acribillan a insultos. A diferencia de los beligerantes, no lleva ni metralleta ni pistola… Sólo la banderita.

Por eso el mayor Zhilin, una vez en la carretera recta, pisa a fondo. (Yo piso a fondo. Voy a toda prisa).

Pero las prisas le han gastado una jugarreta al mayor Zhilin en un detalle. Se ha equivocado al elegir al soldado… El mayor lo ha llamado para que conduzca si la situación lo exige o bien para que saque el cañón de la metralleta por la ventana mientras él sigue al volante. Su aspecto es el de un soldado como cualquier otro… Cuesta acertar a la hora de llevarte a uno u otro de ayudante…

No hay mucha distancia, llegaremos a tiempo…

Los chechenos ya están a la vista. Sus figuritas diminutas rodean el camión, agitan las metralletas. El soldado se ha acobardado de antemano. ¡Tiene los ojos desorbitados! Aunque ha sacado la metralleta por la ventana.

Suena el móvil… Ruslán se las ha apañado para volver a llamar:

—¡Los chechis están furiosos, mayor! Acaban de salir del verdor.[2] Han sufrido bombardeos… Tienen hambre… Vaya preparándose para cualquier cosa.

Sí, sí, el señor de la guerra ha accedido a que el mayor Zhilin tercie en la cuestión del convoy secuestrado. Quién mejor como pacificador. Ha aceptado nada más oír que el mayor Zhilin se encontraba cerca. Eso sí, que traiga dinero… El señor de la guerra lo ha dicho tal cual: «Confío en el mayor. Pero que venga pronto. Y con pasta».

—¡Dios, de soldados no tienen nada, Aleksandr Serguéievich!—Ruslán habla deprisa—. Nada de nada… Novatos.

—¿Y el oficial?

—No hay.

El mayor vuelve a preguntar:

—¿No será que los chechis tratan de que suba la puja, Ruslán? ¿De veras hay motivo para tanta prisa?

—Sí, lo hay, Aleksandr Serguéievich. ¡O nos damos prisa o habrá sangre a raudales!

Con un checheno no cabe andarse con rodeos, lo mejor es ir al grano, decirle lo que hay del modo más directo posible. En voz alta y clara. No hace falta tranquilizar a un checheno. Se atiene a lo que sea sobre la marcha y tal como viene… Le mueve el instinto básico. La cuestión es que justo ahora el mayor Zhilin no tiene dinero. (Algo sí, pero mucho menos del necesario).

—Aleksandr Ser…

La conversación se ha cortado. Las interferencias… La cercanía del convoy causa interferencias. Cualquier convoy es una montaña de metal.

Pero la interferencias no sólo han surgido en el éter… Justo en la carretera…, delante del coche ha aparecido de sopetón un chechi con la metralleta en ristre. Ha saltado de entre los matorrales.

—¡Diablos!

Cuando te aproximas a un convoy bloqueado, obviamente estás bajo el control de los chechis. Su vigía aquí, en la carretera, está donde tiene que estar. ¡Es lo lógico, lo que corresponde! Pero, aun así, no debería

surgir como por ensalmo de los arbustos.

¡Este habrá salido por su cuenta y riesgo, excitado por el aviso de que venía el pacificador, de que llegaba para negociar y, muy probablemente, traía pasta! Además, qué clase de vigía es si salta a bote pronto, sin un grito de aviso, y te apunta directamente a la frente.

El soldado ha disparado primero. Ha abierto la portezuela en plena marcha y ha sacado la metralleta… Al mayor Zhilin tan sólo le ha dado tiempo de soltar una maldición. (Yo he soltado la maldición… Nosotros le hemos matado… Hemos complicado las cosas).

Ahora todo pende de un hilo… ¡Qué absurdo!… Y, como siempre ante el peligro, he dejado de verme (y sentirme) como el mayor Zhilin, tan sólo existe un «yo». Yo, que voy por la carretera. Que tengo los nervios de punta. Que me guío por mero instinto… Yo y el inútil de mi soldado.

El corazón me late fuertísimo. ¡Qué poco me ayuda eso! Las palpitaciones de mi soldado se oyen todavía más… ¡Ahora sí! Aquí está el puesto de vigilancia normal checheno. Con un chechi plantado en la carretera. Da un grito… Alza la mano.

Y enseguida señala la carretera: adelante, pasa.

Con ese simple gesto me hace entender que sabe de mí, del mayor Zhilin, que lo sabe todo. Que acudo a pacificar, que no vengo de muy lejos. Que conduzco un viejo cuatro por cuatro GAZ-69, el gazik. Lo que no sabe es que cincuenta metros atrás yace un checheno muerto. ¡Lo sabrá! Esta clase de noticias no tardan en llegar… Ni siquiera hemos arrastrado el cuerpo hasta los arbustos. Está tumbado en la carretera con los brazos abiertos. Es sabido que ocultar el cadáver casi siempre empeora las cosas. Envenena el desenlace. Desata la furia hasta extremos impredecibles.

Se nota la cercanía de la línea de vigilancia. Mi soldado se está poniendo pálido. Él es quien ha liquidado al checheno. Mientras, yo iba conduciendo.

El convoy está a la vista… Son mis camiones. Formando hilera. Les siguen los BMR, ya me he enterado de que van vacíos, sin los soldados. La presencia de los vehículos de combate se adivina fácilmente…, ahí, al final del convoy, curvando la fila.

He visto antes a este señor de la guerra checheno, en *algún momento*, en *algún lugar*, en *determinadas circunstancias*. Pero no logro recordar los detalles. ¡Qué fastidio! Le rodea un enardecido grupo de secuaces, a cual más locUAZ… Por poco les atropello al llegar. Lo he hecho a

propósito. A dos de ellos que me cerraban el paso incluso les he dado un toque, un ligero empujón con el parachoques, y se han apartado de un brinco. Encima di un bocinazo… ¡Paso franco, aguiluchos!

Se han hecho a un lado. Si no, no habría adivinado quién es el jefe. Todos ellos, en general, son iguales. Tienen un aspecto bastante siniestro, con los trajes de camuflaje hechos unos zorros, pues acaban de bajar de las montañas. Pero, cuando he saltado del coche y me he acercado al comandante, el círculo se ha cerrado de nuevo… Conmigo dentro. ¡Qué caras! ¡Sucias, cubiertas de polvo y barro! ¡Famélicas!

Hace nada que han abandonado el bosque. El olor, horrible, a rancio. Se percibe con más intensidad desde el centro del corro.

—Sáaashik—el señor de la guerra me estrecha la mano—. Aquí estamos. Se ha dado la ocasión, mira por dónde.

—Eso parece.

—Para empezar, todo va bien. Nadie te apunta, ya lo ves.

Sonrío amistosamente:

—Para empezar, no estaría mal que les mandaras bañarse.

El comandante no contesta. Se ríe… Aunque lo hace comedidamente… Y, alzando la mano, ahuyenta a sus aguiluchos, ea, apartaos. Que sí, que él también está a punto de ahogarse de lo que apestan.

—¡Negociaciones! ¡Negociaciones!—levanta la voz y hace que los suyos se alejen unos pasos más allá.

Cuanto más apretados, más contentos, ya, ya, pero a veces, como ahora, molesta.

Nosotros, el comandante y yo, codo con codo, damos unos pasos hacia el convoy atascado… Ahí están… Los camiones que llevan mis barriles. Seguimos andando hacia donde se oye un barullo sordo. Aquí los tenemos: otros dos camiones, también míos, pero llenos de bulliciosa soldadesca.

Ruslán no está con la gasolina, sino junto al camión de los soldados borrachos. Lo entiendo… Aunque no veo que lleve la banderita tricolor rusa. No viene al caso. Correcto… Le saludo con la mano. Todo en regla. ¡Manos a la obra, joder!

El asunto, mientras tanto, no es nada sencillo… Camino tranquilamente junto al señor de la guerra, que me trata con respeto. Pero dos chechenos jóvenes me siguen como lapas, pegados a mi espalda desguarnecida. Se me han enganchado sin que nadie se lo ordene. Dos pares de ojos ardientes… De vez en cuando sus manos se

deslizan hacia las dagas prendidas a sus cintos. ¡Muy pintoresco! (Menos mal que mi soldado se ha quedado en el cuatro por cuatro. Lo habría pasado muy mal).

Estos dos, con pinta de sanguinarios, cumplen de modo espontáneo la función intimidatoria. Me marcan por detrás pretendiendo incomodarme, comerme la moral. Me transmiten silenciosamente su iracundia… ¡Jóvenes!

—¿Qué hay ahí?—pregunto deteniéndome frente a los camiones.

Señalo al más cercano sobre todo… A bordo, los soldados parecen revolcarse en el fondo de la caja. Van como a gatas, encorvados o medio doblados… Borrachuzos… Sólo uno está de pie. Un grandullón… En cuanto uno de los soldados agachados se levanta, el grandullón lo tira abajo de un golpe y lo manda de nuevo al fondo, junto con el resto… Dentro se mueven a cuatro patas en medio de un guirigay… Sueltan gritos de borrachos… Da la sensación de que están removiendo el serrín, de que buscan algo. Se arrastran por el suelo en pos de la última moneda perdida. Cada cual busca la suya.

Esa moneda ahora es su vida.

—Ahí, Sáshik, está la mercancía—ha dicho el comandante, ya sin la sonrisa.

Sus ojos se han vuelto dos ranuras. Empieza el regateo. Y enseguida el señor de la guerra, a bote pronto, marca el precio de estas monedas sin valor, las vidas de los soldados: cinco de los grandes. ¡Anda! Tres ceros. El comandante incluso ha escrito, ha dibujado en el aire los tres ceros detrás del cinco, 5000. En billetes verdes americanos… Me he limitado a sonreír: no, no, amigo, no lo discuto. Pero sí que me gustaría hacer un cálculo más exacto… Allí donde hay mercancía real, hay precio real.

He llamado, he hecho un gesto con la mano, Ruslán se ha separado del camión de los soldados y ha venido directo hacia mí. Sin dudarlo… Como si siempre me echara una mano en los cálculos.

Mientras Ruslán se acerca, uno de los soldados del camión ha logrado levantarse en la caja… De pie, con los ojos turbios… No, no mira nada… De pronto se ha doblado por encima del borde y ha vomitado copiosamente. El grandullón se ha precipitado hacia él mostrando el puño. Pero el soldado, una vez aliviado, se ha dejado caer como un fardo… Se ha tumbado por iniciativa propia… En el fondo del camión, a solazarse en el serrín… Desde bastante lejos se le oye relinchar allá adentro: ¡qué grande soy, cómo he vacilado al bestia de

Zhora!

Los dos jóvenes chechenos otra vez han acariciado sus dagas. Y han gritado en su lengua algo ultrajante a Ruslán. Este ha empalidecido un poco pero se ha contenido… Lo dicho, tiene mucha sangre fría.

Ruslán (como si estuviera ponderando la mercancía) me explica que los soldados acaban de bajar del tren, ¡cachorros! ¿A qué cretino, allá en Rusia, se le habrá ocurrido enviarlos aquí? Seguramente los soldados comenzaron a beber apenas se subieron al tren. Comiendo el pollo asado de mamá. Pasándoselo en grande. Partiéndose el pecho de la risa… Nada más llegar, habrán reforzado la cogorza con alguna porquería. Vodka ilegal, lo más probable… Es dudoso que hayan sido víctimas de la mala fe… No creo que les hayan puesto la zancadilla… Habrá sido espontáneo, un desbarajuste puro y duro, sin más. No les acompaña ningún oficial…

—Espera, Ruslán… ¡Un momento!

Sin pararme a escucharle, no reprimo el impulso y llamo al puesto de control correspondiente. Está a la salida de Grozni. Mientras hablo, los jóvenes chechenos se me han ido arrimando, una palabra errónea y me arrancan el teléfono… Y, de paso, los sesos.

Desde el puesto de control me han confirmado que sí, que nuestros soldados han cruzado. Bastante pasados de rosca, por cierto. Todos revueltos dentro de los camiones vacíos de carga. A ver cuándo y cómo acabará la juerga.

—¿Tan fuerte la han cogido? Pero ¿de qué van?

—Vaya usted a saber, camarada mayor. Borrachos hasta las cejas de cualquier porquería…

—Cambio y corto—digo.

Ruslán prosigue… Valientes niñatos, y encima en la estación de ferrocarril han probado la hierba. Toma ya, todo mezclado… ¡Les zumbaban las orejas de tanto oír hablar de la hierba! Así que… ¡cómo no! ¡A ponerse ciegos!

El comandante escucha con mucho interés. Cada palabra refuerza su posición en el regateo… ¡Os he cogido!… ¡Recién reclutados! Remesa directa desde Rusia. Un pedazo de botín…

Y otra vez los dos jóvenes chechis, los ardorosos, se han pegado a mi espalda. Marcando ademanes, compitiendo entre sí a ver quién parece más peligroso… No me hace falta volver la cabeza para saber que se tiran ese rollo… De tanto en tanto estrujan las empuñaduras de sus

cuchillos. Son puñales de primera. Estrujan las empuñaduras como si apretaran la fuerte mano de un amigo.

Y cuchichean en checheno…

Su comandante asiente y sonríe: sí, un golpe de suerte, ni que lo digan… ¡Apenas salir del verdor y a todos sus aguiluchos, al grupo entero, va y les toca el premio gordo! Cinco mil… Incapaz de contener la alegría, el comandante propina una palmada en el hombro a uno de los jóvenes de ojos ardientes.

—Vaya potra, ¿eh?

Hasta ese jovenzuelo lo tenía clarísimo: afloja la mosca, mayor, si no acabaremos con tus soldados en los camiones. Del primero al último. Ya mismo. Y aquí mismo, en la carretera.

—Los guerreros no matarán a los durmientes—observa fríamente Ruslán.

Pero la noble insinuación, que aún funcionaba a veces al principio de la guerra, a estas alturas resulta estéril. La lisonja peliculera ya no seduce. El comandante me ha dirigido una sonrisa cargada de malicia y con un gesto displicente ha espetado su réplica:

—¡Déjate de chorradas! Los guerreros son cosa del pasado… ¡Nosotros, Sáshik, ya no gastamos esas palabras! ¡Se nos ha acabado la *puta* memoria!—El comandante se atraganta en las notas altas… Los dólares le escuecen en las entrañas. Hoy día no hay mayor ni más poderosa causa de pirosis.

—Conque cinco de los grandes, ¿eh?—he dicho con espíritu práctico —. Mira, comandante, como no ajustemos los cálculos…

—¿Cómo?

—Bueno, contamos a los soldados. Miramos quién está borracho y quién no… Nos saldrán unos treinta…, descontando a los que están sobrios, o sea, a los que son capaces de plantar cara… ¿Correcto?

Yo iba imponiendo una especie de lógica:

—… pagamos el rescate sólo por los ebrios. ¿Correcto?… Los conductores de los BMR están sobrios. ¿Correcto? Bien, conductores sobrios… El ametrallador también. ¿Correcto? A ver, de los borrachos tenemos tantos… Después contamos a los sobrios…

Los chechis jóvenes medio patalearon de impaciencia. El comandante preguntó:

—¿Cuánto tiempo te vas a tirar con tus cálculos, Sáshik? El, por supuesto, no se chupa el dedo… Yo, el negociador, voy dándole largas, ganando tiempo… Busco la ventaja. Para luego, si se tercia, jugar al

arrastre.

—¿Acaso tenemos prisa, comandante?

—Tú mismo lo has dicho: he de mandarles cagando leches a bañarse.

El comandante se parte de risa. Me la ha devuelto redonda…Y acto seguido señala a los dos que están detrás de mí. Listos para la carnicería.

—Les corre mucha prisa.

Ni siquiera echo una miradita de reojo. Chavales de sangre hirviente. ¡Hasta un ciego se daría cuenta! Ahora mismo empuñarían sus dagas… Y a degollar rusos a destajo… A liquidar hijoputas… ¡Ahí los tienen, en medio de la carretera, les ha tocado como una cuarentena de cabezas de esa ralea! ¡Casi dos pelotones, ¿no?! ¡Dos pelotones! Suficiente para ufanarse hasta los restos, para jactarse de por vida… Y, ya de viejos, para contárselo a los nietos. ¡Eran cuarenta y cinco! Les degollamos como a borregos. Y nunca faltará el pelota de turno dando coba, corrigiendo al alza: qué va, eran más de cuarenta y cinco… ¡Si eran dos pelotones entonces eran más!

La verdad sea dicha, ya no percibía el hedor de sus jóvenes secuaces… Apestaba igual que ellos, todo empapado en sudor. Finalmente me volví y le di unas palmaditas en el hombro a uno de los dos. (Dio un paso atrás, presa de un temblor nervioso).

—¡Qué chavales, comandante, qué chavales! ¡Bravos de verdad!

He impostado un suspiro de admiración. Pero mi otro yo (¡el negociador!) seguía su línea:

—No obstante, comandante, no todos tus hombres tienen tanta prisa —señalé con la cabeza a un grupo de guerrilleros algo apartado.

Se ha de rendir homenaje al honor de los chechenos… Por muy hartos que estén de esconderse en las montañas, de morirse de frío alrededor de sus agónicas, ínfimas hogueras, siempre temerosas de los helicópteros, en esta situación no tiraron a degüello de buenas a primeras. No tuvieron prisa por distinguirse masacrando a los tórpidos borrachos del primer camión o rebanándoles el gaznate a los durmientes del segundo. ¡Otra cosa sería en combate, tras tenderles una buena trampa! ¡Sería lo suyo! Si no, más vale sacar algún dinero que cobrarse en sangre ebria.

—Claro que, si fuera una emboscada en toda regla, se cotizaría más caro. Si fuera un ataque… El combate es el lance digno de los chechenos. —Siguiendo a Ruslán, he recurrido a la lisonja.

Continué con un bufido desdeñoso:

—Aquí, en cambio, en esos camiones, ¿qué hay? ¿Con eso piensas sacar pecho, comandante? Pura morralla. ¡Menudo momio!

Yo, en plan puta, intentaba rebajar su suerte. Así que el comandante, cabreado, me cortó en seco:

—*Achj*!

Breve y tajante. *¡La pasta!* ¡El comandante no es ningún carnicero! ¿Acaso no ha esperado aquí pacientemente al mayor Zhilin? ¿Por qué si no iba a esperar a Sáshik? ¿Por qué íbamos a estancarnos aquí en la carretera reteniendo el convoy? No queremos sangre, queremos dinero. *Achj*!

Ésta es su última palabra. Y ahora, ¡ahora mismo!, el pacificador, el mayor Zhilin, informa por teléfono a su mando. Y el mando paga. Ahora… Ahora, sin falta… Tienen una o dos horas… El comandante entiende perfectamente que Sáshik no dispone de tanto efectivo. ¿Sí o no? ¡Venga ya! Los chechenos saben que Sáshik tiene pasta. Y si el efectivo no le alcanza, ¡que los del Estado Mayor se rasquen bien los bolsillos! Llama, mayor… ¿Qué maneras son ésas de llevar una guerra? ¡Alguien de vuestro Estado Mayor debe responder por este desmadre de borrachos, pagar esta juerga! (Espérate sentado… Nadie responderá… Si llamo ahora… los del Estado Mayor mandarán al mayor Zhilin a tomar por…).

—Pero, vamos a ver, quién retiene los BMR … Y mi gasolina, todos esos barriles… ¡Un convoy entero!—me apresuro a replicar.

—Nooo, Sá-ashik… No te andes con tretas… Dejaremos que se vayan los BMR. Y que pase el convoy. Con tu gasolina.

Ha sonreído suavemente:

—La mercancía son los hombres.

Me he picado con esa sonrisa suya, pero más todavía conmigo mismo. Con el mayor Zhilin, que (como acaba de quedar patente) se ha emperrado demasiado, se ha ofuscado con el regateo… ¡El mayor no cede! (Y mientras, por ahí atrás, yace un fiambre. ¡Tendido en la entrada!). Una palabra imprudente y me despacharán. Aquí mismo. En esta carretera de nadie… Aquí, donde ni siquiera te entierran… Donde, de pronto, no eres más que… ¡carroña! Carroña que se echa a los arbustos… ¡Aquí todo es así de súbito!

De soslayo, sintiendo un escalofrío, he mirado a los arbustos. ¡Maldita maraña espinosa! Y, alrededor, la hierba mansa y alta.

Ahí está él, tomando en consideración que los chechenos le

entreguen la gasolina… Le entreguen los camiones… Le desbloqueen la carretera… Vía libre a todo salvo a los soldaditos, que se quedan en la cuneta a menos que…

Pero qué le importan al mayor Zhilin esos pardillos… ¡Lástima de chavales, acabarán degollados y desparramados entre los arbustos! ¡Ni siquiera les va a dar tiempo a sacudirse la cogorza, ni a despertarse les va a dar tiempo a algunos! *¿Y* qué, acaso el mayor Zhilin no tiene bastante con sentir pena de sí mismo?

Uno, desde luego, no es ningún héroe. Después de aquella vez en Yalkhoy-Mokhk, en que por poco ardo vivo (rociado con mi propia gasolina), me dije ¡basta ya!… Por esta guerra, mayor, no vale la pena jugarse el pellejo… Por encima de la apacible y alta hierba mariposean los pajaritos.

¡Qué harto me tiene la dichosa hierba alta, cuánto me desquicia! Tanto que, por un momento, hasta me pregunto a mí mismo: ¿por qué tú, mayorcete, te pones tan farruco? ¿Es que ahora, de golpe, te ha dado por ir de tipo duro? Pero ¿en qué embolados te metes, mierdecilla envuelto en caqui, teniendo mujer e hija que te esperan en casa? Aguardándote día tras día… Conque, ya sabes, la guerra por un lado… y tú por el otro. Recuérdalo… Tan sólo estás de servicio. Estás de servicio en el Cáucaso.

Noto cómo una gota de sudor comienza a deslizarse por mi espalda. Se desliza… ¡Y otra vez la hierba, esa hierba alta! O sea, que sientes pena por los chavales. ¡Vaya, vaya! ¡Quedarán tirados entre los hierbajos! ¡Tan jóvenes, pobrecillos! Pero míralo con honestidad. Han venido aquí para matar. Para matar o morir… Es la guerra.

Quédate en tu almacén, mayor. Contando tus barriles de gasolina, gasoil, fuel…

Maldiciéndome (y a la vez percibiendo los conocidos cólicos nerviosos en el estómago), yo, mientras tanto, continúo regateando. El mayor Zhilin continúa el toma y daca con el jefe de los guerrilleros.

El señor de la guerra, enhebrando las palabras, ya cuela, ya impone sus cinco mil. (Pero yo también estoy por jugar mi baza en esta partida de carretera).

El precio de rescate de un soldado, antes de que acabe en el hoyo, en esta época es más bien bajo: entre ciento cincuenta y doscientos dólares por cabeza, poco más o menos… He pillado el cálculo rápido del comandante. Ciento cincuenta de los verdes multiplicados por treinta o cuarenta (borrachos y durmientes) dan aproximadamente el importe en

cuestión.

Los dos, a medio paso de la matanza, nos concentramos en el dinero. Así es la vida en la carretera. Yo pensando en el equivalente monetario (y, de paso, humano) de mi gasolina. El otro, el señor de la guerra, dejándose llevar por la fantasía de los cinco mil del ala en efectivo.

Los guerrilleros se han ido sentando en cuclillas a lo largo de la carretera… El grupo se ha relajado. Fuman… Las metralletas colgadas a la espalda. Algunos se han acomodado directamente debajo de los camiones (¡mis camiones!). Los ojos entornados… Soñolientos… Hay quien se abraza a una rueda, ¡esta gente ni en sueños permitiría que se le escapara el botín!

Sin embargo, si no hay dinero, los soñolientos se despertarán. ¡Por descontado! ¡La vista de la sangre les pondrá a cien! Degollarán a los soldados, se llevarán la gasolina como un extra…

Bueno, a lo mejor finalmente me pagarán la mitad de la gasolina. Luego… Para no enfurecerme.

Voy a sacar mi as… ¿Es la hora?

¡Maldita sea! He estado pensando en mi gasolina. Todo el rato me concentro en la gasolina. Sólo en la gasolina… Pienso en los barriles y los camiones… y mientras, como de rebote, igual saco del apuro a estos mocosos del carajo. ¡A esta caterva de mamones! ¡Qué ruina, la caja del camión llena hasta los topes de borrachos! El mayor Zhilin se ha dejado llevar. Un balanceo en el abismo, ¿eh?

Es la hora de mi as.

—Sea como sea, comandante, insisto en que…—Elevo la voz—. ¡En serio! Hay que contar por cabezas. Y después sumar… Necesito saber la cantidad exacta. Por cuánto me saldrá cada soldado rescatado.

—¿Quieres una calculadora?—El señor de la guerra se ríe.

—Quiero un canje.

—¿Cóoomo?—El señor de la guerra casi salta.

¿Qué canje?… ¡Y una mierda! La conversación según él ya no debe alejarse del importe mencionado. Ni un paso… Ni un céntimo… La cifra cinco seguida de tres ceros ya se presenta ante el comandante como algo material. Como algo vivo. Como, por ejemplo, un corderillo… Ahí lo tienes, míralo cómo salta, qué monada… ¡Anda, salta, brinca por la hierba!

—Mientras venía a encontrarme contigo—he comenzado como con indolencia, casi al desgaire—he visto un convoy parado. De los vuestros… Unos quince vehículos, no los he contado. Camino de Achjoi-

Martán. O tal vez fueran más lejos, a Grozni… Unas cuantas mujeres con verduras. Unos cuantos muchachos con metralletas. Pero la mayoría eran viejos… Cabezas blancas a porrillo… Venían de Bamut, creo…

—¿Por qué están parados?

—Se les ha acabado la gasolina. Alguien les habrá prometido, me imagino… Alguno de vuestros montañeses. De esos mercachifles… Les habrá prometido, el muy canalla, que les ayudaría en ruta, que les traería el combustible.

El señor de la guerra ha mirado al bies, ha sonreído maliciosamente: piensa que insinúo pagar por los soldados borrachos con la gasolina. Que me refiero a mis barriles de gasolina, los del convoy. Los barriles que acompaña Ruslán. Los que, si hiciera falta, los chechis sabrían coger solitos. Sin regateos… Incluso ahora mismo.

—No quiero la gasolina—ha dicho entre dientes, con rictus burlón, el señor de la guerra.

—Ni yo te lo propongo, comandante, no perdamos la chaveta… Mientras venía a verte me ha llamado Vasiliok. —En ese punto no he sido muy exacto, he sido yo quien de camino aquí he llamado a los de las fuerzas aeromóviles. Yo mismo. En plan urgente… Al avistar el convoy checheno inmóvil.

—¿Por qué te ha llamado?

—Qué sé yo, ha llamado y punto.

El señor de la guerra aprieta las mandíbulas al oír el odiado nombre. Vasiliok les ha bombardeado esta misma madrugada, muy temprano. Y no sólo hoy.

—… pues Vasiliok ha sido categórico: si los chechis trinchan a estos soldados de reemplazo, en tres minutos (no en diez, sino en tres, ¡díselo tal cual!), me ha dicho, los moscardones estarán en el aire. Haciendo polvo el convoy.

—¡Ja! Para entonces ya estaremos en el verdor.

—Vosotros seguro que sí… *¿Y* aquéllos? Los que se han quedado atascados en medio de la carretera… Los que están sin gasolina…

Se lo he repetido bien masticadito. Puntualizando como se puntualiza en un regateo honesto:

—Yo, comandante, no te propongo cambiar el convoy por la gasolina. Ni se me ha pasado por la cabeza tal estupidez… Propongo cambiar un convoy por otro. Lo cual significa: no tocas a los nuestros y no tocaremos a los vuestros. El convoy con los ancianos chechenos estará a salvo si se salva el convoy con los soldados borrachos. Significa

que los chechis dejarán pasar a los chavales borrachos e incluso dejarán que pase mi gasolina por la cara, y se quedarán sin la pasta. ¡Así de claro!

El señor de la guerra, hundido en la perplejidad, menea la cabeza. Mira alrededor:

—Joder—suelta ya del todo a la rusa.

Ocurre en el transcurso del regateo cuando uno mete la pata. Hace nada llevaba la partida de cojones y, de pronto, no ve delante ni una sola jugada decente…

El estupor suele esconderse tras pequeños gestos. El señor de la guerra menea la cabeza… Ha mirado alrededor una y otra vez… Ha mirado los camiones con los soldados federales. ¡Su mercancía! ¡Su fabulosa pesca de hoy!

Ya no hay nada que rascar. Y justo en ese momento, entre sordos estertores, de la caja del camión más bullicioso ha asomado el trasero de un soldado. Desnudo. Al natural… ¡Vaya cretino! Allí estaba el tío, de pie, un poco encorvado, de espaldas, o sea, de culo a nosotros y tronchándose de risa. Disfrutaba de lo lindo ¡Se creía la mar de gracioso!

El fortachón Zhora, que vela por el orden, ha tardado en darse cuenta. El panorama se abría hacia nosotros, él no lo veía. Pero ahora sí, Zhora ya se ha puesto en marcha… Directamente por encima de los soldados, reptando. Se acerca para meter en vereda al tipo del trasero al aire. Como Dios manda… ¡Ahora recibirá su merecido, ahora! ¡Ahora rodará por los aires hasta la baranda opuesta del camión! Pero, entretanto, ahí sigue el trasero reluciente.

Los chechenos, de pura impaciencia furiosa, de pronto podrían liarse a disparar a las nalgas blancas… Ruslán se apresura a decirles algo. Trata de contemporizar… El momento es crítico, aunque cómico.

El señor de la guerra, por suerte, se ha sabido comportar: ha fingido que las chocarrerías de aquellos criajos se la traían floja:

—¿Qué más me ibas a decir, Sáshik?

He abierto las manos en un gesto expresamente conmiserativo… Y le he expuesto la cuestión:

—Ya sabes, comandante… Tengo mis bisnes. Puedo ofrecerte gasolina de la mejor tirada de precio. Una cisterna si hace falta… Fuel… Gasoil… Hasta una bomba atómica de las pequeñas (pero tú, comandante, no tienes tanta guita… ¡Es broma!)… Podemos trapichear con cualquier cosa… Pero no te dejaré despellejar a un montón de

chavales borrachos.

Los chechenos (y los montañeses en general) desprecian y a la vez respetan la palabra *business*. Escupen y chasquean la lengua con gravedad. El señor de la guerra ha asentido como comprendiendo:

—Bisnes, claro… Pero verás, los míos son unos fieras. Los despedazarán… Lo ves, ¿no? A ti también, Sáshik.

—Los helicópteros harán humo de vuestros viejos. Puro humo.

Se lo he repetido muy suavemente, hasta como con pena: —Explícaselo, comandante. Explícaselo a tus hombres. Si NO hago la llamada ahora, los helicópteros saldrán enseguida. Coméntales lo de los cohetes… La precisión del impacto en la carretera es del cien por cien… Cinco minutos y los viejitos van directos al paraíso… ¿No les envidiarás, eh?…

Explícaselo a tus hombres: una cosa es abatir heroicamente en el combate un BMR ruso, incendiar y atacar un objetivo, y otra bien distinta es degollar a unos chicos borrachos…—He señalado el camión (donde ya asomaban dos culos desnudos).

—Dime, ¿para qué están aquí?

—Los han enviado.

Ronca amenazante:

—¿Por qué han aceptado venir?

—Qué van a saber ellos. Yo, comandante, tampoco tengo ni idea… Y tú ya no digamos…

Con toda la incertidumbre de este tenso momento (o sea, la incertidumbre de toda nuestra guerra en las carreteras) llamo a Vasiliok. No tengo más que apretar la tecla preparada… Soy todo alerta (un gesto en falso, un titubeo, bastaría para que me arrancaran el móvil de las manos); por eso, nada más oír su voz, me apresuro a endilgárselo al señor de la guerra.

Vasiliok ha empezado con una pregunta. Correcto. Así es como lo hacen los montañeses.

—¿Cómo te llamas?—El timbre grave del teniente coronel, el tono característico de Vasiliok, cumplen su papel.

El señor de la guerra responde:

—Maurbek.

Vasiliok prosigue en voz baja:

—Ten piedad de los viejos, Maurbek.

Y cuelga.
Pausa…
Espero un poco y pregunto al señor de la guerra:
—¿Maurbek has dicho? No eres checheno, ¿verdad?
—No.
Un pequeño detalle, pero cargado de importancia para nuestro nada insignificante regateo.
Ojo al dato. Su comandante no es checheno… Hay que estar a la que salta, que no se te escape ni una… ¡Sí, señor!

Si las cosas se ponen feas, todos estos chechenos muertos de hambre y llenos de rabia pensarán que su señor de la guerra Maurbek se pasó de cicatero y no tuvo ni pizca de clemencia hacia los ancianos chechenos. No quiso ni acordarse de ellos mientras regateaba con el mayor Zhilin… Si los viejos hubieran sido de los suyos seguro que habría cedido.

Lo silenciamos mutuamente. Ni una palabra. Yo cero y Maurbek cero. (Tú me entiendes, yo te entiendo…).

Entretanto, allá en el camión, el alboroto va en aumento. Cuatro… Cinco… ¡Siete culos asoman a lo largo del borde! Mirando hacia nosotros… ¡Deberíamos haberlo cortado de cuajo! ¡Toda la baranda, todo el costado del camión, chúpate ésa! Los tipos relinchando a modo… Y ahora encima se ha sumado el tronerío intestinal. Y el coro de borrachos gritando: «¡Fuego!». ¡Zopencos! Sus vidas penden de un hilo. Ruslán se ha tenido que emplear a fondo atemperando a aquel par que no quitaba las manos de las empuñaduras.

Hay que reconocerle el mérito, desde luego: los dos chechis se han vuelto de espaldas. Ambos se esfuerzan en no ver los traseros ultrajantemente desnudos… Y yo he seguido su ejemplo. Uno de los traseros estaba plagado de furúnculos. Ya he tenido más que suficiente.

En resumidas cuentas, asunto zanjado. El regateo se ha extinguido por sí solo. (Y mi cólico estomacal también. Se ha ido sin más… Conque no esperes medallas, mayor Zhilin).

El señor de la guerra ha ido a comentar la jugada con sus hombres.

El señor de la guerra estaba inquieto… A cada rato alzaba la cabeza, miraba en dirección a Jankalá: por si aparecían los siniestros helicópteros… Los dos jóvenes también se han apartado, blasfemando y escupiendo. Aún estaban furiosos. Al irse seguían apretando las empuñaduras. Me sorprendo pensando en las empuñaduras sudadas.

—Quietos, chavales… Esperad—les llamo.

—¿Eh?

—En paz, ¿vale?

Le he estrechado la mano a uno… Después al otro… ¡Están ardiendo! Muchachos… Uno es lo que se dice un guapito de cara. Debe de ser el favorito del comandante… Me he fijado en cómo el jefe le echaba miradas de reojo. Quién te dice que no se lo folla, de puro aburrido en sus montañas sin mujeres… Se lo follará en plan cariñoso. Y muy de vez en cuando.

Claro que igual resulta que nada, que tienen algún lazo familiar y por eso están pendientes el uno del otro. Qué sé yo y qué más me da, qué tripa se me ha roto para ir colgando sambenitos a voleo…

Me he ido para el camión… Hacia la exposición de nalgas… Dios, qué mocosos… ¡A cualquier cosa le llaman guerreros!

Desde abajo he hablado a gritos con el fortachón Zhora, que me he informado sobre la unidad en la que se les espera… El número… Dónde… Cómo… Y he llamado enseguida para que nos manden una escolta. Para que la captura no se repita. Hay muchos chechenos. El acuerdo con unos no significa un acuerdo con otros. Y, por supuesto, también le he encomendado a Zhora que transmita mi orden de que envíen de vuelta mis dos camiones vacíos. En cuanto saquen a los chavales del serrín, en cuanto los pongan de pie… y les sacudan la ropa.

¡Han dejado pasar el convoy! Los chechis, tragando saliva, se han despedido de la hilera de camiones y BMR que se iba poniendo en marcha, siguiéndola con la vista. Ni siquiera les ha dado tiempo de desfogarse a sus anchas por la pérdida del botín… A su vez, sus compinches, los que montaban guardia en la carretera, se han quedado literalmente boquiabiertos. Enmudecidos. No esperaban ese género de enemigos… Ese desfile rodante de traseros intermitentes mofándose en sus propias narices. Los culos se han podido seguir divisando durante un buen rato. Hasta bien lejos.

Sólo han permanecido en el sitio el camión cisterna y los cargados con barriles. ¡Son nuestros, del almacén! Y Ruslán los está custodiando.

El señor de la guerra, sin perder comba, ha ordenado a sus mugrientos soldados que se oculten entre el verdor. Por si las moscas. Curándose en salud… Los espectros de los helicópteros de Vasiliok continúan en el aire. Están sin estar. Fantasmas voladores… Por encima de la carretera de momento libre de bombardeos.

En los oídos resuena, como anticipando el mugido de los MI-28,[3] la inconfundible voz baja de Vasiliok.

Su voz uterina, lo digo por experiencia propia, se atasca y retumba en los oídos. Vasiliok habla por teléfono en voz baja adrede. Impacta. Los chechenos no le han visto nunca; sin embargo, conocen su voz. Los nuestros, igual; los conductores de convoyes a quienes cubre desde arriba sólo conocen su voz. Vasiliok juega con la voz… La naturaleza está de su parte. Un tipo corpulento (más de la cuenta para ser un piloto de helicóptero). Alegre. Arrojado… ¡Un auténtico jugador!

Su verano es el obligatorio y desenfrenado preferans.[4] Dicen que en sus vacaciones, alojado en un balneario del tres al cuarto, Vasiliok se junta con la primera mujer que pilla y por un mes la convierte en su esposa, para que le cuide y esté a su disposición a cualquier hora… El, mientras tanto, juega. Sin tasa. De día y de noche.

Lo que es ganar, gana más bien poco. Pero ¡disfruta de lo lindo! ¡Todo un as, piloto de ataque de primera, teniente coronel antes de los treinta y con un buen sueldo, Vasiliok alcanza la felicidad absoluta apenas gana a los naipes un par de billetes de cien! Al volver de la batalla naipera blande los rublos arrugados. ¡Viene la mar de orgulloso! Le plantifica en las narices el puñado de billetes a la parienta de turno, ¡toma, huele la victoria! La pobre menea, dormida, la cabeza: sí, sí, ya huelo, ya… ¡Que sí, hombre, que sí, la victoria!

La mujer no entiende qué ha pasado con sus vacaciones, cómo ha llegado a esto. Venía a una ciudad veraniega, soñaba con lucir los vestidos nuevos…, y de pronto se encuentra otra vez haciendo de esposa ejemplar. Vino para divertirse y se encuentra a sí misma pegada a la cocina… ¡Ni siquiera a una cocina como toca, sino a un hornillo eléctrico! Ajetreada, cuitada como un alma en pena y, para colmo, saltando de la cama cual cabra loca a las tres de la madrugada para calentarle la sopita a Vasiliok, que acaba de aterrizar.

Los chechis se han dispersado por el verdor. Pero antes han traído a rastras al fiambre. A ése al que ha disparado mi soldado al llegar. Un cadáver no se oculta…, ¡menos mal que ni se nos ha ocurrido! Justo en ese momento, enfriándome después del arduo regateo, regresaba yo a paso tranquilo al cuatro por cuatro.

Mi aguerrido soldado no se ha despegado del volante en todo este tiempo. Al acercarme, todavía a unos diez pasos de él, he visto cómo se le pone el cuello rojo. (Traen al muerto… Derechos hacia el cuatro por cuatro. Derechos, cree, hacia él). A buen seguro ya se imagina a los chechis enfurecidos asaltando el coche: «¡Sal, canalla! ¡Te vamos a sacar

como sea!», y apoyando, pegando los cañones de sus metralletas al parabrisas, directos a los ojos, como diciéndole: ¡Abre…! ¡Baja por tu propio pie o te freímos a tiros aquí mismo, a través del vidrio!

Sin embargo, el asunto del fiambre se ha solucionado de un modo casi providencial. Resulta que el difunto era bien conocido por los guerrilleros como alguien que no estaba en su sano juicio. Un chalado… Los chechis no querían aceptarlo en su unidad. Era un estorbo. Ayer mismo casi lo acribillan cuando, escondido entre los arbustos, sin previo aviso, de pronto comenzó a chascar el cerrojo de su automática. Hace justo un mes tuvieron que retenerle por la fuerza en su aldea natal. Incluso le encerraron.

El desdichado se excitó sobremanera, ¡no puede ser! ¡La mitad de la aldea iba a guerrear! ¡A matar rusos! Y él ¿qué? Le encerraron, pero se escapó. Por una brecha de la chimenea. Y, manteniendo la distancia, seguía en silencio a sus paisanos, les seguía por los senderos de la guerra. Y así hasta ayer, que decidió aparecer, dejarse ver… ¡Qué corta ha sido su guerra!

Tras traer el muerto hasta el cuatro por cuatro los chechis se han evaporado. Se han escondido en el verdor. Sólo entonces ha resucitado mi soldado. El miedo le ha paralizado y mantenido dentro del coche. Sólo ahora se atreve a bajar. Y a ver cuándo para de mear, que lleva trazas de tirarse media hora como poco… Todo ese largo, infinito rato que ha durado el regateo se ha estado aguantando… Aguantando a la desesperada.

Necesito que se relaje. Vamos, todo ha quedado atrás. Está resuelto… ¡Ya ha pasado! En voz bastante alta, para que el chico me oiga, le digo a Maurbek:

—He tenido que disparar a vuestro hombre. —Abro los brazos en un gesto exculpatorio, de resignada fatalidad—. Ese loco ha aparecido de golpe delante del coche con la metralleta en las manos… Apuntándome directo a la frente.

El señor de la guerra ha asentido: que ya, que se lo imaginaban. Y que no me lo reprochan. El pobre estaba condenado. Desde el primer día… Desde que se escapó de la aldea… Desde que salió por la chimenea.

No obstante, no es nada casual que hayan trasladado y depositado al muerto junto a mi coche, hay un porqué… El señor de la guerra Maurbek me está sugiriendo que apoquine por esa muerte disparatada. Que a cuenta de ella ayude a los ancianos con la gasolina… A los del

convoy atascado. Pongamos que medio depósito a cada motor…

—Qué menos, Sáshik. No deja de ser un muerto. ¿Qué les diré si no a mis hombres?

De sobra sabe lo que toca decirles en cada ocasión a sus hombres. En lo que a mí me atañe, la propuesta se me antoja razonable. Así que acepto enseguida. Veinte litros por vehículo, incluso si hubiera diez… Serían doscientos… Doscientos litros son justo un barril. ¡Que fueran siempre así las pérdidas!

Aviso a gritos a Ruslán: que entregue un barril a los chechenos parados en la carretera. De regalo. Lo pilla al vuelo y da la señal de ponerse en marcha… El camión cisterna y nuestros camiones con los barriles comienzan a moverse hacia su destino, rumbo a la unidad militar n.° x… ¡No les queda poco trecho!… Cuando se crucen con el convoy checheno atascado echarán, sin detenerse, un barril a los ancianos, en compensación por la muerte. Reduciendo apenas la velocidad… Lo echarán casi a plena marcha. Directamente a la hierba alta.

Mi gazik se ha quedado solo en la carretera por fin vacía. Ni un alma alrededor. Que se lo digan si no al fiambre que yace en la cuneta. El fiambre irá con nosotros. (Se lo entregaremos a los chechenos en la primera aldea, allí lo enterrarán. Tal como mandan sus tradiciones, el mismo día en el que ha muerto. Hoy).

Conduce mi sufrido soldado. El señor de la guerra Maurbek se ha acomodado a su lado, en el asiento delantero. Exhibiéndose. Para que los chechenos, los del convoy, vean enseguida su cara de comandante. Para que le reconozcan… Porque por menos de nada podrían abrir fuego. En cuanto nos acercáramos… ¡Sin pensárselo! Por mucho anciano que transporten, en el convoy siempre habrá alguien con una ametralladora y municiones.

Pero antes ponemos el punto final aquí mismo, en la carretera. Se ha acabado el pulso, envite resuelto. En la carretera ya despejada Maurbek y yo nos estrechamos las manos: punto final.

El, sin embargo, se muestra algo irónico. No se le ve muy conforme. (Le jode irse con las manos vacías).

—Bueno, Sáshik… Otra vez que no se te olvide la calculadora. No has acabado tus cuentas… ¿Cuánto vale tu soldado ruso?

—¿Y cuánto tu anciano checheno?

Asume sin más el empate:

—Tienes razón. Tienes razón, Sáshik… Desde luego. Qué cosa más repugnante es esta guerra.

Le gustaría que yo contestara: sí, Maurbek, verdaderamente repugnante.

Incluso le sale un suspiro.

Le haría gracia que ahora, una vez finalizado el trato, todo tuviese la pinta de una película bélica. Que él y yo, los dos, fuéramos como dos guerreros duros. Como dos guerreros duros que son enemigos por capricho del destino. El que, a nuestro pesar, nos ha traído aquí y nos hace llevar esta maldita vida.

De todos modos, me da que si Maurbek hubiera cobrado la pasta, no lamentaría con tanta acritud el orden actual de la vida.

—Qué asquerosa es esta guerra, Sáshik.

No puedo por menos que esbozar una sonrisa socarrona:

—¿En serio?

Nos vamos acercando al petrificado (en la tensa espera al descubierto) convoy checheno. Como era de suponer, además de los viejos están las mujeres con sus fardos. Y un montón de niños… ¿Para qué los llevan a todas partes? Y, cómo no, uno de los vehículos va lleno a rebosar de hombres armados. La escolta.

Maurbek viaja delante, al lado del conductor, mi soldado. Yo, detrás con el muerto. El muerto ya se ha puesto tieso. No hay cristo que lo doble… Va tumbado en diagonal sobre el asiento trasero, las piernas rígidas medio colgando. La cabeza reclinada sobre un pedazo de lona. El pedazo de lona, a su vez, plegado sobre mis rodillas. De otro modo no habríamos cabido.

Era la única manera. Y así he venido a ser como la madre sobre cuyo regazo descansa la cabeza del hijo muerto… Menos mal que el «hijito» apenas mancha. Vaya, que por lo menos se ha mostrado aseado en la muerte. Dos balas justo debajo del corazón, poca sangre.

Aparenta unos cuarenta años. Está muerto y bien muerto, pero las facciones no se le han relajado… Bigotudo, ceñudo. Su madre había enseñado a este infeliz a tenerse en pie y dar sus primeros pasos, a poner buena cara, a sonreír… Vestía y arropaba al pequeño para que no cogiera frío. Cuando cumplió trece o catorce años ya quedó del todo claro que estaba mal de la cabeza. «¡Qué pena!», compadecían a la madre. «¡Pobre mujer!». Se compadecían de ella tal vez a la par que se mofaban de él… O quizá también hubiera quienes riñeran a los chocarreros. Pero ya entonces ni a unos ni a otros les sorprendía

cualquier cosa que le pasara. Hoy, tampoco.

No se han sorprendido, pues, de encontrarle más pronto que tarde con una bala rusa entre pecho y espalda. Mientras el loco vive a muchos les surgen las típicas preguntas angustiadas… ¿Para qué vive? ¿Para qué le enseñó a andar su madre? ¿Para qué le vestía? ¿Para qué carajo enseñarían a leer a semejante tarado, para qué?

En cambio la muerte del loco a nadie sorprende. A todos les parece lógica. O sea, el fin más normal y previsible para uno como él es palmarla en cualquier momento y de cualquier modo… Ni se preguntan cuántos años tenía… Su muerte se percibe como una especie de verdad silenciosa. El restablecimiento de la justicia de la naturaleza… No suscita ninguna exclamación. Qué se le va a hacer, es lo que hay. El alud o la bala rusa…, o simplemente el coche que atropella al loco… Nadie preguntará, ya no surgirá ningún «por qué» ni «para qué».

«Unidad militar n.° 135 620. A pesar de todo, el combustible ha llegado… dos mil dólares…». La gasolina es la sangre de la guerra… En el almacén la distribuyo según los pedidos de las unidades militares. Con el plus de que garantizo la entrega. Es mi iniciativa personal… La guerra se ha vuelto exclusivamente montañosa, por eso en ella la entrega lo es todo. Mi tajada es un barril por cada diez.

Esta vez mi parte, su equivalente monetario, está un poco por encima de los dos mil dólares, contando con el convoy anterior. Así lo apuntaré en la libreta. Mañana… Cuando hagamos cuentas.

Ruslán recibirá su parte y Gusártsev, mayor del Estado Mayor, también se sacará lo suyo. Somos tres y cada cual es cada cual. Como suele decir Kolia Gusártsev, nuestro trío se ha armonizado muy satisfactoriamente… Lo que a él le toque, por supuesto, no es cosa mía, ni lo apunto ni lo memorizo… No vigilo el dinero ajeno. Un trío de lo más armónico, ya digo.

«Soldado raso Sergúnchikov, el hoyero… mil dólares…». He ayudado a rescatarlo del zindán.[5] El dinero ha tardado en llegar. He colaborado indirectamente… Me he limitado a hacer unas llamadas.

Mis llamadas (bien de averiguación, bien de seguimiento) pulsaron mis contactos en las rutas de la gasolina. También recurrí a mis deudores. (¡Estos siempre son gente de fiar!).

Apenas me entretuve en ello, cuatro toques y poco más. Pero los interesados estiman que mis gestiones telefónicas han dado óptimos resultados. De veras que lo han apreciado así. El comité de madres de

soldados del Kama envió dinero. Hay que ver: ¡el comité del Kama!

El Kama es un río ruso, un río bastante grande para lo poco que se menciona.

En el camino de regreso, ya cerca de Jankalá, nos hemos topado con un soldado errante. Ha surgido de los arbustos haciéndonos señales, a saber qué quiere… Mi soldado ha echado el freno en cuanto ha visto agitarse el ramaje…

Pero el errante se ha escondido enseguida. El muy cagón se debe haber olido que iba un oficial en el coche, lo captan hasta de refilón, por tu jeta o por tu porte, yo qué sé… El día está turbio, no hay mucha luz aunque todavía falten horas para que anochezca.

—¡Oye!—le llamo tratando de no sonar conminatorio.

Curiosamente, poco antes de tropezamos con él iba pensando en los errantes. Ya he admitido a dos en mi almacén… ¿Qué tal añadir uno más?

—¡Oye!—Nos detenemos con el motor en marcha, prestos a salir flechados a la mínima. A veces es peligroso pararse en las cercanías de Jankalá.

El soldado errante se ha asomado hasta la cintura. Pero mi tercer «¡oye!» le ha vuelto a asustar.

Se ha escondido otra vez…

Ahora le oímos moverse. Allí, de nuevo detrás de los arbustos… A resguardo de nuestros ojos. Pero notamos que no se aleja y, al poco, lo oímos regresar hacia donde estamos. Hacia nosotros. Ha vuelto a asomarse. Está más cerca. Se le ve mejor.

Se contrae, le da la tos… Ya se ha acercado tanto que se le podría disparar a poco que se quisiera.

Mi soldado suelta un silbido y le pega un grito:

—¡Basta de hacer el gallina!… ¡Ven aquí!

El soldado errante sale de los arbustos. Se yergue.

Ya viene, ahora sí…

Desde los desfiladeros donde los guerrilleros incendian los convoyes, los soldados perdidos tras los devastadores combates tratan en primera instancia de llegar hasta aquí… Cuanto más cerca de Jankalá, mejor. La guerra montañosa carece por defecto de línea del frente, así que el errante atraviesa andando toda Chechenia. Casi siempre en solitario… Aunque a veces andan juntos dos o, todo lo más, tres… Tambaleándose de hambre. Con el miedo a flor de piel y el ánimo en continuo

sobresalto… De día duermen en los boscajes y márgenes umbríos de las carreteras, amparándose en la espesura; de noche avanzan a hurtadillas, caminan casi a tientas.

No quieren ir a parar al hoyo checheno. A ninguno le apetece echar el bofe como esclavo de esos montañeses destripaterrones. No hay nada peor que el hoyo… Sin embargo que te pille una de nuestras patrullas y, a la espera de la correspondiente investigación de comandancia, te retengan en una prisión militar tampoco es plato de gusto.

El errante se ha acercado al coche inclinando el cuerpo de un modo extraño y taladrándome con su mirada asustadiza. Tiembla de pies a cabeza. Un pipiolo… Va sin la metralleta…

—¿Dónde está tu arma?

Balbucea algo en respuesta, algo sobre un desprendimiento durante el combate. Quedó casi sepultado en tierra. Fue después de que estallara la tercera mina en pocos metros… De improviso se le llenaron las botas de agua salida de quién sabía dónde… El siguió a rastras, se arrastró un trecho largo… Y luego se dio cuenta de que ya no tenía la metralleta.

Hoy en día cualquier soldado que resulte el único en salir ileso de un combate en los desfiladeros se siente más que presunto culpable.

Ya le han interrogado en los puestos de control, aunque no en serio, sino más bien por sacudirse el aburrimiento… En el segundo puesto de control se prolongó algo más la cosa, una hora o así duró la primera sesión… El oficial le ordenaba que se pusiera recto. No bajes el hombro. ¡El hombro derecho, joder! ¡¿Por qué lo bajas otra vez?! ¿Es que eres contrahecho? Después, en el siguiente asalto, el soldado se pasó todo el interrogatorio estúpidamente sentado. Con el culo sobre la hierba… Y el oficial, erguido ante él, desgañitándose… Un buen rato… Hasta que de pronto perdió el interés y se fue…, no sin antes propinarle un señor puñetazo en la oreja… *Por gilipollas*, así mismo se lo dijo.

Regresar a su entrañable unidad militar, con los muchachos y su oficial, es la mítica vía de salvación para los soldados errantes. Allí les proporcionarán el castigo y también el perdón… Esa unidad militar es su sueño. Pero a saber dónde estará ahora. A saber adónde la trasladaron tras aquella masacre en el desfiladero.

Poco a poco, hablando entre ellos, los errantes averiguan qué hacer, cuál es el procedimiento del regreso. Se ha fraguado con el tiempo… Lo primero es alcanzar sigilosamente Jankalá… En segundo lugar, una vez en Jankalá, con mayor discreción si cabe, toca trabajar un tiempo para algún oficial de grado, curtido en los entresijos de la guerra. Adscrito en

teoría a su unidad de servicio y, en la práctica, bajo mano, convertido en su fámulo privado, en un operario doméstico o chico para todo. Más adelante, ese oficial (si cumples con él, si te lo curras de verdad) propondrá que te asignen a tal convoy escoltado por los BMR o a tal unidad de infantería motorizada. De una u otra manera acabarás reuniéndote con los tuyos.

Cerramos el trato. Se lo he dejado bien claro:

—Trabajas un mes para mí y yo te llevo de vuelta.

Me mira a los ojos buscando la trampa, igual que un niño.

Pero no hay trampa ni cartón, la verdad es que ya llevaba tiempo cavilándolo, rumiando el tema de los errantes, un par más no me vendría mal… O cuando menos uno… Para que ayude, ni que sea una temporadita, a mis soldados a acarrear los barriles de combustible. De tanto deslomarse día tras día (a veces sin parar ni de noche) a los tres meses a mis cargadores se les pone cara de remolacha. Por culpa de los aflujos sanguíneos… Kramarenko les ha colgado el mote de «jetas rojas». Suena entre cariñoso y cruel… ¡Ya os quejaréis, suertudos!, bromea Kramarenko… Y no le falta razón. Aquí, en los almacenes, no les envían al ataque. No les exponen a las balas enemigas. Algo es algo.

Pasamos por mi almacén exterior, todavía en construcción. De entrada, el soldado errante dormirá aquí. Para no buscarle en plena noche un lugar especial.

Bajo del coche y le acompaño.

—Ven… Por aquí, vamos, sígueme…

La obra avanza a duras penas. Ni siquiera está protegida por un cercado… De noche reina el silencio, y en realidad por las mañanas también, porque sólo dos o tres chechenos trabajan en ella.

Hay una dependencia auxiliar… Un tabuco separado justo para pasar la noche. El soldado, ahora se ve claramente, es corcovado. Algún defecto de la cadera… Sobre todo se encorva al pisar los escalones… Le enseño su acomodo nocturno. El catre.

—Mañana te alojaré como Dios manda—le digo.

Se queda como esperando algo más.

—Y acabaremos de hablar, ¿vale?

El errante asiente. Pero su mirada trasluce miedo… Le digo al guardia checheno que le traiga una torta de queso. El guardia la consigue y se la ofrece enseguida. ¡Vaya flecha! Gente rápida, estos chechenos.

No quiero quedarme atrás y también le dejo al soldado un par de mis bocadillos no reclamados. (El día ha sido poco propicio para disfrutar de la comida. Lo que sí me vendría de perlas es un trago. Pero ni para eso tengo ánimos).

—Me voy a dormir… Buenas noches, soldado.

Sin embargo, a juzgar por los indicios de la mañana siguiente, se diría que el errante no logró pegar ojo. ¡La noche no siempre es nuestra amiga! Dudo de que se acostara siquiera un rato. Estaba demasiado asustado. Le habían machacado más de la cuenta por el mero placer de putearle. El interrogatorio de aquel oficial, el del puesto de control, fue tan gratuito como excesivo… ¡Se pasó de la raya! Qué bien os sienta gritar a algunos, ¿eh? Qué descansado te quedaste abroncando, acojonando al chepas, pasándote con él, marcándole la frente con el estigma de haber perdido su arma… Lo culpabilizaste para los restos… Daba pena allí tirado, hecho un guiñapo sobre la hierba, pobre pardillo, estarás contento, ¿eh, cafre?

En la dependencia donde dejé al soldado la puerta no ajusta bien y se atranca. Está como él, torcida… Me da que el chico tiró de ella un par de veces y concluyó que le habían encerrado.

¡Haber forcejeado un poco más con la puerta, joder! El chaval, en cambio, se asustó más aún… No quería más interrogatorios. Decidió que yo le había tendido el lazo para entregarlo a la comandancia. Que para eso le invité a subir al coche. Y que también para eso le di de comer… En medio de la noche, espantado, arrancó la ventana y se escapó. Ya no creía a nadie.

Capítulo III

—SOY yo.

—Sí. Sí… Te oigo… ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente.

Mi mujer respira aliviada.

—Gracias a Dios.

Ya reacciona mejor que antes… Ha asimilado…, aprendido…, que a veces llamo sin más. Uno puede llamar a su mujer hasta bien entrada la noche, porque sí.

Me he quedado en silencio. Porque sí. Al parecer, me he pasado con la pausa. Y acto seguido me he despedido. Por si acaso. Por adelantado. A modo de anticipo de la despedida. Que uno no sabe nunca cuándo se va a cortar la conversación… También a eso la he ido acostumbrando, a esas abruptas despedidas precautorias.

—Todo va bien, Sasha… Puedes dormir tranquilo.

Allí ellas, mi mujer y mi hija, tan lejos de mí en lo geográfico, en la orilla de ese río grande (pero tan poco nombrado), ya tienen cercado (o sea, comprado) un solar de posibilidades medias. Ni grande ni pequeño… Un solar con la casa en construcción. Ni mejor ni peor que los de al lado.

Ahora, como aquí, allí es de noche. Pero, tal vez, allí se ve la luna. Cada vez que llamo intento divisar mentalmente aquel lejano pedazo de tierra.

—Estoy mirando la luna.

—¿Y cómo está?

—¡Redonda!

—Aquí está muy arriba… La esquina de la casa la tapa… En cambio, se ve el sendero de luna en el río.

—Eso es, observa el sendero. Mira hasta donde se acaba. Verás que al final tiene truco.

—¡Sasha! Venga, di algo en serio… Ayer nos empezaron la segunda planta. Están levantando las paredes.

He sentido un nudo en la garganta. Se me ha revuelto el alma. Y se me ha disparado el corazón. (El constructor que un día fui aún no ha muerto del todo). La mentalidad de almacenero todavía no me ha liquidado por dentro.

—¿Construyendo a toda marcha?

—Ajá.

Eso lo dice como con indolencia. Como charlando de naderías… Para evitar hablar de dinero. No se fía demasiado del teléfono.

—¿O sea que tienes medios para ir tirando?—Me he reído.

—Me apaño.

Lo cual quiere decir que recibió el dinero que le envié.

—¡Vaya!—Sonrío satisfecho.

A raíz de una simple y más o menos ociosa sugerencia mía (telefónica), ella recogió el guante y logró hacerse con una pequeña bajada al río por el borde izquierdo del solar. El aspecto no impresiona, pero desde el punto de vista de la planificación es acertado. Con perspectivas… Una casa con pabellón. En la parte derecha del solar habrá un cobertizo, pues por ese lado se sale a la futura calle principal de esta urbanización pegada al río… ¡Nos tocó de puro churro! Cuando mi mujer y yo estudiábamos los planos no sabíamos nada de esa calle. ¡Y mira por dónde, acertamos de pleno!

Para empezar, el trasiego de los materiales para la construcción nos resultará más fácil. ¡Directamente desde la calle!… En el futuro (¡hoy por hoy falta tiempo y dinero!), dentro del cobertizo se podrá instalar un generador. Así dispondremos de luz y calefacción autónomas. Claro que si fuera por la lanzada de mi mujer sería de aquí a nada, tan espabilada ella, tan echada para adelante… Su único error es que ha comprado para el cobertizo ladrillos económicos. Justo al revés de lo indicado para una edificación auxiliar, que es el ladrillo macizo.

Mientras repasaba los detalles me había cautivado una idea—una extraña idea fugaz de constructor—: elevarnos, aunque sea un poco, por encima de la segunda planta de nuestra futura casa.

—Subiría una pizca—digo—. Un poquito más hacia arriba. Que sea más alta.

—Pero Sasha…—Ella, lógicamente, se ha sorprendido—. Sasha… Hay planos, dos plantas, tú mismo lo aprobaste.

—Oye… ¿Me oyes? Yo a ti no. —Durante un minuto no se oye nada. Ni el menor balbuceo.

En cambio, como en un fogonazo subconsciente, he visto nuestra mesa de comedor… He visto nuestro espejo redondo… y su rostro.

—Verás… Me gustaría subirla un poco. Añadir algo de altura.

La conexión se ha restablecido.

—Sasha. Pero es que hay unos planos acordados… Lo sabes, ¿no?

—Unas modificaciones de nada bastarán.

—Pero eso significa levantar una tercera planta.

—Que no. Sólo quiero algo estrecho, no demasiado voluminoso, que se eleve por encima de la segunda planta, eso es todo.

—¿Cómo que «se eleve»?

—Bueno, que sobresalga. Como un pene.

—¡Sasha!

—Perdona, perdóname, cariño… He cogido malas costumbres. Con los soldados.

Me responde secamente:

—Ahora no estás con los soldados.

—Perdóname.

Prisionero sargento Rizhkov. Ha costado caro… Los hombres del jefe de construcción Ruslán, tras dar con su pista, acechaban al prisionero en tres carreteras a la vez. Sin extralimitarse. No se involucraban en los combates, tan sólo hacían saber a los «dueños» que se habían enterado del asunto del sargento: qué se le iba a hacer, esas noticias vuelan. Estrecharon el cerco con maestría. Implacablemente… Entonces los que tenían al sargento en el zindán se pusieron nerviosos. Comenzaron a pasarlo de una aldea a otra, de un agujero a otro… Y al final no les quedó otra que vendérselo a nuestro socio. Sin regateos.

Por desgracia, cuando los hombres de Ruslán traían al sargento de regreso, les mataron a un compañero en un absurdo encontronazo nocturno. ¡Al lado de la hoguera! ¡Mientras comía!

Propuse a Ruslán entregar todo lo que habíamos ganado. Él había sufrido la pérdida… El asunto del sargento nos había reportado un buen

beneficio. Gusártsev aceptó. Pero Ruslán, no. Como si tuviese miedo de cobrar más. Ni siquiera levantó la vista: «No», dijo en su firme y seco tono habitual. Todo a partes iguales.

Estábamos los tres sentados en el cuatro por cuatro. Kolia Gusártsev fumaba… Soltó una, dos, tres bocanadas de humo por la ventanilla antes de decidirse a preguntarle a Ruslán si le era cercano el caído.

Aquí tampoco Ruslán quiso apretarnos, forzar compensación alguna. Contestó sin segundas, con escueta franqueza:

—Era cercano.

A la unidad militar n.°… Gasoil… *Esta unidad militar se encuentra en las inmediaciones de las montañas. Por eso la escoltó Gusártsev*.

Si no hay un oficial del Estado Mayor que tutele el trayecto tragando el polvo junto al convoy, el combustible no llegará a la unidad militar de destino. Lo desviarán… En la primera revuelta o encrucijada de la carretera. Los nuestros son en este sentido igual de peligrosos que los chechenos. Cualquier teniente coronel interceptará tu cisterna, tus barriles y se los llevará directos a su unidad. Y encima obligará a tus conductores a descargar los camiones. ¡Ya lo hemos visto antes!

A la unidad militar n.°… Gasolina… *Éstos penetraron más lejos. Llegar no es fácil. Gusártsev acompañó el cargamento hasta las montañas; a partir de allí siguió Ruslán. Se envió con prisas. ¡En bidones chatos, triangulares! En la guerra todo vale*.

A la unidad militar n.°… Combustible diésel… Fueloil… *¡Hurra! ¡Hurra! El coronel Anin ha entrado en razón. Tampoco ha tardado tanto, después de todo… A fin de cuentas, sólo lleva tres meses al frente de la unidad*.

Apenas tres meses atrás, el tal Anin montó en cólera al oír que, *por sistema*, de todas las remesas debería darme un barril de cada diez. No lograba entender quién era yo. ¡Cómo es posible!, gritaba fuera de sí. ¡Quién se cree que es este mayor Zhilin! Pondré a ese granuja en evidencia… ¡Voy a quejarme al Estado Mayor! ¡Hablaré con los generales! Pero, mira tú, el camarada coronel ha acabado tranquilizándose, ya ni rechista. Ha comprendido.

Alguien tuvo que explicárselo, claro… Al parecer, fue Kolia Gusártsev. Hablándole sin rodeos. Lisa y llanamente. El ejército ahora mismo apenas está controlado. No hay manera de meterlo en vereda… La disciplina brilla por su ausencia. Cuando no hay disciplina, que al menos sean las reglas del mercado lo que rija los suministros de combustible… Si no, caeremos en el caos… Aunque le explicaron,

trataron de meterle en la mollera la verdad de esta guerra, y el coronel Anin seguía con su cantinela: «¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que lo de la gasolina y el gasoil funcione así? ¡Cómo voy a combatir en estas condiciones! ¡Los voy a poner firmes! ¡Acabaré con esos canallas!».

Todo lo que él encargaba se lo trincaban por el camino. Bien los nuestros, bien los chechis… Lo mismo da unos que otros… ¡Tres meses seguidos así! De modo que el pobre me ha enviado una carta: «Estimado Aleksandr Serguéievich:», etcétera. Un texto muy amable. El hombre se ha vuelto simpático. Recibirá el gasoil… Los chechenos se me dirigen de manera aún más conmovedora: «Sá-ashik…». Suena bien. Tirando a íntimo.

Estamos los tres en el coche de Gusártsev. Cuando acabamos con los negocios, Ruslán se despide y sube a su Zhiguli.[6] Visto desde fuera, nosotros, los tres, tan sólo somos amigos.

Kolia Gusártsev y yo, los dos, observamos a Ruslán dirigiéndose hacia su coche con sus ágiles andares de joven montañés. Nunca nos peleamos a la hora del reparto. Pago generosamente… Algunas veces vamos a partes iguales sin más. Otras, según la aportación, teniendo en cuenta la participación personal. Un trío bien afinado. Lo dijo Gusártsev. *Trío* es su palabra. Las mías, *gasolina, gasoil*… Nada en especial. Mi negocio es modesto.

Jankalá es el suburbio más eminente de Grozni, y es verdad que el ambiente aquí es algo más cálido. Será, tal vez, por el número de motores. Es aquí donde se encuentra el principal grupo de las tropas federales. También están los almacenes, claro, almacenes y más almacenes… O sea que dejar por un día entero al cálido y confortable pueblo de Jankalá para ir a ver a los del Estado Mayor no apetece demasiado. Pero es lo que toca.

—Vamos en mi coche. Qué sentido tiene pegarse doble paliza de ida y vuelta… ¡Más cómodo para ti!—ha propuesto Kolia.

Viajamos juntos.

El camino a Grozni nos lo conocemos al dedillo, podría ir conduciendo en mi cuatro por cuatro con los ojos vendados… Sin embargo, Kolia lleva el coche con más soltura aún, como jugando…

Mientras conduce, Kolia telefonea al general Bazánov, su superior inmediato.

—Enseguida estoy ahí, camarada general… Sí, claro que le echaba de menos… Usted sabe cuánto disfruto de su conversación.

Después de estas palabras entre amistosas y lisonjeras, en el otro

lado resuena el alegre balbuceo del vejestorio, un hervor de infatuación… Hasta yo oigo cómo se eleva, cómo bulle animada en el auricular la voz del *general-nadie*. Cuánto alborozo… ¡Parece un chiquillo!

El día no se ha calentado aún. Hay numerosos vehículos en danza…

No me doy cuenta de que ya estoy bajo el efecto hipnótico de la demasiado conocida carretera hasta que me llegan, como desde muy lejos, ecos de la vaga cháchara que quién sabe cuándo habrá empezado Kolia Gusártsev. Va de venta de armas. ¡Parloteo!

—Sasha… Ahora hay quienes se dan buena maña en venderles los AK[7] a los chechenos. A nuestros chechenos digo, federales. Les da pereza esperar a que lleguen los rifles asignados… Están dispuestos a comprar si así adelantan… De mano a mano… Como opción de negocio no tiene mala pinta…

—Pero si enseguida se los revenden a la guerrilla.

—¡Y qué, Sasha! ¡Qué nos importa!

De momento pienso que se está dejando llevar por su charlatanería, no logro apartar la mirada de la carretera.

Mientras tanto, Kolia Gusártsev revolotea cada vez más alto… Que sí, que sí, nuestro negocio es nuestro combustible… ¡Por supuesto! Gasolina, aceites, gasoil, queroseno. Pero todo negocio tiende a diversificarse… ¿Sí o sí, Sasha? Es como en un combate, Sasha. Como un ataque de flanco… El flanco siempre, en cualquier situación, está vivo…

El flanco se empuja a sí mismo. El flanco tiene ganas de probar… El flanco se arriesga…

Kolia se embala como él solo. Suele ocurrir en nuestros viajes: de pronto estalla la exaltación fortuita. La causa es lo de menos. El joven oficial del Estado Mayor me acribilla con la palabreja de turno. Flanco… Flanco… Flanco…

—… El peligro no nos asusta, Sasha. A ti incluso menos que a mí… A veces hasta deseamos asomarnos al precipicio… ¿Acaso no es así, Sasha? Al mismísimo precipicio… La guerra te pone.

Me ha dado más risa que otra cosa. ¡Qué ímpetu! Cuando empieza en ese plan, Kolia Gusártsev me parece ridículo… ¡Tan joven y novato! La tentación común, el punto débil de todos: bordear el precipicio.

Kolia se ha callado. Diría que con cierto aire de ofendido. Yo, por mi parte, me dedico a observar distraídamente las nubes, el bosque… Pasamos por un lugar especial. Mirar esta curva del camino tan

conocido me llena cada vez de una felicidad inexplicable.

¡El río!

Antes del puente tenemos que dejar pasar a los últimos del convoy de Jankalá. La punta de la cola… Dos BMR y, en medio, un camión grande. Los rezagados…

El Sunzha es un riachuelo. Un típico riachuelo del Cáucaso. Tampoco nos pongamos tiernos… El puente se ha despejado, más allá está Grozni. Los arbustos… Los arbustos de baja altura. Después viene otro tramo de carretera anodino. Pero por lo menos es abierto y tiene buena visibilidad.

—Agacha la cabeza—ha dicho Gusártsev.

Le he hecho caso. Guerrilleros en Grozni nunca faltan. Sólo que por la mañana están descansando… Lo suyo es la noche y la madrugada. No obstante, en las afueras no sería tan raro que alguien abriera fuego a cualquier hora, podría entrar en acción algún francotirador aburrido.

Y todo (o sea, todo esto se te pasa por la sesera) porque ahora el paisaje abruma. Los edificios mutilados oprimen el ánimo… Todo alrededor está deshabitado. Una manzana entera mira a través de los ojos muertos de las ventanas. El vacío de las ventanas se percibe a distancia… Aunque es mejor el vacío que el centelleo de una mira hostil.

Por razones de prestigio el Estado Mayor trató de establecerse en Grozni en lugar de Jankalá. Aunque fuera temporalmente… Para fomentar la sensación de que la victoria estaba cerca… Y según cómo, a poco que vienen mal dadas, pies para que os quiero. Media vuelta y a cobijarse de nuevo en Jankalá. Y así dale que dale en plan elástico. Algunos del Estado Mayor hasta le han cogido el gusto a ese trajín. Ahora aquí, ahora allá… (Al personal de transmisiones, maldita la gracia que les hace, pero a quién le importa).

Estamos en Grozni…, ante la habitual concentración de vehículos conocidos. El inefable general Bazánov, el grandullón, el fofo, bautizado en los pasillos del Estado Mayor como el general-nadie, disfruta de un despacho fabuloso. Por ahí nos hemos pasado después de la reunión semanal. Gusártsev para su informe periódico, yo, de mero acompañante. Que te toque un jefe como Bazánov es sin duda un golpe de suerte, sea en el siglo o en la guerra. Y Kolia Gusártsev le saca partido a ese chollo, menuda potra tiene. De vez en cuando me lleva ante Bazánov para que me tenga presente… ¡Ojalá sirva de algo algún día!

En el Estado Mayor Bazánov es el responsable de las relaciones con la población autóctona. De los contactos. Del refuerzo de los lazos amistosos entre los numerosos pueblos del Cáucaso. Un cargo cuyo sentido nadie comprende. De él y de su plaza numeraria se burlan los oficiales que zancajean por los pasillos del cuartel general. ¿Por qué? Porque sí… Se le considera un tipo *estrambótico*. Empezando por su absurdo matrimonio. Tan absurdo como su idea de construirse la dacha en el quinto pino, en las afueras de la ciudad de Rostov…, adonde nunca ha conseguido (y nunca conseguirá sin que se monte un escándalo) enviar al menos un par de soldados como mano de obra.

Y encima es que, por no tener, no tiene siquiera un solo adjunto o subordinado directo, que dependa estrictamente de él. Aparte, claro está, de Gusártsev, su gallardo hombre de confianza, que también se ríe de él a sus espaldas, aunque no a rienda suelta… O aparte de Guesha, el alférez que le sirve el té.

La ventaja es que nadie jamás ha solicitado que el general le dedicase sus horas de recepción. Así que en su despacho reinaba la libertad absoluta. Entramos y nos acomodamos a placer. ¡Qué gozada de sillones! La maravilla de estirar las piernas sin límites, hacia el infinito… Hasta que mi mirada se tropieza con una pared donde hay cuatro baldas llenas de libros. ¡Cuatro!

El general se ha animado visiblemente. Le pica la garganta. Ejem, ejem… «Sasha…», el general me saluda con un gesto añejo, de cortesía trasnochada. Iba a decirme algo, pero se atranca, no atina el cómo…

Aclarada de nuevo la voz, ese bajo profundo de osito de peluche, el general, sin andarse ya más por las ramas, me ha pedido dos operarios para la construcción de su dacha. Cuando le he contestado que no tenía operarios libres se ha contrariado de veras.

—Pero he de acabarla de una vez… ¡Qué clase de general soy si no dispongo de dacha!

Y vuelve a dirigirse a mí. A mí, no a Gusártsev. Es extraño, nunca se ha mostrado testarudo.

—Vamos a ver, mayor, tú controlas la construcción. Me consta que vienes de ese oficio, te las apañarás…

He procurado explicárselo: lo que se está construyendo es el almacén exterior. O sea, que está fuera. Al otro lado, más allá de los almacenes principales… Libre de vigilancia.

—Pero alguien trabajará allí, ¿no?

—Pues sí, los chechenos. ¿Le valen?

—Claro que no.

Por fin Gusártsev acude en mi ayuda:

—Los peones-chechenos, camarada general, no llegarían a Rostov. Los del control de Krasnodar les pararían a medio camino. Y les retendrían… Detención preventiva.

—¿Es cierto que en los trabajos de construcción de tu almacén hay dos jefes de obras y los dos son chechenos?—Formulada la pregunta, Bazánov ha levantado la cabeza con aire de importancia. Es un rasgo típico en los generales: cargan de significado cualquier frase neutra.

—Sí, es verdad.

—¿Y los dos se llaman Ruslán?

—Los dos.

Gusártsev sugiere:

—Sasha, y qué me dices de los dos nuevos… Esos dos…

—Esos dos están traumatizados.

Enseguida el general se pone a aletear medrosamente:

—O no, no. Nada de traumatizados… No están en sus cabales. Se fugarían. Y encima violarían a alguien por el camino.

Nos hemos relajado, Gusártsev hasta quizá las piernas. Está aquí como en su casa. Yo, no tanto, pero me acuerdo del té y del alférez Guesha. No me importa esperar… Una taza de té siempre es bienvenida, y más en los despachos del Estado Mayor.

El general se lamenta:

—Muchachos… Por favor. Os lo ruego… Necesito operarios. Imperiosamente… ¡Tengo mujer! ¡Mujer! ¿Sabéis lo que significa eso?

—Este está casado. Algo sabrá—ha dicho Kolia riéndose y mirándome a mí.

—Sa-aasha—se alarga en la pronunciación el general—. La mujer es como la realidad, uno no la escoge.

O sea que de eso se trata. La joven esposa del general ha venido en plan visita sorpresa. Dicen que es guapa… Seguramente ya le estará poniendo a caldo.

—Sí, sí. Ha venido a verme—ha dicho el general, y ha sonado extraño, con una doble entonación involuntaria.

Alegre y dolorida.

Con cierta solemnidad ha intervenido Kolia Gusártsev. Se ha colado en la pausa… So capa de «contacto con la población autóctona» Kolia

ha descrito vivamente el ínfimo suceso que tuvo lugar ayer en las cercanías de Vedenó. ¡Anda que se ha comido mucho el coco, ni un segundo ha perdido en buscar mejor pretexto! El incidente fue de lo más insignificante, una nadería: los soldados que vigilaban la carretera que conduce a Vedenó interceptaron un camión checheno de reparto de pan. Lo saquearon… y a comer se ha dicho. ¡La compañía se agenció medio centenar de hogazas recién horneadas, tortas aparte! ¡Ni una miga perdonaron!

Los soldaditos estaban tan hambrientos que, al parecer, habrían abierto fuego por el pan sin pensárselo dos veces. El problema fue que los chechenos de esa aldea no eran de los belicosos… Y es que los chechenos no belicosos a la mínima se ponen a escribir. No son mancos, saben juntar letras. De modo que se fueron derechos a Grozni con la correspondiente reclamación escrita, ¡y su queja fue atendida! ¡Hubo que pagarles el pan! ¡Y se les pagó! Es una buena señal, camarada general. Imagínese: ¡una unidad militar pagándoles el pan a los chechenos!

De un choque doméstico, de una bagatela, Gusártsev a bote pronto, ante los ojos del general, ha extrapolado la tesis del descubrimiento de nuevas relaciones, lo cual inaugura una nueva fase de la guerra: ¡el intercambio! ¡Ese intercambio de pan por dinero significa el nacimiento del mercado y los contactos directos con la población autóctona! El intercambio en vez del fuego desde los arbustos. El intercambio en vez de las cabezas cortadas… Por supuesto, no todo se resuelve a la primera… Pero ¡el paso está dado! ¡Por ahí se empieza!

—¡Bravo, Kolia!—El asistente ha dejado satisfecho al general Bazánov. Pero ¡que muy satisfecho!

Lo cual agudiza el enfrentamiento conmigo:

—¡Mayor! Hasta los chechenos se muestran ya abiertos al diálogo… *¿Y* tú qué?—me sermonea recordando todavía mi respuesta negativa.

Encima me amonesta con su dedo regordete, frunciendo el entrecejo… ¿Qué le pasa hoy?

El abnegado alférez Guesha por fin ha traído al despacho la bandeja con la tetera pintada de rojo y blanco y las tazas.

—De momento, el té. ¡Té!—ha anunciado abaritonando su estentórea voz el general.

Muy expresiva y enfáticamente ha acentuado el «de momento». Como si el té fuera sólo el principio, al que muy pronto le seguirá la bebida de verdad. Servida en la misma bandeja por el mismo alférez.

Yo echaba miraditas a las repisas de los libros. A los libros… A sus lomos. Con los nombres de los autores inscritos en letras menudas. Estaba al tanto de esa afición del general, ni que fuera de oídas… Incluso si sólo se trata de decoración, aun cuando se elijan los libros a juego con el color de los muebles, su mera visión infunde respeto. Sea cual sea el motivo por el que los coleccionan, por mí, amén.

La vida de los pueblos montañeses del Cáucaso (su reflejo libresco) también constituye una especie de decorado para nuestra guerra. Y esa vida libresca se ha convertido en la auténtica pasión tardía del general Bazánov. Kolia sostiene que lo que despertó al general fue la orden de arriba sobre la lectura obligatoria del opúsculo suministrado oficialmente, un librito populista sobre el Cáucaso. A fin de cuentas, a Bazánov le había sido encomendada la supervisión de los contactos con la población autóctona. Él, por lo visto, llevaba tiempo sin leer nada en absoluto. El librito le dejó seriamente trastornado, así que exigió más. ¡La que se montó! No olvidemos que el general dispone de línea telefónica prioritaria y sin restricciones. Así pues, no paraba de llamar aquí y allá… Mándenme esto… Busquen y tráiganme aquello… Si el libro es raro, si no hay más que un ejemplar y no pueden conseguirlo, hagan fotocopias. ¡Es de vital importancia! Aquí hay todo un mundo por explorar. Hay que hacer acopio de cuanto se sepa. Todo cuanto tenga que ver con la historia de Chechenia… Y, ya puestos, con la historia de los pueblos vecinos. Así de fuerte le dio al general Bazánov, a pesar de que, según las lenguas socarronas, ya le tocaría, por edad, irse ocupando menos de los mundos de este mundo y pensar más en el otro.

La gente de Rostov e incluso de Moscú a la que llama el general, esos oficiales jovenzuelos o esos chupatintas del Estado Mayor, en principio hasta pudo tragarse que Bazánov necesitase esos libros y folletos para instruir a nuestros soldados sobre cómo relacionarse con los montañeses…, ¡aunque sólo fuese para que aquellos salvajes dejasen de cortarles las cabezas a la mínima! Para abrir cauces de aproximación… Para, digamos, atenuar las hostilidades… y después, quién sabe, con el tiempo y una caña tal vez lograr la reconciliación total. Así que buscaban y hasta a menudo encontraban para él esas rarezas que demandaba. ¡Desde luego que sí! ¡Lo que el general quiera! Sus peticiones son órdenes. ¡Se le hace llegar todo cuanto antes! Por correo militar, el del Estado Mayor. ¡Ni un librito se ha perdido! Ni una fotocopia ha salido ilegible o borrosa. Todo en regla.

El viejales casi se ha enterrado vivo en la historia de las montañas,

¡se ha metido a fondo, hasta las cejas, sin posibilidades de emerger! Por supuesto, le envían bastantes tonterías. Para que les deje en paz… Para quitárselo de encima. Sobre todo a medida que han ido creciendo los rumores sobre su chochez. Pero como la guerra no acaba de terminarse, le siguen enviando más y más material. También alguna que otra cosa seria de vez en cuando, claro. Nada más desgarrar el paquete, el general se encierra en su despacho y se vuelca febrilmente en la lectura.

Ni corto ni perezoso Kolia Gusártsev sigue sacándole punta al caso del medio centenar de hogazas chechenas pagadas.

Esas anécdotas ñoñas, o mejor dicho, esos más que dudosos chismes sobre los contactos con la población autóctona les encantan a los grados superiores. Sólo asimilan ideas edulcoradas… Y ya no digamos los vejestorios como Bazánov, que se contentan con apenas nada, que parecen morirse de ganas de que les vendan cualquier moto. Ahí lo tenemos, babeando de admiración con lo que escucha… Si hay comercio, pronto habrá reconciliación… ¡La paz a la vuelta de la esquina! ¡Hurra! Se diría que la paz está a un paso del general. Vale, a dos como mucho… Los que se apresta a recorrer, esquivando si es preciso la realidad, su corazón viejo pero sin duda bondadoso.

El robo de pan cometido por los soldados se le presenta como algo extraordinario, fabuloso. En medio de la carretera… ¡En plena marcha! Saqueando el camión… ¡Bajo la lluvia!

¡Porque hubo trueque, pan por dinero, por dinero! El general transmitirá sin falta la buena nueva a la cúpula del Estado Mayor.

¡Porque, bien mirado, se puede considerar que al final los chechenos por sí solos entregaron la vitualla a los soldados! Gusártsev le suelta al viejo ese disparate así tal cual. No pierde comba. ¡Lo de la ofrenda voluntaria tiene hasta un toque de inspiración! ¡Más que ninguna otra cosa, lo que ahora necesitan los hombres y mujeres de las montañas es nuestra palabra cordial! El dinero es secundario, basta con lo justo. Pronto, muy pronto, vendrán los chechenos con sus tortas y su queso de oveja. En primer lugar, las mujeres, las ancianas… ¡Con las tortas recién hechas! ¡Al ataque, soldaditos!

Kolia lo relata como un milagro. No seré yo quien meta baza ni, menos aún, trate de corregirle. El tío disfruta de lo lindo, de eso no cabe duda… ¡Que le aproveche!

—En el batallón de Gúrov… ¡Hay que ver la de manduca que han traído los chechenos! ¿Tú lo has visto, verdad? ¿A que sí?—Kolia

Gusártsev tira de mí cuando sus historietas empiezan a salirle demasiado inverosímiles. Yo me mantengo templado y al quite… Dispuesto a confirmar lo que haga falta. Vale, es un trolero redomado, pero ahora se recrea a tope.

—Por cierto, se les podría dar algo de gasoil a los chechenos por los víveres. —El general me hace un gesto incitador. (O sea, que se lo eche yo, ¿no?).

—¡Cómo no!—se alza la voz de Gusártsev—. ¡Obligatoriamente! Por el gasoil pagarán tanto con pan como con dinero. ¡Es una cuestión de honor para los montañeses! Aunque está claro que pagarán sin pasar por caja. —Aquí Kolia Gusártsev da a entender con el tono que la broma es picante y actual.

—¡Esquivando los impuestos! ¡Ja, ja, ja!—le ríe la gracia el general.

Bazánov está exultante. Así es la guerra real, ésa es su verdad… No los estúpidos presupuestos que barajan allá en la capital… ¡Cuándo se van a enterar de que la guerra es otra cosa, algo interior! ¡De las entrañas!

Siempre según Kolia Gusártsev, nuestros soldados traban amistad y llegan a acuerdos sobre todo con los chechenos sencillos. Con los montañeses de las aldeas más lejanas… Yo escucho impasible. Me limito a morderme levemente el bigote. La fantasía arrastra a Kolia, lo arrebata a merced de los vientos… ¡Allí, en las aldeas salvajes, viven unos bonachones increíbles! No saben ni leer ni escribir… Pero ¡qué generosos son! ¡Y cuánto interés muestran por todo, qué fascinación tan primitiva por las armas desconocidas! ¡Se quedan pasmados! ¿Puedo tocar? ¿Sabe cómo encuentran su rifle en la oscuridad? ¡Atientas! Y tendría que oír cómo pronuncian, casi cantan, la palabra *laaanzaaagranaaadas*. ¡Pura música! Gusártsev está embalado, imparable. Se las da de consumado conocedor de las diferentes hablas rústicas. Imita jugando con la voz los acentos «aldeanos».

—En estas montañas donde ahora batallamos ya una vez el islam venció al cristianismo. Sí, sí, los chechenos, al igual que los ingusetios, antes eran cristianos… No duró mucho… Pero ¡lo fueron! Hay ruinas de templos ortodoxos… ¡Y de los importantes! Siglo XV.

El general Bázanov ha revisado personalmente esos templos. Sus ruinas, por supuesto, los restos de los muros.

—He tocado esas piedras con estas mismas manos.

No va a dejarnos marchar así como así. Con las mismas manos

(rollizas manos de general) que acariciaron los vestigios aludidos, ha puesto la botella de brandy sobre la mesa para que no nos diera por irnos de pronto. Para que ahora le escuchemos a él.

Lamentablemente la rama del cristianismo que había tramontado el Cáucaso y había llegado hasta las tierras chechenas a la larga no resultó lo bastante sólida. El cristianismo de aquí fue melifluo, festivo y más decorativo que profundo. La belleza y ornato del templo. La belleza del oficio… Los cánticos… A su vez, el islam llegó aquí ya pletorico, potente, severo. Con su trabajada hondura espiritual. Pertrechado de sus leyes morales. A propósito, con la prohibición de la venganza de sangre… Sí, habéis oído bien: con la prohibición… Con la responsabilidad personal de los pecados. Lleno de admiración por la belleza de la existencia.

—El encuentro, o mejor dicho, la lucha entre las dos creencias no tuvo aquí un carácter de poder a poder; os explico la causa por la cual el islam suplantó al cristianismo. El encuentro, o mejor dicho, la lucha de las dos creencias comenzó hace unos tres…, cuatro siglos… Desde el punto de vista de la historia, un plazo de tiempo insignificante. ¡Brevísimo! ¡Un segundo!

Por supuesto, Kolia Gusártsev ya había oído todo aquello (con o sin detalles) de la boca del general Bazánov, y más de una vez. Pero yo lo descubría en aquel momento. Escucho con interés… Hasta me emociono… Siento que me hallo en un pozo profundo, profundísimo. Aplastado por el peso de los siglos.

Entonces, por primera vez, he oído esta palabra:

—Asán.

Antes del islam y antes del cristianismo, los montañeses, al igual que otros pueblos, pasaron por el culto a los ídolos. Ya sabéis, esas llamémosles estatuas a cuál más espantosa… Asán no era un ídolo cualquiera, sino el principal. Lo mismo que Perún en el panteón eslavo… El general Bazánov hasta sabía qué aspecto tenía el fetiche. Asán se representaba en forma de un enorme pájaro de dos manos. ¡Divinidad suprema!… ¡Causaba pavor, auténtico pavor! Ahora aquel dios está olvidado, aunque podemos conjeturar que en la ilimitada profundidad de la conciencia colectiva del pueblo montañés todavía palpita su nombre:

—Asán… Asán… Asán…

El terrible nombre olvidado todavía gobierna el alma del montañés (y su subconsciente) sus silenciosas, vagas señales procedentes de lo

más profundo. El islam, por ejemplo, prohíbe la venganza de sangre… Pero ésta es permitida, aprobada por Asán, la divinidad más antigua, la de raíces más hondas.

El general se ha henchido de emoción con su propio relato… Hasta la banda de sus pantalones se sacude con un tembleque eléctrico. Y es que la charla no trata de algo lejano en el tiempo y en el espacio, no, ¡es sobre Chechenia! Al fin y al cabo, vivimos aquí. Luchamos aquí… Aunque fuera para fortalecer nuestro espíritu contra el terrible ídolo, el general, probablemente, comete un error: vuelve a llenar nuestras copas. ¡Brandy! ¡Combinado con los sillones blandos! ¡Es un error colosal! Yo casi enseguida diviso la sierra del Cáucaso coronada por el hilo discontinuo de las cimas blancas… Y los puertos de montaña… Y hasta los aludes a punto de desprenderse.

Unos tragos más y ya no me cuesta nada divisar encima de la línea de las montañas al tal Asán flanqueado por toda esa marabunta de orgullosas pequeñas etnias. Hay infinidad… Los pueblos se sientan hombro con hombro. Un tanto amontonados en los abras… En la cordillera del Cáucaso los pueblos se sentaban como en un alambre con las piernas colgando. Charlaban, chasqueaban las lenguas…

No sé Kolia Gusártsev, pero yo he caído víctima de la modorra… Me parece oír unos tambores lejanos… Falanges helénicas… Los helenos por alguna razón cumplían una función importante. Mantenían prietas las filas… Pero el sueño puede hasta con los griegos. ¡Joder con la modorra, cómo te noquea! No dejo de mirar la boca del general. De ella siguen saltando palabras, palabras, palabras… y después han comenzado a salir esos triángulos.

Ahora veo esas pirámides gigantescas… Alrededor se mueven hombres ya del todo antiguos… Medio desnudos…

¡Muchos, muchísimos! Hordas… ¡Armados con lanzas! Despellejados. ¡Descalzos todos! Y entonces surge de nuevo la deidad avícola. El ave me tranquiliza. Me asegura con su grito extraño que no vale la pena tener miedo ante aquellos payasos con lanzas… Que les folie un pez, dice el ave. Al principio su canto es juguetón. El pájaro me guiña el ojo. Después me arroja encima la más dulce de las tristezas… Duérmete, guerrero valiente… Duérmete, mayor Zhilin…

Ése soy yo… ¡Me canta directamente a los oídos, un canto largo, dulce!

Siempre, cada vez que bajo del coche en Grozni, se me pega algún

anciano checheno buscando mi mirada. Los viejos se me acercan. Ahí mismo, en medio de la calle. Pidiéndome combustible: «Sáshik, *gasoil, un poquito…*». Que si se les echa encima la época de siembra, que si esto o aquello… Siempre, siempre lo piden como prestado. Prestado aunque no hay con qué devolver la deuda. A veces les ayudo… Cedo el camión media jornada… Doy sin pasarme. Para que no me resulte gravoso. Les fío un poco de gasoil, fuel… Un negocio sin pequeños contactos no es nada. Qué sería del mío sin esa trama de favores afectuosos, de gratitudes diferidas. Juran que *algún día, de algún modo*, me lo pagarán.

—Sá-ashik—dicen—. Cualquier cosa que necesites, no tienes más que dar un toque.

Pero, claro está, no son más que palabras. Podría estar dando toques hasta hartarme… Los campesinos son olvidadizos por naturaleza. Como toda persona honrada. ¡Es una paradoja y un hecho!… ¿Para qué necesita recordar un hombre honrado? En cambio un embustero, un tunante sí que ha de acordarse bien, sin pausa ni descuido, de sus deudas.

Un par de veces, por pura curiosidad, he preguntado a los ancianos sobre Asán. No sabían nada… ¿Quién es? O, tal vez, no les apetecía compartirlo conmigo. Sus rostros se volvían neutros. Los labios callaban. ¿Les daba miedo turbar las tinieblas? ¿Les asustaba nombrarlo en vano?… O puede que simplemente se sintieran incómodos ante el hecho de que un ruso supiera algo de su remota antigüedad cuando ellos mismos la tenían tan olvidada.

Ruslán me ha dicho que en lo alto de las montañas, en los puertos menos frecuentados o de más difícil acceso, anida la longevidad, no es raro que los ancianos pasen de los cien. Al parecer, mientras aún colean no se acuerdan de nada semejante. Pero a veces un viejo checheno moribundo menciona de pronto a Asán… Así, por las buenas… Cuando no le queda más de medio día de vida.

Me doy prisa para no demorar el regreso a Jankalá. Mi casa son mis almacenes… Apetece estar en *casa* cuando cae la noche. Pero, mientras recorro el aparcamiento vigilado en busca del cuatro por cuatro de Gusártsev, mirando coche por coche hasta rebasar sin éxito la fila entera…, me alcanza a todo correr una mujer que sin lugar a dudas me estaba esperando. Suele ocurrir… Esta me ha aguardado apostada a la sombra de un feo bloque de viviendas de cinco plantas.

—¡Aleksandr Serguéievich! ¡Aleksandr Serguéievich! —Mientras viene hacia mí corriendo (¡corriendo!) la mujer me ruega que entre un

momento en su casa.

¡Está aquí al lado, aquí mismo! ¡En este bloque! Me mira a la cara. Me agarra por la manga. El viento hincha su feo vestidito gris… Entramos, nos abrimos paso por el edificio que huele espesamente a hacinamiento vecinal. Luego pasamos a una habitación diminuta. La mujer la alquila.

Pero es que voy mal de tiempo, de veras que sí. (Y, además, no llevo en el cuerpo más que una triste empanadilla seca que he engullido en aquel chiringuito de Grozni… O sea que ya empiezo a tener hambre). De ahí que, apenas cruzado el umbral, haya apremiado a la mujer. Está bien, querida, pero al grano, ¿qué pasa con su hijo, dónde está?

Se ha puesto a remover papeles… Una lista de nombres… Un mapa dibujado a mano. Con el lápiz ensalivado… Me lo planta delante de las narices, me lo hace sostener. Y habla, habla sin parar. Lamentos, hipidos… Puro delirio… La de veces que lo he visto, que lo he escuchado.

—Tranquila—le digo—, tranquila…

Se trata de una vieja cartera de escolar llena de papeles… Ahora hurgo en ella yo mismo… Finalmente se derraman sobre la mesa las cartas de su hijo. Pidiendo dinero… Y después las notas sueltas, cortas, ya del todo desesperadas. Desde el hoyo… ¡Notas-grito!

Ojeo los papeles y papeluchos, la mujer—llorando a lágrima viva—cuenta atropelladamente cómo ella y otra madre de soldado, una tal Galina, van por las carreteras, cómo eluden las patrullas… Dos mujeres solas. Los pastores les dan de comer. Duermen en el campo…

Su cara sigue bañada en lágrimas pero su voz, mal que bien, resiste. Han recorrido una carretera tras otra… Han escudriñado en vano las montañas… Una vez, cinco chechis…

—Nos jo…dieron…

Es una simple campesina, no busca expresiones sofisticadas.

—Nos jo…dieeeron…

A las dos. Las tumbaron una al lado de otra, en la hierba. Qué sí, que sí, las dos sabían a lo que se arriesgaban. Pedazo de locas, a quién se le ocurre… Y lo peor: fue inútil… Pero… cinco a la vez… Cinco—se ha atragantado con las palabras—. Es para…

He repasado los nombres de los señores de la guerra apuntados de su puño y letra. Uno las enviaba a otro. De aquí para allá, de este grupo a aquél. No todos, la verdad sea dicha, son violadores. En su mayoría, según me consta, se portan bien con las madres, las tratan con

delicadeza… Se compadecen de ellas… Les dan de comer… Tampoco nos olvidemos de que a través de las madres un modesto pero constante arroyo de dinero fluye suave como un susurro hacia ellos.

Más nombres… No… No lo conozco… No me dice nada… No… A éste tampoco lo conozco. Deben de ser guerrilleros de alta montaña… No… No…

De pronto he visto uno, un nombre que, aunque mal escrito, me sonaba.

—Para, para, querida.

—¿Me ayudarás? Señor…

He copiado en mi bloc de notas el nombre. Y la carretera donde *opera*. Asimismo anoto que se trata de una madre, para no confundirme.

—Lo intentaremos, mujer, aunque no hay garantías.

—Oh, Dios… ¡Mayor!… Ya, ya, sin garantías, claro…

Temblaba literalmente.

—¿Por mil? ¿Por mil?

Le he explicado cómo funciona: no cobro a las madres. Los mil dólares son la tasa del fondo de rescate. Son mis honorarios. Pero eso es una gota en el mar. Y es lo último… Ahora, en el caso de que mis gestiones o mis contactos alcancen al señor de la guerra en sus montañas, ella tendrá que reunir dinero, mucho dinero. Harán falta ocho, diez mil…, o tal vez más… Cada cual exige lo suyo y, a la hora de cobrárselo, como te descuides se te llevan hasta la mano. Así es la cadena de intermediarios… Por supuesto, el fondo no facilita dinero para pagar a los intermediarios, esas alimañas impredecibles… Eso, madre, tendrás que reunirlo por ti misma. ¿Dónde? En Rusia, claro está. Aquí, desde luego, no.

No es más que una campesina de la Rusia Central, de la región de Vorónezh. Trabaja en la granja, ordeña las vacas… Se le ha escapado un grito blasfemo. Una mujer sencilla acostumbrada a tirar con brío de las ubres de las vacas y llamar a las cosas con palabras llanas.

Yo le llamo *madre* aunque no pasa de los cuarenta y pocos, somos más o menos de la misma quinta. Y ella venga a darme jabón. Se ha excedido tres pueblos haciéndome la pelota… ¡Zhilin! ¡Mayor Zhilin! La esperanza es lo último que se pierde… Fue en el fondo donde le sugirieron que cuando a la madre del soldado se le agotan los cartuchos no le queda otra que encomendarse al mayor Zhilin.

Y en eso estaba ahora, en pleno arrebato, hablando como a ráfagas…

—¿Qué le parece la habitación? ¿No le gusta? ¿Tan mala es? Es verdad, es pobre… Pero la mantenemos ordenada, eso sí. Es bastante limpia. —Se iba embalando por momentos…

«Mantenemos» significaba ella a medias con aquella Galina, también madre. Entre las dos alquilan la habitación.

—¿Y la cama, sólo hay una?

—Es que dormimos juntas… Pero está muy limpia.

En cuanto la pobre ha comprendido que realmente intentaré hacer algo por su hijo, ha querido gustarme. Con todas sus fuerzas… Con todos los restos de su encanto femenino… Se le ha iluminado la cara. Pero seguía siendo la cara de una madre de soldado que ha tragado mucha hiel… Se le entrecortaba el aliento… ¡De la excitación! Se me ofrecía a tumba abierta y sin saber si yo… ¿La desearía? ¿Después de lo de los chechis? Dicen que en la guerra todo vale, ni siquiera a las cabras se desdeña… Oh, Señor, ayuda a los nuestros a vencer en esta guerra… ¡Hablaba desatada, imparablemente, ya sin vergüenza alguna, disparando palabras como una ametralladora!

A causa de la guerra su hijo (contando con que todavía siga vivo) estará acurrucado y maltrecho, temblando y tosiendo en el fondo de un hoyo húmedo de cuatro metros. Hecho un guiñapo, con la nariz rota… Ovillado sobre sí mismo, pegado a su cubo fétido. Y ella (¡la muy insensata!) rogando que la guerra dure y dure.

La punta de la manta que cubría la cama estaba doblada, probablemente para que yo pudiera apreciar la blancura de la sábana.

—No, no, querida—la he calmado con la máxima ternura—. Si estoy aquí es por el asunto, sólo por el asunto de tu hijo. Apúntame tu nombre… Cómo encontrarte… Cómo contactarte. Por si la cosa saliera bien.

Se llama Ana.

La primera vez que volví a verla fue de refilón en la antesala del despacho de un coronel. Ana se desvivía por hablar con el alto rango, gritaba, exigía, blasfemaba… Unos diez minutos más tarde oí su alarido. Cuántas había visto en ese trance. A montones. Todas aquellas desdichadas mujeres… ¡Madres de soldado!

En otra ocasión la vi caminando por la calle. Iba con otra madre, tal vez fuese su compañera de infortunio, esa tal Galina. A buen seguro acudían a una cita programada… Hablaban a porfía, discutían, se pasaban un sobado papelucho oficial.

Algún tiempo más tarde la reconocí en una tiendecilla semiderruida devorando a bocados una barra de pan… La mordía directamente, la desgarraba con los dientes. Masticaba sin decoro, se atragantaba… Y sorbía la leche de un cartón agujereado… La leche se escapaba chorreando, goteando, la mujer apenas lograba interceptar con la boca el chorro blanco y sabroso.

Capítulo IV

JVOR está herido… Gusártsev y yo estábamos a punto de entrar en Grozni cuando llamó Ruslán y me soltó esta alarmante noticia: Jvor está en el hospital. Ruslán iba a colgar, se notaba que tenía prisa:

—Voy a llamar al mayor Gusártsev.

—Está aquí. Sentado a mi lado.

—¡Ah!

—Acércate aunque sea por unos minutos…—dije—. Acabamos de cruzar Sunzha.

—Vale.

Cinco minutos más tarde vimos el Zhiguli de Ruslán. Parado al borde de la carretera, esperándonos.

Ruslán conocía los detalles del combate de ayer sólo a grandes rasgos. Jvorostinin, de mote Jvor, guiaba el convoy… ¡Como siempre! Le alcanzó una bala perdida… Probablemente, un francotirador afortunado… Jvor no iba en el carro de combate, sino en un cuatro por cuatro. ¡Si hubiera cogido su BMD,[8] su blindado! Y, sin embargo, Jvor no sólo llevó el convoy a su destino, sino que además pulverizó la emboscada. Dicen que acribilló toda la parte izquierda del desfiladero… ¡Sólo él es capaz de algo así! ¡Y eso que lo pillaron entre dos vehículos, porque, de hecho, ni siquiera estaba dentro del cuatro por cuatro! Jvor pescó la bala justo cuando se pasaba del blindado al *jeep*. Saltó del blindado y…

Es poco probable que la herida fuera fortuita y leve. Si fue un disparo de precisión…

La noticia nos tiene aturdidos. ¡Demasiado inesperada!

Los tres callamos. Un silencio largo. Nos limitamos a fumar. Un trío

calladito, como suele decir Kolia Gusártsev… ¡Cualquiera puede resultar herido, es la guerra! Pero ¡es que todas las heridas de Jvor son leves, como si el tipo estuviera embrujado! Es el principal acompañante de los convoyes de la ruta Shalí, Vedenó. Es nuestro brazo derecho y nuestro chico mimado por la gloria. El héroe carismàtico y un poco fanfarrón, y, por supuesto, ¡el favorito de las enfermeras!

¿Y ahora qué? Los tres le estamos dando vueltas a lo mismo: ¿y si es una señal de futuras pérdidas? Pequeñas… Grandes… ¡Las desgracias nunca vienen solas! Justo ayer llamó mi mujer, había entrado en una iglesia y estuvo rezando. En la pequeña ciudad (la que está en la orilla del gran río) se encontró con una iglesia pequeña. Fría de narices… Pasó dentro más rato de la cuenta y casi se hiela viva allí sentada.

—¡Venga, venga, tíos!—levanto la voz. A ellos, a mí, a nuestro silencio estancado…—. ¡Venga!

Ni una palabra.

—Hay otros acompañantes bastante buenos. La vida continúa—insisto haciéndome el duro, en plan hombre de negocios.

No quiero llamar al hospital para averiguar lo de Jvor en su presencia. Redoblo la cautela. ¡A saber lo que me dirían! Más malas noticias no, por favor… Encima me tiemblan las manos. Tanto que tengo que esconderlas en los bolsillos… La amistad con Jvor es para mí un regalo del cielo. Un don gratuito. A cambio de nada… ¡Una verdadera amistad! Pese a que nuestra relación siempre sea de paso. Solemos intercambiar cinco-seis palabras y ya está.

En su día le eché un cable al capitán Jvorostinin con el gasoil. Si mal no recuerdo, una nadería… Pero fue suficiente. La amistad verdadera siempre es gratuita. Desde entonces habrán sido centenares las veces que he enchufado mi combustible a sus variopintos convoyes. Ese es nuestro espacio común, la carretera, ahí es donde nos encontramos normalmente, sí, por regla general siempre es así… En esos polvorientos, sucios minutos gritones. Cuando mi camión cisterna enlaza con su convoy. Cuando se incorporan mis vehículos… Siempre divisándole de lejos. Dentro de su cuatro por cuatro… O de pie en la carretera, vociferando órdenes a los BMR … Nadie oye nada. El rugir de los motores. Griterío… ¡Una maravilla de diálogo!… El gesto de saludarse con la mano, la máxima expresión de nuestra amistad. Siempre desde lejos…

Querido compadre, de estampa algo flacucha, de huesos finos, nuestro entrañable capitán… ¡Alto, perdón, que ya es mayor! Hay que

ver la cantidad de tiempo que le frenaron el ascenso. Los celos, ya se sabe… El famoso por su audacia, el preferido de las tropas y la gente, no debe ser el favorito de los jefes. La lógica de la guerra… Como si se tratara de Chapáyev[9] o Chkálov,[10] ¿para qué necesitan un Chapáyev o un Chkálov otro distintivo si ya gozan de renombre popular? Siempre presto a la acción, siempre en traje de camuflaje. Bueno, no le vendría mal que su voz fuera algo más recia… Para la mayoría ha seguido siendo el capitán Jvorostinin. Los chechenos le llaman simplemente Jvor.

¡Las balas le esquivan, la metralla lo ignora! ¡El astuto guardián de los convoyes! ¡Stalker! ¡El amo y señor de los desfiladeros chechenos! ¡El colmo del heroísmo!… Así y de mil maneras más se refieren a él y a sus andanzas esos rotativos militares del tres al cuarto. Para mí esto no significa nada. Parloteo ruidoso… Aunque no deja de tener el agradable poso de nuestra amistad. Esa amistad a distancia que yo, como se dice, disfrutaba a sorbos.

Jvor me ayudaba sin saber (o poniendo cara de no saberlo) lo de *cada décimo barril*, o sea, lo de mi negocio. Simplemente guiaba el convoy de turno y de paso mis camiones. Abastecía al ejército de combustible. Sólo hacía esto. ¿Para qué un hombre genial necesita los detalles? No le interesan… ¿Por qué un águila se iba a fijar desde lo alto en las cagarrutas ajenas (o incluso en las propias) mancillando las ramas de los árboles? El águila mira al nivel de su altura de vuelo. El águila otea las montañas. Las cimas lejanas del Cáucaso Norte, tan bellas que cortan la respiración… Quién se negaría a convertirse siquiera una vez en un águila… Yo no, desde luego. Pero, para bien o para mal, antes he de vivir hasta el final la vida del mayor Zhilin.

—Llama, Aleksandr Serguéievich… Llama—dice en voz baja Ruslán.

Gusártsev le secunda suspirando:

—Llama, Sasha.

No obstante, algo me sigue frenando. La paradójica complacencia en el dolor. Han herido a Jvorostinin, yo siento un dolor de verdad. Sólo así, porque te duele, sientes que allí, en el hospital, está tu amigo. El dolor hechiza. El dolor es agudo y dulce.

¡Anda que no! Ruslán también sufre por Jvor herido. (Y no tan sólo por los previsibles perjuicios que ello ocasionará a nuestros bolsillos). De hecho, está angustiado por el enemigo, por un potencial combatiente enemigo… ¡Por un federal!

Cuando saco el móvil y Kolia Gusártsev exclama sorprendido:

«¡Sasha! Te tiemblan las manos», el noble Ruslán, embravecido, confiesa:

—También a mí me temblarían, Kolia.

Tras un instante de vacilación—¿por dónde empiezo el ingrato interrogatorio, por los del Estado Mayor o por los médicos?—, me da el punto de marcar directamente el número de Jvorostinin y, ¡milagro!, oigo su voz. Sin ronquera ni estertores … ¡Qué alivio!

Le pregunto:

—¿Será posible que estés herido?

—¡Sasha! Quién lo hubiera dicho, ¿eh?

—Si eres intocable… Las balas te esquivan.

—¡Exacto!

—¡Habrá sido un estúpido casco de metralla!

—¡Pues, sí! Un error del orden mundial. Un fallo cósmico.

Los dos nos reímos. Encima somos tocayos. ¡El nombre de Aleksandr le pega muchísimo!

—¿Tu cómo estás, Sasha? ¿Qué tal tus almacenes, tus valiosísimos barriles?

Yo sigo sin atreverme a preguntarle qué clase de herida es y cómo evoluciona…

Y el tío va y me sale con los barriles…

—¡Al carajo los barriles!—replico enfadado—. ¡Lo que escasea son las personas de una pieza! Tú a lo tuyo, a curarte… ¡Que eres de los que ya no quedan, tío, la especie degenera a marchas forzadas, cada vez vale menos, te lo digo yo!

Le cuento en pocas palabras lo de los reclutas borrachos parados por los chechis en la carretera. Lo de los traseros desnudos… La exposición de culos sobre ruedas. ¡Puta payasada! Y cómo en medio del desmadre por poco nos liquidan. A mí… Y de paso a Ruslán.

—¡Vaya!—Jvor se ríe con fuerza—. ¡El casi, Sasha, no cuenta!

¡Puede reírse! Tal vez la cosa no esté tan mal… Pero justo ahora, cuando me lanzo y pregunto ya en serio, la voz de Jvor decae… Se debilita. He pensado por un instante que era por culpa del teléfono. Que los helicópteros han interferido el campo sonoro… O cualquier otra chorrada técnica.

Del vacío surge una voz desconocida.

—¿Mayor Zhilin? Los enfermos no deben mantener largas conversaciones. Y un herido todavía menos… Soy el médico. Ya le

llamaré yo.

Nuestra amistad es conocida. Incluso entre los médicos. ¡Yo, con mi fama específica de almacenero, y Jvor con la suya, grande, sonora, ruidosa! Tampoco hace falta ser iguales para ser amigos… Él me ha sacado de apuros una vez tras otra, ¿y yo? Nada. No he hecho nada por él. Lo dicho: amistad verdadera.

El médico ha llamado al cabo de dos minutos y ha sido extremadamente lacónico: hoy mismo se fijará el día de la intervención del herido Jvorostinin. ¿Qué clase de intervención?… Ya veremos… Probablemente, serán varias.

Y ahí se acaban las explicaciones.

El médico se hace el importante. Que seamos comprensivos… Está muy ocupado… ¡Agotado, harto de tener que pechar con tanto preguntón!

Gusártsev da un codazo a Ruslán, Ruslán a mí: ¿la herida? ¿La bala?

—¿Una herida grave?—me da tiempo a articular.

—Es mala—responde el doctor en voz muy baja.

Por lo visto, ya se ha alejado con su móvil. Tal vez esté al lado de la ventana… Lejos del héroe vivaracho, el cual, mañana o pasado, en la mesa del quirófano, a merced del bisturí, olvidará todas sus hazañas. Sólo le importará sobrevivir.

Desde lejos he oído cómo retumban los barriles golpeándose entre ellos. ¡Qué sonido repugnante, carcelario! El almacén número 2. ¿Se habrá estropeado el montacargas?

—Sí, está averiado… Al mediodía lo tendremos arreglado—responde Kramarenko en tono rutinario. Y propone—: Camarada mayor, ¿y si trasladáramos a Pak a carga y descarga?

El coreano Pak es nuestro escribano.

—Pak es un pollito.

—Pues que al menos se siente con su lápiz en la zona de carga.

No lo he aceptado. Que se quede donde está con sus papeles. Estamos en época de controles… ¡El bueno de Pak hace las delicias de todos y cada uno de los revisores llegados de improviso! Gracias a la belleza única, incomparable, de su papelamen. Los revisores incluso se excitan. ¡Se comerían vivo a Pak! Lo he visto en sus ojos… Esa letra pulcra, sin tachaduras, del coreano. Las perfectas columnas de números, las gráciles cenefas.

Cuando Pak puso por primera vez ante nuestros ojos el inventario de

los almacenes, albaranes, entradas-salidas, etcétera, Kramarenko se quedó boquiabierto. Yo, probablemente, también… ¡Dios mío! Qué ideal es la estructura de nuestro mundo en la versión del coreano. O sea, sobre papel. O sea, el reflejo de nuestro mundo. El imperio del orden… ¡Una maravilla! El inventario me recordó unos encajes antiguos que vi una vez en el mercado. Llevados por el juego de azar a la venta, amarillentos, atraían la vista con sus primorosos calados… Pertenecían a otros tiempos. Nadie los compró.

O sea: que no. Que siga sentado. En su nave número 8… Como siempre, solo, en compañía del vaso de limonada… Pak se trae su limonada de la comida. Y la bebe parsimoniosamente, le dura un buen rato. Sorbe de tanto en tanto… Desviándose por un instante de los papeles. No en vano le arrancamos de los diques y le dimos estos limpios menesteres. ¡Escribe, coreano!

He doblado por detrás del almacén número 2.

Allí ya no se oye el estrépito de los barriles. Allí tengo mi calvero «lunar». Un lugar solitario. Los arbustos se abren, se apartan y, de pronto, justo en medio de nada, se afinca la mesa… Un pedestal para sentarse y estirar las piernas cansadas. El calvero está prácticamente rodeado de oxiacanta espinosa. La oxiacanta también es un calado primoroso. Un encaje tejido por la naturaleza. También es antiguo e invendible (y, mejor aún, impenetrable).

Sin interferencias. Sin gente… Un palmo de tierra aparte. Desde aquí, al filo del atardecer (e incluso ya de noche), llamo a mi mujer. El lugar me sienta bien… Igual que nuestras conversaciones tiernas y arcanas. Tan largas a veces.

Pero esta vez ha sido en pleno día.

La he llamado y me he limitado a comentarle que de momento no se líe a comprar materiales de construcción para el cobertizo. Habrá que esperar Dado que (he procurado hacérselo comprender) posiblemente se retrasará el dinero.

—Sasha…, ¿será para mucho?

—Por algún tiempo.

Ella ha preguntado por qué, y, como de costumbre en circunstancias inesperadas o difícilmente predecibles, he contestado con un seco remache: ¡el negocio!

La lista de pérdidas, empezando por el ataque de los chechis del

sábado.

De camino a la unidad militar n° x: los camiones cisterna, llenos a rebosar. Más mi camión recién estrenado con los barriles de gasoil. Sustituto de Jvor: Zibin. Un sustituto pasable. Condujo el convoy de modo correcto. Entró en el desfiladero de modo correcto. Todo lo hizo correctamente A duras penas logró salvarse.

Los camiones cisterna, los dos, incendiados La mitad del gasoil del camión, saqueado Como si nada Tiraban los barriles directamente al barranco. Que se vayan rodando. Resultado, unos pobres mil quinientos dólares.

En vez de unos nueve o diez mil hubo que contentarse con esa miseria.

Atraco de camino a la unidad militar n°x: Camión todoterreno Ural, carga de barriles de fuel. Asaltado. Ruslán acompañaba la remesa. Eso nos salvó del estrago absoluto. A cada uno de nosotros, en vez de cuatro mil, apenas le tocó la mitad, unos dos mil dólares.

De puro desgaste, el bolsillo de mi uniforme de campaña está muy deformado. Ha tenido que soportar diversas cargas… Ahora mismo no lleva ninguna, está vacío. Así que mi bolsillo mira afuera igual que una boca, hambrienta y deseosa. Ruslán ha echado ahí, a la boca, un fajo de billetes. Ha sido un ligero movimiento de la mano… Ningún secreto. Es tan sólo una parte. Nuestra ganancia por el fuel entregado… Porque, a pesar de todo, algo se entregó a la unidad militar n.° x… Ni que decir tiene que la boca de mi bolsillo habría podido con un fajo de más volumen. De bastante más… Lo habría engullido sin atragantarse.

Pero no será en estos días.

Los chechis, por supuesto, también saben lo de Jvor, y lo de los fiascos subsiguientes, así que atacan sin falta en cada desfiladero. Si ves cinco arbustos por ahí, en la carretera, estate seguro de que debajo hay cinco chechenos.

De camino a la unidad militar n.° x: ¡En pleno día! ¡Bajo un sol radiante! Dentro del KamAZ,[11] aparte de la gasolina por encargo federal, viajaban unos cuantos barriles extra, los nuestros… Lo quemaron todo. Completamente. Por suerte, los moscardones, los del «servicio por encargo», acudieron enseguida y salvaron a los soldados. Desde arriba se ve muy bien. Con la ayuda del susodicho sol radiante. Gracias a que aquel día brillaba intensamente. Resultado: o dólares.

De camino a la unidad militar n°x:Un atraco clásico, cuando ya habían

dejado atrás la aldea Stárie Atagi. Nada más entrar el convoy en el desfiladero arrastrándose, se produjo la explosión. Volaron el vehículo que iba en cabeza. En el lugar más estrecho del desfiladero… O sea, no podía ni ladearse, ni seguir moviéndose. Tampoco retroceder… Habían volado el blindado que cerraba el convoy. Era un convoy pequeño que enseguida quedó paralizado… Los chechis destruyeron los vehículos de combate uno tras otro… Desde la loma derecha. Y desde la izquierda… Resultado: o dólares.

Los soldados, atronados, saltaban de los carros de combate. Inermes bajo las balas… Corrían tambaleándose. Tapándose los oídos con las manos. De las orejas se escurrían finos chorros de sangre… Los primeros en saltar fueron aquellos gallardos que iban encima del blindaje… Estos, por lo menos, mejor o peor respondían disparando… Y caían muertos… Todo ardía. No obstante, ni el camión cisterna lleno de combustible diésel ni el camión con los barriles sufrieron el menor daño en aquel infierno… No los alcanzó ninguna bala. Ni siquiera los rozó.

La explicación es que el señor de la guerra que organizó la emboscada, el resabiado Abusalim Agdáev, estaba vigilando atentamente el combate. Muy atentamente.

Ruslán (que aquél día acompañaba otro envío de distribución planificada) supo del desastre sólo cuando cayó la noche. Averiguó, aunque le costó su tiempo, quién se había llevado el camión cisterna y los barriles de combustible: Abusalim se había hecho con todo. Ni corto ni perezoso, Ruslán montó en su Zhiguli y fue a aclararlo con él. En vano. Abusalim Agdáev se rio en su cara… Ofreció una miseria.

Entonces Ruslán le explicó sin rodeos que parte del combustible y la mitad de los barriles del mayor Zhilin eran para el señor de la guerra Gakáyev. Por tal importe. Cobradero a la entrega, según se había acordado con él.

Y Abusalim partiéndose de risa.

El tal Abusalim fue capturado en su momento. Pero el helicóptero con los prisioneros iba demasiado sobrecargado. Los federales sólo lo comprendieron una vez en el aire. Así que tiraron a Abusalim a una pequeña colina. Esta tenía buena pinta desde arriba…, y simplemente le tiraron. Para no ir tan apretujados en el cacharro.

Abusalim se laceró todo el cuerpo en la caída. Apenas podía hacer otra cosa que arrastrarse. Bregó con dolores espantosos y logró llegar a casa… Tardó cerca de medio año en recuperarse, aunque quedó cojo… Pero la mayor y más gloriosa conquista de Abusalim en aquellos días

fue la fe: volvió a creer con firmeza en Alá, igual que tantos otros que se han salvado milagrosamente. ¡Durante un año entero Abusalim asombró a sus parientes con el fervor y la pasión de sus plegarias!... Había regresado a la luz. Y a veces contaba a sus prójimos que se estaba preparando para el paraíso.

Lo único que competía con su anhelo de reunirse con los verdaderos guerreros y las huríes pechugonas en el cielo era el deseo de que le trajesen un prisionero. Un prisionero ruso que estuviese herido y no se tuviera en pie del hambre... Se lo trajeron... Pero resultó un entretenimiento efímero, con pronta fecha de caducidad. Tras gozar de lo lindo Abusalim se quedó como atorado. Qué sentido le daría a sus días, sin una meta en la vida terrenal. Aún faltaba mucho para el paraíso... El ruso muerto parecía un colador. A través de él podía verse la tierra, el pasto... *¿Y* ahora qué?

Abusalim se aburría. Se aburrió hasta que de pronto el dinero lo revivió, el proceso de ganar dinero, o, más concretamente, ganar dinero revendiendo la gasolina. No es que se volviera avaricioso, simplemente el dinero lo calmaba. Reunió un pequeño grupo y se dedicó a interceptar el combustible en cualquier lugar a su alcance... Así tal cual se lo contó a Ruslán cuando éste acudió a aclarar el asunto... El, Abusalim, no guerrea contra los rusos. Ya ha ajustado cuentas con ellos. A él, a Abusalim, ahora le dan lo mismo el qué y el cuándo, el porqué y el contra quién... Lucha por la gasolina. Y no devolverá ni un solo barril.

Y si Ruslán es su competencia, peor para él.

El señor de la guerra Gakáyev esperaba su parte de combustible. Lo esperaba de mí... En balde, no le llegó nada. Ruslán le puso al día sobre Abusalim. Por respeto, Ruslán no se limitó a llamar a Gakáyev, sino que fue a verle. ¡Honradez ante todo! Tomaron té... Ruslán se ofreció para ayudar a resolver el asunto Abusalim.

Sin embargo, el señor de la guerra Gakáyev contestó que lo haría él mismo... Que tenía ganas. Que él sabía cómo proceder con las fieras resabiadas. Que escarmentaría a Abusalim. Que por pura casualidad conocía la aldea natal del cojo Abusalim Agdáev, donde ahora que se había hecho rico tenía una fabulosa casa de piedra... En el centro de la aldea... Con una bandera verde ondeando en el tejado.

Por la mañana, después de orar y sintiendo el agradable hormigueo en las rodillas fruto de la oración, Abusalim condujo el coche fuera de

su fabulosa casa… La puerta se abrió suavemente. Su movimiento transmitía dignidad y distinción. Abusalim se hallaba todavía bajo los efectos de la oración… Con idénticas dignidad y distinción, con la misma suavidad, el BMW de Abusalim se deslizó por el centro de su aldea natal.

El BMW de Abusalim lucía cristales a prueba de bala y reflectores angulares, y algunos vidrios, los de los flancos, habían sido reemplazados por blindaje industrial de primera. Pero apenas el coche salió de la aldea, le alcanzó un rayo procedente de un arbusto cercano… Granada autopropulsada RPG-18, llamada «La Mosca». Pensándolo bien, tal vez era una RPG-26, pues fue un disparo muy preciso, directo al parabrisas… Era lo suyo, un proyectil antitanque… La bola de fuego irrumpió fulminantemente en el interior y en segundos redujo a cenizas a Abusalim, a su guardaespaldas y a su hijo, justamente el día en que se dirigían al colegio a matricularle (un colegio ruso, por cierto, en Grozni).

Los restos humeantes del BMW salieron disparados hacia la cuneta. No se formó ninguna nube negra ni nada parecido. El coche vacío simplemente ardió… Salvo la parte trasera, que se desgarró y desplomó sobre la calzada, como una lápida de chapa.

Remesa de gasolina urgente, entrega mediante el helicóptero de carga… Los tímpanos crujiéndonos por el estruendo. Nos escoltaban dos MI-8[12] de combate… Teníamos prisa.

Mientras sobrevolábamos una aldea chechena, el teniente me hizo mirar abajo a través del ventanal y me señaló la carretera. Divisé una hilera de chiquillos, no más de una decena, avanzando penosamente. Niños… Niños mutilados. Reptando pegaditos a la cuneta. Justo debajo de nosotros… Algunos sin manos, otros sin piernas… El teniente, sin que nadie se lo hubiera pedido, comentaba, casi retransmitía la espantosa y terrible procesión de pequeños lisiados. Yo desde luego no quería oírle. Me daba náuseas y, sin embargo, no lograba apartar la vista de aquello.

Los niños convertidos en mutilados por culpa de los bombardeos recientes han adquirido un reflejo propio. Al oír el ruido de los helicópteros los niños sanos huyen despavoridos en medio del fragor, corren a esconderse al boscaje más cercano, pero ¿qué pasa con los mutilados? ¡Los mutilados salen fuera de las casas y van directos a la carretera! No hay mejor opción. Los mutilados ya lo han aprendido de

una vez por todas. En un lugar abierto hay menos peligro. La casa no salva, la casa arde si cae una bomba. El boscaje también puede incendiarse. ¡Los boscajes arden de lo lindo!… En cambio la carretera sigue tal cual. O al menos no arde.

Yo no quitaba los ojos de un chaval cojo. Se las vio y se las deseó para bajar del zaguán a la carretera… Reptaba arrastrando la pernera vacía. Justo debajo de mí.

—¿Qué pasa—pregunté—, no bombardean la aldea?

El teniente aquí fue breve:

—Les da pena.

Cualquiera sabe que la misericordia es un sentimiento vulnerable. Un sentimiento de poca envergadura. Pero de tanto en tanto asoma… Ahora surge por aquí, ahora por allá… ¡Y amén, que así sea!… En cuanto a mí, comentaba el teniente, esta pizca de misericordia es lo único grande que todavía queda aquí, en esta guerra.

Después de que entre Ruslán y yo impidiéramos la masacre y salváramos por los pelos a la soldadesca borracha recién bajada del tren (y de paso nuestra gasolina), le di las gracias. Me salió de dentro sin más. Cuando ya estábamos en el almacén… Con la taza de té delante.

Quieras que no, en aquella estúpida maraña él, un checheno, estuvo en el lado opuesto, contra los chechenos… Habría podido pescar una bala. Un momento jodido, un marronazo. Pero el tío aguantó mecha, escuchando los reproches de sus paisanos.

—Vaya trago, qué cuajo tienes… Gracias—fue lo que le dije de modo casi automático.

—No necesito tus gracias. Vuestras gracias dan ganas de vomitar—contestó Ruslán.

Vuestras significa *rusas*. Ruslán es así. Parece un hombre cerrado. Es de esas personas que se ven obligadas a callar sobre la cuestión espinosa. Jamás le arrancarás una palabra sobre la cuestión *rusa* ante gente extraña. Ni mediante injurias, ni provocándole en una disputa… Es un tipo callado… Pero no oculta su postura antirrusa ante sus próximos. Que lo sepan. Que les quede claro. Y el mayor Zhilin es de los suyos, le es próximo, o sea que debe saberlo y tenerlo claro.

Le dije:

—¡Vale, vale! Tú mismo.

Si no quiere mis gracias, pues no se las doy.

¿Desea la derrota de los federales?… ¡Por supuesto!… Sin lugar a dudas. Pero con todo, aun queriendo poco a los rusos, Ruslán ansia y

hasta trata de inspirar en ellos el respeto hacia su persona. Él es honesto, es honrado… Quiere que los rusos le respeten. Un verdadero checheno.

¡Mejor ni pensar en la que habría podido liarse donde retuvieron al convoy borracho! Las primeras balas habrían sido para nosotros, para Ruslán y para mí… Esta clase de encontronazos en las carreteras chechenas son los menos predecibles. Son como abscesos a punto de explotar. ¡Y el señor de la guerra Maurbek no era lo que se dice un corderito! Estuvimos al borde del abismo… Hacía un día sereno, precioso… Yo silbaba por lo bajo. Aún recuerdo la melodía… En aquellos instantes los dos nos vimos a un paso de la eternidad, a un solo paso.

Me imaginé nuestras almas volando hacia el cielo… ¡En pos de dioses distintos! ¡Nuestras almas guerreras! Aunque, en lo esencial, no difieren más que los globos infantiles de diversos colores. La mía… La de Ruslán… Un par, quizá tres almas de nuestros chóferes… Pongamos cuatro. Y al lado, las almas de colores de los chechenos ascendiendo también en comandita, precipitándose hacia los cielos con nosotros… Después del tiroteo mutuo. Todos juntos, chicos. ¡Todos juntos de una puta vez!

Directos al cielo despegando de la polvorienta carretera secundaria. E incluso en pleno vuelo, ya casi en lo más alto y respirando la azulada gloria, nuestras almas resentidas siguen farfullando insultos. Discuten cada vez más fuerte… Sobre el gasoil. Sobre los barriles de gasolina. Sobre quién ha sido el primero en disparar… Pelea tirando a celeste, pero todavía la mar de terrenal.

Llamada a mi mujer… Me sabe mal despertarla pero tenemos esta costumbre, mis llamadas nocturnas son más tiernas. Y ella les ha cogido el gustillo. La mujer se acostumbra a la ternura nocturna. (A la necesidad de la ternura nocturna). Asegura que, despertada por mi voz, luego el sueño es más dulce y más largo. ¡Que así sea!

Alrededor, mi calvero lunar… Es de noche… Estoy solo. Me siento en la mesa fijada en la tierra. Al amparo de la oxiacanta… Y a la luz de la luna.

—¿Sasha?

—Yo mismo.

Siento que sonríe. Sus labios soñolientos… Su sonrisa.

—¿La luna otra vez?

—Otra vez.

Le hablo de minucias, mi mirada se clava en la noche… Y en el muro de encaje de la oxiacanta… No obstante, veo lo mío. ¡Cómo podría no verlo!… Allá, en la lejana lejanía, en la orilla de ese río grande (que no se nombra), hay un punto geográfico. Un palmo de tierra. Y la casa…

De hecho, ya durante el día le he dado a entender que debería frenar un poco (exactamente un poco, nada drástico) la construcción, puesto que ahora tendremos (ella tendrá) menos dinero. No es el fin del mundo. En la orilla del río ahora muchos construyen justo así (al ralentí). El pueblo que elegimos es una balsa de aceite, tranquilo como pocos. Así que la obra ni siquiera exige la protección armada típica en tantos otros… Un buen sitio.

La luna… Mi mujer calla. Mi mujer me atiende. Quiere oír más.

Como en chusco paralelismo con mi casa lejana, aquí me han endosado esta obra que nunca se acaba: el almacén exterior. Precario, desvalido, se encuentra en Jankalá pero completamente apartado, fuera del perímetro de mis almacenes. Prácticamente no hay vigilancia. Es exterior en todos los sentidos… En la obra sólo trabajan chechenos. A veces son tres. A veces, dos y gracias… Frisando los cuarenta, pero más viejos de aspecto, los obreros parecen deslizarse a cámara lenta por una construcción congelada en el tiempo. Deambulan silenciosos entre las paredes bajas. O igual de silenciosos duermen ahí mismo.

Tampoco es que esté tan lejos. Sólo necesito salir de mis almacenes, atravesar la puerta… y andar unos cien metros. O recorrerlos en el todoterreno… No está acabado más que el fundamento recubierto, algunas paredes se levantan un metro o un metro y medio. Por encima de los muñones de las paredes está el cielo despejado. La ventaja es que el espacio entre estas paredes inacabadas se presta para hablar… Las paredes protegen de los ruidos, o, por ejemplo, de las escuchas. A veces incluso del viento. En cambio, son inútiles contra la lluvia.

No hay más sueldos que los que cobran los jefes de construcción: Ruslán y Ruslán-Róslik. Desconozco por qué y con qué pasta se paga la presencia aquí de estos dos o tres obreros polvorientos, quemados por el sol. Los dos Ruslán tampoco lo saben. A pesar de que es nuestra obra.

Uno de tantos días los dos, Ruslán-Róslik y yo, llegamos a la construcción a la vez.

—Hola.

—Hola.

Subimos a la obra eterna por la escalera provisional, sin pasamanos.

—Eooo… ¡Cuidado, que vamos!

Róslik grita a pleno pulmón a los obreros. Grita así cada vez. Avisa de que estamos aquí.

—Ojo, tú, que son campesinos… *¿Y* si tiran un ladrillo? —dice atento.

No sin una pizca de desdén repite mientras subimos: ¡Son del campo, tú! ¡Todos, tío! Hace nada que han abandonado sus carneros. No se dan cuenta. Que necesitan un ladrillo, pues cogen un ladrillo. Que no lo necesitan, lo tiran abajo… ¡Que haya o no gente abajo les importa un bledo!

No obstante, al vernos, estos campesinos se apresuran. Enseguida reconoces a esta gente. Sus manos no están acostumbradas al ladrillo. Manos toscas… De destripaterrones natos, *cavar-segar; cavar-segar*… Y lamentarse eternamente de que falta dinero… ¡Necesito dinero! ¡Paralas hijas! ¡Para casar a las hijas! Arrancados de su aldea por la penuria, miran la construcción con ojos apagados. Igual de insípida es su mirada sobre la gente de la ciudad… Sobre todo bicho urbano… Sin distinguir a los suyos de los ajenos. Les son ajenos los dos Ruslán, tanto el uno como el otro, lo mismo que yo les soy ajeno… Para ellos somos una especie de extraterrestres ricos.

Pero no hay en ellos ni un gramo de odio. Y eso que también son auténticos chechenos. Aquí están. Estos azacanes, siempre un poco sucios, de manos nudosas, de dedos deformados por la artritis de tanto trabajar con frío o nieve… Me tienen miedo a mí, le tienen miedo a Róslik… Qué raro es el resplandor de la sonrisa en sus ojos. Al pasar palmoteo en el hombro al que está más cerca: «¡Qué tal, amigo!», y entonces sonríe. E incluso sonriendo mira a través de mí, a través de Róslik… Mira más allá… Mira a lo lejos, hacia allí donde sus hijas todavía siguen solteras… Donde balan los carneros hambrientos.

Después de pararnos a su lado (para alentar sus lánguidos quehaceres), nos apartamos de los obreros para *hablar*. La obra eterna parece un laberinto. Alrededor están las paredes a media altura… El cielo por encima… En realidad tampoco es que haya demasiado de que hablar con Ruslán-Róslik. Así que hablamos de la guerra. Como todos. ¿De qué si no?

A diferencia del Ruslán arcano, reservado, el jefe de obra Ruslán-Róslik circula al descubierto, aireando a todas horas sus consabidas convicciones antirrusas. No se cansa de hacer gala de su repudio a los

rusos. ¡Soy así!… Pero no le creo. Su animadversión tan sólo son palabras, charlatanería. ¡Un parloteo banal que le complace! A propósito, el apodo Róslik se lo pusieron los rusos. Un mote cariñoso.

Nadie de su entorno ha resultado muerto a manos de los rusos. Nadie de su familia ha perdido la vida en los bombardeos ni en las redadas. Un caso raro, todo hay que decirlo. ¡Un tipo con suerte! Y, sin embargo, hete aquí un pequeño volcán rebosante de ira y odio, o, mejor dicho, eso quería aparentar cuando se presentó en nuestra indolente obra el joven Ruslán-Róslik. Los primeros días llevaba la daga bien visible. Nunca sabías si se te iba a echar encima o si te iba a sonreír. Me llevó mi tiempo comprenderle. ¡Qué gilipollez ahora que lo pienso! Durante al menos dos semanas, por si acaso, le correspondí luciendo mi pistola en su funda desabrochada.

Sin embargo, poco a poco nos fuimos entendiendo… Más que eso, Róslik comenzó a respetarme. Me copiaba… Cayó bajo mi influencia, lo cual fue tomado en cuenta. Con esto se podía estar seguro sobre el futuro. Sonreía como yo. Se reía como yo. Fumaba como yo. Repetía palabras que solía utilizar yo… Y lo más importante (aquí no hay nada que pueda serlo más): Róslik quería ser mi amigo.

Esta amistad (que podría consumarse o no) es su tema de siempre… Aparte de la guerra, claro… Evidentemente, Róslik está al tanto de mis asuntos con Ruslán y Gusártsev. Róslik sabe de nuestro trío. Lo sabe todo.

Con el derecho de alguien integrado y enterado va directo al grano:

—Si algún día matan a Ruslán, cuenta conmigo. Cubriré su hueco.

Es decir, sustituirá a Ruslán en mi negocio de gasoil-gasolina. A ver, ¿en qué cede Róslik ante el otro?… No sólo le sustituiría… Sería más útil que Ruslán. Sería más que un socio… Será mi *amigo*. ¡Los montañeses no lo dicen por decir!

—Necesitas un amigo montañés, Aleksandr Serguéievich.

Nuestra conversación es abstracta, el amigo montañés también es abstracto, así que mi reacción es nula. A lo mejor necesito ese amigo.

—También pueden matar al mayor Gusártsev. Sustituiré a quien maten primero…

Esto ya lo dice en broma. Pero no del todo, sólo a medias. Sin turbarse.

Tocamos la guerra.

—¿Has oído?—Róslik se pone serio—. En las afueras de Urús-Martán han dejado un convoy hecho polvo.

Aunque es joven, Róslik me tutea, y a la vez siempre aprovecha para llamarme por el nombre y el patronímico.

—De hecho polvo nada, al menos por ahora. Sólo lo han bloqueado.

—¿Acaso tiene alguna salida?

Me encojo de hombros.

—Alguna tendrá.

—Como mucho, una directa al cielo, ¿no?—Un chiste insolente, como de costumbre.

Está claro que Róslik apoya a los suyos y yo, a los míos. Pero no hay disputas entre nosotros. Somos seguidores pero no fanáticos. Lo comentamos como hacen los amantes del fútbol bien educados. Como viejos seguidores. Aficionados que (¡así lo quiso el destino!) entregaron sus corazones a equipos distintos y, lamentablemente, rivales.

Las noticias chechenas son como una mirada del revés… Róslik no es capaz de ocultar y no oculta su alegría cuando corre el rumor de que los chechis han abatido un convoy. ¡Los desfiladeros, vuestra perdición y nuestra gloria! Yo, en cambio, me regocijo (y él se ensombrece) si el convoy logra escapar.

No veo la tele; aunque en los almacenes dispongamos de «la caja tonta» y de alguna que otra ocasión. No me gusta el discurso marrullero. No me gustan nuestros tanques quemados… Tampoco me gusta esa secuencia ahora casi obligatoria en la que un tiroteado Hadji Murad de turno yace destrozado en el suelo, retorcido como un trapo… Muertísimo, con no menos de veinte balas en el cuerpo, pero por cojones tienen que enseñarte la cara, dejarla bien a la vista. No me gusta y no lo miro. En primer lugar porque he visto a muchos señores de la guerra en vivo… Son mis enemigos, lo sé. Pero no me interesan sus cadáveres.

Ha llegado Ruslán y sube a reunirse con nosotros por la escalera de la obra eterna, que se comba y baila bajo su peso; se disculpa por llegar tarde… Sabe que pronto me toca volver a mis almacenes. (Si por él fuera vendría gustoso a mi piso-despacho. A tomar el té y charlar un rato de nuestras cosas, de rutas montañosas, de gasoil… Pero le está prohibido. Y también a Róslik. Tajantemente prohibido. No hay lugar para ellos allí, no tienen cabida entre centenares de barriles de combustible federal. Son chechenos).

Ruslán empieza lentamente, articula como si estuviera dictando:

—Aleksandr Serguéievich… Quiero decirle algo… No sea que se me

pase y luego… Sé que tiene prisa, que se irá enseguida, así que… Es importante, ¿sabe? Es que… En fin… He pensado que…

Alarga, dilata las palabras buscando que Ruslán-Róslik se percate de que ahora mismo su presencia sobra. (No es necesario que Róslik sepa todos nuestros pormenores. ¡Tiene que entenderlo! Somos amigos pero no socios). Róslik, que no tiene un pelo de tonto, se da cuenta. Aunque, por supuesto, no es inmune a la comezón de los celos.

Róslik asiente:

—Bueno, será mejor que me dé una vuelta por ahí… Para vigilar un poco… Para soltarles cuatro gritos a esos burros…

Se va a echarles una bronca a los obreros… A Róslik le divierte meterse con ellos.

Nos quedamos a solas.

—¿Qué tal?—sonríe Ruslán.

Se le da muy bien eso, la sonrisa. Sereno, sensato, de mirada amistosa. Un verdadero montañés que sabe que lo es. Y se da cuenta de que en este momento está a la vista.

Le pregunto por su mujer… Me pregunta por la mía… Tengo la mujer, la hija y la casa en construcción. Él también está casado, tiene dos hijos y la casa en construcción. Es una especie de rito. Oriente. Hay que intercambiar palabras sobre lo esencial.

Para nosotros la guerra en estos momentos está al margen, se aleja. Nos toca, pero poco. Y los dos apreciamos especialmente nuestra condición de socios. Ruslán es muy hogareño. El trabajo lo es todo y todo es para la familia. (En eso somos iguales). Sonreímos, bromeamos. Nos avergüenza un poco amar tan clara y francamente la vida. (Y que la vida nos ame). A veces nuestro negocio es peligroso, ¡es la guerra!, pero ambos sentimos muy bien por dónde pasa la línea roja. Con Ruslán (ésta es la diferencia respecto a Róslik) nunca hablamos de la amistad.

Miramos a través de la ventana vacía de la obra eterna.

Comento con mueca burlona que este sucio solar de construcción es nuestra oficina al raso.

—No hay lugar más cómodo—sonríe.

Y se abre de brazos:

—He llamado varias veces a Kolia, no responde.

Es el segundo día que Kolia Gusártsev no da señales de vida. Bueno, suele ocurrir cuando en el Estado Mayor temen alguna filtración informativa. Cuando prohíben a los oficiales hablar por teléfono hasta tal hora del día siguiente o hasta nueva orden.

Gusártsev ha vendido un lote de los a k … Más que por la pasta, por la seducción del azar. ¡No deja escapar una el tío, menudo cuajo tiene! El Estado Mayor asignó más de cien automáticas que Kolia debía llevar a una aldea. Para entregárselas a los lugareños, que se habían indispuesto, y mucho, con Basáyev.[13] Sólo tenía que entregar los cañones a la gente. Y regresar a toda castaña… Otra forma más de contacto con la población autóctona, vaya.

Pero ¿qué es eso de dar pudiendo vender? ¡Dinero fácil, pan comido, sólo hay que pillarlo! Y encima cuando a él, a Kolia Gusártsev, se le ha caído un comprador… La verdad sea dicha, un comprador oscuro. Peligroso. Pero, actuando con cautela… Manteniéndose alerta… Hay que estar a la que salta, no es nadie el amigo Kolia, se las pinta solo. Seguro que en cuanto aventó la presa las ventanas de la nariz se le inflaron rapazmente. El peligro le excita.

No obstante, aún necesitaba encontrar el vehículo que sirviera para su empresa.

Presto a atrapar la ganga inesperada, Kolia vino volando a mi almacén. Aquí todos dicen «almacenes» haciendo hincapié en el plural. Es más exacto, sí: dentro de mi perímetro hay dos almacenes, en la puerta de cada uno están colgadas las reglas con sus cláusulas… Pero qué importan las reglas y las cláusulas si estoy fuera (había tenido que ir a Grozni). Ya que somos compadres, Gusártsev, en plan compadre, se paseaba con el bueno de Kramarenko, mi capataz… A lo largo de las naves. Observando, clavando los ojos… ¡Aquí está! Tras unos cuantos lamentos por mi ausencia pidió prestado a Kramarenko, que no sospechó nada, mi viejo UAZ.[14] Pordioseó además un soldado para un par de horas, que conduciría el UAZ y eso… Escogió al más torpe, un especialista en hurgarse la nariz… Y una vez dispuesto todo subió a su extravagante cuatro por cuatro.

En marcha pues… El UAZ arrastrándose detrás, vacío. Al poco, atestado de fusiles: la remesa completa encomendada a Gusártsev. Pasaron la comandancia, luego los puestos de control. Cualquiera quiere llevarse bien con un oficial del Estado Mayor. Y más todavía si es así de campechano… Y sabe hacer reír a todo el mundo. Y lleva los papeles en regla. Y la cara es bien conocida, rara es la gente que no conoce aunque sea de vista al mayor Gusártsev.

El todoterreno de Kolia y mi UAZ, uno detrás del otro, siguieron tranquilamente rumbo a la carretera de nadie. Una vez allí, se podía pisar a fondo. Directos a la cita con los chechenos… con los que había quedado Kolia. Si iba a tratar con chechenos leales o no, ni lo sabía ni le

importaba.

A mí, de la venta, ni una palabra.

Así que, pasados dos días yo por supuesto andaba mosqueado. De momento, sólo por lo del UAZ. Natural: cada coche del almacén es como de la familia… La costumbre, el apego… Gusártsev, al primer reproche mío en cuanto resucitó telefónicamente, me salió con que para prisas las suyas, que había dejado a aquellos chechenos enemistados con Basáyev las armas junto con el UAZ. Que tranquilo, que ya devolverían el coche, que se lo hizo jurar.

—Otra como ésta y no respondo…—le amonesté severamente.

—Ya, ya…

—Mira, Kolia, yo no quiero gritarte ahora, ni ponerte a parir…

—Vale, vale, Sasha, entendido…

No quiero, no me gusta reñir a mi gente. Sobre todo por teléfono. Por eso me contengo y me obligo a bajar la voz. Hasta el susurro airado.

Los chechenos no iban a devolver el coche, tan claro como dos y dos son cuatro. Al indócil compulsivo de Kolia sólo en parte le disculpaba que realmente no sabía que yo no estaría en el almacén. Cierto, intentó llamarme… Y me estuvo esperando… Pero luego se lio la manta a la cabeza y se agenció el UAZ, así de sencillo. Cuando le da, le da, me dice, es su carácter. Las cosas según vienen, tú, y si el azar te las pone a tiro… Y bueno, que ya le conozco, que la paciencia no le sobra, que le perdone y tal.

—Yo, Kolia, quiero que lo entiendas sin bronca. De una vez por todas.

Y él del todo conforme: claro, Sasha… Por supuesto, Sasha…

¡Tiene bemoles la cosa! El tío listo les coloca a los chechis un coche cargado de fusiles, se agarra una buena pasta y, mírenlo, parece la inocencia personificada. ¡Y el dinero es lo de menos!… Si la venta trascendiera, los del FSO[15] no sólo le acorralarían a él, sino también a mí y a Ruslán… ¡La responsabilidad es un engrudo pringoso, pocas cosas son más pegajosas! Si te tiras al agujero, no arrastres a los demás, joder… Asociados por la gasolina, sin duda alguna resultaríamos también asociados por el tráfico de armas. ¡Y eso ya son palabras mayores, ahí sí que cambian los términos, las leyes y las penas son muy distintas!

Mientras tanto Kolia Gusártsev, desde los pasillos del Estado Mayor, sentado en algún rinconcito cómodo y con buena cobertura para el teléfono móvil, le quitaba hierro al asunto de la pérdida del UAZ,

tampoco era para tanto, oye…

En realidad allí no había más inocente que yo.

—¡Ojo, Kolia! La próxima vez no te dejarán ni asomarte a mi almacén.

No le reprendía por galones, por mor del rango (los dos tenemos el mismo, el de mayor) sino en virtud de la edad.

De la experiencia. Digamos que, con mucha mano izquierda, intentaba hacerle sentar la cabeza. Como un veterano en el negocio del combustible a un novato. Por descontado, no pretendía herirle. Pensaba que le estaba dando una lección.

El a su vez balbuceaba amistosamente. Daba votos de reata. Fijo que en aquel momento estaba convencido de su bravura. De su astucia… Qué hábil había sido. ¡Cómo ganó por la mano a todos! ¡Quién le negará el respeto al gallardo y osado oficial que recorre las carreteras chechenas en solitario, sin protección, él mismo al volante! ¡Nada que ver con toda esa caterva de pusilánimes del Estado Mayor!

Y eso que Kolia Gusártsev no era codicioso. Lo que le movía, casi huelga decirlo, era la necesidad de dar salida a sus excedentes de energía. Evidentemente se consumía como adjunto a su general, el lector obsesivo. ¡Sangre joven! Tal vez conmigo también se aburría… No lo sé… Cómo va uno a saberlo…

De acuerdo, la baja de Jvor. Le afectó que tanto Jvor como Kostomárov estuviesen fuera de juego… Que los convoyes resultasen inseguros. Y vale, también que nuestros meneos de gasoil-gasolina ahora no aporten beneficios… En cambio, esto de los cañones, mira tú por dónde…

Ese azar joven le arreaba con sus fusiles a su cita. ¡Coraje y a jugársela!

Al llegar al sitio acordado, Gusártsev hizo cambiar de vehículo a mi soldado, le hizo subir a su todoterreno y le ordenó que se quedara quietecito y esperara. Que no hiciera nada. Que se sentara y punto… Tú a lo tuyo, sigue hurgándote la nariz hasta que saques petróleo si hace falta, pero no te muevas de aquí…

Conduciendo él mismo el UAZ lleno de armas giró hacia el pútrido boscaje. Avanzó medio kilómetro, directo hacia el pantano. El solo. Con un par… La metralleta en el suelo…

Desde el otro lado, el lado checheno del pantano, acudieron a la cita dos vehículos.

Un todoterreno y una camioneta de caja cerrada… Enseguida ambos derramaron un montón de chechis.

Al mayor Gusártsev no se le contrajo ni un músculo. Cuantos más, mejor, así descargaremos más rápido… No es un lugar para hacer la guerra. Es un lugar para la paz. ¡Un boscaje maravilloso! ¡Y qué bonitas son la bajada y la curva de la carretera! Y el pantano apesta sólo un poco, casi nada. Una lenteja de agua color verde esmeralda… Allí se ahogaba la morralla que no logró escaparse al río con la llegada del calor.

El UAZ federal con las metralletas AK-47 y la camioneta chechena cargada para ganar peso con tubos y placas de andamiaje y cortes de rieles se acercaron. Los morros frente a frente, olfateándose.

Los dos de pie en el vado de la charca. El mayor Gusártsev y el señor de la guerra, cerca el uno del otro, casi codo con codo, fumando. Nadie parecía nervioso. Sin embargo, los chechis aún tardaron un minuto en bajar las armas con las que apuntaban a Kolia. Un vistazo. Todo correcto. Luego comenzó el trasbordo rápido. Me das lo mío, te paso lo tuyo.

A toda leche. Las metralletas hacia la camioneta chechena y los rieles cortados y las piezas de armazón hacia el UAZ federal sacrificial.

El lugar es incómodo para descargar piezas de metal, los pies resbalan. Lo único bueno es que no se dejan huellas… Ir y venir sin tropezar con nadie, sin chocar, ya es mucho… Los chechis a duras penas lo conseguían, chapoteando entre los hierbajos del pantano, en su agua fétida. Se les oía gemir cosa mala, sobre todo a los que cargaban con los rieles. Quien más quien menos, a todos se les aflojó la caja de los truenos. ¡Cómo pesa esta mierda, hay que joderse! Al mayor Gusártsev los ruidos no le hacían gracia. De tanto en tanto echaba miradas despectivas y punzantes: ¿qué les pasa?

¿Qué clase de guerreros son? Esos pedos… cada dos por tres… No fue lo que acordamos.

El señor de la guerra, turbado, dijo:

—Mucho peso.

El mayor Gusártsev asintió pero mantuvo su actitud severa. ¡Por supuesto que pesa! ¡Desde luego! Pero la próxima vez tráete a otros hombres a la cita.

Cuando el intercambio finalizó, el UAZ federal (¡el de los almacenes, el mío!), ahora cargado con los rieles y el armazón, abandonó la orilla para adentrarse en el pantano. Sacrificio al canto. Antes de un minuto

ya no se veían los ejes de las ruedas. Los bajos se hundían a toda prisa en el barro verdinegro… Avisaron a tiempo al checheno que conducía, pudo saltar del coche.

Soltando burbujas de aire, el caparazón de lona del UAZ federal pronto se sumergió por completo en el agua oscura. El viejo cacharro se asentó en el fondo. Visto y no visto, había un vehículo y ya no lo hay. La última burbuja fue como un suspiro de despedida.

Los chechis ya estaban virando para irse por donde habían venido, la mar de contentos, cómo no, con la camioneta llena a rebosar de metralletas… Y qué guirigay, zumbaban como un enjambre, una bulla tensa, sorda… Las armas son como el alcohol. La masa humana se excita al instante con ellas. Zumba…, ¡qué extraño! Hay que verla en estos trances…

El mayor Gusártsev se alejaba en solitario, en silencio, al descubierto, dándoles la espalda a los chechenos. Se alejaba con un fajo de billetes. El solo… ¡Adrenalina pura!

Cerca de medio kilómetro anduvo Kolia hacia su todoterreno… Parado allá, donde el bosque, y en cuyo asiento delantero, ajeno a todo, le esperaba mi soldado hurgándose, incansable, la nariz.

Evidentemente, el mayor Gusártsev reportó de inmediato al Estado Mayor el hundimiento del UAZ. Las metralletas se encuentran a demasiada profundidad. El vehículo fue engullido, no hay forma de levantarlo del fondo. La grúa no podría acercarse. Acabaría hundiéndose.

Fueron a comprobarlo el mismo Gusártsev (en representación del Estado Mayor) y el taimado instructor de sumario Lúkovkin (del departamento competente). Lúkovkin, para empezar, se aferró a los que pasaban por ahí. Los paraba. Les tiraba de la lengua. Los sacudía de uno en uno… Sin embargo, el lugar era poco transitable y, por tanto, poco transitado. Nadie había visto ni sabía nada.

Bueno, tampoco las huellas en la hierba señalaban bien el lugar del hundimiento del coche con su pesada carga. El mayor Gusártsev colaboraba de buena gana con la investigación: tiraba piedrecillas a las verdes aguas pantanosas…

¡Aquí! ¡Y ahora aquí!, indicando con precisión cada vez mayor el sitio donde se había sumergido el UAZ. Lograron entarimar el borde del pantano. Para acercarse aunque fuera un palmo al coche hundido. Para mirar en tanto se pudiera a través del agua del pantano.

¡Bien, y ahora otro detalle! El taimado instructor de sumario

Lúkovkin se fue corriendo hacia su coche y sacó un garfio telescópico especial. El trasto, dicen, había sido patentado por el propio Lúkovkin y tenía un nombre provisional. Sin embargo, entre los soldados se le llamaba chuscamente «la polla de Clinton». ¡Humor cuartelero! (Los que bautizaron así al chisme fueron, quién si no, los de transmisiones, que lo escuchan todo, lo saben todo y a todo le sacan punta). En fin, paso a paso, sondeando, tanteando el pantano aquí y allá, los ayudantes de Lúkovkin dieron con lo que buscaban. El coche hundido bajo el agua opaca fue localizado.

Los ayudantes de Lúkovkin eran un par de siberianos fuertes y robustos. El garfio de metal, largo y resistente (con sus asas para tirar y manipular) hacía juego con ellos. Cuando uno de los soldados hostigaba el fondo cenagoso, el otro le jaleaba entusiasmado:«¡Más! ¡Más!». Los soldados tienen querencia por lo blando y muelle, sueñan con palpar turgencias. A eso recordaban sus afanes hasta que encontraron el vehículo y le hincaron el garfio… ¿Será o no el coche de marras? Una cubierta de lona recia no es prueba suficiente… Si al menos lográramos sacar una metralleta… Pero ¿cómo? ¡No hay manera de colarse dentro del cacharro, cago en…! Los soldados, desistiendo de cualquier vía de acceso al interior del vehículo hundido, ya hurgaban con el garfio alrededor. Por si acaso… En el agua vacía.

—¿Puedo ayudarle en algo?—le preguntó a Lúkovkin un sonriente mayor Gusártsev.

—No.

Lúkovkin se permitió un descanso para fumar. Se quedó un par de minutos acariciando tiernamente su «Clinton». Luego, volvió a la acción. Silbando como al desgaire, se puso a explorar él mismo el lodazal… Topó con algo. Y ordenó a los dos soldados que agarrasen el otro extremo del garfio y que tirasen.

No era tarea fácil. Los dos fortachones siberianos tiraron una y otra vez… ¡Vamos, ésta es la buena!… Al hacer fuerza, igual que antes los chechis aunque quizá algo más armoniosos, producían parejos sonidos tronantes… ¡Es la guerra!

¡Una vez más, y otra! Hasta que, de pronto, «la polla» comenzó a salir del agua cada vez más y más rápido, en toda su longitud… con un apreciable botín prendido a su extremo. El garfio había arrancado y enganchado la placa de la matrícula, ése era el trofeo extraído del barro por los siberianos. Justo lo que quería el listillo Lúkovkin… Pero la matrícula coincidía honrada y cabalmente con la versión del siniestro.

No dejó lugar a dudas: en el fondo yacía el UAZ del almacén.

Capítulo V

PADRE… A mi regreso de Gudermés a Jankalá me esperaba la sorpresa. A pesar de todo, él vino. ¡Llegó de improviso! Padre se presentó aquí, en Jankalá, inesperadamente y en muy mal momento. Y, por supuesto, sin haber sido invitado. Parece que envió un telegrama… Parece… Sin saber la dirección … Una vez aquí pensaba buscarme por el apellido. «Llevas mi apellido», me dijo luego.

Una vez en Jankalá, se dedicó a vagar por las calles. Se fue directo del tren a zambullirse en la vida interesante. En vez de ir a ver a su hijo. Sin embargo, a algo habría venido, ¿no? ¡Desde luego que sí! A pegar la hebra con los soldados. ¡Un círculo de intereses amplísimo! Por ejemplo, con un tal soldado profesional Dúbov. Le apetecía saber más sobre la guerra, ponerse al corriente de primera mano… ¡A fin de cuentas, tenía un hijo allí, era el padre del mayor Zhilin! «¿Sabes, abuelo, cuantos mayores hay por aquí?», le dijo el tal soldado profesional Dúbov. Pero mi padre sabía cómo, en dos frases, involucrar al interlocutor en el palique. Allí mismo, en la calle… Entre cordial y descarado… Entornando los ojos con picardía. Y escupiendo desdeñosamente a través de la mísera dentadura postiza.

¿Cómo va la guerra? ¿Qué tal combatimos? Bueno, en términos generales, ¿eh? Que a él, dice, lo que le interesa es vibrar con el espíritu sublime (ironía) de nuestras tropas… ¡Al país, por supuesto, le importan un bledo los jubilados! ¡Los viejos pasaron al olvido! Pero nosotros, los viejos, no olvidamos al país… Mantenemos las filas, proclama antes de meterse en un jardín de digresiones rebuscadas. ¿Hijo? ¿Qué pasa con el hijo? Sí, ya lo ha dicho, es el padre del mayor Zhilin y no hace un gran secreto de su visita a Chechenia… Resulta, le han dicho, que el mayor

Zhilin ahora mismo está de lo

más ocupado!, ¡tiene un trajín de mil demonios!… Así que… ¡paciencia, a esperar humildemente!

El mayor Zhilin mientras tanto se había tirado dos horas pegado al teléfono (a dos teléfonos, su móvil y el fijo de la oficina) con el músculo maxilar agarrotado de tanto apretarlos alternativamente contra uno u otro hombro. Estaba de los nervios. Para nada me apetecía corretear de aquí para allá por Jankalá… mostrando a todos y a cada uno mi punto débil.

—Tu padre. ¿Ya le has visto?—me llamaban sin parar—. Está, bueno, va bastante bebido. De lejos parece un borracho, ¿eh? Perdona… Sí, sí. Parece un viejo simpático… Si no fuera por el alcohol…

Se notaba que disfrutaban mogollón llamándome:

—Si no fuera por el alcohol… Porque de cara y de aspecto está radiante. La cabecita tan blanca. Tan flaquito él. Casi transparente… ¡Y lo que habla! ¡Con tanto gusto!

Los bienquerientes añadían:

—Ya vendrá cuando se harte de pasear. Tú tranquilo, Aleksandr Serguéievich. La patrulla no le ha arrestado.

Pero el siempre cauto Kramarenko se alarmó:

—Ha venido el blanco de todas las miradas—me espetó. Del lejano y miserable Kovilsk-na-Urale, ese villorrio, habrán surgido las bellas almas, los aconsejadores bonachones, cómo no… ¿Por qué no le haces una visita a tu hijo? ¡Qué clase de padre eres! Allí, quieras que no, hay una guerra… ¡Tu chico se alegrará de verte! Muchos padres visitan a sus hijos en Chechenia… Más de uno le habrá comido el coco a tu padre con todas estas chocheces sensibleras allá en el puto Kovilsk de mierda… Y el viejo, más contento que unas pascuas: ¡en marcha! ¡En marcha! ¡Estaremos a la altura! Seguro que todo vuestro villorrio chiflado en pleno le ha prestado dinero para el gran viaje.

—No te pases. Es mi ciudad natal—le paré los pies a Kramarenko.

Kramarenko no daba crédito a que el viejo por sí solo se hubiese atrevido a viajar hasta Chechenia tan sólo para sacudirse el aburrimiento. ¡No conocía a mi padre! Un ingeniero constructor, soltero, forzado de repente a jubilarse. Insatisfecho, incomprendido… Con la necesidad de liberar el exceso de vapor. Con su pomposo (¡tras la primera copa!) estilo… Con su amor por Ajmátova… Un auténtico homo soviéticus de los que empinan el codo como está mandado. ¿Dónde iba a estar sino en el chiringuito de Jankalá tomando cerveza?

Feliz como una perdiz. Con su cuarto de litro en el bolsillo. ¡Momentazo solemne, estatuario! Apoyando la espalda contra la pared y lavándole el cerebro al soldado profesional de turno sobre las pequeñas guerras fraccionadoras y la difamada madre Rusia.

En mi piso-despacho (que me sirve a la par de vivienda y oficina), padre sólo puede quedarse hasta las siete de la tarde. Son las reglas… El estatuto del almacén… No se te permite alojar a nadie, ni siquiera a tu padre. ¡No hay mal que por bien no venga! Kramarenko ha resuelto la cuestión del albergue nocturno para padre del modo más expeditivo. El viejo busca el regustillo de la guerra, vale, así que Kramarenko alojará al empedernido bebedor y fumador en la nave número 8 (en su día abarrotada de pilas de proyectiles—¡menudo arsenal!—y ahora atestada de uniformes). Pues sí, las cosas van como van, ahora está hasta arriba de montañas de guerreras y botas militares. Y en medio, anclada en su lugar, la auténtica mesa de despacho donde, con los ojos pegados a la calculadora, se sienta el coreano Pak dándole caña a su pluma… Rellenando albaranes a porrillo. Ahí mismo tiene el catre, duro de cojones. (Pak no duerme en el cuartel). ¡Y a la izquierda hay otro catre! Un camastro de reserva. Un rincón tranquilo… Modesto… Apesta un poco a calzado almacenado… ¡Qué se le va a hacer, es lo que hay!

Aquí se alojará (y pernoctará) mi señor padre. Ya nos iremos viendo. La nave 8 está separada del resto. El mayor Zhilin se dejará caer en sus ratos libres. Vendré a ver a mi papaíto a este escondrijo… Respondiendo a la llamada de la sangre…

Si es que hasta me estoy esforzando, leches, me las estoy componiendo, vaya, por mí que no quede, que si hace falta estoy dispuesto a pasar una velada cara a cara con el viejo esta misma noche. Incluso le he pedido a Kramarenko que se encargue de Pak… Entreténmelo con lo que se te ocurra… A propósito, ya puestos, mándalo a la recámara, que mire entre las prendas amortizadas a ver si encuentra algo para mi padre, alguna ropa de camuflaje (que no cante mucho), zapatos, camisetas, gayumbos… Retenme al coreano el rato que puedas.

—Por favor, Aleksandr Serguéievich, que uno ya tiene los huevos pelados… ¿Le vas a enseñar a Kramarenko a estas alturas a buscarle quehaceres y pasatiempos al personal? Mira, mientras los soldados tengan cuello, no faltarán colleras que ponerles.

En fin, que he preparado para padre (gracias a Kramarenko) un sitio acogedor, me he preparado yo (por dentro, lo que es el alma, vamos), y él sigue sin comparecer, golfeando todavía por Jankalá. Y nosotros esperando una llamada suya o de… Las patrullas recorren las calles de Jankalá, o sea que no es el lugar ideal para ir mamando descaradamente por la vía pública. Aunque también es verdad que mi padre se las sabe todas. Escurridizo como él solo sin necesidad de salir por piernas… Un maestro, un genio de la libación sobre la marcha… ¡No hay forma de pillarle! Y, llegado el caso, está presto al contraataque, puede defender su derecho a beber ante quien sea. ¡De modo brillante! ¡Con las citas apropiadas!

Por fin llaman… ¿Mayor Zhilin? Le ruego me disculpe… Soy el subteniente Zúev… Debo informarle…

Sabía exactamente cuál era el deber del subteniente. He ido corriendo al preventorio… Me estaban esperando, así que a padre le han soltado de antemano. Ya había salido de la jaula y estaba sentado en un banco. A su lado, el subteniente Zúev, sonriéndome de lejos al verme aparecer… Ha querido estar presente, proceder a la entrega él mismo. Un abrazo rápido. Padre estaba visiblemente achispado. Esos ojillos entornados…

Me lo han entregado sin una sola palabra admonitoria. Ha sido una escena silenciosa. Salvo por el zumbido, allá arriba, del helicóptero-patrulla.

Mi querido padre se justificaba: se dejó llevar charlando con el soldado profesional Dúbov. Y luego con el alférez Goriáchi… ¡Gente inculta, atrasada! No piensan nada… Ni idea sobre el país. Sólo piensan en las tías… Nada… Me cago en la mar… Nada…

—Yo, hijo, he venido a verte… ¡Pese a que tú no querías! ¡Calla, de sobras sé que no querías!… Y no te culpo, no te culpo… Vine empujado por unas ideas ardientes que sobrellenan mi vieja cabeza.

Bullía, borboteaba. No me afecta el sentido de su discurso, apenas le escuchaba, costaba seguirle el hilo. Me conmovía su voz. Padre ha cambiado poco. El viejo volcán aún no se ha apagado.

El camino hasta los almacenes es corto. Pero incluso en ese trayecto de nada le dio por echar el ancla. Se paró y lanzó la pregunta directa:

—¿Lenin es el Mesías?

Por un instante me quedé pasmado. Sólo pude encogerme de hombros.

—Responde…

No le contesté, me limité a pasar la mano por sus hombros… A abrazarle… El entrañable calor paterno… El rescoldo entrañable… El corazón se me puso a bailar. Después de esto se podía prolongar el silencio. Se podía aplazar la respuesta.

Pronto llegamos.

Ya en la nave 8, nos sentamos en el escritorio del coreano. ¡Qué silencio! El tiempo se ha detenido. Mi padre.

Los pensamientos se me fueron vete a saber dónde. Me recobré al darme cuenta de pronto de que padre estaba preguntando de nuevo… Insistente… Tirándome de la manga:

—Qué, hijo, ¿dándole vueltas? Nuestra primera gran conversación, ¿eh? Por fin… Esto hay que remojarlo, invitarás a tu padre a un trago, ¿no? Vengo del tren con la garganta seca.

Me reí, devuelto del todo al presente por el comentario. Desde que bajó del tren había pasado un día. Pero es mi padre, y es así.

—Y eso que no vengo con las manos vacías—se sacó del bolsillo la botella de brebaje de garrafa.

—¡Ni hablar!

Llamé a Kramarenko, que me envió a uno de sus chicos. ¡El soldado se presentó ipso facto! Todo estaba preparado de antemano, nos estaba esperando. Comida y bebida. Servidas en bandeja grande.

Nos rodean las estanterías del almacén. Una encima de otra… Abarrotadas de uniformes… La nave 8 es especial. Es el reino silencioso de Pak, el escribano, el cual, junto con su buena letra, ha sido capturado para toda la noche por Kramarenko.

Apartamos los pulcros papeles del coreano. ¡Papeles fuera! Padre cambia de silla para sentarse frente de mí. Para estar más cerca. Para que todo sea mirándome a los ojos… Sentados así, el uno frente al otro, se bebe y se come más a gusto.

Y el silencio… Como un preámbulo.

La bombilla pálida.

Padre… La bandeja… Las copas… Los entremeses… Los reflejos de la luz en la botella… La emoción del reencuentro físico aderezada por esos sencillos placeres inmediatos compartidos en furtiva intimidad… Qué extraño: ocurre a veces que empiezas a respirar con libertad sólo cuando te ocultas en un escondrijo.

Ya por teléfono (las veces que me daba por llamarle a nuestro cutre y natal Kovilsk-na-Urale) se adivinaba la deriva obsesiva de mi padre

hacia los fervores políticos más recalcitrantes… Pero eso no deja de ser un viraje típico para muchos jubilados, sobre todo de provincias. ¡Allá ellos si así se entretienen! ¡A mí qué me importa! Que padre hable cuanto quiera. Que hable de lo que le venga en gana y como le dé la gana… No soy quien para callarle. A partir de la segunda copa, creo, se puso a disparatar. ¡Comenzó el discurso!

Fue un estrafalario aunque brillante e inspirado pasaje sobre el futuro… El sublimado delirio de un jubilado clamando por el solemne regreso de la gran idea socialista. Prefigurando en detalle, cual profeta, cómo volverá a la gente la preciosa y casi muerta idea del socialismo…

—En Rusia el socialismo no arraigó… Es un hecho. Es la verdad. ¡Es la amarga verdad, hijo! Rusia, hijo, ya no está para las ideas… Me refiero al socialismo… El esfuerzo fue excesivo… Rusia se derrengó…—Abrió los brazos en un gesto amplio—: Pero ¡hay otros pueblos! Pueblos que sienten, que comprenden mejor que nosotros mismos nuestra fallida misión histórica… Hijo, ¿quieres oír ahora mismo toda la verdad?

A decir verdad, me apetecía más bien poco oír allí mismo y a aquellas horas nada menos que toda la verdad. Ni sobre Rusia, ni tampoco sobre otros pueblos… Ya iba más que servido con lo que constataba día a día… Pero sí me apetecía oír algo sobre Kovilsk-na-Urale nuestro apacible hasta decir basta… Qué llena la vida de mi anciano padre… Si siempre bebe así o se toma algún respiro… Cómo están nuestras callecitas… Los viejos acres… Si sigue en pie mi colegio en el número 9…

—¡Qué callecitas! ¡Qué colegio! Pero ¡en qué estás pensando, hijo!

Erre que erre, dale que dale con lo suyo… ¡No pasa nada!, me dije por enésima vez. No pasa absolutamente nada… Nuestro anciano bebedor lleno de ideas. El jubilado tan propenso como siempre o acaso más que nunca a empinar el codo. Las ideas son el añadido obligatorio. Como si le dieran más cuerda…

De veras que no había forma de pararle:

—Acuérdate del cristianismo, hijo… Sólo para establecer la comparación, ¿vale? ¿Acaso el cristianismo sobrevivió en Israel? ¡Responde!

—No, no sobrevivió.

—Surgió allí. Nació allí…, pero no sobrevivió. Y ahora recuerda cómo y cuándo esta derrota repercutió después, cómo afectó a Europa… ¡Cómo se dieron cuenta! ¿Recuerdas? Europa entera enfermó de santosepulcrismo… ¡Los caballeros de toda Europa se precipitaron hacia

el Sepulcro! ¡A salvarlo! ¡A liberarlo! Las Cruzadas… ¡Jerusalén pasó a ser el sueño!

Las fantasías de mi padre, como siempre, no eran del todo carentes de lógica… Seguí sorbiendo vodka en silencio… Que vacíe el buche. Resulta que de la misma manera que Israel en su momento se quedó sin el cristianismo, la Rusia contemporánea se ha quedado sin el socialismo… Tanto los israelitas como los rusos fueron capaces de dar a luz, de invertir su pasión y su sangre en el alumbramiento… Pero…, lamentablemente, no pudieron criar.

Resultaba que China… ¿Qué? ¿Cómo?

En este punto pensé que había oído mal.

¡Para nada! Resultaba que China… ¡China! He aquí el pueblo que caería en la cuenta de nuestro perdido, frustrado socialismo. ¿Nunca te has parado a pensar en ello, hijo?

Sin esperar respuesta, se precipitó a desarrollar su tesis. ¡Y con qué fogosidad, con qué ímpetu! Creía a pies juntillas en lo de los chinos, en que de un momento a otro se lanzarían sobre nosotros, acudirían a nuestros lares… Cual nuevos cruzados… Cual modernos paladines. Vía Siberia, directos a nuestros aburridos bloques de viviendas de cinco plantas… ¡No, no, no será para saquear! ¡Ni para colonizar! ¡Vendrán con la idea! ¡Traerán nuestra idea de regreso a casa, hijo! Vendrán por millones… ¡No les tengas miedo! ¡No les temas!

Le agitaban, le inquietaban los pormenores de ese, a su juicio, futuro inminente. Los detalles concretos de la llegada china… Los cristianos intentaron liberar el Santo Sepulcro, ¿estamos? Y si los cristianos libraron la guerra contra Palestina, fueron a Jerusalén por la fuerza de la idea…, ¿qué impide a los chinos intentar liberar el sepulcro de Lenin, eh?

Ya podía yo haberme mentalizado para oír cualquier cosa, cualquier desenlace histórico que me propusiera, pero éste me pilló desprevenido a tope. A quién se le iba a ocurrir… Por un instante me quedé hipando… ¡Anda que no! Los chinos rodeando el mausoleo. El momento de la verdad… Con tanta facilidad como felicidad, su imaginación dibujaba miríadas de humanitarios guardias rojos precipitándose hacia Moscú, oleada tras oleada.

—Padre, cálmate… Has perdido la chaveta—dije displicente.

Me miró sorprendido:

—Tan sólo son ideas… Vislumbres revolucionarios, hijo… Estamos conversando, ¿no?

Se rio aunque un tanto turbado:

—Incluso he compuesto unos versos… Bueno, no son versos versos, apenas un par de líneas sobre el tema…

Vertió en su boca el chupito lleno hasta los bordes. Ni una gota perdida, ni el más ligero temblor de la mano. ¡Un gesto espléndido!

—Una cosa te voy a pedir, hijo: no censures a tu viejo. No soy poeta ni lo pretendo… El verso es sólo para apoyar esta idea ardiente.

Le gustaban las palabras a la antigua, *censurar*. Y ya iba muy lanzado.

Asentí: recita, padre… No te censuraré… Recítalo.

—Pero antes otro trago, ¿vale, hijo?

Asentí otra vez y cogí mi copa apartada. El volvió a llenar la suya. Hasta arriba del todo, a rebosar… Era un vodka de primera, gracias, Kramarenko.

Tosió para aclararse la garganta y pronunció en voz baja (inesperadamente baja) sus dos líneas:

Está por delante, viniendo,
la liberación
del sepulcro
de Lenin.

Tras masticar con parsimonia un trocito de salchicha, padre explicó que el segundo renglón, el principal, había que recitarlo al estilo de Maiakovski… Tú, hijo, sabes que mi favorita es Ajmátova. Pero aquí…, aquí hace falta una solemnidad retumbante. Maiakovski es más apropiado, le pega más a la escena… La escalinata… Los escalones…

Nos quedamos en silencio.

Hasta que padre añadió encogiéndose de hombros:

—Bueno, eso es todo… La pena es que no hay rima. La rima no se me ha presentado.

Yo (con los efluvios de la siguiente ronda) recordé el sótano de nuestra vieja casa… en Kovilsk… El profundo sótano térreo, apestando a sandías en salazón. Metidas entre hinojo, raíz de regaliz y unas cuantas manzanas… Precisamente por las manzanas me había colado allí… Ya estaba a punto de meter la mano en la cuba cuando oí unos pasos… Era padre… Me escondí detrás de la segunda cuba, la más apartada, y allí me petrifiqué.

Recuerdo que padre sacó de la primera una sandía pequeña. La abrió de un golpe contra el borde, oí el crujido y vi la hendidura… Padre estaba borracho, le apetecía hincarle el diente. La sandía en salazón es una bendición gastronómica para los bebedores. No pude ver si se zampó la tajada de un solo bocado… En cambio, lo oí masticar con fruición, gimiendo de placer… ¡Sabía comer y sabía beber, era un tipo fuerte!

Incluso ahora, pese a que se le veía más enjuto de la cuenta, era un viejo vigoroso. Recitado el dístico profètico, quedó como en suspenso… Hizo una pausa atenta… Esperaba por su verso algo más que elogios… Algo superior. No sabía exactamente el qué, pero sabía que ese algo existe y que se lo merecía.

Yo, me sonroja reconocerlo, sentí escalofríos. A pesar del vodka engullido. Sólo con pensar en esos millones de chinos que se arrojarían… Que ya se han arrojado al cauce… Que discurren a raudales por secretos caminos siberianos. Con mi propio pellejo evalué los versos. Siempre había oído que la auténtica poesía te pone la piel de gallina… Algo por el estilo ocurrió entonces… Un frío sensible, agudísimo… A lo largo de las vértebras… Así que, tras ese espasmo helado, me sobrevino una rara sensación entre el respeto y el repelús, no tanto por los versos como por mi padre.

—¿Y los de la Duma?[16]—¿Será posible que los nuestros echen a Lenin del mausoleo?

Al parecer, temía que los chinos se quedasen con un palmo de narices. Hombre, son humanos también. Un viaje tan largo… Tantas prisas… Todos esos caminos tortuosos, todos esos cenagales… ¿Y al cabo para qué, para encontrarse con un cofre sin reliquia, un ataúd vacío?

La paz y bonanza provincianas remitieron a padre al pasado, a unos quince o veinte años atrás. Lo conservaron en aquel arrope… Casi cualquiera de su quinta en una capital, casi cualquier coetáneo suyo de Moscú o de Petersburgo, me habría cantado ahora loas a la democracia. Habría refutado el poder. ¡Habría proclamado algo interesante! Habría bajado del tren y enseguida se habría puesto en serio con los derechos humanos, las elecciones, pero las que soltaba mi padre… ¡Las que soltaba mi padre eran de alivio, para volverse loco!

Y en vista de que la tregua no había dado frutos, enseguida volvió a la carga con sus chorradas… Insistiendo con la plaza Roja… El ajetreo alrededor del mausoleo… La liberación del sepulcro. El cambio de

nuestra guardia por la china… Las bayonetas alzadas, los guardias chinos marcando el paso… Cada vez más cerca… Y de nuevo la piel de gallina y el repelús cuando mi padre, ciertamente inspirado en su desvarío, otra vez habla del sepulcro… Chinos por doquier… Chinos y más chinos… La plaza reventando de amarillos… ¡Es que vendrán por millones!

Y a ver quién le decía algo, de todos modos no me habría consentido ninguna objeción:

—¿Para qué discutir, hijo? Tú y yo tan sólo somos hombres, ¡no somos nada contra la Historia! Ellos vendrán, vendrán pronto. —Chasqueó la lengua a gusto y sentenció—: Por millones.

Y de pronto se quedó de piedra, como una estatua con la boca abierta… Rígido, a medio incorporar, con el culo despegado del asiento. Demudado y enmudecido. Era comprensible.

En el umbral…, en la puerta…, acababa de aparecer Pak.

Por alguna razón llevaba una marmita en las manos. Y la metralleta colgada del hombro.

Después de cinco o seis chupitos colmados (llenos hasta el borde), padre bien podría estar pensando que la hora x había llegado y que el primero de los chinos ya estaba aquí. Al viejo se le saltaban los ojos… Ya se sabe lo mucho que se sorprenden los profetas si alguna de sus profecías se hace realidad.

Sin embargo, tras un par de minutos logró salir de su estupor, sobreponerse al susto cósmico de aquella súbita materialización. El viejo ingeniero de construcción se enderezó… se levantó de la silla. Todo un monumento a la intrepidez uralense. Sacó la mandíbula:

—¿Y a ti quién te ha llamado?—inquirió amenazante.

El pequeño y pacífico coreano osciló sobre su eje, cambió de pie de apoyo sin moverse del sitio… Balbuceó algo… Masculló que era su hora de acostarse.

Intervine: Tu vecino de habitación, padre… El soldado Pak, nuestro escribano.

—Comprendo… ¡Preséntanos entonces!

Y, diciendo esto, padre, el gran especialista en beberse todo lo bebible, dio, sin tambalearse lo más mínimo, dos pasos firmes hacia delante. Ni corto ni perezoso… La generosa sonrisa provinciana acompañó la mano cordialmente tendida hacia el coreano.

La mañana siguiente me hicieron ir a Gudermés para investigar el

asunto del tren de gasolina desaparecido. Otros dos días en la vía muerta de su terminal de mercancías aclarando a quién pertenece esta o aquella carga de fuel… No es corrupción. ¡No es otra cosa que caos! ¡Desmadre! No es malversación, sino rapiña. (La corrupción ya presupone cierto nivel. Quieras que no, es cultura—así mismo se lo había oído decir, alto y claro, a un general del Estado Mayor).

Las cisternas se interceptaban en las proximidades de Grozni… Literalmente un kilómetro antes… Las desviaban… Hasta las pintaban de otro color… Hubo que comprobar cada vía muerta… ¡Busqué, di mil vueltas, pero da lo mismo: hay que asumirlo como pérdidas!

¿Cómo podía entretenerse mi padre sin mí en el almacén? ¿Qué iba a hacer allí solo? No es de extrañar que se muriese por escapar a Jankalá… Por si acaso, las patrullas habían recibido severas instrucciones al respecto: no tocar al padre del mayor Zhilin, que el viejo tome las copas que le vengan en gana, allá él, es su problema… En cambio, apartarlo sin falta de los soldados gorrones, sacudírselos de encima o ponerle a él de patitas en la calle. Para que no beba con cualquiera. Y para evitar que monte mítines o abra debates… Que ande, que pasee. Que se le cansen las piernas.

No me cuesta nada imaginar cómo sufría en la soledad de su alma la idea del regreso del socialismo… Ansiaba salir. Estaba que explotaba por dentro… ¡Qué dolorosa tortura: la disputa sin interlocutor! La idea se asfixiaba encerrada en sí misma. La idea se sentaba con el viejo en un sucio banco callejero y sufría recordando su pasada grandeza. Mientras la gente, incluida la gorrona soldadesca, pasaba indiferente por delante.

Padre volvía por la noche a la nave 8, insatisfecho, sin haberse desahogado. Sacaba la botella apenas empezada. ¡A veces ni eso, ni siquiera la había reclamado! Se quitaba las pesadas botas… Y por fin el reprimido volcán de palabras se derramaba por entero sobre el pacífico y educado coreano.

Pak comenzó a sufrir serios problemas de sueño. Padre hablaba sin freno. Insistía, exigía una tertulia en toda regla. ¡Por qué dormir! ¿Por qué no contestas? Sólo muy de vez en cuando se quedaba de pronto pensativo y entonces el coreano trataba a toda prisa de conciliar el sueño, de echar ni que fuera una cabezadita… Sobre todo si el viejo, sumido en quién sabe qué ebrias cavilaciones, se deslizaba de la silla… y se sentaba en silencio en el suelo. No obstante, los intervalos silenciosos eran demasiado cortos.

En cuanto Pak se dormía, padre se despertaba. Una y otra vez le

describía al coreano la impresionante formación en perfectas filas de los millones de guardias forasteros en la plaza Roja. O los bailes populares chinos en Vasílievski Spusk…[17] Pak se quejaba cada mañana a Kramarenko de su falta de sueño, aunque, pese a ello, siguió sin cometer ni un solo error en sus impecables papeles. Simplemente se le nublaba la vista.

Sólo la cuarta (o quinta) noche, justo cuando regresé, los dos por fin sucumbieron a sus respectivos cansancios… y cayeron dormidos. El sueño de Pak parecía especialmente plácido. ¡Olores inocentes de escribano abstemio! En cambio a su derecha flotaba un aire denso impregnado de fuertes tufos etílicos… Allí, pegado a la montaña de guerreras, estaba el sencillo catre de mi padre. Me senté en el borde.

Por el suelo rodaba una botella vacía. Mi padre había pasado del vodka al brebaje barato… No me atreví a despertarle. También yo estaba cansado. Me limité a sentarme a su lado… Mi padre… Sus bigotes… Su poderosa respiración soñolienta.

Recordé algo olvidado. De pequeño me enseñó a ponerme las botas… Por la mañana, cuando hay que ir corriendo al colé… El empeine alto. Muchos lo sufrían. Desde la infancia… Todo el calzado de entonces—las botas de cuero, las de fieltro—era difícil de poner. El me enseñaba a esperar. A sentir el momento de la resistencia. Y sólo entonces subir, forzar más y más la caña… Aquellas lecciones…

Que duerma… Alargué la mano. Quise tocarlo. Acariciar su arrugada y ancha frente. Pero él lanzó un grito y me eché atrás… Con la mano todavía alargada.

Los gritos me pillaron completamente por sorpresa:

—¡Masha! ¡Masha!

Continué sentado con la mano alzada, suspendida en el aire… En su sueño borracho, dulzarrón, no gritaba el nombre de mamá, sino el de su primera esposa.

Mamá fue una mujer mejor, más fiel, que la otra. Que yo sepa.

Me fui. Necesitaba dormir.

Sin embargo, la noche resultó pesada. Nada más acostarme, me despertó Kramarenko. Uno de los soldados de carga se había fracturado un brazo. Volví a vestirme deprisa y aún más deprisa fui a los diques. Los de al lado de la segunda nave… En mi preocupación, me cruzó por la mente un pensamiento fugaz, el de la fractura será uno de mis chiflados. Uno de los errantes…

Hay que enviarlos juntos de regreso a su unidad militar, es necesario

hacerlo así y cuanto antes. Son como una pareja. Alik y Oleg.

Una noche pesada lo es desde el primer minuto… El soldado aguardaba apartado de la zona de carga, fuera del trajín. Sentado directamente en el suelo a falta de mejor acomodo. «¡Ya viene el enfermero! ¡Ya viene!», le repetía Kramarenko.

Por la silueta del soldado concluí que mis chiflados estaban ilesos… El lesionado era algún otro. Me acerqué… Vania Klúev. Un trabajador dócil. ¿Por qué siempre se accidentan los más cumplidores?—pregunta fácil, respuesta fácil—. Me acuclillé a su lado… Tranquilo, Vania, ahora te mandamos para allá… Animo… En la unidad sanitaria se está mejor que aquí… ¡Y ya no te digo nada de las enfermeras!

Me sentía como una máquina de romper soldaditos. Yo, como extensión del almacén, que hay que ver la de personal que llega a machacar con los tutes que exige en tiempo de guerra. «Te ha tocado el gordo, Vania. Créeme… Allí ganarás unos kilitos. ¡Te divertirás!»—era a la vez la máquina que rompe y la que consuela—. Siempre igual, siempre recurriendo a los mismos chistes viejos, gastados, trilladísimos a cuenta de las enfermeras.

Desde ahí divisé, en el punto de trabajo más caliente, el borde trasero abierto del camión, a mis dos traumados. ¡Apechugando! Allí estaban, sí, señor, dónde si no. Sumisos, abnegados. Es su postura, ¿acaso tenemos otra opción? En cambio los soldados cargadores con experiencia, por supuesto, iban de listos. Ahora me escaqueo de esto, ahora de lo otro, ahora me escapo a echar una meadita y me columpió un buen rato… Todos en ese plan… Excepto esos dos. Y Vania, que acababa de fracturarse el brazo… Un poco por debajo del codo. Se lo aguantaba con la otra mano. Era el radio. ¡Tenía por lo menos para un mes!

Los del camión de al lado iban a su puta bola, una desidia del carajo. Me puse serio, les levanté la voz. Eh, que os estoy viendo, que de mí no se ríe nadie… Pero seguían remoloneando. Puro cansancio… Llevaban una semana infernal, de apagar fuegos sin tregua, cargar y descargar, cargar y descargar… ¡Y nada más y nada menos que gasoil, o sea, los peores barriles! Esos que saltan mientras los haces rodar por la rampa, igual de ahí viene que los llamen *focas*. Y qué duro es seguir bregando de noche con ellos después de todo el día, llega un momento en que ya no puedes con tu alma. Esas guerreras chorreantes de sudor, esas jetas color remolacha…

Continué junto a Vania pero me levanté otra vez… ¡Coño! Afiné la vista. De veras algo iba mal. ¡Vamos a ver!

—¡Shestakov! ¡Ven aquí!—llamé a gritos a uno de los soldados cargadores.

El soldado vino respirando con dificultad. Éste no fingía… Peor para él.

—¿Por qué no estás sudando?—le pregunté—. Date la vuelta. ¡La vuelta! ¡No escondas la espalda!

Palpé su espalda, completamente seca, y de paso le di unas palmaditas.

—No he tomado ni un trago. Lo juro… De verdad que no he bebido, camarada mayor.

—Espira.

El alcohol deshidrata el organismo, pero antes absorbe el agua en su interior. La respiración del soldado dejaba una sensación horrible. Reclamé con un gesto a Kramarenko.

—¡Enseguida voy, camarada mayor!—Kramarenko vigilaba la carga del camión más alejado. A juzgar por el ruido, allí había comenzado a fallar el cargador automático de barriles.

Kramarenko se fue directo a Shestakov y sin mediar palabra acercó la nariz a su jeta. Lo olfateó. Nada, el soldado realmente no había tomado nada. Por desgracia, ya habíamos tenido un caso similar. Los riñones… O el corazón… Lo que impedía al soldado sudar en situación de hipertenso trabajo nocturno sólo lo podía percibir o determinar un médico… O sea que, todo suyo, doctor. El soldado seguramente esquivaba el trabajo porque así se lo sugerían sus riñones. Los riñones le susurraban, ambos a la vez: «No corras, soldadito. No has sido agraciado con el don de la longevidad…».

Le mandé al cuartel. Que por la mañana fuera a ver al médico.

¡Qué le íbamos a hacer! Nos faltaban manos. Nos faltaban hombros recios, tríceps poderosos, abdominales firmes… Nos faltaban vértebras de hierro… Y muchas otras cosas.

Kramarenko pensaba lo mismo. Propuso que tal vez otros errantes… Que igual no nos vendría mal algún otro extraviado, algún descolgado de su unidad, ni que fueran dos, dos mejor que uno, qué tal si amparásemos a un par más.

—Estás loco—resoplé—. No sé ni qué hacer con los dos que tenemos. Bastante me arrepiento de haberlos aceptado.

Fuimos a verlos. Los tarados bregaban como el que más, dignos integrantes del sólido quinteto de cargadores… ¡Vamos, vamos, que no decaiga! Eso, ahí, ése es el ritmo, regular, constante… Movían y rodaban los barriles… Directo desde la puerta del almacén hasta el borde abierto del camión, donde dos pares de manos recibían la pesada foca y la colocaban verticalmente junto a las otras.

Álik, como si hubiera sentido que eran el tema de la conversación, interrumpió la cadena y dio un paso hacia nosotros…, jadeando.

—¡Camarada mayor! ¿Cuándo…—tragó aire—cuándo… nos enviará con los nuestros…?

Oleg no se hizo esperar. Sin separarse del barril, lo iba haciendo rodar delante de nosotros. Al percatarse de la reivindicación se paró en seco… Sujetando el barril sobre la pendiente… Preparado para seguir haciéndolo rodar si Kramarenko o yo levantábamos la voz.

Y también se sumó a la petición:

—Confiamos en su palabra.

Entonces caí en la cuenta. Yo no contaba los días, pero ellos por supuesto que sí. ¿Sería posible que ya hubiera pasado un mes?… ¡Eso no está bien, mayor!

—Kramarenko—mi voz es firme, soy el amo—. ¿Han cumplido con su mes de trabajo?

—Han cumplido a rajatabla, camarada mayor.

—¿Seguro?

—Y hasta dos días por encima del plazo, puestos a contar.

Kramarenko doblaba los dedos recalculando los días… Los soldados esperaban inquietos.

—¡Vale, vale!—dije—. Un trato es un trato, no me desdigo ni me olvido… En cuanto salga un convoy en dirección a vuestra unidad militar, os mando para allá.

—Nos hemos esforzado… Hemos trabajado… N-n-n-no- sotros hemos dado el callo, camarada mayor.

Aquí me puse severo:

—¡Ya he dicho que lo tengo presente!

Álik se precipitó hacia la oscuridad del almacén para agarrar el barril de turno. Oleg, con renovado ahínco, hizo rodar el suyo, parado en la pendiente… En cuanto los traumatizados por el combate se reincorporaron, el torrente metálico recuperó su viva cadencia habitual… Los barriles circulaban suavemente, uno tras otro… Fluían. A chorro limpio. ¡Un auténtico arroyo! Trepidaban lo justo, con un leve,

natural traqueteo…

Así se hace… No podíamos apartar la vista de los tarados. Con qué entrega trabajan los que están mal de la azotea… ¡Qué rendimiento tan estable! ¿Y si de veras aceptase a otros dos? Formar la sección de los traumatizados por el combate, tendría gracia la broma…

Kramarenko se fue corriendo a ver el cargador automático averiado. Cerca de la nave número 3. ¡Definitivamente, ya toca comprar uno nuevo!

Alik y Oleg, nuestros dos *errantes*. Supervivientes de un convoy dos tercios del cual aniquilaron los chechenos. Atontados tras una explosión cercana, se acurrucaron en una zanja, se escaparon arrastrándose… hacia la maleza intransitable. Cuando el combate (que no fue tal, sino pura matanza) se acercaba a su fin… Su diezmada unidad militar plegó velas y se fue. Ellos, contusos por la explosión, se apretaban el uno contra el otro y reptaban pegados… Oleg no podía dejar de gemir, la cabeza le dolía hasta lo insoportable… Se alejaron a rastras, oyendo cómo allí, en el desfiladero, los chechis remataban a los heridos rusos.

De día dormían en los boscajes o incluso directamente en las cunetas, al borde mismo de la carretera, de noche seguían caminando.

Los soldados extraviados, descolgados de los suyos tras el combate, errabundos y asilvestrados, son la rareza característica de esta guerra sin línea del frente… Tambaleantes de inanición… Zarrapastrosos y hediondos, apestando a chivo…

Olvidan el número de su unidad militar. Olvidan el nombre de su comandante. Atontados por las bombas, que se dice, y enajenados por las penurias subsiguientes, sufren sensibles pérdidas de memoria… Y Dios te guarde si, además, has perdido el arma.

La comandancia es lo primero que les espera y les acoge. ¿Dónde fue el combate? ¿Dónde atacaron el convoy? ¿Que no lo sabe? no lo sa-be… ¡Cómo es que no lo sabes, no mientas! El ensayo siempre es severo: ¿cuándo fue el combate? ¡Fecha! Cómo es que no sabes la fecha. ¿Una explosión de proyectil? ¿Qué proyectil si no tienen piezas de artillería? ¿Acaso en ese combate los chechis contaban con morteros?

Avanzando a hurtadillas hacia Grozni, vagan, nocturnos, por la carretera. De una montaña a otra, escondiéndose a la mínima en la maleza… En la oscuridad de la noche emiten entre ellos señales de reconocimiento, como el chirrido del grillo: «Ti-ri-ri-i… Ti-ri-ri-i…». A diferencia de los chechis, que se identifican por su peculiar silbido

agudo.

Mi animoso sargento Sneguir recogió a Álik y Oleg en las proximidades de Grozni. Se escondían en el boscaje… ¡Un caso clásico! Sneguir, siempre al loro, los atisbo desde el BMR. Pidió al conductor que se detuviese… ¡Para! Y llamó a los sonados ocultos entre los arbustos con el típico silbido a dos dedos. Nuestro silbido. ¡Eh, vosotros!

Los chavales emergieron de los matojos y avanzaron a trancas y barrancas hasta las ruinas del bloque de viviendas más próximo, uno de tantos bloques derruidos. ¡Los dos con sus metralletas! ¡Menos mal, un punto a su favor!… La charla fue corta. Y eso que uno de ellos tartamudeaba, pero Sneguir no les dio opción. Los hizo subir a ambos de inmediato a la chapa… ¡En marcha!

Lo único que les preocupaba era si el tal mayor Zhilin sería capaz de devolverlos a su entrañable unidad militar después de que ellos trabajasen honestamente en su almacén durante un mes.

—De lo que no sea capaz el jefe…—repuso Sneguir—. Les da veinte vueltas a todos los mandamases juntos…

Eso me dijo que les dijo sobre mí…

Y los trajo a mi almacén… Uno, Oleg, tanto si tocaba como si no, se erguía como un tentetieso, hacía el saludo militar y vociferaba:«¡Fiel al juramento!». El otro tartamudeaba cosa mala y tenía la lágrima fácil. Bueno, la tenía en un solo ojo. El ojo izquierdo le lloraba. Y, de propina, sufría un ligero tic facial en ese mismo lado… Vaya dos. ¿Y cómo olían? Apestaban que tiraba para atrás… Ahora parecen otros, al menos de aspecto. Limpios, bien alimentados.

Cuando el sargento Sneguir los condujo directamente desde el boscaje a Kramarenko y éste me los trajo a mí, les pregunté:

—¿De qué tenéis miedo? ¿Adónde vais con esas jetas de susto?

Me respondió Alik. Contrayendo la cara ostensiblemente y tartamudeando:

—A-a-al r-r-r-reconocimiento… A-a-al c-c-calaboso… A- a-al i-i-inte… A-a-al i-i-interrogatorio d-d-del FSB …[18]

Me reí:

—Como si el FSB no tuviese otro trabajo que interrogar a los sonados por las bombas.

—Y tanto que te interrogan. En la comandancia no te creen ni una

palabra… Nos preguntarán cómo diablos nos salvamos si el convoy fue aniquilado… Cómo es que nos quedamos solos… La unidad se fue por un lado y vosotros por el otro. ¿P-p-p-por qué?

También un compadre suyo se quedó allí, pero para siempre. Me mostró los dientes… Remedó el mentón petrificado, helado del chaval muerto… Tólich. Yacía a dos pasos. A Tólich le remataron y a ti no. ¿P-por qué?

—¡Vale, vale! Pero por lo menos tenéis las armas. No os podrán decir que las tirasteis en el combate.

Bajó la cabeza y continuó llorando a lágrima viva. Con el ojo izquierdo. Un manantial.

—T-t-terrible… Fuego graneado… Nos retiramos cagando leches a los arbustos.

Despavoridos… Como tantos otros antes y después. Las mismas historias, los mismos horrores mil veces referidos y escuchados. De camino hacia aquí, en los cruces de carreteras se topaban con otros amedrentados y se contaban sus respectivas pesadillas. No faltaban angustias que compartir.

Y eso a pesar de que todos ellos, los errantes, conocían una salvación y una salida: regresar a su unidad militar.

—Un mes de trabajo en mis almacenes. Justo un mes… Luego os enviaré a vuestra unidad—les prometí.

Los dos asentían. ¡De acuerdo!… Meneaban las cabezas: que sí, que sí… Oleg, por si acaso, saludó una vez más. ¡Fiel al juramento!

Por medio de Kolia Gusártsev averigüé que después del reemplazo su unidad había sido destinada a la zona de Vedenó. ¡Un lugar calentito!

—¿Tal vez los de la guardia?—sugiere Kramarenko.

—¿Cómo?

—Pasar a cargadores a algunos de la guardia…

Con esta idea sencilla damos el asunto por zanjado de momento. Con nuestros tarados tenemos de sobra por ahora. ¡Probaremos! Mañana Kramarenko vendrá con la lista completa de los soldados que montan guardia en los almacenes. La repasaremos juntos. Kramarenko los conoce a todos… Pasará el dedo por la lista e irá despejando dudas: ¿Está fuerte, resistirá? Para estar de plantón cualquiera vale, pero para aguantar el tren de los *jetas rojas*…

Entretanto, le da tiempo a meter una cuñita sobre mi señor padre.

—Aleksandr Serguéievich… No te lo tomes a mal… Tu padre bebe

mucho aquí.

—Bebe mucho en cualquier sitio.

—Pues no le des dinero.

Al día siguiente por fin la patrulla pilló a padre. Por fin se atrevieron… Le quitaron el pasaporte… La cosa empezó por los gritos en la calle. Padre había acorralado contra la pared a un soldado profesional y se agarraba a sus botones… Comenzó una discusión sobre la guerra… Sobre sus inicios y sus causas… ¿Cómo se desarrolló, qué curso había seguido? ¿Las emboscadas chechenas en las carreteras eran los últimos coletazos de la guerra? ¿O, por el contrario, un nuevo escalón?

—Alguien se ha fijado en su papaíto—me dice en las obras del almacén un peón checheno casi sin despegar los labios.

En voz muy queda.

Se me estremece el corazón. ¿Quién se ha fijado? ¿Los nuestros o los chechis? A juzgar por cómo me lo susurra, son los chechis… Esa boca apenas entreabierta, esa articulación casi imperceptible… Para que ni siquiera le oigan estas paredes inacabadas. Ni el crujiente tillado que pisamos.

A ver, por ahora no es más que un rumor. Lejano e inarticulado… Sin embargo, basta y sobra para que me cague de miedo.

¡Como si hubiera pocos casos de secuestro de familiares! (Del quiosco de bebidas directo a las montañas, ¡toma ya!). Justo cuando Grozni acaba de llenarse de chechenos recién afeitados. De pómulos blancos, aún sin broncear, en lugar de la barba de ayer… Todos con los papeles en regla… Dicen que ahora colaboran con los federales. Desde ayer… ¡Papeles impecables! Pero no se puede ocultar el olor a montaña. Incluso recién afeitados, apestan un poco. Cuando alguno de ellos enseña su documentación, la patrulla, al unísono, se tapa las narices y retrocede un paso… El caso es que estos días ha habido en Grozni irregularidades en el suministro del agua. Nadie se lava… Mira tú qué coincidencia… Ahora mismo, a decir verdad, todos olemos a queso.

Sin lugar a dudas, el objetivo de la caza soy yo. ¡El vejestorio borrachín y charlatán es una presa fácil! Pero el pez gordo en el gancho checheno seré yo. Yo y mis almacenes. Yo y mis barriles de gasolina… Mi gasoil… Mis lanzagranadas AGS-17 (recién recibidos)… Si atraparan a mi padre, me exprimirían a tope… Esos lerdos son capaces de creer que guardo dinero aquí. Peor me lo pones.

Padre se ha presentado entrada la noche. Ruidoso, embriagado, metiéndose con los soldados de guardia de la puerta del recinto. Oigo cómo el guardia se contiene… «Vale, vale… ¡Pasa!», de buena gana le habría negado el acceso al «papá del mayor», lo habría echado con cajas destempladas. Y hasta le habría propinado una más que merecida patada en el trasero…

Me apresuro a recibirle. Padre estaba en plena forma, listo para la tertulia. Le brillan los ojillos, su mirada brinca punzante en la tibia luz nocturna… Había entablado en el café… —¿café?—una conversación la mar de interesante con el soldado profesional Sapasetski.

—Acerca del mismísimo inicio de esta guerra… Duda[19] quiso unirse a la urss, ¿correcto? Duda en ningún caso habría luchado contra nosotros si la URSS hubiera resucitado.

He sonreído con reserva:

—Duda quería muchas cosas.

Yo lo sabía todo acerca de los cafés de Jankalá. Con unas cuantas copas encima ningún soldado profesional asomaría las narices por dichos locales ni en broma. A causa de las patrullas… Vale, ha confesado padre, no hemos estado en el café, sino en un banco. Y luego, directamente tumbados en la hierba. ¿Cambia algo esencial este hecho? La conversación estaba resultando extremadamente interesante. El soldado Sapasetski se ha mostrado inteligente e informado. Lástima que le hayan detenido cuando iba a dar el do de pecho, en lo más inspirado de la tertulia. ¡Caramba con la patrulla! ¡Y qué maña se dieron! ¡En un abrir y cerrar de ojos! Lo tienen muy por la mano, como si no hicieran otra cosa! ¡Dos segundos! ¿A qué tanto apremio, tanto tiempo les sobra que no encuentran nada mejor que hacer? ¡Meter en el calabozo a un tipo tan cabal, todo un filósofo!

Hemos llegado a la nave 8.

—A ti no te han detenido—he subrayado con una sonrisa—. ¿No les habrás recordado, por un casual, el nombre del mayor Zhilin?

Se ha escandalizado:

—¡No les he recordado nada! ¡Me conocen por mí mismo!

Una verdad como un templo. Una semana de estancia ha sido suficiente para que le conozcan todas las patrullas. Es hora de enviarle a Rusia… Y cuanto antes, mejor, mayor Zhilin… Anda, prepárate para comenzar el largo camino. Instalarle en el vagón, en la litera de abajo, que es más segura, proveerle de bocadillos, garrafón y… directo a su corro de amigos, los borrachos del lejano pueblo de Kovilsk… ¡La visita

se ha prolongado demasiado!

Padre se prepara para la noche… Pak ya dormía en su catre. No deja de ser sorprendente, pero todavía quedan almas inocentes. El escribano acosado, cansado de pensar en las hordas alrededor del mausoleo, se ha envuelto en la manta todo él, cabeza incluida. Qué pequeño se le ve, qué poco abultaba. Así ovillado parece un capullo.

Nada más acostar a padre, ha llamado Róslik: es hora de que tu viejo se vaya.

A padre le seguían. Le tenían bajo vigilancia a la espera del momento y el lugar oportunos. ¡Una cacería en toda regla! Róslik, sobreexcitado al máximo, gritaba por teléfono… ¡No vas a tenerlo encerrado todo el tiempo en el almacén, Aleksandr Serguéievich! Y por la calle no cuesta nada emborrachar al viejo. ¡Otra copita! ¡Acompañada por una conversación entretenida! Ni siquiera pagarán sus tragos. Así, de golpe, visto y no visto, se lo llevarán… Y listo.

Róslik estaba contento de haberse adelantado a Ruslán. Quieras que no, en su anhelo de convertirse en mi amigo, ha sido el primero en avisarme de un peligro serio… ¡El! ¡Él me ha ayudado!

Las circunstancias se suman: la llamada del Estado Mayor, la prohibición absoluta de las visitas de familiares a Chechenia.

Padre se las ha ingeniado para encontrarle el lado positivo a su pronta partida. ¡No es una huida, es pura maniobra!

Hasta se sentía halagado por el hecho de que él y no otro fuera el elegido para el secuestro… El instrumento para arrancarle las entrañas a su hijo. Porque los chechis no secuestran por nada, lo cual demuestra que su hijo es alguien importante. O sea, valorado por propios y extraños, por los suyos y por el enemigo… Esa gente aspiraba a un buen rescate, no se movía por cualquier tontería que se le pusiera a tiro.

—¡Qué hijoputas!—protesta amaneradamente.

¡Y ya no digamos cuánto se ufana de que su hijo hubiera conocido al mismísimo Dudáyev! Logra enlazar de modo rebuscado la presente necesidad de largarse a toda castaña con aquella relación lejana… Le apetecía hablar del furioso Dzhojar. ¡Vamos, hijo! ¡No seas modesto! ¡Cuenta!

—¡Padre! Tenemos prisa.

—Pero Duda lo dijo así tal cual: con Rusia, no; con la URSS, sí. ¿Verdad, hijo?

En ese momento yo estaba hablando con Gusártsev: ¿qué? ¿Hay

billete? ¡Va, venga, Kolia!

—Hijo, no te hagas de rogar, dame ese gusto tú que lo trataste… Duda quiso unirse a la Unión Soviética. Duda no se habría separado. Amaba a la URSS, ¿a que sí?

—¡Padre, en marcha, haz tu mochila!

La verdad, es que tampoco tenía mucho de que jactarme: estuve en contacto con Dudáyev en sus comienzos, cuando él buscaba el poder en el Consejo Supremo de Chechenia. Cuando sólo aspiraba a un puesto de funcionario de alto rango. Por aquel entonces, al menos al principio, se ocupó de la formación de los batallones y su dotación armamentística.

La mochila… Provisiones para el viaje… ¡Aprisa! Ahí estaba yo, afanándome, escondiendo el dinero en el bolsillo secreto del pantalón, metiendo la botella entre los trapos ya chafados… Y padre no callaba… El viejo es un internacionalista incorregible. ¡Una reliquia! De los que ya casi no quedan, ni siquiera en su generación (la mayoría se ha ido aclarando…). De pronto le ha dado otro ataque de locura charlatana. ¡Para despedirse! El viejo lamenta sonoramente tener que marcharse.

Cuánto desearía poder presenciar en persona, aquí en Chechenia, el día en el que Duda condujese, igual que un pastor a su rebaño, de nuevo a los chechenos a la URSS.

Aplastando y sacudiendo el contenido de su mochila, le he recordado que ya hace tiempo que no hay ni Duda ni URSS ni pollas en vinagre… Que han desaparecido… Que no existen…

Padre se ha frenado un momento.

—Ah, sí, sí—se ha precipitado de nuevo—. Es cierto, le han matado. Cómo se me ha podido olvidar… Pero sabes, hijo… ¿Quién puede estar seguro? En las noticias de la tele un día dicen que sí, que han dado con su tumba, otro día que no… Que si lo enterraron aquí, que si allá, que si en ningún sitio… ¿Cómo murió?

—Le traicionó su mejor amigo.

Padre casi ha pegado un grito:

—¡No me digas!

Tras un segundo de aflicción, padre ha colegido:

—Sería un amigo del montón.

—El mejor.

—¿De veras? ¿Su mejor amigo?

—Así solía referirse a él.

—¡Pues sí que se lució eligiendo a los amigos! Tienes que contármelo. Me lo contarás sin falta, ¿eh, hijo? Antes de salir… Es muy

importante. Me dará en qué pensar para un buen rato… En el tren, digo. ¡El camino es largo, hijo!

Si tenemos un momento, se lo contaré. ¿Por qué no? Le hará el viaje más llevadero. Y, de paso, también la vida. Después de todo me doy cuenta de que quiero un montón a mi padre, a mi viejo borrachín.

La llamada de Gusártsev.

—El tren sale dentro de tres horas. Ya tengo el billete.

Suspiro aliviado. Claro, el general Bazánov ha funcionado. Su llamada, vaya… En la terminal mercantil mi influencia es casi ilimitada. Pero en la de pasajeros, sin el general no logramos nada.

—Gracias, Kolia.

—Traeré el billete… Me pararé justo en los almacenes, ¿vale?

La llamada de Ruslán.

Tiene un pariente que ha trabajado de guardaespaldas, un auténtico profesional… Está un poco lejos, pero llegaría en una hora. Si le da un toque, vendrá volando a la estación. Y acompañará a mi padre hasta Mozdok si hace falta…

—Gracias, Ruslán… No es necesario. Lo importante es no perder tiempo ahora.

Padre de repente se ha puesto a remover los trapos. ¿Qué diantre…? Un uniforme de campaña. Otro. Los coge de la estantería y los tira a un lado. Allá, donde se sentaba, callado y acribillado, el bueno de Pak.

—¡Padre! ¿Qué haces?

—Elijo.

Padre no tiene nada en contra de causar impresión en nuestro querido, en nuestro pueblucho de mierda pequeño pero lleno de amor propio. Para que el espíritu camuflado de la guerra «pegue algunos tiros» en Kovilsk-na-Urale… Para que desde cada ventana vean a uno que regresa de Chechenia… El viejo andará sacando pecho entre los tristes bloques de viviendas.

Bueno, tal vez se parará a saludar a tal o cual paisano. Y le contará alguna que otra cosa. Sobre la guerra… Sobre su hijo.

Sin la menor prisa se ha embutido finalmente en el uniforme que más le ha gustado. Ha acariciado satisfecho los costados.

—Bueno… Entonces, ¿me vas a contar quién traicionó a Dudáyev?

—Claro que sí, padre, pero date prisa.

Pak, soñoliento y triste, sigue sentado frente a nosotros. En su catre. Petrificado en la tensa espera… Creo que ni respira. Como temiendo

que un simple gesto, el más nimio detalle, pueda alterar los planes de partida… Sus pensamientos, a buen seguro, van dirigidos arriba, hacia lo alto, como una plegaria. Que vuelva el socialismo, maldita sea… Que vengan los chinos… Las hordas hindúes. Los extraterrestres. Que venga quien quiera. Pero que se vaya, se desintegre, se evapore este viejo demente que habla sin parar todas las noches una tras otra.

¡Sentarse con padre en el restaurante y que todo resulte a su gusto! Poner allí el obligado punto final familiar a su inútil, innecesaria visita, sellarlo con un brindis. Pretendo evitar un exceso de vodka. Porque en sus ojos ya se advierte el consabido centelleo. Ese centelleo que reside ahí desde siempre… En esas pupilas ligeramente dilatadas. O sea, que oculta en alguna parte la botella de reserva. Pequeña, de un cuarto de litro. Para rellenado personal adicional.

Lo sabe hacer con maestría: bebe contigo y a escondidas echa líquido sólo en su copa… Desde el bolsillo… O bien, desde una fea bolsa que siempre lleva consigo. Así se manifiesta la sagaz vejez. Y, de paso, la pobreza avara. Tiene miedo… De que la alegría de la vida se interrumpa de golpe. El viejo ya ha perdido la confianza en la gente, su hijo incluido… No está seguro de que en esta venerable etapa de su vida vayan a llenarle la copa… De que se la vayan a llenar con generosidad y abundancia.

—Hablaremos… Vamos a discutir, hijo. Será nuestra gran conversación.

Yo me limité a asentir. Frente al restaurante de la estación, me dije para mis adentros: No voy a escatimarle los ansiados tragos, sólo procuraré distraerle para que no se pase… Mi querido viejo, mi padre.

Sin embargo, justo cuando entrábamos en el restaurante, ¡en ese mismo instante!—ni nos dio tiempo a cruzar el umbral—, anunciaron el tren, de modo alto y claro. Y la locomotora ululó tremendamente cerca… Así que no tuvimos más remedio que dar media vuelta enseguida.

Casi nos tocó correr para llegar al tren.

Padre me miraba desde el estribo del vagón, yo a él desde el andén. Desconcertados los dos… No nos había dado tiempo para nada. Me quedé con las ganas de contarle como es debido lo de la construcción de la casa en la orilla, allí donde me esperan mi mujer y mi hija. De decirle que queremos que viva con nosotros. En cuanto acabemos la obra… Que ya está bien de Kovilsk-na-Urale.

No sólo no pude contarle lo prometido…, ni tan siquiera tuve ocasión de explicarle cómo, de modo inesperado y, diría, involuntario, aquí me convertí en un hombre que sabe hacer dinero (algo de lo cual, tanto él como yo, ambos ingenieros de rancio abolengo, jamás habíamos sido capaces).

Padre, subido al estribo, mirándome perplejo. A él también le quedaban cosas por decir… No comprendíamos por dónde se escapó el tiempo. ¿En qué gastamos estos siete u ocho días? Días y noches nuestros. ¿Dónde estaban, que había sido de ellos? Un robo, no tenía otro nombre. Nos habían desvalijado.

Otra vez ululó la locomotora… Y ahí empezó el sordo quejido de la sangre, su grito mudo, mientras seguíamos mirándonos. Yo quería, tenía que decirle algo, algo hondo, verdadero, importante. Me esforcé, de veras que sí… Ahora, ahora se lo digo… Deja de relamerte los labios y díselo. Pero nada, ni siquiera alcancé a besarle… Sólo pude balbucir:

—No bebas mucho.

El también formuló algo sublime y digno del momento:

—Pero ¡qué dices!

Y el tren se fue…

Regresé automáticamente al restaurante. Entré… Me senté en la mesa y, ensimismado, me eché al coleto cien gramos de vodka. Luego otros cien.

Pero fui incapaz de comer nada.

Había poca gente… Un coronel junto a una belleza barata. Sentado al lado de la ventana, un soldado con la cabeza vendada. En un rincón, un grupo de montañesas vestidas de oscuro… Los bártulos en el suelo. Miseria y compañía. Serían chechenas o ingusetias, vete a saber. Ahorrativas al máximo, no pedían platos, sólo tomaban té, silenciosas y austeras.

Padre ya estaba lejos. En cuanto se extinguió en la distancia el ruido de las ruedas sobre los raíles, se me apaciguaron los latidos acelerados del corazón. Pero todavía seguía colgado en el aire aquel momento de estupefacta despedida.

Pagué y me levanté.

—El pestazo, ¿eh?—comentó el camarero. Pensó que los olores me marearon. Y que por eso tomé sólo vodka.

Cierto: desde la puerta entreabierta de la cocina llegaban al comedor vaharadas de espesísimo olor a pitanzas y condimentos varios. Sopa de alubias… Carne… Una calima de tufo comestible… La comida en las

cacerolas, sin duda preparada ayer, humeaba ligeramente. Sus efluvios se descomponían, elevándose, estirándose poco a poco en el aire viciado del local. ¡También ellos ansiaban las alturas!

Allí, arriba, esos miasmas se volvían más poderosos, más densos y compactos. Pero el techo les cerraba el paso. Se oponía a que toda aquella mierda saliera al vasto espacio, hacia el azul celeste.

Evidentemente, los fundamentos, infraestructuras e instalaciones básicas de la casa en construcción se hicieron bajo mi dirección (aunque fuera por teléfono). Hasta el sótano yo me encargué de todo. Las comunicaciones. La luz. El gas… Pero la primera y segunda planta las construyó mi mujer, ella sólita. Ahora vive con nuestra hija en lo que ya se ha levantado. Y entre las dos, poco a poco, hacen crecer la edificación más allá del tejado… En lo único que las ayudo a través de mis recomendaciones telefónicas es en lo concerniente a la contratación de los obreros y las negociaciones con ellos. Cargadores, albañiles, carpinteros… Y, sobre todo, vigilando que el electricista no las enrede a la hora de colocar la caldera moderna… Que le exijan cableado moderno y oculto de modo correcto.

Es verano, mi mujer y mi hija duermen en el ala terminada de la casa… Allí se respira mejor, ya que ese lado se abre a la estepa.

Con el tiempo explicaré a mi viejo que yo, el mayor Zhilin, que trabaja (¡y lucha!) en Chechenia, para nada soy animal de dinero fácil, dinero ligero. Lo mío no es la frívola pasta gansa del juego o las apuestas… Sabré explicarle en qué clase de ruleta se ha ganado todo esto. En qué tapete nos la jugamos aquí cada día.

Cuando llamé a mi padre le dio un ataque de risa. Se negó tajantemente a mudarse con mi mujer y mi hija, no le entusiasmó en absoluto la orilla del gran río donde se construía la casa. Dijo algo así como que se había acostumbrado a vivir con modestia y no le apetecía recibir la vejez en una mansión suntuosa. Que a un viejo jubilado no le conviene «el lujo palaciego». Que se sentiría incómodo pisando suelos demasiado limpios, temiendo mancharlos o ensuciar o romper cualquier otra cosa… Lo único que de veras le apetece es estar a sus anchas, sorber ruidosamente su sopa sin que nada ni nadie le cohíba.

—¡Qué palacios, qué dices!—llegué a levantar la voz—. Una casa normal de buena calidad y para de contar.

—¿Cuántas plantas?

—Dos.

Resolló como si me hubiera pillado con las manos en la masa.

—¡Ves!

Y se rio otra vez, mordaz.

—¿Cuánto terreno, hijo?

—Bueno, sí, hay algo de terreno… Parte de una arboleda de abedules entra como una cuña en nuestro solar, pero…

—¡Vaya! ¡Conque una arboleda, encima, nada más y nada menos!

Me colgó. Sospecho que experimentó un fuerte deseo de desposeerme y deportarme a Siberia. Mi mujer, cuando le conté la conversación, me riñó: me había faltado mano izquierda. La llamada desde el Cáucaso siempre suena algo brusca, extemporánea… Con los viejos hay que ir poco a poco… Hay que prepararlos, persuadirlos… Y ser cariñoso.

Que ya le llamaría ella.

—Tú misma—corté impetuoso, casi igual que padre había hecho conmigo.

Con mi mujer, padre realmente se portó diferente, estuvo más cálido, más dulce. Se permitió cierta entonación solemne. Filosofó… Pero el contenido sustancial de su respuesta no cambió. No iba a venir… ¿Ni para ver a su nieta crecida? Vale, para ver a la nieta vendría un día… ¿Cuándo? Eso ya según dictara el cuerpo.

—Cariño, créeme que te lo agradezco—con la misma ternura respondió padre a la pregunta principal—. Pero entiéndeme… Quiero quedarme aquí. Quiero quedarme entre estas miserables viviendas de cinco pisos. Mi vida está aquí, compréndeme, cariño.

Al final no se cortó y se interesó en si mi mujer leía de vez en cuando a Anna Andréievna Ajmátova, que, por muy difícil que fuera la vida, se negó a emigrar… Y escribió, orgullosa, «estuve con mi pueblo». A eso es a lo que me refiero, cariño.

«Cariño», afligida, tuvo que rendirse, no insistió más.

Y padre, como si lo viera, ufano de su respuesta, exultante, seguramente ya sólo pensaba en lanzarse a la calle. ¡A airear su alegría! A entregarse a los abrazos del viento fresco. En pos de las anchuras que reclama el alma en los momentos de sublime renuncia.

Mi mujer me dijo después que su voz resonaba. ¡Cómo no!, contesté yo, agregando que no dudaba de que el viejo, no bien hubo colgado, corrió a reunirse con su tan cacareado «pueblo». A lo largo de la monótona hilera de tronados bloques de viviendas de cinco plantas, camino de su establecimiento favorito, el ultramarinos de sus

entretelas… Y allí compraría el brebaje, su pócima vital. Y allí mismo le saludarían ruidosamente los compadres. ¡Allí, en la miserable tiendecilla de productos caducados de la esquina! Con su gotera sempiterna, que tampoco es para tanto, si te despistas te caerá una gota, dos a lo sumo, no te pongas debajo y en paz… Y qué más dan grietas y goteras, se está mejor que en casa, allí el alma del viejo entra en calor. Charlando con unos y con otros junto al mostrador. Y luego ya estás listo para salir afuera a plantarle cara al viento, bebiendo a morro y dispuesto a encajar las bofetadas que hagan falta.

El viejo había saboreado el silencio de mi esposa tras su última y concluyente frase, y aun se dio el gusto de rematar en voz baja antes de despedirse:

—Cariño… Me quedo con mi pueblo… Transmíteselo a Sasha.

Capítulo VI

PARTIMOS sin prisas a nuestra cita con el general Bazánov. Yo al volante. Kolia Gusártsev, en el asiento de al lado, con el móvil pegado a la oreja. Los dos estábamos invitados a la cena. Nos llamó el mismo general en persona… Disculpándose por no habernos invitado durante nuestra última charla. Por no decidirse entonces… Es que está aquí de visita su joven esposa. Y no estaba seguro… Lo reconoce francamente: no estaba seguro.

—Pero ella aceptó… ¡Aceptó enseguida y me animó a ello! Ya veréis qué mujercita tengo, me alegro de que la conozcáis… Y de que ella tenga ocasión de echar una mirada con sus ojitos centellantes a los jóvenes oficiales. ¡Sí, señor, que sienta el sabor de la vida! Que se divierta… ¡A quién le apetece contemplar una vieja ruina como yo!—En el auricular retumbaron con estrépito las carcajadas del general.

La onda expansiva de aquellas francas y generosas carcajadas masculinas me llegó con toda nitidez, vibraciones de macho viejo de sobras satisfecho, del todo saciado tras un par de noches con el pedazo de hembra que debía de ser su joven esposa.

—Cuando paséis la plaza Minutka… Directo al puesto de control.

—Acabamos de pasarla.

—Entonces, estáis cerca… Preguntad allí.

Por el billete de tren de mi padre, eso es, que no se me olvide, repasaba yo mentalmente. Y por el interés que se había tomado. Había que agradecerle al general que mi viejo, gracias a Dios, estuviera de nuevo en Kovilsk y no en un hoyo checheno. Padre se quedó descansado, se había explayado de lo lindo, había

tenido conversaciones para los próximos

diez años y había regresado a casa sano y salvo. Obtuvo su cosecha.

Kolia estaba radiante: ya ves lo útil que es relacionarse con un general del Estado Mayor, incluso con el general-nadie.

—¡Vale la pena, Sasha, y mucho! No nos enterrará vivos con sus cuentos chechenos, ¿verdad? Y veremos a su joven mujercita… ¿Eh? ¿Qué? Venga, Sasha, que llevo un montón de tiempo sin ver chicas moscovitas en sazón… ¡Desde el verano pasado!

Yo conducía, Kolia rumiaba en voz alta. El coche iba como una seda. Estábamos cerca.

Kolia Gusártsev tampoco había ido nunca por ahí. No paraba de preguntar el camino todo el rato… La casita adjudicada hacía poco al general se encontraba en el culo de la retaguardia, muy apartada del meollo cuartelero.

El guardia del puesto… ¡Menudo elemento! Nos indicaba, como alelado, direcciones opuestas. Hasta que comprendió que se trataba del general Bazánov.

—Ah, bien…, pues… por ahí…

El guardia nos recomendó seguir y seguir recto, todo recto. Mirando a ver si aparecía una valla verde… Con más exactitud no podía informarnos.

Al general Bazánov apenas lo frecuentaba nadie, sus tertulias causaban pánico. Pero a veces no había más remedio, qué se le iba a hacer, el general estaba lleno hasta los bordes de la vida y costumbres de los pueblos montañeses: «Los chechenos… ¡Chechenia! ¡Pregúntame lo que quieras sobre el pasado de Chechenia! Quédate un poco más, aún es pronto, falta lo mejor. ¡He descubierto novedades la mar de interesantes! ¡Espera que te cuente!». Sabía demasiado para guardárselo dentro… En el Estado Mayor también le esquivaban. Se había ganado a pulso la penosa fama de *marear al interlocutor con sus peroratas*… Muchos lo sabían, pero no todos, y si algún novato o desprevenido, un teniente coronel recién llegado, pongamos por caso, entraba en solitario por casualidad en el despacho del general, tardaba por lo menos una hora u hora y media en salir… ¡El pobre incauto reaparecía aturdido, tambaleante! Y dispersando con la mano una bruma imaginaria.

En sus mejores días Bazánov se tenía por un buen guerrero. Fue cuando combatía en Afganistán. Por aquel entonces era coronel y llegó a atacar en dos ocasiones al mismísimo Ahmad Sah Masud,[20] «el León

del Desierto». Hay una foto muy convincente donde se ve al coronel Aleksandr Bazánov inclinado sobre un mapa.

Según propia confesión, allí, en Afganistán, se rompió. De pronto recibió la noticia: su mujer había fallecido. El coronel Bazánov solicitó el permiso para acudir al entierro. No era pedir mucho, *sólo dos días*. Pasar unos minutos junto a la tumba. Despedirse… Pero se lo denegaron. Una semana más tarde comenzó la retirada de nuestras tropas.

Algo le pasó entonces al coronel Bazánov. Se le rompió el espinazo del guerrero. Después de Afganistán, ya de servicio en la región de Kalúzhskaia, encaneció y engordó. Se encerró en sí mismo. Se convirtió en un hombre callado. Incapaz de sacar lo que le consumía por dentro. Se quedó sin amigos.

No obstante, lo ascendieron a general, pero con la condición de que se trasladara a la sulfurada Chechenia para ocupar algún cargo neutro en el Estado Mayor. Aun teniendo claro que ya no podía combatir, no rechazó el puesto. Ahora su misión, su guerra particular, consistiría en «supervisar determinadas unidades militares y los contactos de dichas unidades con la población autóctona». Evidentemente, los «contactos» brillaban por su ausencia. Por lo tanto, no había nada que supervisar. El puesto se tornaba cada vez más vacuo y desprovisto de sentido… Los saqueos constantes de los convoyes militares en los caminos de montaña acabaron de consagrar la total inutilidad de las funciones encomendadas al general Bazánov.

Sin embargo, para las mujeres seguía siendo un general. A ello se sumaba su atractivo y fuerte cráneo rapado… Resultó una presa fácil. En el segundo año de la guerra, el general fue elegido y desposado por una jovencita vivaracha (le echó el ojo durante unas breves vacaciones). Una moscovita la mar de mona… Lena… No tenía nada en contra de que siguiera combatiendo en Chechenia, pero debían construir la dacha en las afueras de Rostov, donde ella residiría cuando en Moscú hace frío. Así estaría más cerquita del sol. Y del general, naturalmente.

Rostov es una ciudad sureña que, desde la perspectiva y la noción rusas de las distancias, se puede considerar próxima al Cáucaso. Rara vez, empero, el general conseguía comprar y enviar allá con un camión alguna remesa de materiales para la construcción. Ni tan siquiera, pese a todos sus esfuerzos, logró agenciarse un par de soldados, ni que fuera del pelotón de los torpes, para mandarlos a echar una mano a la obra, a darle un poco a la pala o tirar de las poleas… Los trabajos iban muy lentos, lentísimos. Así que la joven esposa apremiaba al general…

Llamadas… Visitas… Exigiendo dinero… Amenazando con irse a veranear en solitario a la costa. El general Bazánov, por supuesto, se preocupaba por su joven e inquieta esposa, aunque últimamente no tanto. Cada vez parecía más desganado… Tras una aportación insignificante a la construcción de la dacha, se relajaba por completo. La causa era palmaria: el envejecido guerrero ya se había sumergido de lleno en la historia de los pueblos montañeses. Y eso, ni que decir tiene, es para siempre. Una droga.

Pero el *hobby* le dio personalidad, ahora todos conocían al general Bazánov. Hete aquí de qué modo tan curioso se había fracturado la osamenta del guerrero. De tal quebranto surgió algo y hasta alguien, surgió el *general lector*. ¿Qué hay de malo en que un general sin carrera lea libros? Después del café…, o incluso antes del café… De hecho, su adjunto, el alférez Guesha, cada mañana le traía las cosas en ese orden, atendiendo a sus prioridades: libros previstos ayer para la lectura de hoy; café; carta de Lena, su esposa.

La lectura histórico-investigadora (expresión de su propia cosecha) fundió como el fuego los residuos del antiguo carácter guerrero y acrisoló un nuevo talante, bastante más apasionado, por cierto. Aquello ya no era un simple *hobby*. El general tenía un aire inmejorable. Nunca se le había visto tan sociable. Se había transformado en alguien absolutamente feliz, locamente locUAZ, simpático y bondadoso. Jamás pensarías que este pedazo de pan en su momento había sido capaz de medirse con el León del Desierto.

De todos sus reportes al Estado Mayor se encargaba el raudo y eficiente Kolia Gusártsev, que se los fabricaba casi sin despeinarse.

Gusártsev (y yo en ocasiones) nos beneficiábamos de su rango, de su potente vozarrón. ¡No era un amparo desdeñable! A cuenta de ser el jefe de Kolia, el general a veces me ayudaba también a mí, me sacaba de algún que otro apuro. Un toquecito a fulano…, una llamadita a mengano… Siempre podías contar con su apoyo, más sonoro que realmente inteligente… Para asuntos prácticos servía de poco, pero en plan intimidatorio funcionaba, gritaba de lujo. Con la cara enrojecida y sacudiendo las hombreras de general. ¡Dios, cómo gritaba! ¡Qué cojones pasa! ¡Maldita sea, ¿será posible?! ¡No consiento que ofendan a mi oficial! ¡Mi oficial, sí, mi oficial, ¿se entera?!

El general regañaba al alférez que no supo indicarnos dónde quedaba su casa:

—¿Qué haces aparte de papar moscas? ¿En qué estabas pensado? Nos ha salido soñador, ¿eh? ¡Tu deber es patearte la puta calle, conocerte al dedillo todos los jodidos cruces! En vez de columpiarte tendrías que haber perdido el culo para averiguar dónde leches vivo y explicárselo con pelos y señales a quienes te preguntaron!

Estaba que trinaba, su ira era sincera, como si se hubiera topado con un caso de insubordinación sin precedentes. Vociferaba hecho un basilisco y de tanto en tanto lanzaba miradas vigilantes a la carne que se asaba en la parrilla. Así es como gritan los bonachones. Y el alférez lo sabía perfectamente. Para mantener la salud. Para limpiarse la garganta. ¡Que grite cuanto le plazca! El alférez Guesha, allí presente, hasta nos guiñaba el ojo.

Abanicando la barbacoa con un trozo de cartón, dispersando el olor a chamusquina, el general, con su bajo exuberante, avisó a Lena, su esposa, que se había retirado para cambiarse: la carne está lista, querida… Casi sonó como una señal. ¡La carne está lista! Para que la mujer apareciera en todo su esplendor. Para mostrarnos por fin a la reina de la fiesta.

Nos sentimos enseguida muy a gusto. Realmente, era joven y guapetona. Y la casita, muy acogedora y limpia. ¡Estábamos en el cielo! El solar, pequeñito, pero muy bien cuidado. A unos diez pasos de la veranda, bajo un ramoso nogal, el general Bazánov se ocupaba de la barbacoa con sus propias manos. Quién lo hubiera dicho: ¡tenía traza y se lo pasaba en grande cocinando para sus invitados!

Tras escuchar mis agradecimientos por el billete de tren y demás gestiones en mi favor, el general se interesó a su vez por cuestiones en las que tal vez pudiéramos echarle un cable:

—Olvídalo, Sasha, ni que fueras el único que me pide algo… Los de la infantería mecanizada, sin ir más lejos… Necesitan esos chismes de visión nocturna. ¿Los tenéis?

—No, de visión nocturna no hay—respondí.

—¿Y para los helicópteros? ¿Fuel de aviación?

—No, tampoco hay.

Respondía de modo automático. No, no, no. (Desde luego, nadie podría tacharme de excesivamente condescendiente). El general no tenía ningún peso en los asuntos que giraban en torno a la guerra. Don Nadie. Aquellos pedidos no eran más que ociosa e informal palabrería entre oficiales. Paridas de cantina… Sólo eso… Ya encontraría yo a quien ceder el fuel sobrante.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿No?—inquiría él con aire de importancia.

—No.

El general abrió mucho los ojos, infló los carrillos, intentando parecer duro a ojos de su mujer. Yo, de soslayo, miré a Gusártsev: Kolia admiraba mis «no» impasibles.

Del todo desesperado, sin saber qué otra cosa inventar, el general voceó, en una especie de falsete impetrante, dirigiéndose a la esposa:

—¡Será posible! ¡Vamos, Lena, escandalízate al menos tú! ¿Te das cuenta de qué humos se gastan las ratas de intendencia? ¿Lena? ¿Me oyes?

La interpelada le siguió el juego y me amenazó con el dedito. Una amenaza sonriente, por supuesto.

—El morro que tienen estos almacenistas, Lena… No son muchos los oficiales que disponen de teléfono móvil, ¡ni siquiera en el Estado Mayor!, y éste tiene dos. ¿Me equivoco, Sasha?

No, no se equivocaba. O no del todo. (Lo que no sabía es que tenía unos cuantos más. Habría sufrido un ataque de apoplejía. Los tenía… repartidos entre algunos campesinos chechenos que vivían en los cruces de caminos de mi interés).

—¡Dos móviles! Uno para el trabajo y otro para la parienta, ¡para arrullarse a sus anchas! ¡No está mal!

Su mujer continuaba sonriéndome y amenazándome burlona con el dedo. Pero sus pensamientos iban más deprisa y pasaron por encima de esa pose:

—Vayamos a la veranda…, ¿por qué estar aquí tragando humo?

Y el general, a renglón seguido (con trémolo teatral):

—¡Sí, sí, amigos míos, la carne está lista!

No obstante, el charlatán añadió especialmente para Lena:

—Nosotros, querida, estamos acostumbrados a tragarnos el humo del combate. Y aquí cualquier humo es de combate.

¡El general y sus bromas!

Ni caso y a beber, tanto hablar de tragos me había despertado la sed… Para mí estaba meridianamente claro, lo había comprendido desde el principio, que Bazánov no quería nada. No le interesaban un pimiento los de la infantería motorizada… Ni los chismes de visión nocturna… Ni el fuel… ¡Ni siquiera la carne! Tan sólo gallardear un poco ante su joven esposa. ¿Qué hay de malo? Se va mañana. No viene a menudo… ¡No es más que puro pavoneo, el carcamal se da un poco de pisto para que su mujercita piense que pinta algo, que tiene mando

en plaza, que no es un cero a la izquierda, vamos! Bien es verdad que yo habría podido darle más cancha, estirar un poco lo del fuel, no ser tan parco. Eso esperaba él. Qué me costaba.

Y más teniendo en cuenta que el viejo general me había recibido con sincera alegría y no escatimaba sus atenciones. Que estaba por mí, vaya, que hasta se dio cuenta de que la falta de sueño me agarrota las mandíbulas.

—Deberías dormir mejor, Sasha. Refresca el aspecto. Refresca la vida.

—¿Usted lo consigue?

—¡Y tanto!—Y se rio a pleno pulmón, a carcajadas. A la postre, su vida había dado un vuelco positivo, se había refrescado. El viejo no trepaba, no buscaba hacer carrera. No le gastaba jugarretas a nadie. No robaba. ¿Acaso es poco? Simplemente vivía a su aire… Leía todos aquellos libros sobre los montañeses… y disfrutaba vomitando todo lo aprendido.

Tampoco cortó el caudal una vez sentados en torno a la mesa. Se pasó la cena perorando en tono campanudo sobre los colores propios de la buena carne cruda y de la carne bien hecha. De cara a la galería, claro, pero sobre todo pretendiendo lucirse ante su mujercita… Ternera fresca, señores oficiales… Cordero… ¡Miren qué costillas!

¡Como si a mí y a Kolia nos importaran los colores de su parrillada! ¡Nos traían sin cuidado sus brasas y rescoldos cubiertos de ceniza! Lo que nos seducía era el color de la blusa de la joven generala, los gozos y los goces que envolvía y hasta esos coquetones reflejos de descontento en su carita… ¡a causa de la dichosa dacha en las afueras de Rostov! ¡Un desastre, un desastre! No está acabada y ya se cae a trozos. Esa valla asquerosa. Las ortigas que me llegan hasta aquí… ¿Se lo imaginan? Está todo tan dejado… Hasta el mecanismo automático de la puerta. ¡El botoncito, mal que bien, la abre, pero ya no hay musiquita! Lo único que alegraba la vida… Era una melodía de *El Padrino.*

Saltaba a la vista que la esposa Lena llevaba una vida bastante sosa. Sin sal ni pimienta… Pero ¡qué buena está la condenada!, me guiñó el ojo Gusártsev.

¡Vaya si lo estaba! ¡Conejita! Con esa risa fresca y aflautada, y esa leve y medida coquetería certeramente dirigida hacia nosotros, los oficiales en buen estado de revista. Mientras tanto, su simpático viejo verde se deleitaba con la carne asada. Mordía las costillas con tanto afán que los huesos crujían. Rechinaba los dientes… ¡Suspiraba! Pero

¡qué manjar! Ella flirteaba sobre todo con Gusártsev. El general molía los huesos pero no se le escapaba nada. Conocía bien a las mujeres. Lo comprendía y se sonreía. (El muy cuco le abría el apetito con nosotros. No está mal el planteamiento… Ella se iría mañana. Pero esta noche compensaría con el general nuestras miradas ávidas).

Creo que tendrá unos treinta, o tal vez treinta y cinco. ¡Depende de cómo se mire! El resultado cambia si la miras antes de beber o con los grados a cuestas… Ese colgante entre los pechos. Reluciente, plateado. Representa algo así como una media luna y viene a ser una especie de amuleto. Dicen que ayuda a los que están prisioneros de los montañeses. Cruza por mi cabeza un pensamiento fugaz… Lena, la bella esposa del general, y Ana, la multiviolada madre de soldado, son coetáneas… O casi… Ana sería unos cinco años mayor que Lena, pero aparentaba llevarle veinticinco.

¡Conejito doméstico! ¡Muñequita!

Se ha levantado de la mesa para traer las servilletas. Y para enseñar el culito. Redondo y prieto, ceñido… Vaya traste. Le hincaría el diente más a gusto que al cordero. Y eso que soy un hombre moderado, muy moderado, no me abalanzo a la primera. Así que, bueno, para empezar lo estrujaría con ternura… Y ya luego la emprendería a bocados con él… Joder, qué curda estoy pillando. Cómo pega este vodka de importación… Me comería su culito, decíamos, a toda ella y hasta su dacha con la puerta sin musiquilla me jamaría… Tío, tío, tú haz como que observas las servilletas (a juego con su blusa, fíjate)—¡y de hecho las miras, miras las jodidas servilletas!—, lo que pasa es que sus caderas se encuentran en la misma dirección. Y se van acercando, se viene para acá ese caderamen, esas curvas suaves, suavemente musculosas… Me tienen hipnotizado… De pronto sus caderas moscovitas y su dacha en las afueras de Rostov se han fusionado para mí en una misma cosa que me comería a mordiscos. Anda que no… Qué cogorza he cogido, por Dios…

Me hago una sugerencia complaciente: en casa tengo mi culito, que nada tiene que envidiarle a éste. Nada en absoluto… Allí, en Rusia, a la orilla del gran río… Mi mujer… Mi mujercita… Y una casa-dacha igualmente en construcción… Eso es lo que me excita en esta guerra: *aquel* culito y *aquella* dacha. Me excitaba en vivo y me excita a distancia… Pero *aquello* mío está ahora demasiado lejos. Y *esto* ajeno lo tengo delante. Al alcance de la mano… ¡No vale la pena andarse con tretas con uno mismo! Esta avidez no decae. Ni en combate. Ni en el hospital. Ni, supongo, en el zindán apestoso.

El alférez Guesha sirve el té… Muy oportuno. El general todavía no ha empezado con Chechenia, con sus montañeses, aunque sabemos que no hay escapatoria… De un momento a otro la avalancha nos caerá encima. Sin falta… El precio de la cena, de la velada, de nuestras miradas al culito ceñido… La cuenta es gorda.

Ahora, ahora mismo su relato estallará como una fogata preñada de munición. Se esparcirán, incontables como cascos de metralla, las referencias históricas… Citas… Cifras… Hechos… ¡Todo mezclado con leyendas a granel y mitos de baratillo, el coñazo del siglo!

Sin embargo, hasta el momento, sólo ha habido carne asada: jugoso preámbulo del verdadero banquete. (Hablador experimentado, no le apetecía despertar a la nieve de golpe. Controlaba el alud). El general nos ha permitido regocijarnos un rato. Nos ha dejado incluso soñar con el culito… Es como una boa… Sabe cuándo hay que apretar, sabe que llegados a un punto nos tocará aguantarle el rollo entero. Sabía de antemano que yo, el rácano y escurridizo mayor Zhilin, no podría escabullirme. ¿En qué madriguera iba a esconderme? Así que, por lo visto, primero le gusta juguetear con la víctima.

El general Bazánov se ha remontado hasta bien lejos para comenzar… Bueno, lejos hablando en términos amplios, sin mayores dataciones. Hace nada ha tenido conocimiento, ahondando en varias y bien documentadas fuentes, de cómo nuestros montañeses leen la mano. ¡Uf! Es una técnica genuina. ¡Nada que ver con los gitanos! Los montañeses poseen una perspicacia especial… ¡Qué increíble facilidad para interpretar las líneas! Ojo, ¡la vida del montañés está llena de peligros y asechanzas, incluida la venganza de sangre! Siempre es la daga, la bala… Y siempre a traición, la muerte agazapada detrás de la esquina… ¡Mejor dicho, detrás del peñasco!

—Por eso mismo no deja de asombrar que los montañeses adivinen con tanta exactitud la duración de la vida ajena. Lo suyo sería prevenirse contra la propia fugacidad…, ¿no creen?

¿Por qué no íbamos a creerle?

—¡Al mismo tiempo, el montañés toma en consideración los signos del zodiaco! Supongo que lo habrán heredado de los helenos… Los helenos pasaron a lo largo del Cáucaso en una oleada imparable. Como un tsunami… Los helenos lo conquistaron todo aquí, hasta llegar donde los persas, a los que, dicho sea de paso, también les dieron para el pelo.

El general enseguida ha acudido a la demostración. No ha podido

demorarlo más, se moría de ganas. Ha empezado por el alférez Guesha. Me huelo que no era ni mucho menos la primera vez que le leía la mano. Apuesto a que es su *sparring* propiciatorio, el comparsa habitual de su entrenamiento doméstico… Tanto es así que el alférez, en relación con su esperanza de vida (bastante larga según parece), se muestra del todo indiferente.

El general nos ha tomado de las muñecas. Ha titubeado… Ha elegido a Gusártsev. Le ha hecho girar la mano abierta hacia arriba, ha inspeccionado la palma, palpando las líneas, resiguiéndolas con la yema del dedo…

—A ver… ¡Ajá!—murmuraba—. ¡Eso es! ¡Ya lo tengo!

Al mayor Gusártsev le había sido concedido un plazo generoso. ¡Tiene cuerda para rato! Los montañeses no se equivocan. ¡Ni medio año de margen de error!

El general ha cogido mi mano… Le ha echado un vistazo fugaz… La ha soltado…, como si de repente hubiera caído en la cuenta de que se aburría. Al carajo el futuro. Lo que le va es el pasado…, ¡el pasado! Al general Bazánov le seduce el abismo infinito del pasado, ansia pensar en categorías de siglos, zambullirse en otras épocas.

Ha alcanzado una botella de vino y la ha abierto para nosotros. Al instante la ha rehusado. Ha elegido otra… ¡Esta sí, mucho mejor! Y en ésas se ha acordado de que no me había dicho la buenaventura. Tras una pausa, ha cogido mi mano y enseguida han vuelto los titubeos… Se le notaba incómodo, inseguro… Por alguna razón ha optado por adivinar al estilo tradicional… Acuario, piscis… ¡Cáncer, la madre que lo parió! Aleksandr Serguéievich… A tomar por saco, Sasha, a ti no te voy a predecir el futuro… ¿Que por qué?… Porque estoy demasiado emocionado. Y encima después no me darás ni una gota de combustible, ¡ja, ja, ja! Y nunca me cederás ni un par de soldados para las obras de mi dacha en Rostov…

Ha seguido tentando mi mano pero no ha hecho ni un solo vaticinio, ha pasado de todo. A lo mejor la vida del mayor Zhilin se veía más bien breve y simplemente se ha rajado, le ha dado cosa decirlo en voz alta. No ha querido estropearme la velada. Bueno, aquí en Chechenia no es tan raro que la vida dure menos de la cuenta… Es lo que tiene la guerra.

El general se ha mordido, pues, la lengua y se ha apresurado a cambiar de tercio a la par que iba llenando las copas.

¡Finalmente ha estallado!… El general Bazánov ha abordado sin rodeos la cuestión: Chechenia, los montañeses. Ya hasta nueva orden, o sea, por los siglos de los siglos.

Al principio, si mal no recuerdo, los ritos antiguos. Sacrificios… Guerras… Héroes… Sin pausas ni para tomar carrerilla, el general ha explotado en todo su esplendor, pletorico de timbre y de entusiasmo, al llegar a los ídolos que regían la vida de todo montañés hasta el monoteísmo.

Varias divinidades-ídolos. Dela (de los chechenos e ingusetios)… Gal-Yerdi… Sela… Los más conocidos en su momento y los más olvidados ahora. *Sic transit gloria*… No existen. Ni siquiera en los anales rupestres… ¡Ay! Y nadie los recuerda. Se acabaron, se ahogaron, se hundieron en el tiempo… Se perdieron en la vorágine de la Edad Media… En cambio, el ídolo Asán perduró. Y ha penetrado en nuestro presente. Aunque fuera en una sola frase, pero sobrevivió. ¡En un dicho!

Y eso a pesar de que Asán es anterior, Asán precede en el tiempo a Dela… Gal-Yerdi… Sela… Asán ya estaba ahí cuando ellos no eran nadie.

Evidentemente, en nuestros tiempos Asán tampoco existe. Desde el punto de vista serio, académico, ¿qué queda de él? Queda el nombre Anu, que se ha transformado (supuestamente) en varios nombres cotidianos. En los nombres de dioses como As (de los lak), Asntsva (de los abasios), Ansva (de los abjasios)… Queda el desfiladero Asínovskoie en Chechenia, siniestro, repleto de rocas rudamente labradas cuyos contornos sugieren imágenes de aves. Sin embargo, su reminiscencia más patente y potente late en el a menudo ignaro pero siempre tenaz atavismo del vulgo, en el macabro dicho popular: «Asán ansia sangre…».

Tan sólo con esta expresión el inmemorial ídolo Asán se ha agarrado al Tiempo. Dicen que a veces, a la hora de morir, los ancianos montañeses pronuncian estas tres palabras. Una especie de erupción del subconsciente. Puede que puro delirio agónico, aunque no sin fundamento, pues remueve algún poso por remoto que sea. El resto de un conjuro borrado por el tiempo… ¿Tal vez un fragmento de una plegaria? Quizá ya no obedezca a ninguna intención, no sea más que el sonsonete casual de un bisbiseo sin sentido… Pero ¡he aquí toda la importancia de la lengua! Una simple frase ha atravesado los milenios, se ha escabullido del más profundo olvido para penetrar el presente. Ha perdido el significado concreto, la acepción originaria, y sin embargo sigue viva… Por sí sola… ¡Sin muletas! Llegó renqueando, llegó a

rastras, pero llegó.

Lo que ahora sea ya es cosa del presente, uno de esos caprichos del azar que acaban cuajando sin que se sepa bien por qué, a saber cómo y cuándo les dio a los guerrilleros por ensartar esas tres hoscas palabras y adoptarlas casi como una divisa, qué importa si resulta opaca incluso para ellos mismos, lo que cuenta es que impresione—«Asán ansia sangre»—, la repescaron como un comodín ancestral, como un lema multiusos que exhortara al paisanaje a defender sus entrañables montañas, casas, proles… A una frase sibilina se le puede imponer cualquier significado… Las palabras no tienen ni arte ni parte, van a ciegas, no arrojan por sí mismas ninguna luz, máxime si pensamos en que el ídolo Asán como tal está olvidado. No existe. Nadie sabe quién o qué es Asán… Ni cuándo lo hubo si lo hubo, de dónde venía o cómo surgió, si penaba o reinaba o nunca fue nada más que el nombre de nadie… Pero no en vano el general Bazánov ha escarbado en los libros antiguos y recientes. El general Bazánov no es cualquiera. El general Bazánov ha descubierto muchas cosas, sabe de lo que habla…

Una hora… Dos… Tal vez, tres… El general no podía parar… Como si el caudal de su verbo inspirado emanara de la eternidad. Yo no volví a probar bocado, dejé de hacerle caso a las bandejas. A medida que le escuchaba iba vislumbrando las cimas de las montañas… y hasta las de las pirámides. Por no decir las águilas planeando en las alturas… Y no era el único. Todos parecíamos encantados. Confieso que no eché ni una mirada al reloj.

Lena, su mujercita, fue la primera en despertar. De pronto comenzó a pestañear espantada. Era un miedo femíneo, de doncella de cuento, miedo a quedarse secuestrada para siempre, presa del influjo subyugante de las montañas… Sacudía su linda cabecita emergiendo a duras penas de aquella eternidad embriagadora. Las palabras no tienen arte ni parte, ni mucho menos la culpa, de estos espejismos pantanosos… La dulce Lena de repente se había dado cuenta de que su hospitalario marido no se detendría: era otra víctima más, si no la principal, del incontenible caudal de palabras.

Kolia y yo estábamos paralizados. Pero no ella… Recuerdo bien el súbito desenlace… Ella fue quien encontró el modo de poner punto final, y, de paso, la ocasión de exhibir una vez más sus formas apetitosas. Más que sentarse, se dejó caer a plomo sobre las rodillas del general (así pudo posar como desde una peana, miren qué podio más oportuno, vamos, señores, el último repaso, mírenme bien que esto se acaba). Y tapando con la mano la boca rugiente del general, le dijo con

ternura:

—La hora, querido… ¡Es la hooora! A ti, con tu insomnio, te dan lo mismo las vísperas que las madrugadas, pero…—Sonrió—. ¿Y los demás qué? Se ha hecho tarde. —Y añadió para redondear—: Los mayores necesitan dormir… Dormir… Do-o-o-ormir—repetía entre ronroneos, bostezos y mohines seductores, acercándose a su boca, casi robándole el aliento.

—Sasha—me preguntó de improviso el general en un momento de su inspirado relato—. ¿En ocasiones los ancianos chechenos le llaman Asán? Bueno, ¿Asán Serguéievich en vez de Aleksandr Serguéievich? A que sí, ¿verdad? A mí también. Así, como si tal cosa… Por ejemplo, por teléfono, van y me preguntan… Asán Pávlovich, ¿podemos cerrar el colegio temporalmente, al menos mientras duren estos bombardeos tan intensos?

Imitó perfectamente la entonación de un anciano checheno.

—Y yo les digo: claro, cerrad… ¡Ni colegios ni historias!

El general, a su manera, deseaba de nosotros cierta participación activa en la conversación. Insistió en la pregunta. No iba a rendirse sin más sólo porque hubieran frenado su monólogo:

—Entonces ¿qué, Sasha? ¿Le llaman Asán?

Le dije que no lo sabía… No estoy seguro. Tal vez sí, tal vez, no.

—¡Ajá!—El general Bazánov se animó enseguida. Las arrugas, los vasos sanguíneos en su cara de viejo, todo se puso en movimiento.

—Es un modo de hablar muy… muy típico, Sasha, hablan muy deprisa, algo, por lo demás, tan característico de las montañas, pero aquí mucho más acentuado… Primero, tropezando en cada sílaba Aleksa-ksi-n-dr… Luego Aleksandr… ¡Eso es! Y al final ya lo domestican a su estilo: Asán Serguéievich…—Abrió las manos—. El caso es que todo se acaba en Asán. *Asán* es lo que perdura. A pesar de que los chechenos se defienden bien en ruso. Pero las prisas y el temperamento les aceleran y hacen devorar las letras… Asán… ¿No? ¿No se ha fijado?

—¡Yo sí! ¡Yo silo he oído!—exclamó Gusártsev—.Justo así es como le gritan a Sasha los viejos en las carreteras, ¡lo he oído! ¡Vaya si lo he oído!

—¿Y usted, Sasha?—me preguntó de nuevo Bazánov.

Meneé la cabeza… No me he fijado. No me he fijado, pero tampoco le he prestado atención… Ahora, cuando me han empujado en determinada dirección, no me ha quedado otra que aceptarlo, aunque con desgana… Sí, algo de eso o parecido hay en el habla montañesa.

Podría ser. Cuanto más menudeo mis conversaciones con algún checheno viejo, más deprisa pronuncia mi nombre y patronímico, y por tanto más rápido recorre mi nombre el camino de Aleksandr a Asán. ¡Curioso!

El general Bazánov, feliz por el reconocimiento de su perspicacia, palmoteo.

—Atención. Atención, caballeros… Y ahora, lo más importante… ¡Lo principal! Hace muy poco lo vi claro, se me hizo evidente de golpe dónde, cómo y cuándo surgió su Asán. —Pretendió hacer una pausa solemne pero no aguantó—: Yo… Yo lo he descubierto… No está en los libros, ni en los manuscritos… ¡Es un hallazgo cien por cien cosecha propia! '

Su jactancia resultaba incluso simpática. El talludo general alardeaba como un colegial… Más ancho que largo, a punto de reventar de puro júbilo. O sea, sin dárselas de sabio. Compartía su éxito casual. Lo compartía con nosotros. Sin ceremonias, generosa, casi ansiosamente… Quién sabía cuándo volvería a gozar de una ocasión como aquélla. El banquete… El vino… Su mujercita al lado… ¡Y dos oyentes aturdidos, dos oficiales, mayores por más señas, que no se le iban a escapar! Ya está bien de echarle todas las margaritas al alférez Guesha.

—¿Me siguen? Pues antes que nada vaya por delante una pregunta… El nombre del ídolo hunde sus raíces en la más remota antigüedad… ¿Van viendo por dónde voy? A ver quién de ustedes lo adivina primero… Asán… Piénsenlo bien… Asán viene de… Asán no es otro que…

¡«Adivinar», buenos estábamos nosotros para adivinanzas a aquellas alturas, después de casi tres horas de tertulia!

—¿Y?—preguntó.

En vistas del silencio, nos dio otra oportunidad.

—¿Y?

Y ya seguro de que en aquel momento en todo Grozni ni en cientos de kilómetros a la redonda había nadie más listo que el general Bazánov, proclamó:

—Quién si no él… Dos milenios atrás… El y nadie más que él fue quien penetró en la conciencia de los pueblos antiguos en calidad de divinidad invencible… El Guerrero-Dios… ¡Está más claro que el agua, amigos míos, se trata de Alejandro Magno! ¡El Macedonio!

Nuestra reacción al descubrimiento fue más bien indolente, sin ápice

de exaltación. Más que aprobarlo, diría que lo admitimos a trámite… Bueno, podría ser él. El héroe por excelencia. El precocísimo emperador. El conquistador del universo… Cuando estás entre dos luces cuesta atravesar (incluso mentalmente) los milenios hacia la lejana retaguardia de tan lejana humanidad. Si de los helenos hubiera hablado *ella*, su joven esposa Lena… Y si al hablar se hubiera levantado un poco, nosotros habríamos resucitado. Qué digo los helenos, hasta a los mismísimos mamuts se hubieran remontado, volanderos, nuestros pensamientos sólo con oírla… La voz femenina tañe y rasguña el corazón. Y ya no digo nada de esas formas estupefacientes… Si se levantara un poco…

—Según una opinión bastante extendida, no exenta de rigor científico—continuó el general-investigador—, algunos de los actuales nombres montañeses son huellas de su nombre. La huella del Tiempo grabada en la conciencia popular…—Y, enérgico, enumeró—: Aslán de los chechenos… Sandro de los abjasios… y Aleksandr a secas de los georgianos…, Iskander…, Skanderberg…, ¡son todos *Alejandros*! Son ecos de antiguas batallas de los montañeses contra los helenos (o, más bien, de antiguas derrotas de los montañeses, ¡así es!) ¡Dos mil años atrás! ¡Las huellas del Macedonio impresas en los nombres!

En una de las parrafadas casi me despierto. ¡Interesante! Resultaba que los montañeses no se habían convertido en tales por un desmedido amor a las alturas.

—… Montañeses… De hecho, fue Alejandro Magno quien les hizo montañeses. Les empujó a subir a las montañas… A los supervivientes, digo, a los que no había mandado al otro barrio.

El general repasó tiernamente la librería con la mano:

—De ahí colegí el momento del nacimiento de Asán. Ese momento se sitúa en la época de Alejandro… ¡Atención!—Enfatizando, prosiguió—: Asán nació como contrapeso de Alejandro Magno… Asán nació de su nombre… y más aún: como el contrapeso de su nombre. Es por eso que Asán quiere sangre… Esa es mi hipótesis… Asán surgió en respuesta a una necesidad… Como un culto… Como un símbolo de defensa propia. De la defensa contra el genio bélico heleno, precisamente… Así pues, *en su defensa*, los montañeses crearon su propio ídolo.

—Es un aficionado, vale—me susurró ingenuamente al oído Kolia—, pero déjate, de cuando en cuando también dan en el blanco…

Incluso yo, que sé bien poco de aquellos siglos, veía lo rectilíneo que

era a veces el general haciendo sus nudos lógicos. El excavador de la historia lamentablemente ya se había acostumbrado a poner sus propios parches… Se había acostumbrado a enderezar el tiempo… Encorvando los hechos cuanto hiciera falta… Pero ¡con qué estro! Y eso que sólo era un autodidacta, cosa que, por otra parte, jamás ocultó.

—¡Si de joven hubiera estudiado! Qué pena de años perdidos. ¿Y para qué, de qué me sirve llevar estas hombreras? ¡La vida, Kolia, la vida pasó de largo!

—Usted combatía—con su proverbial sentido de la oportunidad, Kolia Gusártsev se dispuso a enjabonar al jefe.

—Combatía… ¡Y tanto que combatía! Sin embargo, Kolia, ¿qué beneficio me aportaron los combates? ¡La vejez prematura! ¡Y cuánto habría podido leer y pensar durante este tiempo que se fue como una ráfaga!

¡Joder, pues sí que le había dado fuerte al general!

Por otro lado, y en cuestión de instantes, la expresión del rostro de Kolia Gusártsev se tornó demasiado abstracta y soñolienta. Me alarmé… El tío se iba retrepando en la silla con los ojos entrecerrados. Que el ambiente calmoso adormecía habría sido una excusa válida si al mismo tiempo no hubiese amparado cierta dinámica indefinida… Debajo de la mesa la pierna de Gusártsev rozaba la de nuestra joven anfitriona. La pierna de la mujer del jefe… Kolia se inclinaba levemente de costado. Su hombro izquierdo subía una pizca en comparación con el derecho. Todo él se estiraba con disimulo, tendía y tendía y, al parecer, llegaba. Al frotamiento suave de pierna contra pierna, digo… Como si no, pero sí… Luego su hombro recuperó la posición normal… Le propiné un discreto codazo. ¿Estaba tonto o qué? ¡Ni que fuera un niñato con acné! ¿No sabía el muy capullo lo caro que podía costarle?

Ella, estoy convencido, ni siquiera le gustaba mucho. ¡No era más que un juego! Efectos del vino ligero. De la holganza… De lo insoportable que es escuchar al jefe… De esta guerra que es una lata. En estos casos no me apetece gastar ni mucho ni poco tiempo en sorprenderme con la naturaleza humana. ¡Kolia ahora mismo era un bobo del carajo y punto! Simulaba que no le importaba nada. Un oficial inteligente, perspicaz… Un hombre interesante, con sentido del humor ¡y de pronto un auténtico gilipollas!

Le empujé de nuevo.

Era el punto flaco de Kolia. Y de muchos otros. Propio de la juventud… Él se creía emprendedor, mientras que en realidad era

impulsivo. Un error común.

El general no se callaba. ¡Parecía como infuso, como poseído! De tanto en tanto introducía palabras chechenas y hasta daguestanas… *Nojchi! Achj*! Se deleitaba en ello.

Empalmó al vuelo unas rocas de perfiles paseriformes acoplándolas osadamente a su discurso, componiendo una imagen conveniente. Así procedía el general-investigador, sin parar en mientes. Pero es que las rocas existían de verdad. En el desfiladero Asínovskoie…

Las lagunas entre los hechos más o menos contrastados y los datos ausentes las llenaba Bazánov con sus conjeturas sobre la marcha. Suele ocurrir con la gente apasionada… ¡Van a saco, sin vacilaciones! A Asán, la antigua divinidad pagana, los montañeses se la figuraban en forma de ave. Un enorme pájaro de pico corvo… Un pájaro que ansía la sangre humana. Y que la obtiene en abundancia cuando hay guerra.

El maldito macedonio encerró en las montañas a pueblos enteros. Ese puto griego los acojonó a todos… Les metió tanto miedo que al oír su nombre los niños se meaban en la cama… Se meaban sus nietos y biznietos… Hasta la quinta generación mojaban las sábanas los críos… Y para interrumpir aquella funesta tradición, aquel miedo genético, justo con ese fin, los pueblos montañeses inventaron a Asán… ¡Un ídolo! Crearon a una divinidad igual de feroz que Alejandro Magno. A Alejandro le opusieron otro Alejandro. Tan sólo alteraron un poco el nombre del ídolo con su pronunciación montañesa, más sencilla y elemental: *Asán.*

Kolia Gusártsev contaba que una vez había venido por la mañana temprano, cuando el general Bazánov acababa de levantarse y se estaba cepillando los dientes… ¡Qué aromas fluían desde la cocina! ¡Formidables! El sonriente alférez Guesha preparaba el café. Dijo que también haría para el mayor Gusártsev. Que para la buena gente hace buen café.

Sin embargo, el alférez, en un aparte, mudó el semblante, borró la sonrisa y se quejó de que ya no tenía fuerzas para escuchar al general Bazánov cuando le daba por hablar de los chechenos… De sus ritos antiguos y todo ese rollazo… Guesha confesaba que aquello le estaba desquiciando, que al atardecer le parecía oír en los rincones sombríos las voces de los montañeses y a veces hasta veía espejismos… Por no hablar de las pesadillas, seguro que aventajaba a todos los sonados y

contusos de gravedad del hospital militar de Mozdok.

Terrible. Un sin vivir. El alférez desearía presentar la solicitud pero tenía miedo. La solicitud de traslado, se entiende. A donde fuera… Hasta al mismo Vedenó… A la zona de combate. Ante las barbas de los chechenos… El general le tenía desesperado, se lamentaba Guesha meneando la cabeza. Lo peor era que ni por las noches podía descansar, el desdichado asistente se las pasaba gritando y pataleando, se caía a plomo de la cama, se daba cada batacazo contra el suelo que se levantaba molido. Que ya estaba bien, hombre, que basta ya, que no era por falta de disposición, que él siempre estaba dispuesto a servir al general, a trajinar aquí y allá, a cortarle el pelo, a ayudarle a ponerse las botas, a prepararle el café y a lo que hiciera falta, a cualquier cosa, ¡a cualquiera menos a seguirle escuchando!

La imagen del general Bazánov ahogando en palabras a su alférez me recordó vivamente la de mi padre— ¡tal para cual!—, torturando con sus delirios a Pak, el abnegado escribiente coreano. Claro está que el Asán del general era una creación poderosa… ¡Tantos libros! ¡Antigüedad con mayúsculas! ¡Potencia mitológica! Pero en lo del mausoleo la imaginación de mi padre no tenía nada que envidiarle, ni la inspiración tampoco.

Con qué pasión los dos viejos atizaban la chispa en sus cabezas canosas. De pronto vi qué diferentes y qué parecidos eran. Han encontrado algo. Lo buscaban y lo han encontrado. Lo que sea con tal de no mirar a los ojos a la vida que se acaba. Hace pensar en toda una generación que no logró acabar de expresarse… No pudo desahogarse… No son ancianos. ¡Son poetas!

En las mentes de los ancianos (me he fijado en repetidas ocasiones), al entrar en contacto con la guerra, con el tema bélico, florece un autoengaño capital: que ellos no se van a morir nunca. Que son inmortales. Que vivirán cien años. (Como contrapeso a los chavales que caen a montones por las quebradas). Creer que tienen cuerda para un siglo, pensar en un horizonte de décadas por delante, libera en los viejos una energía poderosísima. ¡Salta a la vista! Y la verdad es que esta fe prolonga la vida casi hasta los cien años. ¡Hasta los noventa y seis, los noventa y ocho! Y justo ésos son los viejos que reclaman a gritos la guerra hasta el final, hasta un final glorioso… Los viejos con suficiente cordura y tiento encuentran un sucedáneo, un concepto paralelo… Encuentran a Asán… Un ara remota, para jugar a la sublimación sin salpicarse… Pero surge, indefectible, el elemento

fatídico, una muchedumbre presta a aniquilar todo a su paso. Y al final se ven igualmente arrastrados a la gran orgía sanguinaria.

—… En ciertas unidades de guerrilleros hoy en día la palabra *Asán* se ha hecho habitual. Asán está de moda… El nombre ha vuelto… No como ídolo, no como un Dios, sino como una señal, como una contraseña, o como el guiño o la consigna identificativa del momento… Un guerrillero informa a otro de tal o cual incidente, de cualquier problema que surja…

—¿Problemas de guerra?—concreté.

—Eso… Pongamos que por un puerto de montaña pasa nuestro convoy. O que nuestro helicóptero ha efectuado un aterrizaje de emergencia… Cuando hace falta actuar utilizando la fuerza, ¿sabéis qué transmiten por la radio? ¡Bingo! Se transmite, se repite muy breve y en ruso, «Asán ansia sangre…», «Asán ansia sangre».

—¿En ruso?

—Entre los guerrilleros abundan los que no son chechenos… Hay cherquesos. Hay abjasios. El famoso batallón abjasio… Hay daguestanos, todos hablando sus idiomas… Por eso transmiten en ruso. Comprensible para todos.

Los comensales atendíamos.

—Supongo que desde el punto de vista de los ancianos montañeses —prosiguió el general sonriendo—nosotros heredamos nuestros nombres del mismo Alejandro… El mayor Zhilin es Asán. Yo soy viejo, pero también Asán… Por cierto, vuestro famoso y requeteaclamado capitán Jvor también se llama Sasha. O sea, otro Asán.

—Por fin le han ascendido a mayor.

—¿Ah, sí? Felicítenle de mi parte.

Seguramente habría olvidado, no habría retenido en la memoria la entretenida *asanalogía*, si no fuera por el final, por el gracioso giro que pondría el broche al relato del general.

Nuestro anfitrión de repente miró al reloj. Qué va, qué va, en modo alguno es una indirecta para que mis queridos invitados entiendan que deben empezar a despedirse… ¡En absoluto, mayores!

Tan sólo controlaba la hora. Porque exactamente a las nueve cero cero, ¡como es debido en la guerra!, a las nueve en punto un grupo de guerrilleros aburrido en su escondite…, un grupo pequeño, muy pequeño al parecer, emite cada noche su señal de identificación… ¿O bien es una llamada? ¡Quién sabe!

—Es la segunda noche que los escucho. He identificado la onda… Once punto cinco.

El general Bazánov se disculpó y se levantó. Dio tres o cuatro pasos. Paseó delante de nosotros su cuerpo robusto… Me fijé en sus manos seguras cuando extrajo del nicho de la pared un comunicador portátil… Esa clase de transmisores-receptores portátiles que hay en todas las unidades de instrucción. Un comunicador sencillo y antiguo, un clásico de los cuarteles.

—Lo tengo en casa a propósito. Me lo agencié a través de un comandante de batallón. Está modernizado, me lo han reforzado para sacarle más partido—explicó el general relamiéndose por anticipado.

Localizó rápidamente la onda detectada.

—Escuchen…

Primero salieron unos sonidos silbantes… Aumentó el volumen. Lo puso al máximo. Entre los ronquidos y balbuceos del éter llegó la voz… Aguardamos… Luego, de pronto, se oyó en un tono bastante serio, como de alocución oficial:

—Asán ansia dinero… Asán ansia dinero… Asán ansia dinero…

Literal, alto y claro, con un ligero acento.

Rompimos en carcajadas al unísono. Fue demasiado inesperado. ¡Joder con el fetiche, éste sí que sabe lo que vale un peine! ¡Toma divinidad! Nos despertamos de golpe. ¿Quién sería capaz de seguir dormitando después de algo así? ¡Qué ídolo más moderno, por Dios, igual tiene hasta número de cuenta!

El banquete se estremeció. Yo, lleno hasta los topes de alcohol, me daba puñetazos en las rodillas: ¡Bueno, bueno! Kolia Gusártsev se retorcía de risa… Un regocijo compulsivo, irracional. Algo por dentro se había reventado: algo arcano, más fuerte que la guerra, afloró a la superficie. Ningún ídolo, ningún derramamiento de sangre, ni todos los caídos en combate, ni todos los heridos juntos habrían podido vencer nuestra alegría sin causa, sin más causa que esta vida de los vivos que acababa de evidenciarse ante nosotros repentina y jocosamente… ¡Al carajo los ídolos! Qué nos importa esa mierda milenaria. ¡Y menos todavía importa el dinero! ¡Importa un bledo! ¡Pase lo que pase mañana!

Apenas nos calmamos un poco, apenas remitieron las risas, sin esperar a que se apagaran del todo, Lena, punzante, aprovechó para meter baza apremiando a su marido con su monotema:

—Querido, yo también ansío… También ansió y… no me cansaré de

repetírtelo. Como ésos con lo del dinero… Cada noche… A las nueve en punto, ¿vale?

Pero nuestro excavador de la historia ni siquiera acusó recibo del comentario, lo que de veras le escocía eran las risas previas, de modo que fue a eso a lo que replicó:

—¡Ya lo avisé! ¡No hay por qué reírse! Os lo había dicho: ave de dos manos…

Y, por si fuera poco, bifronte… De manera que si hay negociación, si se puede llegar a un acuerdo con los federales, Asán ansia dinero.

Pero si hay jaleo, si toca apoderarse del convoy a la fuerza, Asán ansia sangre…

El general se esforzaba en explicárnoslo, se empeñaba en aducir rasgos y detalles justificatorios, seguía dale que te pego… Y nosotros, mal que bien, manteníamos cierta compostura, aunque hechos un polvorín de hilaridad reprimida a punto de estallar. ¡Pobre Asán! ¡Escondido allá arriba, en las putas montañas, sin un puto chavo! Menudo desgraciado… Sin bañarse en meses, fumando colillas, apestando a perro muerto como los guerrilleros en invierno. Sin poder bajar al mundo ni siquiera para pillar una cajetilla de tabaco barato.

—Yo ya lo dije, ya lo dejé dicho: Asán, el pájaro de dos manos…

El general se desvivía por aportar acotaciones convincentes: estas señales de los chechis son de doble sentido, o de triple, o de más… Apuntan a blancos múltiples… Se emiten por toda la Chechenia premontañosa.

Por respeto al anfitrión, hacíamos por escucharle y hasta por poner nuevas caras de pasmo ante sus revelaciones. ¡Caramba con el pajarito, todo un pájaro de cuenta, sí, señor!

Ya dispuestos a ahuecar el ala, nosotros, los invitados, íbamos apurando el vino con la idea de levantarnos de la mesa más pronto que tarde, pensando ya en el día siguiente, en nuestros asuntos, mientras retumbaba en nuestras cabezas como un eco la voz del transmisor, ahora más neutra, ya sin tensión y por lo bajo:

—Asán ansia dinero… Asán ansia dinero… Asán ansia dinero…

El general nos acompañó hasta fuera, quiso asomarse a respirar el aire nocturno… Acto seguido lo suyo sería acostarse con su joven esposa. Lo nuestro, el camino de regreso. El a la cama. Nosotros a casa.

Mientras nos acompañaba hasta el coche, el general Bazánov recobró el buen humor. Se recuperó de la confusión reciente. Estaba

más que satisfecho de la velada, una buena velada, a que sí… Desde luego, señor, es usted un anfitrión de primera. Bueno, bueno, se hace lo que se puede, lo primordial es no escatimar el vino. ¡Un vino excelente, dicho sea de paso, camarada general! ¡Y la carne, pero qué carne! El viejo lucía una sonrisa bonachona, como desentendido, ni que fuera un minuto, de la radio que sostenía en su mano izquierda y que todavía murmuraba.

Por alguna razón me consideró el principal burlón de la noche. Le apetecía tomarse la revancha. Por un par de minutos se le despertó el combativo coronel que había sido en Afganistán. Vamos a mortificar un poquitín más al mayor Zhilin, hagámosle temer una reanudación al raso de la conferencia de adentro. Y sobreactuando, para que se vea que lo hago aposta, por tocarle los huevos sabiendo que no puede hacer otra cosa que seguirme la corriente, aguantar estoicamente la broma y reírme las gracias.

Así que, al ataque, o mejor, al contraataque, remachando el mismo clavo:

—¡Sí, sí! ¡Aleksandr! Sí, Sasha… Estad atentos… ¿Habéis memorizado la frecuencia? Once punto cinco… Y si de pronto oyerais que Asán ha cambiado de opinión…

El comunicador continuaba emitiendo pitidos… Los estertores del silencio.

—¿Lo ves? ¿Lo oyes, Aleksandr? ¡Ya! Afina tu oído, escucha, observa lo inquietantes que son estos silbidos… Estos ruidos bronquíticos, estas interferencias asmáticas… ¡Ponen de los nervios al más pintado! Pero a menudo son tentativas, lo que precede a algún mensaje… No es una ocurrencia, ¿eh? ¿Y si ahora van y nos sueltan que Asán ha cambiado de parecer y ansia sangre en vez de dinero? ¿Y si quiere sangre? ¿Os doy unos cartuchos para el viaje de vuelta? ¿Una pistola de recambio?

El general sonreía. Le encantaba hacer el payaso.

Hubo durante la cena otro episodio. Lena se desconectó de su locUAZ marido. Se entregó a la noche cercana… Tampoco echaba miraditas a Kolia Gusártsev. No azuzaba a nadie…

Sus ojos se posaron en su bella mano joven. En la copa, en el vino no acabado. No sabía qué hacer con el vino. ¡Qué ácido! Asqueroso… Por qué les agradará. Ella prefería un semidulce… Parecía estudiar la copa. Agitaba el vino ligeramente… El líquido rojo manchaba las paredes de cristal… Gracias a Dios, por fin ha dejado de hablar de la sangre,

incluso se ha callado.

Pero no, su marido parlanchín volvió enseguida a la carga. De nuevo a cuenta del dichoso macedonio… El general se levantó un momento… para alcanzar un libro de refuerzo, para buscar una cita. Los libros están llenos de señales, son de gran ayuda, gracias a ellas no tarda nada en localizar cualquier cosa… La mano agarró el libro, pero por lo visto no era ése. Y de pronto se inclinó la librería entera, los libros comenzaron a llover, algunos haciendo volatines en el aire… Y él todavía sin saber qué libro necesitaba… Intentaba atraparlos al vuelo absurdamente, con los brazos alzados y extendidos hacia delante y las manos juntas, abiertas en bandeja… Las manos rollizas del general temblaban vacías en el vacío… Ablandados por el vino, tardamos un rato en reaccionar.

El general se dobló. Cayó de rodillas… Palpando el suelo, explorándolo con las manos, arañándolo, intentaba agarrar… ¿qué? Lo más incomprensible era que pretendiera encontrarlo así, escarbando a voleo en aquel desparrame… A saber qué diablos perseguía… Algo en el pasado de los montañeses, algo invisible e imperceptible… Para mí que buscaba y deseaba atrapar el pasado mismo.

Kolia se lanzó a ayudarle. A recoger los libros, digo… Pero yo recuerdo el primer segundo. El general, perplejo, juntando las manos…, como se juntan las manos bajo la lluvia. Los libros volando hacia abajo, derramándose en cascada contra el suelo. Y él no pudo atrapar ni uno…

Aturdido por el vino me levanté un poco, no sé para qué… Lena, en cambio, ni se movió de su silla.

No miraba al viejo y sus manos inútiles, no miraba a los libros caídos… Seguía mirando su vino tinto ondulando ligeramente en la copa, haciéndolo girar dentro de ella con un mínimo vaivén de la mano, ora acelerándolo un poquito, ora amansándolo… Aún recuerdo su sonrisa suave, tan leve como el temblor del vino que mecía en su copa.

Capítulo VII

VAYA bronca le pegué a Kolia Gusártsev, sin perder los estribos pero muy en serio y con razón. El, un oficial del Estado Mayor, debería haber informado a tiempo sobre un pequeño convoy que se había dirigido a Gudermés. En Gudermés (y en varios puntos de ese trayecto) tengo a quien enviarle combustible… ¡Y qué más da que el convoy sea pequeño! Desde que Jvor cayó herido cualquier nadería nos alegra la vida. Estaría la mar de contento con una pulga que hubiera aprendido a saltar por las carreteras chechenas. Hay días en que me daría con un canto en los dientes sólo con cargar media docena de barriles de fuel y enviarlos… ¡ni que fuera a Gudermés!

Kolia no abría la boca. La mejor defensa… A fin de cuentas, tampoco tiene un rango como para estar al cabo de la calle de todo lo que se cuece en el Estado Mayor. ¡Y, además, a santo de qué debería husmear y escuchar a hurtadillas por los pasillos! ¿Para qué se iba a matar? ¿Por estos beneficios miserables?

En respuesta se me escapó: ¿Y Jvor? ¿Por qué Jvor me ayudaba siempre y a cambio de nada, eh?

Ahí le espoleé. Mencionar a Jvorostinin es un pinchazo para muchos oficiales. Kolia saltó:

—¡Qué quieres! Es famoso… ¡Devora su fama sin descanso, la deglute!—Resopló como subrayando lo obvio y agregó—: Tiene toda la fama que quiere y más, Sasha… ¿Para qué leches necesitaría dinero?

Me callé. Me atraganté con el concepto… Yo jamás habría sido capaz de llegar a semejante conclusión, no al menos de modo tan directo y certero. La exclamación espontánea de Kolia, como un fogonazo, iluminó a Jvorostinin. Jvor se nutría de su propia fama,

¡interesante! Kolia es así, prende una cerilla y te abre los ojos, sin más.

En los monasterios, según leí en alguna parte, había ermitaños y ayunantes famosos que no comían otra cosa que setas (alimento, por cierto, bastante rico en proteínas). Fritas durante la época otoñal y secas en otras estaciones… Y no estaban hambrientos, ni siquiera medio hambrientos, porque les alimentaba su fama. Su nombre pregonado. No representaban algo excepcional. Hacían vida normal y corriente, sólo que en paralelo. Los monjes, esto es, los miembros de la congregación propiamente dicha, después de la vigilia se iban al refectorio a chuparse los dedos con su ración de carne o pescado. Los ermitaños, en su retiro, no se quedaban atrás. Los ermitaños se deleitaban con las setas y… su fama.

Visto así, me resulta todo más comprensible. Está claro, mayor Zhilin, que eres carne de almacén, que no estás hecho para los despachos. Cada vez tengo menos fe en los prestigios oficiales, más bien al contrario, cada vez me producen más recelo, me parecen más de relumbrón, más infladas esas figuras modélicas, yo qué sé, el coronel tal, el héroe de condecoraciones tintineantes y conducta irreprochable, que cada vez que te dirige la palabra dirías que estás viendo y oyendo a la Virgen inmaculada. Y, por contraste, cada vez es más grande mi confianza en Jvor (por muy fanfarrón que sea).

Y cada vez que llamo al hospital donde está Jvor, el corazón se me encoge. O se prepara para encogerse. Jvor me duele.

Herida de bala. Un riñón está tocado… Medio año de recuperación como poco, contando con que no surjan complicaciones.

—¿Cómo se encuentra?

—De momento, sin comentarios. —El médico está enfadado—. ¿Qué quiere? Es el período postoperatorio.

—¿Habrá otra intervención?

—Probablemente.

Lanzada en el pecho. Tan aguda que hasta me da vergüenza. Me da vergüenza sentir casi más pena por mi negocio bloqueado sin Jvor que por el mismo Jvor. Tiene cojones la cosa. El negocio es como un niño. Gime y lloriquea. Se lamenta… Con todo, no nos confundamos, Jvor me duele, ya lo he dicho, me jode tanto que esté así que gritaría de rabia. He aquí un tío de una pieza, de los que ya no abundan. Que vuelva pronto, que no cambie nunca, que siga siendo tal cual es, en sus cañadas llenas de chechis, en la ciudad con sus enfermeras… Que devore su fama cuanto le plazca. Jvor… Un guerrero en toda regla… Y

un amigo verdadero. Aún existen, aunque queden pocos.

—¿Me permitiría decirle un par de palabras?

—Mañana… Después del reconocimiento médico matinal. Pero sólo a través de mi móvil… Le quitamos el teléfono.

—Lo sé. He intentado llamarle.

Jvor calcula que le queda poco más de una semana de holganza hospitalaria. Pongamos que dos. Sin embargo, su médico se ha escandalizado. Lo ha descartado por completo, entre bufidos:

—¿Dos semanas? Está de broma.

El doctor se ha apoderado del teléfono y ha salido de la habitación castigando así al paciente charlatán por sus desvaríos… Y, de paso, para soltarme un buen sermón. Que sí, que ya, que el capitán Jvorostinin es de los que se las ingenian para acelerar los hechos… Es un oficial magnífico. Todos lo sabemos. Un héroe… Pero como casi todo hombre de esta especie no percibe el tiempo. ¡Qué se le va a hacer! Le parece que el tiempo es él… El tiempo está allí donde está el capitán Jvorostinin.

Para la *gente* Jvor seguía siendo capitán. Qué se le va a hacer, digo yo ahora.

Jvor llevaba a buen puerto a los convoyes casi sin pérdidas. Y encima se partía el pecho de risa y escupía en plan chulo… Como personaje despertaba en mi memoria las películas de piratas ya borrosas por el tiempo. Las viejas pelis que dan en los balnearios vacíos en temporada baja… La única cosa que se veía bien, y la más importante, era el mar. ¡El mar embravecido! Un velero apenas discernible se bamboleaba de aquí para allá… Chusma… Canallas… Piratas… Tintineo de monedas. Y, aquí presente, por descontado, el carismàtico capitán inglés, tan audaz como juerguista. Clavado a Jvor, sólo que bastante más gordo. Y tan alardoso como él, faltaría más.

En cuanto Jvor regrese a filas le engancharán. ¡Cabrones! No le darán ni una semana de descanso… Si eres un héroe no puedes escaquearte de tus deberes. ¡El auténtico héroe nunca quiere irse de vacaciones! (Guasas aparte, es lo que hay. No soy quien para reprochárselo a sus superiores. Porque yo haré lo mismo, le engancharé a la primera. En cuanto suba a su todoterreno). Yo fui quien le sugirió e insistió hasta lograrlo que se pusiera el traje de campaña cuando le ascendieron a mayor. Para dejar de provocar a los francotiradores. (Tal vez, esto es la causa de que para la mayoría siga siendo capitán).

Yo enviaba a Jvor (y con él, mi gasolina) a los puntos más abruptos y calientes. A mí me pagaban por el pase, por la dificultad. Mientras que a Jvor, nada… Como come de su fama… Él come de su fama y es simplemente el capitán Jvorostinin. Y yo soy simplemente un tipo cabal. Simplemente el mayor Zhilin (almacenista, buen tío…). Pero hicimos buenas migas y cada uno sabe que nos une una verdadera amistad masculina… ¡Sasha y Sasha, los tocayos! No hace falta gran cosa para entablar una buena amistad en la guerra. A menudo basta la mera casualidad… La guerra es un medio sensible.

El pájaro para despegar debe aletear. Y agitar, remover el polvo… Es imprescindible. A ese aleteo (justo en el momento del despegue de su nombre) muchos oficiales achacan las desavenencias entre Jvor y su pintoresco jefe. O sea, su inmediato superior, el coronel Sablin. Al menos ésa es la versión que prosperó, gracias a nuestra inveterada propensión a las interpretaciones sumarias. Sólo porque Jvor se alzó a la leyenda ante nuestros ojos. De la nada… Del polvo levantado.

El coronel Sablin mandaba al capitán Jvorostinin a conducir los convoyes por aquellas rutas especiales de las que nadie regresa. Pero el capitán regresaba. El coronel Sablin lo sabía todo sobre convoyes y caminos montañosos, de modo que el tema clamaba al cielo, ya era una cuestión de principios aunque nadie parecía tenerlos para denunciarla. Pero el capitán igualmente regresaba. El don nadie a quien nadie recordaba por culpa de su apellido demasiado largo… Paseándose como si tal cosa por aquellos desfiladeros mortales, expuesto al fuego por ambos flancos, enfilando angosturas y pasos impracticables y logrando atravesarlos… Y lo más importante: siempre entregaba enteros al menos tres cuartos de convoy. Y con los heridos recogidos. Y, cómo no, consigo mismo al frente e ileso… Y además con una gruesa capa de polvo sobre los vehículos de combate, ese polvo que se acumula en las cañadas destrozadas por la guerra. El polvo vulgar y a la vez inconfundible de las emboscadas, la sucia polvareda tras la cual no quedaba otra cosa que escupir y rechinar los dientes tachando el nombre de la lista de *condecorables*. Proponerlos a todos menos a éste. Menos a este suertudo y arrogante chuloputas.

—Su jeta me da asco. —Así de llanamente explicaba el coronel Sablin su animadversión.

Le parecía repugnante el enjuto rostro severo y a la vez sonriente de

Jvorostinin. Su semblante en parte incluso linajudo. (El linaje, por supuesto, lo notarían más tarde. Sólo cuando el arrogante capitán se hiciera célebre). Sí, vale, de acuerdo, una vez más ha logrado llevar el convoy a su destino. El suertudo sonriente, joder qué potra tiene… Pero ¡la jeta da asco, no me digas!

El recio cuello del coronel Sablin soportaba una férrea mandíbula y un perfecto morro cuadrado. Pero lo verdaderamente espectacular estaba debajo. Un pecho monumental, ancho como una vitrina… Diseñado para albergar medallas. El condecorado prototípico, vamos, y, a propósito, un guerrero nato. Le gustaba exponerse a las balas, siempre por iniciativa propia. Y no aguantaba a su lado a ningún joven… No es de extrañar, pues, que le incomodara que los chechis ya se hubieran percatado de quién guiaba los convoyes que se les escapaban regularmente. Y que empezaran a vocear su nombre: Jvor. Abreviado al mínimo, según acostumbraban, lo que lo hacía más popular… ¡Jvor! Escurridizo como una anguila.

Pero, a juzgar por las crónicas cuartelarias, el coronel Sablin ya había cumplido con su papel histórico y su sombra cuadrada no hacía más que molestar. (¿Dónde estará ahora? ¿Quiénes serán los infortunados jóvenes que cargarán con sus tremendas broncas?). Así que fue trasladado. Le relegaron a un segundo plano.

Sólo ahora el alto mando del Estado Mayor se ha fijado en el elegante acompañante de sus convoyes-balumba y ha valorado sus méritos. El capitán se ha hecho visible. ¡Claro, claro! ¡Jvorostinin-Jvor! E incluso ahora le guardaban. Le guardaban, por supuesto, no de algo sino para algo. Para las rutas complicadas.

Sorprendentemente, ahora, sea por su jeta o vete a saber por qué, Jvorostinin no acababa de cuajar en los parámetros del alto mando. Había algo en él que no acababa de gustar. (Un hombre brillante y con suerte no debe ascender demasiado en la escala jerárquica. ¡Lógico!). Ya, ya, un tipo con estrella, el capitán leyenda y tal… Pero mejor que su leyenda quede entre nosotros (en nuestra circunscripción). Que no trascienda más de la cuenta, que no nos sobrevuele… Talento, vale, pero de andar por casa, conocido sólo en el cotarro local. Será mejor así.

A decir verdad, a mi amigo, el capitán Jvor, apartado de las distinciones, realmente le faltaba algo sustancial. Hasta yo lo pensaba. De verdad…

Le faltaba, a ver cómo lo digo…, ¿gravedad pesada? Bueno, algo por el estilo. (¿En los hombros? ¿En el pecho? Yo qué sé…). Y en cierto modo es comprensible, a su edad lo que seduce es la efervescencia. Pero ¡es que es demasiado ligero! Pura espuma… Ese talante chocarrero, casi bufonesco. Esos aires que arrastraban las miradas de las taquígrafas del Estado Mayor. La historieta vanidosa siempre a flor de labios… y sus heridas sospechosamente leves. (¡La hemorragia! ¡El riñón tocado! ¡Cualquier otro estaría fuera de juego por lo menos medio año!). ¡Y sus enfermeras! Y esa permanente sonrisita suya. ¡Bufón y veleidoso!, es lo que solían decir de Jvorostinin. Lo único que sabía hacer era sacar los convoyes de las emboscadas. De la desesperación de los oscuros desfiladeros chechenos.

Hombre de almacén, avezado a trasegar con barriles de gasolina o gasoil, me cuesta creer en los héroes. Desde mi punto de vista, un héroe es una especie de almacén atiborrado de anécdotas, rumores y cuentos chinos sobre sus hazañas. Yo evalúo a mi Jvorostinin con otro rasero, en una escala superior. Valoro a un amigo. No quiero ver en él ese vertedero de historietas, sino a Jvor a secas. Al oficial a secas… A un profesional a secas.

Viví un par de emboscadas como integrante de sus convoyes, sólo un par, en ambos casos acompañando mi propia remesa de gasolina. Todavía no éramos amigos, así que entonces mi mirada era bastante imparcial. Sí, vale… Lo logramos. Salimos.

Sin embargo ambas misiones (los dos convoyes entregados en su destino) fueron y siguen siendo consideradas por los combatientes como ejemplares. ¡Pulso entre iguales! Eso dicen, no sé por qué se ha asentado ese criterio… Los chechenos estaban entonces en pleno apogeo, Jvor, a su vez, sólo empezaba su despegue. *¡Genial ruptura intuitiva de la emboscada! ¡Brillante pasada por la cañada! Brillante toma de la loma derecha… Brillante no sé qué…* ¡Ya! *Un clásico de nuevo cuño* (convertido en tal de inmediato): *el desplazamiento de la fuerza humana hacia la loma derecha de la cañada…* En los rotativos y boletines del ejército dijeron de todo. No obstante yo, testigo directo, no logro recordar brillantez alguna, no la vi. No hubo brillantez. Hubo desbarajuste. Un combate confuso, con altibajos… La guerra.

El primer combate, en un desfiladero cercano a Serzhen-Yurt, lo

recuerdo en primer lugar por el hecho de que olvidé ponerme el traje de camuflaje. En cuanto salimos, caí en la cuenta y me puse nervioso… Un mayor esplendorosamente visible en el centro del convoy. A bordo del cuatro por cuatro, del gazik sin capota… ¡Y encima el sol radiante! Centelleando sin parar en la estrella de mi hombrera izquierda, invitando a los francotiradores… Primer arbusto (¿emboscada?) … Segundo arbusto (¿emboscada?)… Cada arbusto a lo largo de la ruta me sobresaltaba como un espantajo.

Conmigo en el cuatro por cuatro iba un soldado. Para él no habría supuesto ningún riesgo que le quitara el traje de camuflaje. Pero no tuve agallas. Estaba de los nervios. Según el reglamento, yo debía llevar el camuflaje sí o sí… Ocultar mi rango. Por lo menos habría podido poner al soldado al volante y esconderme en el rincón, en el asiento trasero.

Pero el convoy ya entraba en la sombra. ¡El desfiladero!

Al abatir nuestro tanque de cabeza, los chechis nos pararon en seco. La cañada estaba abierta al fuego de lado a lado.

Quedaba todo a tiro tanto desde la loma derecha como desde la izquierda. Por detrás también nos frenaron… Bloqueo total… Una emboscada de manual. Ejemplar. Jvorostinin estaba en su todoterreno, en alguna parte del convoy. Del convoy parado, condenado.

Quieras que no, nuestros tanques y los BMR oponen a las balas sus blindajes. Pero mi gazik va a pelo, completamente indefenso. Estaba tan desconcertado que continué sentado, con las manos sobre el volante… Recuerdo que me limité a encogerme de hombros… O de hombreras con estrellas, mejor dicho. ¡Bravo! Bravo, Zhilin. Morirás vestido de gala… ¡Con cierto estilo solemne! Por fin algo se puso en marcha en mi cabeza y salté afuera. E incluso llegué rodando hasta la hierba. Igual que todos nuestros soldados… *¿Y* ahora qué? El fuego era metódico, bilateral y, como se diría refiriéndose a la lluvia, continuo. ¿Qué hago yo aquí, en estos hierbajos, con mi miserable pistola?

Aquellos de los nuestros que saltaron de las corazas de los BMR ya se aplastaban contra la hierba, pegándose al suelo con todo su peso alzaban los cañones para disparar… Pero estaban rodeados, les acabarían matando, no había salvación, era cuestión de tiempo… Del tanque de cabeza, lo recuerdo como si lo viera, se tiraron dos tripulantes envueltos en llamas. Se les acercó a todo correr uno de los nuestros, vestido con el traje de camuflaje. Tiró la metralleta y se puso a batir el fuego… ¡Con las manos desnudas! Dando manotadas a diestro y

siniestro. Y soltando unos tremendos alaridos: «¡A-aaah! ¡A-aah!», como si el fuego, las llamas furiosas, consumieran también su cuerpo.

Y yo, allí, en la hierba, en un hoyo de poca profundidad. Por alguna razón seguía enfurecido, irritado con mis hombreras. Que nadie me espere…, ni a mí ni a mis hombreras estupendas. Ni mi mujer ni mi hija. Ni Kramarenko. Ni el personal de los almacenes… Ni el tipo del FSB. (Mañana tengo que ir al FSB … Se pondrá como una moto el tío. Por el plantón. Hasta que sepa lo del convoy aniquilado). Y yo aquí. En mi hoyo… Dando vueltas. Con la pistola dirigida hacia arriba… Y hasta trato de apuntar. Hacia esa loma plagada de chechis tras los arbustos. Ahí están, veo esos putos cañones trepidando, escupiendo fuego sin parar… Una de esas balas será para mí. La mía.

¿Cuándo vi a Jvorostinin? No, no, primero fue el soldado con el AGS-17 (el lanzagranadas automático pesado)… A raíz de los disparos y explosiones cercanas el soldado (¡jodido novato!) perdió la cabeza. Bajo los tiros, de un brinco, exponiéndose por todos lados, salió de la hierba y comenzó a subir la pendiente del desfiladero con el absurdo fin de esconderse (¿entre los chechis?) en la loma derecha… Trataba de alcanzar los arbustos, a duras penas se iba encaramando… Pero tampoco se atrevía a deshacerse del lanzagranadas. El AGS-17 pesa un montón. Montado sobre el trípode, está previsto para ser manejado en equipo por dos soldados. ¿Cómo podría con él uno solo, y encima escalando?

No le iba a dar tiempo a llegar vivo a los arbustos… Sus botas no servían para la montaña. Resbalaban en la hierba… El soldado se caía y pataleaba ostensiblemente. Hola, soy el blanco perfecto, dispárame a placer… Arañaba el suelo, la pared del terraplén, ahora con el cañón, ahora con las patas abiertas del trípode. So zopenco… Además cargaba con la cinta de granadas dentro de la bolsa. Desde los arbustos le dispararán a quemarropa. Siempre que allí estén los chechis, claro… No apartaba la vista de él porque me daba una insensata esperanza. ¿Por qué los arbustos siguen siendo sólo arbustos? ¿Y si allí no hubiera nadie? Fue entonces cuando un oficial se lanzó hacia el soldado. A unos diez-quince pasos de mí. ¡Jodidamente cerca!

El pino derribado de antemano sobre el estrecho camino no dejaba que el tanque girara. El tanque daba vueltas… El tanque sólo corneaba al árbol… Reconocí a Jvorostinin. Fue él quien saltó del tanque (pero ¡si iba en el cuatro por cuatro!). En medio del fuego… Jvor se precipitó hacia el soldado que se deslizaba penosamente pendiente arriba junto con su lanzagranadas. ¡Inconcebible! El acompañante del convoy

decidió trepar la loma. Lo iban a abatir desde cualquier arbusto, quién podía dudar de ello en aquel momento. Pero no… No lo abatieron.

Jvor alcanzó al soldado, le ayudó, agarró el cañón del AGS. Y le subió la correa de la bolsa para que la llevara bien colgada en vez de arrastrarla. «¡Venga, soldado! ¡Vamos!», le gritaba Jvor. Memoricé bien las palabras. Las palabras penetraron en mi cerebro… Jvor abandonaba el convoy para ayudar al soldado. Entre los dos pudieron con la pendiente. Llegaron a los arbustos… No sé qué pensaba entonces… Las balas silbaban muy cerca mientras que por mi cabeza pasaba volando el pensamiento infantil de esconderme en algún agujero del árbol donde anidan los pájaros o las ardillas. Y vivir allí. Dentro del árbol… Y que los siglos fueran desfilando…

¿Por qué corrí detrás de Jvor? No lo sé. Un acto irreflexivo. Arriba, arriba… Los dos escalaban delante de mí y todo el rato oía estas palabras que se clavaban en mi cabeza: «¡Venga, soldado! ¡Vamos!»… Hasta que de pronto se acabó la zona de los arbustos, el terreno se hizo más ralo y la pendiente menos pronunciada… Y justo allí estaba el nido de ametralladoras. Y muy cerca, a cinco pasos, un chechi barbudo…

El chechi los vio. Vio pasar como una exhalación ante sus barbas a dos tipos abrazando un lanzagranadas… El barbudo giró su ametralladora sin prisas. Para disparar sobre ellos, apuntando a conciencia… Entonces oí el grito, la orden. Jvorostinin volvió la cabeza y me gritó. Como si no quisiera perder su tiempo con aquel sujeto. (¡Vete a saber cómo pudo darse cuenta de que yo les seguía!):

—¡Dispárale, mayor!

Tan sólo ahora me vio el chechi y otra vez comenzó a girar la ametralladora. Dirigiendo el cañón hacia mí. Aunque comprendió que le faltaría tiempo. Un chechi extrañamente paulatino… Soltó la metralleta y se echó a un lado para huir… Pero no le di opción… Hasta me arriesgué a acercarme más. No disparé enseguida… Para asegurar el tiro (iba armado sólo con la pistola)… Acerté. Dos veces.

Pero no pude seguir corriendo detrás de Jvorostinin y el soldado. De golpe aparecieron tres chechis más… Por suerte tuve tiempo para escabullirme y ocultarme detrás de un arbusto… Acudieron en dos zancadas donde el muerto. Por supuesto, concluyeron que el cadáver era cosa de Jvor y su soldado. Dos se lanzaron tras ellos, hacia arriba, el otro se quedó a aullar al lado del muerto… Un llanto agudo, ululante. Sus lamentos eran en checheno, pero me mordería la lengua antes que decir que me resultaron incomprensibles… Al contrario, demasiado

comprensibles sin necesidad de entender palabra. El hermano, el hijo tal vez…

No le disparé. No le maté aunque podía haberme acercado por la espalda. Ni me habría oído, o si lo hubiera hecho, a tan pocos pasos lo habría tenido a mi merced. Ni siquiera pensé en que acababa de matar a un hombre hacía un instante. ¡Cómo lloraba, cómo aullaba aquella voz ajena! Esa mezcla inaudita de llanto y aullido me abrumó. Pero no fue eso lo que le salvó, no fueron sus sonoras, escandalosas lágrimas, sino mi garganta seca. Mi entera y terrosa, desértica sequedad. Estaba hecho polvo… De repente me sentí desfallecer. Y me entró sed, mucha sed… Agua. Agua.

Me senté en el suelo. Tenía sed, quería agua… No quería nada más. Sólo seguir sentado y esperar a que la matanza se acabara.

Seguro que al ver al soldado escalando la pendiente Jvor todavía no se había inventado nada. No podía prever qué iba a pasar luego ni cómo iba a pasar. Nadie podía preverlo… Ese soldado subía y subía deslizándose sobre la hierba y el barro… Iba sin ton ni son, arriba, arriba, hacia los arbustos, al primer sitio que se le ocurrió para esconderse…

Bajo ningún concepto el soldado había pensado en coronar con el lanzagranadas exactamente la loma derecha. Tan sólo perdió la cabeza y por eso arrastraba sin pensar su AGS-17.

Pero ahora eran dos. Cuando Jvor le ayudó, los dos, como por inercia, continuaron subiendo la montaña… ¡A través de los arbustos, con el fragor de fondo! ¡Trepaban y trepaban! A veces a cuatro patas… El valiente soldadito seguramente pensaba que seguían escapando de los chechis.

No sé qué pasó luego… ¿Cómo allí, en la loma, aparte de Jvor y ese soldado, aparecieron dos más de los nuestros? Dos más… Achispados… Y con otro par de AGS-17. ¿Habrían traído consigo aquellos dos los lanzagranadas? Lo dudo… ¿Se habrían apoderado de los que usaban los chechenos? Ni idea… Sólo había visto subir un lanzagranadas. Y lo que costó subirlo. Ese que llevaban Jvor y el soldado.

¿Acaso no es suerte? Pese a toda su intuición, Jvor no podía saber que allá arriba, en aquel palmo de terreno, descubriría el nido de reserva de los chechis con los lanzagranadas apuntando hacia abajo. Y menos todavía podía predecir que a cargo de los lanzagranadas habría unos campesinos recién reclutados que apretarían de soleta nada más

ver a los soldados. ¿Y si se hubieran topado con perros viejos?

Pero ¿cómo fueron para arriba, cómo llegaron a la cima otros dos soldados nuestros? ¿Quién los envió? Los dos visiblemente achispados… Probablemente me pasaron por delante. Mientras yo seguía allí sentado, estupefacto. Sin ver nada ni darme cuenta de nada tras haber matado a un hombre por primera vez en mi vida… Y muriéndome de sed… ¡Agua! Alrededor no había ni una gota de agua. Sólo algunos árboles. Sólo el cielo compuesto de trocitos azules.

Ese momento en que Jvor ya está gritando alegremente su «¡Venga, soldado! ¡Vamos!». En que el soldado, atontado por la carrera, comprende finalmente que la suerte lo bendijo… Que está vivo, que se ha salvado… ¡Vaya, aquí hay dos más! ¿De dónde…? Y que tiene al capitán a su lado.

El soldado enseguida recuperó la bravura, ayudó a Jvor a instalar el lanzagranadas… Y los dos beodos que habían subido la montaña a toda castaña afincaron y redirigieron los otros dos cacharros, buscando los blancos loma abajo, pero no en el fondo del desfiladero…, sino entre los arbustos más cercanos, donde hay más chechis que hormigas. Un cañón ligeramente a la izquierda, otro ligeramente a la derecha… ¿Acaso no es suerte? Un poco a la izquierda, un poco a la derecha… Y otro cañón. Y las granadas en sus cintas. La munición del AGS-17 es excepcional.

Los AGS se pusieron en marcha, todo el lado derecho, la loma entera se cubrió de fuego. Con esto fue suficiente. El lanzagranadas automático pesado (1.700 metros de alcance efectivo) esparce las granadas muy densamente. A cuadros alternados. Y cada granada al explotar aniquila todo en un radio de diez metros… Arbusto tras arbusto… No deja ni una hierbecita… Las llamas lo destruían, lo retorcían todo a su paso… Lo único que quedaba y que el fuego acrecentaba eran los gritos de los heridos. Gritos terribles…, suplicantes… ¿De dónde había salido aquel súbito fuego, del todo inesperado, que les cogió por la espalda? Parecía que a los chechis les atacaban los suyos… Una escabechina implacable desde su propia retaguardia… Los tres últimos minutos, Jvor, el soldado envalentonado y los dos que les hacían compañía ya sólo fulminaban árboles.

El convoy desbloqueó el paso. Cuando los oficiales, exaltados por la victoria, recordaban el combate aún humeante, todos a la vez como suele pasar, interrumpiéndose entre sí, Jvor dijo aquello: «Lo importante es quién será el primero en poner en marcha la segadora…», y acto seguido soltó una exultante risotada, como tantas otras, un poco demasiado ligeras y vanagloriosas, que le oiría andando el tiempo. Los

oficiales enseguida interpretaron sus palabras: lo importante es localizar el punto y acertar con el momento en que el fuego aniquilador debe empezar a recorrer todo el campo de batalla. Y repetían todo el rato: ¡la loma derecha, la loma derecha!

Vi con mis propios ojos cómo se iban los chechis. Hacia delante por la loma. Hacia atrás… Daba igual con tal de salvarse… Pero sin abandonar las armas… La vertiente derecha quedó completamente carbonizada. La hierba todavía ardía en algunas partes… Los arbustos, reducidos a varillas fuliginosas.

Justo allí, hacia el espacio de la vertiente derecha liberado por los lanzagranadas, comenzó a dislocarse, a desplazarse la fuerza viva de nuestro convoy, aparentemente medio muerto. Se dislocaba muy deprisa, incluso con agilidad… ¿Cómo? ¿Con qué ordenes? Pues, sin que mediara orden alguna… Después hablaron del planteamiento y hasta de un cohete disparado, que Jvor dio la señal y tal, pero ¡no hubo disparo! *No lo hubo*. Para entonces yo ya estaba lo bastante recuperado como para ver lo que pasaba. Y no sólo para verlo, también para participar con mi pistola… También combatí… Aportaba mi granito de arena… Y hubiera visto la señal. *No la hubo*… Uno de los oficiales supuso que se trataba de una ley de combate desconocida. La fuerza viva por sí sola se desplaza, se decanta, se mueve, se arrastra hacia el lado donde percibe el hueco, la vía de salvación. Lo nota gracias a su olfato animal… ¿Animal? Entonces, ¿por qué colmar de elogios a Jvor?

Acorralados al principio en el fondo del desfiladero, los nuestros pasaron ahora a la vertiente derecha carbonizada. Por fin podían disparar en bloque y a destajo, sabiendo hacia dónde. Se acabó la matanza, se acabó la emboscada. Volvió a ser sólo un combate. Nuestra vertiente derecha contra la izquierda chechena. Más nuestros tanques…, los cuales, evidentemente, no se desplazaron a ningún lado, seguían en el fondo. Pero ahora los tanques se expusieron sin miedo a la vertiente derecha, giraron los cañones y abrieron fuego contra la vertiente izquierda, pulverizando allí un arbusto tras otro… ¡La segadora!

Salvó el convoy, es un hecho indiscutible. Pero, en realidad, sin dar golpe, fue como demasiado sencillo, incluso primitivo. ¡Pura casualidad! No se dio esa maniobra previa, glosada a posteriori, ni el aclamado cohete de señal. La idea estratégica brilló por su ausencia.

Venga, soldado, vamos… ¿Sólo esto? ¿Nada más? Correcto, el convoy salió indemne. Correcto, por la tarde, después de dispersar a los

chechis, despejar el camino y recoger a los heridos, el convoy reanudó la marcha, se fue levantando el polvo de la carretera ya expedita.

Pero a este combate claramente le faltaba algo notable. Y conste que no soy de los que esperan la genialidad… No necesito las lentejuelas… Que sí, que Jvor triunfó. Junto con aquel soldado, cierto. Es un hecho, pero… ¿por qué empezó a escalar él en persona? ¿Acaso no se podía haber previsto y preparado para la misión un operativo de dos, tres, cuatro soldados de las fuerzas especiales? De acuerdo, no había efectivos de las fuerzas especiales, pero al menos dos o tres soldados experimentados sí los habría, ¿no? Haber enviado a éstos, héroes profesionales, para que trepasen por la loma con los lanzagranadas. Y haberlos enviado de antemano y no cuando el convoy fue atacado.

No me meto con él. ¡Hablo de un amigo! Claro que le valoraba, y alabándole como amigo le comparaba con Suvorov.[21] Tan fino y huesudo como él, tan enjuto y menudo… Y también risueño y propenso a vanagloriarse. Pero ¡una cosa es un colega y otra Suvórov! ¡El pasado magnífico! ¡La historia! Nos queda, sin ir más lejos, su correspondencia con Catalina.[22]

Cuando maten a Jvor no quedará nada. Se le echará de menos algún tiempo… Sobre todo las enfermeras… ¡Poseía un olfato excepcional para el peligro! ¡Un militar innato! Un hombre desinteresado… ¿Qué más? ¿Que citaba a Shakespeare delante de los oficiales? Un par de frases a lo sumo. (Claro que nosotros no sabíamos ni una). Y aquí paz y después gloria, ni eso, todo se convertirá en hojalata. Desaparecerá como la llovizna de ayer… Tragado por la tierra… Desaparecerá del todo. Todos le olvidarán. ¿Jvorosquién? ¿Un mayor? ¡Como para tener en la cabeza a todos los mayores! Perdurará, eso sí, la expresión chusca «poner en marcha la segadora». La repetirán y ya está. Sin acordarse del origen… ¿Y qué más? ¿Qué más digno de elogio? Sabía hacer una única cosa: salvar convoyes en los desfiladeros. Sólo eso.

Entonces regresé a los almacenes entusiasmado. Tan pronto como se abrieron las puertas del almacén llamaron por teléfono al puesto del control.

—¡Mayor! Jvorostinin al habla… ¿Quedamos para conocernos?

—Intentémoslo—me reí.

Me reí aliviado. Recordando como una pesadilla que durante todo el combate estuvo resplandeciendo ante los chechis el brillo de las estrellas en mis hombreras.

Cuando el combate se volvió combate…, cuando el combate se hizo comprensible, incluso simétrico, la vertiente derecha e izquierda (la nuestra y la contraria) comenzaron a freírse a tiros entre sí. Todo dios disparaba. Hasta yo, el almacenista, allí presente cuando la victoria estaba medio lograda, le daba al gatillo de mi pistola… ¡Con ardor! ¡Con la dulce sensación del combate si no ganado por lo menos no perdido! Sosteniendo el cargador en la mano, recargando, miré de pronto al fondo del desfiladero. Poco hondo, humeaba. Los carros de combate aplastaban furiosamente a los chechis. O humeaban ya abatidos… Seguí disparando. Se me acababan los cartuchos… Recuerdo que volví a mirar abajo. Y vi lo siguiente…

A pesar del fuego intenso desde ambos bandos, ni una bala alcanzó en serio la cisterna de gasolina ni el camión con los barriles… que, a propósito, estaban a la vista. La gasolina en el fondo del desfiladero tronante. En medio del fuego infernal florecían tranquilamente las margaritas. Porque tanto la vertiente izquierda como la derecha consideraban la gasolina como suya. De momento era gasolina no entregada y, por tanto, seguía siendo *mía*.

Esa es, de hecho, la razón por la que viajan los convoyes… para distribuir entre los puntos de emplazamiento permanente de las unidades militares lo necesario (víveres, a veces incluso agua) y lo primordial (combustible y municiones).

El segundo combate en que participé es memorable ya de entrada por el desfiladero, profundo y asquerosamente húmedo…, a poca distancia de Vedenó. Pero sobre todo se me quedaron grabados los brincos insólitos de Jvor. Su carrera a saltos… Desde la hierba alta… Bajo las balas… Cuando en seis o siete botes de pulga alcanzó el BMD y gritó al conductor ¡pisa a fondo! (El vehículo de combate de infantería aerotransportare es relativamente ligero. ¡Elegante! Puede ser lanzado en paracaídas). Pero tampoco el menudo BMD podía moverse hacia delante. Los chechis, con una pira explosiva, volaron muy hábilmente el tanque de cabeza, que ahora bloqueaba el desfiladero como un tapón. No había forma de pasar… Un tapón en toda regla. Humeante.

El desfiladero ardía y Jvor intentaba sacar el BMD del desfiladero. Trepando directamente por la vertiente… la inclinación era terrible… El BMD ladeado, a punto de volcar. Desconozco el interior del BMD. No sé sobre el asiento de quién saltaría Jvor y cómo es que se encajó enseguida. (Los cinco ocupantes del vehículo probablemente ya se habían dispersado por la hierba). El convoy, igual que la otra vez,

estaba condenado… Y todos lo sabían. Todos miraban hacia el BMD. Jvor gritando al conductor, con sus órdenes (y las manos del conductor), conducía el vehículo de la misma forma que lo haría, pongamos, un borracho. Dando tumbos… A tirones… ¡Y reculando, reculando! ¡Daba miedo verlo! El milagro comenzó, pues, con un número circense.

Pero aún más sobrecogedor, si cabe, fue observar cómo, detrás, practicaba la misma maniobra con casi cincuenta grados de inclinación un tanque pesado que se había puesto en marcha siguiendo al BMD. Retrocediendo, marcha atrás, el vehículo de Jvor se arrastraba a reculones fuera del desfiladero. Pisando directamente las ramas del roble derribado por los chechis, su cima crujiente, allí donde el tronco del roble era menos robusto. Y detrás de Jvor, del BMD, se arrastraba el tanque pesado. Uno solo. ¡Y aquí otra vez la suerte! ¡Y mucha! Si el tanque volcara… o se parara por culpa del motor… o se inmovilizara en ángulo muerto…, ¿qué haría el victorioso Jvor en solitario desde su absurdo BMD?

El tanque, copiando la maniobra, pasó tras los vehículos de combate pisando las huellas de su ligero e inmediato precursor. El conductor, estaba claro, confiaba en Jvor (todos le tenían una confianza ciega). El tanque repetía el mínimo movimiento del BMD. Y así, imitándole con exactitud, a paso de cangrejo, salió del desfiladero… Sin meterse en el tiroteo. Los chechis ni siquiera se molestaron demasiado con aquellos cangrejos. Que fueran reculando, que ya se caerían por sí solos.

Y tampoco cuando ambos vehículos lograron salir fuera sin volcar los chechis les prestaron mayor atención. Los chechis combatían. El botín principal permanecía en el desfiladero… Bueno, dos se habían salvado, se habían fugado. ¡Qué más daba!

Sin embargo, una vez fuera del desfiladero, el BMD y el tanque que le seguía en ningún momento pensaron en largarse, se dieron la vuelta y se arrastraron a toda marcha subiendo la vertiente derecha…, por su parte calva…, la de declive más suave. (Algo así como la orilla del río). Los dos vehículos de combate se situaron por encima de los chechis, a una altura superior…, aunque los escalones del desfiladero impedían disparar a los chechis como Dios manda. Tampoco permitían acercarse más.

Y otra vez, se diga lo que se diga, hubo suerte, ¡otro milagro! Donde está el milagro está Jvor, y viceversa.

De ninguna manera podía saber Jvor lo del silero. Desde lo alto veía,

por supuesto, allá abajo, en el desfiladero, su convoy atrapado y condenado… Pero también veía algo más, ¡se oteaba una aldea cercana! Y entre su BMD y aquella aldea, justo en la línea de mira, se elevaba el orgulloso paralelepípedo del silero. Cubierto con un tejado plano de madera. ¿Qué fue si no una sugerencia de la fortuna?

Los primeros disparos de cañón de las torretas del BMD y el tanque giradas en dirección al silero fueron suficientes para incendiar el tejado de madera. Cuando el tejado ardiente se derrumbó sobre el interior, allí el fuego pasó a los tabiques, al trigo… Las llamas crecieron impetuosamente, se elevaron hasta lo más alto de la estructura. Todo ardía y zumbaba… Desde el centro a las alas del edificio. Todo.

La aldea se encontraba detrás del silero, algo más allá. Pero el fuego era tan tremendo que enseguida provocó el griterío, los clamores, la histeria de las mujeres, lógicamente espantadas. La aldea no se incendió. Pero justo aquellos gritos, aquellos aullidos aportaron al fuego el conveniente matiz especial, demente… Algunos aldeanos tomaron la precaución de echar agua a los vallados…, pero las mujeres no pensaron en otra cosa que en salir corriendo de casa con los chiquillos, sus gritos se oían con toda nitidez.

La mayoría de los chechis emboscados eran campesinos, habitantes de aquella aldea. Combatían desde ese flanco del desfiladero para no alejarse demasiado de sus casas. Veían cómo allá, detrás del fulgor del gran fuego, trajinaban sus mujeres y sus madres. Esto los asustó más que la muerte ¡y todos ellos, o la mayor parte, echaron a correr como alma que lleva el diablo! ¡A salvar sus hogares! Se precipitaron hacia allí dejando las metralletas y los lanzagranadas pesados.

Bueno, algunos corrían con las metralletas, pero ya no guerreaban. Corrían hacia sus casas sin ocultarse…, por el camino más corto, directamente…, apenas rodeando el tanque y el BMD. Ni Jvor ni el tanque (que le seguía los pasos) dispararon a los corredores. Que corran. Que se disuelva, que se vacíe la emboscada. No querían frenar a los chechis ni por un segundo. ¡Todos a casa! Que vayan a ayudar a los suyos …, ¡rápido, que la cosa está que arde! El fuego zumbaba en el silero de hormigón como dentro de una estufa enorme. El sonido desgarrador, estrepitoso, del fuego despiadado.

Desde el montículo de la vertiente derecha, como desde un palco, presidían la escena los dos vehículos de combate que la habían provocado. El tanque y el BMD. Ya no disparaban.

Los soldados ocultos en los hoyos y arbustos cercanos, todos de Oremburgo (que se estrenaban en aquella expedición como acompañantes de convoy), comprendieron, se percataron enseguida de que había espacio para la maniobra, que la vertiente derecha estaba limpia de chechis. ¿Cómo lo supieron? No lo sé. Al igual que la otra vez, no lo entendí. Estaba tumbado en una zanja. Pero ahora sí que llevaba el traje de camuflaje. Y una metralleta aparte de la pistola… Aunque en el punto de fractura de este combate tampoco vi el cohete de señal. Ni oí la orden… Es un hecho… Así que los soldados se desplazaron, se arrastraron, corrieron hacia la vertiente derecha por sí solos. Un combate como cualquier otro. La vertiente derecha contra la izquierda.

Media hora más tarde acudieron los helicópteros. Azotaban desde lo alto a los guerrilleros diseminados. Mala suerte para los chechis. El bosque quemado el año pasado no había crecido, seguía ralo del todo, con apenas cuatro árboles mal contados, así que los barbudos corrían a la vista. Desde los helicópteros les alcanzaban con facilidad, como en una barraca de tiro… Las figuritas saltaban. Saltaban y caían… Una… Otra… Otra más… Y ya no se levantaban… Sólo se salvaron los campesinos que se fugaron por el incendio. Dios guarda a los simplones.

Pero ¡qué siniestro fue el comienzo del combate! El tanque de cabeza ardía… Cerró, taponó la carretera. Dos BMR atascados con los soldados encima de la coraza… El fuego contra el convoy procedente de ambos flancos. Los chechis, cuando les entra el frenesí, disparan mejor que los nuestros… ¡Fuego a mansalva! Y en alguna parte del largo, extendido convoy, el pequeño cuatro por cuatro del capitán Jvorostinin, su viejo gazik. Desde ese cuatro por cuatro Jvor echó el pie a tierra, o más bien se lanzó como desde un trampolín, y empezó a abrirse paso hacia el BMD dando brincos, a cuál más raro. Ante mis ojos. Ante los del respetable público, diría yo. (Un espectáculo ridículo. ¡Saltaba como una pulga, más ágil aún! ¡Volaba arriba y se tumbaba! Increíblemente veloz. Despega y se tumba… ¡El héroe! Hubiera aventajado a cualquier pulga lugareña. Y así hasta que aterrizó dentro del BMD).

En aquel momento pensé que había llegado mi hora. Que el convoy jamás saldría de allí. Tragaba saliva y me relamía los labios. Ya me había acostumbrado a esa reacción mecánica, a tragar saliva y relamerme los labios muy deprisa. Y a pensar en mi hora final. Todos nos acostumbrábamos… La guerra.

Al día siguiente… No… Al tercer día después del combate Róslik me citó en la obra eterna. Acudí, pero él no se presentó. Apenas prendí el primer pitillo, aparecieron unos ancianos chechenos… Literalmente

surgieron de la nada, como si me hubieran lanzado un puñado de viejos desde el otro lado de los muros inacabados.

A uno de ellos lo tenía visto: la cabeza cubierta con la papaja[23] alta, el pelo blanco, el rostro atravesado por marcadas arrugas. No sabía bien quién era, pero su cara me sonaba. Se acercó y me abrazó al estilo montañés. Rozando mejilla contra mejilla… Derecha… Izquierda… Otros dos, a los que no conocía de nada, también lo intentaron, pero con la mirada les hice comprender que ya estaba bien de arrumacos. No me gustan nada… La vejez aquí es como una zona de riesgo: un ramo de enfermedades. Los viejos, con mucha discreción, enseguida se echaron atrás. Se quitaron las papajas. En silencio. Las sostenían en las manos. Otra muestra de respeto.

Aun sin abrir la boca, en cuanto les dirigí un gesto interrogativo, los viejos, al unísono, rompieron en lloriqueos y balbuceos. Es su forma de suplicar.

—Sá-ashik. Sá-ashik… Jvor… Entregarlo… Jvor… Entréganoslo… A Jvor.

Su coro viejo, como siempre, sonaba confuso, inarticulado, sonaba a coro de ranas o de sapos decrépitos, croando, pidiéndote que les pongas la mosca en la lengua.

De hecho así era. Ni más ni menos me proponían que les entregara a su presa, a Jvorostinin. Vivo o muerto. Querían sangre, vaya. Y todo esto en plan cortés, pues a fin de cuentas era una visita de solicitantes… Para estos deplorables carcamales soy una persona de peso, de mucho peso. Soy el dueño de la gasolina y el gasoil. El todopoderoso.

Por otro lado, comedia, pura farsa, ¡y de la más bufa! Lo bufo, lo grotesco consistía no sólo en que jamás he entregado a nadie, sino en que este cambalache, el trato que me ofrecían, no les parecía raro: dirigido a un oficial federal sonaba bastante normal… Cuestión de negocios… Como el regateo en el mercadillo.

—Sá-ashik… Entrega a Jvor.

Hubo que seguirles el juego. Mi nombre me obligaba, en ese momento no era yo, era Sáshik, y Sáshik no podía echarlos a gritos y puntapiés… Sáshik era un hombre respetable y Sáshik estaba obligado a hablar de tan macabro asunto como si fuera un asunto de negocios. Tocaba, pues, entablar conversación y, muy probablemente, discutir las condiciones. En caso contrario los ancianos dejarían de respetar a Sáshik y de la noche a la mañana ya no le respetarían ni los chiquillos.

Interpreté en sus caras que intentaban descifrar la mía y les espeté:

—¿Entregar a Jvorostinin? ¿Por qué razón? ¿Y quién lucharía contra vosotros?

Casi se echan a llorar:

—Entré-eeee-egalo… Sá-aaa-shik… Quemó nuestro trigo.

—Ajá, después de que quemarais a sus hombres en el tanque. Los del tanque de cabeza, no vayamos a olvidarlos. ¿O es que esos no cuentan?

—No los quemamos. Somos gente pacífica… Sá-aaaa-shik.

Otra vez se lanzaron hacia mí, dos de ellos de rodillas…, los más apestosos… Qué grima me dan esas canicies plateadas, su tufo, su asedio pegajoso. Joder qué par, los dos vestidos con sus antiguas chaquetas centenarias. (Heredadas de otros viejos. Uno se muere y la chaqueta pasa al siguiente… Llévala y recuérdame). Menudo agobio, no soporto su cercanía, ni arrodillados están bastante lejos. Me gustan las distancias. Y ellos las ignoran, las anulan, se te vienen encima, se te adhieren… Sentí náuseas, la cabeza me daba vueltas.

—¡Parad, parad!—levanté la voz—. Vayamos al grano… Ya está bien de reptar.

Otra cosa era el viejo de cara conocida. ¡Un verdadero montañés! Sencillo y noble. Guardó la compostura. Se mantuvo de pie, levemente cabizbajo… y un poco avergonzado por los suyos. (Aunque sin amonestarles; no quiso humillarles). Se quedó dignamente en su sitio, tan sólo se puso la mano un poco más cerca del corazón.

No fue enseguida, pero discerní a su jefe. El chechi lúgubre que ahora se esforzaba en parecer agradable y discreto. Él fue quien me mandó a aquellos fantoches. Como si de ovejas se tratara. Intentaba comprarme… *¿Y* por qué no? *¿Y* si funciona? Con las canas prematuras en las mejillas y la barba simulaba bastante bien la vejez. Se agazapaba, se ocultaba dentro del grupito de ancianos, como si fuera uno de ellos, que no lo era. Y trataba de disimular el brillo de sus ojos, su viveza atenta y penetrante.

—Sá-ashik. Sáshik.

Un perro resabiado como éste no teme a nadie. Vino para resolver el asunto. Los viejos eran protocolo barato, sólo para guardar las apariencias: con los viejos me tanteaba, me ponía a prueba… de compra… *¿Y* si salía? Por un instante me sentí forastero, yo era yo pero inmerso en su regateo milenario. En su milenaria realidad montañesa. En bazar ajeno. En tierra ajena.

La cuestión es que estos miserables, empapados en olor a sudor de ancianos labriegos, eran los vengadores. Detrás de ellos, detrás de su

balbuceo, había dinero. (Estoy seguro. Un fajo gordo. ¡El Oriente!). Así son, ése es el aspecto de los vengadores de verdad. Ellos en el suelo, de rodillas…, y yo erguido…, lo cual hace más sorprendente la claridad con que sentía, percibía su presión, su empuje. Su invitación al regateo. Un invitación tan sólo ligeramente camuflada con su postura genuflexa y sus gemidos.

—Entrégalo.

Ser y continuar siendo Sáshik era importante para mí no por capricho, ni mucho menos por soberbia… Era pura necesidad. Mi vida estaba ligada a su mundo.

Por eso fui tan paciente.

—No puedo. De ningún modo puedo, venerables… Esto desequilibraría la guerra. Nuestra guerra indolente, tranquila, puede volverse una guerra demente… ¿Y para qué?

Me puse a explicárselo tranquilamente, en detalle:

—La guerra, venerables, se afianza en los hombres especiales. Su sostén son los hombres con mayúsculas. Jvor, o sea Jvorostinin, es justamente un hombre de mucho peso en esta guerra.

—Sólo es capitán.

—Eso es una tapadera, una especie de camuflaje… Ahora mismo no tenemos otros como él. No los hay en todo el ejército… Lo sabéis tanto como yo, ¿no? ¡Pues ya os podríais aplicar el cuento! ¿Qué rango tiene vuestro Basáyev? ¿Eh?

Silencio.

—Por su rango no es nadie… ¿lo entendéis? Eso es todo, venerables. Punto.

Los viejos se callaron al tropezar con la inesperada lógica de la simetría. Como siempre en el Oriente… Ahora cavilaban y se lamentaban: ¿sería posible que ellos, el venerable consejo en pleno, se hubieran equivocado en las premisas de la entrevista? ¿Habrían iniciado la partida con la carta equivocada?

En este momento me tocaba enfurecerme, estaba sencillamente obligado a montar en cólera ante su silencio prolongado. El Oriente es una cosa fina. (La ira del fuerte es su verdad principal). Exactamente en medio del silencio…, exactamente cuando los solicitantes deben levantarse e irse.

—¡¿Entregar a Jvorostinin?!—grité de sopetón—. ¿Habéis perdido el juicio, abuelos? ¡Hay que valorar al hombre! Os tenía por sabios… Y ahora mismo sólo parecéis chusma de ciudad… ¿Degollaríais a vuestro

Basáyev? ¿Eh?

Me puse de un furioso muy convincente (oficio que uno tiene…).

—¡Que les entregue a Jvor, dicen! En la guerra es taz a taz, señores —continué a gritos—. Apañáoslas primero vosotros degollando a Basáyev, montad una pelea si hace falta…

—Sáshik…—entonó de nuevo uno de los ancianos.

—Quién soy yo para daros clases, ¡cómo si las necesitarais! ¡Degolladle, venga, degolladle! Pero sin artimañas, ¿eh? Que la tele muestre sus despojos desde todos los ángulos.

La ira hasta el límite:

—… para que en la pantalla se vea a Basáyev y no a cualquier chechi podrido. Que salga la cara. No se la estropeéis. Que la jeta esté intacta, sin desfigurar. ¿Está claro? Se le puede separar la cabeza, vale, pero sin cortarle las orejas. Que se le reconozca enseguida…

—Sá-aa-ashik…

—Se acabo. Se acabó… Es hora de levantarse, venerables… ¡Todos a casa!

Se fueron… Los viejos bajaron casi a saltos la escalera peligrosa e inestable de la obra eterna. Sin pasamanos en los que apoyarse… ¡Montañeses!

En cambio al dirigirse a su Zhiguli anduvieron a paso lento. ¿Se habrían desalentado de veras? ¿Estarían comentando el fracaso? Uno de ellos llevaba un pantalón abotinado. ¿Guardaría en uno de esos bolsillos como sacos el fajo de billetes? ¿Por qué no? Son así. Llevan encima todo lo de valor. Antes se olvidarían del agua. El anciano bajó las manos a lo largo del cuerpo. Mientras caminaba controlaba la pasta, rozando apenas los bolsillos de su pantalón.

Allí les esperaba el Zhiguli, adornado con una pequeña bandera rusa en la parte superior.

El contingente de Oremburgo no perdió ni un solo hombre. ¡Bien hecho! Las pérdidas se limitaron al tanque de cabeza con su tripulación al completo… En el Estado Mayor lo del convoy salvado se comentó con especial fruición. ¡No había caído en saco roto!

En el Estado Mayor de repente se acordaron (cuando las cosas acaban bien es agradable recordar algún que otro detalle) de que fue el general Shkádov quien en la reunión previa había aconsejado que acompañara el convoy la compacta unidad de Oremburgo en vez del típico hatajo de policías descabalados en los combates. Los chavales no

defraudaron… Shkádov, durante la conversación, se hizo el modesto: Bueno…, sí…, fue idea mía, pero… El discurso de Shkádov no rebasó los tres minutos. Cuanto más modesta y corta fuera su intervención, mejor, así que en cuanto se vio que acabaría rápido, quedó claro que en esos pocos minutos ganaría una condecoración. ¡Y la ganó!

El general Shkádov no sintió más que un ligero pinchazo cuando en el comedor de oficiales, en medio de la charla común, oyó que *otra vez Jvor había evitado que se quemara el convoy*… Lo dijeron justo en la mesa de al lado… Desde luego, en esas cháharas ociosas se oye cada cosa… A los guerreros no les gusta (¿*y* a quién sí?) que un nombre, ni que sea mencionado de pasada, les provoque un pinchacito en la zona del corazón. ¡De quién te puedes fiar si ya hasta te disparan desde la mesa vecina! Pero ¡si es un don nadie! ¡Un capitán cito aclamado en exceso! ¡Si lo único que sabe hacer es conducir un convoy! Muchos odiaban oír su nombre. Ya empezaba a dar asco, tanto Jvor por aquí, Jvor por allá…

Jvor, así se pronunció en el comedor de oficiales. De esta manera le llamaban ahora. Tanto los chechis como los nuestros.

El cargador automático (¡un hurra por Kramarenko!) funcionaba… Los barriles volaban hasta el dique del almacén, y más arriba si era preciso. Al barril que saltaba ligero sobre la rampa le esperaba un montón de serrín amarillo para amortiguar el golpe. El entarimado tiene una inclinación moderada. El barril cogía velocidad y saltaba… Directo a los abrazos del
serrín… Aunque el barril estuviera vacío había que sujetarlo bien. Alik Evski, uno de nuestros traumatizados por el combate, atrapaba los barriles con movimientos torpes. Apenas depositaba uno desde arriba le echaban el siguiente. Sin esperar… Sin la menor piedad hacia el tarado por las bombas.

—¡Soldado Evski!

No se oía absolutamente nada.

—¡Evski!—pegué otro grito a todo pulmón… Hoy por lo menos los dos llevaban las manoplas. Así no se romperían las uñas.

Preferí no apartar a los chavales del trabajo mucho rato para no jugarles una mala pasada. Los soldados lo pillan al vuelo… Los mimados no están bien vistos.

Decidí ser breve, tres minutos como mucho, lo justo para que recuperasen el aliento.

Pregunté:

—¿Y bien? ¿Os cansáis mucho rodando los barriles?

—No, camarada mayor… ¡P… procuramos ser útiles!

Abría la boca igual que un pez. Es su sonrisa… Sonríe y, de paso, toma aire.

Aún no sabía qué se me ocurriría, con qué ocuparía esos tres minutos… Comencé un sermón efectista (para que lo oyeran los otros soldados) sobre su deplorable aspecto: las guerreras sucias…, el cinturón mal abrochado. ¡Hay que ser guarros, joder!

Ambos se ajustaron los cinturones de inmediato. Pero la respiración tarda en normalizarse después de los barriles.

—Chavales, habéis cumplido el mes acordado… Sin embargo, por ahora no hay convoyes en vuestra dirección. El mayor Jvorostinin y el mayor Kostomárov, los dos, están en el hospital… Ya lo sabíais, ¿no?, algo habréis oído… Y, si no, os lo digo ahora: los dos guías están fuera de juego, así que… tendremos que esperar—añadí—. De momento vamos a buscar para vosotros algún trabajito menos pesado. ¿Qué os parece la cocina? En la guardia, no… No me es posible. No es de mi competencia… En cambio, en la cocina, no hay ningún problema…

No, ellos no querían trabajar en la cocina. Los ojos de Alik se descoloraron de pronto, se volvieron blancos. (¡Era un soldado de combate! ¡Jamás aceptaría esa deshonra, su expediente manchado de grasa de cocina!).

El cuadrado Oleg, a su vez, se irguió recto como un palo. Un poco más y entonaría su «¡leal al juramento!».

Adelantándome a él, levanté la voz enojado:

—¡Ya, ya, ahórrate el juramento!

Álik, el motor del dúo, repetía como si fuera una máquina:

—Mándenos… con los nuestros… c-camarada mayor… Usted lo prometió.

—Lo prometí, y lo cumpliré, os ayudaré.

¡Cómo se iluminó su rostro! Estaba radiante… Los labios le temblaban.

Y enseguida volvió corriendo a sus barriles. ¡Feliz! Dispuesto a trabajar lo que hiciera falta. A apechugar con el barril que se le venía encima volando. ¡Un auténtico chalado! Y Oleg, lo mismo, lo que hace el rey lo hace la mona… El deber nos reclama. Y eso que los dos apenas se mantenían de pie.

Me fui…

El sargento Sneguirev, de mote Sneguir, por lo visto les apadrinaba. Los trajo él, así que los amparaba.

Sneguir (según cuenta Kramarenko) puso fin a la burla, atajó esa broma idiota de fumadores aburridos. ¡Una broma de soldadesca primeriza, indigna de veteranos! A la hora de la pausa para fumar…, sentados junto al cajón de arena, mis soldados de carga empezaron de golpe a intercambiar guiños y miradas… Miran allí, miran allá…, y se susurran uno a otro: «¡Oficial! ¡Oficial!», provocando que Oleg, o sea el soldado Alabin, se levante de un salto… Se yerga como activado por un resorte… «Espantar al chalado», así lo llaman entre ellos… Ahí están los genios, relajados, disfrutando el pitillo. Y el soldado Alabin tieso, de pie, esperando adivinar la dirección, por dónde aparecerán las hombreras del oficial para rendirles honores.

Soldado Drozdov, el rescate nos fue singularmente bien. Los familiares del soldado tardaron mucho en contestar. ¡La gente está muy ajetreada hoy día!

Ruslán y yo recibimos nuestra parte, mil dólares cada uno, enseguida… «1000 dólares», apunté en mi libreta. Entregado por el comité de madres. Gusártsev cobrará su remuneración más tarde (pedimos al comité que obviasen la participación del oficial del Estado Mayor).

Hasta la llegada de la temporada de los fríos nos dedicamos activamente al canje o rescate de nuestros prisioneros. A veces venían sin orejas, a veces violados. Al soldado Drozdov sólo le he visto en la foto, con una sonrisa de oreja a oreja, ambas incluidas: suertudo el tío, ya podía estar contento, regresaba entero, sano y salvo. A veces ocurre… La guerra.

Los compis siguen de juerga: Kostomárov disfruta de la disentería; Jvor, colgado del gotero. Los dos de fiesta… Y enviar algo (o a alguien) con el convoy con destino a Vedenó es más que arriesgado. Los rumores se propagan a toda velocidad.

Los dos apellidos son demasiado largos. Se dividen claramente en sílabas: Jvoro-stinin y Kostomárov. A veces los veo escritos. Los apellidos de los guías se doblan, serpentean ante mis ojos… Igual que se doblan y serpentean siguiendo la carretera los convoyes que ellos conducen.

Tres horas sin carga-descarga. ¡Placer en estado puro! Mis jetas rojas se sientan en los bancos, a la sombra. Se ríen. Al lado del cajón de

arena… Para tener donde apagar el pitillo. Un rincón para la distendida charla cuartelera. Hoy, para variar, va de chicas. Y de no tan chicas. Ahora están en la sección mujeres adultas, experimentadas…

Camino delante de las naves. No tengo prisa. Disfruto el solecito.

—¡Eh, vosotros! ¡Os vais a morir de risa!—El sargento Sneguir alza de pronto un grito de jefe.

Lo oigo pero, por supuesto, no giro la cabeza. No quiero. No veo y no oigo. Son sus asuntos… Así está organizada, ajustada la autosuficiente masa de soldados.

¡Míralo! Sneguir de nuevo defendiendo a los chalados.

—¡Oleg!—exclama imperativo Sneguir.

Silencio en los bancos.

—¡Oleg! Venga, acércate a la barra fija… ¡Demuestra a estos culos gordos cómo se hace!

Y el soldado Alabin, o sea Oleg, camina hacia la barra fija que está a dos pasos del cajón de arena… y comienza a subirse a pulso. ¡Más vale maña que fuerza! Lo que pasa es que los soldados de carga después de la pesada jornada nocturna comen en exceso. El médico lo explicó… ¡Devoran la comida! A causa del sobreesfuerzo nocturno del corazón… con necesidad, o sin ella, el cuerpo del cargador acumula energía y masa, hace provisiones. Por eso este soldado se cuelga de la barra fija como un saco pesado… Como mucho sube unas tres veces. Vale, cuatro.

—Nueve… Diez… Once—cuenta Sneguir en voz alta.

Incluso en miniatura el papel de jefe sabe a dulce. ¡Qué dulce es mandar! Se ve que Sneguir está contento con la lección que de modo tan evidente está dando a los soldados. ¡El arte de dirigir!

El sargento Sneguir ni ha girado la cabeza para ver al mayor Zhilin pasando por delante. Aunque está claro que me ha visto. Hábil y sensible, Sneguir lo comprende todo.

—Catorce… Quince…

De soslayo veo cómo se iza el cuerpo fino del soldado. Cómo se comba… Qué difícil resulta para el soldado Alabin cada nuevo tirón… Sigo mi camino. Son cosas de ellos. Pero al son de cada siguiente número repito para mis adentros, sin querer: «Venga, soldado… ¡Vamos!».

Capítulo VIII

ME han avisado los de vigilancia: jaleo en la entrada. Echando votos al diablo, he salido hacía allí a toda prisa. De camino ya he oído las bocinas de los BMR. Su característico balido: be-be-be. Ese sonido que machaca el cerebro… Detrás de la puerta hay dos vehículos de combate con sus respectivas dotaciones. Acompañarán mi gasolina. Están esperando…, o sea que no necesitan entrar en el recinto. Simplemente juegan dándole al claxon. ¡Para combatir el aburrimiento! El primer BMR emite unos be-be-be adrede cortos y discontinuos, el segundo BMR ha elegido responderle con señales largas… Una conversación en morse a bocinazo limpio.

Los soldados esperan sentados en cualquier lado, en los tormos, en la hierba, en un tronco… Pero ¡qué posturas! No sólo son negligentes, sino francamente repugnantes. ¡Obscenas, sería la palabra exacta! Despatarrados, las rodillas abiertas, marcando paquete… Ellos mismos están hechos unos bultos… Así es como se sientan los soldados que han esquivado las balas. Esta mañana, ya lo sabía, han estado expuestos al fuego en dos ocasiones. Reconoces enseguida a los tiroteados por su postura obscena. Es impepinable: ellos, los que salen indemnes, deben procrear. Han de pasar a la prole su capacidad de supervivencia. Su ofrenda a las generaciones siguientes… ¡Arriba el miembro, superviviente! ¡Atiborrados de adrenalina bélica hasta la punta del nabo! Y al mismo tiempo qué angustia más densa, más espesa, se lee en sus miradas. Quieren carne, ansían hembra… ¡Traednos a una mujer! La que sea, una cualquiera…, en vez de que te dé por culo este hijoputa del mayor Zhilin, qué coño se le ha perdido por aquí, para qué leches ha salido fuera…

Los BMR han dejado de cruzar el burlesco morse de cosecha propia. En cuanto me han visto… han dejado de bocinar…, pero las caras de los soldados, sus jetas, no han dejado de expresar su desdén hacia mí, ni tampoco se han limpiado de lascivia. Para ellos soy un animal de almacén… Los soldados no se han apresurado a levantarse de la hierba, de los tormos. No se han levantado… *No me veían*. Han continuado sentados, escupiendo entre los dientes. Son así de chulos. Recién salidos del combate.

Si los soldaditos hubieran pasado al otro lado de la puerta, si hubieran entrado en mi territorio, al instante les habría frenado y domado. Pero gritar aquí está preñado de consecuencias y hasta podría ser peligroso… Sería como prender la mecha… Y, para ser sincero, les comprendo. A ellos y a su angustia obscena: la verdad de los supervivientes.

Me he limitado a echar un vistazo rápido al espacio al otro lado de las puertas. He deslizado la mirada por los soldados patiabiertos… Como si hubiera salido a ver si venía el cuatro por cuatro habitual… Me había parecido oír su bocina. De hecho, esperaba a Gusártsev. Incluso de oído conocía, distinguía su coche. Pero quién me impedía asomar el morro para cerciorarme…

He regresado a los almacenes.

La carga es urgente. La entran rodando en dos camiones a la vez que serán escoltados por esos BMR baladores de ahí afuera y volverán a transportar a esos pintorescos soldados patiabiertos con las ametralladoras sobre las rodillas.

Pero no a mis soldados cargadores. Hace mucho que no les veía tan enrojecidos. Ni siquiera sueltan tacos. Respiran por las bocas abiertas… Así de rápido se cargan los dos vehículos. ¡Moveos! ¡Moveos!, les arrea Kramarenko recordando que el tema corre prisa.

A mis dos chalados, cómo no, también aquí les han usado de lo lindo… ¡Les ha faltado tiempo para encontrarles ubicación! Álik y Oleg… Buenos para todo, con éstos nadie jamás será demasiado indulgente. ¡Ya se sabe, los tontos

a las primeras filas! Los dos en la caja del camión yuxtaponen los barriles que, al soltarse, llegan bailando hacia ellos como trompos gigantes. ¡Esos canallas bailones de hierro, borrachos de gasoil!… El sargento Sneguirev, aunque protegía a los traumatizados, ahora los he dejado a merced del destino. No a cuenta de los barriles bailadores, sino por su propio bien. El sargento Sneguirev considera, y con razón, que

hay que estar a las duras y a las maduras. ¡A sudar donde te han puesto!

Yo lamentaba haberles dado trabajo. ¡Un error! Aunque el error tenía su justificación: le había oído al médico que el trabajo físico cura la contusión psíquica… Lo había dicho un médico sensato. El trabajo físico, decía, poco a poco transforma el cuadro de la contusión. Un mal se va y otro le sustituye. El nuevo desaparece, un tercero se evidencia… Así de difícil es el camino de la curación… Así se desvanecen las lesiones del espíritu.

«¡Fiel al juramento! ¡Las metralletas presentes!», exclama Oleg a veces. O sea: no hemos tirado las armas. El recalcitrante sentimiento de culpa… Y se pasa la mano por el hombro vacío, palmotea.., busca.., busca la metralleta colgada de su hombro. Evidentemente, les quitamos sus subfusiles y los guardamos, cuanto más lejos mejor, allí donde duermen las armas de los soldados de carga.

Alik, aparte del tartamudeo, como síntoma visible sólo tiene el lagrimeo. Ese hililllo líquido en el ojo izquierdo. Sin causa… Un chorrito finísimo, pero casi constante… Mana y mana. Aunque si solamente fuera eso… Dentro de Álik reside el miedo, un miedo inarticulado. Todo un ramillete de temores compuesto de florecillas desconocidas. Una vez Álik se fue de la lengua. A veces, sin comerlo ni beberlo, el miedo se apodera de él. Una ola oscura le cubre la cabeza. Y de esa ola salpican, se esparcen de súbito chispas, briznas amarillas, tal vez partículas del sol, o acaso de la luna, como esos destellos de luz que rebotan del espejo al jugar a la ratita, rayos vueltos esquirlas que se clavan en los ojos, chiribitas de fuego disparadas directamente a las pupilas.

Algo se está incubando dentro de su cabeza, eso está claro. Lo que no lo está tanto es qué.

Procuré evitar la presencia de otros soldados… Invité a los dos a mi despacho y les ofrecí el teléfono para que llamasen a sus familiares. Me estiré. Entraron en mi piso-oficina visiblemente cohibidos, tratando de no manchar el suelo con sus botas de soldados. Una tarea difícil con el polvo del verano. Se movían casi de puntillas.

Se quedaron estupefactos… Observaban el teléfono móvil como si fuera un milagro. Llevaban siglos sin hablar con nadie.

Oleg, de repente, se abrió de brazos y dijo que no tenía con quién. Sus padres habían muerto. Sí, sí, muy tempranamente… En fin, que no le quedaba nadie… Salvo el abuelo, claro, pero no sabía si sería capaz de recordar su número. Manoseaba aturdido el aparato.

Alik en cambio repetía, impaciente, súbitamente excitado, temblando de pies a cabeza: «Yo sí tengo a mamá…, mamá…, mamá…».

Pero, al final, fue Oleg quien se acordó del número. Marcó y se conectó con su pueblo de las afueras de Moscú… ¡Formidable! Sólo que no sabía qué decir… De qué iba a hablar, así, sin más. Tuvo como una especie de subidón. O, más bien, un aluvión nervioso… Su conversación con el abuelo no arrancaba. «M-m-m—berreaba Oleg—. Abuelo, soy yo. Hola… M-m-m…». El abuelo tampoco le comprendía.

Por fin el abuelo preguntó, fue el primero en reponerse:

—Vale. ¿Qué haces allí?

Al lado de Oleg oí bien al abuelo lejano, su voz tranquila, calmosa, incluso diría que saciadamente calmosa, típica de esos pueblos veraniegos cercanos a Moscú.

—Estoy guerreando.

—Ya… O sea, ¿estás en las trincheras?

—No. Ahora mismo… en el almacén.

El abuelo reflexionó un poco y se pronunció:

—Serás gilipollas…

—¿Por qué?

—¿Mujeres? ¿Tienes novia?

La conversación, por lo visto, se volvía íntima a marchas forzadas, de modo que me aparté un par de pasos.

Sin embargo, tras bramar inexpresivamente algo al teléfono un par de minutos más tarde, Oleg colgó. El abuelo le dejó pasmado… ¡Viejo cabrón! Ni se le ocurrió decirle al soldado alguna cosa familiar… Le dijo que mientras los chavales sigan guerreando en los almacenes, ellos, los viejos cabrones, se follarán a todas las tías.

—¡Vaya, nos ha salido un cachondo el abuelito!—me reí.

Alik cogió el teléfono, pero a él la memoria sí que le jugó una mala pasada. Parecía que sabía el número. Apretaba los botones… Ahora así, ahora asá… Cada vez más frenético. Se enfadaba. Se ponía a sisear en respuesta a la voz casual: «¡Cállate! ¡Cuelga, so capullo! ¡No te llamo a ti!». Los dedos de Alik recorrían una y otra vez las teclas. Como si fueran a reconocer el número por el tacto… «¿Mamá?—preguntaba—. ¿Mamá?».

Se quedó quieto, paralizado. Mirando el teléfono. Desalentado… Como si supiera que aquel milagro no estaba a su alcance. Que lo que tenía en sus manos era un milagro ajeno, para otros… Se me pasó por la

cabeza que tiraría mi aparato al suelo, tanto me disgustaron sus ojos. Se le estaban poniendo en blanco.

Alargué la mano, pero no me lo devolvía.

—¡Soldado Evski!

Vociferé amenazante. Y luego me acerqué un poco más y, como si se lo quitara a una estatua, recuperé el teléfono de su mano petrificada.

Doblé rápidamente por el sendero de los almacenes. Los tarados giraron también detrás de mí.

—Pensaos lo de la cocina—les dije a los chavales.

Y aceleré el paso.

Al lado de las puertas apareció Kramarenko:

—¡Aleksandr Serguéievich! ¡Viene Gusártsev! ¡Ha llamado hace un momento!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

Caminaba deprisa, aumentando la velocidad. Pero me volví… ¡Dios mío! Mejor que no lo hubiera hecho… Qué estampa tan patética. Álik, doblado, encorvado como una lombriz… Y Oleg tampoco mucho más presentable: alto pero alicaído de hombros y de alma, un guiñapo ambulante…

Se me encogió el corazón. De cerca a veces me molestaban, digamos, por su aspecto desastrado…, pero de lejos… No tenía que haber girado la cabeza. Debería pensar en algo lejano y abstracto. ¿En el cielo y la Vía Láctea? En cuanto los observaba de lejos caía presa de la compasión, como si el corazón reaccionase ante un medicamento nuevo… Y no lo tengo blando en absoluto, no se me encoge así como así.

Salgo por las puertas del almacén. ¡Ajá! Los camiones con la gasolina y los BMR de acompañamiento ya han partido… No hay nadie.

El ojo precisa el vacío. (Si paseas un largo rato por el almacén, el ojo se cansa de los objetos). Y cuando aquí, al otro lado de las puertas no hay vehículos, se abre el espacio. Un espacio libre. El ojo desea, ansia lo infinito. O por lo menos algo parecido al polvo de estrellas, una leve nebulosa semitransparente, tras la cual se esconda una infinitud a escala doméstica, para jugar con ella a las cuatro esquinas o a la gallina ciega haciendo trampas.

¡Bien! Aquí llega Gusártsev. En su ágil cuatro por cuatro. ¡Hay que ver qué estilo! ¡Igual que todos los del Estado Mayor! No es un coche, es un corcel. Claro está, por estos pagos no hay un solo cuatro por cuatro

de marca. Los GAZ-69, esos viejos cacharros del ejército, son los que abundan en la Chechenia castigada por la guerra…, y son los que todo el mundo llama orgullosamente todoterrenos.

Mientras frena, Gusártsev me grita a plena voz que el segundo convoy no se formará hoy… ¡Ni hoy ni mañana, Sa-sha! Desconoce las causas. No ha podido ni llamar por teléfono. (¡Como si estas cosas se comunicaran por teléfono!).

Se detiene y me insta con brío:

—¡Vámonos, Sasha! La reunión sobre la distribución planificada se adelanta una hora.

—Saco el coche.

—¿Para qué? ¡Con el mío nos sobra! También tengo que regresar.

Kolia Gusártsev ha sacado el pañuelo y se seca el sudor de la frente. Honrado sudor de currante acalorado que necesita, que merece refrescarse, sí, señor… Ha bajado del coche con ese único objetivo. Y ahí está el tío, expuesto al viento, pañuelo en mano, olé.

Un par de minutos después, ya hemos partido. (El tiempo justo de recoger unos papeles del almacén y dejarle una nota a Kramarenko).

No habrá convoy, pues qué mal. A eso hemos llegado…

¡Hay que joderse! ¿Es que no queda nadie capaz de llevar un convoy? ¡No hay manera de enviar a la buena gente siquiera un miserable barril de gasoil! Y si no hay movimiento, no hay vida… Ya no es sólo el meollo propiamente dicho, el modus vivendi, es que hasta las menudencias me contristan, como, por ejemplo, el simple hecho de no poder disfrutar de la salida del convoy militar. No ver el polvo detrás de los vehículos, ni las ocas volando por encima.

Kolia me ha confirmado lo que se venía respirando, que estos días los chechis se han desenfrenado. Están en todas partes. Se meten hasta en las comunicaciones, penetran en
nuestros cifrados. ¡Y el cambio de cifrados es de manicomio! Pronto estarán al corriente literalmente de todo: el qué y a quién. Y por qué carretera se realizará el suministro.

Mucho parloteo, pero todavía no me ha hablado de la venta de aquellas metralletas a los chechenos. De mi ahogado UAZ lleno a rebosar de segmentos de raíl, ni una sola palabra… No ha dicho ni mu, pero al parecer pensaba comentarlo. Diría que me estaba preparando. Tal vez las metralletas vendidas a la chita callando ya no le dejaban dormir dulcemente.

—En el distrito Stáropromislovski, Sasha, se quemó el almacén.

Armas, básicamente… Ahora mismo lo están vaciando, deprisa y sin formalismos, en plan venga-venga.

—¿Y qué?

—¿Por qué no nos agenciamos algo?

Por mi parte no ha habido reacción alguna. Yendo sólo dos y teniendo camino por delante, no hace falta entrar de inmediato en todos los asuntos.

Pero Kolia no me ha dado tregua, enseguida ha comentado la posibilidad de colocarles una remesa de armas a unos chechenos «pacíficos» de las montañas. Los «pacíficos» son, digamos, los que no están de parte de nadie. O sea, son neutrales. A lo mejor, incluso son de nuestro bando… Así que vendérselas a ellos no es necesariamente ilegal, o no tanto, vaya…

—Ya, pero lo más probable es que mañana se unan a la guerrilla.

—¡Y qué más nos da, Sasha!

Al parecer, trataba de recibir de mí por lo menos una aprobación genérica, aproximada.

—Tú mismo, Sasha, siempre has dicho que el negocio, si va en serio, tiene tendencia a ampliarse… Es decir, por intentarlo que no quede. ¿O te me vas a rajar?

Gusártsev, con tal de convencerme, empezaba a presionar. Pero como mochuelo yo conozco mi olivo. Nuestro negocio es de gasolina-gasoil, va bastante bien, es sólido… ¡Para qué queremos más!

—No vamos ni a probarlo—he sentenciado, y, sin saber por qué, me ha entrado la risa.

Kolia, incapaz de ocultar su irritación, ha acelerado. A fondo.

—De todos modos, los chechenos te lo van a pedir hoy. Ya verás. Ya los oirás… Hoy mismo.

Es posible… Aparte de la reunión sobre la distribución, en el Estado Mayor hoy tocaba un encuentro breve con la autoridad local, con los chechenos que combaten en nuestro bando. Es posible que acudan también los «pacíficos». A pedir… A ésos y a eso, a los «pacíficos» y a las metralletas, se refería seguramente Gusártsev, aunque hiciera como que hablaba en general. Claro, hombre, si me apuras, siempre se pueden juntar unos cuantos AK rebañando en nuestros propios almacenes.

No sé en qué pensaba Kolia, pero yo, arrancado del nirvana de la carretera, me he mosqueado. El hombre de almacenes debe ser tan avaro como cauteloso. Almacenista, cuida tu virginidad…, porque nuestros chechenos mañana sin ir más lejos venderán las armas a los

no-nuestros. ¡Cuídala doblemente!

Suministraré a los chechenos ropa de campaña, eso es, uniformes, un poco de gasolina y van que chutan. Pero ni un cañón. Además, no tengo casi nada. ¡Ellos deben de tener más que yo! En cualquier aldea de montaña van más que servidos… Cualquier chavalín, cualquier mocoso que haya cumplido los diez años lleva un AK colgado del hombro, y si se presenta la ocasión, la criatura dispara sin pensárselo dos veces. Reacciona como un galgo ante cualquier cosa que se mueva con cierta rapidez. Sea lo que sea o quien sea, corra a donde corra, tendrá al chaval detrás (si eres tú, detrás de ti), siguiéndole con el cañón, manteniéndole en su punto de mira. Disparará o no, quién sabe, pero seguro que moverá el cañón. Como detrás del pato que alza el vuelo. Ya es algo instintivo.

Conque ya lo sabes, para que ningún cañón se fije en ti procura evitar los movimientos bruscos… Aquí no hay otra.

—Sin movimientos bruscos—he pronunciado de repente en voz alta.

—Vale, vale, está claro—ha refunfuñado Kolia Gusártsev picado, dándose por aludido.

No he podido por menos que sonreírme. ¡Cada loco con su tema!

En este momento nos hemos apartado para dejar paso a un convoy en la estrecha carretera. Van a velocidad de tortuga, de Grozni a nuestra Jankalá… El todoterreno con los jefes, los camiones, dos BMR, con un buen puñado de soldados de omon[24] viajando sobre la chapa. Se ríen. La guerra es una cosa divertida… A veces.

Gusártsev de nuevo dando la lata. Echa miradas a los BMR… Kolia, según parece, se ha propuesto sacudirme en serio, como se hace con el manzano para pillar al menos lo que caiga.

—*¿Y* si tú, Sasha, hablarás con esos chechenos al margen del Estado Mayor?

El coche se desliza por la carretera llana. Justo a tono con su pregunta escurridiza. Y yo todavía creía que no eran más que palabras, charlatanería.

—No hay de qué… No hay nada de qué hablar, Kolia.

Me he acostumbrado y me gustan estas salidas a Grozni… Sobre todo, cuando el día es soleado. Sobre todo, cuando conduzco… Pisas el acelerador y recibes a cambio ese vientecito ligero de verano que se te sube a la cabeza, que emborracha.

Cálido, envolvente y embriagador… ¡Qué gustazo este airecillo que te lame la cara! Los cielos lo producen sólo y nada más que para ti.

(Como un artículo exclusivo y desechable en pleno verano). Y lo primero que te pasa por la cabeza es que no hay guerra. No la hay y punto. No. Disparen o no, no importa. Ahora mismo no la hay.

Los boscajes… Esos espacios pequeños pero traidores. Es el tramo menos inteligible de la carretera a Grozni. Se ve todo y a la vez no se ve nada. A la izquierda se ubican unas ruinas rematadas. Del todo abandonadas, aún siguen emanando hostilidad… Fue más o menos por aquí donde mi resuelto sargento Sneguir recogió a esos dos, a Alik y Oleg… En alguno de estos boscajes… Los dos llevaban sus metralletas. Vistos de lejos, unos chavales como tantos otros.

De cerca tampoco son mutilados, a menos que te fijes en sus ojos enfermizos: llorones y algo dementes los de uno e intensamente endurecidos los del otro.

Hoy, al volver, no estaría mal pasar por estas ruinas ajenas mientras aún sea de día. A Kolia y a mí nos apetece pensar que volveremos pronto.

La pequeña explanada frente al Estado Mayor estaba repleta de vehículos, sin embargo, hemos podido aparcar.

«A la unidad militar n.°…: Gasolina, gasoil…». Pero están en las afueras de Vedenó. No hay quien llegue.

«A la unidad militar n.°…: Aceite lubricante espeso (Medio barril… Para los instrumentos de orientación…)». ¡Eso está chupado! En la zona de Gudermés. Se lo enviaremos enseguida. ¡No es cuestión de racanear! El lubricante podría espesarse, perder calidad y, con esto, dejaría de ser útil.

«A la unidad militar n.°…: Lanzallamas de infantería Shmel, 10 unidades…». Estos están muy cerca. Les mando el pedido con el primer convoy. Por ahí tengo que tener esos Shmel, a ver dónde los guardamos. Kramarenko, recuerdo, los encargó justo para esta unidad militar.

«A la unidad militar n.º… Una solicitud antigua. Gasoil…». Se encuentran después de Shalí pero antes de Vedenó. Creo que ahí los contactos son de Ruslán. Es probable que los chechenos nos dejen pasar. Untándoles a cambio, claro. ¿Cómo lo arreglamos, con dinero o en especies? ¡Nada, aumentamos el gasoil y adelante! Debe de haber suficiente para unos y para otros.

«A la unidad militar n.°…: Los helicópteros. Queroseno de aviación…». No descuidar a Vasiliok. Ya tiene el queroseno. Pero que

reciba de más. Que se sienta en deuda conmigo.

A quién, qué y cuánto. Yo y mi lista de suministros… No frecuento el Estado Mayor (mi rango no está a la altura), por eso soy dueño de mí mismo… Mis almacenes son de formato antiguo. Buscando se puede encontrar de todo, claro, pero a nivel práctico sólo se distribuye combustible.

Una vez apuntados los pedidos (y deseos) en la libreta, me he quedado libre, así que he decidido vagar un poco por los pasillos del Estado Mayor. Es un mundo aparte. No es mi mundo… Me resulta algo distante… Demasiado reluciente comparado con mis cochambrosos almacenes. (Mi mundo apesta). Aunque de tanto en tanto me llaman… Y cuando tengo la oportunidad, al igual que tantos otros, aprovecho para curiosear, observar… Para admirar las puertas rotuladas con los nombres y a los valentones de pro transitando entre ellas, auténticos pesos pesados, cargados de medallas y con reputación a prueba de bomba… ¡La guerra!

Guardando las apariencias he paseado por aquí y por allá y he metido las narices en la habitación del fondo, la del final de todo, la más espaciosa del edificio. He mirado adentro… Estaban reunidos. Mirar no está prohibido. (Tal vez estás buscando a alguien y te urge encontrarlo). Luego he dejado la puerta entreabierta, nada, una rendija de un dedo de ancho (como para que cualquiera pueda echar un discreto vistazo sin molestar a los presentes).

Informaba Mamáyev…, un general del Estado Mayor. Se considera que no tenemos a otro provisto de semejante don de palabra, de tanta capacidad expresiva. En cada intervención suya Mamáyev lograba crear una pequeña obra maestra. ¡Palabras resonantes! ¡Comparaciones extraordinarias! Qué pausas más logradas, qué resultona esa manera suya de prolongar elegantemente las palabras previas a la frase importante, la que mejor le ha salido. (Los combatientes, por supuesto, apreciaban poco a Mamáyev. Cada uno a lo suyo… Entre los oficiales que olían la pólvora a diario surgió su mote más popular: *Blablayev).*

Los bravos combatientes, hombres de acción, escuchaban al figurón del Estado Mayor disimulando a duras penas el aburrimiento. Con esa peculiar forma de sentarse, exactamente la misma que he visto junto a mis puertas esta mañana. La de los soldados que pocas horas antes habían salido indemnes de dos tiroteos consecutivos (los despatarrados chicos de los BMR baladores). ¿Simple coincidencia? ¡Se diría que los oficiales de alto rango *copiaban a aquella tropa*!. Idénticas posturas descuidadas, procaces. Rodillas separadas, entrepierna a la vista.

Marcando paquete, sacando hacia delante el montículo genital, el bulto braguetero… Coroneles y tenientes coroneles de combate. Sentados como gañanes que se creen garañones, aquí mis cojones… Debían de oler a sangre y esperma. Y desairaban a todos los que olían distinto.

Y el brillante orador, el hábil bardo del Estado Mayor Mamáyev, seguía perorando. Deprisa, incluso muy deprisa, apenas ha parado para tomar un sorbo de agua, nada, un instante, pero justo durante este gesto rápido, bello, académico, dos de los presentes en la sala han logrado ahuecar el ala. Uno de ellos, el famoso general «de trincheras» Troshin. (Casi no me ha dado tiempo a apartarme de la puerta). Troshin, al salir, ha dado un buen portazo. Sin querer. No ha sido intencionado, pero sí sonoro de narices… Si en lugar de salir se le llega a ocurrir cerrar desde dentro la puerta entreabierta con esa energía, me hubiera partido la frente.

Ni él ni el otro han sido los únicos en fugarse, aunque sí los primeros… Del sucesivo goteo de fugitivos, una parte se ha acomodado en la cantina. He seguido su ejemplo… En el ambiente libre de la cantina los oficiales se han distendido. Y a la hora del té se les ha abierto el apetito. En la barra había unos bocadillos. ¡No estaban nada mal! En la mesa del rincón he visto a dos conocidos de rangos medios… Me he unido a ellos… La hora del té.

En la calle, a cierta distancia del Estado Mayor, pataleaba un checheno de los «nuestros». Me esperaba… Ya estaba al tanto de los pedidos. Los chechenos cuentan con informadores diligentes… Aunque ha sido moderado en su petición. Las migajas del banquete. Lo de siempre: gasolina y un poco de munición para los AK-74. Le he prometido que haré lo que pueda.

En cuanto me he alejado un poco y he encendido el móvil ha entrado una llamada. El alado Vasiliok pidiendo combustible. No es para él…, es para un compadre suyo. (De la época de la guerra de Afganistán). Le acaban de trasladar aquí desde su unidad en las afueras de Petersburgo. Un as. Pilota Sushka,[25] figúrate. Un piloto de combate de primera. Pero es nuevo aquí y nadie le hace caso, no le dan nada.

—Vasiliok… Ya lo sabes, tío… Contigo hay confi, así que sabes que no la doy de oídas. He de conocer a la persona, verle la cara… Organiza una cita.

—Tiene prisa, ¿te va bien ahora? ¿Le aviso que venga corriendo?

—Corriendo, volando, da igual… Pero he de verle la cara.

—Ahora está en Grozni. ¿Quieres que venga a buscarte al Estado Mayor?

—De acuerdo.

—¿Dará contigo?

—Le espero en la entrada.

No ha tardado mucho en presentarse. La entrevista ha sido breve. El as de la aviación parecía inseguro, pero su rostro me ha gustado.

Después he ido a reunirme con los hermanos Gukáyev. Están en el distrito Promislovski. Chechenos leales a nosotros. (Un teip[26] de poca monta, muy de capa caída, que se arrastra por las montañas. Siempre andan mermados de combustible). El encuentro era en un piso… Una de esas entrevistas apalabradas que se celebran en los bloques de viviendas medio destruidos y sin suministro eléctrico de Grozni… ¡Ponen tenso a cualquiera! Las habitaciones a oscuras. Un taburete tambaleante debajo de tu trasero… Y enseguida se entabla un regateo arrebatado. A la luz de las linternas.

¡Sí, es peligroso! Pero estas negociaciones son necesarias. De tanto en tanto nos toca acudir. A mí y a mi pistola.

—Te busca la madre de Vladímir.

Como si se tratara de la Virgen de Vladímir, el icono… Sonaba igual. Es la bromita, el chistecito típico de aquí. Pero a veces tiene su trasunto verídico, terrestre. A veces se trata realmente de la madre de un soldado de la región de Vladímir. Como en este caso. Sacamos a su hijo del hoyo checheno. Ruslán localizó al prisionero, y entre Kolia Gusártsev y yo ayudamos a desempeñarlo. Posiblemente, ha traído el dinero.

Los chechenos le han devuelto al hijo cerca de Gudermés… Por medio de los leales, ahí está el quid. Los chechenos leales se han precipitado en el regateo, han pagado por adelantado y ahora están esperando la pasta. Sin embargo, en el mundo real el soldado desempeñado todavía no existe como tal. Ha desaparecido… Un fantasma… Del ex habitante del hoyo se han ocupado los del FSB. Mientras estás fresquito, cuando aún no te han extenuado a preguntas los demás, los hombres del FSB han de *aclararlo todo*.

Su derecho es el derecho de la primera noche. ¿Qué recuerda? ¿Un río? ¿Las montañas? ¿A quién ha visto de los chechis conocidos, a alguno de los sujetos de la orden de busca y captura? ¿Ha visto a los prisioneros? Un interrogatorio agobiante, no es difícil de imaginar. El

esclavo del hoyo ceceaba. Después del hoyo, me lo contó Ruslán, no le queda ni un diente. En cambio tiene un bonito edema en la garganta… Pero la madre ya puede reunirse con él. Eso le han dicho.

¿Por qué impiden que la madre se reúna con el hijo enseguida? La madre relaja al chico. Una madre relaja como nadie. La madre reprime la memoria… aunque es de suponer que los del FSB ya le han exprimido toda la información básica. Ahora el soldado es libre de pensar en asuntos ajenos al ejército, en lo que le apetezca. En el cielo nocturno, las estrellas o las musarañas.

He regresado a la zona del Estado Mayor. He buscado… He recorrido el aparcamiento vigilado donde están todos los coches pero no he visto el todoterreno de Gusártsev.

Significa que Kolia tenía otros asuntos en Grozni… ¿Tardará mucho?

Resueltas las gestiones, yo también estaba libre para pensar en lo que me placiera, el cielo nocturno incluido… Pero ya me venía a la cabeza el olor de lo cotidiano, mis almacenes, mi piso-despacho… Mi calvero lunar… La llamada a mi mujer… La tarde tranquila y solitaria (¡y en el fondo feliz!) que pasaría en compañía de mi memoria. Un par de tazas de té… Algo de alcohol, pero muy poquito.

—¡Me cago…!—El reniego me ha salido del alma. Kolia es Kolia. Haber venido con mi coche.

Se me ha acercado la madre del soldado (la que viene de Vladímir) y a toda velocidad, sin saludos previos ni puñetas, ha comenzado a pedirme que le mandara con su hijo. El hijo ya está esperando… Cerca de Gudermés. Ha oído que sale un convoy grande en esa dirección… En un par de días o así, ¿no? Con ése o con cualquiera… Con lo primero que vaya para allí… «Aunque me tenga que tirar en paracaídas», eso ha dicho.

Resplandecía. De veras se parecía al icono.

Se ha sacado del canalillo un paquete grande. Dinero. Ocho mil dólares.

—Pero ¡cómo lleva eso encima, Ksenia! ¡Se ha vuelto loca! ¡Ksenia Petrovna!

—No pasa nada—sonreía ella.

—¡Debería haber dejado el dinero en su comité! Lo habría recogido después.

—No pasa nada. La gente me ayuda… Todos me ayudan…

Estaba tan radiante, tan feliz por haber encontrado a su hijo que me ha entregado mil dólares por encima de lo acordado. Va y me dice esto

es para usted, mayor Zhilin, para usted personalmente… No lo he aceptado. He cobrado mil, mi cuota de servicios, la del comité de madres. Es la cuota estándar: mil dólares.

—No hacen falta ocho. Son siete, usted lo sabe. Siete mil es lo justo para los chechenos.

Ella insistía en dármelos. Como agradecimiento… Me he limitado a los siete mil acordados.

No cobro a las madres. ¡Siete! ¡Qué enmarañados son los cálculos chechenos! Al negociador… Al intermediario… Al señor de la guerra… Entre montañeses anda el juego, allá se las compongan ellos con sus repartos.

—Guárdelo…—Le cojo resueltamente la mano y le cierro el puño sobre los mil de marras—. Usted, Ksenia Petrovna, los necesitará… ¿Y si toca ayudar al hijo con esos dientes suyos aquí mismo?

—¿Qué pasa con los dientes? ¿Qué?—Se ha alarmado.

—No, nada. Era un decir… Yo qué sé, allá no comería muy bien, digo yo…

Por un momento se ha tranquilizado. Se ha vuelto a iluminar.

—¿Y si fumo un cigarrillo? ¡Nunca he fumado!—Estaba increíblemente acelerada.

En momentos así el alma pide algún agarradero, cualquiera, el más socorrido.

—No es bueno, no debería acostumbrarse.

—Fumaré…

—¡Ksenia Petrovna!

Más de una hora nos hemos tirado esperando a Gusártsev. Cuando Kolia ha aparecido, ella volvía a fumar y a toser.

Podemos regresar… En pocas palabras dichas deprisa, entre dientes, Kolia me ha hecho saber que su ajetreo por Grozni no ha sido en vano. Sus andanzas por los bloques de viviendas abatidos… Los detalles, luego. (No ante la madre).

El camino de vuelta a Jankalá se ha complicado. ¡Hemos partido demasiado tarde! Por suerte, Kolia Gusártsev, mientras conducía, se ha fijado, muy oportunamente, en una lucecita al borde de la carretera… Ya a medio camino de casa. Ya muy avanzada la noche.

No era difícil adivinar un pitillo encendido. He visto al fumador de lejos, apenas se ha vuelto un segundo entre la maleza.

Gusártsev ha frenado en seco:

—¿Oiga? ¿Quién anda ahí?

La voz procede de la oscuridad. (Habría podido pasar de contestar).

—Tenemos que hablar.

Una voz chechena, nocturna y decidida. Un acento que no veas, más fuerte imposible.

—¿Piensas seguir mucho rato escondido entre los arbustos?—ha gritado Kolia, burlón, acariciando el volante—. Sal a la carretera. Déjate ver, coño, ¿cómo quieres que hablemos si no?

—Tú también sal un poco… Acércate.

—Claro que sí, hombre, eso está hecho…

Yo, por si acaso, me he vuelto para prevenir a la mujer. No era preciso, ella, comprendiendo las circunstancias, ya había agachado la cabeza. De hecho, no se la veía, así que he localizado a tientas su nuca y, por mayor precaución, le he presionado más fuerte hacia abajo, casi obligándola a tumbarse en el asiento… «Sí… Sí… Sí…», susurraba ella para dejar claro que había entendido.

Entonces hemos abierto las puertas con más libertad. Gusártsev la suya, la izquierda, yo la derecha. (Los subfusiles sobre las rodillas).

Gusártsev ha insistido, ha gritado más alto:

—Hecho, tío… Venga, sal.

Y ha avanzado el coche unos cinco o seis pasos, no más… Ha habido un movimiento en la maleza, pero nadie ha salido a la carretera. Es decir, ahora empezarán a disparar.

¡Para, para! Enseguida Gusártsev y yo hemos abierto fuego. Cada uno ha sacado su cañón por el hueco de su portezuela, apoyando un pie en el suelo y… ¡fuego! ¡Fuego! Nos hemos adelantado. Nada, un par de segundos.

En cuanto ellos han comenzado a disparar, nosotros hemos reculado… ¡Deprisa, deprisa! Hemos retrocedido un poco.

Justo a tiempo.

Un instante de silencio. Y acto seguido en los arbustos ha estallado un grito. Un auténtico aullido. Le hemos dado a alguien… ¡Joder, cómo chillaba! Al parecer le han tapado la boca. Pero se ha arrancado la mordaza, se ha liberado y se ha puesto a chillar de nuevo como un verraco.

Le han sacado de allí… Los gritos se alejaban. Aunque incluso a distancia los oíamos con claridad.

¿Se ha levantado toda la emboscada… o sólo una parte?

En el asiento trasero llevábamos también un lanzagranadas acoplado. Lo he cogido, pero Gusártsev ha dicho: espera.

Pues eso, a esperar, quietecitos, como espantados por el silencio y la brusca interrupción del tiroteo. El motor rugía ligeramente.

La madre del soldado ha levantado la cabeza. Le he dado un respiro a su cuello… Luego he vuelto a bajarle la cabeza hasta el asiento. El contacto con el polvo acumulado en la tapicería la hacía estornudar.

Pasados un par de minutos, hemos vuelto a avanzar lentamente… acercándonos a los malditos arbustos… Listos para realizar distintas maniobras: dar marcha atrás o bien pisar a fondo… Ellos, cómo no, nos aguardaban.

Les da lo mismo a quién atacan. Dudo de que fueran guerrilleros… Están ahí para hacerse con las armas… Para hacerse con el coche. Para dejarte en pelotas, en resumidas cuentas. ¡La de chollos que se ven pasar desde los arbustos, cómo para dejarlos escapar!

Pero esta vez han pinchado en hueso. Cada día no va a ser fiesta.

Ni siquiera hemos tenido que disparar de nuevo… Por puta casualidad, en el primer tiroteo le hemos dado a un pipiolo… Fijo que sí, así lloran sólo los jóvenes, su llanto no miente: lastimero, tierno… Préstale oído y te darás cuenta de que no sólo va dirigido a los suyos. También a los neutrales, también a los enemigos. Nada más que un llanto en la maleza, un llanto para todos… En medio de la noche sorda… Aplacando las almas… Mi alma le compadecía. Pero ¡qué le vamos hacer, amigo! La guerra.

De modo que en los arbustos han tenido que ocuparse del llorón…, arrancando, llevándose del paraje su insoportable vocecita aguda… Teníamos que aprovecharlo. No habría mejor momento. Le he dado un toque a Kolia, ¡como si hiciera falta! Nuestro todoterreno ha pasado volando ante el nido de emboscados. Ciñéndonos, arrimándonos al borde opuesto, excediéndolo peligrosamente, casi saliéndonos de la carretera… Por poco no lo contamos, pero nos hemos librado.

Seguimos adelante y ahora, en vez del mozalbete chillón, plañía por lo bajo la madre del soldado.

—Ya puede sentarse—le he dicho. Pero ella se ha quedado pegada al asiento polvoriento. Lloraba. Purgaba el mal rato.

No, no creo que fueran guerrilleros…, sino meros salteadores de caminos ocasionales, un hatajo de muertos de hambre. Gente de las afueras. Con un montón de bocas que alimentar, sin trabajo, sin oficio

ni beneficio, por mucho que Ruslán-Róslik les llame campesinos.

Me han informado mientras me abrían las puertas del almacén. Los mismos guardias. Mis tarados, mis inofensivos sonados de las bombas se han dado al piro. Se han fugado. Hoy…, al caerla noche…

—¡La madre que los…!—No me lo podía creer.

Qué gran cagada. Como una casa… ¡Joder, qué par, qué pena de chavales! ¿Cómo pueden ser tan burros?

—Se las arreglarán, camarada mayor. Los muchachos han estado en combate—trataba de calmarme Kramarenko.

—¡Qué combate ni qué mierda, si van sin armas! Pero ¡qué imbéciles son!

Por lo visto, uno sí se llevó un arma…

Para el caso, no sabría decir si es mejor o peor.

—A saber cómo se la habrá agenciado, camarada mayor. Habrá que preguntárselo al sargento Sneguir.

—¡Pues hazlo tú!

Estaba agotado… Me moría por pillar el catre. Casi se me olvida, pero, por suerte, antes de esfumarme aún atiné a darle la orden a Kramarenko: ¡ocúpate de la madre del soldado! Búscale donde dormir. ¡Un buen sitio, que descanse! Va por la ruta tranquila a reunirse con su hijo, en la zona de Gudermés… En dos días saldrá un convoy. ¿Comprendido?

Me he retirado a mi guarida. Me he derrumbado sobre la cama… Pero el sueño me ha dejado plantado.

¿Por dónde andarán esos chavales? Vale, los muy capullos se han escabullido hace un buen rato, está claro que ya no tiene sentido buscarles por Jankalá. A menos que la patrulla ya les haya arrestado y estén sorbiendo baba en los sótanos de la comandancia… Allí tirados como dos fardos… Aunque igual no, están sonados pero también es verdad que son experimentados, así que igual han salido a la carretera, han dejado atrás las afueras de Grozni… ¿Y después qué? Ese espacio en medio, esa tierra de nadie… Pedirán a los carros que los recojan… Pero ahora mismo, de Jankalá a Vedenó no pasa ni una columna que no vaya a combatir. Sólo salen columnas en misión de combate. Y un convoy en plena operación militar difícilmente los recogerá. Pasará de largo a toda castaña… No aceptarían ni a una cucaracha encima de la chapa. (Como mucho al volver). Y sin coraza a la que encaramarse, sin un mal BMR que los deje subir a su grupa metálica, los chavales no llegarán hasta

Vedenó. No hay forma de pasar… Está infestado de chechis… Claro que siempre queda la opción de acabar en un hoyo con los campesinos chechenos. ¡Venga, a convertirse en esclavos! ¡A sudar a la intemperie, para variar! Ya aburría lo de rodar barriles, ¿no?

Finalmente he llamado a la comandancia de Grozni. He hablado con el cabo de guardia y hasta le he pedido que despertara al oficial. Una fuga es una fuga… No sería de extrañar que la patrulla hubiese pillado a los chavales. Podría ser, ahora mismo podrían estar pasándolas putas, enfrentándose a un interrogatorio duro de verdad.

—Dos soldados…—le he repetido al oficial—. Trabajaban para mí… Evski y Alabin… Soldados… No, no han hecho nada. No son mala gente, sólo un poco cortitos.

En la comandancia no sabían nada.

También he llamado al puesto de control principal, en las lindes de nuestro perímetro, el único que da acceso a la carretera en cuestión. Tampoco… En ninguna parte tenían ni idea, nadie los ha visto… Nada, cero… ¿Será posible qué hayan podido atravesar las afueras de Grozni y alejarse de veras?

Una sensación frustrante, descorazonadora. Por la mañana he vuelto a llamar, nada por aquí y nada por allá… Nada de nada.

Han estado ausentes durante tres días.

Pero al cuarto han regresado. Los guardias les han dejado entrar en los almacenes como si tal cosa, como a cualquiera de la familia… Venían hambrientos, derrengados y, sobre todo, avergonzados por el fracaso… ¿Aunque, por qué hablar de fracaso? ¡Depende de cómo lo mires! No los han pillado. En tres días. Conociendo cómo van las cosas en Grozni esto para nada parecía un fracaso personal de los sonados de las bombas en el partido contra las patrullas de vigilancia, como mucho habría que dejarlo en un largo y agotador empate. En aquel momento he pensado realmente en su breve paso (algo así como un mes) por la unidad de reconocimiento. Algo valioso (inapreciable) adquirieron allí durante ese mes… ¡De una u otra manera! Como si lo hubieran absorbido, esnifado, asimilado en su pituitaria… Una especie de sexto sentido, limítrofe al olfato del lobo… Les conducía. Les sugería… Como una brújula orgánica…

Aunque no les llevó a su meta, algo les guiaba.

El primer día no les reñí. Ni el más mínimo reproche. Nada de repetirles por enésima vez que sin mí no tenían ninguna oportunidad de

reincorporarse a su unidad… De hecho, ni siquiera quise hablarles a su regreso. Hasta el tercer día no ordené que se presentasen en mis dependencias… Cuando tuve constancia de que estaban lo bastante recuperados. Tanto, por lo menos, como para haber vuelto a rodar barriles con los demás cargadores.

Kramarenko les acompañó hasta mi despacho. Acto seguido nos dejó solos. Aunque se quedó al otro lado de la puerta, pendiente, por si las moscas… Soy muy consciente de cuándo se acumula la ira en mi interior.

Realmente me puse hecho un basilisco. ¡Dios, cómo grité!

Comencé por Alik, que, dentro de lo que cabe, es el más cuerdo:

—¡Tú, sí, tú, mírame a la cara, pedazo de hijoputa! ¡Confié en ti, desgraciado, te di cuartel y vas y me haces esto, así me lo pagas! ¿Crees que me lo merezco, eh, crees que me merezco comerme tu mierda? ¡No bajes la vista, nenaza, mírame a la cara te digo, míramela bien porque no pienso volver a darla por ti, a mí no me la juegas más, hazme otra como ésa y te arranco los cojones con las uñas! ¡A ver si te enteras, mamonazo! ¿No te das cuenta de que has estado al borde del abismo? ¡La madre que te parió! Y ya no hablo de los chechis. Me refiero a los nuestros… ¿Qué? ¿Echáis de menos los interrogatorios? ¿La celda fresquita y bien ventilada? ¡Ibas sin el arma, so gilipollas, sin el arma! ¡A quién se le ocurre, capullo! Podían haberte tomado por un desertor… ¿Sabes qué pasa si te toman por un desertor, puto subnormal?

No me acuerdo de todo lo que solté. Ni siquiera Kramarenko, que estuvo a la escucha detrás de la puerta, se acuerda bien. O le da corte reproducírmelo. Sólo me dijo que sudó la gota gorda… Que tuvo que echar mano del pañuelo para enjugarse la frente y el cuello varias veces… Y que la puerta casi se bamboleaba de los gritos, que hasta él se echó hacia atrás en algún momento. El bueno de Kramarenko, aunque no era más que un testigo auricular, tuvo la sensación de que le claveteaban el cráneo.

Cuando gritas a alguien, te apegas a la persona. La bronca establece vínculos de cercanía, no sé por qué. Con cada amenaza, con cada insulto, los dos se me hacían un pelín más queridos. Es lo que ocurrió.

Eché a aquellos chalados casi a puntapiés y luego llamé a Kramarenko y saqué el vodka. Para no beber a solas.

El que preguntara, enseguida los cogería por la garganta: ¿Cómo os habéis separado de vuestra unidad militar? Todos los que andan sueltos son presuntos fugitivos… ¿Qué clase de explosión fue si los dos

resultaron heridos a la vez? ¿Qué proyectiles, de qué calibre? ¿Tienen los guerrilleros cañones de ese calibre? ¿Y cómo es que ellos, heridos por la explosión de marras, no se perdieron el uno al otro?… ¿O es que iban cogidos de la mano… como los parvulitos? ¿No lo recordáis o no queréis acordaros?

Los separarían. Y a buscar la culpa oculta… La culpa sepultada entre los dos… ¿Por dónde estuvisteis vagando durante tanto tiempo? ¿En qué desfiladero os atacaron los chechis? Encontrar la culpa del soldado es casi una alegría. ¿Un desertor o tan sólo un cobarde? ¿O tal vez es de los que llaman chacales a los oficiales y si se presta la ocasión les disparan por la espalda?

Todos los que interrogan son iguales. Para empezar, disfrutan con ello.

El chaval empieza a arrepentirse. El chaval repta a sus pies. Sí, es culpable. Es culpable de haber sido herido… ¡Lo admito! ¡Lo confieso! El chaval incluso se precipitará a firmar. ¿Dónde…? ¿Aquí? Ahora mismo, señor, a sus órdenes, lo que usted diga… ¿Eh…? No, no, qué broma ni qué… De veras que va en serio, qué voy a discutir, ni una coma discuto… Vaya, este boli… ¿Puede pasarme uno que escriba?

Ya está. Sólo les pido que no me dejen, que no me abandonen… *¡Tranquilo, soldadito, tranquilo! El papelito que has firmado no te dejará ni te abandonará.*

Ya era hora de dejar de pensar en ellos. Hora de retirarme… A mi calvero lunar… Respirar… Acariciar la oxiacanta… Llamar a la parienta. ¿Cómo está, cómo va todo, como se apaña con la obra?

—¿Qué te ha pasado, Sasha?

Por mucho que quieras esconderlo, la voz te delata.

—Nada.

—Anda, cuéntame…

—Cuéntame tú… ¿Qué tal la niña? ¿Habéis decidido lo del colegio nuevo?

Después de la comida han traído al soldado de guardia para que le identificara, lo había abatido un francotirador en el suburbio de Jankalá… Uno de mis hombres… De mis almacenes. ¿A éste qué narices le faltaba? Llenaba el buche, no pasaba frío… ¿Por qué huyó, qué buscaba? Seguro que no esa mancha en el pecho, justo debajo del corazón. Seguro que no ese trozo de lona en el que lo llevan.

La cabeza saltaba vivamente sobre la lona… ¿Qué tenías debajo del

pelo, rubito, adonde creías que ibas? Lo mismo les espera a los chavales si se les ocurre intentarlo de nuevo… Y no digo a medio camino, ¡en el primer kilómetro de la zona de nadie encontrarían su bala! Y casi sería un milagro si la cabeza muerta de Oleg o la de ese tartaja de Alik saltaran así sobre un trozo de lona, es decir, si volviéramos a verlos aunque fuera en brazos de improvisados camilleros que trajeran sus cuerpos… Con lo sencilla que es la opción habitual: te cogen de las manos y de los pies, te balancean y… ¡epa! A la cuneta… A pudrirte entre la hierba, quién va a encontrarte allí… En el fondo, ¿a quién le interesa para qué sudaban en el almacén, para qué han vivido, para qué rodaban con tanto afán los barriles estos dos chalados?

Me he levantado temprano, Kramarenko todavía antes: me ha recibido en las puertas. Por poco nos chocamos.

—¿Qué tal los conductores? ¿Alguno borracho?

—Todos bien, camarada mayor. Les he hecho respirar. Uno a uno.

Es decir, han respirado a la cara de Kramarenko, a su infalible nariz, aduanera de alientos.

Enviamos cuatro camiones con barriles de gasoil. Tienen orden de unirse al convoy en el lugar de la formación final, en la salida de Jankalá. Así lo ha dispuesto Guschin, que es quien conduce la expedición.

—Saca los vehículos.

—¡Han comenzado a salir ya, camarada mayor!

Por ahí cerca he visto merodear a Álik y Oleg. ¿Qué hacen levantados tan pronto, a qué viene ese madrugón?

—¿Tú los has despertado?—le pregunto a Kramarenko.

—En absoluto, camarada mayor… Ha sido cosa de ellos… Se ve que anoche se enteraron de que había convoy.

—Pero ¡el convoy va a Gudermés! ¿No has escuchado el parte?

Kramarenko parpadea. Ha escuchado el parte… Está al corriente, pero… ¿y si de pronto hubiera cambio de planes? Una orden de última hora que, por ejemplo, redirija el convoy al maldito Vedenó. ¡No sería la primera vez! En tal caso habría que aprovecharlo, endosar a esos tarados cuanto antes. Por lo que veo está hasta la coronilla de cuidar a nuestra pareja de inútiles de guerra.

—Oiga, jefe, no me mire así, a mí que me registren… Ellos… Han sido ellos mismos, camarada mayor. ¡Quién iba a despertarlos!

Ahí estaban los dos, pateando el polvo de pura impaciencia, quizá ni habían dormido.

Échalos de aquí, le he dicho a Kramarenko. Que vuelvan a la cama… Y búscame a toda prisa a esa paisana de Vladímir, la madre del soldado, Ksenia… Ksenia Petrovna. La pobre lleva días esperando. ¿Dónde la alojaste? Manda a alguien que la traiga… ¡Deprisa!

He dirigido el primer camión desde el estribo. Lo he conducido fuera del territorio… Lo he detenido de tal modo que quede espacio suficiente para otros tres. Una maniobra obligada. Es importante cómo se mueve el primero. Luego los conductores ya se aclararán entre ellos.

Ha sido entonces, en medio del ajetreo, en la turbia madrugada, cuando…

He vuelto al perímetro de los almacenes, caminando por el sendero ya no me acuerdo adonde. Tranquilo, a mi aire… Aquí mando yo. Así que voy al ritmo que me salga de las narices… Y a este paso mío, el paso lento del amo, se han sumado Oleg y Alik. Mis dos tarados por las bombas… ¡Por qué no se van a dormir, joder! Pero ni siquiera les he levantado la voz. Tenía otros asuntos que atender.

Álik ya estaba a mi altura. Ahora se pondría a pordiosear.

—C-camarada mayor…—Se le caían las lágrimas.

Pero es que se le caían siempre. Por el ojo izquierdo… Sabiéndolo, el soldado ya había aprendido a librarse a ratitos del líquido salado. Vaya si lo había aprendido… Alik hacía como si se girara hacia un lado y de pronto sacudía la cabeza con un corto y seco latigazo hacia el otro, un gesto bastante hábil…

He seguido la trayectoria de una lágrima. He volado como la trazadora. Visible para el ojo… Por encima del asfalto desgastado de los almacenes… Y he caído plácidamente sobre el polvo.

—Ya es hora d-de que volvamos a nuestra unidad… Camarada mayor… Ya… c-cumplimos el mes, ya p-pagamos el p-precio, ¿o… o n-no?

Su amiguito, el soldado Alabin, se ha quedado visiblemente atrás. Oleg nos seguía a una distancia prudencial. ¿Por retraimiento? (O más bien cubriendo la retaguardia, protegiendo nuestra conversación?).

De repente lo he pillado. Era de risa… Ahora estos chiflados me ofrecerán dinero.

Si la cosa está parada… Si la cosa no se mueve, a lo mejor hay que lubricarla, ¿no? La genial idea ha iluminado las cabezas de mis chicos.

En un momento dado, mientras trataba de persuadirme de que tienen que llegar obligatoriamente a su entrañable unidad militar, Alik, echando miradas cautelosas a diestro y siniestro, se ha parado. Yo, sin

querer, también. Los dos ahí
plantados, codo con codo. Álik ha metido la mano en el bolsillo-cápsula de su guerrera…, esos bolsillos que confeccionan los mismos soldados. (Por sugerencia familiar. Unos bolsillos amañados…). Y de allí, doblado y redoblado, ha extraído… un billete crujiente.

No sabía si reírme o enternecerme. No le he llamado al orden. Sólo he seguido con la mirada otra lagrimilla del soldado. Esta vez ha volado mal, ha caído como un escupitajo en su bota.

El billete pescado con la punta de los dedos en esa estrecha funda… El billete verde doblado ocho veces.

—Envíenos a n-nuestra unidad. A los dos. P-por favor… —tartamudeaba con otro ímpetu, como más vehemente.

Parecía espoleado por la emoción… Y encima va y me explica que su madre se lo había aconsejado… Si tienes dificultades, saca el dinerito. La gente no deja de ser la gente, incluso en la guerra.

—Mi madre es un c-caso. Es m-maestra de escuela, ¿s-sa- be? De primaria. Llama a cualquier b-billete dinerito…

Otra madre, he pensado.

He aceptado para no desairar la confianza de los chavales. Mejor no contrariarles… Que se calmen… Sentía la presencia invisible de la madre de Alik. Ese instinto ancestral de las madres, esa astucia aprendida, esa conmovedora, precavida ingenuidad… El consabido recurso que las tranquiliza, ese truco que es un secreto a voces, el bolsillo-cápsula y el billete de cien de socorro.. ¡La buena mamá de Petersburgo!

Lo acepto y lo devolveré. En mi bolsillo estará a salvo, más seguro… ¡Parece mentira que a nuestros cargadores borrachines se les haya escapado este tesoro, cien dólares!

Un flash instantáneo ha iluminado en mi mente la escena de la futura despedida. Cuando Jvor los conduzca a Vedenó. El o Kostomárov (¡cualquiera de ese par de propietarios de largos apellidos, los añorados, los únicos fiables!)… Entonces lo haré. Cuando ubique a los chavales en el convoy a punto de partir. Cuando los dos ya estén sentados en la coraza del BMR, les devolveré el *dinerito.*

Haré como si de pronto me acordase, como si hubiera estado en un tris de olvidárseme… ¡Diablos! Y deslizaré, meteré, embutiré en la mano de uno de ellos este billete… Todavía os podrá ser útil, chavales. Les cogerá tan de sorpresa que se quedarán desconcertados y, tardos como son, no atinarán a rechazármelo antes de que arranque el BMR.

Y cuando arranque, yo, aliviado como si me hubiera quitado una tonelada de encima, gritaré a sus espaldas tras la polvareda: «¡Recuerdos a mamá en Petersburgo!».

Conduciendo mi UAZ, el cuatro por cuatro, salí lentamente a la carretera. Girando hacia atrás la cabeza vigilaba el serpenteo de mis cuatro camiones de combustible. Afiné el oído. Los barriles estaban bien sujetos, no traqueteaban. Los conductores eran duchos e iban sobrios.

¡Por fin! Ya estaba aquí la madre de Vladímir. Si se descuida… Franqueó las puertas y se vino corriendo hacia mí…

Frené para que subiera al coche.

—Me he despertado tarde, por poco lo pierdo—se disculpó jadeante.

Asentí sin comentarios.

Fuimos al punto de la formación del convoy, estaba en la salida de Jankalá… Pronto amanecería… La madre del soldado se había vestido bien para el encuentro con su hijo. Me fijé. La ropa era cómoda, sencilla. ¡Sin embargo, se notaba algo festivo en su aspecto!

Apenas conduje los camiones fuera de Jankalá, la madre, callada hasta entonces, se despertó. Apenas mi cuatro por cuatro se paró… Las palabras se le escapaban como garbanzos de un saco rasgado… ¡Iba a ver a su hijo! ¡Iba a verlo!

¡Lo vería! No cerraba la boca. Ya se había informado sobre el hijo: ¿tal vez por Kramarenko? Hablaba como una cotorra, sin titubeos. El temblor la sacudía… El hijo desdentado encima está sordo. De un oído. El izquierdo… Tendrá que hablar con él siempre sentada a su derecha… Que sí, que sí, que sea como sea, después me dará más dinero… Tan pronto como pueda… Porque me lo merezco, porque soy tan noble que le devolví esos mil de más que me daba, y que (ahora lo sabe) le iban a hacer tanta falta de inmediato. Que nadie le hable mal del mayor Zhilin porque tiene un corazón así de grande, la ha ayudado mucho, muchísimo… Y lo hizo por iniciativa propia… Sin pedírselo… Se lo dirá a todo el mundo. La buena gente no abunda hoy en día… Pero la hay. ¡La hay!

No fui capaz de aguantar más y bajé del coche. Fingí que me urgía fumar. Me siguió… No se callaba… Que no, que no le molesta el humo. Puede usted fumar dentro cuanto quiera, mayor Zhilin… Ella también fuma… a veces. Su hijo fuma. A ver si los cuatro meses en el hoyo checheno le han hecho olvidar este vicio. Cuesta imaginar que le hayan mimado allí… A través de su palabrería distinguí de súbito el chirrido

de las chicharras.

¡Ese chirrido prodigioso es mucho mejor que el amargo discurso humano! Mientras ella seguía hablando yo miraba a lo lejos. Y enseguida divisé el convoy procedente de Grozni. Iba con el alumbrado de cruce.

—Suba al coche—le dije.

Y al instante la madre se apresuró en volver a su asiento. Ksenia Petrovna incluso corrió. ¡Y mientras corría continuó hablando! Aún existen almas puras en el mundo. Y de vez en cuando necesitan desahogarse.

Llegaron los BMR… Y los camiones. (La munición y el combustible). Ya se veía el tanque que cerraba el convoy.

Mis cuatro camiones apuntaron el morro hacia donde les hacían hueco dentro del convoy. No obstante, no hubo manera de meter a Ksenia Petrovna en ninguna cabina. Guschin es testarudo. Guschin no lo toleraría. La mujer y el combustible son incompatibles.

Los BMR casi no se movían. La pausa antes de la maniobra me bastó para introducir a la madre. ¡Un minuto crucial! En ninguno de los cuatro por cuatro, de los tres que venían, había sitio para Ksenia Petrovna. Los caballeros, al parecer, no habían acabado de despertarse, no se habían afeitado con la cuchilla Gillette ni rociado con colonia, y por lo tanto todavía no estaban listos para empezar a pensar en señoras.

Algunos la miraban de soslayo. ¡Con enojo! Para la mayoría era un ligue mío que yo intentaba acomodar lo más confortablemente posible… Así que, lo sentimos, mayor. Así que sólo en los BMR.

—¡Muchachos! —grité esforzándome en sonar alegre a los del BMR más cercano—. Haced sitio. Es una madre… Tratad bien a la madre.

—Uuuu… ¡Vaaaale!—zumbaron desde la coraza. Se animaron al verla… Mamá tenía unos cuarenta años, quizá alguno más. Aunque de buena mañana, vestida cuidadosamente, aparentaba menos.

Pero viajar en la coraza no era la solución. Encima, bien vestida… Con la falda… Los soldados fueron más generosos que aquellos listillos que se habían apañado a tiempo y ahora se sentaban en los cuatro por cuatro. Al momento hicieron salir a uno de los suyos del interior del B M R…, a uno que se había acomodado dentro…, y ayudaron a la madre a deslizarse hasta la plaza que el compañero acababa de dejar vacante en el cubículo del trepidante vehículo de combate. Todo en un pispás, rápida y hábilmente. El soldado arrancado del rinconcito cálido trepó a

la coraza, se sentó con la metralleta encima de las rodillas y se puso a bostezar de modo que daba sueño verlo. Tiene cojones la cosa, pensé como sacudido por un pálpito… Si hay jaleo, fijo que le alcanza la primera ráfaga…

Guschin emergió por unos cinco segundos de su cuatro por cuatro. Megáfono en ristre… dio la voz de mando a los BMR … Me vio, me saludó con la mano. Me gritó algo alegre, pero no por el megáfono (para que nadie lo confundiera con sus órdenes roncas).

Al rayar el alba, el convoy se puso en marcha. Me quedé mirando cómo mis cuatro camiones se encajaban en la fila, en el estiramiento cada vez más rápido de los vehículos de combate. No frenaron a nadie… La maniobra fue como la seda. ¡Impecable!

A medida que avanzaba el convoy se convertía en un solo organismo, se alargaba. Se arqueó lindamente en la pequeña curva de la carretera. ¡Todo un espectáculo! Oí latir mi corazón. Ya cogían velocidad. Ya iban a toda marcha… A veces la guerra es solemne, sensual. En estos momentos exclusivos la guerra impresiona. La guerra incluso promete algo… aparte de las muertes.

La salida del sol era inminente.

Fíjate… Una bandada numerosa cruzó por encima de la manada de vehículos. En ángulo agudo. El convoy y los pájaros iban casi en la misma dirección… Los coches se alejaban y el ruido amainaba, eso me permitió oír los graznidos.

Mi cuatro por cuatro se quedó más solo que la una, parado en la carretera. Con los prismáticos seguí un rato a los pájaros. Todavía eran visibles… De nuevo las ocas no habían querido faltar a la cita.

Capítulo IX

Por fin canta. No puede seguir callándolo, no quiere…

Así que el bueno de Kolia Gusártsev me aturulla con la confesión de que no entregó, sino que vendió a los chechenos las metralletas con las que había llenado a rebosar mi UAZ. Pues eso, que vendió unas cuantas armas, el lote entero, vaya… Y también vendió un tanque abatido, sí, sí… Y, en fin, que le gustaría iniciar el negocio. Conmigo, claro… En paralelo a lo de la gasolina y el gasoil… Si aún no me lo había propuesto, si me lo había ocultado hasta ahora era porque primero había querido probar él solo, por su cuenta y riesgo. Quiso asegurarse de que era capaz. De que podía tener éxito… ¡Y mira, salió bien a la primera! ¿Y por qué no iba a seguir saliendo bien, no te parece?

—Anda que… Ya te vale, tío—digo conteniéndome.

¡Por su cuenta y riesgo, dice, como si no me hubiera puesto en un compromiso con su estúpido trapicheo! ¡Vaya con el oficial del Estado Mayor! Si llega a fracasar, yo ni siquiera habría sabido por qué me detenían. Ruslán, yo… Habríamos caído sin comerlo ni beberlo… ¡Que somos socios, coño! Sólo de pensarlo me dan ganas de estamparlo contra la pared. (Pero evitemos el enfado. ¡De ninguna manera podemos pelearnos!). Venga, ahora los detalles. A ver, Kolia, cuéntame…

Aguanto un rato sin levantar la vista para no dar más pábulo a la cólera. He de conservar la calma… No es un hijo-puta. Ni un avaricioso. No es más que Gusártsev. Si se nos desmandase acabaríamos los tres en la trena. Simplemente es joven… ¡Un memo! He de ser frío con él.

Analizar las cosas tranquila y fríamente. Cuenta, Kolia… A fin de cuentas, y nunca mejor dicho, ya es agua pasada…

Mi viejo UAZ, atiborrado de metralletas, es todo su éxito, su

pequeño golpe maestro, prácticamente lo único que ha hecho en solitario. Sí, vale, a cambio de una buena pasta. Una jugada rápida y rentable, sí, sí… Sin embargo, toda esa movida cuajó y resultó bien por pura casualidad. A ver si me explico, Kolia… Tuviste mucha potra, fue un milagro que el instructor Lúkovkin no se topara con el UAZ cuando rebuscaba en el pantano con ese invento suyo… ¿Cómo le llaman a ese pincho, al garfio ése de las narices? Ah, sí, el Clinton, ¿no? Trato de hacerle entender a Kolia que si en su momento logró engañarme, cosa que me duele tanto por él como por mí mismo, ahora me ha dejado helado con la confesión de su necia imprudencia.

Los ayudantes del instructor, los fortachones de Siberia, fácilmente hubieran podido enganchar cualquiera de las piezas de chatarra que pusiste como lastre. En vez de los subfusiles supuestamente ahogados en el pantano… Igual no habrían pescado un trozo de riel, lo más seguro es que no, pero una barra o placa de armazón era muy probable que sí… El armazón, Kolia, el armazón… ¿Eh? ¿Qué habría pasado entonces? Todo habría podido cambiar en cuestión de segundos… ¡Me imagino el grito! Cuando, de pronto, del UAZ hundido, en medio de un mogollón de burbujitas, ¡eureka!, surge un absurdo trozo de metal oxidado. Lúgubre, mohoso, oscurecido, un testigo de peso que sale a la luz, clinc, clanc, clone, la prueba campanuda del engaño.

¿De qué más presumirás, Kolia?

Además vendió un tanque abatido… Bueno, también es negocio. Gusártsev vendió el tanque a los georgianos, colocó bien la mercancía, si hablamos de dinero. Sin embargo, para trasladar el tanque Kolia pagó a unos soldados profesionales, decididos, bravos pero poco de fiar. Esos tipos no le temen a nada, no tienen nervios, son pura adrenalina animal… ¿Y cuál fue el resultado? Los georgianos no quedaron contentos con los soldados profesionales. ¡Y con razón! Por el camino al desfiladero de Pankisi, el tanque fue desvalijado.

Desmontaron todos los aparatos electrónicos… ¡Un tanque T-80! Menos mal que Gusártsev había cobrado por adelantado. ¡Menos mal que los georgianos eran unos necios! Pero otros georgianos no serán tan necios. Y aunque lo fueran. Los necios, Kolia, tienen la memoria larga.

Le explico que estos chanchullos no son negocio. Se lo explico con calma. Conteniéndome… Que ni de lejos puede llamársele a esto negocio.

Bebemos vodka en mi pequeño despacho-apartamento anejo al almacén número i. Kolia Gusártsev, por lo visto, llevaba tiempo

deseando tener esta charla… Que le aproveche. Que preste atención. Por lo menos es bueno que se haya sincerado.

—Bien hecho, eso te honra—le alabo, y levanto la copa llena.

Con cierta precipitación, todavía algo nervioso, él también alza su copa. Brindamos.

—¡Sasha, sólo fue una prueba! Lo otro está parado, no hay dinero— se justifica demasiado a la ligera.

—¡Déjalo! ¿Por qué entonces me sueltas todo esto justo ahora? ¿Para dar palique, en plan charla de sobremesa?

—Quiero que lo hagamos juntos.

—Entiendo… Juntos… O sea que, ahora, a cuenta de este *juntos* quieres saber mi opinión… ¿Quieres saber cómo veo lo de la venta de armas? ¡Nada más fácil!

Me sube la cólera como lava. Pero una lava fría.

—Esta es mi opinión… Ahí va…

—Espera.

—No, espera tú… Escúchame bien… Los chechenos no te pedirán que les vendas sino que te lo exigirán. ¿Aprecias la diferencia? Ya desde la segunda operación. ¡Desde la segunda, Kolia! En cuanto establezcas el primer suministro desde los almacenes…

No estoy gritando, se lo digo en tono deliberadamente suave:

—A la venta de armas se dedica otra gente, organizada de otra manera. De otro dinero. De otra clase… En cuanto se sepa que en el mercado de armas hay otro jugador…, un jugador de tres al cuarto…, los chechis tomarán cartas en el asunto. Los chechis no vendrán pidiéndote. A ti, so bobo, te apretarán las tuercas, te exigirán a tope. Y más pronto que tarde la cagarás, Kolia… Perdóname la crudeza…

Que se vaya enterando:

—En vuestro Estado Mayor dicen *la he pifiado…, la hemos pifiado…* Lenguaje de petimetres, mariconadas… Vale para sus tejemanejes de salón, pero en este rollo en el que te quieres meter vas a encontrarte chapoteando en mierda desde el primer día, la de todos los pardillos que la han cagado antes que tú y no se la pudieron comer toda antes de reventar, y, al cabo de nada, la tuya propia, porque la cagarás, Kolia, y te la tendrás que comer, te la meterán con un embudo, ya puedes ir haciendo boca…

Me recreo a propósito en las imágenes acres, casi vejatorias:

—Y ya no es sólo cuestión de lo sucio, de lo asqueroso del asunto… Los hombres insignificantes no pueden traficar con armas. Recuérdalo.

La venta de armas es tu muerte. Tu muerte en breve, Kolia.

Continúo en voz baja. Le quiero imbuir lo principal, lo básico, y bajo la voz aún más: tú, Kolia, eres un hombre insignificante. Los dos lo somos.

Se ha puesto pálido. Aunque lleva bastante vodka encima.

Después de una pausa espesa, larga (para que lo asimile), me ablando. Se puede decir que ya le ofrezco las paces:

—Hazme caso, Kolia, dedícate a algo a tu medida. Si tanto te apetece otro negocio… móntate algo a tu pequeña medida. En vez de meterte en camisa de once varas, en vez de patinar rastreando metralletas y lanzagranadas en los almacenes y en los trenes que vienen a Chechenia…, en vez de buscar municiones…, tú, querido Kolia, deberías fijarte en paneles y tableros de madera, clavos y tornillos… Fibrocemento, ladrillos, sacos de hormigón… En los mismos trenes que llegan a Grozni… Sin precipitarse, sin pasarse… Entrar en contacto con la gente de Grozni… Moldear a su gusto un pequeño negocio de materiales para la construcción. Uno modesto, no vistoso. Los materiales para la construcción siempre tienen salida. Siempre hay demanda. Es un negocio seguro… ¡No está mal! Es cuestión de hacerte amigos entre el personal ferroviario… Revisar las vías muertas… Los vagones…

Gusártsev, que ha ido empalideciendo por momentos, mientras me escucha sin decir nada, de repente me interrumpe abruptamente:

—No vuelvas ofrecerme nada parecido.

Es demasiado vanidoso como para dejarse seducir por esa perspectiva.

Me limito a encogerme de hombros: vale… Es tu vida. No volveré a proponértelo… Que no te interesa, pues nada…

Bebemos en silencio.

Hasta que se arma de valor y dispara:

—Sasha… Ya no puedo aguantar más. ¡No hay pasta! Pronto me voy de vacaciones…—Y añade—: Sasha… ¿Hasta cuándo va a durar esta mala racha? Jvor todavía recuperándose de la intervención… ¡Y Kostomárov otra vez de baja con su cagalera! ¡Vaya un stalker! Un stalker-cagón, ¿eh? ¿Esto es vida? Estoy sin blanca, joder. Y las vacaciones a la vuelta de esquina. ¿Qué voy a hacer?

Entrada por la puerta de la compasión.

—Bueno, es lo que toca; por ahora vamos tirando, vivimos, ¿no?

—Tú vives porque tienes un don. Tú esperas tu momento… ¡Eres la

hostia de bueno *esperando*, Sasha! ¡Con qué elegancia *esperas*!

El viejo truco psicológico, tan zalamero como sobado. Cuando uno, copa en mano, se va convenciendo a sí mismo… y a ti, sentado enfrente, te entroniza, te pone por las nubes… Se ve a la legua. Es señal de que todavía no ha desembuchado lo suyo. De que tiene algo más que decir. Algo que le da vueltas en la sesera…

—Kolia… Vayamos al grano.

Suelta una risotada:

—Voy al grano. Más directo imposible… Tú naciste con el don, yo no.

Rezongo. No he nacido con el don. Esta habilidad mía (o don, da igual cómo llamarlo) ha surgido por sí sola y aquí mismo. En la guerra… Dios chasqueó los dedos. Nada más empezar la guerra.

Justo entonces Dios chasqueó los dedos para que el oído humano pudiera percibirlo (el mío resultó el más cercano), y en ese mismo instante a Él, desde su todopoderosa magnanimidad, se le ocurrió: ¿por qué no dotar a este mayor Zhilin de alguna habilidad? En la guerra incluso el más tonto merece un regalito. De tanto en tanto. Por una vez al menos.

Brindamos… Sin embargo, la lisonja de Kolia no por consabida me ha hecho menos mella. Se me ha metido dentro, está cada vez más cerca de mi corazón caldeado por el vodka.

Me doy cuenta y por eso redoblo mi atención, estrecho mi vigilancia con tal de averiguar adonde quiere ir a parar el amigo Kolia Gusártsev.

Sin duda iba a acabar de explicar algo. Pero al final se lo ha callado. Hoy se lo ha callado. Ha decidido que por hoy ya es suficiente.

¡Zascandil! A solas conmigo, a menudo hablaba de los éxitos de otros. Comentaba los de Shumánov…, los de Jvorostinin…, y eso a pesar de que él, el mayor Gusártsev, destaca bastante (si hablamos de los oficiales del Estado Mayor) tanto por su valentía como por su estilo. Podría, creo, caerles bien a muchos si no fuera por esas prisas por pillar su ganga.

El hombre es fácil de instilar. A veces se diría que le excita su propio y sonoro apellido. La verdad es que le queda como un guante. Mi Gusártsev es en el fondo un húsar.

Seguimos hablando… ¡Y Kolia de nuevo se pasa! Admira a Kriyko, cuando el tal Kriyko es simple y primitivamente un hambrón que quiere mojar en todas las salsas: el omnipresente teniente coronel que recorre Chechenia entera como un poseso. Que demasiado rápida y

vanidosamente construye su fama. Cambia a tres árabes por un soldado profesional… Los cadáveres de tres guerrilleros por un esclavo nuestro encerrado en el hoyo… Invierte parte de las ganancias (de cada operación) en desempeñar las placas de identidad de los soldados, los signos de los muertos. ¡A puñados las saca!

Y otra vez le echo un jarro de agua fría a Kolia: este Kriyko es un demente, demasiadas movidas. Y seguramente no durará. Es de los que pronto muerden el polvo. Un maniobrero compulsivo… Está mal decirlo, pero le matarán de hoy a mañana.

Antes de irse Kolia se empecina en tomar copas brindando repetidamente. Esto propiciará que ahora, después de una conversación franca, nuestra relación sea aún más íntima. Estoy de acuerdo: bebo a gusto, hay que relajarse. El día realmente ha resultado duro… La noche me reclama… ¡La señora noche, mi dueña! Enviar a dormir a Kolia… Y esconderme en el calvero lunar… Y, lentamente, una cifra tras otra, marcar el número de casa. Mi hija ya duerme, así que no se pondrá. Pero a mí ahora mismo sólo me hace falta la voz de mi mujer.

No obstante, Kolia no se ha ido aún.

—Lo he entendido… Me lo has explicado muy bien, Sasha. —Y…

—¿Somos amigos?—Me mira a los ojos. Yo aún no he bajado la guardia.

—Estamos metidos en un buen fregado, Kolia. El asunto es serio.

Y otra vez quiere decir algo. Pero no se atreve… ¿Qué se trae entre manos? ¿Qué? Parece al borde de soltarlo, pero al final se reprime.

De pronto Kolia pretende ayudarme y compensar con ello las tensiones de hace un rato. Propone:

—Me llevaré a tus tarados por las bombas, ¿quieres? Los llevaré yo mismo.

Conoce esta preocupación mía.

—Los devolveré a su lugar… Los entregaré directamente a su unidad militar… aprovechando que Bazánov me manda a la zona de Vedenó.

Allí, en las afueras de Vedenó, nuestras unidades militares están mal abastecidas. Tienen dificultades incluso con las conservas, con la carne enlatada… El general Bazánov, el responsable de «los contactos con la población autóctona», manda a Gusártsev para intentar arreglar la compra de alimentos. Pero no con los chechenos, sino, pongamos, con los daguestanos que habitan esa región de Chechenia.

¿Por qué no? El, Gusártsev, llevará a los chavales sin problemas. Y le viene de paso. Se ríe. Como diciendo: ¡a un oficial del Estado Mayor no

hay quien le pare! (Yo no encajo en ese lote, así que para según qué estoy fuera de juego. En los puestos de control no lo entenderían. Un jefe de almacén de Jankalá no viaja tan lejos).

—Me los llevaré de paquete… Voy en el cuatro por cuatro. Solo. Sin escolta.

—Di que sí, mucho mejor que ir dando el cante—lo apruebo.

He sacado el mapa y he pasado el dedo por encima hasta clavarlo en el emplazamiento exacto de la entrañable unidad de mis sanados.

—Sasha. Guarda el mapa… Conozco esa unidad.

De un tiempo a esta parte se ha puesto muy de moda ir volando, conducir a toda velocidad sin la tronante escolta pesada. ¡De moda y encima justificado! Incluso hay una orden tácita: que sean los mismos oficiales quienes conduzcan los todoterrenos UAZ. Las voladuras de carros de combate se han hecho demasiado frecuentes. ¡Demasiadas muertes! Nada impide tirotear un cuatro por cuatro, está claro, pero los emboscados suelen dejar pasar a los que van solos. Un viajero solitario vive más feliz sin los BMR.

¡Es curioso, cuanto menos precavido, más seguro! Los del Estado Mayor han sido los primeros en pillarlo y se han cambiado a los todoterrenos. Y recorren las carreteras a su gusto. ¡Y a gran velocidad! Los chechis tienen miles de estos UAZ (ya que en su momento se los quitaron a la policía federal). ¡Y los trajes de camuflaje son iguales! Así que un todoterreno va como una flecha por la carretera (vete a saber quién lo conduce), levanta el polvo, no frena pase por donde pase…, y nadie hace nada porque nadie distingue a los suyos.

Gusártsev me estrecha la mano.

—Los llevaré, Sasha… Te lo prometo. —Y añade—: Búscales unos trajes de campaña viejos, Sasha, como los que suelen vestir ahora los chechis.

—Lo haré.

—Que estén desgastados. ¡Que apesten!

Kostíev… Con el acento en la *i*… Juntos (y siendo amigos) construimos aquellos edificios tan conocidos en su día y ahora reducidos a polvo a dos pasos de la plaza Minutka. Donde la avenida tropieza con la plaza. *Las grullas*, los llamaban… No sé bien por qué… Quizá por la leve curvatura del tejado, según cómo se mire puede que recordase un poco a un ala de pájaro… Probablemente la gente que se acercaba desde la avenida retenía su aspecto en la memoria… Esos

voladizos rampantes…

¡Quién necesitaba edificios como ésos en Grozni en aquel momento! Lo que se precisaba eran almacenes. Así que nos mandaron a construirlos. Dos, tres almacenes… Cinco… Adosados sucesivamente.

Ahí se fraguó nuestra amistad. Zhilin y Kostíev. Dos ingenieros de construcción… Yo ya apostaba seriamente por mudarme para siempre de mi Kovilsk a su Petersburgo en cuanto se cumpliera mi plazo aquí en Grozni. Trasladar a mi mujer y a mi hija junto con su mujer y su hija. Kostíev prometía ayudarnos con el piso en Petersburgo. Así vivíamos: construyendo almacenes y construyendo planes de futuro. Por la noche Kostíev escuchaba música… Un idilio.

Después, a Kostíev y a mí nos ordenaron dirigir los almacenes que nosotros mismos habíamos construido, *administrarlos*, para ser exactos. Los dos lo aceptamos fácilmente. Un almacén, a fin de cuentas, es un palmo de vida pacífica. Kostíev era un ingeniero asalariado. Yo servía en el cuerpo de ingenieros militares… A mí, cómo no, me lo endosaron porque órdenes son órdenes… En fin, dos encargados, uno ruso y uno checheno. Como es debido.

Kostíev es de origen checheno, pero petersburgués de vieja cuna. Supongo que la pronunciación de Petersburgo ha tenido mucho que ver con su apellido. Inicialmente fue Jasíev… Gasíev… No lo sé… Sin embargo, desde los primeros días de la rebelión fue Kostíev quien observaba de cerca a Dzhojar Dudáyev, lo vigiló al estilo checheno, solícitamente, ojo avizor. Y en cuanto el general Dudáyev subió un nuevo escalón, entró en no sé qué turbio comité y después en la comisión de armamento, Kostíev me dijo: «Sasha, Duda significa la guerra…», lo dijo en voz más bien baja, juntando las puntas de los dedos, apretándolas unas contra otras… Era su discreto tic característico. Los chechenos cultos, ya desde el principio, comenzaron a llamar Duda a Dudáyev. Sonaba menos trompetero, más serio y grave, como una tuba: Duda.

Nuestros almacenes se convirtieron en el vivo retrato del concepto de obstrucción. Tanto los rincones vacíos como los espacios intermedios, todo estaba ahora abarrotado de armas. También hallaron cabida la gasolina y el gasoil. Lo metían todo dentro como si fuera un cobertizo de ladrones. ¡Como si se tratara de género robado! Y la guardia, bueno, la guardia daba risa… Floja, floja, floja. Floja la risa y floja la guardia. Kostíev y yo no dábamos abasto con el inventario, nunca llegamos ni a la cuarta parte del conteo. ¡Una armería en continuo rearme! Los mandamases (tanto los de Moscú como los

chechenos) pretendían que nosotros dos continuáramos administrando aquellos miles de cañones y respondiéramos por ellos. Parecía absurdo pero no lo era tanto… Kostíev comprendió sorprendentemente pronto que nuestros almacenes eran una trampa. ¡Menudo era el checheno! Un olfato formidable. Tan extremadamente sensible como las yemas de sus dedos… Como un órgano adicional.

Reaccionó al primer indicio, la misma noche en que se supo que Dudáyev deseaba subir majestuosamente al escalón más alto del comité… Aquella misma sofocante noche… «Sabes, Sasha. —Mi amigo Kostíev se frotó las puntas de los dedos—. No estoy seguro. Ya no estoy seguro, Sasha, de que tú y yo tengamos tiempo para mudarnos a Petersburgo…». Aquella misma noche bebimos a lo grande. Y hablamos largo y tendido. Nos despedimos llenos de dudas. Yo tenía argumentos *a favor* y *en contra*. Y seguí dándoles vueltas. No logré pegar ojo.

Bajo el manto de la noche reflexionaba: si esto… si aquello… Quería (y hasta contaba las horas) volver a comentarlo todo ya a la luz del día… Pero ya no hubo con quién. De madrugada mi amigo Kostíev se había dado el piro a su Petersburgo. O sea, que pude constatar lo que es la impetuosidad chechena mucho antes que nuestros generales.

Yo sí que me quedé, aunque más que al frente habría que decir en cuadro. De hecho, ya nadie hacía de jefe. Los almacenes estaban abandonados… Me asediaban con órdenes de cosecha propia, con documentos falsos… O también sin ningún tipo de papeles… E incluso, rizando el rizo, ¡con papeles y sellos auténticos!… Había papeluchos firmados por el general Dudáyev. ¡Los había de todos los colores! Cerca del almacén se amontonaba la gente de fuera… Las pequeñas bandas… Deseaban una sola cosa: armas.

¡Dios, cómo gritaban!

A Dudáyev le había conocido antes. En una reunión. Me había echado una mirada rápida pero intensa. Le interesaban los constructores… No sé por qué. A lo mejor, ya estaba al tanto de lo de los almacenes. De que los almacenes se utilizarían para el armamento… ¡A otra cosa, constructores, ya está bien de construir! Ellos (los de arriba) ya sentían, como lo expresaba Kostíev, «la insensatez del levantamiento infinito de paredes».

Y sin embargo, de compadreo, no dejaban de aparentar, todos se mentían entre sí y se quedaban tan panchos, seguro que nadie se creía a nadie en aquellas reuniones delirantes, pero la cuestión era tirarse el

moco, así que quien más quien menos faroleaba de lo lindo… Hay que construir así… Hay que construir asá… Y mientras tanto yo allí solo, sin Kostíev, no decía ni pío. Recuerdo que hasta hubo quien se hizo el suspicaz: ¿y éste, *el de almacenes*, por qué siempre está callado? ¿Qué le pasa? Pero ni por un momento quise seguir su juego. No abrí la boca. Su falsedad me producía náuseas.

En una pausa se me acercó Dudáyev y, dándome unas palmaditas en el hombro, me dijo: «Te has portado bien, mayor, buen silencio el tuyo». Y añadió sonriendo: «Sabes quedarte en la sombra».

Dudáyev penetraba en la esencia humana rápida y fácilmente. Conmigo habló incluso con cierta complicidad. Con respeto sería mucho decir. Yo aún no era ni yo. Entonces aún no.

Algo, como una señal, me vino de los cielos. ¡Chas! ¡Chas! Algo que sólo pasa cuando Dios, desde sus alturas geniales, condescendiendo a una mierda como nosotros, de repente chasquea los dedos.

Aunque nublado por el alcohol me valoro con cordura… Si hay suerte, el don (o como se llame mi habilidad) encuentra al hombre a su medida. El don se nos da en la mesura acorde. El hombre tropieza con su don como con una piedra. Recógelo y, hasta nueva orden, guárdalo bien.

Si en aquellos días turbulentos, ventosos, hubiera tramado dedicarme a la venta de armas (ni que hubiera sido por probar, y ocasiones no faltaban), ahora llevaría ya una buena temporada en el otro mundo. La gasolina, el gasoil, ahí está mi techo. Pero entonces aún no lo había descubierto. ¡Chas, chas!

Las alabanzas de Kolia Gusártsev, el aderezo del vodka. Y el miedo por Kolia… Por el UAZ de marras lleno de metralletas.

Apetece otro trago. Pero lo justo para no envolver las atalayas o los faros de la borrachera en el delirio. Para que no me desborde la ola que me trae el vodka… Kolia se ha ido, muy oportuno… Por fin solo… Sin nadie… Conservar la ola dentro (para mí). Que se agite ahí dentro. Que suba y baje. La ola… Que azote o relama la piedra.

¿Acaso ya es de madrugada? Los pájaros se han despertado en los árboles. ¡Chas! ¡Chas!

Cuando por la mañana Ruslán-Róslik comienza, como si le hubieran dado cuerda, su manido discurso sobre la amistad auténtica de los montañeses, me limito a sonreír. Y le cuento lo de mi amigo, fugado tan a tiempo a Petersburgo… ¡Qué raudo! Se largó sin esperar a la

mañana… ¡Y eso, Róslik, que había verdadera amistad!

Róslik se inflama al instante:

—¡Ha caído mucha agua desde entonces y tú aún te acuerdas! ¡No está bien!

Está que arde. Le brillan los ojos… Gesticula:

—¡Kostíev! ¡Quién es este Kostíev tuyo! Ni siquiera es checheno. ¡Ni su apellido es checheno!

El nacionalista belicoso es, normalmente, un hombre mezquino, tarado, a menudo feo y siempre ansioso por las armas, porque sin ellas no podría ni aspirar a su exiguo papel en la vida. Cosas del subconsciente… Sea cual sea la nación… Lo hubiera podido prever. Pero ni en los peores supuestos cabía imaginar tal aluvión de deficientes como el que me cayó encima ya en la primera ola… Algo increíblemente exagerado, o, más bien, todo lo contrario: monstruosamente real.

Fue el súmmum de los horrores… Tuertos. De labio leporino. O de apenas un metro de estatura. Una galería inacabable de jetas imposibles, un demencial concurso de tics nerviosos por segundo. Daba miedo ver cómo se les contraía el cuello… A éstos hay que tenerlos encerrados, hostia. ¿Para qué soltarlos? Estremeciéndose como espantajos agitaban por encima de sus cabezas los papeluchos chapuceros donde se me ordenaba entregarles las armas por tales o cuales fundamentos legales… Ya era difícil tomarse en serio a un jorobado que sólo hubiera podido apuntar hacia el suelo, pero es que los había hasta mancos. Así que resistí. No les di ni un cartucho. Entonces aquellos esperpentos enviaron rusos. Con los papeles formulados de modo rebuscado, pero igual de falsos. A todos ellos los mandé amablemente a la porra.

La horda monstruosa y gritona se colaba cada dos por tres en los almacenes, recorría las naves. Disparaban sus ametralladoras aunque de momento sólo para agujerear el techo. De pura ira. Mi sargento voceaba: «¡Mayor! ¡Camarada mayor! ¡Aquí!». Y yo corría hasta «aquí», y después hacia «allá». No caminaba, corría… Con la mano apoyada en la funda. Pero no desenfundaba. (La amenaza es más fuerte que su realización, o eso dicen). Y los chechis pululando por doquier… Cuatro o cinco hombres en la puerta de cada nave. Buscando el chollo… ¡Si no las armas, danos la gasolina, danos algo o te mato!

Todo el mundo trajinando… Y yo trajinando con todo el mundo… Por aquí, por allá estallaban los disparos. Porque sí. ¡Para animar el

ambiente! Así un día y otro, hasta que una vez, en medio de aquella locura de pronto me fijé en una cazadora de piel. Me fijé en ella porque era grande y no se movía. La llevaba puesta un piloto de helicóptero… Ruso.

Increíblemente tranquilo, el piloto estaba allí plantado, mascando algo. Para cortar el olorcito. Moliendo cilantro con los dientes. (Menuda juerga anoche, ¿eh?). ¡Buenos son éstos! Me abalancé sobre él:

—¡¿Y usted qué quiere, si se puede saber?!—pregunté enojado. Con la ira por delante… La cazadora en blanco, sin estrellas ni galones. Me tendió la mano. ¿Qué coño? No se la estreché.

—Un poco de queroseno… Es que se ha de volar. —Sonreía. Se veía que era de Jankalá. Allí se sentían mucho más seguros que nosotros en Grozni.

Un tipo imponente, aplomado, sereno, de sonrisa fresca y apacible. Esplendorosamente tranquilo en medio de aquella colección de guiñapos espasmódicos. El hombre de los cielos… Claro que no pude ver las hombreras debajo de la cazadora. Pero se me despertó agudamente la vieja reflexión sobre la dignidad, sobre las hombreras invisibles que lleva cada persona… ¡Fíjate en éste! ¡Como si me importara ese combustible de mierda! ¿Por qué hago de perro del hortelano? De un momento a otro los chechis empezarán a practicar puntería dentro del almacén… ¡Los bidones de gasolina! Arderé junto a ellos.

Me entró tal paranoia (¡ya me veía envuelto y calcinado por las llamas todavía inexistentes!) que le grité:

—¡Llévatelo! ¡Llévatelo todo! Pero deprisa.

Se pusieron a cargar. En aquel almacén no tenía más de seis o siete barriles. No, eran ocho. El octavo, chafado, lo sacaron rodando. Era casi triangular… Saltaba… Lo metieron todo en el coche fácilmente, como si fueran sacos de plumas. ¡No eran cargadores, eran pilotos! Habían venido con él. ¡Fíjate en éstos! ¡Vaya pinta! Todos con esas cazadoras… Vasiliok, le gritaban… ¡Vasiliok! ¡El tío ya era teniente coronel en aquel entonces! ¡Tan joven! Estos pájaros suben deprisa. Joder, qué sobrado, pensé. Haber dicho gracias por lo menos. Para pedir no ha sido estorbo tener la boca llena de cilantro.

Al ver los barriles alejarse, se me echó encima un chechi. Él también quiere. ¡También quiere gasolina! Es como con la mujer. Si ya ha permitido algo, significa que ya lo ha permitido todo… Éste no tenía ni tic ni joroba. Y no tartamudeaba. A simple vista no era otro más de

nuestros monstruos. Hasta que me di cuenta: ¡iba *de canto*! Tenía un hombro unos diez centímetros más alto que el otro. A causa de la columna torcida, ladeada sería la palabra. Se me grabó en la memoria su deformidad, su mano izquierda colgando muy por debajo de lo normal, como si fuera a rascarse la rodilla. Con este espécimen concluyó la primera avalancha.

Le dije: adelante, sírvete tú mismo. Y le dejé entrar. Para que el distinguido invitado pudiera revisar los rincones vacíos, donde seguía apestando a gasolina pero sin gasolina. Ni un mísero bidón. Cabreado, el chechi levantó la metralleta y comenzó a disparar hacia arriba. Sin más. Acribilló el techo… Todos los agujeros sesgados a la izquierda, lo juro. Hacia el lado oeste.

La segunda ola, en cambio, impresionaba por todo lo contrario. Altos, de anchas espaldas y bien parecidos. Se habían afeitado las barbas sin manías. Me recordaban a actores del cine y de la tele… Yo escrutaba atentamente sus rostros. La verdad sea dicha, los chechenos son un pueblo bello.

Los guapetones parecían haberse hartado de sus montañas, haberse cansado de esperar el momento de una cita conmigo, así que esta vez bajaron raudos, como despeñándose de las quebradas. Y querían las armas ya. Y sostenían la metralleta en la mano con estilo… Uno me apuntaba a la frente, otro a la entrepierna… Un trance doblemente preocupante cuando uno es el blanco… A ellos, a los que apuntaban, les hacía gracia, claro. Aunque yo no iba a dejar de tomármelos en serio porque se rieran. ¡Vaya, vaya, amigo Kostíev! ¡Qué rápido desapareciste! Cuando estás expuesto a un cañón (y ya no digamos a dos) lo normal es que enmudezcas. Pero lo normal no es siempre lo conveniente, no en un momento así, no en uno como aquél, en el que se hizo más manifiesta y aguda que nunca la necesidad de un compañero checheno, alguien que pudiera dar la cara por ti en su idioma, que conociera sus costumbres y supiera cómo tratarles… ¡Para eso nos habían juntado a los dos en los almacenes!

Él les habría dado charleta, yo me habría hecho el importante: «Bien, bien, me ocuparé personalmente, os doy mi palabra. Haré las llamadas oportunas. Para agilizar los trámites… y que se os libren las armas en regla…». ¡Ay, Kostíev! Yo entonces no comprendía ni papa cuando los chechenos se ladraban entre ellos. Aquéllos, los de las metralletas, no tenían ningún tic en la cara, pero yo sí parpadeaba como un demente… Su saliva me ametrallaba los ojos. La mala baba de sus gritos. Los muy canallas discutían sobre si liquidarme o tan sólo

arrancarme las pelotas… para suavizarme la voz… Hola, soy el mayor Zhilin, el eunuco… ¿Qué le parece, mayor? Suena bien, ¿eh?

Sudé sangre para quitármelos de encima. Los aplaqué como pude… Al menos de momento. No sólo con palabras, claro, con eso no tenía ni para empezar. Así que alguna cosa se llevaron. Metralletas, desde luego. Aunque tampoco a centenares. Sólo algunas docenas… Hubo que echarles algo. En cada nave guardaba en plan cebo unos cuantos cañones, como si hubieran sido olvidados allí. O prometidos a alguien, como si dijésemos… Los chechis los agarraban con avidez. Se vuelven locos por los AK.

Pequeñas y bulliciosas turbas de endemoniados irrumpían en las naves berreando en alguna jerga montañesa… Chillaban… Amenazaban… Mis guardias y mis soldados cargadores cada vez eran menos, y los que iban quedando parecía como si no estuvieran, cada vez más atorados y enmudecidos. Los rumores sobre orejas cortadas, sobre los esclavos encerrados en los hoyos, iban haciendo mella… Los soldaditos se cubrían de sudor. Y poco a poco se daban el piro… Las filas se iban diluyendo una mañana tras otra. Pronto se fugó el sargento. Sin despedirse de mí, no fuera a ser que le encerrara.

Pero mientras las pandillas se contentaban con una docena de AK me las fui apañando…, aunque sabía que el colapso estaba cerca… ¡Nada sorprendente! El almacén se parecía al país y el país se parecía al almacén. Mis superiores, los coroneles Fírsov y Fiódorov, de palabra prometían reforzar la guardia… Incluso enviar un par de BMR… Yo gritaba, lloriqueaba, rugía. A cambio, sin embargo, no recibía más que su cháchara de coroneles. Chorreante bazofia telefónica.

Como ya se sabe, los jefes saben más. Los chechenos no permitirían transportar las armas a Rusia, más claro el agua. Dejar los cañones a los chechenos significaba responder después por la sangre. Por eso los jefazos simplemente se lavaban las manos dejando en las nuestras el balde de agua sucia, se largaban endilgándonos el problema y la responsabilidad a nosotros, los de rango inferior… ¡Por algo saben más! Así que os dais el bote, ¿eh? *¿Y* yo qué? Yo, por supuesto, a pringar, atornillado a mi puesto… Órdenes son órdenes… Cada santa noche, en vez de irme a la cama, me zambullía en la maldita querella por escrito. ¡Escribía mis quejas! ¡A cuál más estúpida! Y llamaba, llamaba… Mis dos jefes, mis dos coroneles, Fírsov y Fiódorov, respondían con fastidio: «Pero ¿qué quieres, mayor? ¡Es la guerra!».

Ya estaban haciendo las maletas.

Los nuestros, de hecho, ya se habían retirado… Las obras de construcción estaban congeladas, los almacenes temblaban de tensión esperando los saqueos. A mí mientras tanto se me ordenó quedarme quietecito en mi puesto y aprestarme a defenderlo a capa y espada.

Defenderlo a capa y espada. ¡En solitario! ¿Qué significaba eso? Pues, ¡muy fácil! Me dejaban en calidad de administrador del almacén para después abrirme el oportuno expediente, procesarme y meterme en el trullo. Cuando el almacén estuviera definitivamente saqueado… Decidieron mi destino con extrema facilidad. Ellos, esos dos coroneles, Fírsov y Fiódorov, mis dos superiores. Por casualidad oí su conversación. No se andaban con tapujos. «Si las tropas federales regresan a Grozni, le entregaremos a los tribunales por los bienes robados». Y hasta había un plan B: «Si los federales no regresan, le dejaremos aquí… *Le olvidaremos*. Le entregaremos a los chechenos. Que se lo coman crudo esos perros salvajes».

Me lo hicieron saber formal e informalmente. A punto de irse se tomaron la molestia de invitarme a su juerga privada. (Me reclamaron con la excusa de transmitirme sus últimas órdenes y, de paso, celebrar una buena noticia). Me recibieron muy campechanos ellos, sin rigideces, en plan agregar entre amigos una nueva estrella, la de mayor, a mis hombreras: mi nuevo rango, felicidades… La propuesta para ascenderme a mayor había sido tramitada tiempo atrás, Kostíev todavía no se había fugado. Y justo ahora acababa de aprobarse. Aquello había que remojarlo. En realidad, ellos, los coroneles, necesitaban fijar el hecho, o sea, confirmar que me dejaban oficialmente al frente… Por supuesto, en el futuro un coronel testificaría contra mí defendiendo al otro y viceversa. Si se diera el caso. Si les preguntasen.

Un esquema primitivo. Poder testificar que en su momento lo hablamos entre los tres, lo decidimos en firme. Como Dios manda. Sentada y copas incluidas.

Yo, sentado a la mesa con ellos, asimilaba las novedades como podía, aunque todavía no era más que un tonto de remate. Sin embargo, tenía mis vislumbres… Ellos no paraban de llenar las copas. Yo pensaba en qué pasaría después. Pensamientos sordos…, por lo inesperado de todo lo que me estaba cayendo encima. Bebí mucho. Y comí poco.

Lo bueno es que lo oí todo.

Ellos, cómo no, preveían mi angustia y los dolores de cabeza que sufriría yo aquí tirado. Entregando a los chechenos gota a gota la

gasolina, cajón por cajón las municiones. Antes o después, no sabría arreglarlo con los chechenos y me matarían… Me harían pedazos… Capitancitos-mayorcitos de éstos los hay a montones… Uno más, uno menos, ¿acaso importa? E incluso, si saliera de ésta, sería culpable de entregar armas a los chechis. Con la daga en la garganta. Con el cañón metido a la boca…

—Así que dejamos al temporero tal cual. ¿Sin compañía?

—¡El temporero, qué bueno! Eso ha tenido gracia.

—¿Se dará cuenta? ¡Qué va! ¡De ninguna manera! No le da para tanto la mollera. ¡Un mayor de intendencia, cuadriculado, de piñón fijo! Pero si se le ocurre alguna idea, ya será cosa suya, no nos concierne…

—No llegará. No llegará a hacer nada… A éstos, los que se quedan aquí, les sacan las tripas a las primeras de cambio.

Así hablaron… Dos coroneles, Fírsov y Fiódorov, mientras que yo, el temporero, el chivo expiatorio, a quien pronto le sacarían las tripas unos u otros, estaba tumbado debajo del alto y bonito porche de la limpia casita del Estado Mayor… Estaba tumbado en el charco de mis propios vómitos y les escuchaba a ellos. Perplejo. En aquella época aún respetaba, y mucho, a mis coroneles.

Los respetaba… Y me sentía avergonzado por haberme emborrachado tan deprisa. Una borrachera chunga, turbia. Ojalá nadie me viera, ojalá tuviese un respiro, cinco, diez minutos para acabar de vomitar y recomponerme un poco, cinco o diez minutos para impostar una cierta gallardía mínimamente acorde con mi recién estrenado rango y ya maltrecho antes de empezar a ejercerlo.

Habían sido los mismos coroneles quienes me apremiaron a la vista de los síntomas. Muy amistosos, me enviaron a los arbustos:

—Venga, capitán, sal a echar las papas fuera. Pero ¡no gires hacia la plaza!

—Ya es mayor, ¿olvidas que acabamos de hacer efectivo el nombramiento? Ve, mayor, ve.

—No gires a la plaza, mayor. Ve directo a los arbustos. ¿Sabes distinguir un escaramujo de un lilo? ¡No se permite vomitar sobre el lilo, adelante con el escaramujo!

El cuerpo me pesaba toneladas, con esta sensación salí afuera. La plaza asfaltada parecía infinita, no llegaría al otro extremo. Tampoco los escaramujos se me antojaron mucho más próximos, los veía en la línea del horizonte. Así los percibía de tan urgido como iba… No llegaré… Y no fui a los escaramujos… Pasé de todo… Simplemente me

metí debajo del porche (como lo hacía mi padre cuando yo era pequeño): debajo de su porche alto, donde me volvía del revés, me retorcía, expulsaba fuera yo qué sé qué… ¡Algo que no había comido ni bebido! La sustancia abandonaba volando mi cuerpo, manaba violentamente.

Pero les oí, les oí, padre… Me vendieron entre dos tragos de vodka. De ese horrible vodka local, acompañado de salchichas y queso. También había pescadito ahumado… Vale, eso fue lo que vomitaba… El pescado ahumado de importación… Me vendieron, padre. Me amortizaron como quien amortiza las existencias almacenadas… Me traicionaron mientras picoteaban y bebían… No les importaba que estuviese casado, que tuviera una hija, por entonces pequeña. Les daba lo mismo que yo tuviera una vida que vivir, que un día hubiera sido (como ellos) un chavalote lleno de energía e ilusiones … Qué más les daba que tuviera una madre o que tú me hubieses enseñado a pescar, a tallar la caña, a enrollar, suave pero rápidamente, el sedal cuando éste, deslizándose en el agua, te quemaba los dedos… Se la sudaba, padre… Pero yo estaba bajo su porche. Echando mano de tu experiencia.

Seguro que ya no te acuerdas, padre. Yo, en cambio, sí. Te habías agachado igual que quien se ata un zapato y de pronto te deslizaste muy deprisa debajo del porche. Como si guardaras algo importante bajo la tarima… Pasó un buen rato… Escondido allí, vomitabas con tranquilidad y a gusto, evitando que los niños, los chavales que salieron fuera detrás de ti, te viesen. Para que no te silbasen… Ellos no te vieron, pero tu hijo sí, el chaval de vista aguda te vio. Te escondiste muy bien debajo del porche, padre. Un buen escondrijo, muy púdico, para un honrado homo soviéticus.

Pasó un tiempo y Fírsov y Fiódorov fueron procesados por haber dejado los almacenes. No, no… No fue por mí, evidentemente… Yo era un pez demasiado chico, pero también los había más gordos, siempre los hay… Alguien que estaba por encima de ellos los usó de tapadera, igual que ellos pensaban hacer conmigo. Quién lo iba a decir, después de todo recibieron su merecido. La guerra es una cosa justa… A veces.

Tal vez cuando les juzgaban… Míseros y enflaquecidos, con las hombreras arrancadas, tal vez se acordasen de lo bien que habían comido y bebido al despedirse de Chechenia, de lo panchos que se quedaron dejándome solo ante el peligro so pretexto de mi nombramiento, dejando al hombre al que seguro le pasarían la cuenta los unos o los otros… ¡Chas! ¡Chas!

Si no fuera por estos sonoros chasquidos de los dedos divinos cómo

habría podido librarse el insignificante mayor condenado a la funesta disyuntiva de ser juzgado por el saqueo de los almacenes o bien por traición y colaboración con los separatistas… O, mucho antes incluso, de caer bajo las balas de aquellos chechis gritones de la primera ola. ¿De dónde habrían salido aquellos engendros de labios leporinos, orejas cortadas y muecas compulsivas? Qué más da que te liquide un guaperas o un monstruo rematado, pensará la mayoría de los mortales. Pero yo sé por experiencia que no da lo mismo. Quieras que no, es más agradable cuando te apunta un hombre apuesto… Te sientes más tranquilo, como más conforme.

Y finalmente irrumpieron. Recorrían las naves, arremolinándose en torno a los cajones con los AK. La tercera ola… Eso fue el punto final. Tanto para mí como para los almacenes. Y el hecho de que ese hombre bigotudo lograra al menos por un tiempo meterlos en vereda y obligarlos a acatar sus órdenes testifica a su favor. El general actuaba con inteligencia.

Aquellos días acudí a él. Como tirando de antiguos contactos, por muy anecdóticos que hubieran sido… Yo no era más que un almacenero situado en tierra de nadie. Ayúdame, camarada general, a calmar a tus endemoniados.

La respuesta de Dudáyev fue breve: No puedo.

E igual de breve su justificación:

—Yo mismo soy eventual. Igual que tú. Créeme, mayor… ¡Un líder es el resultado de una gran casualidad!

Sabía hacerse el modesto. Como todos los hombres de soberbia ilimitada. Aunque, pasado un tiempo, me dio por pensar: *¿y* si el hombre decía la verdad? Una verdad que él conocía mejor que nadie, una verdad de la que no se avergonzaba.

Montarse en la ola… Pero no precipitarse, no pecar de avaricia: en esto se acaba el don de liderazgo. Acumular, recoger, reunir, obtener a fuerza de insistencia, por fas o por nefas, el máximo de estrellitas en las hombreras, aguardar la ola y… y… y no precipitarse.

Intuía y comprendía el dolor de su pueblo, humillado y ultrajado (en primer lugar por el destierro… ¡Trenes enteros de deportados!). Percibía los minutos de la ira. Los virajes de la confrontación… Aquellos minutos álgidos, aquellos virajes críticos en que había que apaciguar la cólera. ¡Dirigirla! De allí su sentimiento especial, respetuoso y burlón hacia el enemigo. ¡Era el mejor! RUSOS A SIBERIA… Se fijó en los lemas pintarrajeados en las paredes y los prohibió u ordenó que los

corrigieran, RUSOS A CASA… Las palabras lucían en los muros, en las fachadas, en las vallas. En los edificios públicos medio destruidos.

Sabía llevar el agua a su molino.

O sea que tal vez Dudáyev en persona hubiera podido domarles. Por las naves, por todo el almacén, corrían los chechis a rienda suelta. Sin control alguno… Como las hormigas… Se colaban. Se llevaban lo primero que pillaban… Mis últimos dos soldados de guardia les quitaban los cajones pero ya no llegaban a devolverlos a su sitio. Por lo menos se los quitaban de las manos… Aún quedaban soldados de carga pero éstos también iban desapareciendo… ¡Se escapaban! A Rusia… Había desorden por todas partes… Los cajones tirados de cualquier modo. Ya no intentaba buscar nada según el inventario. ¡El inventario sólo molestaba y liaba más las cosas, así de incontrolable era el desbarajuste!

Algo inconcebible. ¡Endemoniados! ¡Dementes! Trajinaban por el almacén… Cada vez que se acercaban a los cajones de armas les sacudía un tremor carnal. Se estremecían. No tenían nada, no les quedaba nada de aquellos chechenos calmosos (sus abuelos) que fueron desterrados por familias, por aldeas enteras, a Kazajistán y Siberia.

Mis últimos dos soldados vivían enmudecidos por aquella fuerza extraña. No decían ni mu. Yo también perdí el don del habla… ¡No daba crédito a mis ojos! Nunca, en ninguna parte, ninguna mujer había atraído al hombre tanto como atraía a los jóvenes chechenos el AK nuevecito que aún olía a lubricante. ¡Y qué decir de los lanzagranadas! ¡Un milagro! ¡Puro éxtasis! Parecerá inverosímil pero puedo asegurar que vi a uno de aquellos endemoniados acariciar y luego besar el canto de un cajón donde por una grieta se veía el «tubo» del lanzamisiles reactivo RPG-26.

Ahora quitármelos de encima me costaba cajones enteros… Metralletas, munición…, pero todavía había mucho, muchísimo armamento. El almacén estaba sobrecargado como una mujer embarazada. Cual esos presentimientos que a veces visitan a las embarazadas que se han salido de cuentas, el nuestro era que de un día para otro se presentaría el mismo Dudáyev… Y se plantaría allí… En el umbral… Sonriendo. Con aquella sonrisa suya tan fría y tensa… Su sonrisa presionaba, coaccionaba más que todas aquellas burdas amenazas adolescentes de cortarme las dos orejas, *una tras otra*…, o reventarme la cabeza *apretujándola con la puerta*… La tecnología de cada amenaza se subrayaba casi hasta el deletreo. Y a juzgar por el tronante perjurio montañés que cerraba la promesa, lo decían en serio…

Y las palabrotas en ruso que salpicaban el discurso sonaban tan entrañables…

Un cajón del estante superior se escapó de las manos de un chechi y cayó de una altura de tres metros. El estruendo fue ensordecedor. Tanto los chechenos como nosotros nos callamos en el acto pensando que había explotado… o que ahora los proyectiles empezarían a explotar uno por uno. Algunos se echaron al suelo… Los proyectiles se guardaban justo en los estantes superiores. Una nube de polvo blanco nos enharinó. No era más que lechada… ¡Sólo eso! El miedo reculó. El minuto del silencio mortal estalló en una estridente algarabía. Aullaban… Bailaban…

Todo el día siguiente estuvimos escupiendo polvo blanco. De noche se te hacía una bola en la garganta.

Cualquier día podíamos volar por los aires. Yo miraba a las urracas posadas en el caballete del almacén. A las palomas… ¿Al menos los pájaros tendrían tiempo de alzar el vuelo si hubiera una explosión? Mis dos soldados (uno se escaparía la noche siguiente) echaban votos al diablo lúgubremente. Los ojos hundidos, el trasudor del miedo permanente empapando su frente… Mis palabras ya no les tranquilizaban.

No había duda de que aquel checheno tuerto estaba como una puta cabra… Se sentaba en mi silla y de tanto en tanto disparaba y me hacía otro montón de agujeros en el techo (disparaba hacia arriba, por disparar, para qué otra cosa si no)… Me encaré a él y le avisé, traté de intimidarle: si en uno de sus momentos de hacer el burro, que cada vez eran más frecuentes, le diera por casualidad a aquel cajón, el chato, que estaba lleno de proyectiles, el primero en palmarla sería él, y luego seguramente yo… Los dos teníamos todos los números… para reunimos con Alá por la vía rápida, así se lo dije, directos a Alá… Se salvarían sólo las urracas y las palomas. Y tampoco todas, sólo las que levantaran el vuelo a tiempo. El checheno se rio. A carcajada limpia.

Y juró que podía abrir mi peligrosísimo cajón con cuatro disparos…, arrancarle las esquinas…, sin tocar ni un solo proyectil ni molestar a Alá… Acto seguido me hizo un disparo de demostración. Casi se me para el corazón. ¡Un maníaco, un jodido maníaco tuerto! ¡Un jodido maníaco tuerto y sin parche! Sin parche y sin vendaje. Con un arrugado agujero cosido en el lugar del ojo… Sin embargo, realmente envió la bala justo a la esquina del cajón. Y una tabla del cajón—¡magia potagia!

—se levantó lentamente por el borde izquierdo. El cajón se abrió un poco… ¡Un tirador formidable! A mí, lo recuerdo, se me pasó por la mente la idea disparatada de que tal vez fuera más cómodo apuntar y disparar con un solo ojo. No hacía falta cerrar o entornar el otro.

A mi último soldado lo violaron. Sin prisa ni bulla. Entre una cosa y otra. Exigiendo el cajón de turno… Ese soldado tenía aspecto enfermizo, estaba cubierto de furúnculos. Ahora yo sabía con toda seguridad que también se fugaría. Cuanto más lejos mejor. A Rusia. Se escondería allí a conciencia.

Estaba afligido pero no se quejaba. Un chico callado. A mí en cambio hasta se me escapó una lágrima cuando lo supe… Temí por él. Lo demás era irrelevante, sólo el paisaje de mi impotencia, de mi agotamiento. Me había hartado de ser el perro guardián de las armas. De los AK y los lanzagranadas. Ya no me importaba a quien perteneciesen.

—¡Serguéi! ¡Serguéi! Soy yo—le llamé varias veces.

Le encontré detrás de los cobertizos. Fumando. Me senté a su lado. Giró la cabeza, me vio, vio mi desolación y mi rabia… Sacó el paquete y me pasó uno de sus cigarrillos baratos.

—Saldremos de ésta, mayor—dijo en voz baja. Y se tragó la bola, el nudo en la garganta… Me consolaba. Me compadecía. Me sugería que también me pirase de aquí.

No dijo nada de los violadores. Intentaba ver la vida de un modo más sencillo. Sí, sí, su corazón era sencillo, bueno. Como el mío no hacía tanto. ¿Y qué más daba ya ahora? ¿De qué iba a salvarnos la furia, qué podía compensar la ira?

Capítulo X

NO pasó mucho hasta que Dudáyev se presentó. Vino a mis almacenes ya del todo desprotegidos (el último soldado se había esfumado). Sobrevino, más que vino… Apareció, por cierto, solo, dejando la escolta en el coche. Entró… Echó una ojeada..

Había guerreado lo suficiente para ver el armamento y evaluarlo sin examinar los cañones ni olfatear el lubricante. ¡Un as! Se paró justo donde de antemano me lo había imaginado. En la entrada del primer almacén… Era previsible… Y sonreía, aunque su sonrisa era más franca y agradable que en mis visiones. Más cálida.

Lo vio clarísimo, sin asomo de duda, al primer vistazo. Ni siquiera miraba directamente al mar de armas. Tampoco a mí… Miraba hacia arriba: al techo del almacén convertido en un colador. Con eso le bastó para comprenderlo todo. No mostró intención de coger nada. Sólo se frotaba las puntas de los dedos. Los dedos contra los dedos. Un tic imperceptible. (Pero no para mí).

—Eres un buen tipo, Zhilin. Nos llevaremos bien—dijo en tono familiar—. ¡Y tanto que nos llevaremos bien!

Su mano voló en un gesto amplio. Como cubriendo el espacio hasta el mismísimo horizonte… Se despidió dándome unas palmaditas benevolentes, como un viejo conocido. Incluso, diría, fue cordial. (Pero sin respeto… Todavía sin respeto. Sin ese matiz que en similares situaciones se nota enseguida, a poco que esté presente).

Por qué no aguardar más y más si la fuerza se le sumaba por sí sola. Dudáyev esperaba. Del mitin sobrecalentado, enardecido, él (el líder de la muchedumbre) acudía al consejo. Con su paso sereno. Sabía hacerlo… Los andares, la pose, el semblante… ¡Los bigotitos! Y la

sonrisa contenida… ¡Los

bigotitos de pronto se abrían! Se descorrían. La expresión acre y algo carnívora… pero completada con la sonrisa cálida. No amenazaba a nadie. Hablaba animadamente con los funcionarios soviéticos que todavía no habían recibido el puntapié inminente. Les presentaba ciertas ideas nuevas… Hacía propuestas… Así como de pasada.

Intuyendo desde el principio su enorme poderío, en aquella visita de Dudáyev al almacén me atreví a entablar conversación con él. Cedí ante su sonrisa cálida (y después nunca lo lamenté). Ya no podía más, ya estaba harto de callarme. Todo mi resquemor brotó de golpe y, de golpe, le dije a Dudáyev que me habían traicionado… Todos… Los coroneles fugados… El personal asignado… Incluso el amigo. Mi mejor amigo.

Dudáyev asintió:

—Kostíev… Lo sé… Me acuerdo… Se escapó a Petersburgo. —Me comprendió al instante.

Más que una queja, era una liberación, sin embargo elevé un poco la nota. Sabía (de la época de los reuniones soviéticas) que Dudáyev apreciaba las palabras afectadas. La retórica es un rasgo propio del Cáucaso. El traidor es negro. El amigo es blanco, más blanco imposible.

Dudáyev se puso serio:

—Traicionan los amigos, mayor… ¡Los mejores! Precisamente los amigos son los que traicionan…

El general hablaba con un punto de emoción. Frotándose los dedos leve, casi imperceptiblemente. Sus palabras comenzaron a resonar. Aunque, de hecho, repetía y repetía lo de los mejores amigos… Los que nos traicionan… ¿Por qué?

Porque los demás nos *entregan*. Los compadres *entregan*… Los camaradas *entregan*… Los colegas *entregan*… ¿Que te tropiezas con uno de éstos?, pues no pasa nada, es la norma.

Es la vida. Si la bajeza es cosa de los compadres, los colegas o cualesquiera otros, no importa, son simplemente gente. No significan nada… Nada. En el Cáucaso tenemos la alegoría del lobo y el caballo bayo…

Dudáyev no pontificaba ni sermoneaba, explicaba con fruición la amarga alegoría. Al mismo tiempo repasaba con la mirada el almacén, los cajones. De pronto comprendí que en eso era igual que los demás. Las armas le excitaban.

Un hombre alimentó a un cachorro herido de lobo suponiendo que sería su perro. El cachorro creció y, naturalmente, se hizo un lobo y se escapó al bosque. Cuando un día el hombre le encontró en el bosque le reprochó con acritud: «Traidor, más que traidor», a lo cual el lobo adulto replicó: «No me cargues con culpas ajenas. No soy más que un lobo. No era tu amigo. Nunca fui tu amigo—continuó el lobo—. En cambio tu caballo bayo sí que lo era, era tu amigo, aquel a quien tú amabas tanto… A quien tú alimentabas mejor que a ti mismo… A quien por lástima no habías capado… El amigo del alma que cada mañana te despertaba con su relincho… Y que ayer, pasando de ti, se pegó a la yegua joven y con ella se fue a las montañas… A nuestros bosques… Donde justo anoche le mordí la garganta y así se llevó su merecido, pues él sí era un traidor».

Sabia fábula, sí, pero tampoco sería justo aplicar el cuento a lo de Kostíev conmigo. Dijeran lo que dijeran, habíamos levantado unos edificios maravillosos. No sin vicisitudes, pero codo con codo y echándole narices, al final… ¡toma, ahí queda eso! Puede que aquel puñado de edificios fuera de veras como una pequeña bandada de pájaros tensionando las alas antes de emprender el vuelo… Una bandada de… *grullas*, ¿por qué no? ¡Igual tenían razón, fíjate tú! Kostíev, por muy europeo que fuera su origen, chasqueaba la lengua: «Capitán, pero ¡qué edificios más chulos nos están saliendo!».

Yo, por aquel entonces capitán del cuerpo de ingeniería militar, le respondía: «Los edificios tienen que ir en consonancia con los tiempos».

No duraron mucho esos tiempos. Yo elegía la piedra. Para el sol de las montañas. Para que centelleara. Para que los altos bloques fueran rutilantes, como de plata… Cuatro bloques esbeltos, longilíneos. Casi torres. O flechas a punto de salir disparadas hacia las montañas.

Ahora no son más que ruinas. Si por cualquier motivo me toca pasar por delante, no puedo evitar reducir la velocidad unos instantes para hurgar con los ojos en su vacío.

La impetuosidad es un rasgo checheno admirable. ¡Fascinante! Inmediatamente después del relato sobre el lobo honrado y el caballo traidor Dudáyev se dirigió garboso y resuelto al fondo del almacén… Me dejó rumiando la sabrosa alegoría. El hombre iba como Pedro por su casa, encendiendo a su paso las luces. Una tras otra… La mar de pinturero con su uniforme, cepillando el aire con sus hombreras de general. ¡Adelante, adelante! Sin mirar ni un momento atrás para ver si

le seguía, si reaccionaba de algún modo..

Abrió los bigotitos, sonrió: se lleva del garaje los B M R, esto está claro… Los dos tanques, no hay más… Un camión lleno de metralletas, y… y algunos lotes de vituallas en conserva… ¿Dónde está almacenada la gasolina? Bueno, tampoco la necesita ya… Vale, que sea un poco de gasoil… Las municiones… ¡Y algo más de gasoil, coño, por prevención, que en las montañas nunca viene mal tener reservas!

Ni rechisté. Estaba claro que yo no era nadie. Por aquel entonces ponerse gallito era suicida, te podían pegar un tiro por una simple protesta…Todos los militares vivían envueltos en el delirio del miedo. El lunes no estaban seguros de que verían el martes. Yo tampoco. Todavía cada mañana llamaba arriba ya no pidiendo guardia y ayuda, sino implorando la vida: que me retirasen… Para tener derecho a largarme a Rusia… Sin hacer ruido, igual que mi soldado violado. Hasta él lo había hecho. Se limitó a decirme: «Saldremos de ésta, mayor…» y se esfumó. El último soldado.

Dudáyev se llevó todo lo que quiso y pudo. Investido con la autoridad de su gallardo uniforme de general. ¡El uniforme soviético todavía! El uniforme legitimaba, el derecho estaba allí donde estuviera el uniforme. Pero no daba patentes de corso para vaciar mis almacenes. Había unos reglamentos, una delimitación de competencias, al menos en teoría…

¡Aunque a mí qué más me da! ¿Quién soy yo? ¿O qué soy? Lo mismo da que llegue y arramble con todo un teniente coronel o un general, ruso o checheno, tanto da, porque lo que cuenta no es la munición que se puedan llevar sino la que te pueden meter en el cuerpo si te pones tonto, lo que cuenta es que tú no cuentas, que no eres nadie, que importas menos que un barril de gasolina, que cualquier día te mandarán al otro barrio por uno que sobre o que falte. Esa es la ley ahora. La ley de la guerrera que se te ponga delante.

En el fondo, Dudáyev, vaciando el almacén, me estaba brindando la oportunidad de darme el piro. Misericordiosa, humanitariamente. Casi se podría decir que me lo estaba poniendo a huevo, anda, mayor, yo te cubro, qué más quieres, qué te va a dar más inmunidad que la palabra de un general.

Me trató con benevolencia. Podría haberse ahorrado las explicaciones. Normalmente a los intendentes, comandantes, administradores de almacenes y demás mierdecillas Dudáyev los encerraba sin más en la sala de reuniones en compañía del busto de

Lenin (para que no se aburrieran) y se llevaba lo que le hacía falta, sin gastar saliva.

Aquí también recorrió cuatro naves en silencio. Habló después pero no tocó el asunto de las armas… Habló de mí.

—Te tengo aprecio, mayor… Me acuerdo de ti…

Seguí prudentemente callado.

—No eres lo que se dice un guerrero, ¿eh?

—No.

—Deberías construirte una dacha, mayor. Retirarte del servicio… Para siempre. Es el momento oportuno… Una dacha estaría de puta madre para un mayor retirado. —Y recalcó enfatizando el superlativo—: De putíiiiisima madre…

Como si lo dijera en plan de coña, me lo estaba sugiriendo de veras.

—En la orilla de un río grande, ¿eh?

—¿Cómo?—pregunté perplejo, sin entender por dónde iba.

—Deberías pensar en construir tu dacha allí, en la orilla de un río… No os faltan espacios allí. ¡Y cuánta belleza! En la orilla de algún gran río ruso, ¿eh?

Por lo visto le gustaba hacer sugerencias efectistas, en el momento apropiado…, ahora que ya había encontrado todo lo que necesitaba en el almacén.

Su medio convoy, al que sumaría mis BMR convirtiéndolo en un convoy completo, había sido avisado de antemano por él… Ya estaba allí con las bocas, o sea, con las zagas de los camiones abiertas justo cuando charlábamos sobre los amigos verdaderos. Cuando me ilustraba con lo del caballo y el lobo… Y las puertas del almacén también estaban ya abiertas de par en par.

Sus hombres se derramaron de los vehículos sin mediar señal alguna. Dudáyev se limitó a asomarse por la puerta… Comenzaron a trajinar aquí y allá como hormigas. Se llevaron todo en un abrir y cerrar de ojos. La carga fue igual de rápida… Los vehículos de combate se arrastraron hacia fuera. Dudáyev dirigía a sus hombres sin palabras, alargando la mano con dos dedos juntos.

De regreso a mi lado, Dudáyev adquirió un aire más severo: vino expresamente a despedirse, cosa que no hacía con cualquiera, y me dijo que el mayor Zhilin no debía ponerse nervioso…, y que si hablaba con el mayor Zhilin era sólo por los viejos tiempos, por el respeto que le merecía su labor en la etapa anterior.

—Sólo porque construías edificios esbeltos como grullas. ¿Entendido?

Los bigotitos sonrieron ligeramente y, de propina, me dio un generoso consejo de general. Toma nota: esto y aquello se lo llevó el general Dudáyev… Esto y aquello y lo de más allá… ¿Entendido? Si llevas bien estos apuntes nuestra gente te cortará igualmente la cabeza, pero un poco más tarde. Te la cortarán una y hasta dos semanas más tarde. Tendrás tiempo para desaparecer… Ese es el margen… ¿Entiendes?

Saqueo con sonrisa… Por mis bigotitos… Tu favorito, padre, era espectacular. No lo discuto.

El convoy, que había ganado cuerpo gracias a mis vehículos blindados, giraba lentamente. Algo me oprimió el corazón, una sensación sorda. ¿Disgusto? ¿Enojo? No lo sé.

Al principio seguro que fue la cicatería típica del almacenista. Pues sí, esa mezcla de cutrez y racanería. De pronto me sentí miserablemente dolido por haber dejado que se llevaran mis cañones, mis lanzagranadas, mis blindados… Mis cajones de municiones. Como si me hubiesen robado las cajas de galletas de mi infancia, ¡fíjate! El color caqui de pronto se volvió entrañable. El color me arañaba el corazón. El mezquino color de lagartija… Bajo el pálido sol colgado arriba como una triste bombilla, el caqui se encontraba en su elemento. El convoy entero se ocultó con mucha destreza en la turbia, mortecina luz diurna, haciéndose invisible mientras se alejaba, ¡desapareció de golpe aún muy cerca! ¡Así es el caqui! Es extraño, padre, pero es verdad: yo amaba ese color escurridizo.

Y Duda se destapó. El hombre se abrió. Quieras que no, la procesión le iba por dentro antes de recibir las armas. Ahora su alma estaba de fiesta. Las armas son pura droga. ¡El montañés se puso al descubierto! Ya sin cohibirse, ya como ganador, Dudáyev con un regio ademán de caudillo abrió su portaplanos. También era de color caqui… Se paró a pensar… Me gritó de repente:

—Regresa a la nave. Haz la lista de tus BMR… De todos los cañones grandes—gritó, y se inclinó sobre su portaplanos, pegando la nariz a los trazados como quien sigue un rastro.

«Mmm… Mmm… Vale, vale… Por aquí…». Dudáyev calculaba su ruta hacia las montañas. ¡El general en su salsa! «Pasaremos por aquí… Mmm… Aquí estaremos a las seis… Entonces aquí llegaremos, mmm… A las siete y treinta…».

Me quedé allí, no me fui. Me retuve. Allí parado, hecho un memo. A su lado… El, el general, el dueño de las montañas y los desfiladeros, pasando el lápiz por el mapa, por su mejor camino transitable, la carretera Shalí-Vedenó… Y yo como si estuviera buscando las llaves del almacén. Para cerrar los almacenes saqueados. Repasando las llaves… Haciéndolas tintinear… Para él no soy nadie. Para Dudáyev soy aún más temporero que para los coroneles Fírsov y Fiódorov, que me dejaron tirado aquí. Muerto de antemano. Es como si cerca de él hubiera un cadáver de pie y por alguna razón aún no apestara…

Me dio un toque sin levantar la vista de lo suyo:

—Oye. Deja de hacer sonar las llaves.

Y a pensar otra vez en voz alta:

—Bien. Aquí a las siete treinta… Llegamos justo a tiempo.

Por un instante Dudáyev me miró girando la cabeza: el temporero otra vez haciendo sonar sus llaves. Pero entonces realmente comencé a heder, desprendí hacia él un olor a sudor nervioso. Seguro que a esa distancia le llegó… Nunca me había pasado. Pero tampoco se me había ocurrido jamás una idea tan temeraria.

La idea… ¡Y qué idea!

De ahí el sudor. Duda me miró. Se despegó de su portaplanos color caqui. No mucho, claro, el general estaba demasiado concentrado en la carretera sobre el mapa. En los zigzag y los cruces de caminos… Así que, girándose apenas, sólo por un instante, posó en mí su sorprendida mirada de general: fíjate, el temporero, ahí parado, aún vivo pero ya apesta, y cómo hiede…, ¡qué raro!

—Ea, vete—me dijo con ternura. No le apetecía más hedor. Se abstuvo de gritar más severamente al temporero: el temporero no era ningún guerrero, de un momento a otro se cagaría encima.

Y en mis oídos se produjo el chasquido. En el inmediato espacio auditivo del oído izquierdo… ¡Chas! ¡Chas! Pero de una sonoridad inaudita. Cercana y lejana a la vez, como un aquí mismo que no fuera de este mundo… Así que más tarde no me costó nada considerar que era un sonido procedente del cielo. Allí chasquearon unos gigantescos dedos. Allí surgió mi habilidad mercantil, *eso* que Kolia Gusártsev cuando quería hacerme la pelota llamaba mi don.

De súbito comprendí mi sudor. El olor a sudor. ¡La razón de mi sudor! Es así como hay que actuar con Dudáyev… Más aún, lo comprendí no sólo respecto a Dudáyev, sino de golpe y en conjunto respecto a muchos otros… Es así como hay que actuar con *ellos*…,

independientemente de sus rostros, rangos, nacionalidades… Sí, señor, desde los mismísimos cielos… Sugerencia divina.

El convoy se fue. Dudáyev montó en el primer vehículo… Si había jaleo, tendría tiempo para saltar a los arbustos. Incluso si les atacaran desde el aire se las apañaría… ¡Todo un as! Un par de rasguños en el uniforme… Una peladura en la nariz… Así que, ya con esa imagen de los arbustos donde se ocultarían él y su nariz rasgada, me dirigí al transmisor portátil del almacén.

Me acerqué al cacharro pausada, lentamente, casi con pies de plomo, que se dice. *Es así como hay que actuar con ellos*. (Sí, sí, todo lo tranquilo que tú quieras pero estaba ardiendo… Me ardían las mejillas, las orejas, la cara, hasta las puntas de los pelos). Encontré el papelito con el apellido anotado que había dejado a modo de resguardo aquel teniente coronel de la cazadora vacilona… Vasiliok, el que mascaba cilantro.

Los de transmisiones del regimiento en un instante me localizaron a Vasiliok en Jankalá. ¡Un tipo famoso! Ahora no masticaba pero hablaba con un bajo que mueres de miedo. Un hombre importante… A su vez, concluí, extrajo el portaplanos nada más anticiparle el motivo de mi llamada. Fui breve… El saqueo. Los bigotitos. La carretera Shalí-Vedenó. Muy breve y conciso. A propósito del convoy de color lagartija y de su carga envuelta en caqui y reunida con tanto esmero.

Vasiliok no prometió nada, se limitó al *cambio y corto*. Me quedé desconectado a secas y alejado de todo lo que me rodeaba.

Y tan frío que ni me sentía. Me volví de hielo. Ni una gota de sangre caliente… Recuerdo que de golpe me quedé postrado, desfallecido después de dar este primer paso independiente… El convoy con mis bienes de almacén aún estaba en camino. El convoy aún levantaba el polvo. Aún arrastraba orondamente todo lo que se había llevado por la cara… No andaba muy lejos todavía… Ahora, a las seis y pocos minutos aún estaba relativamente cerca. Pero yo iba por delante, sabía por adelantado dónde estaría a las siete treinta… A las siete treinta en punto. Dónde estaría y en qué estado.

Hecho papilla.

Y fue también entonces cuando Dios me recriminó esta *papilla* y me detuvo. *No guerrees*… El Señor me sugirió el tercer camino.

Por ahí no, mayor Zhilin, no más sangre… No eres un guerrero ni un

vengador. No eres más que una vulgar caquita honrada. Y aunque no eres nadie, mayorcito Zhilin, la palmarás enseguida en el impredecible desbarajuste sangriento que ya ha empezado… *Vende*… De otra manera no sobrevivirás.

Propón y vende… Con éstos no hay otra. Y no seas tímido… ¡Es tu misión!

Dudáyev vino volando. Sin el uniforme… Con traje de civil, americana y corbata. Vino tal y como iba viajando.

Pero ¡qué olfato! Durante el ataque desde el aire no tuvo que saltar a los arbustos rasgándose el uniforme, la nariz o la frente. Resultó que no partió a las montañas junto con el convoy reunido y completado (en mis almacenes), se limitó a enviarlo… y eso le salvó. Él se fue a realizar otras gestiones. Pero tuvo que volver.

Porque del convoy que había enviado, a las siete veintinueve no quedaba más que el polvo. A las siete treinta todos sus guerreros, todos los que acompañaban el botín partieron hacia el cielo, todos a la vez. A las siete treinta y cinco, supongo, ya les estaban recibiendo allí. Alojándolos… en las habitaciones… Adjudicando los catres… Las huríes ya se habían hartado de esperar y se derramaban en caricias. Aunque lo de todos no era del todo exacto. Dudáyev pudo conservar a una parte de los guerrilleros de aquel convoy ¡Se conservaron ellos mismos! Al oír el rugido de los moscardones de Vasiliok, parte de los chechenos se escapó y se ocultó entre los arbustos de forma muy ortodoxa. No en balde habían servido en el ejército… Habían pasado en su día por las unidades de instrucción…

Dudáyev, pese a que iba de paisano, sin las hombreras, vistiendo la americana, se dominaba y dominaba la situación. En aquellos días él no conocía el sabor de los fracasos… Me dijo bastante tranquilo que volvería otra vez con el resto de sus hombres a mis almacenes. Y otra vez se llevaría el armamento… ¡Hoy mismo! Exactamente igual… La misma cantidad de BMR. Y de lanzagranadas. Y, por supuesto, de AK. Y tantas otras cajas de munición.

Luego pensó un instante, resolló y decidió no andarse con chiquitas:

—Me lo llevaré todo.

Y sólo después me preguntó mirándome a los ojos:

—¿Quién pudo traicionarme?—Me miró de un modo extraño, punzante.

Y es que al parecer sabía la respuesta, pero no quería creerlo. ¿Que este temporero se haya sobrepuesto a la situación, haya podido

reaccionar tan deprisa y por sí solo? ¿Este inútil empapado en sudor, oliendo a sudor de honradez cagueta, este mayorcito completamente abandonado a su suerte? ¿El? ¿Esta mierda de almacén?

¡Anda ya! Sea como fuere, por primera vez (en muchos años) Dudáyev me miraba, a mí, a un no-checheno, con auténtico respeto.

Me encogí de hombros:

—Traicionan sólo los amigos. Es lo que usted dice… Sólo los mejores, los más fieles amigos.

Aún no había apartado la vista, incluso me miró con más fijeza.

—Y los demás sólo entregan—continué—. Simplemente te putean y es normal… ¡Por qué sorprenderse! La gente es la gente… Bien lo sabe usted.

Como el lobo, tío: no soy tu amigo. Incluso si fui yo, el temporero, quien te hizo esta faena, no pasa nada, sólo soy uno de esos que tú llamas los demás. No soy uno de tus amigos. Y por lo tanto no soy un traidor… ¡Nada de que sorprenderse!

Sacó la cartera y, con total desenvoltura, echó encima de la mesa un fajo de mil dólares. En billetes de cien.

—No está mal, ¿eh?

Sin embargo, incluso aflojando la mosca con esa chulería, con toda la del mundo pero en resumidas cuentas soltando la pasta, pagándome la compra, no acababa de creerse que el hecho de que su convoy hubiera sido fulminado (a las siete treinta) estuviese vinculado conmigo… ¡No podía creerlo! Que esta mierda… Que este mayorcito… Tiene que haber alguien más serio detrás… Eso es, desde luego, seguro que ha sido alguien de peso.

En caso contrario, él, Dudáyev, habría sacado la pistola. Si lo hubiera creído sin fisuras, habría disparado en un arrebato… Pero no disparó, ni sacó la pistola, sino un fajo de billetes verdes… Y, encima, de remate, preguntó:

—¿No está mal, eh?

Y yo contesté:

—No está mal… si al menos la mitad del convoy alcanza las montañas. Que llegue a las montañas ni que sea la mitad no está mal, no.

Y Dudáyev—sin creer en que fuera sólo cosa mía ni por un segundo—extrajo de la cartera otro fajo de mil y lo dejó encima del primero. Otra mitad de precio. Lo puso en diagonal. Para no recalcular. Por la segunda mitad del convoy. Así quedaron encima de la mesa puestos en

cruz. Mis primeros miles.

Después vinieron ellos, sus hombres… Se llevaron la carga completa. No dejaron ni medio cajón de cartuchos. Ni un solo cañón… Sacaron por las puertas todos los BMR. En realidad, no había más que dos… Tres camiones. Dos cuatro por cuatro… De nuevo se formó el convoy. Recogieron todo y partieron.

Y yo, plantado en las puertas del almacén definitivamente saqueado, contemplando la polvareda que dejaba el convoy tras de sí… Los chechenos se alejaban. Las puertas se quedaron abiertas de par en par. Yo ya no tenía nada ni a nadie. Ni soldados de carga. Ni soldados de guardia.

Pero no estaba solo, no aún, Dudáyev presenciaba conmigo la partida. Juntos los dos… Ya sin prisas ni ajetreos. En silencio… Como si todo hubiera sido ya dicho y acordado y así nos despidiéramos para siempre.

Justo entonces, en ese instante, le llamaron. Sacó el móvil. (Los chechenos comenzaron a utilizar los móviles antes que nosotros. Aunque en aquella época no los tenía ni dios). Simplemente un milagro. Como un bloc de notas pequeño. ¡Sin cables, sin antena! Como una tableta de chocolate. Y qué suavemente divulgaba esta tableta-bloc su llamada, con un sonido melódico, como la voz de un cachorro. Dudáyev, recuperando al instante su aire de importancia, componiendo un rictus severo con los bigotitos, se acercó el teléfono al oído y dijo:

—Hemos partido.

Y enfundó la cosita.

Probablemente, el general tuvo la sensación de que yo iba corto de emociones en relación con el móvil. Le faltó algún aspaviento, algún síntoma de pasmo o admiración por mi parte. Con su mirada condescendiente me sugirió lo que yo debería sentir: ¡Has visto qué milagro! Así serán las comunicaciones… Las comunicaciones en las montañas. ¡Tú, mayor, ni te imaginas qué maravilla es esto para la guerra en las montañas!

Por si acaso chasqueé la lengua al estilo montañés. Oh, qué maravilla.

Duda dijo:

—Este es ahora mi mejor amigo. Este no me traicionará.

Yo, como si lo estuviera viendo, contesté casi automáticamente:

—Eso ya lo veremos, camarada general.

A veces (en mis pensamientos) le cuento a padre la historia fantástica (y sin embargo real) de cómo vendí las armas. Y que no fue otro que Dudáyev la comadrona de mi don de mercachifle. (Sin ser consciente de ello, claro). ¡Lo que se habría deleitado padre escuchándome! ¡Seguro! Al viejo borrachín le habría hecho mucha gracia.

¿Cómo estará en su Kovilsk? Cierro los ojos. Le veo caminando entre las viviendas de cinco plantas hacia la tiendecilla. ¡A paso ligero!

Mi primera operación de armas fue también la última. Me quedé como asombrado conmigo mismo. Me quedé atónito… En adelante jamás he vendido siquiera un cañón… A lo mejor los sociólogos publicarán un día los resultados de los sondeos. A lo mejor no fui el único que intentó aquellos días realizar de un salto la metamorfosis. ¡Ni idea! Fui como la mariposa que acababa de liberarse del capullo. La mariposa hizo su primer vuelo. Dio su primer garbeo… Y se petrificó… Se sentó… Mimetizándose encima de unas flores silvestres. Similares a sus pequeñas alas.

Bueno, también las circunstancias me dieron la espalda. ¡La guerra! Grozni envuelto en llamas… El tiempo se ralentizaba y al instante se aceleraba al máximo. En la ciudad rebelde irrumpieron por ambos extremos los paracaidistas de Bábichev y Rojlin, y esa tenaza fue lo único que me pilló de lleno.

Claro, la guerra endurece al tornarse civil. No hay forma de comprenderla… Sin embargo, yo, en el fondo o en cierto modo un no-militar y desde luego un no-guerrero metido en la guerra, encontré la explicación. Es bien sencilla: *la guerra en sí es absurda… Hasta que se acabe.*

No, así sería más correcto: *la guerra es absurda hasta que haya un vencedor…* Hasta que aparezca el vencedor no te harás las consabidas preguntas. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿De quién es la culpa? ¿Quién fue el primero en comenzar la pelea…? ¡Las disputas de los niños!

Una vez el vencedor se revele, enseguida (o poco a poco) se evidenciarán las causas comprensibles, las consecuencias inevitables… Los hechos se afilarán según la importancia… conveniente. El vencedor pondrá todo y a todos en sus lugares (o sea, según su lógica). Saldrá a la luz la lógica del vencedor. Y para nosotros, los hombres humildes, no hay más lógica que ésa, no tenemos otra.

El año noventa y cinco… La lógica aún brillaba por su ausencia. Grozni fue destruido, aplastado… Las casas hechas cascajo. Los vehículos de combate quemados. Los paracaidistas de Rojlin van destruyendo o quemando casa por casa y, de pronto, se tropiezan con una fábrica de cemento reducida a cenizas o un almacén intacto (¡!) lleno de gasolina. ¡El absurdo puro y duro! El almacén atiborrado de barriles de gasolina está allí, enterito. Un mar en calma de gasolina. ¡Y alrededor enfurece el fuego enfurecido! Todas esas hileras de naves despobladas. Que nadie protege. Eso si no contamos a un mayor chalado que pistola en mano corre hacia las puertas abiertas y chilla que no dejará que se lleven los barriles… ¡No dejará que se lleven la gasolina! ¡A nadie le permitirá llevársela!

Alrededor, aquí y allá arden los edificios, se desmoronan las paredes… Los tejados vuelan por los aires hechos pájaros enormes… Y el mayor grita plantado ante la entrada del almacén lleno de barriles, como un solitario y ridículo escudo humano: «¡Es mío! ¡Mío!».

Yo era aquel mayor chalado.

Los paracaidistas me doblegaron. Uno de ellos, un alma bondadosa, trataba de apaciguar mi demente avidez almacenista: «Nos los llevaremos, mayor… ¡Tranquilo! Nos llevaremos todos tus barriles».

Me dieron un mes entero de permiso, me fui a mi entrañable Kovilsk con mi mujer y mi hija. Y con mi padre, cómo no… Obsequié a mi padre con las anécdotas sobre Dudáyev, le traje a mi mujer los dólares del mismo Dudáyev, los famosos dos mil que había conservado a pesar de la demencia aguda de aquellos días eremíticos en las puertas del almacén. O tal vez los conservé gracias a esa demencia. En la vulgar cazadora a manchas. Dentro del vulgar bolsillo pectoral.

En casa le conté a mi mujer el consejo del checheno de construir la casa en la orilla del gran río cuyo nombre se obvia. Se lo conté de noche… En la cama… En el momento de la calma amorosa… Dudáyev, él fue quien ya entonces comprendía sutilmente que un mayor que logra salir de Chechenia para buscar un río ante el que parar los pies y ver fluir el tiempo viviría más tranquilo callando el nombre de ese río cuando lo encontrara. Por si acaso… Y aquella noche, en la cama, decidimos con mi mujer que la idea no estaba mal… ¡Qué idea más interesante, Sasha, una idea *con alas*! ¡Por algo es un general!

—Un general de aviación—confirmé.

Pero sólo un año más tarde, cuando, mal que bien, se estableció la paz en Chechenia, los dos zanjamos finalmente la cuestión y decidimos dar curso a la idea. Y sin perder más tiempo, durante el siguiente permiso, elegí el río grande. Hice un viaje relámpago, encontré el lugar apropiado. Aunque lo de comenzar la obra le tocó a mi mujer, pues a mí volvieron a reclamarme.

No me dejaban ir. La paz en Chechenia, todos lo percibían, era frágil… Me trasladaron a Mozdok, a construir las nuevas instalaciones militares cerca del aeropuerto Chkálov… Las casas y los cuarteles… El sitio estaba ahora muy solicitado.

Cada dos por tres zumbaban los aviones: la carrera y el despegue. Los ronroneos, los rugidos de los motores. Un día, trabajando en las obras de construcción de la residencia oí, de improviso, una voz familiar. Me llamaba pero no lograba comprender desde qué lado. Por el estruendo de los aviones… Giraba la cabeza… Buscaba… Y de pronto, ¡vaya!, ¡Kostíev! ¡Allí de pie, sonriendo! A él, el especialista de Petersburgo, también le habían trasladado a las obras de construcción en torno al aeropuerto. Regresó la paz, regresó la construcción. Al parecer, en algún papelucho de alguna carpeta de algún despacho oficial (o quizá tan sólo en algún rincón de la cabeza de algún jefe) figurábamos emparejados, existíamos como dúo: *Zhilin y Kostíev, los ingenieros.*

Nos abrazamos. Claro que no le guardaba rencor… ¡Bueno, se había ido! *¿Y* qué? De todos modos, Kostíev consideró que me debía una explicación. Prácticamente le arrancaron de la cama: ¡o te vas ahora a tu Petersburgo o no te vas nunca! El, en plena noche, avisó a un tal Ismaílov. Le pidió que me lo contase… ¡Escribió una nota! Y puso encima en letra grande: PARA EL MAYOR ZHILIN… Pero Ismaílov, de esto me acuerdo, también desapareció justo entonces. Se decía que le habían matado.

Kostíev sabía explicar cualquier cosa con facilidad y sensatez. Buena escuela la de Petersburgo… Como he dicho, no le guardaba rencor. El tiempo nos separó. Y no era momento para desempolvar enfados… Habría tantas otras cosas que poner al día… Y mandaba el presente, lo que importaba era adonde te mandaban y con quién, no lo que dejaste atrás o a quién perdiste por el camino… Quien ha vivido en Chechenia se habitúa al borrón y cuenta nueva. ¡La guerra!

Nuestra amistad resucitó desde el primer día. Como si no nos

hubiéramos separado… Construir a dúo nos iba bien. Recordábamos, cómo no, nuestras famosas grullas. ¿Qué tal si les echáramos ni que fuera un vistazo? ¿Siguen en pie? Acercarse al lugar era impensable… La ciudad de Grozni pertenecía al enemigo. En cambio surgió la idea romántica, inspirada naturalmente, claro está, al calor de las copas de vino (¡en Mozdok nunca faltaba el vino, jamás!), de contemplarlo desde el aire. Convencer a un piloto de helicóptero… y sobrevolar la ciudad bordeando la zona.

Abatirnos no nos abatirían… El parque aéreo de Dudáyev era casi nulo… Coger una buena altura. Sobrevolar el lugar. Medio minuto nos bastaría. ¡Una sola miradita! Con los prismáticos…

—Nuestra obra maestra… ¿La reconoceremos desde arriba?

—¡Y tanto!

Y brindamos.

En Mozdok nos esperaba la construcción del edificio de turno, tres plantas para el personal de servicios aeroportuarios, un contingente que iba en aumento. El edificio supuestamente debería tener dos alas, así que me picó una vanidosa idea ingenieril. De pronto me volví ambicioso.

Planificar la casa en forma de avión. Como un recuerdo duradero de nuestro trabajo común aquí. Que las dos alas del edificio fuesen como las alas de un avión. E incluso remedar el morro… Una especie de ábside achatado (más bien pequeño) en la parte central del edificio. Formado con las ventanas salientes de los apartamentos que sobresalgan. La ventana saliente del tercer piso ya por sí sola parecería la cabina semitransparente del piloto… ¿Eh?

—¿Eh?—me dije a mí mismo—. ¿*A* que te gusta?

La idea me vino de noche. Ya en la cama… Estuve revolviéndome una hora o más, inquieto, excitado, sin pizca de sueño. Me dolían los costados de pura contracción nerviosa… No pude más. Me levanté, me vestí, y, en plena noche, fui a ver a Kostíev.

Alquilaba la habitación a una anciana, vivía bastante cerca.

Por descontado, no me olvidé del vino. Indispensable para acompañar una buena charla. Dos botellas… ¡Por suerte en Mozdok no faltaba el vino! En nuestro dúo Kostíev se consideraba el técnico de planificación principal, y si se trataba de un edificio singular, era a él a quien había que convencer. Preferiblemente, con una copa en la mano. Y a eso iba, a persuadirle doblemente armado.

Subí volando la escalera con una botella en cada mano, casi

empuñándolas más que sujetándolas. Las botellas (¡qué vivo es el recuerdo!) tenían un tacto agradable, no pegajoso, fresco y suave como la brisa nocturna.

A mi algo impaciente (¡inspirado!) repiqueteo de nudillos contestó la anciana. Ella me abrió y me informó de que su inquilino, mi amigo Kostíev, se había marchado a Petersburgo… Me entró un súbito picor en la garganta… La anciana pronunció cuidadosamente el nombre de la ciudad: San Petersburgo… Hace una hora. Sí, se ha ido para siempre… Con todas sus cosas.

Ya por la mañana se supo que la guerra que ardía débilmente había estallado de nuevo. La segunda guerra chechena.

En cuanto Grozni y sus suburbios fueron tomados me arrancaron de la construcción y otra vez me metieron en un almacén. ¡Los almacenes, mi sino! Pero esta vez no en Grozni, allí aún no había almacenes funcionando, sino en Jankalá…, donde relativamente pronto desarrollaría el negocio de la gasolina. Salió por sí solo.

Pero el primer día recorría con un cabreo de aúpa el almacén de Jankalá que me había sido confiado. Este almacén era un completo desastre, nada que ver con el mío de Grozni… En primer lugar, no estaba acondicionado para almacenar la gasolina y el gasoil. (¡Y justo rebosaba de ambos géneros!). Las naves no estaban acomodadas para subir o bajar rodando los barriles. (Los salientes de las naves no estaban a la altura de los bordes de los camiones). Los toros de carga chirriaban, roncaban y se estropeaban a cada hora. A la mínima había que volver a la carga-descarga manual… ¡La edad de piedra! Pero no hubo elección. ¡La guerra!

El llenado de las cisternas también dejaba mucho que desear. Pero los barriles… ¡Barriles! Eso fue lo que me motivó… De pronto los reconocí. (O creí reconocerlos). Mis entrañables barriles. Realmente los había sacado del horno de Grozni. (O eso me había parecido…). Fue como despertar. Eran mis barriles. ¡Mi gasolina!, tal y como se lo grité en su día a los paracaidistas de Rojlin.

Y nada de armas. Fue como una bendición. Sólo combustible y lubricantes. Le di un golpecito a un barril y el clone me sonó a gloria. Esos barriles mugrientos me susurraban. Y los tocaba. Los acariciaba… El primer día que aterricé aquí empezó todo.

Barriles. Barriles por todas partes… Esta vez comprendí la sugerencia.

Cuando yo convencía al oficial aprovechado o decía directamente al coronel furioso (o al intermediario checheno): sí, te *daré* gasoil… También te *daré* gasolina… Y lubricantes, te ¿/¿ˆlubricantes. No mucho, pero algo te *daré*…, ellos no me comprendían. No me oían. Ni nuestro aprovechado, ni el intermediario checheno interesado… Todos son iguales. ¡La guerra! Enseguida comenzaban a exigir más. A apretarme las tuercas. A amenazar… ¡Más y más! Y a sacar la pistola por menos de nada y meterme el cañón en la oreja.

Pero si les decía: sí, te serviré gasoil, gasolina, esto y lo otro, pero tú págame… Si yo decía, te *venderé*…, de repente resultaba que me oían y me entendían. Todos. Tanto unos como otros. Y hasta unos terceros o unos quintos. Yo decía *venderé* y ellos lo aceptaban. Discutían, sí, escamoteaban… Sin embargo, entendían. Igualmente amenazaban, desenfundaban las armas cabreados, ¡la de bocas de cañón que habré visto a un centímetro de mi cara! ¡Esos siniestros agujeros grises o negros! Pero todo este jaleo ya era distinto. Ya iba de regateo.

No se comportaban como poseídos por los demonios. No disparaban al techo. Ni siquiera los chechenos. Hasta los más violentos, zumbados, tuertos y espasmódicos se volvían bastante razonables. Y todos, todos, comprendían muy bien cuando les decía:

—Te los *venderé*. Los cinco barriles, sí. Pero me los pagas a tocateja.

O eso o el trueque si estaba obligado a entregar el género según el plan de distribución:

—Recibirás. Lo recibirás todo… Descontada *mi parte*, claro… El cálculo a aplicar es que cada décimo barril es mío.

El ejército aún estaba medio arruinado, descompuesto… Si no hubiera estado el mayor Zhilin, en un sitio habrían acumulado las montañas de barriles de gasolina y fuel, mientras que en otro habría un cero patatero. Igual que en la época comunista. La «estagnación».

Me agenciaba cada décimo barril no por hacer de amo putativo a la par que de ladrón del almacén, sino porque garantizaba el suministro. Sí, me ganaba la vida… Pero trabajando duro. Poseía la información. Disponía de informadores en las carreteras, había que pagarles. La guerra en las montañas es una cosa difícil… A veces vendía gasolina o fuel a los chechis, pero a cambio los señores de la guerra de tanto en tanto dejaban pasar a los convoyes donde iban los camiones de Sáshik. Yo como nadie lograba que el combustible llegara exactamente a aquellas unidades militares nuestras donde tenía que llegar. (En las

carreteras chechenas lo controlaba Ruslán, en las nuestras era misión de Kolia Gusártsev). Para los casos difíciles, especialmente graves (la carretera a Vedenó), yo personalmente encontraba a los guías como Jvor…, como Kostomárov… De hecho, introduje el precio de *garantía* del combustible, de la *garantía* de la entrega. Yo y otros que hacían lo mismo.

No voy a decir que introduje el mercado. Sería absurdo. Sería pasarme… Pero yo y otros como yo introdujimos en las condiciones de guerra el concepto del precio como tal… Introdujimos el concepto de la entrega… El pago en efectivo… El pago en especies paralelo al dinero (cada décimo barril)… Iniciamos las relaciones mercantiles. Y el mercado, evidentemente, surgió por sí solo. Como siempre.

Una vez en el Estado Mayor me señalaron Alguien se había chivado. «Zhilin—se dijo en voz alta—. Tres barriles de gasolina a los chechenos por haberle dejado pasar…». Y como amenaza suprema sonó la palabra *corrupción*. Estaba presente Troshin en persona. Estaba presente Shumanov en persona. Y otros peces gordos.

Pero los del Estado Mayor me cubrieron. Les era necesario. Allí ya apareció gente lista… Para algo habían estudiado en las academias. Primero fue el discurso efectista de Mamáyev. Fue cuando por primera vez se oyó que no hay nada peor en la guerra que el caos, que la descomposición del ejército, cuyas nefastas consecuencias nos estábamos tragando a diario. La corrupción es cien veces mejor que el caos. La corrupción es, quieras que no, una especie de cultura…

—Aún tendremos que apañárnoslas como sea una buena temporada para sobrevivir hasta que haya corrupción—concluyó, espectacular, Mamáyev.

No obstante, una pausa tensa se instaló de nuevo. Los del Estado Mayor guardaban silencio. Y Mamáyev tenía fama de sacamuelas.

Después Gusártsev tomó la palabra valientemente. Dijo que todos sabemos lo necesaria que es a veces una carretera segura. En la zona premontañosa… y más aún en las montañas… Lo necesaria que es… cueste lo que cueste.

No estuvo mal el discurso, pero otra vez acabó en una pausa irresoluta. El rango de nuestro Kolia es demasiado humilde como para zanjar ninguna cuestión.

Pero entonces irrumpió Troshin, se aclaró la garganta y habló con su voz grave:

—Vamos, vamos, vale ya de hacerse las vírgenes inocentes… En ocasiones la carretera es más necesaria que la gasolina. Veamos estos dos… o tres… o…, ¿cuántos barriles?, veámoslos no como el negocio del mayor Zhilin, sino como el soborno de los señores de la guerra.

Alivio general. Todos se relajaron enseguida. Rieron con ganas. Valoraron las palabras de Troshin como auténtica sabiduría militar, criterio de viejo zorro. Yo mientras tanto había estado a un paso del castigo.

Sin lugar a dudas, mis competidores en el ámbito del combustible sentían una fortísima tentación de deshacerse de mí. Los intendentes de rango alto… Librarse de mí… Empujarme a codazos directo al tribunal militar. ¡Lo que son los celos, la cochina envidia! ¡Dos cisternas de combustible! ¡Estacionadas delante de mis narices! Habían llegado procedentes de Rusia junto con el tren de mercancías. ¡Dos! Enormes. Y yo, a pesar de todos sus rangos, no les eché ni una gota.

Aún más rápido era mi consumo de gasoil. (Los chechenos lo valoran más, les es más necesario. Para las labores del campo, digamos). O el fuel… Incluso el fuel… Los pedidos especiales de gasoil para mi competencia se esfumaban increíblemente rápido. En las cercanías de Grozni. Sobre los rieles. Junto con las cisternas. Ni siquiera tenían tiempo de detectar la cisterna… ¿Ha existido? Un espejismo… A la competencia sólo le dejaba las manchas de gasolina-gasoil sobre los carriles, nada más. Entre los rieles. Las manchas de colores, irisadas encima de la tierra oscura. Como el registro tardío en el pasaporte caducado.

El desbarajuste y los cambios frecuentes de los superiores son dos factores que a nosotros, los hombres de mercado, nos pulen hasta sacarnos el brillo. Pero no a todos.

Cómo habrían podido saber ellos, los intendentes, de aquella sugerencia divina, de aquel sonido maravilloso al principio de la revelación… ¡Chas! ¡Chas! Agobiados, histéricos, locos por sus hombreras, por la estrellita nueva… Cómo habrían podido saber del paralelismo inesperado de la gasolina y el coraje. Dudáyev (sin él saberlo) me enseñó a mirar a los ojos al cerrar el acuerdo. No me disparó, no pudo… Y eso a pesar de que se andaba frotando los dedos. Se limitó a frotárselos aunque su hormigueo ansiara la pistola.

Dudáyev cayó. Le tendió la trampa, le traicionó su teléfono móvil. Su mejor amigo. Lo hizo al mejor estilo de los amigos verdaderos: de

manera mezquina y fulminante. Y encima el muy canalla salió indemne… Cuando el cohete federal, guiado por sus indicaciones (sus impulsos eléctricos), alcanzó de lleno el objetivo todo lo que había al lado y alrededor voló por los aires. ¡La tierra brotó como un surtidor! Todo quedó hecho pedazos, cenizas… Destrozado, imposible de recomponer… La tierra, el cuatro por cuatro, la comida dispuesta en el mantel extendido allí mismo sobre la hierba. Todo voló. Fue escupido hacia arriba… A Dudáyev no le despedazó la explosión, le mató la fuerza con que fue arrojado. El efecto, en todo caso, fue igualmente irreparable… Pero su fiel amiguito quedó intacto, aunque voló hasta el cielo junto con el chorro de tierra. Su ex fiel, su ex íntimo.

Los familiares no sospecharon del pequeño traidor. ¡Todo lo contrario! A la hora del entierro, muy respetuosamente, lo dejaron en la tumba junto con el difunto. Allí fue a parar también su famoso gorro de cuartel… ¡Y las armas, claro! ¡Y su querido portaplanos! Para que se recordara quién fue el dueño de los espacios de color caqui. El dueño de las montañas y las carreteras montañosas. Y de los desfiladeros profundos, tan propicios para las emboscadas.

Sin embargo, no era quien mandaba en su pequeña tumba. Mandaba el más absoluto sigilo. Ningún nombre, ninguna inscripción sobre la lápida… Ni una letra, ni un símbolo… Una tumba anónima para que no la encontrasen los enemigos… Le enterraron en secreto…, hasta tal punto que se perdió el paradero de la tumba. (O, cuando menos, hicieron correr ese rumor).

A lo mejor, decían, hay dos o tres personas que conocen el lugar. Pero ¡estamos en guerra! Esos dos o tres podrían estar ausentes, en alguna misión… O incluso podrían haber muerto. La guerra lo mismo se acercaba que reculaba. Y en medio de ese oleaje al parecer nadie sabía dónde estaba la tumba de Dudáyev… Pero de pronto los misiles caían de nuevo sobre un determinado lugar de la misma loma. Uno, dos misiles… Y los dos cayeron al lado de la tumba.

Resulta que el mejor amigo de Dudáyev continuó vivo en la tumba. Debajo de la tierra se puso a emitir señales… Encendido a corriente baja, de pronto resucitó. Por el óxido de aluminio en la tierra, que actuó como la electricidad estática. Unas señales débiles pero suficientes. Las explosiones volvieron a levantar la tierra… y todo lo que había debajo. Otra vez el chorro de tierra brotó hasta los cielos.

Y el celular como si nada. Un modelo antiguo. Uno de los primeros. Nada espectacular a primera vista. Dio unas cuantas vueltas en el aire lanzado por la explosión, cayó a la tierra y venga a emitir señales. Y

otra vez la misma cantinela. Hasta que finalmente la batería se descargó. Hasta que se cansó… La venganza del amigo verdadero es larga.

Estoy tomando té… La blancura de las nubes al otro lado de la ventana es sorprendente.

Debajo de estas nubes blancas, en algún lugar, más allá, serpentea la carretera. (De hecho, no está tan lejos. Chechenia es más bien pequeña). Por la carretera corre un todoterreno harto reconocible. Al volante, Kolia, más conocido aún… Kolia Gusártsev. Tararea una canción… A su espalda, en el asiento trasero, van sentados mis dos tarados.

Oleg aprieta la metralleta y la mandíbula. ¡Qué contento está consigo mismo, con ambos! *¡Permanecieron fieles al juramento!*

La metralleta de Álik, me imagino, descansa en sus rodillas. Su ojo llorón suelta lagrimitas en cada bache, en cada brinco del coche. Saltan aquí y allá… En cada badén. En cada sacudida del todoterreno.

Sería de agradecer una llamadita, pero no confío demasiado en ello. Kolia Gusártsev ha de estar a lo que está y mantenerse alerta… ¿Podrá llamarme? ¿Se decidirá? No te apetece mucho llamar si vas a toda castaña por la carretera en dirección a Vedenó.

Sólo una vez, al inicio de mi negocio de gasolina, los competidores-revendedores se atrevieron a jugármela. Una y no más. Me tangaron, sí, aunque la cosa no iba de dinero. No tienen cojones.

Petrov… No Petriáev… No, no, Petrushin, el teniente coronel Petrushin. Un intendente de alto rango. Me envió una chica con galones de cabo y, con ella, un papel por tres barriles sobrantes de mi gasolina. Esos tres barriles, el muy granuja, ya los había recibido de antemano.

«Me la mandas de vuelta mañana…», me dio manga ancha por teléfono con la sonrisa en la voz.

Aunque lo estaba esperando, ahora observaba el pago vivo un tanto desconcertado. Una cabo rubia. Una mirada y me quedé perplejo. Me volvió tarumba… Jamás las había visto así por aquí… En persona. A una distancia de dos pasos.

No obstante, demasiado pronto estalló una nueva llamada, esta vez desde arriba. En plan imperioso. Con una orden expresa… Enviar al enlace urgentemente al general Korobéinikov. ¿Cómo que hasta mañana? ¡Desde luego que no puede esperar hasta mañana! Envíala hoy mismo antes de la hora de comer. ¡No la retengas, mayor! El enlace lleva unos papeles importantes…

Y colgaron de golpe. ¡Chúpate esa! Y tanto que eran importantes los papeles, ¡cómo para perderlos! ¡Qué piernas! ¡Qué ojos!

Apenas llevábamos un rato en mi calvero lunar. Separados de la guerra por la oxiacanta. De la guerra y del mundanal ruido. Aislados de todo y tan a gusto… Apenas un ratito cuando sonó la llamada… Justo cuando el pavo empezaba a desplegar las plumas… Cuando mostraba el milagro… El calvero… La preciosa bajada al arroyo… La pradera floreciendo. Las vistas… Todo mío y único.

Ella guardaba silencio. Un silencio adornado con una ligera sonrisa de consentimiento. «¡Qué hermosura de verano!», exclamó de pronto. Yo le acaricié los pechos. Pequeños, firmes. Permaneció tranquila. Ni siquiera se le aceleró la respiración. Sólo carraspeó expresivamente… Porque ya se había interpuesto la llamada. Porque esos pechos suyos ya no me pertenecían. Ni tampoco le pertenecían a ella… A todos los efectos, los pechos ya no estaban allí.

Los pechos estaban con el general Korobéinikov. Fuerte. Calvo. Que sabía beber brandy a morro sin perder el empaque… Y encima poseía una voz de bajo denso. Para atemorizar a los alféreces.

La muchacha-cabo se marchó inmediatamente. Me quedé a solas con la belleza de mi reducto único y personal. Midiéndolo a pasos… El arroyo borboteaba. El calvero exhalaba olores.

Forever… Kramarenko entra corriendo, envuelto en sus ajetreos pero exultante. Han traído el elevador automático.

—¡Aleksandr Serguéievich! Les apretamos un montón pero lo hemos logrado.

«Les» quiere decir a los del parque técnico del Estado Mayor.

Kramarenko ni se ha sentado y ya está listo para continuar la carrera.

—He de ventilar el tema de los recambios. Los chicos del parque nos toman el pelo, Aleksandr Serguéievich… ¡Hay que estar al quite!

—Cálmate, hombre.

—Ni hablar. Imposible… Les voy a solicitar más recambios, es lo que he pensado. Si hace falta, imploraré… Con esta reserva resucitaremos y, de paso, arreglaremos también nuestro elevador estropeado.

—Bueno, adelante.

—¿Puedo engrasarles un poco con gasoil? Es que así, camarada mayor, nos saldrá mucho más a cuenta.

No estoy para los chanchullos de Kramarenko. Pero tiene razón:

mejor dos elevadores automáticos que dos soldados con esguince crónico de hombro.

Kilái, un punto geográfico aparentemente indistinto, un tramo de carretera corriente y moliente y no demasiado alejado de nuestra base, es el lugar favorito para las emboscadas. Desde Serzhen-Yurt a Vedenó todo el camino es peligroso como pocos, pero entre el año pasado y lo que llevamos de éste la mayoría de las emboscadas se han producido justo después de Kilái. A Kolia Gusártsev, que muy de tanto en tanto presume de sus conocimientos de inglés, le dio por bautizar a ese vago paraje como *Forever*. El nuevo nombre sonaba tierno y afeminado. Había en él algo indiscernible, un tanto inquietante. Algo así como un peligro elegante y engañosamente agazapado en la asonancia.

Sin embargo, ha resultado útil.

El zumbido, el tremor del móvil me indica que llama Gusártsev. ¡A ver!

Durante unos treinta segundos permanece callado. Una de las bromas típicas de los del Estado Mayor. Se limita a respirar por teléfono… En silencio… Por fin abre la boca, pero no habla, canta. Se arranca a cantar así sin más, suena algo tontorrón:

—Para siempre, para siempre, para sie-e-e-empre…

Quiere decir que han pasado por Forever sin problemas.

—Bien hecho, seguid así—digo.

—En eso estamos.

Me paso el aparato empañado de sudor a la otra mano. Lo observo con respeto, incluso admiro el cachivache. Hay que ver lo mucho que esta cosita que sabe piar, tintinar, vibrar y demás pijadas facilita la vida… ¡Milagros de la guerra!

—¿Qué tal nuestros tarados?

—Bien. Ahí detrás—Gusártsev baja la voz casi hasta el susurro—. Se han quedado traspuestos… Abrazados a sus queridos cañones.

¡Por fin! De repente me sorprendo emocionado. De repente me doy cuenta de que no sólo el teléfono móvil merece respeto, sino también Kolia. De paso, cómo no, me acuerdo de lo duro que fui con él hace tres días. (En aquella conversación sincera, casi a cara de perro, acompañada con vodka… ¿O ya han pasado cuatro días?).

—Kolia…, quería decirte que… En fin, que gracias por lo de los chavales, tío…

—No se merecen, Sasha.

Así de natural le ha salido: «No se merecen, Sasha».
No he vuelto a oír su voz. Nunca más.

Capítulo XI

LA información ha sido divulgada por el transmisor… Los guerrilleros han hecho arder un convoy federal en el desfiladero de Mókroie. Una formación ligera que, aunque esta vez no llevaba ni gasolina ni gasoil de nuestro almacén, solíamos utilizar. Y ahora la hemos perdido… Ruslán entra vomitando sapos y culebras olvidando que las blasfemias le salen en su idioma. ¡Encima me echa miradas fulminantes! Pero incluso en checheno lo comprendo. El fracaso se entiende en cualquier idioma… ¡Puta mala racha!

Lo comentamos.

Estoy doblemente preocupado. Por la misma carretera pero con un ligero retraso temporal lleva a los chavales Kolia Gusártsev… Y después de Forever no ha habido señales.

Ruslán, por su parte, ya se ha enfriado un poco y sentándose en el taburete pregunta:

—¿Ha llamado Kolia?

—No.

Las noticias siguen llegando. Pero vienen sueltas.

La emboscada en Mókroie es cosa de Ahmed el Montañés… Tiene fama de ser un hombre furioso y vengativo más que práctico. (A diferencia del Ahmed de Gudermés…). Sin embargo, la emboscada se montó con el fin de requisar. Seguramente Ahmed pensaba vender el botín, la gasolina federal.

Ahmed el Montañés y su hermano. Han sido ellos… Pero resulta que acto seguido les ha atacado medio pelotón de los nuestros… Ha habido combate… Por el transmisor lo han dicho tal cual: combate. ¿Qué medio pelotón? ¿El medio pelotón del teniente Korzhatski? ¿Quién es

ése? ¿De dónde habrá salido?

La información proviene en principio de dos hombres de

Ahmed que se han escapado de Mókroie y ya están entre los suyos… Cuentan lo de la emboscada y el combate. Sin embargo, ¿por qué se han escapado estos dos? ¿Por qué si estaba venciendo su bando, si los guerrilleros habían destrozado el convoy, este par se largó por su cuenta? ¿Por qué si la emboscada ha sido un éxito? Sobre esto los fugitivos de momento no han soltado prenda… En cambio cuentan con ganas el enfrentamiento acaecido, dan toda clase de detalles (y, por raro que parezca, suenan verosímiles) sobre el medio pelotón federal y sobre un ciego que les disparaba y que ha herido al hermano de Ahmed… ¡Bien! ¡El hermano de Ahmed está herido! No todo van a ser malas noticias.

Poco a poco el combate comienza a tomar forma. Pero falta mucho hasta que aparezca la lógica que lo explique. Porque no hay un vencedor.

Hay que esperar… Hasta que haya vencedor, cualquier combate es absurdo. Ruslán no está de acuerdo, pero para mí es tan verdadero como que dos y dos son cuatro.

Más detalles. Ahora procedentes de nuestros supervivientes.

Resulta que cerca del desfiladero de Mókroie y con vistas al mismo se había establecido un puesto avanzado del ejército. Un puesto avanzado no tiene nada de divertido. Los soldados se aburrían y para distraerse disparaban a las botellas vacías… Justo en la carretera Shalí-Vedenó.

El medio pelotón que encabezaba el teniente Korzhatski tuvo, sin embargo, un encuentro armado con una unidad de reconocimiento checheno. La escaramuza no fue mal del todo…, hasta podría considerarse en cierto modo como una pequeña victoria preliminar… Tres heridos por nuestro bando. Dos chechenos abatidos… En total, cinco metralletas fuera de uso, libres, por decirlo así. Entre los heridos estaba el fortachón Zhora, vaya por Dios. (A los grandullones las balas les encuentran fácilmente). Por suerte tanto a él como a los otros dos lograron enviarlos a Grozni aprovechando el paso de uno de nuestros convoyes. Es decir, no había heridos y sobraban tres metralletas. Y se tuvo la sensación de una victoria fácil. ¿Acaso es poco?

Uno de los soldados recuerda haber visto gallinas en la aldea cercana… Hay que celebrar la victoria. ¡Vodka casero y gallinas! En la

aldea chechena los soldados obtienen a cambio de las cinco metralletas todo lo que les hace falta: bebida y comida.

Deciden celebrar la victoria pero sin olvidarse de montar la guardia. Se acomodan en círculo… Y sólo uno de ellos, de mote Gilipollas Mujin, se queda disparando a las botellas. ¡Que se divierta! Le gusta disparar.

Entre los disparos frecuentes y monocordes de Mujin se oye uno más sordo y lejano. Como un chasquido. ¡Chmok! El teniente Korzhatski cae muerto en el acto… ¿Un francotirador? ¿Aquí? Pero… ¿dónde? Silencio total alrededor… Esperan… ¡Qué coño va a ser si no un francotirador! En respuesta abren fuego contra los arbustos… y después el sargento de doble apellido Borzói-Babkin, que ha asumido el mando, ordena al medio pelotón avanzar hacia el desfiladero de Mókroie.

Por las comunicaciones del teniente Korzhatski (¡parece mentira, ya no está el flacucho!) el sargento sabe que lo más importante esos días es el desfiladero… ¡Hay que cubrirlo! ¡Por allí pasará el convoy! Y por lo tanto el medio pelotón del puesto ha de estar preparado.

El sargento Borzói-Babkin informa mediante el transmisor y encamina al medio pelotón hacia el desfiladero evitando, por supuesto, la carretera, donde serían más vulnerables, donde el francotirador jugaría con ventaja (podría seguir eliminándoles uno por uno)… Borzói-Babkin conduce a los chicos correctamente, dando un rodeo por el bosque… El soldado Kólesov, dotado de un instinto casi animal, cazador desde niño, es enviado en solitaria avanzadilla. Se adentra sigiloso, rastrea, obedece a su finísima nariz… Olfatea el camino.

Ha llegado. Pero sin entrar, sin meterse en el desfiladero. Correcto.

Sólo entonces el sargento Borzói-Babkin da su permiso para celebrar el exitoso encuentro armado de ayer. Y de paso brindar en memoria del comandante caído. Le han traído. Korzhatski muerto se ha vuelto pesado. No es un cojín de plumas, no, tan flacucho y ligero como era en vida… Y, sin embargo, tan inamovible, tan rígido y severo en lo tocante a la bebida. ¡Demasiado riguroso! Pero ahora no molesta, ya no está… Y el vodka casero, en cambio, sigue aquí, esperando que le hagamos los honores, dispuesto a reforzar nuestra moral, a alentar la sensación de que, pese a todo, tenemos la victoria al alcance de la mano.

Un nuevo campamento es para los soldados como un planeta nuevo. Entre eso y la juerga, que ha sido de órdago, ahora apetece dar una cabezada… Se habrían tumbado en la hierba pero el vodka ya torturaba las entrañas. Ese vodka casero es pura nitroglicerina… Menuda

epidemia de diarrea ha provocado, ni uno se ha librado de los retortijones y las urgencias. Jodido dilema cuando el cuerpo te pide dos cosas opuestas: ¿cómo vas a dormir la mona si cada dos por tres tienes que correr a los arbustos bajándote los pantalones? El soldado Kólesov, dotado de instinto casi animal, cazador desde niño, gime como un cachorro. Incluso su estómago siberiano ha fallado… El comandante del medio pelotón, el sargento Borzói-Babkin, acuclillándose de nuevo entre los arbustos, incuba su perplejidad:

—Todo ha ido fuera ya. ¿Qué más puede haber?

Las carreras del medio pelotón poco a poco remiten y los hombres se van rindiendo al sueño.

Ahmed el Montañés (a diferencia del Ahmed de Gudermés) será todo lo temperamental que se quiera, pero también es precavido.

Por eso parece increíble que los guerreros de Ahmed, mientras montaban la emboscada en el desfiladero de Mókroie, no hayan notado la presencia del medio pelotón medio dormido del sargento Borzói-Babkin, teniendo en cuenta que han pasado tan cerca que casi podrían haber oído sus ronquidos o pisado alguna de sus recientes deposiciones… De hecho los chechis han sentado sus reales junto al medio pelotón federal, cercando el desfiladero por el mismo lado. Literalmente han estado a un paso. Codo con codo.

Cuando, tal y como se esperaba, el convoy ha entrado en el desfiladero, la fogata ha funcionado enseguida según lo previsto: debajo del primer BMR. El humo ha empezado a salir a bocanadas… Los soldados de acompañamiento saltaban directamente hacia las ráfagas… Los cañones de los chechenos sobresalían de los arbustos más cercanos vomitando fuego… Una emboscada clásica, paradigmática, como se suele decir en términos encomiásticos cuando sale bien, que es casi siempre.

El convoy era pequeño, poco armado. Lo han dejado hecho cisco en una media hora, o menos… El precavido Ahmed el Montañés ha protegido los camiones cargados con gasoil. Había dos y los dos se han salvado del fuego. Un tipo eficiente, para que luego digan.

Despertado (resucitado) por el tiroteo en sus arbustos, el medio pelotón del sargento se descubre muy cerca, a tres pasos de la masacre. Pero qué hacer si entre los arbustos los chechis no se ven: los chechis se han diseminado a lo largo de la carretera… El sargento Borzói-Babkin no tenía ni idea de cómo atacar al enemigo disperso… ¿Quién, dónde?

El convoy está desintegrado y por todas partes los chechis rematan a los heridos y hurgan en sus bolsillos… ¡El combate ha terminado! Los chechis no tardarán en marcharse… Pero quedarse del todo al margen tampoco es aceptable para el sargento. Así que decide avanzar con todos sus hombres pese a llevar tan sólo una ametralladora de gran calibre.

Bueno, a decir verdad, la única razón de haberse traído la ametralladora ha sido la de cargar con ella al soldado Mujin, el cual le cae mal al sargento, quien por sistema le llama «Gilipollas». En plan mote. ¡Por comodidad! La verdad es que el sargento Borzói-Babkin considera retrasados a todos sus soldados y les llama con motes por el estilo… Para facilitar…, no para ofender… Borzói-Babkin se ha armado con el lanzagranadas acoplado. Y después, sin pensárselo dos veces, ha lanzado a los soldados al ataque. Directo de los arbustos al enemigo. No sin antes gritar: «¡Mujin! ¡Gilipollas! ¡Agarra la ametralladora!», y luego, a todo pulmón: «¡Hurraaaa!».

El medio pelotón ha voceado: «¡Hurrrraaa!» pero sin lograr el pretendido efecto intimidatorio. Les han recibido con fuego graneado… Han tenido que agazaparse enseguida. Pero igualmente les están aniquilando. Se han expuesto demasiado. Ya era tarde para ocultarse. Todavía beodos, los soldados apenas han despabilado. Los chechis, por el contrario, están frescos y excitados en la medida justa. Sólo un poco drogados. Un porrito, no más, antes de entrar en acción.

—¡Gilipollas!—chilla bajo las balas Borzói-Babkin—. ¡Escóndete detrás del pino! ¡Da igual que esté ardiendo! ¡Escóndete allí! ¡Con la ametralladora, gilipollas!

Mujin es fornido, ágil, no le cuesta nada arrastrar la ametralladora, puede con eso y más. Lo malo es que siempre tiene sueño.

El pino se convierte en la principal localización del combate. Su enorme tronco abatido ofrece un buen parapeto, pese a las llamas, mayormente concentradas en su copa, que arde entre chasquidos.

—¡Gilipollas! ¡Escúchame! ¡No te duermas!

El sargento se ha tumbado al lado de Mujin y trata de mantenerlo despierto a fuerza de coscorrones y hasta algún que otro puñetazo en su mandíbula de corcho. Mujin, medio sonámbulo, prepara y monta la ametralladora… Directamente encima del tocón podrido… ¡Venga! *¿A* qué esperas? ¡No hay tiempo que perder!

El primero en salir de un salto desde debajo del pino derribado ha sido un checheno. El soldado Kólesov, dotado de un instinto casi

animal, cazador desde niño, escondido debajo del mismo tronco ha salido a su encuentro: los dos han descargado sus metralletas a quemarropa. Quién ha muerto primero, no se sabe. Las dos almas, como quien dice, han volado juntas al cielo… Una al lado de la otra… Podrían haberse cogido de las manos. El alma del instintivo Kólesov y la del checheno. Al menos durante el despegue común hacia dioses diferentes, hasta la bifurcación de los caminos (celestiales).

El sargento Borzói-Babkin echa a un lado su recién vaciado lanzagranadas al tiempo que maldice al amodorrado Mujin. Lo aparta de un empellón y se hace cargo de la ametralladora… ¡Ahora se van a enterar! ¡Por mis huevos! Pero su intención es abortada de cuajo por una certera granada chechena. Les ha explotado en los morros. Los dos, tanto el sargento como el Gilipollas Mujin, han caído de bruces, han hundido las narices en el suelo al lado de la ametralladora. Una ráfaga de balas les ha rastrillado la espalda… La ropa ha comenzado a humear. Ardían… Las llamas bailaban encima de sus trajes de camuflaje.

El combate se ha acabado.

Los soldados soñolientos no podían resistir más. Y los chechenos, sólo un poco drogados para aliñar el coraje, los han rematado. Los rematan llenos de fulgor victorioso: ¡dos pájaros de un tiro! No habían acabado de arrasar el convoy cuando, de propina, han dejado frito a medio pelotón federal… Catorce soldados más el sargento Borzói-Babkin.

Del lado checheno sólo ha habido dos muertos. Y dos heridos.

¡El coraje de los vencedores! Remataban a los borrachos abotagados… Hurgaban en los bolsillos de los muertos. Les quitaban las dagas si les parecían bonitas. Para más comodidad se puede remover el cadáver con la punta de la bota. Incluso voltearlo dándole una patada o haciéndolo rodar bajo la suela… Sobre el cuerpo frío de Korzhatski se ha inclinado un chechi joven que, al discernir las hombreras del oficial, le ha cortado una de ellas y, ya puestos, una oreja.

Se acerca reclinándose sobre la pendiente empinada un Zhiguli. Le sigue un camión.

Eran los compradores a los que Ahmed el Montañés ya había invitado al lugar del combate a través del celular. Ahmed, que no ha dejado quemar el gasoil durante la batalla, ahora ordena apagar el fuego vecino. No quiere ni una chispa, ni una pavesa en las inmediaciones del botín… ¡No vayamos a joderla! ¡Dos camiones de combustible!

No obstante, el regateo nunca es fácil. Ahmed encomienda acabar las negociaciones a su hermano:

—¡Dokú! Cierra tú el asunto.

Ahmed se dirige a pie a la entrada del desfiladero. ¡Allí tiene otro negocio! Debe encontrarse con un oficial del Estado Mayor para entregarle un dinero: el pago por una partida de botas. No pierde comba. Cuando bajaba de las montañas iba a por todas, a aprovechar cualquier ocasión.

Lo de las botas no tiene nada que ver con la emboscada, simplemente es otra operación. Un chollo. Se puede decir que Ahmed se había agenciado a muy buen precio el calzado de invierno para todos sus hombres. Lo dicho, todo un ejecutivo.

Dokú, el hermano de Ahmed, aunque estaba herido, negociaba con uñas y dientes el precio del botín:

—O compras el gasoil o yo mismo le prendo fuego… ¿Qué te crees, que lo voy a dejar sin más en medio de la carretera?

El comprador le reprochaba el precio disparatado:

—¡Dokú! Pero si acabas de apropiarte de un convoy entero.

—¿Esa mierda de convoy? ¡Me limpio el culo yo con ese gasoil!

—Pues entrégamelo.

—¿Gratis? Prefiero quemarlo.

—¿Y si es gasoil de Sáshik?

El hermano de Ahmed, eufórico en su papel de héroe del día, se puso gallito.

—¡Y dale con el Sáshik de los cojones! ¡Ya va siendo hora de que alguien se le plante!

—Si el gasoil es de Sáshik, te harán responder por él antes de que te des cuenta.

—¿Desde cuándo te preocupan los rusos?

—Me preocupas tú.

—¿Yo? ¡Vete a tomar por saco tú y tu Sáshik!

Los dos sabían que no había ni una gota del gasoil capturado que perteneciera al mayor Zhilin. (Allí no había nada mío: ni gasolina, ni gasoil). Simplemente armaban jaleo. ¡Mercachifles! Uno elevaba el precio, otro lo rebajaba, nada más.

Los chechis mientras tanto revolvían el convoy destruido en busca de cualquier cosa que pudieran pillar… Hasta que ya no quedó nada

que rascar… Poco a poco se fueron amontonando alrededor del hermano de Ahmed: a lo mejor, al lado de Dokú surgían trofeos más apetitosos. Sabían que el gasoil se vendería allí mismo y caro.

En cuanto los compradores llegaron a un trato con los vencedores, comenzaron las prisas. Entre los dos BMR quemados, arañando contra sus costados, pasó a buscar la mercancía el primer camión… Para recibir los barriles del camión federal tiroteado.

Un desfiladero no es el lugar más cómodo para la carga. El primer camión de los compradores y, tras él, el segundo se veían obligados a realizar maniobras peligrosas. En una de ellas pararon muy cerca de los chechis que esperaban la pasta y de aquel tronco medio quemado… Ahí estaban medio atrancados cuando de pronto recuperó el conocimiento (probablemente por el ruido de los motores) el Gilipollas Mujin. El estallido de la granada le había dejado ciego. Completamente… Al principio Mujin no lo comprendió. Pensó que se había dormido y que se había despertado ya de noche. Y que el combate no había cesado entretanto y seguía a todo trapo. ¡Y él se lo había perdido!

Apartó de un empujón al sargento muerto y a tientas agarró su ametralladora. Empezó a disparar a las voces chechenas. Sí, se había quedado dormido. Sí, era culpable. Pero ¡ahora se sumaba al combate! La quemazón en los ojos era terrible. Mujin pensó que el gilipollas del sargento le había echado alcohol en los ojos… O, tal vez, yodo. ¡De ése cabía esperar cualquier putada! ¡El sargento es un cafre y sus bromas son igual de cafres! Mujin oyó hablar en checheno a su izquierda y se precipitó a abrir fuego en esa dirección.

—¡Hijoputas! ¡A-a-a-ah!—gritaba mientras disparaba.

Tardaron en matarle. Y es que nadie esperaba que el fuego se reanudara.

Las balas de una ametralladora moderna de gran calibre no hieren, sino que destrozan al hombre. Lo hacen pedazos. Como hacen pedazos lo que tiene al lado, aunque sea una roca. Mujin, disparando de oído, más que cadáveres iba generando pedazos de carne. Oía voces y disparaba en esa dirección.

Así fue el inesperado acorde final del combate.

—¡Aa-a-a-ah!—chillaba Mujin hundido en el espacio negro (e incomprensible) que envolvía sus ojos ciegos.

Ahmed el Montañés, que se había ido a pagar las botas recibidas recientemente, estaba muy apartado, en la otra punta del desfiladero.

(Su hermano Dokú, que, borracho de victoria, gritaba más que nadie que el reparto debía ser justo, fue el primero en ser alcanzado). Al desgraciado le volaron los sesos. La cabeza se partió produciendo un ruido inverosímil: crac. Ni siquiera comprendió de dónde venían los disparos… Alrededor todos gritaban, chillaban, presas de un pánico instantáneo.

Los camiones y el Zhiguli con los compradores potenciales del gasoil salieron zumbando. Estos sí estaban alerta… Todo el rato esperaban algún chasco (de parte del mismo Ahmed, por ejemplo y sin ir más lejos). En cambio, los guerrilleros, relajados en ausencia de Ahmed y de improviso sin Dokú, se asustaron y empezaron a disparar a troche y moche. Los chechis tardaron en darse cuenta de que de una o de otra manera había que matar al soldado con la ametralladora. Pensaban que habían llegado los refuerzos federales. Por de pronto corrieron hacia los arbustos, se colgaron de las ramas… Pero cada grito suyo, cada aullido, cada chasquido, provocaba una nueva ráfaga de fuego de Mujin hacia el lugar de donde provenían. La desbandada no evitó la escabechina. El vocerío era tremendo, desesperado, los guerrilleros no entendían aquella especie de condena omnipresente e implacable, por qué caían fatalmente dondequiera que huyeran.

Escapar… Agazaparse… Esconderse… Pero… ¿dónde?

Estamos los dos, Ruslán y yo, en la obra del almacén exterior. Sentados en unos taburetes mugrientos cubiertos con periódicos al lado del cobertizo, matamos el tiempo tomando té. Al menos estamos al aire libre… Con los móviles al alcance de la mano comentamos los detalles que nos han llegado ya, y esperamos…, esperamos…, esperamos que lleguen otros nuevos.

He sido el primero, no aguantaba más y he venido aquí, a la obra… Corriendo… A veces los chechenos saben más. Ruslán me ha seguido los pasos.

En la obra eterna el tiempo parece haberse parado. Pero al menos no abruma el ruido del almacén.

Las mandíbulas me duelen de tanto apretarlas.

—El desfiladero de Mókroie está bastante lejos de Serzhen-Yurt—matiza Ruslán—. No obstante, queda todavía a un buen trecho de Vedenó… Un lugar fatídico.

—Lo sé. Está más allá de Forever—asiento.

—Sí.

—Antes aquello estaba tranquilo.

—La emboscada… Sabían del convoy y lo esperaban. Dejaban circular a los viajeros sueltos para que no les detectasen.

Con estas palabras Ruslán me echa una pizca de esperanza (la comparte conmigo). Los emboscados quizá dejaron pasar a Gusártsev con los chavales para no mostrarse antes de lo previsto.

Nos imaginamos el mapa fácilmente sin la necesidad de abrirlo. La carretera virtual serpenteando. El verdor del bosque… Los estribos pardos del desfiladero. Estalló el combate, pero ¿cómo? ¿De qué manera?

Razonamos, adivinamos por qué iba sin la escolta… ¡Vale! Es por los puestos de apoyo en la carretera montañesa. Uno está justo a un kilómetro de Mókroie… Me pregunto para qué… ¿Por qué no se han anticipado a los chechenos con un ataque disuasorio? Ni siquiera hace falta guerrear a lo grande. Con un poco de ruido habría bastado. Unos cuantos disparos… ¡y la emboscada se anula por sí sola!

Llamada de confirmación de Grozni. Desfiladero de Mókroie… Bajas: dos decenas y pico… Un convoy pequeño. Suministro regular de municiones y combustible. Pérdidas: cuatro vehículos de carga, dos BMR de escolta.

El caso es que este mismo pequeño convoy que los chechis han quemado en Mókroie lo habíamos utilizado muchas veces para transportar el gasoil. Solíamos colmarlo de elogios. ¡Hasta nos jactábamos de dúctiles por usarlo como alternativa! El convoy era rápido y cómodo… Su capacidad de maniobra excepcional, casi como la de Jvor… Y, un añadido especial: por delante siempre iba el cebo, dos camiones de gasoil. Los chechis nunca queman el gasoil, prefieren quedárselo… Lo mismo que las municiones. Incluso si se topan de frente con el enemigo no les cuesta nada alterar los planes sobre la marcha con tal de sacar tajada… Así casi siempre se evitan las víctimas mortales por ambas partes… Los chechis se hacen con los dos primeros vehículos con el gasoil y se van.

Pero esta vez en lugar de la comprensión mutua entre caballeros se derramó la sangre… Una auténtica masacre… Una emboscada en toda regla.

—¡Qué desastre!—repite, lúgubre, Ruslán.

Lúgubre y honesto… El hecho de que en el combate vencieran los chechenos y no los federales no le compensa de ningún modo por muy

checheno que él sea, ni tampoco la pérdida del pequeño y operativo convoy, y menos todavía la muerte (probable) de Kolia Gusártsev. Además, ¿seguro que los chechis vencieron? Según las primeras noticias, sí. Pero los primeros datos suelen ser unilaterales y éstos procedían justo de los chechis.

En primer lugar, Kolia… Gusártsev ocupa nuestros pensamientos pero casi no hablamos de él. No ha llamado, no hay contacto. El convoy es una pérdida segura, eso es un hecho, no tiene vuelta de hoja. Una pena. Era tan infalible, tan modesto… Discreto, pequeño y no molestaba a nadie. Ese convoy emanaba calor humano. ¡Tenía alma! Nosotros, Ruslán y yo, lo sabíamos… Era como un ser vivo, y eso siempre da más lástima.

Lo guiaba Segueev, que no era especialmente conocido y por tanto no le hacía sombra a nadie. Y estaba el pelirrojo teniente Zhúkov, con el que jugué una vez al ajedrez. ¡Y qué buenos eran los conductores! Un equipo estupendo.

El milagro de la guerra, el móvil, está callado. De tanto en tanto yo marco el número de Gusártsev. No responde… No responde pero el móvil no está desconectado. Esto es malo.

Gusártsev y los chavales iban con una hora de retraso en relación con el pequeño convoy destruido. Pero bien pudieron haber acortado la distancia… para utilizar el convoy de tapadera. (Kolia Gusártsev pudo haber decidido pasar deprisa a Vedenó al amparo del convoy. ¿Por qué no?). Y, claro, en ese caso podría haber pillado junto con el convoy… El convoy como tapadera es un arma de doble filo. Pudo unirse al convoy para que el viaje fuera más entretenido y…

Aunque también pudo haberlos adelantado. ¡Zambullirse en un desfiladero, luego en otro! Estamos hablando de Kolia Gusártsev, ¡ya sabemos lo lanzado que es!

¡A ver! Por otra parte hay que tener en cuenta la información de que los de operaciones especiales, los del FSB, ya llevan un buen rato trabajando en Mókroie… Cuando investigan bloquean las carreteras… Por un tiempo todo se cierra. Así que no podemos saber nada seguro ni para bien ni para mal. Lo que sea, sonará cuando suene.

Si Gusártsev se ha salvado está claro que no va a esperar que la circulación se abra. Nuestro Kolia dará la vuelta y vendrá para casa, de regreso a Jankalá… ¡Sin equipaje! ¿Y los chavales? Los chavales indudablemente no querrán volver. Se emperrarán en llegar a su

entrañable unidad militar por sí solos…

Este imaginado «por sí solos» me pone todavía más nervioso. Dos sonados de las bombas en medio de esa maldita carretera montañesa. ¿Cómo se les puede dejar ahí? Sigan, sigan, todo recto, no tiene pérdida…

Lo ideal sería que el todoterreno de Kolia Gusártsev hubiera pasado por delante de la emboscada antes del combate. Pero ¡qué velocidad habría tenido que coger para ello!

—No pudo haber adelantado mucho al convoy.

Ruslán, silencioso durante un rato largo (pensando simultáneamente lo mismo que yo), propina enfadado un puñetazo al pasamanos de la escalera en construcción. Luego escupe al hueco de la obra eterna… Al vacío del zócalo de hormigón. ¡Ay, Kolia, Kolia!

Llamada entrante… Informan desde la estación de ferrocarril… Se confirma que hubo combate. El puesto avanzado no se instaló allí en vano, como un mirador turístico. Cumplió su cometido. Los soldados atacaron aunque se encontraban en minoría… Les abatieron, pero se hicieron notar… Uno de los soldados, ya ciego (¿de pronto perdió la vista o qué?), estuvo friendo chechis a metrallazo limpio al mejor estilo de los comandos. Los segaba a filas… ¿Quién se lo dijo? Lo contó un soldado que, herido por una explosión, se había escondido entre los arbustos… Se metió debajo de un árbol, debajo de las raíces, cuando los chechis estaban a dos pasos.

—¿Y cómo pudo ver nada estando debajo de las raíces?

—Eso no lo sabemos. ¡Es el testimonio de un superviviente!

Se ha de decir que la información que procede del ferrocarril es siempre fidedigna. Averiguan, concretan y sólo después llaman… Esta vez, de paso, han aprovechado para darme las gracias por haber llevado la semana anterior su gasolina a una dirección complicada. Decenas de barriles suyos que yo, previsoramente, curándome en salud, hice llegar a su destino dando al envío máxima prioridad.

¡A ver! Los de operaciones especiales han capturado a dos chechis. ¡Hablarán! Sabremos más detalles.

Ruslán me pasa otra taza de té:

—¿Y de los chicos qué? ¿Nada?

Me encojo de hombros: nada. En esto también debí haberme curado en salud, y, sin embargo, me confié en exceso, no preví bien los riesgos, me falló la intuición… ¡La cagué, maldita sea, precisamente tenía que cagarla con los chavales, con Kolia!

Llaman a Ruslán.

—¡Es Róslik!—exclama al leer el número.

Me pasa el teléfono.

Por alguna razón, Róslik no puede hablar pausadamente. Suelta la información a toda prisa, con voz atropellada:

—Los nuestros (es decir, los chechenos, su comunicación interna) informan. Un mayor muerto, un tal Kusáitsev… Ku-sái-tsev… ¿Aleksandr Serguéievich, me oyes? Me da mala espina, me temo que sea Gusártsev.

No atino a contestar, me he quedado mudo… *Kusáitsev* es Gusártsev, seguro. Se han tragado las letras del apellido, como suelen hacer… ¡Suena ridículo, trágicamente ridículo!

¿Kolia Gusártsev en Mókroie? ¿Muerto? Quién lo hubiera dicho. Es absurdo… No encaja en el cuadro. No encaja (aunque, si digo la verdad, tenía ese pálpito, no paraba de rondarme la cabeza).

Pregunto a Róslik con un hilo de voz:

—¿Y los chavales?

—No se sabe nada, Aleksandr Serguéievich. Nada más.

Las llamadas a nuestros móviles continúan. Mis informadores. ¡Están trabajando a fondo! Llegan datos por el transmisor… Cada vez hay más detalles del combate en el desfiladero de Mókroie. Otra vez aparece el ciego y su ametralladora… Pero nada más acerca de Gusártsev y ya no digamos sobre los chavales.

Regreso a mis almacenes… Puede que en mi teléfono de trabajo me aguarden noticias más concluyentes.

En cuanto cruzo las puertas se me echan encima el sargento Sneguir y dos soldados de carga… Me esperaban ansiosos … Me rodean y me preguntan los tres a la vez… ¡Los chalados! ¿Han caído nuestros chalados? ¿Es verdad eso que dicen de que los han…? ¿En Mókroie?

Han oído algo más que campanas, es obvio que casi saben tanto como yo…

—No se sabe nada—respondo.

Los soldados, obedeciendo a un gesto apenas visible de Sneguir, se apartan. Lo dejan de portavoz, Sneguir da un paso al frente y otro atrás, cabecea…

—¿Qué?

El sargento, vacilando y apoyándose en un pie y luego en el otro, explica el asunto: ellos, los soldados de carga, querían celebrar una comida de exequias… Esos tarados eran para ellos gente cercana… No, no, al mayor Zhilin los soldados no le piden nada. Los soldados tienen una pequeña reserva de bebidas, poquita cosa… Pero a los soldados no les gustaría beber a escondidas, a hurtadillas, querrían que fuera con mi autorización… Con el permiso del mayor Zhilin… Como es debido. Para la noche, sería una cena… Y por la mañana, a la hora de la carga, estarán como nuevos. Lo prometen. El mismo, el sargento Sneguirev, lo garantiza.

Entro en combustión instantánea:

—¡Demasiadas prisas por enterrar!

Le he enviado al carajo. ¡Me lo garantiza! ¡Se la han colado por debajo de las piernas esos listillos, parece mentira! Lo que me faltaba ahora, un festejo funerario castrense. ¡Juerga nocturna, el muerto al hoyo y el vivo al bollo!

Le tengo que pedir a Kramarenko que les controle, que me los ate en corto.

Ya percibo en la piel arcanamente cómo se acerca, serpenteando, la noticia funesta, cómo llega *arrastrándose.*

He bebido, pero poco. Sé que el punto final está al caer.

Llaman, no paran de llamar… Lo del convoy convertido en un manojo de hierros, reducido a cenizas en Mókroie va de boca en boca. Todos repiten: Mókroie… Mókroie… Mókroie…

Otra noticia (cuando ya estaba metiéndome en la cama…): en Mókroie cayó también Ahmed el Montañés… ¡Anda que no! ¡Dejaron frito a un señor de la guerra! Así que por la mañana habrá una nueva avalancha de llamadas, ¡a cuál más ventajista! Ahora se puede considerar que hubo paridad en el combate… No exigirán explicaciones a nadie. ¡Empate!

La lista nominal va completándose. Otro soldado herido que se había ocultado entre los arbustos transmite lo que vio. Su testimonio confirma que Mujin cierra la lista de nuestros caídos. El ya célebre Gilipollas Mujin, el vengador ciego.

Cuando los guerrilleros ya repasaban los arbustos, buscaban a los heridos y los remataban…, cuando aquí y allá sonaban los tiros de gracia…, cuando a los heridos los sacaban a rastras del nogueral… (los arbustos son de lo más inseguro. Los arbustos son traidores: crees que

has rematado a un elemento y, ¡toma!, resulta que aún colea), cuando lo que tocaba era reunir los cuerpos, amontonarlos…, cuando llegó el momento de la honrada cosecha de los ganadores, justo en ese momento, allí donde yacía el enorme pino derrumbado, se despertó y asomó por encima del tocón humeante un soldado quemado y ciego… Mujin.

Toda su ropa humeaba. Tenía el rostro bañado en sangre… Sólo el mentón era blanco. Deslumbrantemente blanco. Y fue entonces cuando la ametralladora instalada sobre el tocón torcido al inicio del combate resucitó… El herido Mujin seguramente estaba bajo los efectos del *shock*… Encima había perdido la vista. Pero encontró a tientas la ametralladora y, automáticamente, comenzó a disparar, al principio de forma absurda.

El superviviente, el soldado que se había escondido entre la maleza, explicaba que ya por la trayectoria de las balas se veía que Mujin tenía que estar borracho, enloquecido o ciego. Disparaba en círculos… Giraba el cañón aquí y allá… Disparaba a las cimas de los árboles… Al cielo… Pero en un momento dado, por casualidad, le dio a un checheno que, para su desgracia, soltó un alarido. ¡Y entonces empezó el espectáculo! El ciego reaccionó al grito, a los tiros al tuntún de los que corrían en desbandada, a los chillidos, a las órdenes cruzadas… Otro guerrillero aulló. Así que ahora el Gilipollas Mujin comenzó a disparar en la buena dirección, hacia el meollo póstumo del combate, hacia el túmulo de carne de nuestros caídos rodeado por los suyos inminentes… Dio en un blanco cualquiera… Y luego en otro.. El tropel de guerrilleros que aún se arremolinaba en esa zona se dispersó de inmediato, salió en estampida hacia los arbustos, intentando esquivar las balas hasta quedar fuera del abanico mortal, del radio de giro del cañón de la ametralladora… Se precipitaban despavoridos hacia el nogueral intransitable, se tiraban de cabeza, se incrustaban en las zarzas… Con sus gritos rectificaban el fuego del ciego. ¡Hay que ver cómo desahogó el alma antes de entregarla! ¡Cuántos fiambres fabricó! Se llevó de compañía al más allá dos decenas y pico de guerrilleros.

Dos e incluso tres lanzagranadas, o sea, varios disparos desde distintos puntos, les fueron necesarios a los chechis para mandar al infierno a aquel demonio redivivo que les estaba aniquilando, para carbonizar del todo a nuestro ya achicharradísimo soldado.

Pero antes de quedar hecho un tizón el soldado Gilipollas Mujin había dejado un panorama (al borde del nogueral) gratificante (para los gerifaltes militares). Una hilera de cadáveres ribeteando la maleza. Él

solito había igualado la cuenta de las bajas. Los chechenos no pudieron recoger a sus caídos. No pudieron ocultar sus bajas… La aritmética del combate quedaba clara a simple vista: las manos de los vivos resultaron insuficientes para llevarse a los muertos. Sólo pudieron con los heridos. Y ni siquiera con todos.

Con su hazaña el heroico Mujin (las transmisiones por radio no hablaban de otra cosa) ayudó a revalorizar el combate. Todavía más sustancial fue el favor que Mujin hizo a sus superiores de alto rango… Esto, obviamente, se comentaba ya no a nivel público, sino en las conversaciones telefónicas privadas. Se comentaba con furor… Salvó las reputaciones ya bastante manchadas de los dos coroneles (un chuloputas de campaña y un petimetre de despacho) que habían planificado la expedición de marras a través del desfiladero de Mókroie y a los que ahora les tocaba responder por ella. ¡Bravo, Mujin!

De Gusártsev y los dos chavales, el soldado herido, el superviviente de los arbustos, no habló, no sabía nada. En las conversaciones telefónicas tampoco se les mencionaba.

No obstante, los chechenos sabían algo más a través de sus propios canales. El cuatro por cuatro de Gusártsev, que salió de aquí con los chavales, fue visto en la carretera. Ahora en la información entrante no figuraba el ridículo apellido *Kusáitsev*, sino *Gusártsev* pronunciado claramente… Le vieron. Vieron su cuatro por cuatro.

Y también vieron cómo nuestros soldados sacaban a Gusártsev muerto del vehículo, eso también lo vieron.

Si a Gusártsev le dio tiempo de enviar a los chavales a su entrañable unidad militar era una cuestión sin respuesta. ¿Le mataron cerca de Mókroie, de camino allá (es decir, junto con los chavales), o le tirotearon cuando regresaba solo?

Ha aparecido otro soldado que se salvó en la masacre de Mókroie. Ha costado encontrarle… Bajo el fuego cruzado se lanzó, se zambulló en los arbustos. Literalmente se encepó en la tierra. Como un gusano… Los chechis pasaron a escasos centímetros de su cara disparando a los heridos y riéndose. Le entró tos, pero ni respiró.

Sí, está contuso, traumatizado… Sí, salta a la vista que está fuera de quicio. (Pero igualmente pudo haber sufrido la contusión antes… Podría ser uno de mis chavales. Alik u Oleg).

Llama de nuevo Róslik. También él ha oído que se ha confirmado la muerte de Gusártsev, no de Kusáitsev. Comparte mi pena por el amigo

perdido… Pero si Ruslán al mostrar su compasión es, como siempre, impecable y delicado, Róslik da rienda suelta a sus sentimientos… ¡Quiere mi amistad! ¡El puesto está libre! Róslik, que no participa en mi negocio y ansia mi amistad, no puede y no quiere ocultar sus emociones larvadas.

—Ahora, Sasha, te hace falta un amigo. Es imprescindible… El amigo checheno.

Las palabras de Róslik son toscas, para nada tiernas, y menos aún oportunas. Pero ¡son sinceras, fervorosas! ¡El teléfono echa humo! El corazón tosco, para nada tierno, late, golpea directamente al auricular: ofrece con ansia la verdadera amistad montañesa.

—No necesariamente yo, Sasha… No necesariamente… Pero ¡te hace falta un amigo montañés que te comprenda con medias palabras!

Está casi gritando. ¡Con vehemencia, casi con furia! Y mientras, como si la tuviera ante mis ojos, para mí no hay otra cosa que aquella carretera. El desfiladero. El verdor a lo largo de la ruta… Veo el cuatro por cuatro… y cómo a Kolia Gusártsev le sacan por la puerta delantera. ¡He visto ya a tantos tiroteados en sus cuatro por cuatro!

Y Kolia es ahora uno ellos, igual que todos ellos. Con la cabeza caída sobre el volante. Si la muerte es reciente, cuando sacan al muerto del coche, su cabeza se balancea… De aquí para allá.

Llama el general Bazánov. Éste entra a saco, sin contemplaciones, sin tuteo:

—¡Usted! ¡Usted es el culpable, mayor!

No me defiendo. Le comprendo: si yo con la muerte de Kolia he perdido mi brazo derecho, el general lector ha perdido mucho más: ¡una pierna, las dos! Porque era Gusártsev quien le ayudaba a moverse por Chechenia (siquiera mentalmente) … Única y exclusivamente gracias a las piernas de Kolia Gusártsev el general Bazánov iba y venía, visitaba, recorría Chechenia, preocupándose al menos de la apariencia de *los contactos con la población autóctona*. Era Kolia quien le brindaba la dulce posibilidad de leer y leer. Pasar las olorosas páginas viejas zambulléndose en el pasado mágico… Olvidando nuestro mundo…

—Usted es el culpable, mayor… Le atribuyo la culpa. ¡A usted! Usted convenció a Kolia para que se llevara a sus tarados.

—La pérdida de Kolia no es menor para mí que para usted, camarada general.

—¡No comparemos!

Bazánov quiere añadir algo más, algo personal, lleno de dolor, pero su garganta se llena de balbuceos. Se calla… El general-nadie llora silenciosamente.

—Es la guerra, camarada general.

Pero ya está colgando.

Todavía he podido decirle una cosa:

—Aún hay esperanza… Nadie de momento ha visto cómo mataban a Kolia.

Mis sonados. Llamo a su entrañable unidad militar. Allá donde sólo con mucha suerte habrían podido llegar por sí mismos. Pero tal vez lo hicieran con Kolia. Les he dado un margen de tiempo. Supongamos que los tarados van solos… Se ocultan de día, caminan de noche… He esperado, les he dado dos días enteros para el viaje, llamo de nuevo.

Dos antiguos soldados *suyos*, digo… Que se perdieron después de un combate hace como unos tres meses… Han trabajado para mí. En Jankalá, en el almacén de combustible. ¿Han llegado? Alabin y Evski. Ambos padecen secuelas evidentes, fatiga de combate…

—No. Aquí no están—responden.

En cualquier caso les ruego que si llegan los susodichos soldados, me avisen. En cierto modo también me siento responsable. Les agradeceré que se pongan en contacto conmigo si hay novedades. Sí, Zhilin, mayor Zhilin, el de… Exacto, ese mismo.

También allí conocen al mayor Zhilin, el jefe de los almacenes de combustible, al menos de oídas. No es que les diga gran cosa, pero el nombre les suena… Por si acaso les informo de que los dos soldados trabajaron aquí a conciencia. Les elogio por adelantado. Les caracterizo bien. ¡Muy bien! Pero mis palabras se quedan colgando en el aire. Noto cómo mis elogios un tanto vacuos, faltos de sustancia, flotan como globos que van perdiendo gas… Me responden de forma impersonal… Sí… Sí… Sí… ¿Qué hay detrás de esos «sí»? Nada, no hay nada.

He dicho nada a nadie. He estado echando información a una oreja inerte, indiferente como un desagüe.

Esos pasos… Numerosos, pero ligeros. Pasos suaves… Como infantiles. Ruslán y yo intercambiamos las miradas… ¿Quién será?

Ruslán es el primero en darse cuenta:

—Los viejos… ¡El coro de plañideras ataca de nuevo!

Exacto. Por la escalera de nuestra obra eterna suben uno tras otro

los montañeses de barbas blancas y vestidos a lo pobre. ¡No son pasos, son pasitos! ¡Los ligeros, magros ancianos montañeses! Su aldea está al lado del desfiladero de Mókroie, y por la emboscada en Mókroie vienen a confesarse ante mí. ¡Otra vez el absurdo de esta guerra! ¿Por qué a mí? Porque han oído que allí, en el combate, se quemó (o se robó) mucho gasoil mío.

¡Vale! Son los mismos ancianos a los que ayudé el año pasado con el gasoil cuando sus tractores se morían de asco. Les reconozco… Nos han rodeado y hablan todos a la vez. Al principio, no se entiende nada.

—Vale, vale, abuelos—digo—. Cálmense…

—Sáshik… ¡Sá-ashik!—vocean ya felices con mi trato pacífico. Felices porque no les riño ni les grito.

Uno se acerca de un brinco. Ligero como un saltamontes:

—Asán Serguéievich… Sáshik… La edad no perdona, las piernas flaquean… ¿Podemos sentarnos? Permítanos.

Diciéndolo ha mirado fugazmente hacia arriba. ¿Para qué? ¿Qué hay arriba, encima de la obra inacabada? Sólo el azul celeste. Habrá buscado ayuda en él con esos conmovedores ojos implorantes que tan bien sabe poner después de toda una vida… Y qué diantres, pensándolo bien, seguro que es más fácil pillar la bendición de Alá cuando encima no hay nada más que el azul celeste.

Formando medio círculo, en unos taburetes duros y sucios encontrados aquí mismo, se sientan los cinco… Debajo del cielo. Cinco ancianos chechenos.

Ruslán se aparta unos pasos. La delicadeza de las negociaciones. Ahora los viejos y yo estamos a solas.

—¡Sá-ashik! ¡Sá-ashik!—se ponen a ganguear de nuevo en cuanto Ruslán hace mutis por el foro tras despedirse con un gesto de la mano —. ¡Sá-ashik! ¡Salud tengáis tú y tu familia! ¡Que la vida te sea fácil!

Les interrumpo. De acuerdo, el absurdo es inevitable, pero tampoco hace falta exagerar.

—Vale, vale, abuelos… ¿Qué pasa?

—¡Sá-ashik! ¡Sá-ashik!

Los viejos son de dos aldeas. De las dos aldeas que hay al lado del desfiladero de Mókroie, ésa es la clave de su visita… Ellos, dicen, no han tenido nada que ver. Ellos no tienen la culpa de la sangrienta emboscada, así que no vayamos a cometer la injusticia de represaliarlos o bombardearlos.

Otro matiz absurdo: ellos nunca han sido pero siempre son los

primeros en venir a exculparse de la masacre de turno, de modo espontáneo, pretendiendo con ello conjurar toda sospecha. Sí, vale, la emboscada fue cosa de Ahmed y de su hermano. Aunque también es cierto que cualquier hijo de vecino de sus aldeas podría guiar a los guerrilleros. ¡Cualquier niño a cambio de un puñado de caramelos guiaría a quien fuera! Y le enseñaría los lugares idóneos para una emboscada potente y de paso buenas vías de retirada por los caminos de cabras… Pero qué más da, qué se le va a hacer, qué pintan ellos en todo este fregado, ellos, para quienes lo básico siempre fue y sigue siendo labrar la tierra…

—¡Sá-ashik!

Está claro que no soy ningún vengador. Tanto como que nadie los bombardeará mañana. Y apuesto a que lo saben mejor que yo. Pero por si las moscas, por si acaso, toca marcarse el numerito penitente con Sáshik. Porque para ellos, el amo del gasoil es poco menos que todopoderoso. Un semidiós. Y el gasoil es su ambrosía.

Todos sus hábitos, toda su módica existencia me son de sobras conocidos. ¡Cómo conozco sus sonrisas! Qué familiares me resultan esas pocas muelas residuales en sus bocas… Vale, vale, abuelos, buscaremos la paz. Quédense tranquilos y sigan con bien, abuelos, me alegro de verles gozando de buena salud. Dos de ellos se llevan las manos al corazón… Continúan todos sentados… El último anciano a la izquierda parece preocupado, rebusca en los bolsillos de su vetusta americana soviética, coetánea del primer plan quinquenal, salida de fábrica allá por mil novecientos veintipico. Quiere sacar algo. Algo para mí… ¡El regalo, cómo no! Otro consabido momento litúrgico.

—No fuimos nosotros, Sá-ashik… No lo queríamos… No ha sido nuestra gente… Quien te diga que sí, miente, Sáshik, nos calumnia, no le hagas caso.

Lloriquean a coro. El cantar de las montañas… Aúllan un poco… No fuimos nosotros. La culpa es de la gente negra. No fue nuestra gente. No fue nuestro teip. Créenos, Sáshik… No mandes los helicópteros, Sáshik… No vengues a tus caídos en nuestras carnes. Sigue sirviéndonos el gasoil. Siempre nos hemos llevado bien…

Ahmed el Montañés ya está en el cielo, ya está con las huríes… Pero los viejos juran que averiguarán quién ayudó a Ahmed y a su hermano a quemar el convoy… Y yo seré el primero en saberlo. Se golpean el pecho. He de creerles.

—Lo averiguaremos… Te lo haremos saber… ¡Sáshik! Te enviaremos

su cabeza.

Lo refrendan con un aullido. Prosiguen con un llanto tragicómico… Cuando llegue la paz, me construirán una casa. Me encontrarán una mujer… Para que tengas dos, la tuya, rusa, y otra montañesa. Si no encontramos una guapa, encontraremos una buena. ¡Te guisará la carne al modo de aquí! ¡Y otra cosa, Sáshik! Lo más importante: hay una plegaria. Protege de los atracos en las montañas… *Puchja-putu-pututu*… Has de aprenderla en checheno. No es necesario comprenderla. No es necesario convertirse al islam. Lo importante es repetirla… ¡Para que no te atraquen en las montañas! Para que nunca una mano enemiga rebane tus finas orejas… *Puchja-pu-pututu-curgam*… *Puchja-pu-pututu*…

Dos menean las cabezas y repiten mi nombre como cantándolo. Aquel anciano preocupado por fin ha dejado de hurgar en su bolsillo. Ha encontrado lo que buscaba… Del desgastado bolsillo el viejo extrae dos mandarinas y levantándose un poco me las entrega: es un regalo, Sá-ashik.

Para no ofenderle, las acepto. Él se queda contento. Y los demás también. Me sonríen sus bocas desdentadas… Se impone una hábil maniobra de distracción… Un movimiento súbito de cabeza a un lado y a otro. Y cuando todos, siguiéndome, miran alarmados alrededor devuelvo las mandarinas al bolsillo centenario del anciano.

Por la tambaleante escalera de la obra eterna sube corriendo un checheno de mediana edad, un obrero de bigotes exuberantes.

—¡El jefe de obra!—dice metiendo miedo a los viejos. Y luego dirigiéndose a mí—: ¡El jefe de obra Róslik!

Róslik suele echar a los viejos de la obra.

Los ancianos respiran sonora y medrosamente: «Ay-ay- ay… Oh-oh-oh…». El obrero abre la puerta del trastero. Allí hay otra escalera de salida… Una especie de vía de acceso y de escape secreta… Por ella podrán marcharse sin encontrarse con el temible jefe de obra. Es extraño, pero los viejos temen más al pequeño y poco agraciado Róslik que al apuesto y fuerte Ruslán.

El obrero tiene sentido del humor. Me guiña el ojo y empuja a los viejos al trastero. Dice: «Rápido… Apúrense… El jefe de obra Róslik no aguanta a gente ajena a la obra… El jefe de obra se los comerá vivos. El jefe de obra aún no ha desayunado esta mañana».

Los viejos me caen bien. Rusos, chechenos, de cualquier pueblo… ¡No importa la nación! Los viejos no duran. Los viejos son una maravilla de la naturaleza en vías de extinción.

La puerta del trastero se cierra. Se han marchado.

Róslik y yo nos saludamos con un apretón de manos.

—Hola.

—¿Cómo estás, Aleksandr Serguéievich? Mis condolencias…

Pero Róslik no trae detalles nuevos… Ya hemos hablado de la destrucción del convoy en Mókroie, ¿de qué más podemos hablar? Han vuelto a pillar a los *vuestros*… Compadeciéndose, sintiendo pena por Kolia Gusártsev, comprendiendo mi dolor, Róslik es, sin embargo, incapaz de ocultar por completo cierto aire de triunfo. Los montañeses os han dado duro. Os han metido un golazo por toda la escuadra… ¡Los nuestros a los *vuestros*\ El triunfo de la guerra.

No obstante, como corresponde a un hombre sensible, la generosidad hacia el enemigo ahuyenta la media sonrisa de su rostro:

—Maldita guerra.

—Maldita—asiento—. ¿Y *vuestras* bajas, Róslik? ¿Has oído algo?

—No.

Lo que yo pensaba. Todavía no se ha enterado de la muerte de Ahmed el Montañés y su hermano. Ni de la traca final de Gilipollas Mujin.

Vengativo, me callo. Ya le llegará… Yo también soy un *fan*. De los *míos.*

Pero estos cómputos (el cómputo de las pérdidas en direcciones opuestas) no afecta a nuestras relaciones. No hay nada personal. No nos disparamos mutuamente. No somos nosotros. Allí, en Mókroie, otros mataban a otros.

Y cien veces tienen razón los viejos que hace un momento me lloriqueaban, me aullaban: no tiene sentido bombardearlos y vengarse de ellos. No tiene sentido vengarse de ninguna aldea en concreto. No hay a quién castigar allí. Otros fueron los que quemaron el convoy… Siempre son otros.

Róslik se va a revisar nuestra obra inacabada. Camina maldiciendo la lentitud de la construcción y palpando las esquinas. ¡Humedades! Las paredes se quedaron yertas.

Resulta que los viejos que se han escondido en el trastero no se han marchado… Se han animado allí. El silencio les ha animado. Han entreabierto la puerta. Me llaman… A susurros: «Sáshik… ¡Sáshik! ¿Se ha ido el jefe de obra Róslik? Que se vaya…».

Incluso desde allí, desde la puerta del trastero, asomándose cautelosamente, los ancianos intentan expresar su afecto: reiterarme su

gratitud por el gasoil del año pasado. Se acercan las manos al corazón. Me sonríen. Aquel viejo preocupado me tiende, sobre la palma de la mano abierta, dos mandarinas paliduchas… Son para ti. ¡Es el regalo, Sáshik!

Al principio entre los chechenos (entre los señores de la guerra) había bastantes más móviles (comprados en Turquía, en Pakistán) que entre nuestros oficiales. Nosotros muy raramente, sólo por casualidad, recogíamos algún teléfono en los senderos bombardeados. Pero a mí me sugirió la idea la muerte fuera de serie de Dudáyev. Me hizo reaccionar… Fui uno de los primeros en hacer provisión de móviles. El que domina la información, domina el mundo. Y, ni que decir tiene, domina el mundo de las montañas… *en la guerra y en la paz.*

El campesino, a cambio de gasoil, con tal de poder revivir su tractor en el campo y labrar la tierra a tiempo entregará cualquier cosa. El campesino checheno es igual al campesino de cualquier parte del mundo. La sangre le da náuseas después de estar un año guerreando… Junto con el gasoil yo ofrecía a estos campesinos el teléfono móvil. Sin hacer de ello mucho ruido, claro… El necesita el combustible, yo me muero por saber cómo está la carretera y el cruce de caminos en las afueras de su aldea. Los cruces de caminos son los escaques de ajedrez de la guerra montañosa.

Al principio el campesino no entendía. El destripaterrones, el pobre *segar-cavar* no sabía para qué servía aquel pequeño chisme con botones. Le daba miedo cogerlo con su áspera mano. Se le escabulliría como una pastilla de jabón, tan pequeño y resbaladizo.

A veces pienso que sé cómo se acabará esta cochina guerra, esta masacre de mierda. Se deshará en trampas… En cuanto los móviles se abaraten, y la cosa se mueve en esa dirección (¡y muy deprisa!), los del ejército se darán cuenta. Comprarán los cacharros a montones y se los regalarán a los chechenos en las aldeas. Los repartirán como un extra junto con el cubo de gasoil… Junto con un par de piñones para la cosechadora… O con los recambios para los tractores… Y los campesinos, hartos de la guerra, con mucho gusto entregarán a cualquier forastero, a cualquier señor de la guerra al que se le haya ocurrido bajar de las montañas a sus aldeas.

Porque aún queda algún que otro campesino de verdad, no todos van a ser guerrilleros camuflados. ¡Y luego nuestros valientes generales se mostrarán en toda su superioridad! De noche la aldea se cerca con doble cordón. Se minan las entradas. Se minan, sobre todo, los senderos de escape. ¡Y adelante con la batida!

Cada llamada del campesino originará la consiguiente batida… Que saldrá por la tele como una serie folletinesca por entregas.

Cada llamada de móvil son tres guerrilleros abatidos de promedio. Yacen como cayeron, abrazados a sus metralletas, hasta que se les pone boca arriba y con el rostro a la vista, para que se les pueda reconocer… Hoy tres… La semana pasada fueron cuatro… La semana que viene habrá uno, pero importante, un señor de la guerra.

Cada llamada da sus frutos.

Aunque el primer campesino me torturó a gusto. Aquel simpático, sonriente imbécil, aquel obtuso *segar-cavar* me llamaba sin parar… En la aldea tosen… Salavdí tose… Aslán tose… Umar… Se acordaba de todos los que tosían… ¿Qué quería, que además de gasoil les trajera jarabe? Y luego, así como de pasada, me salía con que una vieja había encontrado una bomba que no había estallado.

O concluía su informe añadiendo que me podía llamar más a menudo… ¡si le daba otro móvil!

Me interesaban las partidas de guerrilleros que pasaran cerca de la aldea, nada más… Se lo expliqué como cien veces. Quiero saber si van o vienen, si llevan heridos, si se están retirando a sus madrigueras o acaban de bajar de las montañas, si están preparando una encerrona… El, sin embargo, me llamaba para hablarme del tío Visján, que ahora, después de vender la vaca, cada noche de luna llena llama a las puertas de los establos ajenos.

Ni una semana le duró el teléfono, en menos de eso lo había quemado, fundido por completo. ¡Vaya fisgón! ¡Vaya informador! Y acto seguido vino, acudió volando con el coche para pordiosearme de paso algo de gasoil.

—¿Cómo eres tan mamón?—le pregunté—. ¿Por qué me llenas las orejas de basura?

Lo puse de vuelta y media, le pegué una bronca del copón, no me llames en vano. No me distraigas con gilipolleces. El desenfocó caviloso la mirada, bizqueó sus ojos marrones, parpadeó y, finalmente, dijo:

—Es que apetece.

¡Manda cojones, le apetece hablar! ¿Y por qué no le da la brasa a la parienta, o a los hijos? No, con ellos no tiene caso. Qué les va a contar de la aldea que no sepan. Un auténtico patán. Un *segar-cavar* en estado puro.

Le di el cargador. Le expliqué cómo funcionaba. Y con toda

severidad le ordené que sólo llamara para informarme de los grupos de montañeses armados y los cuatro por cuatro solitarios. Y lo más importante: de los camiones con tíos montados en la caja… Se lo di todo masticado, procuré asegurarme de que lo entendía: sabes lo que es un cuatro por cuatro, ¿no? Bien, pues lo que interesa es adónde va: ¿a las montañas o a Serzhen-Yurt? Y no vuelvas a llamarme en plan comadre o te quito el teléfono y no te doy ni medio vaso de gasoil más! Basta de chismes de aldea, si te aburres te la cascas, pero a mí no me taladres, ¿vale?

Como resultado, esa misma tarde el muy gilipollas me informó urgentemente de que la vecina del tío Visján había perdido la cabra en las montañas.

Casi se me revienta una vena cuando le pregunté a voz en grito:

—¿Y el chivo qué, sigue suelto con un móvil de cencerro?

Capítulo XII

LO más sencillo era creer que los chechis tirotearon el todoterreno por pura mala suerte, que Gusártsev eligió el peor día para acompañar a los muchachos hasta su entrañable unidad y que cayó casualmente en la dichosa emboscada en el desfiladero… Pero ¿fue realmente una casualidad que pasara por allí ese día? ¡Ay, madre!

De golpe me estremeció una suposición más complicada: Kolia Gusártsev no estuvo en Mókroie por un capricho del destino, sino que fue allí para cerrar una operación. Enseguida se me hizo presente nuestra conversación de días atrás. Rebobiné, la reviví de un rápido tirón, en cuatro flashes… Lo del UAZ con las ametralladoras… Los comentarios juguetones de Kolia sobre la venta de armas. ¡Su insolente temeridad! Cómo me pinchaba entre una copa y otra. Y cómo se había mordido la lengua al final, porque al final estaba claro, me di perfecta cuenta, que no se había atrevido a decirme algo que quería decirme, que estuvo a punto de soltar pero se cortó in extremis… Todo me cuadraba ahora, cobraba sentido.

Ya siguiendo el hilo recordé lo del intermediario checheno del que Kolia se burlaba un poco y a quien pensaba colocarle, o sea venderle, no sé qué. Un paleto inestable que hoy hacía tratos con los federales y mañana volvía a echarse al monte. De aquí para allá, siempre a salto de mata… Pues daba la casualidad de que este culo de mal asiento, el señor *De aquí para allá* (no lograba acordarme de su nombre) era pariente de Ahmed el Montañés… ¡Mira por dónde!

Si Kolia Gusártsev, a través del intermediario, había vendido ametralladoras o lo que fuera al teip de Ahmed el Montañés, Ahmed debía dinero a Kolia. Una deuda no es ninguna broma… Ahmed, según

decían, no las gastaba con el dinero, ni con el suyo ni con el ajeno. Pagaba siempre a tiempo, sin demoras… Cabe suponer, pues, que el propio Ahmed acordó vía móvil la cita con Kolia. Y que quedó con él a una hora determinada, calculada con un margen razonable, quedó para *justo después de la emboscada.*

Los señores de la guerra chechenos practican una regla de hierro forjada en la contienda: pagar la mercancía personalmente, pasando el dinero de mano a mano. Esto reduce la cantidad de engaños… ¡La guerra nos adiestra a todos con maestría! El cabecilla baja de las montañas con sus hombres hambrientos… Dirige el combate… O lleva a cabo una emboscada, como la de Mókroie… Y, de paso, ya que está allí, paga a sus acreedores.

Dinero en mano… ¡La cita! Todo planificado al minuto. Porque después de la emboscada exitosa Ahmed el Montañés tenía que retirarse. Otra vez a las montañas. ¡Y muy deprisa! En caso contrario, los helicópteros le harían picadillo a él y a sus hombres… Más que picadillo, amasijo… Pellas de carne que habría que arrancar de los árboles para poner al menos algo en el ataúd, en eso se iban a convertir sus mozos gallardos, que nadie soñara con que lo enterraran entero, si no salían flechados en el margen previsto los tendrían que despegar a cachitos de los troncos de los robles y los olmos.

Así son las cosas: hubo un Kolia Gusártsev y ya no está… No ahorraba ni moldeaba su futuro, no construía como yo. No esculpía en el tiempo nada sencillo y claro que incluyera un plan de vida a largo plazo, nada ni remotamente semejante a una familia y una casa a la orilla de un río. Kolia Gusártsev se lo fundía todo en las vacaciones.

En cuanto pillaba vacaciones cogía los pacíficos aviones de las líneas turísticas, saltando de tal a cual paraíso de postal. Las playas del sur… La arena blanca… A reventarse la pasta en compañía de morenazas de gustos caros… Y de sus chulos empedernidos. En los garitos más calientes, eso era irrenunciable. Un antro en toda regla, un auténtico lugar de perdición. ¡Para darle marcha a la adrenalina!, se jactaba. De buena gana arriesgaba su vida en Chechenia para luego remojar ese riesgo a lo grande, dorarlo al sol y bañarlo en vino.

El, según mi conjetura, vendió aquí, en Grozni, un lote de armas a Ahmed el Montañés a través del pequeño intermediario, y se dirigía a Mókroie para cobrar una pasta gansa de manos del mismo Ahmed… Kolia volaba contento a Mókroie convencido de que iniciaba su propio negocio, su especial y fabulosa bicoca para listos… Estaba arrebatado. No tenía ni idea de la emboscada al convoy en Mókroie… ¿Cómo podría

saberlo? ¡Ni que Ahmed el Montañés se dedicara a informar a sus proveedores o clientes de esas cosas!

El general Bazánov, llorando en silencio al teléfono, fue quien me hizo atar cabos. El general contenía heroicamente los sollozos. Se comía las lágrimas. Estrangulaba sus gemidos. Pero lloraba. Yo sentía que lloraba.

Y por eso, para su consuelo, dije que aún quedaban esperanzas, camarada general… Nadie vio cómo mataban a Kolia.

—Nadie vio cómo mataban a Ahmed el Montañés y, sin embargo, lo mataron—soltó Bazánov con voz emocionada pero firme de general.

En ese preciso instante se me representó un posible contacto, ¡una cita de negocios! Fue una imagen repentina, un pensamiento fugaz: Kolia y Ahmed el Montañés… Juntos… ¡Y los dos muertos!

Seguramente a Kolia le pareció que la idea de llevar a los chavales y de paso (por el camino) cobrar a Ahmed, o más bien viceversa, era una genialidad, una jugada maestra, intrépida pero astuta… Durante el encuentro con los chechenos, aquel par, Oleg y Álik, podrían pasar por su escolta, la escolta del mayor Gusártsev. ¿Que son tarados? ¡Qué más da! Cuanto más demente parece la escolta, más segura y feroz es. Cualquier checheno, hasta el más camorrista, lo interpretaría así.

Gusártsev viajó en compañía de Álik y Oleg poco menos de doce horas. En el todoterreno… Y, claro está, durante todo ese tiempo habló varias veces por teléfono con Ahmed ultimando la cita. Directamente desde el coche. Otras cosas pueden esperar, pero la pasta es la pasta… Mejor dejar los tratos claros, eso es lo que hacen los tíos legales… En un primer momento favorable para los guerrilleros, el desfiladero se colmó de ecos de gritos y disparos. Pero Gusártsev, animoso, se precipitó hacia allí… Hacia el ruido seductor del tiroteo ajeno… Bordeando, sin embargo, las llamas y el humo de nuestro convoy ya destruido.

Cuando los federales, ya con demasiada demora por mucha prisa que se den, acuden al lugar de la masacre, prevalece el enojo por el número de los caídos y la dureza hacia los supervivientes. Esa es la reacción típica, sobre todo en el caso de los del FSB. Cuando acuden escopeteados al sitio donde han prendido fuego al convoy, son extremadamente recelosos con los que se han salvado… Hacia los suyos, los de nuestro bando… Quieren inculparte… ¡Porque estás aquí y sigues vivo! Hasta a un mayor del Estado Mayor que merodee con su coche por la zona podrían, si no meterlo directamente en el mismo saco, sí al

menos considerarlo lo bastante sospechoso como para no dejarle pasar sin más. En cambio, si este mayor lleva a dos sonados, de los cuales uno llora sólo por el ojo izquierdo y el otro repite como un lorito: «Fieles al juramento. Fieles al juramento», eso ya tiene otra pinta. Más verosímil. Claro que un oficial del FSB siempre te busca las vueltas, pero vamos, en este caso qué te va a decir, ¿que por qué el chaval sólo llora por el ojo izquierdo?

Así que para Kolia las circunstancias eran favorables… Pero, entonces, ¿cómo murió? ¿Tal vez los chechenos le hicieron una faena, le escatimaron la pasta a la hora de la verdad y él se rebotó y se montó una pajarraca? Una versión posible.

No obstante, darle pasaporte a Kolia Gusártsev no era tan fácil, no se acababa con él así como así… Kolia, todo lo joven e impulsivo que se quiera, no siempre las venía venir de lejos, pero tenía un olfato singular en el cara a cara. Y tampoco había llegado ayer a las carreteras chechenas, vamos, ¡pues no había salido de pocos bretes! Al menor atisbo de engaño habría sido el primero en disparar. Era rápido y certero. (Y sin deliberaciones. ¡Pam! ¡Un enemigo menos!). En cuanto Ahmed el Montañés metiera la mano en el bolsillo equivocado, ¡anda que iba a llegar vivo al minuto siguiente!

Si es cierto que a Kolia Gusártsev le sacaron muerto de su cuatro por cuatro… significa que no salió a pecho descubierto, significa que negociaba desde el coche.

Y, además, mis dos sonados tampoco eran del todo desdeñables en calidad de escolta. Vale, fatiga de combate, pero… ¿quién sabe? Sentados dentro del vehículo… Metralletas en ristre… El instinto de conservación también juega, si pasa cualquier cosa, seguro que se encienden las alarmas. Y dos hombres con AK son dos hombres con AK, déjate tú.

Pude imaginarme fácilmente el tiroteo repentino a seis-siete cañones… Al fuego frenético de los chechenos de la guardia de Ahmed los chavales a buen seguro contestarían enseguida y al alimón. Y con más frenesí si cabe, que por algo están zumbados.

La mercancía de Gusártsev, sin embargo, para nada fueron las armas. ¡Fue el calzado! Yo le había pedido a Kramarenko que investigara con discreción entre los almacenes cercanos. El, sin prisa pero sin pausa, hizo sus pesquisas y, al cabo, la cosa salió a la luz… ¡Botas militares! No armas. ¡Ni siquiera munición!

Respiro de alivio. Aunque tardío… Uno de mis informadores me

confirmó la transacción. Se trataba, en efecto, de botas amortizadas. Gusártsev se las pasó a los chechis en una camioneta igual a mi UAZ.

Nuestros soldados preferían los borceguíes, las botas acordonadas en el tobillo. Buenas botas… A casi nadie le interesaban las botas de siempre con el peal. O sea que lo que vendió Kolia Gusártsev era poca cosa. Un montón de las de caña alta de lona. Pero eso era justo lo que necesitaban los chechis para moverse por montañas y desfiladeros… Es el tipo de calzado más seguro. Y calienta más, si se usa con un peal de calidad.

Saberlo fue triste.

Y eso que yo pensaba que el tozudo de Kolia Gusártsev no me había hecho caso, se había liado con la venta de armas y por eso había pillado. El precio de la osadía y la codicia… Pero ¡que Kolia Gusártsev hubiera caído víctima de unas botas medio podridas ya era demasiado!

Porque así es como fue. Me escuchó, tomó buena nota. Hizo caso al mayor Zhilin… Quién si no yo le había aconsejado agenciarse algún negocio donde no se jugara el pellejo… Por ejemplo, el de los materiales de construcción… Para sacarse algo más por otro lado si tan pelado iba, si tanto le fastidiaba el parón de nuestros asuntos de combustible o tanto ansiaba unos beneficios extra… ¡Menuda putada! Estará rechinando los dientes en el otro mundo. ¡Pilló por ir a cobrar unas botas apestosas!

Yo alucinaba. Es que de hecho fue a cobrar en solitario. Los sonados no cuentan para eso, una cosa es reaccionar a una agresión flagrante y otra saber mantenerse al quite. ¡Cobrar sin apoyo, por Dios, a quién se le ocurre, pero si es la pifia clásica, la más elemental! Un oficial hábil, listo. Con ingenio y picardía, vamos, que no es aquello que dices es que no tiene ni dos dedos de frente… ¡y va el tío y se porta como el último imbécil!

Dolía.

El lunes llegó el suministro… Vía ferrocarril… Todo entregado con esmero. Según el pedido. Y sin robos.

El gasoil… *Los barriles… Dos camiones grandes. ¡No está mal!*

La gasolina… *Una cisterna. Vero una llena, hasta el borde*.

El queroseno para aviación… *Han dado como siempre, poquísimo*.

El aceite lubricante espeso… *Medio barril… Para los instrumentos de orientación… Esperar los pedidos de las unidades militares*.

El suministro fue el lunes, y el mismo martes en las obras del almacén exterior se presentó un checheno. Dijo que venía de parte de

Ruslán… Iba loco por verme. Se quedó a esperarme, pendiente de si aparecía o no por la penosa escalera. No esperó en vano… Entretanto, incluso aportó su granito de arena a nuestra pobre construcción. De buena gana. Cogió la pala y ayudó a mover la arena… Nunca deja de llamarme la atención ese interés de los chechenos de las montañas por los trabajos urbanos.

El checheno ya estaba al tanto del suministro. Cuentan con sus informadores.

Pero pidió sin pasarse. Un poco de gasoil… «Echa un poquito, Sáshik». Aunque él no podía pagarlo… Y el lugar adonde había que llevar el gasoil y *donde me lo pagarían bien pagado*, según sus palabras, quedaba bastante lejos… Hace falta un convoy. Por las montañas ahora no es fácil circular.

—¿Por lo menos podrías guiar un par de vehículos por las carreteras? ¿Tienes gente de fiar allí?

Esto tampoco estaba a su alcance.

—¿Y qué es lo que puedes hacer? ¿Para qué has venido?

Le mandé a tomar viento. Era de los que vienen por rumores. Y, por supuesto, Ruslán no le había prometido nada.

He estado analizando el suministro… Cómo, cuándo, con qué vehículos trasladaré el combustible a las unidades militares: el rompecabezas de siempre. De tanto darle vueltas al tema, haciendo cálculos y previsiones, se me cerraban los ojos. Me quedé frito… Un sueño fuerte, de un tirón. Y ni un solo presentimiento… A eso de las cinco de la madrugada, Kuchúm comenzó a ladrar como un loco… Con furor y alborozo entremezclados, con aullidos de alegría, como reconociendo, como saludando… Enseguida llamó el guardia, el de la entrada.

El soldado mascculló algo al auricular, algo poco comprensible. Entre atónito y soñoliento… Me levanté de la cama.

Lentamente, arrastrando las piernas, me acerqué a las puertas escuchando los aullidos de *Kuchúm*, cada vez más alegres.

Primero vi al soldado de guardia sonriendo estupefacto con su cara de sueño… Y enseguida a ese par.

Sus miradas eran cautelosas.

Y a mí se me dilató el corazón. No les dije que les había dado por muertos. En la guerra estas cosas no se dicen. Son de mal agüero… Si han resucitado, no mentemos a la bicha, no se vaya a arrepentir.

O sea que o mucho me equivoco o Gusártsev los acercó a las

inmediaciones de Mókroie, los dejó esperando en algún rincón, más o menos al resguardo de los tiros esporádicos y con la intención de recogerlos luego. El, mientras tanto, acudió deprisa a su cita con Ahmed el Montañés, donde cayó muerto…

—¿Y vosotros qué, cómo no estáis con los vuestros, no pudisteis llegar o es que nos echabais de menos?—les he preguntado con media sonrisa, bromeando en un tono cariñoso. Bueno, de acuerdo, tanto la sonrisa como el tono eran sinceros, lo admito.

Es que de veras me alegré al verlos. Me alegré mucho… Aún no sabía lo que me esperaba.

Lo que me esperaba era una noticia fea, asquerosa. Allí, en la cita con Ahmed el Montañés, los dos chavales estuvieron presentes. No sólo estuvieron presentes… Lo que pasó fue que al abrir fuego contra el checheno uno de ellos mató al mayor Gusártsev… Sin querer… En concreto fue Álik… El muy… Ese… ese llorica… con un solo ojo… El izquierdo, por más señas… Disparó al checheno… A uno que daba miedo verle, Ahmed el Montañés le llamaban… Daba miedo, jefe…

El mayor Gusártsev se acercó mucho al checheno. Las balas atravesaron al checheno y después el subfusil trastabilló en las manos de Alik… Las balas salían de refilón.

Recuerdo que me moría por un trago de vodka. Un solo trago.

Por suerte, desde un principio, antes de hacer las preguntas, hice entrar a los dos desgraciados a mi despacho de almacenista… Me senté a mi mesa. Ellos delante, de pie. Yo tabaleando impaciente. Hasta que prorrumpí en gritos. Casi me desgañito. El deseo de una o dos copas de vodka se me hizo insoportable.

El asesinato no me cabía en la cabeza… Sólo podía gritar… Después del homicidio accidental, ellos dos, Álik y Oleg, se dieron a la fuga… Salieron flechados… Porque al checheno aquel, a Ahmed, Alik lo liquidó no por casualidad. Los chechenos los habrían hecho pedazos… Les dispararon… Pero ellos ya se estaban metiendo en el bosque. Con una sola idea: alejarse cuanto antes del desfiladero de Mókroie… Corrieron y corrieron.

Las paredes temblaban con mis gritos.

—¿Por qué coño habéis aparecido aquí? ¿Para qué leches os quiero? ¡Haberos ido a vuestra unidad! ¡A rastras, como fuera! ¡Tarados! ¡Huevonazos! ¿Qué hago ahora con vosotros?

¡Esta vez sí que la jodieron bien jodida! ¡Gusártsev, rediós! ¡Kolia! Por unas botas amortizadas… ¡Se lo carga un tarado por las bombas!

¡Por nada! ¡Por puta casualidad! Porque las balas volaron de refilón… Me estremecí, me cruzó por la mente el presentimiento de algo todavía más atroz… ¿Y cómo desligarme ahora? ¿Les habrán visto allí? ¿Se habrán quedado con sus caras? ¡Qué pregunta, como para olvidarlas! ¡El primer checheno capturado describirá a estos dos a los nuestros! Están listos, de mierda hasta el cuello… ¡y yo con ellos! Pero ¡si son los ahijados del mayor Zhilin, si les hizo de niñera no sé cuánto tiempo, anda que no los mimó ni nada! ¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? ¿A santo de qué?

Simplemente, estoy obligado a entregarlos en comandancia. ¡Adelantarme! ¡Delatarlos! Antes de que lo hagan otros… ¡Los chechis, por ejemplo! ¡Tarde o temprano capturarán a alguno de los chechis que estuvo en el fregado! ¡Y dará el soplo, denunciará a los chavales! ¡Qué putada! Qué mal fario el suyo. ¡Si no son más que unos críos, unos putos críos enfermos!

Y otra vez mis gritos:

—¡Fuera! ¡Marchaos a dónde queráis! No os conozco y no quiero saber nada. ¡Nunca os he visto!

Me he puesto a patearlo todo para ahuyentarles.

Se han marchado… Apresurándose, con las orejas gachas, mirando al suelo.

Estaba como embotado… ¿Por qué han vuelto? ¿Por qué han vuelto conmigo? ¡Qué me importa! ¡En la guerra nunca han faltado los contusos crónicos, los traumados! Siempre los hubo, los hay y los habrá. Un traumado goza del privilegio de disparar a quien sea… Que se encarguen de ellos los que cobran por ello. ¿Dónde están esos comemierdas de las batas blancas? ¿Dónde estáis, eh, putos loqueros? ¡Es vuestro trabajo! ¡Son vuestros chavales! ¡Eso es, vuestros, no míos! ¿Dónde estáis cuando os necesitan? Lleváoslos. No quiero verlos más. No quiero saber nada, me lavo las manos…

Kramarenko ha aparecido de pronto delante de mis ojos, como desenfocado. Ya me fallaba hasta la vista.

—Camarada mayor… ¿Les doy de comer?

¡La madre!

El momento fatídico, aquel condenado momento. Me he esforzado en recordar, no sé para qué, cuándo empezó todo. El puñetero empeño humanitario de enviarlos con los suyos… No, no, más atrás, el momento en que les di cobijo, en que me enrollé de puta madre con ellos, maldita sea mi estampa.

—Sí, que coman… Antes de que la gente se despierte.

Antes de irse con los chavales, Kramarenko, sin preguntar, en silencio, ha sacado del frigorífico la botella de vodka.

Yo observaba las avispas, como una decena, trajinando en mi mesa. La naturaleza de las cosas… O viceversa… Las avispas se movían tranquilamente por la superficie, a veces chocando unas con otras. Algunas se elevaban cautelosas, como por peldaños invisibles.

—Entonces, ¿comenzaste a disparar? ¿Al checheno?

—Al checheno.

—¿Le mataste?

—S-s-sí.

—¿Y cómo le diste al mayor?

—La metralleta… E-el c-cañón se desvió un poco. Es que estaba sentado en el coche. M-medio girado… Es t-tope incómodo… Bajé las piernas… La puerta estaba abierta, pero se balanceaba, ñic-ñac, adelante y atrás… Me m-molestaba.

—Vale, la puerta hacía ñic-ñac, pero ¿y tú? ¿Qué hacías apuntando? ¿Por qué…?

—P-p-por orden del mayor Gusártsev… T-t-tennos en el punto de mira… Que el chechi te vea. Para que no se le ocurra j-j-jugarme una mala pasada… Así m-mismo lo dijo, mayor: para que el chechi *s-sienta* todo el rato la bala en el cañón…

El otro, Oleg, asintió:

—Sí, sí. Así es como fue. Eso es lo que dijo el mayor Gusártsev… Que el chechi sintiera la bala.

Confusamente, saltando del principio al final y del final al principio, a duras penas han contado lo que recordaban.

De hecho, lo contaba Alik. Oleg, a su vez, repetía de tanto en tanto tal o cual detalle en plan testigo, corroboraba esto o aquello. A cada severa pregunta mía, sobre todo cuando insistía clavando los ojos en él, Oleg sentía ganas de levantarse
enseguida de la silla y hacer el saludo militar al mayor Zhilin. Una vez lo logró. Se me cuadró.

—Deja de brincar. ¡Siéntate!

—Sí, camarada mayor.

En cambio, ya no ponía aquellos ojos desencajados, de eterno susto. Ni tampoco soltaba el juramento a voz en grito… Oleg, de pronto me he

percatado, ha cambiado, ha mejorado una pizca. Su conmoción psíquica ha variado… Sigue con sus largos silencios, pero ahora no los entrecorta con expresiones inconexas, lo poco que dice al menos se le entiende, lo dice conscientemente y no al tuntún..

Aunque sólo sean monosílabos para remachar lo que dice Álik:

—Sí, sí.

Y el otro, el llorón asimétrico, el que mató sin querer a Kolia Gusártsev, continuaba con sus patochadas. E-era c-como una visión, m-mayor, una visión, llámesele alucinación, espejismo o yo qué sé, explicaba atropelladamente. ¡Toques de luz, destellos, chiribitas!

O sea, el famoso telele de Alik, su globo encendido, su chisporroteo de luciérnagas… Ya se lo contó aquella vez al mayor Zhilin. El miedo como un globo amarillo. Justo delante de los ojos. Y este globo revienta de pronto… ¡Y los jirones amarillos, las trizas de sol cristalizan al instante, se le clavan como esquirlas en las pupilas! Como la sonrisa del checheno. Sonreía torcido, traicionero, se lo juro, mayor, y no paraba de darse manotadas en la cadera…

—Y tú concluiste que ahora sacaría la pistola.

Para asegurarme su silencio, he decidido trasladarlos, es decir, no realojarlos en el cuartel. Mantenerlos separados de los soldados con los que convivían y rodaban los barriles. Les he dispensado de los trabajos de carga y descarga. Para mayor seguridad, los he aislado completamente, para que ni de día ni de noche… En fin, que he ordenado a Kramarenko que les instale en la nave número 8. Donde el tranquilo rincón del escribano.

Y donde hace poco alojé a mi facundo padre. (Con el mismo propósito: para que viviera más tranquilo y no diera tanto el cante. Y para minimizar sus discursos públicos…).

Kramarenko ha asentido: lo haría en un pispás. Y pregunta: ¿Dónde meto a Pak?

Sustituirán a Pak.

Ahora se encargarán ellos de las tareas administrativas. Se las arreglarán… Para nuestros registros pegoteros no hace falta ser catedrático. Vale, habrá tachaduras, ¿y qué? No importa que no sean tan impecables y asépticos como los de Pak.

Kramarenko ha vuelto a asentir:

—Correcto… Bien pensado… ¡Nuestro Pak está sobrealimentado para el ejercicio que hace!

La nave 8 es un lugar único desde el punto de vista de su lejanía e *incomunicabilidad*. El escribano Pak literalmente comía aparte, engullía sus gachas o sorbía el caldo de fruta de postre cuando le venía en gana, al margen de si los soldados entraban o salían del comedor. El, solo y a su aire, ellos… ¡en fila y cantando!

Por regla general, siempre van cantando… Los soldados se hartan, se atiborran de comida, hasta tal punto que al despegarse de la mesa, de sus escudillas, se duermen de pie. Pero al irse cantan igualmente… Aprecian la vida de almacén, en la que todo es duro excepto una cosa. Aquí no disparan.

La nave 8 es subterránea, pero seca, sin humedades. Dormirán aquí mismo. No necesitan más que lo que hay… Dos catres del cuartel… El escritorio pegado a la puerta… Una lámpara que alumbra suficientemente… Aquí este par de chalados estarán sentados cara a cara llenando los formularios. Entradas y salidas. ¡Estarán callados, callados, callados! (Esperando el día en que Jvor vuelva para encabezar un convoy seguro que los devuelva a su unidad). Bueno, tal vez se aburrirán un poco hasta entonces.

—Pero ojo: no fuerces demasiado al enclenque de Pak. No lo vayas a quebrar con los barriles, que es muy poquita cosa.

—No se preocupe.

Kramarenko sabe hacer su trabajo. Cuida de los soldados. Está en su sitio.

—Después Pak volverá a sus tareas. Cuando enviemos a los chavales a donde les corresponde.

—Entendido, camarada mayor.

Para nada comentamos lo de los disparos de Alik al mayor Gusártsev. Ni media palabra. No le he dicho nada. Él no ha preguntado… No hace falta… Con Kramarenko nos entendemos hasta por omisión.

Hay que estar alerta. Es un mal asunto para los chavales.

Indagaré yo mismo… Con rigor… Y no pienso encubrirlos si descubro el típico asesinato por odio primitivo de trincheras hacia un oficial… Yo mismo soy oficial. Sé lo que pasa por la cabeza del soldado mientras se tira toda una noche amasando el barro de la carretera, sé cuánto le apetecería a veces pegarme un tiro por la espalda.

¿Cómo fue? Gusártsev conducía a placer, relajado, los chavales iban tan tranquilos en el asiento trasero con las metralletas en el regazo.

Pero al acercarse al desfiladero el mayor Gusártsev desvió el coche por los caminos circundantes, dando rodeos, bordeando tramos… Girando bruscamente aquí y allá… Todo el rato iba en zigzag para no toparse ni con los nuestros ni con los chechis. Y cuanto más próxima se adivinaba la garganta, el lugar donde el convoy halló su tumba, más dura se volvía su voz… El mayor ordenaba:

—¡Sentaos rectos, chicos! No miréis por las ventanas… No giréis las caras… ¡Pescarás una bala, idiota!

No girar la cara hacia la cuneta es la práctica habitual de los que se mueven por las carreteras de nadie. Para que desde fuera no te identifiquen. Para que no te disparen desde los arbustos… ¿Es enemigo o no lo es? Para que se vea el traje de campaña pero no se sepa a quién camufla.

A causa de los gritos del mayor, de su tensión latente, Álik perdió los estribos. Como él dijo, se encendió. Los brillos del sol se pusieron a bailar… Como si una docena de espejos pequeños (espejitos redondos, del tamaño de media palma de la mano…) le apuntara directamente a los ojos… Como si alguien buscara sus pupilas… Le ofuscaba… Álik arrugaba la nariz, giraba la cabeza. Y otra vez miraba a izquierda y derecha.

—¡Cuántas veces he de repetirlo!—se enojó el mayor Gusártsev—. No miréis por las ventanas… ¡Vaya par de memos! Y seguro que soñabais con las misiones de reconocimiento, ¿a que sí? Soñabais con ellas, ¿eh, Oleg?

—Sí.

—Entonces deberías saber… ¡Bah, es igual! ¡Mira al frente de una vez, joder!

—Etcétera, etcétera…

Por otro lado, el mayor hablaba a ratos con alguien por teléfono. No le llamaba por el nombre. Decía sencillamente:

—Sí… Soy yo… ¿Me oyes, chechi? Estoy cruzando Sujaia balka.

Y luego otra vez:

—Chechi. Soy yo… ¿Qué son esos tiroteos? Sal al final del desfiladero. Por el borde derecho. Donde el despeñadero pequeño… Espérame ahí… ¡No seas cobarde! Al lado pasa la carretera. Un camino vecinal… Llegaré por allí.

Estaban ya muy cerca. Se oían disparos aislados. Como ahora se sabe, remataban a los heridos después del combate.

Y otra vez el teléfono… La melodía de la llamada, la voz de

Gusártsev irritaban a Álik. Y esos brillos cabrones… Y mientras todo se confabulaba en un sinfín espeso, en un enjambre zumbón, Álik tuvo un pálpito… La premonición de un voluminoso, gordo *fajo* de… No, no, Álik se corta, no puede explicarlo.

El cuatro por cuatro traqueteaba cosa mala… Álik no tenía ni idea de dónde y para qué pararían cinco minutos. (Eso les acababa de anunciar el mayor Gusártsev sin otras explicaciones. ¡Faltaría más! Dijo tal cual: «Pararemos cinco minutos». Al mejor estilo de todos los mayores del mundo con los soldados rasos, sin dar pie a ningún turno de preguntas). Álik sacudía la cabeza tratando de librarse de los brillos y musarañas luminosas… Y de nuevo miraba a la izquierda, a la derecha.

—*¿No* sabes lo que es una orden, soldado? ¡Obedece, coño, mira recto!—gritaba el mayor, haciendo saltar el vehículo por los tormos.

Lo único que le calmaba era Oleg, sentado a su lado hecho una piedra. Los disparos (cada vez más próximos) sólo le hacían apretar con más fuerza su subfusil.

Oleg tampoco sabía por qué razón ellos, en vez de ir directamente a su entrañable unidad militar, tenían que *parar cinco minutos* con los chechis. Pero no se puso nervioso… Estaba preparado. Su contusión interior funcionaba ahora de tal manera que él (que una vez perdió su unidad) estaba listo para cumplir con su deber de soldado en cualquier momento. Estaba listo para morir… Incluso le hacía ilusión morir. Incluso se sentía feliz. No pensaba en nada.

Ahora nadie se reiría si el gritase «¡Fieles al juramento!» y respondiera con fuego a los chechis… Oleg se puso tenso cuando notó que el coche reducía la marcha, disponiéndose a parar de un momento a otro… ¡Adelante! ¡Que pare! Y entonces ellos, Álik y él, cumplirían por fin con su deber.

El checheno aguardaba sentado en el peñasco. Piernas colgando al borde del saliente, recias, aunque algo inquietas, vamos, que perneaba un poco, se veía de lejos. El mayor Gusártsev caminaba hacia él, acercándose sin prisas. Parecía más bajo que el chechi sentado en el peñasco. Su cabeza estaba a la altura del pecho del checheno. Pero desde el coche donde se quedaron Alik y Oleg con las metralletas apuntando, el mayor y el chechi ahora se juntaban, se fusionaban en un cuerpo único.

Los dos, el mayor y el chechi, habían hablado tanto por teléfono que

ahora no les quedaba nada que decir.

El mayor había salido de un salto de su cuatro por cuatro y ya había recorrido el breve trecho hasta el otro. Pero no alargó la mano para recibir el dinero. Te toca a ti, ya tienes el género, así que no te hagas el remolón. O sea, esperaba a que el checheno aflojara la mosca sin más preámbulos. Pero el checheno a su vez esperaba que el mayor fuera el primero en tender la mano… Cada uno pretendía ser la figura dominante de la escena. No doblar la cerviz… Gusártsev y el chechi… Ambos posaban. Ambos alargaron el segundo del pago hasta el medio minuto. Este medio minuto forzado, tenso como un cordón corto entre los dos, incomprensible, fue lo que probablemente no aguantó el soldado traumatizado.

El checheno extrajo el fajo de billetes con la mano derecha y se lo pasó rápidamente a la izquierda liberando la primera, con la que ahora se iba dando palmaditas en el flanco, se supone que al bolsillo donde escondía la pistola. Con la callada amenaza de sacarla.

Imposible fallar. Los trapicheadores estaban a menos de diez pasos del cuatro por cuatro. Cuando Alik disparó mató a ambos de la misma ráfaga.

Primero las balas dejaron como un colador el pecho del checheno… Luego un par de ellas le dieron en la cabeza… Luego el cañón se desvió un poco… Alik, aterrorizado, se apresuró a enderezar el arma de un tirón. Demasiado tarde, las manchas rojas ya afloraban en el traje de camuflaje del mayor Gusártsev.

Con la espalda agujereada y la oreja desgarrada…, con la sangre chorreando de la oreja (¿o acaso de la sien?), el mayor Gusártsev se desplomó sobre el checheno, la cabeza apoyada en el pecho del otro, que seguía sentado igual que antes en su peñasco. Pero ya estaba muerto. El cadáver continuó unos instantes dándose palmaditas en la cadera, donde la pistola… La metralleta había hablado más de la cuenta y se calló.

Los disparos no alertaron a nadie. Se oían tiros por doquier: los chechis remataban a los heridos.

—Pero ¿y su escolta? ¿No decís que había dos chechis de guardia a pocos pasos de Ahmed el Montañés… ¿Por qué diablos no reaccionaron, Álik?—le pregunto.

Se limita a encogerse de hombros.

Cuando el cuatro por cuatro se acercaba, seguramente aquellos dos

salieron a su encuentro, trataron de entremeterse, de situarse frente al mayor y los chavales… Pero el curtido, el bragadísimo Ahmed, en un gesto de comandante, les detuvo… El comandante (cabe imaginar) les ordenó mantener la distancia. Que no se aproximasen… Tal vez porque no quería que su gente se enterara de cuánto habían costado las botas y cuánto iba a pagarle al mayor federal.

Además, los chechenos seguramente estaban excitados. Acababan de bajar de las montañas. Hacía un rato habían participado en el combate… Demasiado encima de un cuatro por cuatro del ejército igual se les cruzaban los cables por cualquier gilipollez y la emprendían a tiros. ¡Y él, su comandante, sería quien cargara con las consecuencias! Por eso Ahmed los detuvo. El señor de la guerra Ahmed el Montañés no quería que en todas partes hablasen de que le había hecho la pirula al estraperlista, al buscavidas federal. Que no le pagó y le mató… Los rumores no le favorecerían. No, el señor de la guerra Ahmed el Montañés no quería perder al mayor Gusártsev… Los negocios.

Probablemente, Ahmed ordenó a sus escoltas quedarse por allí atrás y limitarse a observar. Ellos, probablemente, cumplieron a rajatabla… Y después de que Álik descargara su metralleta continuaron allí donde los dejaron. Veían la cabeza y la espalda del jefe sentado en el mismo sitio. Estaba muerto pero bien sentado en su peñasco… De espaldas a ellos… El jefe. Como si siguiera con sus negociaciones… Los escoltas pensarían que todo iba bien.

Y de golpe se sintieron reclamados por la reanudación del combate en el desfiladero y salieron pitando hacia allí. ¡El fuego otra vez, y qué fuego! ¡Una ametralladora de gran calibre sembrando el pavor y la muerte a mansalva! Hasta que los azorados chechenos que veían caer como moscas a sus compañeros, aquí y allá, mal que bien empezaron a rehacerse. Bien que mal retomaron posiciones y al cabo destruyeron la resucitada ametralladora del Gilipollas Mujin.

—No quería matar al mayor. No fue mi intención… Ocurrió, eso es todo—repite Alik.

Yo no tengo dudas de que fue involuntario… Pero (lo siento) eso no es todo, no fue sólo un accidente.

De su prematuro negocio de la botas, Kolia, evidentemente, pensaba darme cuenta una vez la operación hubiera concluido con éxito. Seguro que me habría ofrecido parte de las ganancias de la mercancía apestosa… *Hay que cobrar a Ahmed… Se trata de un teip ricachón, Sasha, pero olvidadizo… Si ahora, Sasha, mientras la cosa está fresca, no les hago*

pagar, después me dirán que no les venga con cuentos… Y encima me pegarán un tiro para que deje de incordiarles… ¡La memoria de los montañeses es muy elástica!, me parece estar oyéndole.

La voz tenaz del joven oficial del Estado Mayor explicándome la jugada. Su voz del todo viva. Incluso siento ganas de volverme… Como si Kolia estuviera aquí mismo. Detrás. A mi espalda.

Se ha acabado el duro día. A dormir…

Kramarenko ha echado de la nave a Pak, ha alojado allí a los chavales. Les ha dado la ropa de cama… Todo nuevo… Sus catres se ajustan a su altura, se ubican a ambos lados de la mesa. La mesita de noche individual para cada uno. La alfombrita en el suelo. En muchos cuarteles no encuentras estas cosas… Las mantas finas y otras más gruesas de reserva, por si la noche es fresca.

¿Las almohadas mugrientas? Sí, sí, Kramarenko las ha cambiado. Los que residen en el almacén, camarada mayor, pueden permitirse la buena vida.

El agua potable en el cubo… Sus metralletas, en el puesto de guardia. Con la orden de no entregárselas bajo ningún concepto… ¡Por supuesto! Por si acaso, Kramarenko ha revisado sus macutos y ha sacado los cartuchos.

Dormir…

Pero no. Otra vez Kramarenko: acaba de llegar un ordenanza del Estado Mayor. La lista de suministros… Se me ha de entregar en mano. A mí personalmente. (Esta información no se transmite por teléfono). Una hoja pequeña cubierta de letras… A la atención del mayor Zhilin.

«Unidad militar n.°…: gasolina, gasoil…». Es una petición reiterada. ¡Un grito! Pero están en la zona de Vedenó. Ahora no hay forma de llegar allí.

«Unidad militar n.°…», los de helicópteros. El queroseno de aviación…». Aguantarán. Que no se pasen de codiciosos que ya les he hecho dos entregas… La avaricia rompe el saco… Vasiliok, por cierto, también está en la lista de espera. De momento no ha hecho más que una salida extra.

«Unidad militar n.°…: gasolina». La infantería motorizada de la división 96… No me habría acordado de no ser por el número. Como la bola del bingo…Estos están en la dirección de Urús-Martán. Ningún problema. Hay convoyes hacia allí a menudo.

«Unidad militar n.°…». ¡Ojo! Este es nuevo… ¡Que no se me olvide! Los chicos de Shismarev las están pasando moradas en las montañas.

Necesitan sin falta los lanzacohetes.

Abrelatas auténticos, RPG-27, un chupinazo y adiós a cualquier blindaje… Vale. Pero ¿cómo los llevo hasta allí?

A quién, qué y cuánto… Sé de antemano todo lo que no se logrará. Los pilotos seguirán pordioseando su queroseno… Los zapadores me apremiarán con los detectores de metales nuevos: ¡ja, el día que vea uno se lo llevo andando!

En vez de un convoy grande habrá dos o tres pequeños… Repasando (en mi cabeza) las dificultades de las entregas, por un instante cierro los ojos. Dormir…

Por si las moscas, voy a echar una ojeada a los chavales. En cinco minutos estoy allí… La noche es silenciosa.

La nave 8. Los peldaños… Todo está en orden. La luz procede de la bombilla de noche. Los chavales duermen en sus catres… Oleg a la izquierda… Se lo ha sugerido Kramarenko. Ahí encima no hay estanterías atiborradas de uniformes. No las hay ni llenas ni vacías. Bien pensado, considero sonriendo. Así no se romperá la crisma si, medio dormido, se incorpora para interpretar a gritos su numerito sobre el juramento. Nuestras estanterías están hechas de roble.

Álik duerme en el catre derecho. Estoy de pie ante él, la mirada clavada en su rostro. No hay tics. Y sus manos están tranquilas.

¿Saldrá indemne?, medito. Liquidar a un oficial es liquidar a un oficial… Independientemente de las circunstancias… El chaval cuelga de un hilo demasiado fino. De un hilillo de nada.

—Así son las cosas, hijo—digo en voz baja.

La palabra se me ha escapado. De súbito le he llamado hijo: ¿por qué no? Tengo mis cuarenta largos, esos dos chavales podrían haber sido mis hijos. Soy padre de una niña. No tengo chicos, eso va como va, pero a este pobre se le ve tan huérfano…

Claro que lo de Kolia… ¡Es para echarse a llorar! El listillo del checheno le propone la cita al lado del convoy aplastado. ¡Y Kolia acepta! ¡Se va para allí! Poco menos que solo.

Sin arrugarse. Y en principio no le había salido mal, hay que reconocerlo. ¡Ya tenía el dinero en la mano! Apostó a que el checheno cumpliría y acertó… Pero no fue el chechi quien le hizo la faena. Se la jugó el azar: le despachó uno de los soldados chalados que llevaba de paquete.

El soldado que duerme en el catre derecho… El chico a quien se le fue la cabeza.

Qué lástima me da este pobre Alik. Aunque no es nada mío, ahora mismo siento mucha más pena por él que por el propio Kolia Gusártsev. Una compasión infinita. Antes o después se irá de la lengua. Desdichado… El asesinato de un oficial… A poco que se descuide le arrancarán una confesión y le meterán entre rejas.

¡Y otra vez la misma idea! Los dos, Áliky Oleg, sólo tienen una esperanza: su suerte depende de que puedan volver a su entrañable unidad militar. Allí, entre los suyos, estarán a salvo. En su lugar, los dos juntos. Es vital que estén juntos. Un chalado cubre al otro, delirar a dúo les protege. ¿Qué dinero ni qué checheno ni qué niño muerto? ¡Anda ya! ¡Lo que llegan a alucinar estos sonados de las bombas, menudas películas se montan! Incluso si allí, entre los suyos, a este Alik atormentado por la culpa le diera por soltar lastre… incluso si cantara de plano, ¿qué estaría confesando? Nada más que un error, una ráfaga demasiado larga… ¿Quién le pediría cuentas a un chalado? Aquí fijo que sí, pero allí… Allí le declararían inútil para el servicio militar… Y ya está. Acto seguido, ¡a casa! ¡A casa!

¡Jrrrrrr! ¡Jrrrrr! Es Oleg. Menea la cabeza. Rodeo el escritorio… Observo al durmiente. Otro mutilado, lisiado mental o como queramos llamarles. Otro huérfano de sí mismo junto a su hermano de penurias. Sí, sí, cuando los contusos están juntos, están más protegidos. Es la verdad de la guerra.

La compasión se ha estancado en mi alma. ¡Estamos apañados!

Me acerco a Oleg… Espero un poco. Luego, con la mano,
detengo la cabeza oscilante del soldado. He parado el péndulo.

—Duérmete, hijo—digo—. Duerme.

Oleg se ha calmado. Duerme… En cambio dentro de mí se ha despertado, se ha movido, se agita una bola viva y cálida. Es mi corazón. Percibo un claro sentimiento de paternidad… Soy del todo consciente de que estaré protegiendo a estos chicos mañana, pasado mañana… El tiempo que haga falta.

Entonces el hijito me suelta una fresca. Sin abrir los ojos… Oleg susurra algo. Mueve los labios en el sueño.

Me he inclinado un poco para oír mejor. El, sin interrumpir el sueño, me dice muy claramente:

—Todos sois la misma mierda—y sigue durmiendo.

¡Vaya! Cuánto enfado y dolor vagan por los sueños del soldado traumatizado. Ocultos, retenidos por su cara enfermizamente inexpresiva, impenetrable.

He sonreído sin ganas. Claro que Oleg, soñoliento, podría haberse expresado sin querer, pero… No, algo me dice que no fue sólo un accidente.

Capítulo XIII

UN rayo ha atravesado las nubes cuando ha llamado Jvorostinin. Lo ha hecho él en persona. Con su ligera voz de antihéroe… Resulta que él, nuestro inigualable guía, el as de los convoyes, ya anda por su propio pie. Resulta que ya visita el gimnasio del hospital.

—¿Cómo es que no has llamado antes?

—Me lo han prohibido, Sasha.

Sorprendido, pregunto:

—¿En plan *top secret*, para que no se enteren los chechenos?

Se ríe.

Los chechenos, mientras tanto, ya estaban al corriente. El mismo día me ha llamado mi informador y, entre otros rumores que circulan entre los guerrilleros, me ha contado el más reciente: que Jvor ya está casi a punto… Que Jvor ya se ha levantado. Por las mañanas, en la sala de recuperación, hasta «le da a la pelota».

—Bueno, ¿y cómo te van los entrenamientos?

—Como en un gimnasio privado de ricos.

—¡Fíjate!

No sabía qué más preguntarle.

—¿Te han enseñado tu bala?

—La enfermera la ha traído en un plato.

—¿La bala rodaba y tintineaba?

Era una parida conocida dicha hace tiempo por el jefe de cirugía. Jvorostinin ha pillado el chiste, se ha reído.

Realmente no sabía qué más decirle… ¿De qué íbamos a hablar, de las enfermeras, de la pelotita?

He sentido un deseo intenso de verle, pero el don del habla se me ha paralizado. *Amigo*, latía en mi cabeza. *Amigo*…

—Bueno, ahora descansarán un poco de ti en el hospital, ¿no? Y tú también descansarás de otra manera. ¡Qué bien! ¿Y después?

—Ya veremos.

—¿Quieres decir que no te darán permiso por la herida? —Pues no.

—¿Por qué?

Se ha reído.

Y otra llamada. Mi mujer, que me informa de lo baratas que ha conseguido las vigas para el tejado.

—¿No estarán podridas?

—El aparejador las ha revisado, ha olfateado cada corte de sierra y ha dado el visto bueno.

Nuestro aparejador es un ingeniero jubilado. En la pequeña ciudad en la orilla del gran río, a mi mujer le llevó su tiempo encontrarlo. Buscaba a alguien que se ajustara al perfil indicado por mí… Antes de hablar de dinero, de preguntarle cuántos rublos deseaba cobrar cada mes, averiguar qué tal andaba de salud, observarle bien, asegurarse de que no se desplomaría en la obra apretándose el pecho con las manos.

—El calor… ¿Cómo aguanta el calor? Presta atención. Incluso el calor normal muestra enseguida si el viejo está para estos trotes, cómo le chuta el corazón.

—Aguanta bien.

—¿A qué hora se presenta en la obra?

—¡Como una alondra!

La he felicitado: ¡bravo por los dos! Se me ha aliviado el alma. Qué bien te sienta al final de un largo y fatigoso día saber que en casa se van apañando sin que tengas que preocuparte en la distancia.

Pero esta misma semana *he perdido* una carretera. Una carretera de las montañas, bastante buena y ya pagada.

Después de dos fracasos con el suministro de gasolina, Ruslán y yo nos hicimos con los servicios de un tal Zuza. Le pagué un buen dinero por adelantado. Parecía de fiar. El lesguín Zuza. O medio lesguín… Avispado como él solo. Lo pillaba todo al vuelo… Creí que tras cobrar (por medio de Ruslán) lo que nos pidió, cabía esperar que este avispado

Zuza se pusiera a cumplir con su cometido de inmediato: recorrer arriba y abajo la carretera abierta asegurándola para nosotros.

Controlándola (y untando a quien se debe)… No obstante, ni el primer día, ni tampoco el segundo, Zuza se puso en marcha. Se los pasó encerrado con cierta señorita en uno de los pocos edificios de cinco plantas que todavía se mantenía en pie en Grozni.

Llamaron a su puerta con el toque convenido, y en cuanto Zuza, a medio vestir, asomó la cabeza por el vano entreabierto, le propinaron un golpe tremendo en la misma. No sabría decir con qué le zurraron. Perdió el conocimiento. Cuando, tendido en el suelo, se despertó, vio erguido ante él, con los brazos cruzados, a Baráyev el chico.

—Pero ¡si fuiste capturado!—exclamó Zuza con un hilo de voz.

—Exacto.

—Si estás en Siberia…

—Exacto.

Baráyev el chico, tal como le llamaban, realmente acababa de escabullirse de la reclusión preventiva en la ciudad siberiana de Kurgán. Por fin lo había logrado. Le ayudaron a burlarla de un modo no especialmente sofisticado, causa estupor que prosperara.

Enviaron un requerimiento directamente a la cárcel solicitando su presencia en Chechenia para la reconstrucción de los hechos en las montañas donde Baráyev en su momento había matado a alguien… Fue un montaje más bien burdo, bastante estúpido si bien se mira. Los funcionarios federales, sin embargo, resultaron todavía más estúpidos: ¡aceptaron! El preso Baráyev llegó a la entrañable Chechenia. El teip de Baráyev al completo lo celebró por todo lo alto. Vamos, aquello fue casi una fiesta popular.

Las autoridades locales informaron a Baráyev de que desde el primer minuto en Chechenia estaba libre, y de que el turismo Zhiguli que le trajo de la estación ahora era de su propiedad. En señal de disculpa. Como una compensación por los daños morales… Baráyev el chico iba y venía en coche ya sin la escolta policial. El coche (¡su coche!) parecía un altar rodante, todo adornado con flores. Lo reconocían de lejos. Las flores se las ponían y se las echaban sus paisanos, los convecinos de su aldea natal. Convenientemente alentados por las lisonjeras autoridades locales.

Ahora Baráyev el chico, mirando de arriba abajo al yacente Zuza, por fin habló de lo esencial:

—Has descubierto mi carretera a los rusos. Eras medio gusano y

ahora eres gusano entero, no sólo has vendido la carretera, sino que lo has hecho en mi nombre…

Y durante otros dos minutos (¡una eternidad!) Baráyev el chico vaciló, de pie, delante del enemigo derrotado y aplastado: dudaba sobre qué paso sería más apropiado dar. ¿Ocuparse de Zuza y su dinero o de su chica? Estaba desnuda, tumbada detrás de una sábana tendida sobre una cuerda a modo de cortina. Le prohibieron vestirse, debía esperar, pues Baráyev tenía problemas con su potencia sexual después de pasar el invierno en la cárcel siberiana. La chica tuvo que esperar un rato largo a que se pusiera a punto.

El pobre Zuza optó por la sinceridad: soltó enseguida dónde estaba el dinero recibido del mayor Zhilin. También contó dónde escondía los ahorros obtenidos gracias a los chanchullos anteriores. Entregó todo lo entregable. Baráyev, además, se apropió de su teléfono móvil, no por avaricia, sino para tener a mano (al alcance de un dedo) los números necesarios para el día a día. Los números de teléfono también tenían que estar a punto. Baráyev, pese a ser muy joven, comenzaba a experimentar graves problemas de memoria. Tenía dificultades para memorizar los nombres después del duro invierno helado que pasó en Kurgán.

Permitieron a Zuza que se vistiera, le ordenaron que subiera al coche. Le dijeron que lo llevarían a mi almacén…, a Jankalá…, para que allí se lo explicara todo personalmente al mayor Zhilin. Para que le contara quién era el dueño de la carretera. Para que confesara su mentira… Que diera la cara, que se apañara él sofito. Por supuesto, no era Baráyev el chico quien acompañaba a Zuza a Jankalá. Estaba en busca y captura. Y los federales le conocían demasiado bien.

Los hombres del teip de Baráyev realmente llevaron a Zuza a Jankalá, pero de camino le pegaron un tiro. Realmente le llevaron a mi almacén. Y lo tiraron delante de la entrada, de noche, para que Aleksandr Serguéievich, Sáshik, comprendiera con qué basura se había asociado por error.

—… y, además, de pronto en los alrededores comenzaron a disparar de nuevo.

—¿Quiénes?

—Comenzaron a disparar. Allí, en el desfiladero… Y entonces yo también de pronto apreté el gatillo… Al principio sólo había apuntado al checheno.

—¿Quién comenzó a disparar?

—Estaba bastante cerca… La m-m-metralleta.

Yo pregunto, Alik responde. La comandancia parece cada vez menos necesaria. La muerte del mayor Gusártsev se presenta cada vez más como indudablemente accidental… A medida que Alik va aportando detalles, concretándolos.

Además, después de todo, el chaval tarado mató a Ahmed el Montañés. Dio pasaporte al señor de la guerra curtido en mil batallas… Al que había organizado la matanza sangrienta en el desfiladero… Y lo hizo en ese último, álgido minuto en que el viejo zorro, ya percibiendo la plena victoria, resplandecía de éxito, irradiaba orgullo bélico y, en consecuencia, experimentaba una hinchazón impredecible. ¡La victoria emborracha!

El éxito los vuelve a todos predeciblemente impredecibles. ¡Bravucones! Lo mismo a los chechenos que a los nuestros. Ahmed, que de paso había comprado las botas para sus guerrilleros, lo celebraba por partida doble. Sonriendo, comenzó a palmotear su pistola en el bolsillo. Un gesto pintoresco… Justo cuando Kolia Gusártsev se le acercaba… Manías, ademanes de mañosos. Ahmed podía desenfundar la pipa en cualquier momento, en cuestión de segundos… ¡Ya conocemos esos palmoteos preliminares! ¡La sonrisa por un lado y la mano por otro!

Así fue esa pausa… Y así el siempre incierto palmoteo de la pistola, no hay otra interpretación. Álik, que ya estaba fuera de sus casillas, con los nervios de punta, *de súbito* comenzó a disparar cuando *de súbito* se despertó la ametralladora del soldado enceguecido… El Gilipollas Mujin, de vuelta a la vida, fue quien desgarró el silencio. Él fue quien espantó a Álik, sentado en el coche con el cañón apuntando de antemano al checheno.

Al parecer, todo está aclarado. Pero a partir de un detalle (que aflora con la mención del fajo de dinero…, ¡eso es!) el discurso tartamudo de Alik empieza a dar rodeos, su confesión de soldado empieza a torcerse.

Álik insiste en que no fue el chechi quien le asustó. Ni tampoco los otros chechis (los que remataban a los heridos en la boca del desfiladero)… Se asustó cuando el mayor Gusártsev bajó del coche y entabló conversación con el checheno que le esperaba. Una charla sin ceremonias… Se reían… A Alik le espantó la sonrisa torcida dibujada en la cara del checheno. Sus risas… y su dinero. El checheno le pasaba dinero al mayor Gusártsev. El checheno no se reía, sino que enseñaba los dientes. Las briznas del sol en la cabeza de Álik se pusieron a bailar

con más fuerza. Las briznas amarillas, las chispas punzantes…

—¡Vale, vale, dejemos las briznas!—le interrumpo—. Ya lo hemos oído.

Y pregunto:

—¿Era mucho dinero?

—¡Un fajo! ¡Sí, sí!

De su ojo izquierdo se desliza una lágrima enorme. ¡Una, pero hay que verla! Siente lástima por el mayor asesinado. Un sentimiento sincero que le hace morderse los labios…

El otro, Oleg, enseguida confirma sus palabras:

—Sí, sí. Así fue… Un fajo grande.

Me encojo de hombros:

—¿Y qué?

—Dinero… F-f-fajo…

Álik entra en un bucle, se repite y se vuelve a repetir. Los ojos brillantes, las pupilas marcadas… Se sienta en su catre y tiembla cada vez más fuerte. El temblor sacude su cuerpo. Lo veo.

Veo también la rígida postura de Oleg, lo mucho que contrasta con la de Álik. Oleg se sienta con la espalda recta… Como si incluso sentado se estuviera cuadrando marcialmente, estuviera sometido a su arraigada disciplina, a algún especialísimo deber interior.

De hecho, yo no he entrado con ningún ánimo inquisitivo a la nave donde los alojamos, sólo quería echar un vistazo, ver si estaban cómodos y tal. Una simple visita.

Pero, ya que nos hemos metido en faena, prosigo:

—Dinero, vale… Un fajo, vale… ¿Y qué? Un checheno de Grozni tenía una deuda con el mayor Gusártsev. Un checheno que está de nuestra parte… ¿Me oyes, Álik?, de nuestra parte… El que devolvía la deuda era un pariente suyo, uno del otro bando, sí, pero para el caso daba igual, sólo era un pariente cumpliendo un encargo, ¿vale?

Ya con cierto enfado explico a Álik:

—Al mayor Gusártsev tan sólo le entregaron una pasta que le debían… Ve y págale esto a fulano de mi parte, primo, hazme el favor. Así de sencillo, entre los chechenos es normal, no tiene nada de raro. Tú estás con éstos, yo con aquéllos. Pero el dinero es el dinero. Y una deuda ha de ser saldada.

Álik, tras un respiro, vuelve a la carga. Tartamudeando. T-t-trata de explicarme algo una y otra vez. ¿El qué?

Ahmed el Montañés estaba sentado en el peñasco, con las piernas colgando. Se daba golpecitos en la rodilla con un fajo de billetes. El mayor Gusártsev, a su vez, saltó del coche y se aproximó sin prisas al checheno.

¡Exacto! El dinero en las manos del chechi… Y los dos no estaban para nada nerviosos. (¡No comprendían a Alik!). Ni el checheno sentado… ni el mayor Gusártsev caminando tan pausado, tan intencionadamente lento, hacia el checheno.

Alik se irritaba más y más. ¡El fajo! El sucio, asqueroso fajo. Lo veía de lejos… ¡Le hería los ojos! Igual que los reflejos del sol, ahí estaban otra vez, otra vez las manchas de luz, el globo encendido, los vislumbres… ¡Los flashes amarillos, los r-r-reflejos cabrones!

Álik clavó la mirada en las manos del checheno, en el fajo de billetes. No podía despegar la vista de ese odioso, ofensivo fajo gordito.

Acto seguido en alguna parte (desde el otro lado del pino abatido, desde el tueco podrido) habló la ametralladora de gran calibre… Poderosa… Fuerte… La ametralladora desgarró el silencio. En el silencio había disparos aislados. Pero la ametralladora tronó… Llamaba con su voz potente… Y Álik respondió a la llamada. ¡Mensajes sonoros! ¡Qué sonidos tan maravillosos! Como si un soldado recibiera de otro soldado la señal de apretar el gatillo.

De Álik, el soldado Evski, parece salir serpenteando otra causa de la muerte. Una causa oscura… Paralela al accidente… El soldado Evski intenta expresar, intenta descifrar (con la ayuda del mayor Zhilin) esa turbia causa.

Porque él, el soldado Evski, observaba *c-con odio* (Álik acentúa esta palabra al pronunciarla), *c-con odio y miedo* aquel fajo de billetes.

Oleg no se entera de qué estamos hablando nosotros (Álik y yo). Oleg tiene la mirada clavada en algún punto de este alejado rincón.

—¿Por qué, Álik, te puso así el dinero? El checheno devolvía la deuda… Por la gasolina… Por las botas… Por el gasoil, por ejemplo… ¡Tú sabes, bueno, tú mismo has dicho más de una vez que los chóferes de nuestros camiones y hasta de los blindados a veces echan medio depósito de combustible a los chechenos a cambio de dinero! ¡Cosas que pasan!

Pregunto pero Álik no responde. Ver al chaval ahora duele. ¡Ahí sentado, con el alma al desnudo!

—¿Qué fue lo que te asustó, el checheno o el dinero?

No abre la boca. Pues de eso nada, amiguito… Si pensabas callarte,

haberte callado antes, desde el primer momento. Haberte puesto un candado en la boca. Matar al oficial, contarlo y después quedarte mudo y postrado… ¿ Qué vamos a hacer contigo, chaval?

Estamos en silencio… Se oye el estruendo que producen nuestros barriles. Los soldados de carga trabajan hoy a destajo. En la nave número 5 hoy es un día de mucha faena. ¡Boms!

¡Boms! ¡Boms! Suena a aspaviento metálico, como si los barriles hubieran estado echando de menos a los dos chalados. ¡Cómo si los llamasen!

Pero yo (para asegurarme su silencio) he prohibido a los chavales abandonar la nave 8. ¡Incluso asomar la nariz fuera! Ahora son los escribientes… Dos zopencos mediocres pero aplicados en vez de un Pak genial.

El soldado Evski, o sea Álik, una vez vio (por casualidad, en una carretera polvorienta) cómo el comandante de la compañía militar vecina (ambas compañías al principio habían avanzado juntas) recibía dinero… Exactamente igual, de mano a mano… Ante todos… También se reía… El checheno que entregó el dinero se esfumó enseguida, se fue…, ¡desapareció! Pero aquello dejó huella. La compañía militar vecina se fue a reconstruir un puente para los chechenos y NO cayó en la emboscada. En cambio la unidad de Álik sí resultó víctima de la encerrona, en la que mataron a su amigo Masáyev. El compinche Masáyev tocaba la guitarra… No sólo murió Masáyev, también otros tres…

Los soldados lo comentaban. Pero él, Evski, entonces no quiso c-c-creerlo… Discutía con todos. Entonces no t-tartamudeaba. Bueno, el parloteo típico de los soldados sobre lo que se vende y se compra en esta guerra, sobre los corruptos… Llegó a oídos del comandante. El comándate armó una gorda. ¡Cómo gritaba! Casi les destroza los tímpanos.

En otra ocasión el soldado Evski divisó desde la poderosa coraza del BMR, desde lo alto, cómo el checheno, sí, sí, nuestro checheno, nuestro guía, legal y de fiar…, entregaba un f-fajo de billetes a otro checheno, a uno desconocido. ¡Y luego se esfumó como aquel otro, como el de la otra vez! ¡Desapareció! Claro, podría ser que también devolviera una deuda, igual sí, igual no había nada turbio por mucho que lo pareciera. Pero entonces por primera vez Alik sintió el deseo de barrerlos a ambos con su metralleta… Al final se contuvo. ¡Por desgracia!

Porque de nuevo la cosa dejó huella. El día siguiente (o sea, el día

después del pase del fajo) la compañía militar de Álik se apostó en una emboscada del todo inútil. Esperaron en vano.

Les engañaron, les hicieron esperar para nada. Muertos de asco allí tumbados. Con un frío que pelaba. ¡Y sin poder comer caliente! El frío no daba tregua pero no se les permitía encender una hoguera. ¡Una semana se tiraron en ese plan!

Tercer caso… Otro chechi con su fajo apareció en el puente… ¡Surgió como de la nada! Y las municiones desaparecieron. ¡La tropa sin municiones! Y de nuevo las cháchara de la soldadesca sobre los oficiales comprados. El, Evski, de ninguna manera quiso c-creer que el comandante fuera un c-c-canalla…

—Tranquilo, soldado—digo.

—Estoy t-tranquilo, c-camarada mayor.

Pero no está tranquilo. Cuenta tan rápido como se lo permite su tartamudeo. ¡Se acelera! Empalma un caso con otro… En un pestañeo rápido los ojos de Álik se vuelven punzantes y de pronto blancos, casi blancos. El blanco de los ojos, los ojos en blanco…

Esto ya es como una obsesión, una m-manía, camarada m-mayor… Todos los fracasos en los combates, las emboscadas, las explosiones, los pasos por los campos minados y los ataques fallidos se remueven en su cabeza y encajan por sí solos como piezas de un puzle en el mapa de la v-venalidad… Y ahora este fajo y ahora este otro. A él ya le da miedo, esto ya parece una enfermedad. Cuando en manos de un checheno hay un fajo de billetes… en la cabeza de Álik se forma algo. Esa bola de sol. Amarilla… Que se hincha como un globo, que revienta… L-las briznas, las… las…

—Ya se, ya sé—le freno—. Las chispas de sol y todo eso, ya lo sé…

No soy psiquiatra, no quiero indagar a fondo y no voy a hacerlo. No voy a preguntar siquiera sobre aquella explosión que le dejó tarado (¿o aquella vez también habían pagado la emboscada?)… No quiero saber todas sus sospechas. No me sirve de nada… No quiero sumergirme en el agua oscura de sus miedos. No soy más que un mayor corriente. Quiero estar seguro. Quiero tener la esperanza de que en su cabeza joven aún queda un espacio luminoso y limpio.

No le doy crédito cuando ha mencionado la fobia.

—T-t-tal vez es una… f-fobia—ha supuesto. Ha sonado inseguro. Como si estuviera tentando la posibilidad.

A los dos los llamaron a filas en el segundo curso de la universidad, a finales del año académico. Es decir, las palabras bonitas les suenan…

Las conocen mejor que yo. Lo he visto en los soldados-estudiantes. Suelen crear conceptos intelectualoides superalambicados.

No le he creído y no le creo. Todas estas ideas (en mi opinión) se las susurra el sentimiento de culpabilidad. De una manera a Álik, de otra a Oleg. Los conceptos complicados al fin y al cabo se quedan en un intento de engañar, no a mí, al mayor Zhilin…, sino de engañarse a sí mismos, para en ningún caso reconocer y aceptar dos verdades extremadamente sencillas: el miedo, un disparo torpe.

Los contusos, heridos, aturdidos… Esta gente se carga con culpas rebuscadas y de paso busca a los culpables en su entorno. Una desgracia grave… ¿Cómo va a sobrevivir Alik con toda esta carga? Seguro que arrastrará a su amiguito, a Oleg. Lo llevará consigo… A la vorágine de su desgracia… ¿Qué hago entonces, le entrego? Pero no le curarán. Habrá un interrogatorio rápido… Y acto seguido comparecerá ante el tribunal militar por haber disparado al mayor Gusártsev.

Yo, claro está, a solas también puedo hacerme el listillo, practicar el malabarismo con las palabras: *fobia… cicatriz en el tejido psíquico…, manía obsesiva de traición…*, etcétera.

O, por ejemplo: *un desgalichado, sucio fajo de billetes…, de mano a mano*.

O bien: *el montañés-forastero, un extraño… que surge como de la nada…*

O más sencillo todavía: *las manos, las manos del montañés…*

Estas imágenes visuales inoportunas ya se han formado, ya han moldeado algo en su mente joven… Nuestro querido Alik se aplica demasiado en imponérselas a sí mismo. Se enreda… El origen es sin duda la cháchara de los soldados sobre que todo está vendido-comprado. Todo por la pasta. Lo que los chechis pidan mientras paguen. Allí les han echado (media cisterna de gasoil)… Allá les han entregado (a media unidad militar)…

No soy psiquiatra. Pero sospecho que los psiquiatras, si son honrados, son conscientes de lo poco que saben… Y de lo oscuros que son los secretos de la psique dañada, retorcida.

—Hombre, también hay bastantes chechenos leales que circulan en paz por las calles o incluso montados en las corazas de nuestros BMR. Cualquiera de ellos también podría sacarse unos billetes del bolsillo, no todos llevarán un fajo, pero alguno habrá… Y si por un casual ves que se lo pasa a otro, ¿qué? ¿Los freirás a tiros?

—No.

—¿Y por qué no? ¿Qué ocurre en esos casos?

—Me contengo… Logro desviar la mirada.

Lo principal es evitar que la bola amarilla surja ante los ojos. Que no reviente en briznas.

Y enviarlos cuanto antes a su unidad militar. ¡Simplemente devolver a unos soldados extraviados a su sitio! Así todo el papeleo, las explicaciones, los certificados médicos para la exención del servicio se harían allí… En su entrañable, oloroso ambiente cuartelero. Los chupatintas de turno, siempre prestos a ventilar sus oficinas de olor a guerra, ventilarían rápido el asunto.

Los dos prometen callar lo del mayor Gusártsev.

Hablo con los chavales sin rodeos. Los dos están enfermos. Los dos son zopencos y cretinos. ¡Estarán metidos hasta la coronilla en un fangal si no cierran bien la boca! Los dos son demasiado francos y cándidos. Demasiado abiertos… Es dudoso que alguien decida comprobar su salud mental. Por mucho que juren y perjuren que fue involuntario. ¡Y que en sus cabezas explotaron las briznas amarillas de marras! Les interrogarán con una idea preconcebida. Encima les tacharán de cómplices del chanchullo de Gusártsev. Involuntarios pero igualmente involucrados… A quienes endosarles el mochuelo de las botas vendidas si no a estos desgraciados. Y no faltará el resentido de turno, que por haberse perdido ese momio o por el simple hecho de que los licencien quiera incriminarles. ¡Siempre hay alguna rata disponible!

Resumo.

Primero: callar lo del desfiladero de Mókroie.

Segundo: les sacaré de aquí lo antes posible. Haré todo lo que pueda y más… Pero antes me hablarán de su entrañable unidad militar. Del comandante de batallón Chumíchev… Es Chumíchev, ¿no? ¿Capitán? ¿Mayor?

Tengo tiempo para evaluar (silenciosamente) la opción de entregarles. De entregarles como es debido. Presentarles como a dos soldados tarados, con conmoción psíquica grave, perdidos… Ni hablar. No y no, el mayor Zhilin no entregará a los chavales. El mayor Zhilin salvará sus pellejos. (Una pregunta me atraviesa el cráneo: *¿qué necesidad tengo yo de todo esto?* Ninguna, me respondo. Por eso, porque no los necesitamos para nada, Dios nos manda a los idiotas, a los enfermos, a los desgraciados… Para probar nuestras almas).

—Os enviaré con vuestro Chumíchev—les digo sonriendo mientras me levanto.

Y otra vez repito lo básico:

—Pero como a vosotros se os escape, aquí o por el camino, una sola palabra… Ni que sea un carraspeo sospechoso, un bufido, un subrayado tonto, una indirecta que os parezca que sólo entendéis vosotros, cualquier eructo relacionado con el mayor Gusártsev… Como os despistéis lo más mínimo os trincarán. Adiós a todo en un santiamén, adiós a vuestra unidad militar, olvidaos de volver a ver a vuestros añorados compañeros.

Y añado, remarcándoselo en el tono sarcástico intimidatorio con el que a veces los maestros inculcan sus advertencias en las cabezas infantiles:

—¿Os iréis de la lengua? Entonces, ¿para qué voy a esforzarme en enviaros de regreso? En tal caso id ahora mismo a confesarlo. Directos a la comandancia. Ya mismo… Reconociéndoos culpables. Aquí y ahora, será lo mejor… Os reducirán la condena por dar la cara. Será más corta si cantáis queriendo que sin querer.

He procurado dejárselo muy claro.

La fobia. Hablo para los dos, pero en especial para Álik. Le recalco que independientemente de dónde, cuándo y cómo les interroguen (por ejemplo, cuando se formalice su licenciamiento), si quiere puede hablar de sus briznas solares o lunares… De los reflejos puntiagudos, de las chiribitas que se hincan como clavos en las pupilas… Pero ¡que no salga ni por asomo la palabra *fobia*!

—Otra cosa sería si los mismos médicos dijeran que parece una fobia…, una *alteración psíquica, posiblemente una fobia*… Que lo digan ellos. ¡Ellos! No se lo quieras poner tú en la boca, Álik, no les sugieras esta palabra. No necesitan sugerencias, les incomodan sobremanera. Dilo y habrás pisado mierda. En la guerra no aprueban que nadie se pase de listo. En la guerra, para que lo sepas, no creen en fobias. Tampoco creo yo.

—¿U-usted t-tampoco c-c-cree?

—No.

Y eso que casi me habían dado un curso sobre fobias… En el hospital de Grozni donde me recuperaba después de una herida. Había un psiquiatra…, un tipo majo…, vino invitado de la mismísima capital, de Moscú. Estuvo tratando durante una semana a un coronel importante. Lamentablemente, no le ayudó… En cambio a nosotros, los

de la habitación vecina, nos distraía la mar de bien de nuestros males. El doctor entraba a nuestro cuarto, probablemente a propósito, y se relajaba… a base de bromitas feroces.

¡Lo que llegamos a oír! Resultó que hay montones de fobias que podemos padecer los humanos, centenares de ellas, para dar y tomar… A cuál más rara o más fuerte. El psiquiatra hablaba en serio pero con una sonrisa torcida. Y soltando alguna que otra carcajada… ¡Algunas fobias, vamos, eran impensables! Yo escuchaba boquiabierto. Trataba de imaginármelo y no lo conseguía… Un tal teniente coronel N. (después de que lo hirieran) tenía miedo de ir al bosque porque allí tendría que trepar a un pino. El porqué era todo un misterio… El mismo no podía aducir razón alguna. Pero ¡treparía sin falta! La fobia se llamaba *el miedo del pino alto*. Y esto no era nada, una chorrada. ¿Qué tal *el miedo de su propio cuello*? Un soldado sentía a sus espaldas el acecho de dos manos que le estrangularían en cuanto dejara de encoger el cuello. ¿Y el *miedo a la gente que cruje los dedos*? Pero éstas tampoco son las más fuertes. ¿Qué tal convertirse en el feliz propietario del *miedo a oír una buena noticia*?

«Las risitas—soltaba la suya, perverso, el psiquiatra moscovita—sin embargo, acaban a veces con el soldadito saltando por la ventana. O pegándose un tiro».

El psiquiatra, por lo que recuerdo, mencionaba también el *miedo a los billetes grandes de tacto liso*… Esto ya se acerca más a nuestro querido f-fajo. Pero prefiero no profundizar.

La noche… Hace rato que debería estar durmiendo pero no dejo de dar vueltas en la cama… Es como si estuviera viendo ese rollizo fajo de billetes que el chechi de las montañas entrega al oficial. El fajo parece hacerme guiños desde las manos que lo sujetan… Como señales de alguna divinidad opulenta.

Qué cosa extraña es nuestra psique. Y qué cosa es esta guerra, pienso, si nuestra fobia es un fajo grueso de billetes y no aquellos raviolis que un soldado trajo en invierno en su pequeña mochila casera. Un día de frío terrible encontró la mochila con los raviolis en la carretera… Sobre la nieve, al lado de un bolso de mujer. No abrió ni éste ni aquélla por miedo a que contuvieran una mini mina.

Llevó tembloroso la mochila y el bolso a sus compañeros… Estos le

animaron a dejarse de memeces y vaciarlos sobre la mesa. Se atrevió a hacerlo estimulado por la idea de disfrutar del manjar casero. De los sabrosos… eh, ¿orejas? ¡Orejas de distintos tamaños, orejas cortadas y no raviolis! ¿Y qué pasó luego? La consecuencia lógica. ¿Miedo? ¿Fobia? En absoluto. Los soldados partiéndose el pecho de risa.

Sus relinchos se oían de lejos. El teniente coronel y yo tras él pasamos junto a ellos. El teniente coronel se paró esperando divertirse gratis. Les dijo:

—A ver ese chiste, contadlo otra vez para que nos riamos todos.

A Chumíchev, su comandante, Álik podrá explicarle algo. Cerrarse en banda sería demasiado. Parecería que ya no hay confianza. Le dirá que le disparó al checheno… Y que no recuerda nada más.

—O sea, Álik, que estás seguro de que el comandante te aceptará y comprenderá.

—¿Él? ¡Desde luego que sí!

Posiblemente, el comandante de batallón apellidado Chumíchev es realmente un tipo legal. Rara vez los soldados se equivocan en esas cosas.

Álik sonríe ampliamente y levanta el dedo gordo:

—¡Él es un comandante de primera!

Oleg también repite el gesto: ¡un comandante de primera!

Ojalá sea así, me digo para mis adentros. Porque obviamente tendré que llamarle. Lo haré justo antes de mandarle a los chavales. En cuanto sepa del convoy de Jvor… Dos…

Se perdieron, comandante, durante un combate… ¿Los recuerda?

Sí, sí… Tarados, sonados, comandante, ya lo verá… Eso es… Después de aquella derrota… Y si el comandante Chumíchev no es tonto, aceptará a los dos sin hacer preguntas. Y los licenciará del ejército sin dificultar el asunto.

Por descontado habré de confirmarle que durante el tiempo perdido han estado trabajando aquí como mozos de carga.

No obstante, no voy a llamar a su maravilloso comandante con más antelación de la estrictamente conveniente. No quiero adelantarme, precipitar los hechos… Sé cómo agobia cualquier llamada de Jankalá. Cómo hasta el más pintado puede alarmarse si de pronto recibe una llamada desde aquí.

No vaya a ser que me diga: «Que pasen primero por la comandancia. Y luego ya me los mandan».

La comandancia: el bosque oscuro.
Entra un soldado y se pierde seguro.

Es lo que cantan de camino al comedor, berreándolo a pleno pulmón. Esos jocosos pareados que bromean con lo que da miedo.

Ahmed el Montañés… Encontrar el cuerpo en los congeladores más cercanos.

Aunque necesito identificarlo con una seguridad del cien por cien, puesto que la entrega del cuerpo bajo cuerda ha de hacerse con su hijo. Ha prometido pagar los mil quinientos dólares.

La periodista… Intentar liberarla, desempeñarla.

Los chechis han capturado a una de las periodistas rusas más talentosas. Que les defendía. Que criticaba valientemente a los federales por la forma de llevar esta guerra… Su nombre es conocido en el extranjero. Una pluma punzante, con muchos artículos publicados. ¡Galardonada! Y ahora se encuentra en el hoyo apestoso…

La recompensa inicial ya está definida. Por la periodista, por devolverla, los federales pagan cincuenta mil dólares. Ruslán y yo podríamos llegar a tiempo.

Lo comentamos. El jefe de obra Ruslán y yo invertimos diez de los grandes (cinco mil dólares cada uno). Los invertimos en la búsqueda. En las negociaciones. En untar a los guerrilleros montañeses… No nos entretenemos. Ruslán ha encargado el seguimiento a los hombres de su teip. Yo he dado el toque a mis informadores de «gasolina-gasoil». A todos aquellos a los que proveí de móvil y, por lo tanto, de una fuente de ingresos adicionales.

Cuando partamos a medias los honorarios, Ruslán y yo tocaremos a veinticinco de los grandes cada uno. Un negocio redondo, lucrativo. Justo ahora, cuando nos falla la entrega del combustible, los cielos se han vuelto generosos… Dígase lo que se diga, hay bondad allí arriba.

Yo habría podido creer en la integridad psíquica quebrantada, en la fobia y demás rollos patateros si Oleg y Alik hubiesen pasado por el zindán, el hoyo checheno. El soldado que por milagro logra escapar de ese agujero sí que de veras puede volverse una fiera al ver a un checheno con un fajo de billetes. Los he visto… ¡Esos sí que están por disparar a bote pronto y sin necesidad de ver briznas solares ni pollas en vinagre!

Pero los chavales no hablaron del hoyo. Ni una palabra. ¿Quizá se

avergonzaban? Briznas, qué manera de complicarse. Mientras que el hoyo, en cambio, es algo sencillo. Habitual. La mano de obra masculina es muy necesaria en una aldea montañosa.

Gente deslomándose en los hoyos, esclavizada, siempre la ha habido en la vida cotidiana de los montañeses. Claro que lo de los soldados tarados o heridos convertidos en esclavos es una práctica reciente, actual. Todo un hallazgo de esta guerra. En ella de pronto ha aparecido, se ha evidenciado una inesperada razón adicional. (Para los campesinos, que no disponen de otra mano de obra tan barata). Los montañeses cayeron en la cuenta enseguida.

En una ocasión yo también observé con od-d-dio el fajo de billetes.

Caminábamos en filas después de un combate. Ya contábamos con la protección, aunque tardía, que nos brindaban los helicópteros… Atravesábamos lentamente una aldea chechena. Los campesinos ya se amontonaban a lo largo de la carretera. Sabiendo que hubo combate estaban mirando por si había heridos.

La columna se ralentizó del todo para abastecerse de agua, comprar el pan… Al lado de los carros de combate enseguida se personaron los ancianos montañeses, los chivos de pelo blanco. Se apresuraban intentando adelantarse unos a otros, trajinaban a lo largo de la carretera, gritaban tiernamente:

—Oiga, jefe… Saludos… ¿Hay soldados enfermos? Déjemelos… ¡Les curaremos, les cuidaremos!

La columna se arrastraba… Los ancianos se plantaban ante cualquiera que llevara galones inclinando la cabeza en señal de respeto. Con la mano derecha apretada sobre la parte izquierda del pecho. Donde el corazón.

Gritaban:

—¿Llevas enfermos? Déjanos curarlos…

Las miradas de los oficiales (la mía también) se deslizaban por los ancianos sin detenerse. En general, sin fijarse en ellos. Pero a poco que posaras la vista en alguno podías notar que el anciano no tenía la mano sobre el corazón, sino sobre el bolsillo del pecho… Y que allí tenía dinero… Billetes desgastados, casi negros, posiblemente falsos, lo cual el campesino ni sospechaba… Pero fuera como fuera, era dinero. Sólo le faltaba sacarlo y enseñarlo. Necesitaban mano de obra. ¡La cosecha del verano! ¡Una locura! ¡Tanto trabajo!

El campesino checheno no entregará el herido a los guerrilleros. Realmente cuida del herido, lo alimenta… En cuanto el herido se

recupera un poco, el campesino le ordena que trabaje. El soldado ha de pagar trabajando la comida y los cuidados… Arreglar el puente… Renovar el tejado… Laborar en el huerto… Al campesino no le falta faena. Ya ni se le pasa por la cabeza dejar que el soldado se vaya.

A menudo, heridas visibles aparte, el soldado padece traumatismos morales, conmociones psíquicas. La aldea está tan alejada de todo, tan perdida en las altas montañas, que el soldado por sí mismo jamás encontraría el camino de vuelta. Intentará escapar, pero tras dos o tres de días de hambre volverá. A un traumatizado no hace falta tenerlo en el hoyo. No se irá a ninguna parte. Añora a su familia, cómo no, pero no se va amover. Trabaja y trabaja… Cinco años… Diez años… Toda la vida. Le ofrecen un poco de vodka en el día festivo local.

Bebe y grita las viejas canciones. Vocea tanto que le oye toda la aldea. Los ancianos paran, escuchan, uno de ellos chasqueando la lengua pronuncia respetuosamente:

—Que siga.

Otro anciano, rascándose la coronilla, está de acuerdo:

—Que siga.

Los ancianos aprendían esta bonita expresión rusa antes que muchas otras.

Yo, novato entonces, pensaba con odio que éste es el dinero más sucio de esta guerra. El dinero destinado a la compra de un herido o de un traumatizado… Entonces tan sólo comenzaba a guerrear.

Nuestra columna prosiguió aligerando el paso, levantando el polvo tras de sí. El anciano campesino ya agitaba abiertamente unos billetes sucios y arrugados. El f-fajo, como diría el soldado Evski.

Capítulo XIV

PUES sí, un chechi como cualquier otro. Un tal Zalimkhán. A secas, sin apellido. Un caudillo insignificante en la zona del pueblo montañés de Guzik… Un don nadie… Sólo que le tocó la lotería en un cruce de carreteras. Cuando acababa de salir de cacería con su unidad minúscula después de descansar en las montañas. Pilló a la periodista. ¡Ahí es nada, menuda pieza se cobró por pura potra!

Zalimkhán y sus hombres no sabían nada de ella, ni siquiera habían oído hablar de ella. La conocida periodista y defensora de los derechos humanos no fue más que un botín fortuito. Una moscovita joven capturada en medio de la carretera. ¡Una tía! No lograron pillar ni una gota de gasoil, pero la pillaron a ella… Pura casualidad… Zalimkhán ignoraba por completo qué mercancía tenía entre manos… El y los suyos. No la conocían en absoluto pese a que su nombre ya era más que sonoro. Ella defendía a los chechenos. Ella alababa la valentía de los señores de la guerra. Según su propia y acertada expresión, ¡«propagaba su fama»! Todo comandante checheno de cierta importancia se moría por salir en sus reportajes. Llegado el caso, podía apelar al mismísimo Basáyev ya que en dos ocasiones le había entrevistado y lo que publicó hizo subirse por las paredes al Moscú oficial.

Zalimkhán, su dueño eventual (lo supe pronto gracias a un chivatazo), devolvía las personas capturadas a cambio de poco dinero. Por ahora se la podía liberar del modo habitual, pagando. Pero hay que darse prisa. Los intermediarios-revendedores ya se han despertado. La periodista es conocida, el precio se podría disparar.

El más accesible para mí es el revendedor Magoma, apodado Azer, un bigotudo conocido en Grozni, medio azerí.

Ya he trabajado antes con él, en otros rescates. Ahora lo más importante es su segunda sangre, la parte chechena que le emparenta con el influyente Dokú… Parientes lejanos pero parientes al fin. Este Dokú, un hombre de autoridad en su distrito, está en contacto directo con el señor de la guerra Zalimkhán.

¡La combinación ideal! Azer contactará a Dokú, y Dokú hablará con Zalimkhán.

Azer el revendedor es conocido entre otras cosas por su siempre bien engrasada pistola, que en las negociaciones apesta fuertemente desde su bolsillo izquierdo. Azer considera ese tufo el olor del éxito. (Quién sabe, igual el engrasado copioso realmente influye en el subconsciente durante el regateo, le otorga un plus de ventaja). Eso no quita que se burlen de su aceitada herramienta. ¿Por casualidad Azer trapichea con lubricantes? Aparte de los prisioneros, ¿eh?, otra fuente de ingresos… ¿Cómo que no?

Azer no se ofende por el tono chancero, se comporta con elegancia y aplomo. El aplomo, sobre todo, es importante en las montañas.

La cosa ha empezado bien. El azerí bigotudo ha sido el primero en averiguar el sitio, ha descubierto dónde tienen escondida a la periodista capturada… Está en una zona montañesa alejada… En Guzik… El pueblo de Guzik no es de los más pobres, al menos no pasan hambre. El caudillo Zalimkhán puede tener a la presa en su casa. O, si hay peligro, en el hoyo… En todo caso, en algún lugar cercano.

Actuamos en paralelo. Los hombres de Ruslán se han dirigido enseguida a Guzik… Cuatro hombres de su teip. Todos armados, por supuesto… No para la guerra, sino para la búsqueda. Aunque, dado el caso, van preparados para cualquier escaramuza.

Yo, vía Azer, buscaré la manera de liberar a la rehén.

Ruslán, vía su gente, buscará cómo liberarla por la fuerza. Preferiblemente, sin derramar sangre.

En función de la cercanía a la zona por donde se mueve Zalimkhán se les ha entregado a mis informadores la foto de la periodista. ¡Es guapa! De cabello negro como el betún. De mirada abierta… Y no es flacucha. A los caucasianos no les gustan las flacuchas… Yo mismo les he pasado las fotos. Para evitar errores estúpidos durante el desempeño… Por si viesen u oyesen algo en relación con el caso. Y también como un incentivo suplementario. Es agradable tener a una guapetona en el bolsillo pectoral. Les he dado dos o tres a cada uno por si, aparte de irlas enseñando a quien estimen oportuno, tuvieran que

dejarle alguna a alguien. He reaccionado enseguida… Nadie puede decir que Ruslán o yo nos hayamos demorado.

La buscamos pero, evidentemente, nos callamos su fama, no queremos que se enteren de que se trata de una persona de renombre. De ninguna manera. Cuanto más discreto sea todo, más seguro será. Y más barato… Hay que proceder, pues, sin hacer ruido. ¡Sin levantar la liebre! Evitando que trascienda la verdadera magnitud del caso… Simplemente una persona capturada… Una mujer. ¿Que pueden violarla o maltratarla, tenerla apenas sin comer? Bueno, ya se sabe, eso ocurre… Qué le vamos a hacer… Es la guerra.

Azer no ha tardado en comunicar que Zalimkhán ya la *enseña* a los revendedores… Aporta algunos detalles con precisión profesional. Iba mal vestida, sucia. El pelo desgreñado, su preciosa y espesa cabellera enmarañada como la de una bruja. Por alguna razón le dolía el labio… Tenía la boca entreabierta. Para que la herida se le curara más deprisa… Daba la impresión de que enseñaba los dientes. Sentía escalofríos constantes debido al frescor del sótano, a la humedad del zulo donde está encerrada. Zalimkhán va de tanto en tanto a echar un vistazo o para enseñársela a los revendedores baja dos o tres peldaños y se asoma. El mercachifle de turno va detrás, también baja esos peldaños y evalúa la mercancía.

El señor de la guerra esta vez no se ha querido casar con el primero que llegara, esperaba un comprador más rico, más fuerte. Igual Zalimkhán, por muy simplón que sea, ha presentido de algún modo que el precio se elevaría rápidamente. No se puede menospreciar la intuición de nadie. Tampoco hay que descartar que Zalimkhán de vez en cuando lea los periódicos… Muy de vez en cuando, ni que sea desenvolviendo el desayuno. Desenrollando del trozo de rotativo la habitual pitanza de un montañés: el queso y la torta.

Las mismas fotografías de la periodista que he ido entregando yo (entre otras varias) son habituales ahora en los periódicos… El dinero es un instrumento sucio pero muy sensible. El dinero ya se ha puesto en marcha. Yo, tenso, he ido siguiendo el tema. Al comienzo nosotros, Ruslán y yo, habríamos liberado a la mujer por diez mil dólares. Realmente queríamos hacerlo por diez mil. Sin expandir la cuestión. Sin hacer ruido.

No íbamos mal encaminados, teniendo en cuenta que Azer llegó sin demora al pueblo de Guzik, se puede decir que nuestro bigotudo acudió volando y fue el primero. Aunque, la verdad sea dicha, no dio enseguida con el influyente Dokú. No le dejaron entrar en el lugar donde vivía.

Pudo ver la casa pero nada más. Estuvo deambulando por las estrechas callejas del pueblo hasta cansarse.

Los chechenos que protegían a Dokú se burlaban y hasta se mofaban de Azer. «No puedes pasar a ver a nuestro Dokú con la pistola…», le decían los escoltas. Azer sacaba la pistola, la entregaba, pero los chechis (eran siempre tres o cuatro) seguían buscándole el pelo al huevo, arrugando la nariz y espetándole que atufaba sospechosamente a lubricante… «¡Es el olor! ¡Juro que es sólo el olor!», pero no le hacían caso.

—Habrás escondido una pipa pequeña en el zapato… O igual la llevas colgando de los huevos…

—¡Pues venga, cacheadme a ver si la encontráis, adelante!—soltaba, impaciente, nuestro bigotudo.

Los chechis, sin embargo, sólo se reían: eres demasiado astuto, Azer… Lograrías pasar la pistola hasta en tu espalda. Tan plana como un tercer omoplato… Que no, que no podemos poner en riesgo al querido primo Dokú.

—Pero ¡si también es pariente mío!

—¡No me digas!

—¡Lo juro!

—¡Eso habría que comprobarlo! Hoy ya es tarde, tal vez mañana. Y aun si de verdad eres familia, no te presentes así, Azer, yo de ti me lavaría bien. Pero cambia de jabón, tira el de brea…

Ni siquiera con aquellos estúpidos mocosos perdía Azer Magoma los estribos, mejor contenerse y seguirles la corriente, ya bajarían la guardia en un momento u otro. Lo dicho: un profesional, nada que reprocharle.

Azer no aflojaba la garra, no creía en absoluto que la cuestión se hubiera estancado. Simplemente era una historia así, de cocción lenta…

—El asalto no vale, Sáshik, es un asedio—me decía por teléfono—. Sáshik, deja de preocuparte. Azer Magoma no te defraudará… Falta medio paso. ¡El último medio paso! Azer Magoma pasará por encima de estos criajos chechenos de ojos embusteros… Azer Magoma pronto hará esa visita al influyente Dokú… Medio paso… ¡Y luego lo del comandante Zalimkhán vendrá por sí solo!

Sin embargo, este medio paso se nos estaba atravesando demasiado, ayudé a recorrerlo yo. Justo en esos días viajó a Moscú un mayorista proveedor nuestro. A petición mía pasó por la asociación de coterráneos chechenos, habló con la gente… Se llevó a la plana mayor a un

restaurante de postín. El proveedor estuvo hablando con aquellos hombres hasta el cierre del restaurante, con los hombres que ayer estaban aquí, en Chechenia, y que ahora se sentaban allí, en Moscú. (Y todavía olían un poco igual que mi Azer, a lubricante de pistola).

Y desde allí mismo, desde Moscú, directamente desde el restaurante, aquellos tipos pusieron en contacto a Azer y Dokú: nos lo arreglaron en cinco minutos.

—¡Si eres de la familia! ¡Será posible que no vinieras enseguida! ¡Los parientes no actúan así!—amonestaba cariñosamente Dokú al bigotudo Azer mientras le abrazaba en el zaguán de su casa.

En paralelo a Azer los hombres de Ruslán, los cuatro que había mandado a la zona, rabiaban por entrar en acción. Ya habían llegado a Guzik. Ya estaban en el sitio… ¡Un zarpazo y la tendrían, tendrían a la periodista! Ya se relamían los labios resecos saboreando de antemano el asalto y el suculento beneficio. Ya sabían del sótano… De su precioso pelo negro desgreñado… Ahora ella se encontraba allí. Su juventud y su precio se ocultaban allí… Sus diarios de periodista. Sus pertenencias modestas… Todo eso estaba allí. En poder de Zalimkhán.

Pero Zalimkhán se puso en guardia y, claro, no residía ahora en el término de Guzik. Estaba cerca. En un lugar que no se nombraba. Los hombres de Ruslán sabían que junto con la periodista y los escoltas se había ocultado en una aldea más pequeña, pero ¿dónde exactamente?

Se notaba ya la presencia de otros. No somos los únicos listos. Otros rastreaban también la zona de Guzik procurando a la vez no tropezarse con nosotros… Procurando ir a lo suyo sin estorbarnos. Sin chocar. Tan sólo ganarnos por la mano.

—¿Qué pintan ahí ésos? ¡Los quiero fuera ya! ¡Nada de otros, nada de competencia!—instruía a su hombre el jefe de obra Ruslán por teléfono—. ¡Cómo se atreven! ¡So chacales!

Su hombre se disculpaba. Se oye mal, Ruslán. Hay mucho ruido, Ruslán, interferencias… Y Ruslán le gritaba furioso:

—Mételes el resuello en el cuerpo. ¡Asústales como es debido! ¡Y después cómprales!

Ruslán, lamentablemente, estaba fuera de combate por la disentería. ¡El estómago! Había comido alguna porquería en un chiringuito… En Grozni… Habría probado algo apetitoso y había caído presa de la diarrea. Un hombre al que desde que lo conozco habían herido tres veces, que aguantaba de pie el dolor más agudo, no podía, no sabía

dominar su estómago descompuesto. Ruslán a duras penas se levantaba de la cama, pálido y martirizado.

Mientras tanto, los dos nos íbamos poniendo nerviosos leyendo los periódicos que llegaban a Grozni… Crecía visiblemente el número de las fotografías publicadas de la periodista e invisiblemente el precio de su rescate.

Ruslán juraba que al tocar con su mano cálida (tenía fiebre) la página del rotativo notaba los hervores del regateo. Los papeles quemaban cada vez más al tacto. Me llamaba a menudo. Comentábamos el alza del precio. Yo percibía cómo subía… Aumentamos la apuesta… Estábamos a punto de sobrepasar nuestro límite. Estábamos dispuestos a aportar (entre los dos) veinte-treinta mil… con la idea de obtener, pongamos, ochenta, ¡con un poco de suerte incluso cien!

Dokú pronunció palabras importantes al recibir en su casa al pariente lejano:

—Me ayudarás en varias cuestiones, Azer… Estrecharemos el parentesco. Cuando la gente está más cercana, es más fácil resolver los asuntos. ¿Quieres ser mi *tsjani*?

¡Por fin! En una del medio centenar de lenguas del Daguestán *tsjani* indica un parentesco cercano, significa un pariente muy cercano. Si *tsjani* se usa como verbo, se traduce como ‘emparentarse’. O afinando más todavía, ‘prendarse’… Una palabra montañesa compleja, rica en matices. Nuestro Azer también se sentía un psicólogo experimentado. Percibió en esta palabra un avance, un avance importantísimo.

Ahora sí estaba seguro de que no le quedaba más que medio paso.

—¿Quieres ser mi *tsjani*?—volvió a preguntar Dokú.

—Claro, me hará muy feliz.

Y los dos montañeses se besaron.

La búsqueda a la fuerza también avanzaba. Nuestros cuatro chicos (los de Ruslán) divididos en dos parejas registraban metódicamente las pequeñas aldeas de las cercanías de Guzik… En cada una de esas aldeas perdidas hay, por regla general, un zindán vigilado y cuidado. Un hoyo profundo, cavado a conciencia, para que si se da el caso los aldeanos puedan jactarse de su zindán. ¡Un hoyo en toda regla! Los demás zindanes vienen a ser sótanos poco seguros, medio destruidos. Allí no hay nada que buscar.

Ambas parejas, por ahora, realizaban sus incursiones nocturnas sin

hacer ruido, sin disparos.

Los cuatro contaban con experiencia. Tras sobornar al guardián (o tras atarlo…, pero sin derramar sangre… para evitar una posible persecución seria), los sicarios de Ruslán gritaban al hoyo, escrutaban la oscuridad, preguntaban. En ruso, evidentemente… El haz de la linterna recorría los rincones negros del hoyo… ante el prisionero cegado por la luz deslumbrante… Ante su cubo de mierda… A veces en el hoyo había dos prisioneros… Deslizaban sobre ellos el haz de la linterna y preguntaban: «¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?». «Serguéi… Piotr», se oía en respuesta. La pareja se retiraba enseguida. Limpiamente. Sin sangre.

En algunos hoyos los prisioneros, al entender que buscaban a alguien concreto, recurrían a algún ardid. Intentaban aprovechar el error. Que nos salven. ¡Que al menos me salven a mí! Los prisioneros voceaban desde el hoyo todos los nombres al azar con la esperanza de adivinar por suerte el nombre necesario… ¡Por probar que no quede!, si por ésas aciertas con alguno de la lista y te sacan fuera, ¿qué van a hacer luego, volverte a meter? Soy Mijaíl… Soy Gena…

Soy Alekséi, nombres y más nombres… Decenas de nombres perseguían a la pareja que se alejaba, a la cual ninguno de los nombres que dijeran habría podido interesarle. De entrada no interesaba tanto el nombre como la voz… El timbre… Debía ser una voz femenina, si no, adiós.

Los alrededores, de pronto, enmudecieron. Pero hasta ese momento era cierto que el señor de la guerra Zalimkhán guardaba a los prisioneros que vendía precisamente en las aldeas diminutas, en estos hoyos de primera calidad… ¿Quizá se sintió muy hostigado y dejó de enseñar «la mercancía»? Esto era a la vez malo y bueno… Podía significar que nuestro cuarteto estaba haciendo un buen trabajo y se había acercado mucho a la prisionera. Que ella se encontraba muy cerca. Tal vez, al lado mismo.

Y, sin embargo, las cartas volvieron a confundirse. Zalimkhán, según dijeron los pastores, que no saben mentir, se fue con los prisioneros más allá de la cadena de montañas bajas. Al otro lado del paso.

Ruslán había vencido la disentería pero había pillado una neumonía. La fiebre se desmadraba. Pegado a la cama, de vez en cuando deliraba. Que él en un día habría encontrado el sendero para atravesar la montaña… Que él mismo habría salido al encuentro del preciado (cada día más preciado) Zalimkhán.

Nuestro dinero se derretía por momentos, aunque no lo habíamos desparramado en absoluto.

—Algo falla, Sasha… Algo va mal—repetía ahora a menudo Ruslán.

Y Zalimkhán seguía al otro lado del puerto de montaña. Inaccesible… De repente Zalimkhán se había vuelto demasiado versado, todo un estratega. O bien alguien realmente versado, un auténtico estratega, le sugería el modo de actuar, paso por paso… En la dirección acertada. En el momento acertado.

Nuestro Azer, por su parte, estaba por fin cara a cara con el influyente Dokú. Se sentaba a su lado a la hora de té. Le ayudaba como un buen pariente. Para convertirse en su *tsjani.*

En concreto, Azer ayudaba sobre todo en las negociaciones con los federales. Con aquel coronel borracho, por ejemplo. Cómo mamaba el tío, allí sentado con ellos, ante la mesa de té, en su traje de campaña sencillo, mientras intentaba convencer a Dokú para que le comprara unos tanques abatidos.

Azer conocía el paño y sugirió que sería importante comprobar que los tanques fueran recién abatidos y aún conservaran los equipos electrónicos. Que no fuesen mera chatarra…

—¿Quién y cuándo ha abatido los tanques?

—¿Cómo que quién? Pues los vuestros, vosotros los habéis abatido. ¿Quién si no?—se encogía de hombros el coronel.

—¿Están muy dañados?

—No mucho. Es que no sois un ejército regular, a ver si os enteráis. Sois una mierda. Por eso habéis causado daños mínimos… La reparación costará poco… No sabemos cómo deshacernos de esos tanques. Esa es la verdad… Por eso los vendo barato.

Estaba borracho, pero llevaba la negociación correctamente. Y tampoco es que ofreciera el género tirado de precio, ni mucho menos… El caso es que durante el regateo siguió pimplando, y ellos con él, por cortesía. Azer no aguantaba bien el alcohol, ése era, tal vez, su único punto débil. Para Dokú no era un problema. Aunque fuera una autoridad en el pueblo, aunque fuera checheno, Dokú sabía beber vodka. Como mucho se le enrojecían los ojos y se tornaban más picaros, pero no perdía el norte. Y qué decir del coronel federal. El ruso se tragaba el vodka como si fuera agua.

Azer llevó a buen término, ayudó a finalizar la complicada negociación, pero se fue a dormir con la cabeza dándole vueltas. Le costó bajar del zaguán. Se deslizaba por la rampa haciendo eses con los

pies… En el patio le cegó los ojos el coche nuevecito, brillante bajo los rayos del sol. Azer soltó una blasfemia… Menudo cacharro tenía Dokú… Un chechi jovencito con mirada ansiosa de drogadicto le hacía de conductor. Aquel gandul no hacía otra cosa que sujetar el volante y sin embargo ya era *tsjani*.

Al día siguiente tocó otro asunto: de buena mañana. Azer tuvo que acompañar a Dokú a mediar entre dos endiablados sobrinos suyos, dos auténticos burros, la verdad sea dicha, que no lograban repartirse un huerto mísero. Por las noches, amparados por la oscuridad, los sobrinos se disparaban mutuamente.

Azer midió el terreno, lo dividió en dos partes iguales y abrió una gavia cabal. Un deslinde escrupuloso, impecable.

—Eres de la familia. Casi eres un *tsjani*—dijo Dokú, y abrazándolo besó a Azer en la boca.

Los numerosos parientes de Dokú también se besaban con ganas. Todos sin afeitarse, con barba de dos semanas. Y los dos burros a los que acababa de deslindar Azer, se levantaron de la mesa y vinieron a besarle. También en la boca. A Azer ya se le contraía incontrolablemente la mejilla cada vez que veía a uno de los *tsjani* con los labios apuntando a su boca. ¡Puercos!, pensaba. ¡Puercos babosos!

Pero ¡qué remedio había! Aquí todos copiaban a Dokú. Y Dokú, el jefe y decano, besaba a todos en la boca. El único al que el barbudo Dokú no se atrevió a besar fue al coronel federal. Pero estuvo a punto. Azer se percató del dilema interno de Dokú a ese respecto.

Los rotativos… La radio… La tele… Para muchos montañeses ya aburridos de esta guerra lánguida aquél era un suceso de verdad: todo el jaleo informativo sobre la periodista de renombre secuestrada. Había que ver en qué términos hablaban ahora sobre los montañeses. ¡Qué osados y peligrosos, los montañeses! ¡Qué caro (y qué tangible) es el precio de su audacia! ¡Cuánto halaga leer sobre uno mismo! ¿Y la que se estaba liando con el rescate de la prisionera? ¡Y esas carreras, a ver quién llegaba antes, los movimientos ocultos por sótanos y zindanes! El misterio elevaba el precio. Exactamente igual que antaño, en los tiempos furiosos de los abuelos.

Los que no pudieran invertir más pasta en el asunto deberían darse prisa. Acelerar la operación… Ruslán y yo, con nuestro Azer y nuestras parejas, y los que fueran más o menos como nosotros, todavía estábamos en el juego. Pero ¿por cuánto tiempo?

No nos irritaba tanto el escurridizo Zalimkhán, sino los colegas de ella. Esos putos foliculario. Sus graznidos inflaban literalmente el precio en cada boletín. ¡Actuaban como si no entendiesen! Como si no se enterasen de qué iba el juego. Armaban follón, protestaban, se rasgaban las vestiduras, vomitaban sapos y culebras… Y sin embargo, lo comprendían, todos ellos comprendían perfectamente el quid de la cuestión, y toda su furia mediática era en el fondo, y a menudo hasta en la superficie, falsa, vacía y mezquina: ¡no era más que una cortina de humo! Empeoraban a sabiendas su vida en el hoyo, dificultaban adrede su rescate. ¡Comemierdas! Por su culpa iba aumentando el precio y por su culpa los hombres de Ruslán fallaron por una media hora. Justo entonces se precipitó el alud. El arroyo colmado se llevó el puente frágil… La pareja de Ruslán perdió esos treinta-cuarenta minutos preciosos atravesando el arroyo… Cuando se acercaron a hurtadillas al zindán, estaba vacío, ya no había nadie. Sólo un resto de calidez en el aire, como una huella aún fresca del aliento humano.

Hace una media hora…, ¡una media hora!, al prisionero se lo llevaron con la cara tapada, con la cabeza envuelta en un trapo blanco… ¡Era ella! ¡Estaban convencidos de que era ella! ¿Adónde la llevaron? Dinero y amenazas hicieron hablar a los pastores. Al prisionero (o a la prisionera) no se lo llevaron para venderlo, no salieron en dirección a Grozni, sino que tomaron la contraria, se alejaron hacia las montañas… Para embrollar, para despistar… Sí, era una mujer. Zalimkhán envió a la periodista, su principal y más sonado botín de aquellos días, junto con otros prisioneros valiosos al otro lado de la pequeña cadena de montañas…

Los buitres gaceteros, los de la tele, esa gentuza de olfato rastrero y vista carroñera, captan desde lejos si a uno de ellos le toca el gordo. ¡Cochina envidia gremial! (La gregaria amistad de los mediocres, los celos corporativos…). Intolerablemente vertiginoso, demasiado fulgurante fue el ascenso a la fama (nacional e internacional) de la periodista, sus reportajes, sus intrépidas incursiones en la madriguera de los guerrilleros de Basáyev… Tan joven… ¡y ya con tantos galardones!

O sea, que sepan todos ahora dónde ha estado y lo que allí, en esa sucia madriguera, le han hecho. ¡Porque seguro que se lo han hecho! ¡Imposible que no se lo hayan hecho! ¡Una tía secuestrada! ¿Una así de apetitosa se iba a quedar sin que le echaran la guindilla? ¡A saber cuándo la liberarán! ¡Y mientras tanto que disfrute de lo lindo

esperando sentada ante la hoguera del señor de la guerra! Que alimente a los mosquitos… Y, ya de paso, que alimente al señor de la guerra, que su aguijón no va a ser menos… ¡Ya veremos si los americanos o europeos le darán otro premio por este viajecito al mismísimo corazón del movimiento liberador! ¿Con qué la premiarán por el zindán? En las pelis, tal vez estos zindanes picantes añaden fama a la prisionera. Pero esto no es una peli. Después del zindán la mujer pierde demasiado.

Las autoridades seguían quietas y calladas. No necesitaban ni actuar ni hablar. Sólo tenían que esperar. Con cada nuevo día en el hoyo la periodista rebelde e independiente que tanto les molestaba se convertía en el escándalo, en la mancha: en la gran deshonra de esta guerra. Sin embargo, sabían que a la postre les sería fácil de enjugar. Ya están acostumbrados, nada les salpica lo bastante en estos tiempos, nada es indeleble, pronto todo se va por el desagüe. Los chechis, en cambio, nunca lograrían limpiarse.

Aunque, por ahora, a los chechis les convenía la difusión del caso. Por el consiguiente aumento del precio, claro. Tenían la experiencia de que cuanto más ruido, más se oye el tintineo que pretende atajarlo. Y el tintineo crecía. El incomparable retintín de dinero. Hasta en las aldeas sabían a cuánto estaba el kilo de periodista famosa secuestrada.

Aún resultaba más comprensible que los cuatro guerreros atrancados en el puerto de montaña se impacientaran esperando una señal de Ruslán. ¿Un avance impetuoso, eh? ¿En un día, eh? Se consumían, claro. Estudiaban los senderos montosos. De puro aburrimiento nuestros muchachos acosaban a los pastores, ya sin sentido, por rutina, les interrogaban sobre la periodista de la cabellera negra… Le tocaban las narices a conciencia al pobre y asustado pastor y después de beberse su leche agria y desposeerle de unas cuantas tortas le soltaban.

Pues sí, nos habíamos estancado. Estábamos perdiendo el tiempo. No era más que un espejismo la sensación de que Azer, el revendedor tan hábil, tan tenaz, todo un as, no agarraba más que aire y no era capaz de pillar el viento que necesitábamos. No era más que un espejismo la sensación de que nuestro cuarteto de combate por alguna razón cada vez llegaba tarde y miraba a los zindanes ya vacíos. (Si se hubieran dado prisa… ¡Si sus linternas hubieran iluminado a tiempo los oscuros y apestosos hoyos! ¡Una hora, media hora antes!).

No era más que un espejismo el hecho de que los pastores-guías fueran tan tercos… Que el alud se desatara y el arroyo se llevara justo

nuestro puente. Apariencias… Puras apariencias… Paranoias, porque lo cierto es que este turbión de desgracias fatales no sólo nos ocurrió a nosotros, sino a todos nuestros homólogos. A nuestros competidores directos, de nivel parejo al nuestro. O sea, frenaron a toda la morralla que buscaba a la periodista… A todos. Incluidos nosotros… ¡Fuera de la pista!

Al empeño del desempeño se sumó el dinero grande, el de verdad.

Cuidar y reconciliar a la joven pareja que se peleó en su propia boda.

—Ahonda, Azer, profundiza. Cálmalo. Pero con tiento, no te precipites… Casi has llegado a ser un *tsjani*—recomendaba Dokú.

La novia y sus partidarios, como única condición para hacer las paces, exigían sólo un velo nuevo, en vez del primero, deshonrado, remendado después de la pelea… El novio también chillaba acerca del velo, chillaba e insistía, quería verlo con sus propios ojos. Trajeron la prenda. La examinaron seriamente, medían los agujeros metiendo los dedos… ¡Dos dedos! ¿O son tres? La virginidad del velo era el reflejo de la virginidad de la novia. De un momento a otro la pelea comenzaría de nuevo… Azer, un profesional, el hombre especializado en el desempeño de prisioneros, quiso rehusar. Estas disputas no eran lo suyo.

Pero, como cada vez que lo veía flaquear, Dokú le sujetaba por la manga, repitiendo con voz queda y expresiva:

—Ya casi-casi eres un *tsjani.*

Mientras tanto los escudriñadores levantaban el velo y miraban los agujeros a contraluz… ¡Y chillaban otra vez! ¡Y cómo chillaban!

Dokú le susurraba a Azer que él, el pacificador, estaba de suerte ya que Azer no conocía los comienzos de la querella. ¡Un arranque feo, extraño! Porque ya el mismo arreglo del matrimonio tuvo su intríngulis. Hubo una especie de señal: el pato del corral de la novia atacó a las gallinas del novio.

—¿Habías oído algo semejante?—preguntaba Dokú—. Nuestras gallinas enloquecieron: o no ponían o todo huero. ¿Qué fiera el pato, eh? ¿Se creería un zorro?

Tomando el té de turno Azer preguntó sin rodeos a Dokú sobre el señor de la guerra Zalimkhán: a ver si nos presentas, que ya va siendo hora de que nos conozcamos… Y lanzó una indirecta sobre la periodista escondida. Pero Dokú meneó la cabeza: ¡es temprano todavía! Dokú habló de la boda fallida… Del velo… De lo importante que era aclarar

el asunto y reconciliar a los novios. Y otra vez le dio por hablar del pato de marras.

Ruslán ordenó a las parejas cruzar el puerto de montaña. Y una vez allí separarse enseguida: dos equipos en dos direcciones… A la izquierda y a la derecha. ¡Buscad! Allí, al otro lado, hay pocas aldeas… ¡Rastread una tras otra! ¡Revolvedlo todo! ¡No hay más que un par de zindanes! ¡Disparad al aire y poned los zindanes patas arriba!

Ruslán me dijo: Sí, Sasha, es arriesgado… Pero hay que intentarlo. Es su oportunidad. Está en sus manos. Los dos equipos son de primera. No les van a matar a todos.

No obstante, les mataron. A los cuatro… Justo al otro lado del puerto. No busquéis los cuerpos (¡así nos lo comunicaron!)… Vuestros hombres eligieron el peor lugar para meter las narices. No era un mal equipo, no, pillasteis buenos pistoleros. ¡Gente bragada! Pero estaban a años luz si los comparas con los profesionales que se pueden contratar con dinero de verdad. Contratar y situar si es preciso en cada sendero. Hasta en las vías desmoronadas… Incluso a lo largo de todas las montañas del Cáucaso.

Para apoyar al cuarteto de guerreros Ruslán envió a su sobrino, un chaval que aún no había cumplido los catorce.

¡Toma refuerzo! Se lo advertí: que los cuatro avancen, que los cuatro busquen, que se batan el cobre con quien haga falta, tú decides, pero aparta al chaval… Que se quede en el puerto.

—Que el mocoso se quede en el puerto… Para las comunicaciones.

—¿Qué chorrada de comunicaciones ni qué…?—se mosqueó Ruslán.

—Tú verás…

Ruslán perdió a los cuatro. Habría perdido al sobrino también. Por suerte me hizo caso.

Mediante terceros Ruslán ordenó comunicar a Zalimkhán que no tenía nada contra él, ya que ni siquiera se conocían. Tan sólo quería que Zalimkhán le enseñase la mercancía.

El inaccesible, inalcanzable, escurridizo señor de la guerra Zalimkhán, a quien nosotros con tanto esmero buscábamos y seguíamos, de repente llamó a Ruslán…

Ruslán no se sorprendió. El buscador y el objeto de su búsqueda forman una pareja virtual. Están enlazados… Más aún si su espacio común no es especialmente grande. Chechenia en realidad es pequeña.

—¿Querías ver la mercancía? Ven, Ruslán. El aparador está abierto, la mercancía a la vista. Sin trampas.

Ruslán, que había perdido cuatro hombres, se enfureció. Aunque logró contenerse:

—Zalimkhán… No busco la venganza… Pero acabemos esto de una vez, lleguemos a un acuerdo definitivo.

—Allí acordaremos todo.

Ruslán seguía mostrándose reservado y precavido:

—¿Dónde? ¿Cuál es el lugar?

—Uno ideal.

Zalimkhán se hizo entender sin dar el nombre, de modo indirecto (incomprensible para los federales que estaban escuchando la conversación telefónica pero del todo claro para Ruslán). Comunicó de qué pequeña aldea chechena se trataba… A esta aldea habían llevado en su momento a muchos chechis heridos.

—Después de aquel combate en el que perdimos los dos últimos tanques… Nosotros, los chechenos digo… Aquella aldea, ¿vale?… Lo pillas, ¿no, Ruslán?

—¿La mercancía estará allí?

—¡Ven y lo verás!—se rio Zalimkhán.

Ruslán percibió la befa en sus palabras… Pero también percibió la verdad. Cruel y honrada. El sabor peculiar de la verdad chechena, que tan bien descifran los chechenos en la voz del enemigo de su propia sangre.

Una hora más tarde Ruslán estaba en camino… Salió flechado hacia la aldea sugerida. Una aldehuela ínfima… El solo en su viejo Zhiguli. Ruslán, hirviendo de furia contenida, aumentaba la velocidad… Seguía oyendo la voz del enemigo. Oía y no dejaba que se fuera (la mantenía dentro) la befa enemiga. Encerrada en las palabras punzantes…, en el sonido restallante de la voz… Ruslán no quiso que la befa se desvaneciera. Quiso llegar con la befa dentro.

Exigido al máximo, chirriando más de la cuenta, el Zhiguli corría a toda velocidad por la estrada. La aldea señalada era un lugar tan neutro que se diría inexistente. Bastante accesible, por lo demás, sin trabas, tan sencillo como llegar a ninguna parte. No estaba en la alta montaña, no quedaba tan lejos. «¡Me ardía el rostro! ¡Temblaba! Y las manos sobre el volante, frías como el hielo. Me creerás o no, Sasha, pero mis manos estaban tranquilas—me explicaba Ruslán más tarde—. Y las manos son lo más importante…».

Sentía auténticos escalofríos. No se había recuperado del todo después de la neumonía. Estremeciéndose, tuvo que frenar un par de veces para toser en el pañuelo.

Ya había salido volando a la carretera más allá de Stárie Atagi cuando le llamó uno de sus parientes, aturdido por estar a la escucha días enteros. El pariente preguntaba si lo dejaba ya o qué, que para qué iba a seguir de guardia al lado del comunicador portátil esperando las noticias de Zalimkhán si Zalimkhán ya no existía... ¿Cómo que no existía? Tal cual, Ruslán, ya no existe. En absoluto...

—Pero si hace una hora y media he hablado con él por teléfono.

—Se lo han cargado hace una hora, Ruslán. Ya está confirmado.

El pariente pronunció una palabra chechena de amplio significado que aproximadamente se traduce como: ‘borrar huellas'. En el juego del dinero grande Zalimkhán se volvió un peón. A Zalimkhán le borraron.

Era obvio que algún chechi realmente poderoso, un supercapo, se había apropiado de la periodista. Ya controlaba su futuro y rentabilizaba su pasado.

Arrancando aullidos de las ruedas, Ruslán hizo girar el coche pero de pronto reparó en que unos cuantos turismos de lujo seguían el camino que él acababa de abandonar. Directos a la aldea de marras... Coches caros. Con los escoltas dentro... Peces gordos, federales y chechenos.

Ruslán volvió a girar en dirección a la aldea. Vaya... Al parecer, los coches traían también a la prensa... ¡Fíjate! El corazón le retumbaba como un bombo: ¡los plumíferos! ¡Los foliculários! ¡Siempre al loro!

A medida que se acercaba a la aldea, Ruslán pudo evaluar el grado de seriedad del asunto. Dos banderas, la rusa y la verde, en la fachada de una casa grande, le conferían un improvisado cariz oficial. Como los cristales oscuros de los coches de importación aparcados enfrente. ¡Más serio, imposible! Ellos, los que juegan fuerte, saben sentar enseguida sus reales donde sea... Sin embargo, para inflar el precio hasta las nubes, ellos, los pesos pesados, necesitaban encontrar un truco nuevo, uno especialmente eficaz. Y lo habían encontrado.

Un truco nuevo muy viejo.

La habitación más grande de la casa estaba a oscuras exceptuando la pantalla blanca y el chorro de luz que expulsaba el proyector en marcha. La luz se volvió imagen. En el plano había una mujer, la periodista. No, no estaba desnuda. Llevaba un camisón. Un camisón desgarrado en el hombro izquierdo. Y si la mujer movía la cabeza (se

supone que obedeciendo a la voz de alguien situado fuera del encuadre), si se volvía hacia atrás, allí donde el camisón se había desgarrado se veían sus pechos grandes. Sólo eso. Sin sonido. Así de simple.

Un vídeo sencillo. Ahí radicaba su verdad. El realizador podría, por supuesto, haber filmado la violación… El acto en sí… Pero se paró, la dejó en puntos suspensivos… ¡Así es más atrayente! No forzaba a la mujer ante nuestros ojos. Pero en su languidez, en sus gestos extraños y soñolientos, en sus tórpidos ojos abiertos, incapaces de parpadear, palpitaba el horror cálido de la violación. Estaba claro. No cabía duda. La habían violado. Tal vez ayer… Tal vez hacía un momento… Tal vez cada día…

Detrás del proyector estaba Otmán, un tipo mañoso de Grozni. Aunque autodidacta, proyectaba como un crack… Tenía unos gestos propios, muy plásticos. Sobre todo los giros de muñeca, parecía mentira el juego que le daban… Sin que la voz interviniera, sólo a base de gestos, Otmán sugería expresivamente el acomodo más adecuado a los recién llegados que entraban en la habitación: «Apártate, amigo…, ¡ponte al lado de la pared! No tapes la pantalla. Deja que se vea nuestra dama exuberante».

Las veinte-treinta personas repartidas a lo largo de las paredes estaban de pie, enmudecidas. Los que acababan de llegar alargaban los cuellos. Intentaban ver más… La gente de pronto se movía… Entonces Otmán exhalaba un sonido gutural. Como diciendo, eh, vosotros, poneos a lo largo de las paredes. Pero ¡qué capullos! ¡Venga, separaos, no os amontonéis! ¡Eh! ¡Amigo! ¡Encima me vienes a toser aquí!

¿Cómo sales de casa con ese resfriado? ¡El espectador no quiere ver tu cabeza balanceándose!

Desde el primer minuto Ruslán se arrepintió de haber venido. No hay modo de ayudar a la mujer en la pantalla. ¿De qué sirve verlo? Ruslán sabía muchas cosas de Otmán… El vídeo empalmaba consigo mismo una vez tras otra… Los ojos de la mujer eran turbios. Ruslán giraba la cabeza, no podía cruzar la mirada con ella. Con ese par de ojos lánguidos, anegados en llanto reseco, sin lágrimas.

Ruslán vio a Churáev: el conocido periodista estaba excitado, devoraba la pantalla con la mirada. Le brillaba el blanco de los ojos. De vez en cuando le daba un ramalazo y se lanzaba hacia alguno de los colegas recostados en los muros.

—¿Qué te parece? ¿Cuánto tardarán ahora en recuperarla?

Churáev escribe mal, pero su descaro vende… Y además está próximo a los círculos oficiales. Es uno de los primeros en ser invitado por los chechis a los grandes eventos. Para que la información dirigida a las autoridades sea fidedigna. De primera mano… Alguien en quien la autoridad confía ha de ver por sí mismo que se graba en directo. Que no está falseado. Que no es ningún montaje con una fulana barata.

Parte de los periodistas ya había salido al patio. Al aire libre… ¡Habían visto de sobras! Bien vestidos, con las cámaras colgadas del cuello, deambulaban por el recinto… Les comunicaron que si la periodista no fuera rescatada, les entregarían copias de la cinta. Para animar el escándalo. Para que propagasen por el mundo la impotencia de las autoridades. Para que la pregonasen. ¡Una copia a cada medio!

Los periodistas estaban en plena fiebre noticiera.

Comentaban, entre expectantes y cínicos, la vuelta a la vida de la defensora de los derechos humanos… ¡El precio! Que se diesen prisa con el precio… Claro, a la periodista violada públicamente (¡a una mujer!) la rescatarían sin falta… Bien las autoridades, bien los ricachones o bien las autoridades *haciéndose pasar por los ricachones*… No van a dejarla… No la abandonarán aquí envuelta en el camisón desgarrado y con las tetas fuera.

Si la mercancía es de las que se compran sin falta, el precio, por supuesto, rozará el cielo. Eso fue lo que ocurrió. ¡El cálculo resultó exacto! Y las autoridades son las autoridades. Montaron en cólera, cómo no, pero en una cólera tibia. Para las autoridades no dejaba de ser la situación agridulce de siempre. ¿Qué pasa? Una clase maestra para ustedes, señores liberales… Así son vuestros chechis… Ahora os queda claro con quién nos jugamos los cuartos.

O sea que los intereses de las partes enemigas coincidieron. Todos recibieron sus beneficios… Todos… Salvo, claro, su madre allá en el pueblecito cercano a la ciudad de Krivói Rog donde ejercía de maestra de la escuela secundaria, a punto ya de jubilarse.

Según comunicaron luego los rotativos, por la periodista se pagaron justo *dos millones de los verdes*… Si aquellos canallas no hubiesen acelerado la puja, Ruslán y yo habríamos rescatado a la tía talentosa por diez, máximo veinte mil. Y sin ultrajes… Por lo menos en público. Ruslán me juraba que la mirada de ella seguía atormentándole.

Abría los ojos y miraba atrás, probablemente sólo cuando la llamaban. Alguien fuera de cuadro a sus espaldas… Con voz

compasiva… Ella se volvía hacia el sonido, hacia la mínima señal de bondad. Pero no había ni una pizca de bondad. La llamada tan sólo era la manera de hacerle girar el rostro hacia la cámara. Para que su humillación se grabara en la cinta de un par de millones de dólares. Igual que la foto de recuerdo… Igual que la sonrisa que exige el fotógrafo… ¡Di patata!

Que se gire… La filmaban y volvían a filmarla… cambiando el ángulo de la toma… Y ella volvía a pensar que alguien la había llamado, se había compadecido de ella. Por encima del dolor y de la humillación se volvía hacia la voz con esperanza: ¡quién sabe!

¿El acto sexual? No. ¿Maltrato físico? No. Sobre la pantalla todo está muy medido. Sin pasarse de la raya. (La furia de Moscú podría desbordarse de pronto). Sí, vale… Los ojos tristes… Pero ¡es la guerra! No obstante hubo un instante… El vídeo se repetía con pequeñas variaciones. El vídeo se montó con distintos fragmentos… Parecía que era lo mismo, pero ¡no!

Por un segundo fallaba un empalme entre dos planos. Un fallo premeditado… Un falso error de montaje en el que ella aparecía desnuda encima de la mesa. Su cuerpo blanco un poco blando. Un poco demasiado blando para la secuencia fugaz. Y dos tíos con los pantalones bajados y los culos al aire, dos traseros flacos como dos pellejos acercándose a ella… Unos tíos corrientes. Poca cosa en la vida les habría tocado gratis. Y enseguida el corte… Otra vez sentada en la cama. Otra vez envuelta en el camisón. Otra vez su mirada.

De repente la desdichada miró directamente a la cámara. Directamente a los ojos de Ruslán. Suplicando… Aquella mirada implorante y la palmaria desnudez anterior por poco le jugaron una mala pasada a Ruslán. La fugaz desnudez femenina… Su mente se nubló. La entrepierna comenzó a doler. Un poco más y la debilidad masculina le habría hecho una faena.

Con un nudo en la garganta, avergonzado, Ruslán se encaminó hacia la puerta a toda prisa. Fuera… Era vergonzoso, pero el deseo le henchía. ¡Maldita pantalla! Por el camino, en la oscuridad, Ruslán se chocaba contra los que seguían mirando… ¿Cómo se sentían? ¿Acaso no eran también hombres?

¡Increíble! En las miradas clavadas en la pantalla, y en esto eran iguales los chechenos que los gaceteros moscovitas, en sus miradas no había, no se leía ningún deseo, ni el más rastrero. Ruslán se abría paso entre los hombres fisgando en sus semblantes… Ni siquiera la lujuria

repulsiva del mirón que espía la deshonra de una mujer… Ni siquiera la lascivia cotidiana se leía en sus ojos. Nada. El vacío… ¿Qué clase de gente era aquélla, de qué estaba hecha? Aunque…

Aunque en el vacío indiferente de sus ojos flotaban unos puntitos codiciosos…, ¿o eran círculos? ¡Claro, los consabidos círculos oblongos! Alguien debía de haber pronunciado ya un precio de seis ceros, se iluminó de pronto Ruslán. En sus ojos flotan los ceros. Los seis ceros. Números mayores. Pasta Gansa Con Mayúsculas.

Algún chechi potente en la sombra ya había privatizado a la periodista y ya la revendía a Moscú. Pero Azer, Ruslán y yo todavía creíamos en nuestra suerte. Se ha de reconocer que nuestras ideas sobre la salvación de la periodista estaban en desacuerdo con la gravedad de la situación, eran de lo más ligeras, ¡ligerísimas, de una liviandad embriagante, obnubilada! Si no fuera por el calzado, por las piernas, estaríamos flotando en el aire, volando entre los pájaros. ¡Entre los pajarracos montañeses!

En la aldea lejana nuestro intermediario Azer Magoma todavía ayudaba a Dokú a desenredar las complicadas relaciones familiares. ¡Un poquito más y Azer sería todo un *tsjani*\

Para morirse de risa… si lo miras desde fuera. Y es que no éramos los únicos. Nosotros (y una decena de elementos similares) aún corríamos hacia la meta… ¡Aún teníamos prisa! Nosotros, los pequeños, siempre estaremos igual. Dándonos codazos, empellones y mordiscos en el culo, compitiendo a brazo partido, amenazándonos de muerte, tomándonos en serio como si fuéramos alguien y pintáramos algo. ¡Corriendo y corriendo tras la liebre de trapo! O embistiéndonos de frente y con todo para morir al otro lado del puerto de montaña. Como auténticos imbéciles. Cretinos, ilusos sin remedio. De hecho, tiene gracia… Si lo miras desde fuera.

Pero mirando desde el tercer lado (el lado feliz), ¿para qué queremos Ruslán y yo montarnos en el dólar? Para nada… No soy codicioso. Ruslán tampoco lo es.

Regresaré de la guerra junto a mi mujer y mi hija adolescente con algunos ahorros. La familia… Una buena casa en la orilla del gran río que no se nombra… La casa y el terreno… El jardín… La bajadita hasta el río… El remanso tranquilo para una lancha de motor potente.

—Somos la clase media—dirá mi mujer a los vecinos con serena

satisfacción.

Jvorostinin, tal como había prometido, me ha llamado:

—Saludos de un reincorporado a filas.

Por fin, gracias a Dios. ¡Saludos, saludos, Sasha Jvor! ¡Nuestro guía tan esperado! ¡Nuestro héroe!… Me figuro cómo se habrán animado las conversaciones en los despachos del Estado Mayor. Y entre los responsables administrativos… A los chechis (que escuchan los teléfonos de los heridos importantes) seguro que se les ha cortado el resuello. Se habrán puesto tensos todos de aquí a Vedenó.

Se me ha escapado la risa al oír su voz… En un tono inesperadamente alto, lleno de alegría.

—Bueno, Sasha. Estás vivo, ¿cuál es tu primer deseo?—le he preguntado.

—Conducir un convoy.

—¡Serás maníaco!

—¿Y tú con tu gasolina no lo eres?

Me he reído:

—Yo al menos lo hago por dinero. Por un futuro acomodado… ¡Vale! Ahora en serio. Te echábamos mucho de menos, héroe… ¡No nos has dejado ni un minuto para la vida privada!

Ahora él se reía:

—¡No te pases! Los rumores también corren por los hospitales. ¡La gente alucina! Todo paralizado, estancado… Pero tú, Sasha, aun a trancas y barrancas, has seguido enviando tus barriles.

Le he puntualizado con amargura:

—Combustible y sangre, una mezcla de mierda…

En este punto nos lamentamos a coro… De nuestras bajas, del precio que nunca hubiéramos querido pagar…

Luego le he asaltado con mi petición. He decidido no ocultarla entre las palabras, le he dicho sin rodeos que tenía un dolor de cabeza. O dos. Dos sonados de las bombas que hay que enviar, que devolver a… ¡Eso es, su unidad militar está cerca de Vedenó!

Le he dictado el número de la unidad militar (aunque esta información era prematura) y después he desviado la conversación:

—¿Qué tal tu imán?

Me refería a alguna enfermera, el detalle obligatorio, el síntoma inequívoco de la recuperación de Jvorostinin. Siempre hay alguna que

le atrae más que las otras. Y que, como suele ocurrir, le retiene. Que (caso raro en Chechenia) no precipita su vuelta a filas.

—De puta madre, Sasha.

—Un par de días, supongo, te dejarán para el descanso…

—Mi imán opina lo mismo.

—¡Tu imán es un cielo!

La única variedad del peloteo que hace gracia a un héroe verdadero, sobre todo si está herido, es la que halaga su donjuanismo.

Y luego de eso he rebobinado como si tal cosa al punto anterior de la charla:

—Es importante, Sasha, necesito enviar a esos chavales de vuelta cuanto antes. ¡Me urge de veras! Los chechis campan a sus anchas… Esos dos irían con tu primer convoy hacia Vedenó.

—Hecho… ¿Quiénes son?

—Bueno, nadie en particular…

Los sentimientos de la guerra (los sentimientos en la guerra, cuando de pronto los descubres) son sencillos pero no primitivos. Hay que enviar a los chavales y ya está… No he podido, no he sabido definir en palabras rápidas mi sentimiento hacia ellos. Me lo he callado… Estoy *sufriendo* por ellos: suena un poco tonto. ¿Y cómo lo digo si no? «Los dos están traumatizados»: me limito a recalcarle a Jvor como única explicación.

He zanjado nuestro acuerdo con su promesa de llamar para comentar los detalles.

Ni yo mismo sabría explicármelo. Cuando me he dado cuenta de la presencia de este sentimiento… En el momento de desconectar el móvil… El sentimiento resultaba más agudo de lo que le gustaría al mayor Zhilin. ¡La guerra! Según el sentido común, no es nada especial: ¿por qué carajo he de sufrir por unos lerdos que no son nada mío, que ni me van ni me vienen? ¿Por qué, a santo de qué? ¿La paternidad? No, no… La paternidad de segundo grado… ¡No! La paternidad de tercer grado… Me sorprendo elucubrando un parentesco inexistente con los chavales. ¿*Tsjani*?, venga, hombre, es de risa.

Tal vez aún no me conocía bien a mí mismo. Pero ya conocía bien la guerra. La guerra está llena de sucedáneos sentimentales. Sin ellos no se puede… Sea cual sea el juego con el que se entretienen los instintos básicos, haz el favor de facilitar al órgano tonto de tu alma un sentimiento tierno. Y el sentimiento de pronto aparece… Un sentimiento, da igual si es o no caldo de trincheras. Tu amigote por

alguna razón es *este* tío y no *aquél*… Y el odio que por alguna razón despierta en ti el cocinero gordo… También es un sentimiento. El cocinero partía las nueces con el puño. Estremecía la cocina. ¡Esos golpes monstruosos!

Los sentimientos, medios sentimientos o sentimientillos surgen aquí y allá como chispas vivas: brillan, abren brechas de luz en nuestro miedo diario a la muerte… La guerra es una cosa sentimental… Cada sentimiento vago es como un perro advenedizo. Lo ves y la calidez te envuelve el corazón. Y es que necesitas acariciar a alguien. Por eso te dan ganas de tirarle de la oreja murmurando con voz ronca y cariñosa: «Buen perro… Perrito…», y esperas que menee la cola, te lama la mano o incluso se mee de puro arrebato. O necesitas patear a alguien. Ni que sea ligeramente. Por ejemplo a un soldado zopenco que se ha dormido haciendo la guardia (la unidad acabará degollada por tu culpa, tío)… Te apetece infinito darle esa patada… Y de pronto resulta que te viene de perlas. ¡El soldado se vuelve más cercano! Si le propinas esa patada… Después le pides disculpas, te fumas con él un pitillo… Los sentimientos surgen ciegamente. Los sentimientos en la guerra son ciegos.

Tal vez por esta razón los sentimientos cegatos agitan de súbito y tan poderosamente nuestra alma (que, a pesar de los pesares, ha guardado una reserva de compasión para alguien, ya veremos quién). ¡Da hasta risa! *¿Y* ahora qué? Oleg y Álik se irán a su unidad militar… Y yo, tan sentimental, enseguida me proporcionaré algo nuevo. Un perro, por ejemplo, ni que sea un perro callejero… Sin raza… Una hembra pulgosa… E igualmente la apadrinaré. El sentimiento cegato quiere ser reclamado.

O mejor todavía: una anciana chechena. Una mendiga… La víctima de un incendio… ¿Por qué no? Le iré pasando comida. La compadeceré… Y un día seré testigo de cómo se acerca a mi almacén, a mis depósitos de gasolina…, Mira a un lado…, al otro…, y después saca del bolsillo de su falda mugrienta un móvil nuevo y hace una llamada corta a alguien.

El sobrino superviviente de Ruslán todavía estaba de plantón en el puerto de montaña. Esperaba a aquellos cuatro, a las dos parejas de combate. Ruslán le había llamado, le había informado (en plan conjetural… para suavizar) de su muerte… Pero el chaval seguía en su puesto. Dormía entre la hierba alta. El pequeño checheno lloraba al acostarse. Pero por la mañana allí estaba otra vez esperando.

Calentándose bajo el sol temprano, el chico salía a la mismísima ensilladura del puerto. Esperaba el regreso de los suyos, siquiera de uno solo, herido y tambaleante… ¡Eran guerreros de verdad! ¡El chico los admiraba! Desde esa atalaya se abría una vista perfecta hacia abajo… Lejos, entre el verdor de la hojarasca, comenzaba la subida. Allí, agitando el corazón del chaval, aparecía a veces un torbellino de polvo… ¿Subía alguien?

Pero no, tan sólo era el viento divirtiéndose. Levantando un remolino porque sí. En la carretera subiente. El polvo se disipaba con demasiada facilidad… Nadie… El teléfono móvil del pequeño checheno (regalo del tío Ruslán) se había quedado sin batería hacía mucho. El chaval sabía que el aparato estaba muerto. Pero por si acaso susurraba al borde del aparato negro, como quien lo hace a un oído: «Nadie… No hay nadie, tío». No llamaba a Ruslán por el nombre. Tenía prohibido mencionar los nombres.

Después de informar sobre la situación, el chico se guardaba el móvil en el bolsillo. Y de nuevo fijaba la mirada en aquel punto allá abajo donde, en cualquier momento, surgiría otro torbellino.

Nuestro Azer continuaba intentando aclarar la historia: la riña realmente comenzó a raíz de que robaron (lo más probable es que se escapara) el pato insaciable del corral de la novia… La pelea en la boda fue por eso, así lo corroboraba el mismo Dokú. Las desavenencias por el velo florecieron después… ¡Lógico! Pero justo entonces en la casa del novio, como desquite por la desaparición del pato perverso, se extravió un chivo de raza. El novio no supo explicarlo: no hay manera de ocultar mucho rato a un chivo. ¿Para qué robarlo? Con qué fin si antes o después el dueño reconocería al chivo por la forma del corte de los cuernos. ¡No hay modo de falsificar el corte de los cuernos!

Sin embargo, el novio, ese niñato, tampoco era la inocencia personificada: resultaba que desde hacía un año debería estar casado con la amiga de la novia, una chiquilla bizca al padre de la cual pertenecía la famosa manta vieja (desapareció casi enseguida después del pato)… Sí, sí, enseguida… Bueno, en un par de días, eso no cuenta… blablablablabla…

—Hermano… Ayúdame, te lo ruego. No soy capaz de aclararme… ¡Estoy harto!—se quejaba a Azer el influyente Dokú.

Y es que el hermano de la chiquilla bizca ni siquiera tuvo tiempo de tomar su té… El hermano de la chiquilla (con ella debería haberse

casado nuestro mocoso) fue llamado a las filas de Basáyev para guerrear un par de años contra los rusos. Se fue de inmediato, partió a lomos de la yegua de su padre… El hermano no habría mentido… Un joven honesto… Aunque por el camino, excitado por la guerra que le esperaba y un poco alelado por la mierda que fumó, comenzó a disparar. ¡Pobre *tsjani* bobo! Y antes de partir mató sin querer a su primo. O sea, al dueño del chivo robado anteriormente… blablablablabla… La manta vieja… El pato… El chivo… Los cuernos aserrados… *Tsjani*… Otra manta… blablablablabla… ¿Cómo que no se entiende? Su tío Avsur sufría: ¿quién lo mató? ¿Quién le pegó el tiro al primo? Tío Avsur siempre está alerta. Cuando le explicaron que *uno de los nuestros* mató a *otro de los nuestros* tío Avsur se llevó un gran disgusto. Iba como perdido… Y ahora qué, sangre por sangre, qué pasa con eso, así no puede quedar… ¿O tal vez ya se arregló, mataron a alguien más? ¿No? En tal caso, ¿por qué no matamos al lesguín que contratamos como pastor? ¿No dicen que le vieron por ahí con una manta vieja? ¿Y qué que sea otra manta vieja? Es un hecho al que agarrarse. Esto es importante: la manta desapareció antes que el chivo.

Capítulo XV

POR el asunto del cuerpo de Ahmed el Montañés me enviaron otra vez, cómo no, a los ancianos. Se pusieron a lloriquear… ¡Sá-ashik! ¡Sá-ashik! ¡Si es un pa-ariente! Entrega-ar a la tierra. ¿Para qué convertirlo en un helado, Sá-ashik?

Están dispuestos a entregar el cadáver congelado a cambio de dinero. Pero no es nada fácil encontrar a Ahmed el Montañés. Nuestras cadenas de televisión finalmente no lo pasaron por las pantallas. La explicación más probable es que las balas del chalado Alik Evski hicieran irreconocible la cara de Ahmed, o sea, inexistente. Las balas saben de estas cosas.

Pero es un encargo como cualquier otro.

He llamado a las cámaras frigoríficas. Ahmed el Montañés, es decir, Ahmed Udígov, para suerte mía no figuraba en la lista de señores de la guerra famosos… No obstante, el funcionario de los congeladores insistía en que se arriesgaría mucho entregando el cuerpo. ¿Y si ello daba pie al culto, los disparos y sacrificios en la tumba de ese tal Ahmed? Llantos e injurias… Algaradas populares. No vamos a fomentar una rebelión por pequeña que sea, ¿o sí?: me miraba de hito en hito el funcionario con descaro.

Yo, por supuesto, aseguraba que Ahmed no era tan malo, que en ocasiones hasta se había mostrado piadoso. Incluso generoso. (Después del combate). Y que en términos generales Ahmed era una figura de poco peso aunque los chechenos de la zona a veces le llamaran coronel. ¡Sí, sí, le tenían por coronel! Contra convoyes pequeños cualquiera es coronel. Para un par de valles y tres o cuatro montañas era sin duda un coronel. (Un rango de andar por casa).

Ya al día siguiente, después de informarse en relación conmigo, el mismo funcionario se rajó y llamó: ellos, la gente del

congelador, los *heladeros*, necesitaban desesperadamente fuel, cualquier combustible para la calefacción. Incluso les había sentado mal, por así decirlo, les había herido que el mayor Zhilin no lo adivinara por sí mismo. El mayor Zhilin habría podido darse cuenta.

—Vale, vale, entendido… ¿Qué hay de nuestro amigo Ahmed?

—Te lo entregaremos. —La respuesta fue breve—. Pero lo buscarás tú.

Le encontraré. Me han dado algunas señas personales… Con el tatuaje en el hombro izquierdo yace por allí Ahmed el Montañés, envuelto en el frío eterno. Se aburre… Por alguna extraña razón su tatuaje resulta invisible para los funcionarios del congelador, no lo ven. (En realidad, no ven nada. Excepto el día de la paga). Búscalo, mayor… Pásalo bien, mayor, revolviendo esos fiambres arrecidos. Esos *despojos.*

Los ancianos chechenos me lo advirtieron como diez veces:

—De buena fe, Aleksandr Serguéievich… Lealmente.

—¿He procedido alguna vez de mala fe?

—Ha de ser muy-muy-muy lealmente… El hijo vendrá a recibir el cuerpo de Ahmed. Se daría cuenta.

Me entra frío sólo de pensar en la de muertos que tendré que tirarme a la cara en aquellas neveras hasta dar con el interfecto. Porque está claro que aquí no valen parecidos razonables. El hijo recibirá el cuerpo. El hijo lo reconocerá sin fijarse en el tatuaje: verá si es su padre o no. Estará a mi lado mirando… No obstante, hay que cachear de antemano al mozo, y con esmero. Por si acaso. Que no lleve ninguna pipa encima… Mirar hasta en las botas.

Era Ahmed a secas cuando decidió que mataría a un ruso. O dos con un poco de suerte. Y acto seguido se iría a las montañas. Conocía una aldea lejana. Y nadie le podría tildar de cobarde. Se ocultaría en las montañas y propagaría el rumor de que le habían matado. Se perdería… Tiraría el pasaporte. Para qué diablos necesita uno el pasaporte en las montañas.

Reflexionaba parado en medio de la carretera. Su alma se serenó. Manoseaba el gorro y se sonaba la nariz… En aquel momento no podía ni imaginarse que en menos de medio año de guerra tendría su propio nombre de combate. Que aquel primer paso iba a ser el despegue de un águila. Que sería Ahmed el Montañés… Y ahora que ha acabado

acribillado por un tal soldado Evski y yace, tieso, en uno de nuestros congeladores, resulta que Ahmed el Montañés goza de más fama que nunca… Una fama entre dos valles y tres- cuatro montañas.

Desparramando las balas precipitadas, ciegas, Álik habrá hecho pedazos su cráneo. Seguro que sí… Pero le encontraré… Y los chechenos pagarán. Y a estos perezosos, los hombrecillos del congelador, les aprovisionaré de fuel y gasoil. Al fin y al cabo los heladeros son un tipo de gandul bastante majo. Apenas darán golpe, pero están atrapados en un frío constante. Mucho frío. Todo el tiempo. Cuando entras a verlos desde el calor exterior, el habitual calor del Cáucaso, enseguida salen corriendo a saludarte. Y, claro, a darte un abrazo.

Te achuchan sin falta. Tres abrazos como mínimo… ¡Cuántos más, mejor! La pandilla de frioleros al completo. Te abraza uno y detrás ya viene otro… No, no, son chicos normales. Pero son vampiros térmicos. Te quitan, absorben tu calor. No puede ser de otra manera: están aquí congelados, pasando frío, y entras tú calentito. Horneado por el día veraniego. ¡Radiante! Pero quien mejor les cae es el capitán Pashkin, uno del Estado Mayor que hace seguimiento de los fiambres importantes. Regordete, rebosante de calor cual una estufa… Literalmente se le lanzan encima. Abriendo los brazos ya de lejos. ¡Unos auténticos vampiros!

Tan pronto como el capitán Pashkin llegaba secándose el sudor caliente del pescuezo… se ponían en la cola. ¡Para darle un abrazo! ¡Si es que hasta se le colgaban del cuello! Se le restregaban como por descuido… Pashkin salía irreconocible. Lo he visto. Lo he visto y lo he oído. Castañeteándole los dientes. Azulado por el frío.

A la muerte de Ahmed Udígov, alias Ahmed el Montañés, los chechenos respondieron con la muerte del general Bazánov. En su radiofrecuencia murmuraron que los malditos federales pagarían como poco *rango por rango*. Con un *general* pagaron por el *coronel. Que de hoy en adelante será así. Que lo sepan…*

No podía creerlo… ¡Lo oía y no lo comprendía! ¿Había al menos un checheno que sacara algún provecho de la muerte de Bazánov? Ninguno.

Si hubiera sido por una bala casual, vale, pero ¡no, fue a cosa hecha! ¿Por qué él? ¿Cómo le pudo pasar algo así a un tipo tan inocuo, que apenas salía de sus libros? Ruslán-Róslik aportó finalmente el dato: le

habían *entregado.*

Inverosímil. Entregar a cualquiera de los tuyos se considera en el ejército la peor vileza. Ocurría a veces que alguien (vete a saber quién) se las organizaba para filtrar a los chechenos la inminente salida de un convoy. En ocasiones ocurría que a los chavales les hacían una mala jugada, o sea, entregaban los soldados novicios a los chechis, yéndose de la lengua en relación con su primera ruta… Pero nunca a una persona concreta… En todo mi tiempo aquí, que no es poco, sólo han entregado (bueno, quisieron entregarlo pero, como se dice, *no lo lograron del todo*…) al coronel Sústsov, que había quemado dos aldeas chechenas. Este había recorrido las aldeas en unas batidas tan feroces que su nombre y su saña quedaron en las canciones montañesas. Valiente, pero extremadamente violento, despiadado, Sústsov fusilaba indiscriminadamente. A la mínima sospecha. Incluso a los campesinos que iban camino del mercado de Grozni… En la canción se subrayaba también lo lujurioso (justo después de las batidas) que era el descanso del malvado. Un descanso especial. ¡Sauna! Con cerveza y vírgenes (¡folclore!)…

Decían los rumores que los ancianos estuvieron reuniendo el dinero para comprar su muerte durante medio año. Pero no llegaron a tiempo… A Sústsov le despacharon en un ajuste de cuentas criminal. Lejos de los ancianos y sus sueños de venganza.

¡Se habló y mucho de aquellos ancianos! (Y hasta se cantaba en aquella canción larga y melancólica en que estigmatizaban a Sústsov). Los viejos apartaban casi la mitad de sus pensiones. ¡Cada uno! Envueltos en trapitos blancos traían sus billetes modestos. El color blanco es el color de la venganza sagrada. La mano trémula y sarmentosa del viejo extraía el paquetito del recóndito escondrijo en sus pantalones… De debajo del escroto, el lugar más seguro. Directo del repliegue de la bragueta olorosa… Y la misma mano temblorosa del viejo depositaba su paquete blanco en una mesa donde había un retrato de Sústsov. Con su mirada furiosa… Una foto pequeña. Como la palma de la mano.

Lo de Sústsov estaba claro. Pero ¿para qué entregar al buenazo y charlatán de Bazánov? ¡Al amante de los libros! Un enamorado de la historia de los pueblos montañeses. ¿Qué sentido tenía su muerte? ¡Si el general Bazánov inventaba fragmentos de su historia, siempre fue a su favor!

¿Qué daño hacía? Si había lagunas o grandes vacíos que llenar…, si la historia se quedaba corta aquí o allá…, ¿por qué no conjeturar, por

qué incluso no añadir una página gloriosa? Una leyenda con ligero sabor a sangre… Con cierto regusto épico… ¿A quién molestaba el cuentista? El vejestorio disfrutaba leyendo sus librejos y libracos. ¡Con qué gustazo chasqueaba la lengua pasando las páginas!

A las bromitas de Gusártsev sobre si el general Bazánov pecaba de exceso de bondad y alegría para una guerra…, para esta guerra montañesa taimada y feroz…, el general sólo se encogía de hombros:

—¡Mi querido Kolia! ¡Un viejo lúgubre empalaga a los chechenos mucho más que un viejo alegre y charlatán!

Qué pena. ¡El vejestorio simpático pagó el pato *sin más ni más*!, resumió Róslik-Ruslán. Tampoco entendía esta muerte… Róslik traía dos veces al día las noticias sobre la absurda muerte del general. Absurda para mí, absurda para Róslik, pero coherente con la guerra.

Para entonces Róslik insinuaba en todas partes (a los chechenos y a los no-chechenos) que, después de la muerte del mayor Gusártsev, él, Róslik, seguro que sería mi amigo. El amigo de Sáshik. Lo sería entre hoy y mañana. Igualito que el jefe de obras Ruslán.

Al general Bazánov le tendieron la trampa cuando, privado de Gusártsev, fue a visitar en persona una unidad militar. Para ver el qué y el cómo… No fue lejos. ¡Al contrario, fue cerquísima! Por una carretera bastante tranquila, aunque justamente casi siempre es ahí donde te *entregan*… En las carreteras tranquilas, predecibles. Donde más fácil resulta ejecutar el guion… El asesinato por encargo. Hubo un general y ya no lo hay.

Qué pena es una expresión poco acertada, inoportuna en relación con el general Bazánov. Cuando hablan de un bravucón, entonces sí: da pena… ¡Las mariquitas no saben alzar el vuelo! Por alguna razón estuve pensando sin parar en sus libros. No podía deshacerme de la imagen de su librería al lado del mapa de Chechenia sujetado con chinchetas… La estantería pintada de color marrón. De fabricación casera. Se la habría montado el alférez Guesha… Los libros se apretujaban… ¿Cómo estarán? ¿Qué será de ellos? No sé por qué me dolía más pensar en los libros. Los libros *daban pena.*

No creo que al general le entregaran a cambio de mucho dinero. El nombre del general Bazánov no era especialmente conocido, a diferencia de los combatientes de verdad… Róslik no ha tardado en confirmármelo: los chechis necesitaban a Bazánov para el informe de otoño. Para que saltara a la vista en las primeras líneas… ¡Un general!

¡Han despachado a un general! ¡Bravo muchachos, buen trabajo, nada menos que un general!

Aquellos días el general Bazánov esperaba la visita de su joven esposa. Estaba de buen humor. El viejo alzaba el gallo. Tomaba unas copas antes de acostarse.

Poco antes de su muerte me llamó para invitarme a su casa:

—Prepárese para venir a cenar un día de éstos, Sasha… Viene mi mujer. Ya la conoce. No me diga que no le apetece otra velada con mi guapetona. ¡A ella también le agradará volver a verle! ¡No nos falle!

Ella no vino. Aunque quería… Pero le insinuaron, primero con los circunloquios propios del Estado Mayor, después ya de modo más claro, que no había nadie a quien enterrar. Mejor dicho, nada por enterrar. Titubeando, la joven viuda preguntó… Bueno… Eso… Algo, no sé, ¿la visera? ¿La guerrera? Pero le contestaron que tampoco quedaban restos de la guerrera… O sea, nada de nada.

La hora y la carretera fueron pertinentemente indicadas. La hora en que partió el general y la dirección que tomó. (Róslik trajo los detalles).

La entrega es un acto bipartito. La voz de la parte federal (un tanto sorprendida) incluso resolló al cerrar el trato: «¿Para qué lo quieren? Es un don nadie. No significa nada». No obstante, el insignificante Bazánov era justo lo que necesitaban los chechis. A mitad del verano los chechis no querían una riña muy seria con los federales. No querían los histéricos bombardeos totales en respuesta.

El checheno, sin duda, tenía en la cabeza el factor buen tiempo. En verano desde el aire las cosas terrestres se ven como la palma de la mano. ¡Demasiada transparencia! ¡Visibilidad absoluta! Ya fueran los SU, ya los helicópteros, cualquiera bombardearía a gusto. ¡Cuando les diera la gana! Por tanto los chechis al cerrar el trato se mostraron del todo conscientes: «¡Que sí, que ya lo sabemos! ¡Es un cero a la izquierda! Pero ¡es lo que necesitamos!».

«¿Exactamente b?».

«Exactamente».

«Vale. Vale… ¡Me has convencido!».

«Lo queremos sólo para el informe. Para filmar cómo vuela por los aires. Junto con su coche… En una carretera conocida… Un general, eso es lo importante, no él, sino que sea un general».

Róslik contó que los chechis calcularon mal el explosivo. La explosión resultó demasiado fuerte… El general Bazánov y su cuatro

por cuatro volaron por los aires según lo previsto pero regresaron al suelo en peores condiciones que las deseadas. En grumos demasiado diminutos… ¡Hechos polvo! Hasta el coche escolta fue lanzado al aire y dio una voltereta.

Junto con Bazánov en el vehículo iban dos hombres: un escribiente del Estado Mayor al volante y un soldado en el asiento trasero. El escribiente murió en el acto, el soldado resultó herido de gravedad… Los chechis, que eran tres, se lanzaron desde su escondite a la carretera para rematar al soldado, pero entonces un BMR nuestro que se había quedado en la zaga… apareció… Les dio el pasaporte a los chechis allí mismo, en la carretera. Un tramo plano, sin un solo arbusto… Cada uno por su lado, pero bien a la vista, como en una bandeja.

El escribiente seguro que estaba encantado de hacerle de chófer a Bazánov, de haberse librado ni que fuera por unas horas de su mesa en el Estado Mayor. Del papeleo. Del ordenador. De la rutina. Yo le conocía. Un chaval la mar de majo, simpaticote. Me parecía estar viéndole. Joven… Sonriente… ¡La guerra es una cosa alegre! A veces.

Y otras te deja bien jodido. Así estaba yo, caviloso y afligido. Qué poca cosa somos. Pobre Bazánov, le llamaban don nadie y ya no es nada. Sólo polvo. No queda ni la hebilla del cinturón, ni la visera… Se fue al espacio. Tomé una copa en memoria del general. No me hizo ningún efecto… Fumé hierba. Tampoco resultó beneficioso. La falta de costumbre. Vomité dos veces… Eché todo lo que había comido. Amanecí vacío, sin nada dentro. Pero el tarro me dolía una barbaridad. El cogote como hueco, resonante.

Kramarenko me sacó temprano de la cama… ¡Traían el gasoil! Había que contar los barriles… Los proveedores, si no los vigilas, siempre te hacen alguna. A poco que te descuides retienen, te escamotean uno o dos barriles. Para venderlos a la vuelta. A los nuestros, a los chechis. Les da lo mismo.

He recibido la lista de suministros y tenía prisa por largarme. Pero por casualidad he pasado delante de su despacho. BAZÁNOV… La puerta no está sellada. No había guardias. El general seguía sin importarle a nadie. Como cuando vivía.

He empujado la puerta: se ha abierto. En el despacho todo estaba igual. Las estanterías repletas de libros… Los únicos bienes del difunto. Muy pronto los tirarán. Está más claro que el agua.

El general-nadie, el general-camuflaje, Bazánov bien que mal

ayudaba a preparar las partes introductorias de los informes. Aquellos párrafos sobre los pueblos montañeses… Sobre las costumbres… Sobre las divinidades casi olvidadas. Que había que respetar pese a la guerra… Toda aquella palabrería rimbombante.

Encima de la mesa un jarrón con agua… ¡Fíjate! ¡Y su vaso! A Bazánov le gustaba ir dando sorbitos mientras leía.

Y aquí está el comunicador portátil. Parado por su mano en aquella frecuencia. Nada más tocar el interruptor en el silencio del despacho han comenzado a sonar las señales conocidas: «Asán ansía sangre… Asán ansía sangre… Asán ansía sangre… y así sin fin.

He apagado el chisme y lo he amenazado absurdamente con el dedo. Le he dicho a su mohoso Asán:

—Ya basta de sangre, querido. Ya vas más que servido. ¡Basta ya!

Así cada uno velaba por el otro, el inoperante general Bazánov y el osado Kolia Gusártsev. Sin ceremonias… La simple ayuda recíproca entre soldados, sin acuerdos ni cuentas que saldar.

Yo siempre había creído que el general Bazánov (sin saberlo) le cubría las espaldas a Kolia Gusártsev (y de paso a mí también…, a veces). En nuestros negocios, digo. Pero ahora lo he visto todo desde otro ángulo. Era Gusártsev quien, hasta que cayó del modo más tonto, protegía a Bazánov… Justo era reconocerlo… Con Gusártsev Bazánov era intocable, jamás se habrían atrevido a entregarle. ¡No le habrían tendido la trampa! ¡El olfato del mayor era increíble! Pese a la de veces que se precipitaba, a los errores o los riesgos de su impetuoso día a día. La de veces que le había visto paseando por el filo…

Bazánov se habría salvado si Gusártsev hubiera estado a su lado. Si Gusártsev hubiera estado vivo.

Gusártsev no estuvo a su lado. Pero estaba vivo.

¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo? ¿Cómo puede ser? ¿Estás seguro? ¡Júramelo! Le gritaba, incrédulo, al cliente que me lo acababa de comunicar. Había venido a pedirme que le aplazara el pago de una deuda de fuel y de pronto, entre una cosa y otra, me salió con eso. Que sí, que el mayor Gusártsev está con una herida grave en uno de los mejores hospitales. Tuvo suerte de que le aceptaran allí… Discretamente.

Sin dar voces. En una habitación individual. El mayor Gusártsev se cura de su herida y no desmiente el rumor sobre su muerte.

El cliente, nervioso, se apoyaba en un pie y luego en el otro. Con

mucho tiento sondeaba mi mirada. Sabía que no le perdonaría la deuda. Pero esperaba que por una noticia como ésta le concediera otra prórroga… El corazón me iba a mil. No sabía cómo contenerme. ¡Kolia! ¡Kolia! ¡Lejos de aquí pero vivo! ¡Herido de gravedad pero vivo! Yo también de repente comencé a cambiar de pie (no parado, sino sobre la marcha, mientras pasaba junto con el deudor por delante de mis naves) … Me tropecé, claro. Y casi me pongo a bailar. Pero enseguida, cómo no, quise cerciorarme. ¿Era una información fiable? ¿De veras era verdad?

Sí, era verdad, me confirmó el deudor. Kolia Gusártsev, nuestro bravo oficial, está vivo y se encuentra en una habitación para él solo. ¡Entre bandejas de fruta! ¡Con los mejores cuidados médicos! Aunque de riguroso incógnito… Pero… ¿cómo se salvó en Mókroie? ¿Cómo llegó al hospital? Nada, no me diría nada más. Bajo ningún concepto. Y además me suplicaba que lo mantuviese en secreto… Que no buscara al mayor Gusártsev, que ni siquiera lo nombrase. Y que por favor desistiera de sonsacarle más detalles, que ya me había dicho mucho.

Pero unos días más tarde, aprovechando su dependencia (de mí y de mis almacenes… ¡el gasoil, el gasoil!), volví a sacar el tema, insistí… Me agarré a él como una garrapata… Fui yo quien fue a verle. Quería saber. Le preguntaría sin mencionar el apellido, sin pronunciarlo en voz alta… ¡Se trataba de Gusártsev! ¡Del querido Kolia! Además, su resurrección cambiaba drásticamente la culpa y el destino del pobre Álik. ¡Cambiaba las perspectivas vitales de mis chalados! ¡Qué alegría! Sí, sí, me mantendré callado… Me tragaré la lengua… Pero debo saber… ¿Por qué se oculta el mayor Gusártsev?

Se supo que Kolia salió del lance y sobrevivió sólo gracias a sí mismo. El mayor Gusártsev arrebató un trozo de vida a la muerte, la reconquistó arduamente. ¡De momento sólo un trozo! No más… Porque unos chechis (parientes lejanos de Ahmed) pretendían cazarlo. Serían sólo dos o tres guerrilleros, pero de los peligrosos. Y estaban convencidos de que el mayor federal Gusártsev había tendido la trampa a su comandante… Que había timado al gran Ahmed… Como si fuera un imbécil cualquiera. El muy vil disparó primero, a traición, y Ahmed el Montañés, probablemente, replicó. Pero él le metió más balas a Ahmed que Ahmed a él. Por eso el gran Ahmed el Montañés estaba muerto, asesinado, y el vil mayor tan sólo herido.

A Ahmed el Montañés se lo cargaron no en el combate sino durante una transacción. Eso no se le perdona a nadie, y menos todavía a los federales… El hospital en Mozdok donde está Gusártsev y donde fue

operado por una eminencia moscovita estaba bajo vigilancia chechena… Vigilancia visual y auditiva. Así que Gusártsev se portó con la máxima cautela. Por la cuenta que le traía, obviamente. De haberle sido posible, seguro que Kolia me habría llamado… Pero tenía que permanecer oculto, sin dar señales de vida.

Entre los nuestros nadie se interesó en averiguar por qué razón Gusártsev se encontraba tan cerca de aquel combate… ¡Para qué hurgar en eso! Todos sabían de la masacre en el desfiladero de Mókroie. ¡Y tanto que sí!

«Cómo iba a dejarlo de lado. ¡Cómo podía dejar desatendido a un oficial con un apellido tan sonoro!», exclamaba la celebridad moscovita, el cirujano visitante. (Justo cinco días duró su gira por la «remota» Chechenia).

De modo que a Kolia le tocó el gordo con su apellido. Hay quien le saca un rédito bárbaro a cualquier cosa, incluidos sus antepasados, cuando nadie, ni el propio interesado, se lo espera. Así resucitó Gusártsev. No en vano dicen los chechenos que *gallardo* significa 'afortunado'.

Hirió accidentalmente en vez de *mató accidentalmente*. Cómo cambia, ¿eh? Ellos, sin embargo, Oleg y Álik, recibieron la noticia con demasiada tranquilidad… Yo, ni corto ni perezoso, les expuse los hechos una vez más. Aquel dinero, aquel sucio, gordo fajo de billetes, era una deuda del señor de la guerra Ahmed. Una deuda. Por unas viejas y en su mayoría amortizadas botas… Un simple negocio.

Que los chechis aguarden al convoy y lo liquiden es un tema y que citen por teléfono al mayor Gusártsev para pagarle la deuda es otro. Es la verdad de esta guerra.

—Cientos de veces lo he visto, chavales… No hay normas en esta guerra… No hay reglas. Salvo una. La única que importa: paga lo que debes.

El chechi pagaba su deuda, Álik se asustó y le mató. De paso hirió sin querer al mayor Gusártsev.

—Hirió involuntariamente… No es mató involuntariamente. ¿Te das cuenta, Álik? ¿Captas la diferencia?

No decían nada. Los dos me miraban sin saber a qué carta quedarse… Como a un ilusionista que juega con la realidad, que la cambia a su antojo y conveniencia en un pispás… O tal vez me miraban como a un mentiroso, como a un embustero refinado que les tomaba por bobos.

—Álik—le dije—. No seas cretino. No estás tan sonado… No puede ser que no lo comprendas. ¿Cómo es que aún no has roto a llorar? ¡La diferencia es colosal! Sí, sí, Álik, por esta diferencia deberías estar llorando y berreando como un crío, tendrías que tener la cara llena de lágrimas, deberías… Yo qué sé… ¡Chillar! ¡Aullar! ¡Saltar de alegría! ¡Eres joven, coño, tienes toda la vida por delante!

Lo comprendió. Estoy seguro de que lo comprendió. Pero, escamado, guardaba silencio… No podía creerlo. Simplemente no se lo creía. Sólo se llevó las manos a la cabeza. Se apretaba las sienes. Y agachando la mirada observaba las tablas sucias del suelo.

Oleg por un instante se volvió incongruente. Se levantó de golpe, de un salto… Se irguió y con voz de sargento chusquero gritó una chorrada incomprensible:

—¡Fue afecto, camarada mayor! ¡Fue el afecto checheno!

Ese día y todo el día siguiente, sin bajar la guardia ni un momento, los dos fueron absorbiendo gota a gota la feliz noticia. No mató sino hirió… No acababan de asimilarlo, de integrarlo. Como si mis palabras se diluyeran sin efecto.

—¿Qué, chavales?—les pregunté ya de noche, al pasar por su nave tras liquidar los asuntos de la larga jornada.

No me contestaron.

Pero luego, como por cortesía (aunque de hecho más bien acuciado por la incredulidad y el recelo), Oleg me preguntó cómo el mayor Gusártsev, no asesinado, sino herido, caído allí, en Mókroie… Que cayó en el acto después de aquella ráfaga involuntaria de la metralleta (los dos lo habían visto bien)… Que cayó, como se dice, a plomo, encima del checheno muerto… Cómo pudo… Cómo salió de allí…

No lo creían posible.

Pero yo tampoco sabía en concreto cómo se salvó. Así pues, consciente de la importancia del momento y agarrando por los pelos la ocasión, sin esperar otra más propicia, allí mismo, en mi piso-despacho y en presencia de los chavales, marqué enseguida el número del deudor del fuel. Exigí los detalles. El pobre tipo se resistió con cierta terquedad, no podía decir nada más, se había comprometido… Yo le apreté las tuercas, no le di opción… Por fin cedió, sin mencionar, por supuesto, el apellido resucitado. (Su voz azotada nos llegaba a todos desde el auricular. Con la intensidad del zumbido de un mosquito, pero nos llegaba).

El hecho de que los chavales lo oyeran fue, creo, la terapia más directa. Yo les repetía, agudizaba, doblaba, reforzaba el zumbido del mosquito. Como si lo oyeran mal. Palabra por palabra… ¡Les estaba curando!

Así que las tímidas revelaciones del deudor (junto con el eco), aunque de rebote, llegaban… A sus oídos jóvenes, receptivos y finos. ¡Nada más convincente!

—Pero si nuestro mayor (Gusártsev) cayó abatido por las balas, ¿qué le pasó luego?

Yo mascaba la pregunta y acto seguido remachaba:

—¿Quién? ¿Quién le ayudó?

Pues nadie. El abatido se levantó. Al cabo de un rato… A los chechis no les alarmaron los disparos de Alik. Estaban ocupados, buscaban a los federales heridos entre los arbustos… Los sacaban de allí para rematarlos… Pero ¡lo definitivo fue la ametralladora! Justo en ese momento comenzó el exterminio de los chechis por el cegado Mujin. (El último combate del Gilipollas).

¡Los pilló tan desprevenidos que echaron a correr sin ton ni son! Corrían, saltaban de aquí para allá. Se escabullían entre los hierbajos… Se agazapaban como podían.. ¡Si lo hubieran hecho en silencio! ¡Si hubiesen evitado los gritos! ¡Si hubieran callado las bocas al menos la mitad de los chechis se habría salvado! Mujin se había quedado sin ojos, pero su joven oído funcionó como un radar.

—Al mayor—se escuchaba la voz de mosquito de mi deudor—le alcanzaron dos balas… Tal vez chechenas, tal vez las de Mujin. ¡Ya no hay forma de saberlo! Eso dijeron en el hospital. Una bala por suerte sólo le desgarró la oreja. La otra se incrustó en el hombro… Durante aquel tiroteo alocado casualmente mataron también a Ahmed el Montañés.

O sea, que en el hospital desconocían el hecho de que en ambos casos las balas habían salido de la metralleta de Álik, y, por tanto, también lo desconocía mi deudor.

Pero, en cambio, sí que sabía lo que pasó después: el mayor abatido (Gusártsev) al cabo de un rato… recuperó la conciencia… Habría pasado se supone que una media hora… Levantó la cabeza. Aunque a duras penas, logró moverse. A rastras, a cuatro patas, como fuera, tardó por lo menos otra media hora en llegar a su coche.

—Bueno, igual más, igual tardó una hora—dijo la voz de mosquito por teléfono.

—¿*Y* los soldados que acompañaban al mayor?—pregunté sin mencionar los nombres de Oleg y Álik.

¡Bueno! Al ver que el mayor estaba muerto los dos soldados corrieron al bosque… Los dos se lanzaron hacia los arbustos. Porque los chechis estaban allí mismo. Vendrían enseguida. Los soldados huyeron hacia el bosque, ni siquiera utilizaron el coche del mayor… Tal vez no sabían conducir.

En cambio el mayor (Gusártsev), pese a la bala clavada en el hombro, se espabiló, sacó fuerzas de flaqueza y alcanzó (tal vez una hora más tarde) el coche, subió a él con muchas dificultades, ¡sin ayuda!, arrancó, se fue y contra viento y marea llegó al puesto de control conduciendo con una sola mano. ¡Imagínatelo, Aleksandr Serguéievich! ¡Qué fuerte! Al mayor se le iba la cabeza… Notaba que perdía el conocimiento… Y estuvo a punto… Varias veces… Iba grogui, en plan piloto automático. Pero no cayó a la zanja… Llegaba a frenar a tiempo. Tuvo mucha suerte… Y no sólo eso. ¡El mayor luchaba por su vida!

En el puesto del control, el mayor desconectó… Le sacaron del coche tres o cuatro soldados. Temían que se rompiera de puro rígido. Hecho un cuatro en el asiento, los brazos cruzados sobre el pecho. Y con la boca abierta… Los soldados se apeaban de los BMR y se paraban a mirar.

Los que pasaban por delante gritaban, aconsejaban cómo extraer del coche el cuerpo yerto… Esto explica el rumor acerca de su muerte. Hubo, pues, bastante gente que vio cómo le sacaban, tieso como un cadáver, del todoterreno. Los curiosos dieron por sentado que ya no había nada que hacer. Concluyeron que el listillo del mayor se la estaba buscando y la encontró. Y que el próximo ascenso, la estrellita en sus hombreras, ya le vendría directamente del cielo. Allá arriba van sobrados de estrellas.

Hirió involuntariamente en vez de *mató involuntariamente* por fin hizo efecto. Aunque el efecto fue más bien pálido… Por decir algo, no vi, por ejemplo, que el tic facial de Álik se agravara. Ni tampoco que la lágrima de su ojo izquierdo fluyera con más fuerza.

Dándole vueltas para sus adentros, el soldado Evski incluso intentó pronunciarlo en voz alta. Se animaba con los sonidos. Con las palabras… Pero no lograba romper el cerco del sentimiento de

culpabilidad. Tartamudeando un poco me volvió a preguntar:

—¿Herí al of-ficial?

—Así es, sólo lo heriste.

Y, sin embargo, seguía mal, agobiado.

En cambio, cuando al día siguiente por la mañana, con las prisas que llevaba para llegar a tiempo a las negociaciones sobre el reparto del queroseno de aviación, me asomé un momento por su nave, Oleg me dijo que Álik estaba mejor… Que estaba bien… Que la noche anterior, al parecer, se la pasó llorando.

Qué gran noticia, vamos, perfecta. La mejor que podía darme. ¡Estupendo! Se relajó y lloró. ¡Bien hecho! Le di a Álik unas palmaditas en el hombro: todo va como una seda, chavales.

Los dos, sentados frente a frente en la mesa, rellenaban los formularios.

—T-tengo mucho t-trabajo—dijo Álik interrumpiéndose por un instante. Y volvió a inclinarse sobre los papeles.

No soy médico. Pero consideré a que a su sentido de culpabilidad el mismo Alik debería oponer algo. Por ejemplo, su infancia… Alguna vez, no sabría decir dónde, había oído yo hablar de la capacidad curativa de los recuerdos infantiles.

—Tú, Álik, piensa un poco antes de coger el sueño. Piensa en algo pasado.

—¿En qué?

—No sé… En tu infancia.

Nada más pillar hacia dónde le pretendía llevar, el soldado Evski negó con la cabeza… La infancia no… La infancia no le ayudaba.

Dijo que toda esa ternura se había ido, se cayó al pozo los primeros días de la guerra… Al soldado Evski ya no le emocionaba la infancia. Ni por cinco minutos le apetecía al soldado Evski el regreso a la infancia. La infancia era frágil. La infancia era una mariposa. Se deshacía entre los dedos por sí sola… Como el barro… Que no hace más que manchar los dedos.

Habría visitado a Kolia Gusártsev en el hospital de Mozdok para ayudarle en lo que fuera. Soy el hombre del combustible. Tengo mi poder en esta guerra. Pero llegué tarde.

Kolia, sin perder tiempo, se las apañó para trasladarse con su herida a cuestas a un lejano hospital en las cercanías de Moscú. Sus superiores del Estado Mayor no tuvieron nada en contra… Casi a coro le dijeron al

mayor herido que sí a todo: *sí…, sí…, sí…* Cuando saben lo que quieren lo resuelven deprisa. Gusártsev partió, pues, en tren o en avión: no se sabe… Así que desapareció a tiempo. Kolia simplemente se escapó de los chechis que querían vengarse de él. De aquel canalla de mayor federal que (estaban convencidos) se la jugó a su comandante. Que lo mató y se fue con su dinero. Por lo tanto mi visita apresurada a Mozdok fue en vano.

Kolia tomó la decisión correcta. Alrededor del hospital merodeaban chechis sospechosos, vigilantes… Hasta yo me percaté… ¡Antes de que se dieran cuenta el pájaro había volado! En fin, seguro que pese a su rencorosa memoria los chechenos pronto olvidarían al escabullido mayor Gusártsev. ¡Muy pronto! ¡A pesar de su apellido gallardo! La guerra es como un pantano. Todo se va al fondo.

Aquí todo se va al fondo por sí mismo, se consume y se olvida. El único afligido inconsolable por la partida secreta de Kolia habría sido Bazánov. El bonachón y charlatán general-lector que se aburría en esta guerra habría perdido al compañero de tertulias. El general, por supuesto, habría ido al aeropuerto, habría corrido a despedirse del mayor. Luego, por la noche, habría ahogado su congoja en brandy… Pero el general Bazánov ya no existía.

Gusártsev, de no haberle pisado los talones la venganza de los chechis, habría venido, habría vuelto a mis almacenes pese a su herida apenas cerrada. Sin falta lo habría hecho… O me habría invitado al hospital… Me habría contado que, bueno, el negocio se fue a pique por pura mala suerte, que en la cita con Ahmed le alcanzó una bala perdida (no sabía que fue Álik quien disparó, estaba de espaldas a los chicos…). Y que obviamente se quedó sin la pasta… Pero ¡en general la cosa fue más que segura, no tenía por qué ir mal, pudo haber funcionado! ¡Un camión lleno a rebosar de botas! Estabas en lo cierto, Sasha, no tengo suerte en el negocio propio. ¡A ti, Sasha, sí que te mima la fortuna! Pero ¡al menos me he salvado, aunque sea por los pelos!

Casi podía ver cómo conducía Kolia por aquella carretera sinuosa. Sin demasiada cautela… Aunque muy cerca, a juzgar por los disparos farragosos, se desarrollaba un combate. Kolia Gusártsev no tenía ni la más remota idea de que ahí, en Mókroie, acababa de producirse una emboscada. Pero oía los disparos… ¿Peligro? ¡A quién le importa! Hay que recoger ese dinero.

Girando el volante, gritó a Oleg y Alik:

—¡Tranquilos, chavales! ¡Cobraremos al chechi el dinero e iremos volando a vuestra entrañable unidad militar!

Gusártsev bebía de la petaca. Más que sorber, casi succionaba el vodka… Pero ¡con moderación! El coche traqueteaba… Gusártsev conducía con una mano… ¡La petaca rechinó contra la fuerte dentadura joven! Sonrió. Sus muelas podrían moler la petaca… Podría arrancar de un mordisco el gollete que se resistía a desenroscarse… Ni siquiera se secó la boca. Un chorrito se deslizaba por el mentón. Trató de pillarlo con la lengua. Quieta, culebrilla, dijo al hilillo en fuga… Hubiera pasado el trago a los chavales para animarles, pero era arriesgado… ¡Con los chalados nunca se sabe!

El desfiladero se acaba aquí… Buena idea la de este chechi. ¡No hay nadie! ¡Kolia estaba seguro de que la operación había salido bien! Y el chechi, el señor de la guerra, está aquí, ¡Ahmed el Montañés! Le está esperando… ¡Claro que sí! ¡Las botas le alegraron la vida!

Gusártsev abandonó el coche de un salto… Lo confirmaron los chicos. Pero no me hacía falta la indicación para imaginarme ese gesto elástico suyo, el airoso lanzamiento del cuerpo hacia fuera. Y el andar ralentizado a propósito… Ahmed sentado en el peñasco, las piernas colgando. Claro que Gusártsev oía los disparos. Por eso caminó hacia el checheno en línea recta. (¡Para evitar a los francotiradores! Confianza, la justa. Con su espalda el checheno obstruía el desfiladero, así que a su amparo estaría a buen recaudo. La recia y ancha espalda del señor de la guerra).

Gusártsev se acercó. Dignamente. Con atemperada bravura, sin provocar. ¡Atrevido pero no borracho! ¡Seguramente Kolia estaba admirado de sí mismo en ese momento, convencido de controlar la situación!

Y para la ráfaga de la metralleta del todo inesperada, de Alik aún faltaba un mundo, toda la vida. ¡Faltaba un minuto entero!

Los billetes de cien. Dinero… Entre el federal Kolia y el checheno Ahmed… El fajo a medio camino: entre dos pares de manos… Sólo disponían ya de medio minuto.

Porque Álik ya había fijado la vista en el f-fajo en las manos del checheno. Los punzantes reflejos solares ya pinchaban sus ojos.

Pero justo entonces empezaría Mujin.

Aún a medio minuto…

El quemado soldado Mujin, el vengador del convoy, volvió en sí.

(Este sin rayos ni reflejos ni guiños del sol. Del todo a oscuras). Mujin, cegado, al recobrar el conocimiento pensó que era de noche… Y, atento a la gutural habla enemiga, a tientas apuntaba hacia las voces con su ametralladora.

Otro cuarto de minuto y…

Coronel Grúsdev. Herido… Se encuentra en una aldea lejana. Al parecer, la aldea es daguestana. Cómo ha ido a parar el coronel herido allí no se sabe. Los aldeanos no dejan verlo… Antes quieren el dinero.

El alto mando está de acuerdo en pagar un módico importe. Llegarán a un arreglo. Yo, está claro, en este trato no cobraré nada. Aunque hayan sido mis informadores quienes han localizado al coronel. O sea, aunque lo haya encontrado yo… Los informadores a los que yo he pagado.

Por supuesto, sobreviviré sin esa limosna. ¡Con su pan se lo coman! Pero es sorprendente las ganas que me tienen los del Estado Mayor, con qué fruición se repiten unos a otros: ni un chavo al mayor Zhilin. El mayor Zhilin no deja que se le escape ni una, al mayor Zhilin el dinero ya le sale por las orejas.

Se diría que en el Estado Mayor no hay más que mendigos… ¡Pordioseros!

Estos funcionarios limosneros han decidido alegremente que ya gané bastante, que estoy forrado y que ni un centavo más. Pero (añaden), a cambio, al amigo Zhilin tal vez le caiga una condecoración. Otra cosa no, pero proporcionarte una medallita es para los del Estado Mayor coser y cantar. ¡Qué sí, que sí, mayor! ¿Por qué no? ¡Lo propondremos!

Así mismo, con estas palabras, me lo han prometido: ¡una medallita para el mayor Zhilin! Me descojono… Me río un buen rato… Por lo menos unas diez veces…, diez veces como poco, sin condecoración alguna y del todo gratis, me habré encontrado cara a cara con la Vieja. La he visto muy de cerca… Conque recibir una medalla por una simple conversación con mi informador sería el súmmum… La guerra.

Y, sin embargo, desde el hospital próximo a Moscú llegó la llamada de Kolia. Una de las típicas. De las discretas totales… Nosotros lo llamábamos respirar al teléfono. Lo entendí enseguida. Sin la menor duda.

También callé, me mantuve mudo al teléfono: dijera lo que dijera, le habría perjudicado. Cualquier disimulo, un simple ¡saludos, Kolia!, ¡recupérate!, amén de ingenuo, era peligroso… Seguro que los

chechenos estaban a la escucha… Estaba claro que a mí me seguirían durante unos días. En primer lugar a mí… Todo dios sabe que Gusártsev y yo trabajábamos hombro con hombro.

«Vale, Kolia…», pensé. Gracias por haber llamado. Nos hemos despedido. Forever significa Forever.

Ahmed el Montañés…

¡El hijo! ¡El hijo! Los chechis no paraban de atemorizarme con su hijo. ¡Abrían mucho los ojos! El hijo a quien no le vas a colar un fiambre cualquiera… El hijo que reconocerá enseguida a su padre, Ahmed el Montañés. («No hay forma de tomarle el pelo, no le vas a dar gato por liebre… A la mínima se montará un jaleo, ¡silbarán las balas, Sáshik! ¡Y ya no hablemos del dinero! ¡Te harán devolverlo todo, Sáshik!»).

¡Cuánta palabrería preparatoria! En la realidad este terrible hijo virtual resultó ser un hijito normal y corriente, un mocoso de unos diez años. Un simple chavalín. Revoltoso y de ojos grandes.

Y gimoteaba igual que cualquier mocoso local:

—Dame fumar… Dame pitillo.

Los ojos picaros centelleaban:

—Tío mayor… Tío mayor…

Conseguir vía libre para retirar el cadáver del chechi localmente renombrado no resultó tan complicado. (Envié a los heladeros el fuel). Pero encontrar el cuerpo, por muy renombrado y conocido localmente que hubiera sido su traspasado dueño, no fue una tarea fácil. Ahmed el Montañés había descendido demasiado abajo desde sus montañas… A un gran congelador de la ciudad. Hubo que buscar… a fondo…

Aquí también los habían separado: los federales por un lado, los chechis por otro. Pero había también un gran bloque denominado socarronamente *La amistad de los pueblos*. Los no reconocidos. Yacían juntos, alineados. Entumecidos. O uno encima de otro… Abrazados.

Me tocó apechugar con el frío, patearme las secciones. Pisar con cuidado. Mirando a la vez atentamente las letras torcidas… Pasando las páginas del pesado libraco.

Me ayudó Kramarenko. Yo buscaba y él dirigía la búsqueda por el teléfono móvil. Él ya había trabajado antes con libros de registro chechenos y ahora me consultaba acerca de las letras corredizas. La primera letra es la más saltarina. Es el sonido que el oído ruso capta con dificultad… De un salto, junto con la letra cambiadiza, el cadáver sólo

se traslada al bloque congelador más lejano. Y una vez allí, a alguna estantería de imposible acceso, al rincón más gélido…, de cara a la pared. Por ejemplo, Jasbulátov rara vez estará en la lista de la letra j, le pueden apuntar como Khasbulátov, como Gasbulátov y hasta como Bulátov a secas. ¡Vete a buscar!

Hasta la tarde, casi hasta la puesta de sol estuve allí tiritando… Horas y horas viendo bravucones a decenas… ¿Dónde estaría su fama? ¿Dónde sus banderas y canciones? Ahora lo suyo era aquel frío penetrante. Aunque quien lo sufría era yo… En medio del verano… Y eso que iba preparado. La botella de vodka sirvió de bien poco. La vacié lentamente, a sorbos… Pero no me reconfortó, ni siquiera se me subió a la cabeza. Lástima de medio litro. Como si lo hubiera echado a la nieve.

¡Qué posturas, Dios! La cabeza desencajada. El puño amenazador… El dedo congelado en un gesto ultrajante… Una pierna enroscada alrededor de otra, ¡qué *fouetté*! ¿Qué sentido tenía? O bien la vida se reía de la muerte o bien la muerte se burlaba de las muecas de la vida. Un fiambre hasta guiñaba el ojo. ¡Lo juro! Arrogante y glacial, con los brazos cruzados y la barbilla altiva, sacada hacia delante. Al encender mi linterna la luz le rebotó en un ojo. Un guiño… Como diciendo: vivimos como podemos. La vida continúa. ¡Ánimo, mayor!

El chiquillo llegó acompañado por dos chechis fornidos. Uno, Musá, era un viejo conocido mío (por la parte de Ruslán). Este, por supuesto, vino sin la metralleta: menos mal. Pero seguro que llevaba la pipa escondida. Por nada del mundo la dejaría en el coche, mi Musá no, yo no me lo habría tragado… La cara del otro me sonaba, me resultaba extrañamente familiar. Reconocible. Aunque era esa clase de reconocimiento difuso, fugaz, que no acaba de concretarse… Tal vez se parecía a alguien famoso, con esa jeta, alguien bajo orden de búsqueda y captura. Si del primero estaba seguro que llevaba pistola, de éste más. Taciturno, reservado… Se le notaba tenso, incómodo entre federales… Y cómo no, iba fumado. Pronunciaba muy mal las vocales, las alargaba.

Cuando uno de estos fumados habla arrastrando los sonidos su odio oculto se oculta más profundamente todavía, se va al fondo más oscuro.

Musá en cambio no tocaba la hierba. «Cuando lo tuyo es correr por las montañas con la metralleta, necesitas estar en forma», solía decir. No ocultaba de dónde venía.

El portacadáveres tardó lo suyo en llegar con el cuerpo que localicé y los documentos autorizando la entrega. Tuvo que pasar por dos puntos donde los papeles fueron sellados. El frío de sus *entrañas* es

excelente, de primera, según afirmó, orgulloso, el funcionario Vasili en relación con el vehículo… Era sargento… A veces, decía, metes allí la botella de vodka y en cinco minutos la tienes bien fría. Y empañada de lágrimas. ¡De lágrimas como perlas!

Nada más abrieron la puerta trasera, nada más escucharse el primer chirrido de las bisagras, cuando la puerta aún nos estaba desgarrando los oídos con ese ruido estridente…, el chiquillo se zambulló dentro. Y el conductor y el sargento, los dos a coro:

—¿Adónde vas? ¡La madre que te…!

El chiquillo en menos de tres segundos chillaba desde allí:

—¡Papá! ¡Papá!

En ruso. Luego se asomó por la puerta y hasta con cierta solemnidad gritó en checheno a los suyos:

—*Nojchi chaj-chaj-chaj*!

Lo había reconocido.

Musá me susurró:

—Lo ha identificado por la mano… La vista aguda. El ojo checheno… ¡Buen chaval!

Lo extrajeron del coche lentamente. Con sumo cuidado… Observando, procurando de paso cerciorarse… ¿Este era Ahmed el Montañés? ¡No en vano trajeron al chiquillo! No había otra manera de identificar a Ahmed, sólo por la mano. Porque no había rostro. La ráfaga se lo había arrancado. Lo había borrado. No había más que bultitos de sangre. Bueno, también quedaba la nariz torcida y en cierto modo reconocible.

El niño acariciaba la mano. Abrió la palma de la mano del padre. Se rio. Enseñaba los dientes: ¡encontró a su padre! ¡Tan deprisa! ¡Bravo, chaval!

Me pidió su premio:

—Dame pitillo. Dame rápido.

Otra vez pedía un cigarrillo. (Ya le había dado dos).

Musá y el otro checheno trasladaban el cadáver rescatado a su viejo y maltrecho UAZ … Para facilitarles la tarea, el coche se acercó. Pero el portacadáveres es ancho, mientras que el UAZ es estrecho. El chechi estaba congelado… Hecho una piedra… Le sacaron del portacadáveres y… *¿y* ahora cómo iban a meterlo dentro del UAZ?

Sus brazos estaban abiertos sin tener en cuenta el miserable UAZ. En un gesto amplio y provocativo se desplegaba en cruz Ahmed el Montañés. A modo de una escultura vanguardista, en plan los

CIUDADANOS DE SHALÍ…O: RECUÉRDENNOS… Algo por el estilo… A duras penas lograron doblarle la mano izquierda, entró en el UAZ. Pero ¡con la derecha no hubo manera!

Cuando por fin metieron el cadáver en el coche, la mano de Ahmed siguió fuera. ¡Una mano saliendo por la ventana! No se la ibas a romper…

Por suerte, en ese lado no había cristal. Se había roto… Como si fuera a propósito. Para transportar a los congelados… Para que el fiambre pudiera sacar la mano orgullosamente. Parecía que Ahmed, despidiéndose, me amenazaba… O igual no, igual tan sólo se despedía, NO ME OLVIDES, MAYOR… ¡Pelillos alamar!

El UAZ se puso en marcha. Se arrastraba despacio, ajustándose a su carga fúnebre. El chiquillo caminaba al lado. Fumaba. Andaba allí al lado de la mano del padre, fuera del coche… ¡Míralo! ¡De veras había que verlo! El chiquillo encajó su cigarrillo encendido en la mano muerta. Lo logró. Lo encajó entre los ásperos dedos fríos. Encendió otro… Qué te parece… El pitillo de despedida.

El coche se arrastraba. El niño, orgulloso, caminaba al lado. Sonreía. Mal que bien, pero al lado de su padre. Los dos fumando, echando un pitillo juntos… El último cigarrillo del señor de la guerra. El de la despedida.

Capítulo XVI

DESCONOZCO cómo mis chalados Oleg y Álik, o mejor dicho sus recién estrenados borceguíes, acabaron bajo una lluvia de escupitajos de los soldados… Lo más probable es que Oleg y Álik simplemente pasaran por allí. Una coincidencia… Debieron pasar delante del cajón de arena famoso. Luciendo como a propósito las botas. Los soldados de carga estaban descansando. La pausa para fumar… Se sentaban allí y fumaban. Apagaban y hundían las colillas en la arena.

¿Y por qué no escupir a los limpitos? ¡Lo estaban pidiendo a gritos! ¡Eso es! El sargento Sneguir, que antes acostumbraba a defender a los chalados, ahora les dio la espalda. Incluso en sentido literal… Justo lo que necesitaban los soldados. Esto hacía más comprensible el tonto infantilismo de su juego.

El sargento Sneguir, distraído, observaba el cielo por encima de la bandera que ondeaba en el tejado del almacén. ¡Ahora estos dos viven en la nave, son los favoritos del mayor, fíjate qué botas más chulas, cómo molan, no hay por qué sobreprotegerles! ¡Está claro! ¡Cualquiera escupiría al soldado que se entretiene con papelitos, al chupatintas, que ayer mismo, como quien dice, todavía se deslomaba aquí con los barriles!

No presencié el comienzo… Regresaba después de resolver una incidencia en los alrededores y hablaba por el móvil.

Gracias a Dios, el impagable Kramarenko ya corría hacia el cajón-cenicero. Hecho un gavilán, se abatió sobre la escena y con cuatro picotazos puso las cosas en su sitio. ¡Cómo logra estar en todo! Mis chiflados, mis chupatintas, cubiertos de escupitajos, en un par de minutos se retiraron, pero Kramarenko aún seguía en pleno rapapolvo

cuando llegué,

seguía echando la bronca, poniendo de vuelta y media a sus jetas rojas. No intervine. También estaban jodidos. También eran míos.

Sneguir se puso de mil colores. Y no dijo ni mu.

Resultó que fue él, el sargento, el primero que de pronto se limpió la garganta y acumuló en la boca la viscosa saliva. Escupió a uno de esos dos que pasaban por delante. Ni siquiera se fijó en cuál de los dos daba… Los ojos no miraban. Y el escupitajo, en realidad, resultó flojo. Por el cansancio.

Pero sus soldados-cargadores que un momento antes no podían con su alma saltaron de los bancos y empezaron a escupir. Qué otra cosa iban a hacer si sólo les quedaban fuerzas para eso… ¡Toma! ¡Una! ¡Otra vez! ¡A los limpios! ¡A los mimados! Aquí están los listillos. Descansando por alguna razón de los barriles… De la descarga de los pesadísimos cajones… Gorditos, bien cebados.

Los dos tarados, Oleg y Alik, se protegían de sus escupitajos con las manos. Pero no se volvían de espaldas. El instinto prohíbe al soldado exponer la espalda.

Antes de disolverse, los soldados-cargadores escupieron unas cuantas veces más… Ya de pasada. Fallando… Corrigiendo el tiro corto, regulando la garganta… Eh, huevones.

Los chalados, reculando y limpiándose, se fueron. Pero no se volvieron de espaldas. No corrieron. Unos soldados en toda regla.

Sin embargo, los gritos no calmaron el alma justiciera de Kramarenko. Desenfundó la pistola y disparó al espino amarillo, a la cima del árbol… Y otra vez disparó, muy convincente, provocando una nube de bolitas amarillas. ¡Una cascada! En mis almacenes la potestad de disparar es un gran privilegio.

Con la pistola de nuevo en su funda, Kramarenko voceaba:

—¡Seguid así, seguid, id tocándoles los cojones y ya veremos por dónde revientan! ¡Estáis jugando con fuego, lerdos! ¡Vosotros sois unos capullos rematados, pero esos dos están mal de la cabeza! ¡Son chalados de verdad! Como a uno se le crucen los cables estáis listos. Robará la metralleta, *¿y* qué? Os dejará a todos desparramados encima de la hierba… ¡Os despachará a todos! ¡Y después llorará! ¡Sentirá lástima! En cada tumba vuestra llorará, como una Magdalena, qué bonito, ¿eh? —Enseñó el puño poderoso a los soldados—. Si veo a otro escupiendo, ¡se va a tragar éste entero una vez por cada lapo!

Evidentemente, yo ya estaba en el campo visual tanto de Sneguir

como del enfurecido Kramarenko. Vieron que el mayor Zhilin rondaba por allí… No demasiado cerca, pero en el radio de sus berrinches de comandante.

Los soldados se quedaron quietos, como muertos.

Volví a ver a mis jetas rojas un rato después. Esta vez cerca del comedor. A duras penas se levantaron, se despegaron del cajón-cenicero… Arrastraban los pies. No lograban moverse más rápido. Podían escupir, eso sí, pero por rabia e impotencia.

Iban al comedor con las cabezas gachas… Ni siquiera les animaba la comida.

Qué vida la suya. De buena mañana y nada más levantarse ya les tocaba bailar con la más fea, los barriles de hierro con el gasoil, dos camiones para ir espabilando… Aquí la criba es rápida. Dos semanas y luego al hospital… Los rostros como una remolacha abierta por la mitad. Aquí sólo quedan los que poseen un corazón de campesino fuerte. ¡Los auténticos fortachones! El corazón se hincha, pero no se rompe… Sólo que a los cuarenta-cincuenta esto de ahora les pasará factura, se encontrarán gimiendo por la noche sin comprender qué sapo se ha adentrado en su pecho y, acurrucado allí, les chupa el corazón.

Kramarenko seguía dale que te pego, ellos medio muertos y él continuaba con la bronca:

—¡Escupid, joder! ¡Después de comer estaréis tragando el polvo! ¡Estaréis limpiando el suelo! ¡Limpiad vuestros escupitajos, hijoputas!

En aquel momento el honrado veterano los odiaba:

—En pandilla sois unos héroes. Sólo en pandilla, joder, así ya podréis… ¡Pues nada, a fregar también en pandilla! ¡Con la lengua limpiaréis vuestros escupitajos! ¡Con la lengua! Atacáis en pandilla, ¿eh, so chacales? ¡Pues pringaréis en pandilla!

En el bien camuflado sótano de los guerrilleros están sus armas nuevas. En los cajones de fábrica… Precintados… ¿De dónde habrán salido? ¡Fíjate! El C-4. Con la marca de fábrica… TRABAJOS DE EXPLOSIÓN, OMSK … ¿Cómo ha venido a parar esto aquí? Un cacho zulo. (El reconocimiento de estos zulos es el pasatiempo favorito de los del FSO).

Antes de salir he preguntado si podría enviar a mi Kramarenko, que tan bien como yo (¡e incluso mejor!), a puro olfato, distinguiría para la investigación lo que venía de fábrica o procedía del almacén. Lo

adivinaría con sólo ver una letra.

Pero los que hurgaban en el zulo eran unos tipos testarudos.

—No, mayor. Le necesitamos a usted. Y su responsabilidad.

Necesitan, han recalcado, al mayor Zhilin. En persona.

Pero yo, Zhilin, espero de un día para otro una revisión programada.

—Lo sabemos. Nos lo han comunicado. —Y han añadido—: Venga… Le pagaremos los honorarios de perito. De perito de primera.

Un zulo no es un basurero. Y en realidad no hay tanto que hacer en un zulo. Siempre que logres mantener a raya a los del FSO, que no te impongan su proceder. (Estos caballeros de la ley en cada extracción se mueren por pillarle los dedos a uno, castigarle de modo ejemplar).

—No los amontonen—he ordenado—. Vayan depositándolos por turnos encima de la lona, hay que mirar cajón por cajón.

Sólo tenía que encontrar la manera más fácil de explicarles: estas armas fueron robadas *allí*. O, casi seguro, *allá*… ¿Revendidas? Probablemente… (¡Averiguarlo es trabajo vuestro!). Y estas metralletas… No. No son robadas. Y no han sido revendidas. (Los guerrilleros las recogieron de nuestro convoy abatido…). ¿Que cómo lo sé? A ojo.

—¿Está seguro, mayor?

—No—suelo decir en estos casos, y guardo silencio.

A veces los controladores del FSO están de antemano encabronados, listos para arrancarle las solapas de la guerrera al más pintado. A cualquiera que caiga en sus garras, las de estos insobornables, impolutos caballeros… Me acordé de Kolia Gusártsev… ¡En buena se iba a meter, el muy gallito! Las armas vendidas en esta guerra bajo cuerda (o escondidas a la espera) parecen un acertijo de varios pasos. Parece que hay un solo culpable. Pero arrastra a muchos. Vete a saber quién arrastra a quién…

Mientras tanto los destinos de yo que sé cuántas personas que no conozco dependían ahora mismo de mi peritaje rápido. Los controladores me metían prisa:

—Pero ¡si están aquí los cajones numerados! ¡Los precintos!

Cómo quieren que se lo explique: los cajones son viejos. ¿La fecha? No es un dato fijo, inequívoco… Las fechas, por supuesto, estarán tapadas… O cambiadas… Las metralletas están colocadas sólo en dos cajones y se nota que las metieron dentro deprisa y corriendo. El resto de las metralletas están amontonadas en fardos o bultos grasientos. Como si las hubieran trasladado ayer mismo de cualquier manera… Los

guerrilleros cambian de escondrijo a menudo… ¡A ver si encuentran el otro zulo suyo, el anterior!

He actuado con mucha cautela. Si te equivocas al firmar un solo papelito fatídico, mañana te caerán encima otros diez, a cuál más feo. A cuál más comprometido… ¡En cascada! ¡No tendrás tiempo ni para tomar tu taza de té por la mañana!

Pero han pagado el peritaje realmente bien.

Y, de propina, he recibido un aviso importante. Al despedirse, el del FSO se ha vuelto bondadoso. Ha valorado mi ponderación… Que no haya vendido a nadie. Que no me haya precipitado en ningún momento.

—Estate alerta—ha sonreído despidiéndose el joven del FSO—. ¡Estate alerta, mayor! Dubravkin va a venir a verte.

Así que Dubravkin se preparaba para la revisión programada de los almacenes (de mis almacenes, ahora lo sabía)… Un conocido combatiente a quien prohibieron combatir y que ahora creía ver en todas partes enemigos y traidores… Se me ha escapado una risita… Estate alerta, Zhilin… No era divertido en absoluto, pero me he reído… ¡Qué absurdo! ¡Hay que ver qué frágiles, qué vulnerables somos todos! ¡Pendemos de un hilo! ¡Hace un instante el mayor Zhilin encarnaba poco menos que a la Providencia misma! Hace un instante en mis manos estaban los destinos de unos y de otros, de terceros, de cuartos y de quintos… Medio borrados pero todavía legibles… Destinos escritos en los cajones de armas y explosivos.

Sus destinos eran la cera de moldear, un juguete para niños que habría podido amasar así y asá… Y ahora, perdón, pero me viene a ver Dubravkin. Perdón, ahora seré yo la cera de moldear.

Pues sí, no he juzgado en el zulo. Lo cual no quiere decir en absoluto que no me juzgarán a mí… La guerra.

Este entusiasta del exceso de celo, el implacable Dubravkin, solía jactarse de su especialísima memoria: recordaba (fanáticamente) cualquier mínimo detalle y circunstancia, los cuándo, dónde y porqués de todos los quiénes, de cada choque o fricción con alguien, fuera quien fuera. Se acordaba de todo y de todos. Seguro que no se había olvidado de mí…, ¡un enemigo en toda regla! El coronel Dubravkin en persona encabezará la inspección, me lo ha comunicado el del FSO. Dos oficiales de abastecimiento vendrán con él. (¡Depende de quiénes sean! ¿Y si los oficiales resultaran ser hombres de principios? ¿Si hicieran de contrapeso?). No te hagas muchas ilusiones, mayor Zhilin.

Por el camino de regreso del escondrijo me llaman… Los chechenos. Nuestros chechenos. Federales… Ya se han enterado del zulo encontrado y cuentan con que las armas requisadas caigan en sus manos… Según lo programado se quejan, no les tocaría recibir el armamento hasta dentro de dos meses.

—Podemos pagar, Aleksandr Serguéievich.

Los chechenos federales suelen dirigirse a mí por el nombre y patronímico. Rara vez me llaman Sáshik.

—Esto, tíos, no es mi campo. ¡Lo mío es el gasoil, nada de armas! Habladlo con ellos, con los controladores.

—¡Uf, no, no, tío, uf!—lloriquean como buenos montañeses—. ¿Aún están allí? ¿En el zulo?

—Sí.

—¿El FSO participa?

—Obligatoriamente.

—¡Uf, tío, qué mal!

Son sus problemas. Que se apañen… ¡Hacerse con el zulo pese al control de los del FSO! Pero me han confirmado la información acerca de la inspección de mis almacenes y que Dubravkin participa… ¡Ya lo saben! Los chechenos lo saben todo. Qué bien montado lo tienen. ¡Es asombroso!

Llevo más de una hora tratando de hacerle entender al soldado Evski que su culpa en lo ocurrido es tan sólo relativa (acorde con la pauta que rige en la guerra). Le explico, de hecho, su inculpabilidad.

Ni juzgo ni reprocho. Le estoy lavando el cerebro.

—Vosotros, muchachos, habéis combatido durante un año… ¿Tú, Alik, no has luchado en los BMR? Seguro que sí. ¿Y tú, Oleg?

—Sí—asiente.

Los dos están sentados al lado de la mesa llena de formularios. Detrás de Oleg se amontonan las guerreras.

Quién si no ellos, después de un año en la guerra, sabe lo expuestos que están los soldados que van sentados en la chapa, lo crudo que lo tienen si, sorprendidos por el fuego enemigo, no les da tiempo a saltar a la hierba desde el carro en marcha… Los soldados responden a la desesperada. Disparan con todo y como sea. Descargan a diestro y siniestro… Hacia los arbustos. Hacia la hierba alta…

—Y tú, Alik, ¿cuántas veces no habrás temido que tus balas alcanzaran a alguno de tu bando? Al que está disparando a tu lado, sin ir más lejos… Por qué poco no le has dado sin querer. Esos tiros que

pasan, pongamos, a menos de un palmo de su hombro… Sabes lo que digo, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú, Oleg?

—Sí.

—Sobre todo cuando de pronto tu BMR se ladea o da un bandazo… Cuando tu BMR o, pongamos, el tanque de pronto salta sobre un mogote… Cuando el tanque hace una maniobra brusca… Tu metralleta vomitando fuego también baila por sí sola. ¿Sí o no?

Oleg asiente. Y Álik también, no lo fuerzo. (Buena señal).

Paso a las eventualidades. Seguro que más de una vez se ha dado el caso o habéis visto cómo una de nuestras balas le daba a un compañero. A uno sentado a tu lado en la chapa del BMR … Cómo le rozaba o incluso le desgarraba el hombro. O le dejaba el brazo hecho polvo…

—¿Y qué? ¿Acaso nosotros, los oficiales, lo hacemos constar en el parte? ¿Inculpamos al soldado que ha herido a su compañero? No, muchachos. Para nada. Lo dejamos correr.

Pasamos, ¡faltaría más! Tan sólo ponemos: herido en combate.

Es la llamada verdad de las trincheras. No soy hipócrita. Me encojo de hombros y hago una mueca resignada como diciendo: incluso para nosotros mismos, nosotros, los oficiales, lo simplificamos todo exactamente así y así informamos. Tachamos lo innecesario. Lo borramos de la memoria. ¿Está claro?

Sigo lavándoles el cerebro a conciencia. Pronto se irán…, pero hay que estar a todas. Por si acaso les toca aguantar algún interrogatorio sorpresivo.

Álik asiente, lo tiene claro. Pero el tic nervioso ha vuelto a visitar su rostro. Algo le retuerce por dentro. Algo le impide aceptar definitivamente la versión liberadora… Algo no deja que su ráfaga de metralleta sea catalogada como una casualidad fatal (la que sugiero).

—Tú, Alik, tan sólo te precipitaste… Disparaste al checheno, pero el mayor Gusártsev dio un paso y entró en la línea de fuego… Fue involuntario, Alik. Es lo que llaman un accidente… Así que no se hable más… ¡Y vosotros, punto en boca! ¡Ni una palabra! ¡A nadie! Lo del mayor es lo mismo, ni más ni menos, que cuando decimos lo de herido en combate.

Me doy cuenta, lo veo: el pobre ansia formar parte de esta situación clara, tan fácilmente explicable. Pero no lo logra. Es que… no hubo combate… El chalado honrado, por lo visto, no sabe ni mentirse a sí

mismo. A él, qué cosa, le hace falta la batalla. ¡Si hubiera sido en c-c-combate!

—N-no… No fue en c-c-combate. —Su mano trata de parar el tic en la mejilla izquierda.

Es posible que el soldado quedara tan abatido por el «assesinato del oficial» que ahora «el oficial herido» le sepa a poco… ¡No le es suficiente! Así que este cagón se busca una culpa más gorda. Se enmaraña. La psique del fracasado.

—Primero al ch-checheno…

El soldado Evski me mira con una especie de desolación terminal. Pero a la vez con la última esperanza de acogerse al accidente *involuntario.*

—Primero al ch-checheno… Y luego al f-fajo…—masculla.

Pero esto no lo entiendo para nada. Y no lo acepto. ¡Chorradas! En algún punto se ha atrancado… ¡Y otra vez evoca la fobia! Qué más me da… ¿Será posible que el tarado quiera convencerme de que sus balas perseguían ese f-fajo de b-billetes que iba a cambiar de manos? Alucinaciones… ¡Tonterías! No puedo ni oírlo. Mi tarea es dejarle el cerebro como una patena. Y enviarlo con los suyos.

—¡Chorradas!—emito mi veredicto provisional.

El chaval está aplastado por el sentimiento de culpabilidad. Matar no ha matado, vale…, pero disparó al oficial, de ahí su culpa.

—Chorradas. Te estás difamando a ti mismo.

—D-d-disparé al f-fajo.

¿Otra vez? Le daría una solfa que lo dejaría compuesto. Sobre todo irrita (por su resistencia a reconsiderarla) esa espléndida idea obsesiva suya de que disparó al checheno a causa del dinero en su mano.

¿O es que se justifica tan taimadamente?

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Y dale, Alik, qué manía tienes con eso! ¿Me estás diciendo en serio que disparabas al fajo de billetes?

—S-sí—dice, aunque lo noto más titubeante.

Hay que vencer esa tontería. Hay que arrancarle de la cabeza esa memez.

—Es ridículo, Álik… ¡El soldado Evski se está quedando conmigo, me está tomando el pelo! ¡Venga, dime la verdad y deja de hacerte el loco, que no lo estás! ¿A que no estás loco?

—N-no—responde, pero de nuevo vacilando.

—¡Recuerda bien lo que pasó, soldado, sólo lo que pasó!

El desgraciado trata de procesar la situación, de determinar algo indeterminado, una complejidad que se le escurre: claro, no disparaba al dinero…, *la mano con el dinero…, la mano de un hombre extraño…, el checheno que aparece de repente con el dinero…* A lo mejor lo que Alik llama fobia es realmente un cúmulo psíquico que no es capaz de explicar, de expresar con palabras. No puede hacerlo… Y menos todavía podría hacerlo yo, el mayor Zhilin. Resulta inexpresable… Porque el mayor Zhilin no cree en estos galimatías.

Mi idea es simple: quieres justificarte, no enturbies el agua.

He de irme, la conversación me ha cansado estérilmente.

—Álik, venga ya, te has quedado pillado en lo del fajo dichoso, te ha dado por obsesionarte con eso luego, más de la cuenta, más que entonces. ¡Te empeñas en eso y te olvidas de la puerta! La puerta abierta, tío, ¿recuerdas?

—S-sí.

—Bien. Tú mismo dijiste que la puerta del cuatro por cuatro oscilaba. Te molestaba… La puerta se movió… La puerta golpeó tu metralleta. Un poquito… Pero fue suficiente para que tus balas se desviaran hacia el mayor.

Ahí lo dejo, que reflexione.

Se me ha acabado el tiempo, me voy.

Su trauma, por lo que veo, recula a regañadientes. Pero sus rostros cambian. Alik, por ejemplo, ya no derrama con la misma fuerza la lágrima por su ojo izquierdo. Aunque su tartamudeo se ha hecho más pronunciado.

De hecho, los dos casi no salen de la nave número 8. E, indudablemente, no estar en contacto con los soldados les favorece.

Ya les he comunicado que el mando está programando un convoy con Jvorostinin hacia Vedenó y que ambos saldrán para allá en él. ¡Animo, que ya queda poco! Saldréis con el primer convoy. Los chavales esperan. Se consumen mientras oyen de lejos el estrépito de la carga y descarga de barriles. (Están casi al límite de su capacidad de espera).

Hay que ver cómo esperan el regreso con los suyos. Volver a su unidad militar es como volver al pasado, a los tiempos de antes del traumatismo… Aquellos tiempos y aquella vida de soldados ahora se les presentan como la época más feliz. ¡Será posible que alguien eche tanto de menos el día a día cuartelero! Piden, quieren estar allí, suplican por ello. Están como hechizados por el pasado. ¡Devuélvannos *con los*

nuestros, devuélvannos a aquellos días!

Chalados. Unos auténticos chalados.

En el calvero lunar. Todo el día con ganas. Ganas de hablar con la parienta… Pero ¡de día hay mucho ruido!

Esa es nuestra constante: el ruido. El del almacén. El de los barriles. Parece que los hacen rodar eternamente, como en un suplicio infernal… Bu-bum. Bu-bum. Bu-bum… Por encima del estrépito de los barriles llegan los fragores de Jankalá. Vienen de lejos, vienen y rodean nuestro territorio, aunque luego regresan aquí y se multiplican en ecos… Vienen de todas partes… Especialmente, por la izquierda, donde la carretera, y donde, apresurados por la guerra, bocinan los coches. La carretera está llena de soberbia militar. Los vehículos se miden entre sí, compiten a bocinazos, bramidos y chirridos.

Y después están los más diversos, indistinguibles, vagos sonidos broncos… Como de zampear… Pero los gigantescos postes no se clavan en la tierra, sino en el cielo… Arriba. En las nubes… ¡Jankalá! No me he atrevido con la conversación doméstica. Tan sólo me he sentado durante unos tres minutos en el banco… En el mismo punto medio del día.

Me despierto temprano. Nada más oír algo a través del sueño… Los motores de los vehículos del almacén ya calentándose. Pero no me meto prisa. Me gusta empezar el día con cierta pereza, cogiendo el ritmo poco a poco.

Las llamadas deberían empezar una media hora más tarde, pero ¡no! Llama Sifián. Los chechenos se levantan antes.

—Te escucho—digo—. Te escucho atentamente.

Esa coletilla algo forzada, «atentamente», es la señal para mi informador Sufián. Significa que mi móvil está en mis manos (no en otras) y que mi voz es la mía, no la de un impostor. Significa que quien escucha es el mayor Zhilin. Y que todo está en orden, sigue su curso normal.

Sufián me informa de que ha visto humo en el boscaje que hay al norte de su aldea… Ha visto humo… Unos leves penachos… Aproximadamente por Sujoi Lozhok. Antes del cruce de caminos. Por allí queda este boscaje, como separado, y en él había un par o tres de humillos matinales… Un desayuno temprano.

—Creo que son los nuestros… Creo que quieren matar a los vuestros,

Asán Serguéievich.

—¿Qué clase de humillos?

—De los sabrosos—se ríe.

La boca (lo oigo) se le hace agua… Los humillos sabrosos de un desayuno matinal. Los chechis han bajado de las montañas. Los chechis se llenan la barriga… Como siempre antes de los combates.

¡Eso! Sufián añade que los chechis ya están al tanto del convoy a Vedenó en los próximos dos-tres días. Saben que Jvor, por fin recuperado, conducirá el convoy… Que en el convoy irá un alto rango. Y el reemplazo recién llegado. Novatos, básicamente. Habrá pocos soldados profesionales.

El reemplazo ha llegado a Grozni y los chechis ya estaban prevenidos… Tienen al contingente vigilado… Desde el mismo momento en que los chicos bajaron de los vagones. Gracias al chivatazo pagado de la estación.

—¿Lo de la estación lo has comprobado tú mismo?—pregunto a Sufián.

—Yo mismo.

¡Una información excelente, no tiene precio! Pero se quedará en agua de borrajas. Como tantísimas otras veces ha ocurrido. Y ésta ni siquiera tengo a quién echarle la bronca… Si ahora llamo urgentemente al Estado Mayor… Al grupo operativo… *¿De dónde viene esa información, mayor? ¿Puede confirmarla con plena seguridad, mayor?*… La salida de los moscardones requiere la autorización del alto mando… Y sin falta me saldrán con lo del pánico. *Con todos los respetos, mayor Zhilin, ¿no será una falsa alarma? Debemos estar seguros, no querrá usted que cunda el pánico*. Siento náuseas cuando oigo que no hay que precipitarse, que hay que proceder con la debida *coordinación*… Les da pereza levantar el culo y ponerse en marcha, les da pereza correr, actuar deprisa. En tal caso tendrían que asumir la responsabilidad. *¿Así, tal cual, bombardear el bosque? ¿Poner en danza a los helicópteros? ¿Por qué no comparte, mayor, de dónde ha salido esa información?*

Esquivarán la cuestión como quien espanta a una mosca agobiante… ¡La vida es tan agradable si se toma con calma! Además, Jvorostinin conducirá el convoy. ¿Por qué asustarse?

¿Y a usted, mayor Zhilin, en qué le afectan los asuntos del Estado Mayor? Esto ya lo preguntarían con retintín envenenado. Para taparme la boca… A mí no me afecta, comemierdas. Yo no soy nadie… Pero este nadie insignificante tiene buen oído y oye perfectamente ese chirrido

viscoso, pesado, oxidado y repugnante de vuestra *coordinación* burocrática…

Estarán remoloneando hasta que la información privilegiada acabe escapándose: ¡el agua siempre encuentra el agujerito! Y los chechis cambiarán de sitio la emboscada… Y a mi informador le echarán la zarpa… Y, cómo no, a mí me caerá la bronca padre: ¿para qué hemos bombardeado un bosque vacío?

¡Así van las cosas! Porque si al final las ruedas dentadas del Estado Mayor comienzan a girar más y más deprisa…, si de pronto se aceleran…, lo único que significará es que los novatos están muertos y el convoy destruido. Y el engranaje de mierda se disparará hacia atrás a toda velocidad. En busca de los culpables.

He alabado a Sufián: ¡Buen trabajo! Orgulloso, se ríe:

—¡Ya lo sé!

Al principio Sufián trabajó dos…, no, tres meses enteros en la construcción del almacén exterior. Pero los jefes de obras, tanto Róslik como Ruslán, no estaban contentos. Como obrero era un ganso. Pero personalmente era un elemento astuto y divertido. Un as del escaqueo, el tal Sufián, hábil como él solo para librarse de todo. A la mínima le veías apartado, sentadito a la sombra… La pala había desaparecido. Los ladrillos, poco a poco, no era cuestión de trasladarlos todos a la vez. Tenía que cuidarse la columna… ¡Un tipo listo! Longevidad garantizada.

No obstante, este bribón vivía en un lugar de mi interés, en el punto de empalme. En cuanto supe que venía de donde venía, de una aldea literalmente crucial (puesto que cinco o seis senderos montañosos se unían en sus inmediaciones para bifurcarse después), tiré de Sufián. Le invité a charlar en mi despacho. Le liberé enseguida de la obra, del trabajo pesado, pero le mantuve el sueldo. Le di un teléfono móvil… Le expliqué cómo funcionaba. Qué botones había que apretar… Y le envié de vuelta a casa. Allí estarás mejor, querido, podrás cuidar de tu columna mientras trabajas para mí, sólo tienes que estar atento, nada que ver con cargar ladrillos.

Periódicamente, sin retrasarse ni un solo día, Sufián venía a cobrar por su labor intelectual. No era mucho dinero, pero era dinero seguro… Me informaba sobre sus compatriotas sin el más mínimo remordimiento. ¡Con la sonrisa tranquila! Era bastante guapo… Cuando venía a Grozni a cobrar los rublos se miraba un par de veces al espejo

colgado al lado de la caja. Se demoraba, se recreaba en las poses. Cuesta saber lo que veía allí. A él mismo… Claro… Era guapo, aunque bizco. Un tipo pintoresco… Un canalla redomado.

No es casual que hayan bajado tantos chechis de golpe, que haya tal concentración en los aledaños de esa carretera. Ni siquiera les asusta Jvor… Aniquilar en el primer combate el convoy con el reemplazo, a los mocosos, es el sueño de los señores de la guerra novatos. La graduación con nota. El aprendizaje cumplido… Eso está claro… ¿Y yo qué hago? ¿Cómo voy a enviar a mis chalados con un convoy que corre tanto riesgo?

Pero tampoco puedo aplazar el envío. Imposible. Los chalados están nerviosos. Un día u otro volverán a escaparse.

Pienso en el mal de Álik… En esas esquirlas de cristal amarillas y crueles, esos añicos de luz que le pinchan los ojos, las pupilas… La sola idea duele.

Si paro de darle vueltas de una vez y dejo de engañarme, mis dudas se resumen en lo siguiente: ¿llamo a Vasiliok y le pido ayuda o no? Vasiliok cubre para mí los convoyes de gasolina sólo en los casos más difíciles, me cubre con salidas *extra*. Vuelos fuera de lo programado de los que no siempre se enteran los del Estado Mayor… ¡La guerra!

Vasiliok cumple a rajatabla, nunca falla. Pero cada vuelo de Vasiliok y más todavía de sus alados compañeros me sale caro. Y lo más importante: hoy por hoy no tengo pagado por adelantado más que un vuelo suyo. Tampoco tiene reserva de queroseno. ¡Un vuelo! Si gasto este vuelo en los mocosos de reemplazo (y en mis chalados) mi gasolina quedará desprotegida en las carreteras. La gasolina, el gasoil, el fuel, todo quedará al desnudo. Y yo igual: en pelotas.

Está claro que los chechis evitarán quemar mi combustible. Se lo llevarán… Acto seguido trataré de averiguar quién ha sido y a qué manos ha ido a parar. Y entonces empezará el tira y afloja, el asqueroso tinglado de la compraventa. De resultado incierto… Por eso titubeo… Este único vuelo que me cubriría las espaldas es como el último cartucho. El cartucho que siempre se intenta ahorrar.

Así que, ¡recuerdos a los del reemplazo, saludos y buena suerte! Los pipiolos van a tener una calurosa bienvenida, su bautismo de fuego… Se foguearán de una vez por todas. Es la guerra. Da pena, claro, pero un tercio son fiambres seguros. Cabeza por cabeza… Sujoi Lozhok es una encerrona pérfida.

Unos segundos para que los ojos se acostumbren. A la nave, a la peculiar oscuridad del almacén. Bueno, ya está, ya veo. Los innumerables estantes hasta el techo… Las cajas… El mar de guerreras arrugadas, chafadas… Dos bombillas colgadas, mortecinas.

Sentado frente al escritorio, Alik rellena formularios. Oleg, medio a horcajadas en un canto de la mesa, pasa algo a máquina indolentemente, teclea con un dedo en la vieja máquina de escribir.

—¿Trabajando?

Los dos se levantan de golpe. Se estiran. Les ordeno que se sienten.

—Por la noche hay que descansar. Escuchar música… ¿Dónde está la radio?

Oleg levanta la radio del suelo y la pone encima de la mesa.

—¿Qué ha pasado con el catre? ¿Por qué está movido?

Alik me lo explica… Tartamudeando… Kramarenko lo ha comprendido y ha dado su permiso para mover el catre al rincón. Lo que pasa es que Oleg durmiendo m-m-menea la cabeza. La g-g-golpea contra la pared… Los golpes son tan fuertes que Álik se despierta y pasa mucho tiempo en vela.

—¡Será porque nos faltan gorros de cuartel, a toneladas los tenemos, para dar y regalar! ¡Oleg! Elige el más grande y póntelo antes de acostarte. Que te venga grande. Que te cubra las orejas. Toda la cabeza… ¿Entendido?

—¡No se levanten, soldados! ¡Coman tranquilos!

En el comedor… La hora de comer… He entrado y los veo sentados a la mesa larga. A los dos. Alrededor, las otras mesas están vacías. Algunos platos sin recoger todavía… Cortezas de pan sueltas, desmigajadas. (Los soldados de carga y los guardias han comido antes. Se han largado ya. A hacer lo más parecido a una digestión saludable. Disponen de una media hora de descanso).

Me he sentado con los chavales. Mastico una corteza seca para establecer un lazo. Sigo con el tema:

—Aquello fue en combate, soldado Evski. Fue en combate, Alik, y no se sabe si fue tu bala o una perdida la que le dio al mayor Gusártsev… ¿Disparabas justo entonces, seguro? Vale, vale, disparabas… Pero no fuiste el único, Álik. ¡Era un combate! Qué ráfaga fue primero y qué otras balas se desviaron no hay manera de saberlo… Los expertos en balística no participan en los combates.

Los dos mueven lentamente las cucharas. La sopa… Comen sin levantar la vista.

Pero ¡qué absurdo! Ni siquiera sé a ciencia cierta si saldrán vivos cuando mañana o pasado su convoy sea atacado. Aún no lo sé (todavía no he decidido nada respecto a Vasiliok)… No lo sé y sin embargo protejo a los chavales de un supuesto interrogatorio futuro.

—Vosotros dos, aunque involuntariamente, habéis formado parte del combate… Tú, soldado Evski, participaste en aquel combate. ¿Quieres qué te diga, Álik, quién mató a Ahmed el Montañés? ¿Quién *en aquel combate en Mókroie* despachó al señor de la guerra?

Quien le metió a Ahmed por lo menos cuatro balas por supuesto lo sabe. Los dos lo saben… Pero ninguno se siente por ello especialmente indultado.

—¿Os lo digo?

Menea la cabeza. El tic ya aletea en los párpados del soldado Evski. No… No lo diga, camarada mayor…

—Es la guerra, Álik. ¿Entendido? Y ése fue tu combate.

Aun sin estar ni mucho menos convencido, lo hago: llamo a Vasiliok. Un arrebato, supongo. Aprieto los botones… Su móvil está apagado. El asesino alado duerme. A pierna suelta. Es temprano.

Camino a lo largo de las naves.

Las dudas me atormentan de nuevo… Si mi gasolina, mi gasoil cae en una emboscada…, ¿qué haré? No hay garantías de que Vasiliok salga en defensa de mi combustible. Y si ya hubiera gastado el último vuelo… «Sáshik—me diría—, ¡creo haber saldado la cuenta!». Como si no estuviera seguro. En realidad, su memoria no falla. Ni la mía… Los dos tenemos presente el balance.

Claro que, por otro lado, es un amigote, un amigote de combate, tampoco sería tan improbable que subiera a su máquina y me cubriera a cuenta. Como un buen vecino. Igual podría prestarme la salida urgente de, pongamos, dos helicópteros…, como quien presta al vecino, pongamos, un par de billetes de cien hasta la semana que viene. Puede que lo hiciera, o puede que no.

La tacañería ha levantado la cabeza. Noto que me roe el corazón. Y cómo la echo, no es tan fácil sacudírsela. ¡Qué absurdo es el hombre! Me dan lástima los mocosos de reemplazo pero igual de intensa es mi lástima por mi tal vez malogrado futuro dinero (mi futura gasolina, mi futuro gasoil)… Los reemplazos seguirán llegando a Grozni, ¡y a mí sólo

me queda un vuelo de Vasiliok!

Esta pena por los mocosos es obsesiva. Un centenar de chavales vestidos de caqui y armados con metralletas… En los BMR, en los tanques… Todos esos mocosos de ojos saltarines. No he de sentir pena por ellos, me digo a mí mismo. Es la guerra… No debo compadecerles, me repito. Es la guerra… Han venido para matar. Su deber es matar. El deber de la guerra. Que también apunta contra ellos, que amenaza con matarles…

Ellos deben matar, mayor Zhilin… Y matarán… Mañana mismo… Cuando caigan en la emboscada y se defiendan a tiros.

Pero ¡es que allí estarán también mis chalados! ¿Qué será de ellos, de esos dos?

La guerra tiene su propia retahíla. Sigue su curso… Y yo sólo soy un hombre. Uno entre muchos.

Una ola de fatalismo me persigue y se me echa encima. Me cubre… No existo… Que pase lo que tenga que pasar… La guerra es como el agua… Fluye… No soy nadie. Soy insignificante y minúsculo.

Tengo mis barriles. Mi gasolina. Mis almacenes.

Con un gesto brusco de la mano me quito de encima de una vez por todas esta pesadumbre. (Anulo la reticencia. El pecado del silencio). Saco el móvil. Y con esta pequeña cosita metálica en la mano me alejo un poco de la gran montaña de metal, de los barriles descargados y amontonados aquí mismo. Me alejo también del estrépito continuo. Le doy la espalda. Para oír mejor.

—Vasiliok… Soy yo… ¿Hoy vuelas a Vedenó?

—¿He de hacerlo?

Entonces le respondo con un suspiro. Y con la escueta y resignada petición:

—Pues… sí.

—Algo he oído, Sasha, algo he oído—responde la voz grave y todavía soñolienta de Vasiliok—. Pero no demasiado concreto… Que un par de moscardones no estarían de más por allí, vamos, que no volarían en vano…

—Vaya. ¡O sea que algo se ha dicho!

—Sí, algo, Sasha… Pero como muy vago. Ni una palabra sobre la hora de salida. Ni tampoco de si hay que patrullar. Más bien ha sido un «no» que un «sí»… Mareando la perdiz, ya sabes… Y a mí me gusta cuando hay una orden, una orden clara y concreta.

Aprovecho para decirle con un suspiro medio burlón:

—Pues aquí va la orden, querido coronel Vasiliok. Se espera la confirmación de la recepción…

Vasiliok se ríe. Se ríe de buena gana, se nota que está de acuerdo.

Suelto los datos concretos:

—Más allá de Serzhen-Yurt… ¿Recuerdas el cruce de caminos en el piedemonte? Hacia el norte hay un boscaje. Poco espeso.

—Conozco el boscaje. Uno feo… Sujoi Lozhok.

—Exacto… Un poco al norte, según el informe operativo, están los chechis. Vasiliok…, ¿estás ahí? ¡Dales de antemano! Ahora mismo… Date prisa, ¿eh? Antes de que se pongan a lo largo de la carretera. Antes de que se escondan para la encerrona.

—Vale.

—Mientras están todos juntos… Acabando el desayuno. Descárgales una buena.

—Hecho.

Cambio y corto.

Ahora, cuando las palabras se me han escapado, me arrepiento, la tacañería se me echa encima con todo su peso. Un sentimiento feroz. ¡Me ahoga! Por poco aúllo en voz alta por el derroche. ¡Por el despilfarro! Gimoteo… Y es que en un minuto he perdido el recurso, me he quedado sin comodín. Vaya empresario, joder.

Ya, ya, no todo se mide por el dinero… Conozco el sermón… Pero era mi recurso. El alado Vasiliok sólo me debía una salida… Si le pasara cualquier cosa a mi gasolina, a mi combustible, ¿quién me ayudaría? Ya podría yo desgañitar- me, por mucho que lo pidiera… ¿quién iba a alzar el vuelo y bombardear para mí el dichoso boscaje a crédito? Nadie. Y, encima, el pitorreo. Estoy como oyendo esas asquerosas voces de oficiales-funcionarios-intendentes: «¡Hay que *co-or-di-nar!»*.

Por alguna razón me siento avergonzado. ¡Me he apiadado de los mocosos! Me da vergüenza. Me veo desde fuera. El tipo curtido de cuarenta años, el mayor Zhilin, el dueño de los almacenes… El dueño de la guerra… Ha mostrado una debilidad. ¡Y qué debilidad!

Pero a lo hecho, pecho. Tampoco es tan malo proteger a unos mocosos. (Y a dos chalados de paso). Por ejemplo, las frutas protegen del frío.

«La conservación de los soldados también es un recurso importante para la guerra»: recuerdo el gazapo tonto oído en una ocasión en el Estado Mayor.

Recuerdo un otoño remoto en el valle. En Georgia. Allí, en el sur, los otoños son maravillosos. ¡Un milagro! Con mi mujer alquilamos para las vacaciones una habitación pequeña. La casera tenía un hijo, un niño enfermo llamado Givi. Callado… Pequeño… Pasaba mucho tiempo cavando en sus orejas. Tenía unos dedos finos y delicados. Un día encontró otro pasatiempo para sus manos.

Mi mujer y yo estábamos saboreando el vino. El queso. Las tortas… El modesto manjar casero. Charlábamos… Disfrutábamos del aire fresco y la noche estrellada.

La casera de vez en cuando echaba miradas a su hijo. Givi de repente se levantó de la mesa. Diciendo algo poco articulado. Balando algo tiernamente… Comenzó a trajinar… Se fue, casi corrió, al cobertizo, allí guardaban las mandarinas en cajas. Resultó que había escuchado el pronóstico del tiempo.

Tocaba las frutas amarillas con las manos. ¡Ay-ay! ¡Ésta seguro que de noche coge frío! Envolvió la mandarina en un trozo de papel. ¡Y ésta también! Qué pena… Revisaba las frutas chasqueando la lengua:

—N-tsi… N-tsi… N-tsi…

Con protector esmero, Givi envolvió la caja de las mandarinas en unas mantas viejas. Ajustaba bien los bordes de las mantas. Le estuve observando. Salí detrás de él para ver qué le había agitado tanto.

El niño retrasado tocaba con ternura la fruta. Apenas la rozaba… Susurraba algo muy deprisa. Era su súplica… A los cielos… Le oí algunas palabras, poco claras pero sin duda dirigidas al cielo. La dulce entonación de una plegaria.

Vasiliok, tan generoso, tan vital, tan de las nubes, tan abrazado al viento embriagador de las alturas… Sin embargo, no cabe duda de que lleva con celo la cuenta de actos bondadosos… Claro que te ayudo. Pero ¡quién ha dicho que un vuelo de protección es gratuito!

En cualquier caso, no me sorprendería si ahora mismo llegara de los cielos, que ya tronaban encima (¡qué rápidos son!), una llamada telefónica de Vasiliok, impaciente por entrar en combate:

—Oye, Sasha… Con esto he saldado la deuda, ¿correcto? ¡Ahí están, ya los veo…! ¡Ya en el aire, tío, ya volando! ¡Venga, *nenes*, que nos vamos!

Y poco a poco se atenúa el mordisco del mísero pensamiento residual: ¿no me habré precipitado gastando el vuelo pagado?

Vale… Da igual.

¡Vuelan! Los helicópteros van directos. Por parejas… El primero,

cómo no, lo pilota el propio Vasiliok… Tengo tiempo de apreciar su bandazo de dos segundos. ¡Un guiño para mí!

¡Anda! ¡Otra pareja! O sea que, tal vez, ahora ya soy yo el deudor. (Si esto se considera una salida de más).

Los helicópteros bordean Jankalá. Dos parejas apuntando a la meta. ¡De modo ejemplar! En dirección a las montañas. ¡Rápidos y espectaculares! Les sigo… Se alejan… Ya rozan el horizonte.

Me quedo un ratito más… Se puede dejar de pensar. Dentro de una hora me llamará Sufián y me contará qué hacen los helicópteros con el enemigo que no ha tenido tiempo de dispersarse. Se puede dejar de pensar. Por completo… El pequeño Givi ha tapado las mandarinas.

Capítulo XVII

CADA uno estaba sentado en su catre y los dos enseguida se han levantado de un salto, como es debido... Se han enderezado. Nada más entrar yo. (En cuanto me han divisado en la penumbra de la nave). Les he mandado sentarse.

Uno a la derecha, otro a la izquierda: he elegido fácilmente el lugar para la conversación. Apoyando el trasero en el escritorio lleno de papeles, sentándome en el borde de la mesa. Con soltura... Marcándoles la pauta. Una charla informal, sin ceremonias... Mirando a los dos, hablándoles a los dos.

Pero antes me he fijado en sus botas manchadas de escupitajos. ¡Asquerosas! Y les he ordenado a gritos:

—¡Ese calzado, ya lo estáis limpiando!

Ambos, a ver quién llega antes, se han ido corriendo al retrete. Me he quedado esperando.

Tanto el uno como el otro son de seso retorcido. ¿Acaso, no podían limpiarse, joder? No hay cortes de agua en la nave. El retrete está aquí mismo. ¿Qué pasa entonces?

Es difícil querer a esta gente. He visto a muchos y todos pecan de eso. El desaseo es el rasgo común de su enfermedad. Los traumatizados jamás son limpios. Recuerdo que en el hospital una enfermera de armas tomar no paraba de abofetear a los chalados. Los trataba a sopapos y empujones... Y encima, cargada de razón, gruñía: «Hacerse con la salchicha más gorda, eso sí lo entienden. Pero ¡para limpiarse los mocos son enfermos!».

Una vez se han limpiado, permito que se sienten.

—Muchachos... Atención.

Les hablo tranquilo:

—Se espera una inspección en los almacenes. La revisión de las existencias y demás. A vosotros no os afecta… Sin embargo, por si las moscas, os recomiendo, soldados, que os estéis quietecitos, que no asoméis las narices.

Concreto:

—En un par de días no salgáis al comedor. Ordenaré que os traigan la comida.

Silencio.

—Será sólo un par de días—repito.

Y como si pusiera el punto final:

—Un par de días y os mando con el convoy. Está resuelto.

Se oyen los conocidos pasos retumbantes. Siempre tan oportuno… Nos viene a ver Kramarenko.

—Le he estado buscando, camarada mayor.

—Aquí estoy. No tengo escapatoria… Escucha, Kramarenko. Estos días, por si a los oficiales les da por meter las narices más de la cuenta, será mejor que los chavales coman aquí. En la misma nave. Que se les vea fuera lo menos posible.

Kramarenko asiente: ¡claro! Estaba bien informado sobre las desavenencias entre Dubravkin y yo.

Alik vuelve a la carga con el tema. Tartamudea mucho:

—¿C-c-cuándo nos m-m-manda a la unidad m-militar, camarada mayor?

—Acabo de decíroslo: dentro de un par de días… Con el mayor Jvorostinin… ¿Os suena el nombre? Le han dado de alta en el hospital, ya está listo para conducir el convoy—trato de animarles.

¡Claro que les suena! Por fin sonríen. ¡Y tanto que sí! Quién no ha oído hablar del invencible Jvor.

—¡Tranquilos, chavales! Primero os cebaré yo aquí—se precipita Kramarenko.

El también intenta suscitarles emociones positivas.

—Nombra a un soldado para eso, Kramarenko. Que se encargue de su comida.

—Yo mismo lo haré, Aleksandr Serguéievich. Yo mismo… No cuesta nada ir y venir con las marmitas. Y así se evitan los rumores.

—No hace falta que seas tú… Ya tienes bastante trabajo.

—Podré con todo.

Kramarenko abandona volando la nave. Vuelve en un abrir y cerrar de ojos… Servicio a domicilio, más rápido imposible, aquí está la cena, una entrega ejemplar.

Les anima a su manera, en confianza. ¡Comed, chalados, comed! El soldado come, el tiempo pasa. Comer y callar… Kramarenko deja la bandeja encima de la mesa y se va escopeteado. Murmurando sus dichos.

Oleg ha distribuido al instante las marmitas. Dos para Alik, dos para él. Una cuchara aquí, otra allá… Todavía no me he ido, veo su sonrisa… ¡Y las salchichas dentro de las marmitas, igual de gordas todas! Y el caldo de fruta, el caldo, la alegría del soldado, dentro del termo. El caldo se puede tomar caliente o no… Va a gustos… Hay caldo de sobra. ¡Un señor postre, y socorrido como pocos!

Ambos mastican, jaman con ganas. Su sencilla vida de soldados me calma… Estoy limpio, camarada coronel Dubravkin. Nadie me pillará con las manos en la masa. Mi as es conocido. No trafico con armas, camarada Dubravkin… ¿La gasolina? Pero si el mayor Zhilin es el rey de gasolina. Lo sabe el mundo entero… Al rey no se le piden cuentas… Al rey no se le reprocha su corona.

Dubravkin se ensañaba en las batidas y una vez se embaló tanto que se pasó de rosca y quemó una aldea chechena. Las viejas, los niños. Los ancianos mutilados. (Estas mariposas son las primeras en volar hacia el fuego). Los hechos de aquella batida de pronto se volvieron demasiado evidentes.

Pero Dubravkin, tragando el humo negro de sus lares, mascullaba entre injurias que la guerra es la guerra y ya está. Se puso farruco en vez de arrepentirse, por lo cual acabó en los tribunales. Fue declarado culpable. El juicio resultó bastante sonado. ¡No quemes a las mariposas! Le dejaron sin la condecoración de turno. Pensaban expulsarlo del ejército. Todo parecía ya decidido, pero… Pero los bravucones son necesarios. Había sabido granjearse simpatías con su arrojo. Le censuraban pero en secreto le admiraban. Durante un tiempo, a mí también me caía bien.

Tan sólo le apartaron de la acción. Desde entonces el coronel Dubravkin luchaba contra la apropiación indebida de armas en el ejército. Tenía prohibido intervenir en los combates, su regimiento fue reducido a tal efecto, quedándose en menos de la mitad. Con esta ejemplarmente (y, se ha de reconocer, absurdamente) capitidisminuida

unidad el coronel vagaba enfurecido por Chechenia.

¿Qué clase de regimiento es uno que cuenta con un solo batallón en vez de tres? ¡Uno ejemplar, para que no se meta en fregados! Salvo en defensa propia. Aunque Dubravkin, por descontado, no paraba de armar jaleos. Se olvidaba de las revisiones. Se olvidaba de su tarea principal. En cambio a la mínima que podía provocaba escaramuzas con los chechis. Sin hacer caso a nadie. ¡Un auténtico loco de atar! Estaba convencido de que una caterva de enemigos y traidores le había apartado de la guerra honrada. Los enemigos estaban en todas partes. Nadie persuadiría a Dubravkin de lo contrario.

Tropezamos cuando él les quitó la gasolina a unos chechenos nuestros, unos bastante leales. La gasolina que yo a repelones les había suministrado. Se la quitó sin más… Y encima el tío, lejos de justificarse, me mordía la oreja por teléfono: «¡Estoy harto de ti, rata! ¡Jefecillo de mierda, tendero! ¡Que no sabes ni a qué huele la pólvora, que en tu puta vida la has olido!». Lo único que no hizo fue tacharme de traidor. En su repertorio de injurias es ya el hachazo definitivo.

Yo, pese a todo, sugerí al histérico matachín:

—Camarada coronel, sería mejor que devolviera la gasolina… Ha sido un error.

Pero no me dio tiempo a explicarle por qué era un error y por qué sería mejor repararlo cuanto antes.

—¿Cóooomo?

No tuve tiempo de explicarle que estos chechenos (nuestros) no son más que campesinos, simples campesinos…, y que si les privamos de gasolina, les privamos de la capacidad de moverse, y que en ese caso regresarían a sus casas y listo… Que no podían, como los chechis montañeses, establecerse en un punto, entrenarse para los combates, camuflarse, vivir la extenuante vida del soldado. Estos se irían a casa. Con sus ovejas. A su huerto.

No pude articular ni dos palabras, el ogro, fiel a su costumbre, ya me gritaba a pleno pulmón:

—¿Cómo te atreves, rata de intendencia?

Me catalogaba con suma simpleza: un ladrón. ¡Quitarle la gasolina a un ladrón no es pecado! Esa era su idea de la vida. Ésa era su idea de la guerra. Y el hecho de que yo y los que son como yo hubiéramos organizado el suministro de combustible no significaba nada para el coronel Dubravkin, eran palabras vacías.

Mientras tanto el ejército vivía según las reglas del mercado, puesto

que de todos modos la disciplina ya había dejado de sostenerlo. Sin el mercado, sin el precio por barril, las unidades militares se habrían tornado manadas de lobos, arrancándose el combustible unas a otras.

Así que Dubravkin se precipitó en celebrar la victoria. Di el toque a quien correspondía, y acto seguido el coronel recibió una llamada desde arriba. Ordenes taxativas: ¡Devuelve la gasolina, Dubravkin! Y la devolvió, vaya si la devolvió. Toda, hasta la última gota. Pero ¡qué pedazo de enemigo me agencié! ¡Con quién se las habría de ver de allí en adelante el mayor Zhilin!

Habría actuado con más cuidado de haber tenido constancia en aquel momento de su estado psíquico. Al fin y al cabo, qué son dos cisternas de gasolina a la larga. Pero entonces creí que Dubravkin había actuado así simplemente por culpa de las prisas. Que el ardiente guerrero se había precipitado, se había puesto nervioso… O bien (otra posibilidad) que era la clase de bravucón que busca sacar provecho de todo… Su tajada… Yo no comprendía que trataba con un chiflado.

Apartado de los combates, Dubravkin molestaba también al alto mando. La liaba siempre que podía… ¡Con su único batallón! ¡Aparecía en el lugar menos oportuno! Arruinaba los planes… No obstante, se ha de reconocer que también amargó la vida a los chechis montañeses ya acostumbrados al carácter lánguido de la guerra. Un par de veces les arreó de lo lindo y se hinchó como un pavo: esperaba la medalla. Esperaba que al menos le devolviesen la medalla que le quitaron. Esperó en vano… Y entonces el furibundo coronel se convenció por completo de que podía hacer lo que le viniera en gana… Y de que a su alrededor no había más que enemigos.

—Aleksandr Serguéievich. —Kramarenko ya se preparaba para la revisión—. ¡No estaría de más que el coreano vuelva con sus papeles! Claro que…, ¿qué hacemos entonces con los chavales?

Los papeles. Tras pasar por las manos de Pak quedan impecables. ¡En perfecto orden! ¡Una pasada! Hasta Dubravkin alucinaría.

—¡Nos arreglaremos así!

Recordando la furia de Dubravkin dirigida a mí personalmente no tenía duda de que el coronel no se entretendría hurgando en los papeles. No es su estilo. Llegará de sopetón, eso sí, pero buscará por los rincones… Algo como las metralletas AK-47 que no estén contabilizadas… Algo burdamente criminal… Endilgarme la venta ilegal de las metralletas… Su modo de obrar me es conocido. Ahora más

que antes… Ahora su situación ha mejorado un poco. Corre el rumor de que el general N, que entró en el Estado Mayor después de resultar herido levemente, alienta a Dubravkin… El combatiente valora al combatiente. ¡Es normal!

Murió Ruslán-Róslik, que tanto insistía en ser mi amigo… Hemos enviado un convoy sin protección por una ruta cercana. Cuatro camiones cargados con barriles de gasoil, ¡poca cosa! Y un camión cisterna lleno a rebosar de gasolina… Si les atacasen se apoderarían del combustible, pero evitando el combate. Yo mismo salí a despedir el convoy. La cisterna, que parecía un ganso, iba delante. Realmente parecía un ganso inflado. Detrás iban los polluelos.

Pero en cuanto el convoy entró en la zona de las montañas (¡nada más verlas!) los tres chóferes chechenos cambiaron de parecer, no querían servir más a los federales. ¡Criajos! ¡Se les ocurrió de pronto, en un momento! ¿Irnos con Basáyev con las manos vacías? ¡Ni hablar, llegaremos con el gasoil! ¡Con la cisterna llena de gasolina! Y como suele ocurrir, sacaron los cañones.

Pero otros chóferes que no querían largarse a las montañas también habían desenfundado. Los partidarios del cambio de bando trataron de convencer durante casi una hora a los leales de que les entregasen el gasoil. En balde… Bulla, metralletas blandidas, aspavientos. Por suerte no llegó la sangre al río, en vez de pelearse, se dividieron. Los sublevados ganaron dos camiones y la cisterna en la disputa, quedándose los leales con las otras dos unidades de transporte. Ya no se gritaban. Esto vuestro y esto nuestro. Y cada uno por su lado… Hasta se dieron las manos.

Róslik era el acompañante por parte de nuestros almacenes y lo suyo era volver a casa. Pero ¡se le ocurrió una buena! Mientras el convoy se dividía en dos, Róslik me llamó por el móvil. Avisó que se iría con los chechenos desertores. Averiguaría adonde iba a parar el gasoil, con nombres y apellidos. Luego regresaría, me pasaría el informe completo… y yo, o sea Sáshik, o sea el mayor Zhilin, me las apañaría para recuperar lo mío… ¿A que es un plan perfecto?

Era peligroso, pero la voz de Róslik por teléfono sonaba convencida y convincente. Hasta parecía contento de que las cosas se hubieran torcido, pues eso le brindaba la oportunidad de enderezarlas. Y quieras que no, ya estaba en el ajo…

La mitad de los vehículos encabezada por la cisterna giró y serpenteó rumbo a las montañas. Róslik con ellos… Los desertores se

escapaban por la carretera montañosa raudos y ufanos. ¡Se habían salido con la suya!

Pero el regocijo les duró lo que tardó en aparecer en el cielo, justo encima de ellos, un par de SU-25.

Si el combustible se va hacia las montañas por rutas intrincadas y sin escolta, los pilotos federales no necesitan órdenes. Ni siquiera precisan consultarlo… ¡Más claro, imposible! ¿Para qué alimentar a Basáyev? ¡Y encima cederle nada menos que todo un camión cisterna! Se ve a la legua que es robado… ¡A por él! Los SU-25 atacan sin mayor dilación.

En menos de tres minutos, los dos camiones y la cisterna estaban completamente calcinados. Devorados por una bocanada infernal… La temperatura del misil aire-superficie al explotar no es tan alta. En cambio, la del chorro de gas que surge a los dos o tres segundos de la explosión es bestial…

Subí a toda castaña a mi todoterreno, recogí a Ruslán y fuimos volando al lugar negro… Llegamos enseguida, pero no había nada que mirar. De los camiones apenas quedaban cuatro hierros retorcidos. Qué decir, pues, de los hombres… Lo que yacía esparcido alrededor eran pedazos indiscernibles, carbonizados. A saber qué era qué, madera o carne, vegetal o animal… Las *colillas*, le llaman a eso los guerrilleros. Las auténticas colillas de la guerra… Una de estas colillas quiso ser el amigo del mayor Zhilin. Y no pude distinguir cuál.

Había conocido por lo menos a medio centenar de los caídos. Sólo un día antes, la víspera de su muerte, les había estrechado la mano. Les había mirado a los ojos… La muerte en la guerra es como una víbora, y tú eres lo que ocupa su mente. Pero, con todo, la muerte siempre se burla de ti enseñándote la muerte de otro. Para que tú la creas ajena.

Con el tiempo mi paso se hizo silencioso como el silencio mismo. Podía caminar por los almacenes con los ojos vendados… Sobre todo por las escaleras de las naves… El paso del jefe de almacén.

La penumbra de los almacenes cuando andas así te penetra desde todos los rincones, va directo a tus venas, al corazón … Al cerebro… A los músculos de las piernas… Es oficio puro y duro… El hombre de almacén ha de oír a los ratones antes de que los ratones le oigan a él.

Distinguí las voces de los chavales. Hablaban del sargento Sneguir.

Luego las palabras se volvieron incomprensibles.

Dudé si entrar o no. Sólo para asegurarme de que todo estaba tranquilo. No era necesario pasar adentro, sólo afinar el oído… Sin abrir

la puerta… ¡Bah! ¿Entro o no? No me quedaría más de un minuto.

Casi empujé la puerta, pero entonces oí que hablaban de mí… ¡Ajá!

—… espera el convoy.

—No espera nada.

—No podremos salir de aquí sin la ayuda del mayor.

—N-no q-q-quiere ayudarnos. ¿P-por qué? No lo sé. Me dan náuseas cuando ese viejo g-gilipollas me llama «hijito»…

«Viejo gilipollas». Me irritó pero no me enfadé.

¿No te ha sentado bien? Sólo sonreí… Chavales… Páralos hijos adolescentes un ramalazo hostil como éste es normal. ¿Qué padre no es para ellos un viejo gilipollas?

—Aquí todo está truncado. ¡Esta nave suya de mierda! ¡Su cuchara de mierda!

Álik explotó. Oí un tintineo ligero. Debía de haber tirado la cuchara al rincón alejado… ¡Con rabia! La amiguita del soldado. La cuchara ligera de aluminio.

—¡Amedrenta con el hoyo! ¡Elzindán! ¿Qué sabrá él del hoyo? Somos sus esclavos, ¡no salimos de este apestoso hoyo suyo!

Álik chillaba hacia la puerta como si supiera que yo estaba cerca.

Me contuve… A lo mejor eran las briznas de sol que no dejaban en paz a sus ojos… El chaval enfermo.

Oleg, tan sensato de un tiempo a esta parte, le tranquilizaba:

—En cuanto Jvorostinin salga con el convoy, nos llevará con él… El mayor nos enviará. El mayor Zhilin es un tío legal.

—Nos está tomando el pelo… ¿Cuántas veces nos ha engañado? ¡Mañana, mañana! ¡Un par de días! ¡Y otra vez mañana!

Oleg repitió:

—Es un tío legal. Y ha cogido tu dinero.

—¿Y qué?

—Tiene familia. O sea, el dinero le importa… El dinero significa algo.

Álik resolló:

—¿Dinero? Para él cien dólares no es dinero… ¡Estos de aquí mueven miles! Creen que la tropa sólo piensa en llenarse la barriga y aparte de eso no entiende nada más… Pero ¡entendemos! ¡Y tanto que entendemos! No sé para qué aceptó mi billete verde… ¡Lo habrá utilizado para limpiarse el culo! Oleg:

—Espera, te traeré un poco de agua…

—¡Se le habría acabado el papel de váter! ¡Por eso aceptó!

Incluso al otro lado de la puerta oí cómo temblaba… El catre trepidaba contra el suelo… Lo curioso es que Álik casi no tartamudeaba. El temblor febril del cuerpo absorbía el temblor del habla. Me pareció que se derrumbaba en la cama… Se estremecía. ¿De frío?

Oleg le pasó el vaso. Pero él sólo castañeteaba los dientes contra el borde… Por lo que entendí, el agua acabó en la cama.

—No me riñas p-por el agua. La mano se me fue.

—No te riño.

—Yo, Oleg, n-no paro de pensar… ¿Por qué hay esta debilidad dentro de mí? ¿Por qué tengo esta enfermedad ridícula? ¿Qué clase de soldado soy? ¿Por qué soy así de blando y cualquier m-mierda se ríe de mí?

Oleg, supongo, recordó cómo hace nada él también se enderezaba y rendía honores sólo pensar que se le acercaba un oficial.

—¿Y yo? Soy igual que tú.

—Cuando me despierto oigo las voces que me interrogan. Y encima esta porquería amarilla… que se me mete en los ojos.

—¿Y yo? A la mínima gritaba lo del juramento y tal… Ahora estamos mejor. Casi estamos bien.

—No me has contestado.

—¿Sobre qué?

—Lo de la mierda. ¿Por qué la mierda se ríe de mí si tan sólo soy un traumatizado por la guerra como cualquier otro?

—Porque la mierda es mierda, Álik.

—¿Sí? ¿De verdad lo crees?

Álik se rio. La risa nerviosa como válvula de escape. A veces ayuda. Al parecer se calmó, pues ya no se oían los tembleques del catre.

Se callaron un rato..

Oleg dijo:

—Hago el té, ¿vale?

—Vale… Y hablemos de los chicos. De los nuestros.

Sabía que habían inventado ese juego. El pasatiempo al final del día que relaja los nervios en el ambiente aburrido de la nave.

—… Y de cómo los tíos nos esperan y de lo que se alegrarán. Nos dieron por muertos… ¡Oleg! Venga… Con la memoria que tienes… ¡Recordar es lo tuyo! Dispara.

Oleg rumió un instante, se frotó el ceño. (Como si lo viera, no me

costó nada adivinar ese ademán tan característico).

—¿Con quién?

—¿Con quién quieres? ¿Quién curaba a nuestros roncadores en el cuartel?

—Era Petrakov… Se acercaba a hurtadillas al que roncaba, con una almohada en las manos, no con la suya, sino con la de otro, el muy cabroncete. Le tapaba la cara al serrucho y se largaba…

—No, no mola… Petrakov no tiene mucha gracia… ¡En cambio Gerka! Aquellas palmas que daba que parecían cañonazos… ¿Y el sargento Suchók? ¿Recuerdas sus bromitas? ¡Firmes, comemierdas! ¿Quién ha pasado mala noche? Repito: ¿QUIÉN… HA PASADO… MALA… NOCHE? ¿Tú y tú? Eso significa que tú y tú trabajasteis poco ayer. ¡Significa que hoy os toca arremangaros!

—¿Y Vasiok, recuerdas? ¡Catorce estornudos!

Jugaban…

Justo a Vasiok, el día que vuelvan a su unidad militar, tal vez no lo encuentren… ¡Quién sabe! Lucía una herida terrible ese tal Vasiok suyo cuando los chechis abatieron su unidad en el desfiladero. Aunque quién sabe, tal vez el divertido Vasiok se habrá salvado y el que yacía allí era el cabroncete de Petrakov… Yacía en medio del tiroteo, apagándose y boqueando… Como un pez fuera del agua.

Que jueguen, pensé… A lo mejor Vasiok realmente está vivo. Está vivo y les espera en su entrañable unidad militar. Y se reirá a gusto cuando los vea, a los dos, de regreso a casa, se alegrará de corazón… Y los llamará con un gesto, como solía… Vasiok alza la mano: ¡Venid, venid, tíos! Y con la jeta de pronto seria comienza sus famosos estornudos… UNO…

Vasiok estornuda y la soldadesca atiende alrededor, quieta, hecha una oreja colectiva.

Y desde un estornudo determinado comienzan a contar a coro… OCHO… NUEVE… ¡Sigue, sigue! Vasiok está extasiado. Vasiok, según parece, va a batir el récord… DIEZ… Todos los soldados vocean… Todos juntos… ¡ONCE! ¡DOCE!

No me di cuenta del momento en el que me enojé. No con ellos, conmigo mismo.

—¡Kramarenko!

—Sí, señor.

—A estos dos los enviamos mañana mismo. Con el convoy de Zimín.

—Pero Zimín sólo va un poco más allá de Serzhen-Yurt. Es la mitad

del camino.

—Son dos tercios. Y después que se apañen… Caminando. ¡Llegarán! Ubícalos en el camión de gasoil que debemos a los de Serzhen-Yurt… Que los dos viajen en la cabina del conductor.

—Sí, señor.

—Se lo dirás por la mañana… Justo antes de subir al vehículo. Despiértales y adiós… Espera, qué más… ¡Ah, sí, que no se te olvide! Antes de que monten los señores Evski y Alabin les entregas sus metralletas de mierda.

Para qué diablos necesito yo a estos dos zoquetes. ¡Ni almas atormentadas ni historias! Al convoy. A la cabina del conductor. Y viento en popa, chavales… Vale, sí, pueden matarlos si hay un ataque. O rematarlos después del ataque. Mala suerte. Aunque a veces la mala suerte no es tan mala…

¿No tenían tanta prisa por aclararse estos niñatos? ¡Ay, Evski, hijo mío, ahora sí que te vas a enterar! No le tocará nada, digamos radiante, en el hoyo checheno. Estará a oscuras. Ni briznas amarillas ni naranjas. Por fin el chaval entenderá algo sobre el mayor Zhilin. Pero ya desde el fondo del hoyo… Y cuanto más profundo, mejor.

Un cabreo del carajo. La idea no se enfriaba… ¡Enviarlos mañana mismo! De todos modos se iban a escapar un día u otro… Será mejor que los mande de inmediato… ¡Claro que sí, ya es hora! Estoy harto de ellos. Me desharé de ellos… ¡So capullos, joder!

Justo mañana hay un convoy, lo conducirá Zimín… Perfecto… Hasta Serzhen-Yurt y más allá… No es Jvor, está claro. Para nada es Jvor… Pero en ese momento no sentía ni una pizca de compasión por ellos. Muchos murieron antes. ¿Qué más daban dos más?

Zimín es una mediocridad, pero ¡la guerra se sostiene con los mediocres! El convoy de mañana está hecho a su medida. Uno pequeño, de escolta modesta… Un bomboncito para la encerrona… Aunque montados en la chapa irán los soldados de OMON. Gente bragada… Así que mis muchachos no irán del todo desprotegidos. ¡Y por qué a mí, el tipo de la gasolina, me ha de importar! ¿Qué pasa? Saldrán de Jankalá. Llegarán más allá de Serzhen-Yurt. Y después ya se espabilarán, no es mi problema.

Recuerdo perfectamente a Zimín a punto de salir con el convoy.

Estaba de pie al lado del camión-cisterna. Hace un mes. Ni un BMR. Sólo un tanque.

—¿Habrá protección aérea?—pregunté.

Zimín se rio:

—¡Adiós, Sasha!

El capitán cito preparado para todo. ¡Un rango insignificante! El soldado de verdad… Que sabe que si cae en una emboscada nadie acudirá a ayudarle.

La luna asomó por detrás de la nube. Arrojó un poco de luz.

Estuve por ir a mi calvero para llamar a la parienta pero me di cuenta de que no tenía la cabeza en eso… Ni ella ni mi hija ocupaban mi mente, sino los dos chavales, mis dos pobres chalados en el convoy inseguro de Zimín. Sufría por ellos. De repente comprendí sorprendido que tenía el corazón partido. Dividido en dos… ¡Vaya! Pensaba tanto o más en gente ajena a mí que en mi propia familia. «Esto no se hace, mayor», me reproché.

Posiblemente es una necesidad local, chechena. O sea, la de compadecerse de alguien vivo no a distancia, sino in situ.

De alguien que esté a mano… ¡Da igual! Enviaré a los chavales y me buscaré una perrita.

Sin embargo, pasando delante de las naves ya había cambiado de parecer.

—Kramarenko—llamé—. No despiertes a los chavales por la mañana… Me he precipitado con lo de mañana: con el convoy de Zimín.

—Es lo que pensaba, camarada mayor.

Estaba furioso con ellos. Pero se me pasó pronto.

Y por fin llamé a mi mujer. Llamé sin más… Sin ninguna causa concreta… Aparte del dinero, claro.

Observaba la luna y marcaba el número… ¿Cómo estará mi mujercita, cómo se las arreglará con la obra?

—Todo va bien, Sasha… Te echamos de menos.

Me dijo que acabaron la segunda planta. A muy buen ritmo, casi parecía que las paredes crecían solas. Me dijo que las vigas huelen a fresco. Y que la veranda ha de mirar al norte… Para que haya sombra. Qué bien se estará allí en verano, con la sombrita…

—¿Qué tal el colegio?

A ver cómo iría la niña.

—Estudia.

Es decir, la niña todavía no ha cambiado de colegio. Queríamos uno bueno para ella. Dentro de lo posible, claro… En esa ciudad a la orilla del gran río que no se nombra, había que elegir con cuidado: las escuelas allí dejan mucho que desear.

Al mismo tiempo pensaba cómo decirle que la situación se estaba arreglando. Que Jvor enseguida estaría en juego…

Y que mal que bien había ido reuniendo algún dinero, que ya se lo enviaría un día de éstos, que tirara para adelante con la construcción del cobertizo.

No sabía muy bien cómo hacérselo saber, sin decirlo muy a las claras, sin mencionar explícitamente lo del dinero, el cuánto y el cuándo… Pero ella las cazaba al vuelo…

—He comprendido, Sasha.

—Las cosas van arreglándose.

—Entendido.

—Podré hacer algo.

—Entendido.

—Estos días.

Ella me atajó y me repitió en tono risueño:

—Lo he comprendido todo-todo-todo, Sasha.

Pues no hay más que hablar, hasta la próxima… Y me desconecté.

Nos comprendíamos con medias palabras. La telefonía móvil es un milagro. Cuando bastan las medias palabras.

Mi calvero lunar soñoliento está envuelto en silencio. Protegido por la oxiacanta… ¡Qué pequeño lujo este rincón! Me he quedado sentado un ratito. Cuando la sensación de estar vivo, plenamente y cien por cien vivo, es tan intensa como ahora, te entran ganas de dar las gracias… *¿A quién?*

Los minutos felices son peligrosos. Por eso (por pura cautela) piensas en la bala… En cuanto te quedas a solas…, en cuanto te quedas en la feliz soledad, ¡te imaginas al francotirador! Y que la bala te despachará justo aquí, no en otro lugar… ¡Chmok! Ni hablar. Resollé. La Vieja no está por la labor… La Vieja aún no me tiene entre ceja y ceja.

Dubravkin, más que venir, ha sobrevenido. Con un plan malicioso y candongo. Ha caído no sobre los almacenes, sino sobre la obra, sobre mi almacén exterior en construcción. ¡Más claro imposible! Hay más

defectos en la obra… Y justo cuando me habían venido a ver los chechenos. Por suerte, éstos eran sin duda de los nuestros, de los que luchan de nuestra parte. ¡Venían con la solicitud! A adquirir su combustible, su gasoil… Pero para Dubravkin todos los chechenos son chechenos. ¡Y una venta es siempre una venta!

Dubravkin se ha presentado con dos vehículos. Él y otros cuatro hombres armados han irrumpido en la obra eterna por la escalera trasera. Hemos interrumpido nuestra conversación… ¿Qué es lo que se nos viene encima? ¿Por qué por la escalera trasera?

Bajo los pasos de los hombres corriendo tronaban las tarimas de madera.

El estilo de Dubravkin… Ha entrado embistiendo y directo hacia mí. Sin salvedades, con las acusaciones por delante:

—¡Cada décimo barril! ¡Cada décimo! ¡Aquí las has pifiado, hijoputa! ¡Estás acabado!

Agitaba la mano apuntándome con el dedo. Sus cuatro hombres montando las armas.

Alguien le ha chivado lo del «décimo» barril. Se lo han susurrado al oído. Le han ido con el cuento de la parte que me llevo. Es mi beneficio conocido si suministro el combustible a tiempo y correctamente. Pero ¡a Dubravkin le basta con un rumor! ¡No necesita más que un soplo! Y no hace falta probar nada… Ha venido corriendo para arrestarme. De acuerdo con las leyes de la guerra.

En momentos como éste tu vida no vale ni un chavo. Gritaba sobre el tribunal pero ni siquiera me llevarían al tribunal: ni de lejos habría visto el edificio de los juzgados. A la mínima complicación por el camino, habría recibido mi bala. ¡Su estilo! Para empezar, Dubravkin habría atacado a algunos chechenos escondidos en el verdor… Se habría metido en una refriega, y de paso yo… yo habría sido fusilado. En medio del combate. Como un caído más, uno de los nuestros a quien habrían pillado junto a los chechis. Dada la imposibilidad de la identificación correcta. Cuánto me odiaba.

El, un coronel, ha de aguantar los tejemanejes de no sé qué mayorcito… ¡De un gasolinero! ¿Enjabonar a un mercachifle? ¡Hasta los generales toleran a este Zhilin, pero él, el coronel Dubravkin, no piensa hacerlo! ¡La primera bala! Y se echa el cuerpo por el camino… A las alimañas nocturnas… Que disfruten de la carne fresca… ¡Y todos los combatientes honrados que sigan adelante, al ataque! ¡A aplastar a los chechis!

Dubravkin iba demasiado acelerado… Estaba exuberante luciendo el uniforme completo de coronel, no el traje de campaña. Entró como un tornado. ¡Apunten! Apresen… Que nadie se escape.

Los chechenos se apiñaron en un rincón apuntando las metralletas hacia fuera. Bueno, éstos no acostumbran a entregar sus vidas gratis… Aunque fuesen leales, se pusieron alerta. De ningún modo pensaban que la redada era sólo para mí. Pensaban en ellos mismos. A uno le castañeteaban los dientes. Literalmente. Sonaban como campanadas de reloj… Su compañero incluso le siseó… Se calló. Pero al poco volvió el castañeteo.

Los chechenos, espantados, podrían liarse a tiros a la mínima, y Dubravkin comprendía perfectamente la situación… No obstante, él, con sus galas de coronel, tampoco podía ceder.

Hizo ver que realizaba una revisión rápida de la construcción. ¡Vaya controlador! Observó las paredes en crecimiento indolente… La basura… Los ladrillos rotos.

—¿Así que construyes?

—Exacto, camarada coronel.

Respondí según el reglamento.

—Y éstos, ¿quiénes son?—preguntó—. ¿Vienen a verte? ¿El motivo de la visita?

—El gasoil. Son pacíficos. De Grozni… Hay que mantenerlos contentos. La política, ya se sabe…

Dubravkin miraba directo a sus cañones erizados. Tocó valientemente uno, lo apartó. No sabía en qué más reparar. No dijo ni una palabra de sus metralletas. Ni pestañeó. Ya se sabe, los chechenos son los chechenos… El coronel no quiso gritar sin causa, en balde. Guardó las apariencias.

Esperó.

—Vale—dijo—. Disfruta de un día más de vida, mayor. Vívelo… Mañana o pasado, sin embargo, espérate a que llegue con la orden de detención.

Y añadió:

—¿Por qué no te pegas un tiro, mayor? Salvarías el honor.

Al salir me echó una mirada cargada de significado. Me lo dijo todo… Para él era un cadáver… Mañana vendrían y arrestarían al mercachifle de Zhilin. Al logrero Zhilin… Vendrían con la orden firmada por el general N… Con una sección entera de escolta.

Se fue. Y sus hombres tras él… Tronando otra vez por la escalera

trasera. Instantes más tarde, rugieron sus motores… Se fueron como vinieron, en dos cuatro por cuatro.

Uno de los chechenos se lanzó hacia mí:

—Sá-aashik. Sá-ashik… Acabará contigo, Sáshik.

—Qué va.

—Mátale tú primero, te lo suplico por Alá… ¡Sáshik! Si quieres, te lo ruego por el Dios único.

Pero soy el mayor Zhilin, tan sólo el mayor Zhilin. Estoy en el Cáucaso.

Aunque sentí un escalofrío: ¡de modo que así son las cosas! Del todo inesperada, imprevisiblemente, me veía rozando el borde… Otra vez, Vieja, toca mirarte a la cara.

—¡Nadie te salvará!—gritaba el checheno.

Me salvó la casualidad.

El mismo día Dubravkin atacó, agredió a un grupo checheno que acababa de bajar de las montañas… ¿Por qué? Por nada, sólo para descargar su ira. Estos chechis muy probablemente (¡Dubravkin relacionaba las cosas con mucha facilidad!) habían bajado deslizándose sobre sus culos flacos para agenciarse unos vehículos… Y luego comprarían el combustible a ese mercachifle de Zhilin. ¡Pues vais dados, de eso ni hablar! No le compraréis ni una gota más. Zhilin ya es cadáver… ¡Y a vosotros, chechis, también os daré vuestro merecido!

Dubravkin fue creado conforme a ese molde. El fanático tiende a acelerar los acontecimientos. Pasando con su medio regimiento por delante de una parcela de verdor incontrolada, Dubravkin se fijó en los chechenos. Esos no bajan porque sí, saben a lo que vienen… ¡Tienen un plan y sea cual sea están dispuestos a cumplirlo! Debía informar de inmediato a sus superiores. En vez de hacerlo, recurrió a una torpe excusa: el transmisor averiado… ¡Qué putada, se averió el transmisor! Acto seguido, exultante, atacó a los chechis.

Hablando en plata, se cegó… Porque los guerrilleros eran demasiados. Pero Dubravkin no pudo contenerse. Sintió el espasmo en su nalga izquierda, como solía ocurrirle antes de un lance caliente. ¡Tenía ganas! Y, justo es reconocerlo, era todo un as, sabía hacer su trabajo. Sabía que estos guerrilleros son buenos en una emboscada. ¡En un ataque son magníficos! Hambrientos, con el frío metido en los huesos, envueltos en la ropa desgastada y apestosa, soñaban con atacar… y, animados por el grito «*Alá akbar*!», disparar, aplastar, fulminar, quemar, para de una u otra manera ¡obtener su botín! ¡Armas!

¡Comida! ¡Fama! Qué hermoso sería anticipárseles.

Además, tras el tortuoso descenso de las montañas, víctimas de un ataque, los guerrilleros hambrientos no podrían ofrecer mucha resistencia. Tal vez por ello emprendieron la maniobra de viraje. Se dieron prisa en recular a las montañas para aguardar allí. O para buscar otro lugar donde bajar: distinto, provisto de alimentos y tranquilo.

El veterano Dubravkin enseguida aprovechó la circunstancia del viraje. ¡Cómo iba a dejar escapar una oportunidad de manual! Recular por un sendero montañoso es difícil. No hay tiempo para que lo hagan todos… Dubravkin dividió a sus hombres en dos grupos, menos de un batallón cada uno. Dos cincuentenas de soldados, casi nada… Dividió sus fuerzas y ordenó flanquear rápidamente al enemigo por la izquierda y por la derecha. Y cerrar el paso a la montaña a los rezagados. ¡El habitual movimiento *envolvente* que busca la total *abarcadura*! Lo clásico.

El ataque fugaz fue un éxito… En menos de una hora el coronel Dubravkin, fumando un cigarrillo y en silencio, observaba a los chechenos con las manos alzadas caminando hacia él… Primera entrega… Una decena y media… En vez de vocear, como solía: «¡No tomar prisioneros!», Dubravkin aspiró gustosamente el humo. Le apetecía estar en silencio. Tan sólo hizo un gesto vago con su mano poderosa de coronel… Un gesto… que hubiera podido ser interpretado como: «¡Que se acerquen los prisioneros!». Y los chechis se acercaron. Al mismo paso menudo y con las manos alzadas. Delante iban tres.

A uno de estos tres se le cayeron los pantalones… Se le escurrieron hasta los tobillos. Hasta las botas increíblemente sucias… Dejando al descubierto los largos y astrosos calzones. En cambio, el AK-74 de culata plegable colgado del cinturón estaba limpio, reluciente. (La famosa variante de culata plegable, desarrollada en el 74). Nuevecito… Brillaba que era un primor.

Nadie tuvo tiempo… El checheno se pasó la metralleta al pecho y descargó una ráfaga casi sin mirar. Teniendo en cuenta, no obstante, el grupo de gente en que se encontraba Dubravkin. Sólo logró alcanzar al coronel antes de que le agujerearan a conciencia… Dos o tres balas dieron en el blanco. En el tórax… El coronel Dubravkin no murió al instante… Lo acostaron en una camilla y se lo llevaron a escape. Iba delirando… Luchaba contra los enemigos. Y le rechinaban los dientes por el gasoil vendido clandestinamente por el mayor Zhilin. ¡Enemigos en todas partes, joder!, gritaba.

No son buenos días para mandar un convoy rumbo a Vedenó, demasiado nubosos. La niebla que se forma en los desfiladeros aumenta el peligro. Pero soy como un barómetro. He presentido, adivinado al día.

Aparte de mi propio barrunto, y casi al mismo tiempo, me ha llegado la sugerencia que ha acabado de decidirme: uno de mis contactos, el proveedor de la base de alimentos, me ha filtrado que junto con el reemplazo en la zona de Vedenó irá un oficial de rango (de qué rango exactamente, no lo sabe…). Es posible que se trate de una inspección. ¡La de tiempo que hace que los oficiales de alto rango no visitan Vedenó!

Mi proveedor es aficionado a los cotilleos. Si hay un oficial de rango, si hay un oficial de alto rango, quién si no Jvor conducirá el convoy… O sea que a nuestro invencible le han metido prisa. ¡De un tirón le han sacado de su cama calentita! ¡Ea, prepara el convoy! Dicen que a Jvor esta llamada le ha sentado como una patada… ¡Que no, que no! Que no es una enfermera… Una doctora… Imagínate… Tiene el pisito en Grozni. Su fama, la de Jvor, va en aumento. O sea, que el tío va subiendo de nivel, ahora se encapricha con las doctoras. Una rubia muy vistosa… La pena es que lleva gafas.

Si va un oficial de rango en el convoy, no voy a enlazar a los vehículos de combate ni un bidón de gasolina o de gasoil. Está claro. Dejémoslo pasar.

A ciegas toco los botones del móvil y, ¡milagro!, Jvor contesta enseguida. Aunque de forma muy expeditiva:

—Sasha, ahora no puedo hablar sobre lo de mañana. Lo de los chavales está decidido… Tú ya sabes cómo y dónde.

Y corta. Pero yo tengo suficiente. «Mañana… Lo de los chavales está decidido…». Todo está dicho.

Cómo significa que él mismo redistribuirá el convoy. *Dónde* significa que Jvor cambiará el orden de los vehículos en la salida, a una hora de aquí… En el campo… Para que los vehículos (de combate y de carga) no se amontonen, no se empujen entre ellos en medio del pueblo.

De un convoy cualquiera, cambiando los vehículos de sitio, Jvor hará el suyo…, moldeará un *convoy de combate*. El *know how* de Jvorostinin. No he de profundizar. Sólo sé que en caso de ataque en un desfiladero estrecho *éstos*, los que van a la cabeza, pasarán tan rápido como sea posible, fugazmente, y *estos otros*, los de la cola, harán creer que aumentan la marcha y acto seguido se extenderán, alargarán el

convoy, disminuirán la velocidad y proseguirán tiroteando y segando, cortando por la raíz los arbustos cercanos como una navaja de afeitar.

La redistribución del convoy tomará unos diez minutos por la mañana. O menos, siete u ocho. Para mí será más que suficiente… En esos siete u ocho minutos tendré tiempo para incluir a los míos en el convoy. (Con el permiso de Jvor, claro). Podré buscarles a los chavales un sitio en los BMR, en la chapa… Nos apañaremos, como hemos hecho tantas veces con personal o con mercancías.

Jvor saldrá de Grozni al frente del convoy por la mañana muy temprano. Yo (y los chavales) tendremos que madrugar con suficiente antelación. Al rayar el alba.

Mañana.

Enviar dinero a mi mujer, hoy mismo. Desde Grozni.

Mientras tanto, mirando de reojo el mapa detallado de Chechenia, voy calculando la ruta de mis tarados: el recorrido del convoy que a ser posible entregará a los chicos directamente a los suyos.

Desde su unidad militar n.° 12 069 hace tiempo que llegó la solicitud-pedido de cartuchos para los francotiradores. Trazadoras (han dicho) no les faltan. Los francotiradores, en cambio, se aburren. ¡Con un cajón de munición especializada su vida cobraría color!

Así que tan sólo he unido su deseo y mis intereses. ¡De paso! Hasta he sentido una ligera ola de calor. ¡Bien pensado, mayor! Si no me halago yo…

El convoy, nada más descargarse en las cercanías de Vedenó, en el camino de vuelta dará un pequeño rodeo. Un rodeo de menos de veinte kilómetros— ¡pecatta minuta para los vehículos de combate! —por el camino carril. El convoy pasará por la aletargada unidad militar n.° 12 069… casi sin parar… Bueno, cinco minutos… Una paradita de nada… ¡Visto y no visto! Justo para dejarles el ansiado cajón de cartuchos… y, en fin, un extra… Un regalo para toda la tropa, sus propios, desaparecidos un día en combate, compañeros (a que no está mal, ¿eh?). ¡Han vuelto, aquí están! ¡Hurra! ¡Hurra!

Y, claro, allí serán reconocidos como inútiles para el servicio y se irán a casa.

O, tal vez, los dejen en la unidad. Los soldados son necesarios… ¡Si el soldado Evski hubiera estado meándose encima en vez de derramar lágrimas, otro gallo habría cantado! ¡Pretendes que te enviemos a casa, hijoputa! ¡Retrete ambulante! Con esto el matasanos habría supuesto un

desequilibrio nervioso… ¿Y si tan sólo derrama una lágrima? ¿Sólo del ojo izquierdo? Pues, que se la seque… ¡A quién le importan nuestras lágrimas! ¡Kramarenko!

—¡A sus órdenes, camarada mayor!

—¿Te suena? En alguna parte de nuestro almacén había tirado un cajón de cartuchos para los francotiradores. En algún rincón.

—No está tirado, Aleksandr Serguéievich… Qué cosas dice… El cajón está en su sitio.

El bloque de cinco plantas donde acordamos la cita es inmundo. Entre ruinas… Al lado de otro par de bloques de viviendas de Grozni aún más horrendos… Pero la estética me importa un bledo. ¡La gestión! En la dirección apuntada me esperaba una madre de soldado agradecida. Un asunto bastante más importante para mí que el camión cisterna quemado y Ahmed el Montañés petrificado… Con el brazo asomando del coche a modo de una higa enorme.

El dinero por Ahmed está cobrado. Cuenta saldada. La mano se quedará tal cual. (La higa de Ahmed seguirá incluso en su tumba, cuando entierren al bravucón).

Hace algo más de medio año esta mujer, Eugenia, madre de soldado, no me pudo pagar. Le fue imposible. El hijo rescatado ya estaba en casa, a su lado, eso es lo principal. Ahora no le costaría nada pasar de mí. Borrarme… Olvidarse del asunto. ¡Un pringado más, uno menos, los cielos lo aguantarán! Pero ella regresó a su pueblo natal y estuvo reuniendo, ahorrando, apartando. A lo largo de estos siete meses y pico.

El hijo desempeñado de los chechis con mi ayuda vive ahora con ella, está en casa desde hace más de medio año, bien alimentado y calentito, ¿qué otra cosa podía desear? Pero fíjate, ella ha venido. Ha traído el dinero. Y a ella misma también.

«Ella misma», por lo visto, formaba parte del pago, ella lo veía así. Que en la guerra vamos todos con hambre atrasada, que mataríamos por un buen polvo. Por eso ha venido luciendo el aspecto de una mujer fresca, en la flor de la vida, como quien dice, de cuarenta años recién cumplidos… Al contrario de la zarrapastrosa agotada que (en parte a propósito) estaba hecha cuando rondaba por aquí… En las sucias carreteras chechenas… Sabía que ahora llamaba la atención. Incluso se adelantaba, se anteponía al dinero… Antes que el dinero… Entregarse ella misma. Creía que sería como más noble. «El dinero es estiércol»: me ha susurrado con patetismo tácito, a mí, a un hombre. Con la mirada

reluciente… Por supuesto, en voz baja… Sin olvidar el grosor de las paredes del bloque de viviendas. Evitando que la oigan al otro lado de la pared. Allí, al otro lado, el dinero podría significar otra cosa.

Sin embargo, el mayor Zhilin ha elegido empezar justo por el «estiércol», es decir, ha preferido el dinero.

Tranquilo y de modo comprensible le he explicado la prosa de la guerra: aquí, en la guerra, el mayor Zhilin no necesita dinero. Le matan y adiós al dinero. Así que guárdese el suyo, la paga por el hijo… Que ella, Eugenia, buena madre de soldado, se quede con el dinero… Y además le he entregado un fajo, que guarde otros trece mil. El mayor Zhilin quiere que ella, de regreso a casa, le pase este dinero a su mujer. En total, sumado todo, son quince mil, un importe redondo, ¿a que sí? Que lo envíe por medio de la Caja de Ahorros… Que se deje de depósitos y demás… Directamente… A esta cuenta corriente.

Cambiarlo a rublos y enviárselo a mi mujer, eso le pido. Si por un casual le preguntasen qué dinero es, de dónde o para qué… ¡Una deuda! Simplemente una deuda. Y nada más… ¿Qué tal las Cajas de Ahorros en su pueblecito? ¿Funcionan? ¿Bien? Perfecto pues. No le he pedido ningún recibo. Ni siquiera lo he mencionado. El mayor Zhilin siempre actúa así. La mujer no fallará… Seguro. Como las estrellas en el firmamento nocturno… Ninguna madre de soldado me ha fallado jamás… No me ha ocurrido ni una sola vez.

En el bloque de viviendas de Grozni, según he entendido, nos hemos encontrado en la casa de una anciana. La madre de soldado la ha enviado fuera por un rato, está claro… Para esta cita… No es fácil hacer que la abuelita salga, hay pocos rusos en Grozni. ¿Dónde la habrá metido? Da igual.

El pisito está arreglado. Limpio. Con flores encima de la mesa. El mantel, aunque ha perdido la blancura, está recién lavado. La botellita de vino… Y en el aire en general se percibe algo olvidado… Como un aroma a Nochevieja… Aunque ahora es verano. Claro, lo he captado. La madre de soldado desea ser agradecida conmigo, por eso su alma canta y su *eso* empapa el aire. *Eso* se nota desde la puerta. Cuando la mujer se prepara para regalarse, la ofrenda la cambia por completo. La embellece… La realza… Y a ti de paso también.

Después del primer beso fugaz en la puerta ella una y otra vez ha buscado mis labios. Pero la he ido frenando delicadamente. Le he dicho:

—Lo sé, lo sé… Estás contenta… Me has estado esperando… Yo también estoy contento. Pero tengo una petición especial… Quiero que

hagas… que hagas algo por mí.

Su aliento se ha vuelto cálido. Su sonrisa, solícita. Y ella, la generosidad en persona, ha dicho:

—Lo haré. Lo haré… Cualquier cosa, lo que quieras.

Me ha cogido de la mano y me ha dirigido a la cama, preparada expresamente.

Yo, comprendiendo su error involuntario, la he parado de nuevo.

Le he recalcado:

—Sin embargo, primero el negocio… Repite.

Se lo pronuncio despacito:

—Pasar dinero a la esposa… Cuando llegues a Rusia. Enseguida.

Ella repite:

—Pasar dinero a la esposa… Cuando llegue a Rusia… ¡Enseguida! ¡Entendido! ¡Entendido!

La cama dispuesta a propósito le era más necesaria a ella que a mí. No por razones fisiológicas, sino por sentido del deber. Demasiadas reflexiones y preocupaciones previas suyas estaban depositadas en esta velada nuestra. ¡Medio año! Todo ese tiempo había estado preparándose. Convencida de que eso era lo que yo esperaba y deseaba.

La mujer a menudo piensa que la esperan más bienes que los que trae. Eso era justo lo que pensaba en su casa mientras, dólar a dólar, iba juntando lo adeudado.

Sabía cómo sucedería. Enviar a la abuelita afuera… Arreglar el pisito para que resultara agradable. Poner un juego de cama nuevo… Y recibir al mayor Zhilin en la puerta con un beso en la boca… En su cabeza todo esto ya lo ha hecho. Ha hecho todo-todo-todo lo que al mayor Zhilin se le pueda pasar por la mente. Ya lo ha hecho. Ya está atrás. Ya es pasado… Así que si el mayor Zhilin ahora se negara, la afligiría, la ofendería. Hasta las servilletas, inmaculadas, de una blancura reluciente, me echarían en cara el agravio inmerecido, la injusta humillación de la mujer. ¡Y el mantel! ¡Y el vino!

Hacía cien años que no estaba con una mujer… En la cama la he estado tocando con delicadeza. Con tanta delicadeza que he logrado imaginar que estaba con mi esposa. En la penumbra es fácil. Cerraba los ojos… De pronto lo sentía. Tocaba con los dedos sus pezones… Jugaba con lo invisible. El juego para nada impedía el principal trabajo masculino. Los pezones ahora se ablandaban, ahora se endurecían. Y yo me abandonaba… Me engañaba más y más. Me ha sugerido que los podía morder. Un poquito. Si me apetecía…

El sonido del teléfono en la cama siempre te sobresalta. Ese apremio sorpresivo, inoportuno cuando ya estás en la cama… ¡La guerra! Desnudo, alarmado, he metido no obstante la mano en el revoltijo de mi ropa y he acertado… ¡El móvil! Kramarenko.

Kramarenko, a lo suyo. Dice que el cajón de cartuchos está preparado… Todo en orden. Los chavales también están bien, en sus catres… Todo sigue la rutina habitual.

—No tarde mucho hoy. Cada cosa a su tiempo, el trabajo nunca se acaba… Debe dormir, camarada mayor.

Por lo visto, he reaccionado a la llamada. Me he enfriado… Me he cortado. Ahora se ha inquietado la mujer en la cama. Cree que ya me voy… Que era una llamada de emergencia. Y ha empezado a despedirse con otra oleada de gratitud.

Esto ha sido un poco extraño. Un extra… Se me ha lanzado encima. Desnuda y al desnudo… «¡Dios le recompensará! ¡Por sus desvelos! ¡Por nuestros niños!». Me besaba con fogosidad. Se atragantaba con las lágrimas. Yo quería librarme. Me he apartado… Casi he tenido que defenderme… del alud de ternura. Estaba abrumado. Cubierto de sus lágrimas. Hasta me he sentido azorado… Pensando que quería más, un poco más (¿en qué otra cosa podría pensar un hombre en un momento así?), me he preocupado de brindarle un buen añadido de despedida, pero ¡no, no! Por lo visto, ni se ha dado cuenta de mi nueva acometida.

—Dios le protegerá de la bala enemiga. Por nuestras lágrimas… ¡Por nuestros chicos!—repetía hablando muy rápido, atragantándose con las palabras. Me besaba y me daba las gracias. Ensalivándome tiernamente. Por todas partes… Otra vez me ha bañado en lágrimas. Si hubiera podido se habría vuelto del revés. ¡Parecía una loca!

Se ha lanzado a ponerme los calcetines. Se ha doblado… Y todo el rato allí, abajo, besaba mis rodillas, mis pies… Con manos temblorosas me pasaba la ropa. Sollozaba. En sus sollozos, en sus santos mocos y lágrimas se traslucía una sinceridad femenina pesada, estremecedora… La madre.

Al regresar ya tarde, iba a acostarme directamente. Pero de pronto he sentido el impulso de despedirme de ellos. Mañana no habrá tiempo, ¡venga, va, date prisa! La guerra arrancará de cuajo el día siguiente de la rutina de los anteriores. No será cuando ya estén cogiendo carrerilla, saltando para encaramarse al rugiente BMR, el momento idóneo para los adioses.

Por lo menos una última mirada a Alik, que estará resoplando… A Oleg, que aún sigue meneando la cabeza… He entrado en la nave sin hacer ruido. La pequeña bombilla nocturna del almacén… Las sombras estupefactas. La oscuridad de los rincones… Alík dormía sin lágrimas, lo he visto enseguida. Dormía beatíficamente. Los ojos cerrados están secos, los dos, también el izquierdo. ¿Habrá derramado el pobre hasta la última lágrima?

He deslizado la mirada por sus botas. ¡Ajá! ¡Están limpias!

El único ruido en la nave quieta es el conocido ¡jrrrr, jrrrr! La cabeza del soldado Alabin trabaja como una máquina automática. Aquí y allá. Me he aproximado un poco. Me he parado al verle con una sonrisa congelada… Me he fijado en una mancha húmeda al lado de la cabeza de Oleg… Es por el movimiento de la cabeza. ¡El sudor!

Hay cosas que no se olvidan así como así… Algo más que este ruido quedará retenido en la memoria. Pero qué vas a hacer, ¿despertarles para reprocharles sus recelos? ¡Jrrrr! ¡Jrrrr!…

Una cálida sensación me invade el corazón. He esperado otro rato. Luego, con la mano, he parado la cabeza oscilante del chaval. He detenido el péndulo.

—Duerme—le he ordenado con un susurro—. Duerme tranquilo.

Me sorprendo pensando que ahora no quiero cambios. No quiero que cambie nada. Más aún: quiero que todo se detenga… Que el tiempo mismo se cuadre aquí obedeciendo a la orden de «¡firrmes!». Y se quede inmóvil. Sólo así seguirían conmigo… Para siempre… A mi lado y fuera de peligro.

Es ridículo pero me espanta que se vayan… Que se vayan y, en consecuencia, desaparezcan. No me refiero a que les maten… No les matarán… Mal que bien, su gente les protegerá, les cuidará… Pero para mí, para el mayor Zhilin, desaparecerán… Se marcharán… De una u otra manera, acabarán esta guerra… En algún lugar, lejos, madurarán, envejecerán. Se volverán calvos… Pero para mí ya no existirán. En cuanto salgan con el convoy mañana.

Ya no están. Yo, si me paro a calcularlo, los he visto aquí poco, sorprendentemente poco: cinco, diez minutos al día todo lo más… Se acabó el tiempo. No volveré a impacientarme con el tartamudeo de Álik. Ya no habrá ni Álik ni Oleg que valgan… Ya los he perdido. Ya no están. Ni rastro… ¡Perra vida, cómo nos vas despojando! Ya he perdido antes a gente querida… Se esfuman como los sueños, nuestros sueños sencillos. Se desvanecen irrecuperablemente. No queda nada… Dentro

de mí no queda nada.

Un día yo también desapareceré para alguien. Así de desangelada será mi partida… Me iré y ya está… Con una última sonrisa insegura. Y, tal vez, alguien dirá, suplicará en el último momento: «No te vayas, mayor Zhilin. No te vayas… No te muevas… Quédate parado aquí para siempre».

Y tratará de agarrarme por el brazo… Por la tela abigarrada del traje de camuflaje.

Capítulo XVIII

CONDUZCO mi modesto cuatro por cuatro a toda marcha por la carretera nocturna. ¡Es noche cerrada! Los faros están a media potencia… Los dos tarados van en el asiento trasero. Dando tumbos en los baches. Cada uno abrazado a su metralleta. (¡Abrazado a la esperanza! Por fin. Ha llegado la hora). Sus AK de combate son como la garantía, la confirmación de que ahora seguro que están de camino hacia los suyos.

¡Y con qué avidez han asido, nada más despertar, estos cañones que les ha traído Kramarenko!

Por los bultos conocidos ya siento, reconozco el terreno debajo de las ruedas. Lo oigo en el susurro de los neumáticos. Mi coche también lo conoce… Cada bulto… Avanzo un poco más. Al volante podría encontrar ese palmo de suelo con los ojos vendados.

¡Es aquí! Aquí es donde Jvor reorganizará el convoy… Mi faros ya han iluminado (¡están iluminando!) el terreno reconociblemente deformado. Las huellas de los carros de combate, la maniobra de la reconfiguración realizada aquí en tantas ocasiones… Los giros y virajes… Freno. El palmo de terreno … ¡Hemos llegado!

La pálida luz de los faros ilumina el lugar donde finalmente me separaré de mis tarados… La despedida ya es una mera formalidad. Estoy callado. (Ayer me despedí de veras).

Y justo ahora el cuatro por cuatro sufre una sacudida… En el último bache.

—¡Oleg!—exclama el soldado Evski, y empuja al soldado Alabin sentado a su lado—. ¡Oleg!

—A-a…—reacciona el otro, medio dormido.

Oigo cómo los dos mastican el pan seco guardado de antemano. Aunque todavía amodorrados, ya le están dando a las mandíbulas. ¡Así me gusta! Como auténticos soldados.

Esperamos. No sé si Jvorostinin ha salido puntual de Grozni con el convoy… Habrá salido… Seguro… Pero ahora ya no se puede hablar con él. Los móviles están desconectados. Nada de escapes. El convoy de Grozni de hoy es el summum. Top secret… A saber a quién llevan. A un superjefazo que se ha atrevido (tras una pausa considerable) a echar un vistazo a Vedenó… ¡El alto rango! Sólo faltaría que le pegasen un tiro.

Esperamos.

El convoy deberá de estar aquí en… ya en cinco minutos. Pero las luces no se ven… ¿Dónde? ¿Dónde están las luces del convoy?, me pregunto, aunque relativamente tranquilo por ahora. Me lo pregunto taladrando la oscuridad con la mirada.

Nadie… Oscuro… Ha pasado un helicóptero… Ahora otro.

He bajado del coche para mirar alrededor. Los chavales siguen en el cuatro por cuatro… Esperan callados.

No me preocupo. Un caso habitual: meter a dos chavales, ubicarlos en uno de los BMR… y que paseen sobre la chapa toda su mierda… La comida tragada ayer y anteayer. ¡Todo aquello que engulleron tan a gusto! Dentro de nada, ahí montados, sobre la dura chapa, sin bajarse hasta que lleguen, irán mis chalados hacia su entrañable unidad militar.

Ando en círculos alrededor del coche. El círculo nunca se acaba. Es su secreto. Andar en círculos alivia la espera.

Pero ¡qué cojones! Ya han pasado cinco minutos de la hora acordada.

Diez…

¡Ajá!: el guardia en el Estado Mayor responde a la primera. Pero la voz es fría… Sí, los de Grozni van con retraso. Sí, ya han salido de la ciudad… Sí, están cerca de usted… Pero se han detenido.

—¿Por qué?

En este momento el teléfono se desconecta. Cambio y corto. Yo, a la luz pálida de los faros, aprieto los botones. Llamo… Primero, en vano, al Estado Mayor, sumido en la quietud nocturna. Luego, en balde, a Jvorostinin, a su convoy, parado a un kilómetro de mí… Y que por alguna razón ha apagado las luces.

Tenemos una regla para esa situación: si el convoy, por causa desconocida, se queda inmóvil, quédate quieto tú también… Sin movimientos bruscos. A esperar.

Me giro hacia el cuatro por cuatro, veo que Alik, alarmado (¡un tipo sensible!), zarandea a su amigo por el hombro: ¡No duermas, Oleg! ¡No duermas!

Debería hablarles, me acerco al cuatro por cuatro. Pero ¿qué les digo? Es extraño… De hecho, no hay nada de qué hablar con ellos. Ya nos hemos despedido. Es como si los chavales ya se hubiesen ido… Ya no están.

No están, pero siguen aquí.

Llamo.

—Están parados desde hace unos diez minutos. Todo el convoy— responde, por fin, el oficial del Estado Mayor—. Están aclarando algo… No le puedo decir más, mayor. Sí, Jvorostinin está allí… Sin que quede aclarado no se moverán a ninguna parte, desde luego.

Intento averiguar algo sobre el convoy… He de estar al día. Mando con este convoy a dos soldados traumatizados por la guerra.

—Le conocemos, mayor Zhilin. Le respetamos… Todo está en orden. Pero hemos de atenernos al protocolo, ya lo sabe usted.

Así de tajante. La voz del oficial, nítida y firme. Sin un tono de más ni un solo taco… Vaya… Jvor, si por él fuera, seguro que habría seguido adelante. Ya habría puesto el convoy en marcha… Pero con ese alto rango por en medio… Jvor, por supuesto, estará cabreado. ¿Será posible que ordenen dar la vuelta? Toda una noche gastada en vano, en ajetreos inútiles, ¡a veces pasa!

Pero esto no es normal… Algo les tiene que haber ocurrido a los de Grozni. El qué, lo desconozco… ¿Qué hace el convoy parado en la oscuridad, con las luces apagadas, rugiendo a la sordina? Tampoco parece que haya orden de regreso, en tal caso ya habrían dado la vuelta… Y no. Siguen ahí quietos… ¿Por qué?

Ando, huello los círculos, los surcos alrededor del coche. A la anémica palidez de los faros. En cada vuelta cruzo por delante de esa luz pálida, marchita. (Debe de ser que ahora el mayor Zhilin es como la palomilla que vuela en torno al cabo de una vela que se apaga).

Las voces procedentes del cuatro por cuatro. Por la puerta izquierda, entreabierta… Retazos de conversación, frases sueltas.

—… ya pronto, de aquí a nada…

—… esperar y correr detrás… Lo sé…

—¡Duerme un rato!

Me acerco un poco. A escucharles.

—… todos se alegrarán al vernos.

—¡Y tanto!

—Deberíamos, Alik, llegar justo antes de la hora de comer. Sabes lo contentos que se pondrán.

—Y gritarán: ¡Venga, venga! ¡Al comedor! ¡A papear!

—Y cada uno nos ofrecerá sitio a su lado…

—Y pedirán a gritos: ¡Otras dos raciones! ¡Más gachas! ¡Otro postre!

Estos, como si nada. La espera les arroja a la infancia residual. Otra vez a su juego… Sobre cómo les recibirán allí… Sus colegas. En la entrañable unidad militar.

Que así sea. Tal vez la espera es así más llevadera.

Al ver que me acerco, ambos callan. Como chiquillos sorprendidos… Se petrifican en el asiento trasero… Estrechando las metralletas contra el pecho… Este manoseo de las
metralletas es un gesto involuntario de los soldados jóvenes. Un acto reflejo. Se apretujan contra el arma como si fuera su mamaíta.

¡Qué prisa tienen éstos por volver a sentirse soldados! ¿O acaso niños?

El vago y enfadoso sentimiento que empezaba a bullir dentro de mí se desvanece al instante. He atisbado las luces del convoy. ¡Acaban de encenderlas!

Son ellos. Se están acercando… Las típicas luces de los carros de combate. Extendidos en una línea severa… ¡Otra parada! No se entiende por qué… Los vehículos han vuelto a detenerse, esta vez con las luces encendidas, se ven bien.

Ya están cerca, a medio kilómetro… Pero no hay movimiento. Han frenado antes de llegar al lugar acordado para reorganizar el convoy.

Y otra vez, en la oscuridad del cielo, pasan los helicópteros.

¡A medio kilómetro, no más! El convoy se ha inmovilizado… ¿Qué estará pasando?

Alarmado, de nuevo pulso las teclas del móvil… No responden ni los del convoy, ni los del Estado Mayor. Nadie … Ni una palabra… No oigo más que la charla en mi cuatro por cuatro. Esos dos dale que te pego.

—¡Los chavales nos exigirán la multa!

—No necesariamente.

—¡Te juro que lo harán! ¿Lo has olvidado, Oleg? Si regresas de cualquier lugar, haz el favor de volver los bolsillos del revés… e invitar a todos.

—¿De dónde vamos a sacar una botella si venimos con el convoy?

—¡Pues tenemos un problema!

Apenas amanecía, junto con la desvaída luz grisácea ha venido el desasosiego. De la misma dirección, del este… De esa carretera lateral que se convierte paulatinamente en el camino a Grozni.

Así que ésta es la causa… ¡De eso se trataba!

En el camino comunal hay un convoy checheno parado. Apenas se ve todavía… Pero ya se adivina. (No, no es un convoy de combate… Convoyes de combate, es decir, con carros acorazados, a los chechenos hace tiempo que no les queda ni uno. Simplemente no existen).

Pero, quieras que no, son chechenos.

Para la patrulla de helicópteros (con sus aparatos de visión nocturna) un convoy checheno iluminado y en movimiento sería mucho más entendible que un convoy parado en medio de la noche, ¡quieto tan cerca del cruce de carreteras y encima con las luces apagadas! Y, por si fuera poco, a dos pasos del lugar acordado… Establecido para todos tan sólo ayer.

¡De ahí la parada completa! Los pilotos han dado la señal desde arriba y el convoy de Jvor procedente de Grozni se ha detenido enseguida.

Lo incomprensible ahora es otra cosa: ¿por qué los chechenos se han petrificado en ese lugar tan visible, el más abierto de la zona? Es evidente que no se trata de una emboscada. Por muchos faros apagados que haya… Los chechenos habrían podido bajar a los arbustos si pretendieran ocultarse… Pero están ahí. ¡A la vista! Justo esta falta de lógica debe de haber desconcertado a los valientes pero precavidos pilotos.

La experiencia… ¡Eso es! La experiencia sabe un huevo. ¡Me ha sugerido la respuesta sencilla, sencillísima! De pronto, con rapaz lucidez, he tomado conciencia de que ahora soy el más experimentado, el más versado de todos, Jvorostinin incluido.

Más experto que los que se han quedado parados en el convoy. Y que los que están colgados en el aire. Porque no es una situación de combate… Es de las mías. Mía completamente… Ellos no saben, pero yo sí. Estoy cien por cien seguro… ¡Ay, qué risa! A los chechenos simplemente se les *ha acabado la gasolina*. Se les ha acabado el combustible y no pueden moverse. *El rey conoce su reino.*

Juraría que el convoy checheno está lleno de ancianos y mujeres con sus sacos y bártulos. Todos viajan a alguna parte… Dos-tres camiones…

Y unos cuantos desvencijados y moribundos Zhiguli, casi seguro.

Ahora me ha parecido ver, allí, donde los chechenos, una lucecita. Medio segundo… Un centelleo fugaz.

—Camarada mayor…

Esta sensación de ver una luz fugaz suele darse cuando clavas la vista en la oscuridad durante un largo rato.

—Camarada mayor—Oleg finalmente se ha asomado por la puerta—, ¿va todo bien? ¿Seguimos esperando?

Seguimos esperando.

Unos diez vehículos… ¡Once! Un convoy checheno parado, paralizado en medio de la noche por falta de combustible… Aquí están… Cuando viajan a Grozni a vender, a comprar, se asustan ante cualquiera que se tropiecen por el camino. Les dan miedo los controles… Pero lo que más les espanta son, sin duda, los helicópteros. Es por eso que, atascados en la noche, han apagado los faros. ¡Se han agazapado en la oscuridad! Instintivamente. (No hay nada peor que el cielo… Incluso si no eres culpable… En esto todos somos iguales. Todos somos humanos y todos tenemos miedo de los cielos. Incluso si el cielo está calmo. Incluso si es tu cielo).

Ya sé cómo resolver la situación. ¡La experiencia! Pero la idea me ha venido demasiado pronto. (Hay que esperar, pues…). Por eso he seguido moviéndome automáticamente. Haciendo círculos en torno al cuatro por cuatro con los chavales dentro. Pisoteando la hierba. La pausa es necesaria.

Necesito la pausa y una gota de luz matinal para que los chechenos me vean cuando me presente. Cuando me acerque… Un poco más de luz. ¡Ahí está el truco! Para que me disciernan y, si Dios quiere, me reconozcan.

Lo haré. El mayor Zhilin lo hará.

Cuando el asunto tiene pinta de arriesgado, mi «yo» se aleja. Me veo desde fuera… No yo sino el mayor Zhilin camina en círculos, pisotea la hierba. La hierba alta… Los haces de hierba…

Estirar el tiempo… La mano del mayor Zhilin por sí sola ha encontrado el móvil. (De repente ha cogido el móvil… Ha sentido un chasquido en el corazón).

—¿Cómo es que estás despierta, mujercita?

Ha respondido enseguida y espabilada:

—Ya es de día. Son las siete… Y además he pasado una mala noche. Sueño agujereado. Me he despertado varias veces… ¿Y tú por qué no

duermes?

El mayor Zhilin, riendo, ha respondido:

—Estoy en una misión.

—¿De noche también?

El mayor se ha reído levemente:

—Los negocios.

El mayor se ha dado prisa:

—Tú lo sabes. Te veo a menudo… Te inclinas sobre los papeles oficiales. Labios apretados… Expresión severa… Te veo de mil maneras.

—Para—ha interrumpido ella—. Para, por favor… Lloraré.

—Vale. Ya está. Punto final… Pero, que te veo de perfil, ¿eso lo puedo decir? Estás sentada a la mesa y miras. La cabeza un poco alzada… Miras a algo lejano.

A ella se le escapa un sollozo.

—Muchas veces miro por la ventana.

El mayor Zhilin bromea:

—Pues deja de mirar tanto.

Cambio y corto… Ha llegado la hora… De un salto ligero he subido al cuatro por cuatro, igual de ligero ha sido el gesto de poner el coche en marcha.

Saltando por los baches el cuatro por cuatro ha cogido la carretera.

He pisado un poco más el acelerador y ahora los chechenos, los del convoy, ven cómo por el espacio abierto matinal corre a todo gas mi gazik, corre directo hacia ellos. El coche irrumpiendo a toda marcha y sin una sombra de duda. (En el momento de la irrupción no se debe vacilar).

• En cambio dentro del coche ralentizo adrede todos mis movimientos. Ninguna brusquedad, ninguna emoción. Y a los dos que llevo en el asiento trasero les advierto tranquilo y despacio: «Chavales… Sin ajetreos. Con calma… Vamos a ver a los chechis. No saquéis los cañones por las ventanas». (Mientras aumento la velocidad voy controlándoles por el espejo).

Los dos ya han visto que vamos hacia el convoy checheno. Alik, el pobre, se ha puesto blanco. Pero Oleg, nada… Sólo ha apretado bien las mandíbulas.

En el convoy checheno ha habido un movimiento de respuesta. Nada más ver el cuatro por cuatro que se acercaba volando… Una reorganización mínima. Del medio del pacífico convoy checheno ha

salido un camión algo menos pacífico. (Ha salido a duras penas. Va corto de gasolina…). Avanzando arduamente se ha instalado en la cabeza del convoy.

Bueno, no es más que la protección habitual. El camión intenta mostrarse en todo su esplendor épico. De pie, en la caja del camión, sujetándose de la cabina del conductor, se exponen tres chechis barbudos. Con las metralletas.

Además, en el techo de la misma cabina está la ametralladora. El cañón apunta al cuatro por cuatro que corre… Apunta… Pero de momento sin la luz.

Y entonces ha manado la luz. Se ha desparramado en fuego… Una ráfaga… Las balas han levantado el polvo en la carretera delante del cuatro por cuatro. Pero he avanzado un poco más. (Eso también es importante. Continuar en movimiento después de los primero disparos).

Los chechenos han visto que el mayor Zhilin detenía su coche a unos cuarenta metros de su convoy. Lo ha detenido de tal manera que la distancia que ha de recorrer a pie es corta. Para no agobiarlos esperando. Después de aleccionar una vez más a los chicos, «Chavales… No pasa nada. Alegrad esas caras, que no se os vea preocupados», el mayor Zhilin baja del cuatro por cuatro y camina hacia los chechenos. (El solo por la carretera. A pie… Una figura solitaria en la carretera amplía el espacio).

La pistola prendida del cinturón, claro que sí. Pero ni en las manos, ni colgando del hombro lleva el mayor Zhilin la metralleta. Los chechenos se percatan muy bien de dicha ausencia e incluso a distancia la interpretan.

El momento esperado: le han reconocido. ¡Ajá! Uno de los barbudos grita por el megáfono oxidado desde el camión. Ha gaznado o tosido por el vetusto cono ronco:

—¿Sáshik? Asán Serguéievich… ¿Eres tú?

He levantado la mano en respuesta: ¡Yo! ¡Soy yo! Quién más acudiría a ayudaros, so cagones nocturnos. Quién vendría a ayudaros, a sacaros del atolladero… sin una metralleta.

El barbudo ha tirado el megáfono y salta al suelo por encima del borde del camión. A recibirme… Un salto ágil… Tendrá unos treinta años. Conoce al mayor Zhilin, pero el mayor Zhilin no se acuerda de él.

Aún así, he alargado la mano al checheno… Después de un fuerte apretón, el checheno estalla en palabras. ¡Su convoy está aquí por casualidad! ¡Un descontrol! ¡Un accidente! ¡Lo juro! ¡Ya sé que cuesta

creerlo, Asán Serguéievich, un fallo tan tonto! Pero así ha sido. En el convoy se ha acabado la gasolina. No hay ni una gota… Por el camino tenían que encontrarse con el camión cisterna de los intermediarios. ¡La gasolina está pagada! ¡A tocateja! ¡Y todavía no ha llegado! Siguieron mientras pudieron y como pudieron. A paso de tortuga. Compartiendo la gasolina. Pasándola de un coche a otro… Y aquí, ya a punto de girar en dirección a Grozni…, ¡parada total!

—Éste, Asán Serguéievich. —Volviéndose, el barbudo señala con el dedo—.Éste… ¡Míralo! ¡Admíralo!

Del Zhiguli ha salido un checheno de aspecto deplorable. Anda hacia nosotros. Jamás se ha visto nada más patético: ¡un checheno víctima de una estafa! Le han timado con la gasolina… Pobre desgraciado.

¡Más le valdría morir! El intermediario estaba lívido. Se estremecía. Estaba hecho un guiñapo, y eso que no iba mal vestido, sino tirando a peripuesto, bastante hortera, eso sí: traje a rayas y corbata… La corbata era la puntilla.

Se ha presentado ante mí, ante el mayor Zhilin. No se atrevía a darme la mano.

—No lo sabía. No estoy implicado… Juro que no estoy en el ajo… Me han engañado, mayor… Me han timado igual que a todo el convoy.

El barbudo y yo hemos intercambiado las miradas: ¿es cierto? ¡Es cierto! Parecía que era verdad.

Cualquiera sabe que el intermediario principal es el que viene al encuentro. Aquel que no ha ido al encuentro con su convoy, que no ha traído la gasolina, aquel que les ha timado, ¿quién sabe ahora dónde estará ese fullero? Ya no le vas a pedir cuentas. En todo caso, hoy no.

Y no hay nada que sacarle a este listillo embaucado, a este intermediario de pacotilla. Aunque le cortes la cabeza… Aunque se la rebanes de un tajo y eches al depósito todo lo que salga por el cuello. Con su miserable sangre aguada los coches no irán a ninguna parte… Ni siquiera los arruinados Zhiguli, que han tragado de todo, arrancarían.

—¿Quién tenía que venir al encuentro?—pregunto.

—Abusalim… De Urus-Martán.

He meneado la cabeza. El nombre no me dice nada. Y seamos sinceros: quién le hubiera dicho su nombre real a un zopenco como éste.

El mayor Zhilin y el barbudo vuelven a mirarse a los ojos. ¿Y ahora qué? Con nosotros se ha reunido otro barbudo.

¡Vaya cachas! Al instante he recordado su rostro. ¡Claro, claro! ¡Un

tipo duro! En su momento hasta estuvo entre los más buscados. Aunque después se le han bajado los humos, se ha ablandado… Ahora sólo hace de escolta. Utiliza su aspecto terrorífico. En su mano enorme la metralleta parece de juguete.

El primero, el barbudo-jefe, también intercambia miradas con este fortachón… El juego empieza.

Mientras tanto van bajando los viejos de los vehículos inmóviles. A estirar las piernas, a desentumecerse. A averiguar qué hay de nuevo. Se han acercado. Se han puesto alrededor… Cómo no. Al fin y al cabo es su oportunidad de admirar de cerca al venerable mayor Zhilin.

Al mayor Zhilin, a su vez, este ajetreo en medio de la carretera no le preocupa en absoluto. ¡Ni lo más mínimo! El mayor se siente la mar de bien en estos barullos. De entrada lo más probable es que encuentre algún conocido entre la muchedumbre. Lo localiza enseguida, a la primera… El mayor Zhilin alarga el brazo como si pescara al vejestorio de turno… Le palmotea amistosamente el hombro: ¡Saludos! El viejo, por su parte, se acuerda del mayor. Luce la sonrisa desdentada. Balbucea algo… El mayor Zhilin también le sonríe. En el ambiente hostil esta capacidad de abrazarse con el anciano checheno siempre parece un milagro. Un milagro jubiloso… Y alrededor todos siempre, sin falta, se animan. A los chechenos les cae bien la valentía con ligero olor a sangre.

Las ventanillas chirriantes de los cascados Zhiguli se están abriendo… Las mujeres se asoman. ¡Las montañesas! Las tocas al estilo oriental, caladas en la frente, cubriendo casi medio rostro… Pero miran… Con los ojos casi tapados… Pero miran… Con curiosidad. Las mujeres… Los viejos… Los niños también… De tanto en tanto lanzan miraditas al mayor. Aquí y allá se oyen los murmullos, la noticia se extiende. A susurros: «Asán…», «Asán…», «Es Asán…».

Aquí he sido el mayor, he sido un tal Aleksandr Serguéievich, he sido Sáshik y ahora soy Asán. Digamos que he alcanzado la cima de la fama caucasiana, ¿eh?—La idea revolotea juguetona en la cabeza del mayor. Una nadería, claro, pero al mayor Zhilin le hace gracia pensar en esta nadería. (Lo reconozco, me hace gracia).

Sacando del bolsillo no la pistola sino el móvil, el mayor Zhilin ha sonreído al barbudo… Y al tipo robusto también. (Este hace unas muecas aterradoras a alguien de entre los presentes). Y sin ocultarse en absoluto, el mayor llama a Kramarenko: «Kramarenko, majo, tráeme la cisterna al punto de encuentro. Directo al convoy checheno… Lo verás

enseguida».

—¿Está allí, camarada mayor?

—¿Yo? Sí, aquí estoy.

En el almacén siempre hay una cisterna llena preparada para salir, Kramarenko entiende al mayor Zhilin con sólo media palabra… Traerá también al avispado sargento Sneguir. Por si las moscas.

—Voy volando, Aleksandr Serguéievich… Yo en la cabina al lado de Sneguir, ¿correcto?

—No… Por si acaso, coge el viejo cuatro por cuatro. Y mantente a distancia de la cisterna… Para que no nos quemen juntos a mí, la cisterna y a ti de postre.

Kramarenko se ríe:

—Ni hablar… Ya voy.

La muchedumbre chechena se espesa. Los ancianos sonríen. Los ancianos desean que el mayor les dé palmaditas a todos. Más aún, que abrace a cada uno de ellos… Un anciano ciego se abre paso con los codos. ¡Vivaracho! Gira los nefelios, alza los ojos. Tal vez cree que el mayor está allí, arriba. Que ahora mismo Asán baja lentamente del cielo. Bajará y abrazará al ciego… Todos ellos esperan pacientes y decorosos… En cambio un chavalín se ha adelantado a todos sin ceremonias y ahora está tirando, valiente y atrevido, de la manga del mayor Zhilin. No deja de morder una manzana grande. Y mira al mayor con espíritu guerrero. Un moco, o tal vez una baba, cuelga de la barbilla del pequeño.

Pero donde abunda ahora la saliva dulce es en la cara del intermediario. Farfulla al mayor Zhilin una salmodia complaciente. No sabe cómo expresarle su infinita gratitud. Que tenga por seguro que jamás olvidará su ayuda y comprensión. ¡Ya lo creo! Hace no más de tres minutos el intermediario timado creía que por el convoy tirado en plena noche sin la gasolina le cortarían los huevos… Declarándose culpable de haberse dejado engañar y agradeciendo, nervioso, la clemencia obtenida, salta compulsivamente del ruso al checheno y viceversa. Las manos tremulosas no paran de ajustar la corbata.

Y entonces el mayor Zhilin, como de costumbre, dice:

—Quinientos dólares.

Acto seguido, dos, no, tres chechenos sueltan una exclamación. Ha sido como un golpe. Y antes que cualquiera chilla el barbudo-jefe: ¿de dónde sacará ese dinero? ¿Qué precio es ése?

Pero no es otra cosa que la exclamación habitual al comenzar el

regateo.

El barbudo ya no mira al mayor Zhilin como amigo. Sus ojos se han vuelto ascuas. ¡Negras! Los auténticos ojos de un guerrero. Y eso que hace nada, un minuto, su mirada y la del mayor estaban cargadas de comprensión mutua. El cachas de la metralleta también se mete con el mayor. De momento no habla, sólo ruge.

Todos se han alterado. Y hasta el penoso intermediario timado, todavía con las babas sin recoger, gruñe:

—¿De dónde quiere que saquemos la pasta?

Y es precisamente a él a quien el mayor Zhilin agarra de pronto por las solapas:

—¿De dónde? ¿Cuántos billetes verdes hay en el bolsillo de tu americana? Responde rápido… ¡Ahora! ¡Si no te daremos un repaso!

—Tres… Trescientos. Pero en rublos.

—¡Bien! O sea que ya tenemos trescientos en efectivo. Es decir, de un convoy de once vehículos sólo faltan por cobrar otros doscientos.

—¡Que te den, Sáshik! ¡Puta sanguijuela!—El barbudo escupe, furioso, al suelo. Pero las injurias en el Oriente forman parte del regateo.

—¿Quién está atascado en medio de la carretera? ¿Tú o yo? ¿Quién la ha cagado, comandante? Mejor desahógate insultándote a ti mismo por haber hecho el pardillo… Empieza por ahí… —El mayor Zhilin lo mira severo.

Y luego esboza un bostezo:

—Aún eres joven, comandante, tienes mucho que aprender… ¿Doscientos dólares por un convoy atascado? ¡Pregunta a quien quieras! ¡Mi gasolina es de calidad superior! ¡De lo mejor que hay! Nada que ver con vuestra mierda casera… Y encima no tendréis que montar una procesión hasta la gasolinera y volver, ¡os llenaremos los depósitos aquí mismo, servicio incluido! ¿Te parece poco?

El mayor regatea fríamente. El mayor no necesita su lamentable morralla en rublos, pero Asán sí la necesita. Me importa un bledo su calderilla… Pero si ahora el mayor no les hubiera exigido el pago, ellos no sólo se habrían sorprendido, sino que se habrían puesto en guardia. Dejarían de respetar y temer a Asán. ¡Cualquiera lo sabe!

Una sola flaqueza y ya tienes la daga en la garganta. O te descargan una ráfaga. (Yo estaría tirado por allí… En la cuneta… En la hierba. Los viejos alrededor mirarían cómo se vidrian los ojos humanos. El chavalín continuaría mordiendo su manzana y vertiendo de cuando en cuando su

saliva ácida sobre el pecho del mayor muerto).

El regateo ha concluido. El barbudo asiente: vale, Sáshik. Acuerdo cerrado… Estamos en paz…

Los veinte dólares por coche (en cada uno hay cinco y hasta seis viajeros apretujados) es como el pago de un billete colectivo… La paz… La paz… Y los maravillosos ancianos chechenos vuelven a sonreír, enseñando al mayor las encías de color rosa.

Pero ¡el tipo robusto con su metralleta se abalanza sobre el mayor como una montaña! Se había quedado con las ganas de jugar su carta en el regateo: la amenaza de muerte directa. El contacto se ha producido en la zona abdominal… El cañón se hunde en el diafragma del mayor Zhilin… El cañón todavía frío después de la noche fresca… Y, además, el chechi grandullón, girando un poco el arma, le muestra al mayor su dedo doblado justo encima del gatillo: ¿lo ves? ¡Un segundo y adiós!

—¡Te mato, canalla!

Pero el regateo se ha acabado, el mayor Zhilin se ríe:

—No me matarás.

—¡Te mataré!

—No, no lo harás. Lo que vas a hacer es recoger el dinero. Tú personalmente. Ya mismo. ¡Ea, a cobrar! Coche por coche, ¿está claro?

Y el mayor Zhilin asiente otra vez con la cabeza, le comunica al barbudo-jefe: compréndelo, ya no hay papel para el intermediario penoso con su corbata corrida. A ese cagado nadie del convoy le pagaría. Pero este cachas con la metralleta nos viene al pelo, tiene justo la jeta para las extorsiones.

El barbudo asiente en respuesta: está de acuerdo.

Al fortachón se le escapa un chillido tardío… Un chillido que hiela la sangre.

—¡Venga! ¡Venga! Mátame, chechi. ¡Mátame!—El mayor arrima el pecho contra su cañón frío. Y no ha sido el mayor Zhilin, sino el chechi quien ha vacilado temiendo un disparo involuntario. La metralleta en su mano robusta se estremecía como si tuviera fiebre.

Venga, dispara… ¿Y qué pasará si matas a Sáshik-Asán?

Pasará lo siguiente: el convoy sin el combustible continuará aquí como un blanco perfecto. Crucificado en la carretera… A la luz del día.

—Vete a buscar el dinero. ¡Mientras te lo piensas, haz algo útil, trae el dinero!

El mayor ha exigido que se cobre a cada coche. Aunque sea un pago mínimo, hay que cobrar de todos. El cachas fue antaño un carnicero rematado (su nombre infundía terror también en los chechenos), sin embargo Sáshik-Asán le ha forzado a ir con la mano alargada de ventanilla en ventanilla, a pasar la gorra, como quien dice. ¿De dónde iban a sacar los dólares estos carcamales? Naturalmente, son rublos.

Según el cambio oficial, claro, ha añadido, sonriendo, Sáshik, y ha dicho que luego llamaría a los pilotos de los helicópteros. Es que hay que ser cortés y desearles un buen día… Un farol, claro. Esta mañana el mayor no dispone de contacto con el cielo. Y hasta el chechi ha sospechado que era un farol… No obstante, se ha ido. Y no sólo se ha ido, sino que ha salido pitando, ahora salta presuroso entre los coches animando el polvo de la carretera.

Y todos contentos. Y las almas en paz… Los ancianos se han despedido estrechando la mano del mayor Zhilin y se han dirigido a sus coches. Cada uno al suyo… Las mujeres en los Zhiguli desataban los bártulos. O se metían la mano en la pechuga y sacaban los rublos… El fortachón por poco pierde el fajo reunido, la metralleta le estorba, le golpea en el codo… La mayoría sacaba billetes de diez. Una mujer se ha ofrecido a ayudar a recolectar el dinero. Es guapa.

Los dos soldados se encontraban a unos cuarenta-cincuenta metros del lugar del regateo y del coche que encabezaba el convoy checheno. Seguían sentados dentro del cuatro por cuatro. Oleg, alertado, de tanto en tanto apretaba la mano sobre la metralleta. Acariciaba el cargador… Ha visto cómo un chechi enorme metía el cañón debajo del costillar del mayor Zhilin.

Pero Álik ahora veía bien poco. Inspirado, lucubraba sobre el futuro encuentro. Su mente volaba alto:

—Los chicos se alegrarán tanto como nosotros o más… En cuanto a exigirnos la multa de entrada, sólo Gus habría podido… ¿Me oyes, Oleg? Y a Gus le mataron.

—Lo sé.

—Cuando los chechis aplastaban nuestra columna. Al principio… Gus cayó antes que nadie. Me acordé entonces del sargento… El sargento advertía: la bala en el combate buscará primero al avaro.

Tenso, Oleg observaba por la ventana el convoy checheno y el regateo. Sin ganas, ha replicado al compañero:

—El sargento también estaba entre los primeros caídos.

—En casa del herrero… ¡Oleg! Todos se pondrán contentos al vernos. ¡Mucho! ¡Cantidad de contentos!—Alik se atragantaba con las palabras felices—. Y hemos de llevarles algo… Para toda la basca… Algo potente, tío, papeo y priva buenos, Oleg. Compraremos algo que dé el golpe… ¡para que cuando entremos griten todos como locos!

Los mocosos de ojitos oscuros se peleaban por la manguera. Habían saltado de sus vehículos aquí y allá… Los corazones infantiles perciben cuando la tensión se desvanece… La mar de contentos metían la punta fina de la manguera en el depósito, seguían el chorro de la gasolina cara. ¡Extra! ¡También sabían de calidad!

El camión cisterna, que había llegado como una bala de Jankalá, ahora se arrastraba expresamente lento a lo largo del convoy checheno. De un coche a otro. Sneguirev conducía… Kramarenko, al volante del viejo cuatro por cuatro, se movía en paralelo, pero fuera de la carretera… Por la hierba… Se mantenía a distancia. ¡Conocía bien su trabajo! ¡Quién si no él!, pensaba el mayor Zhilin, satisfecho en ese momento de sus hombres.

También consigo mismo se sentía contento el mayor mientras regresaba a su vehículo. ¡Y tanto que sí! ¡Había desatado el nudo! El convoy de Grozni que transportaba, aparte del reemplazo y las cajas de municiones, a un alto rango del Estado Mayor, ahora tenía vía libre. Los pilotos de los helicópteros, omnividentes desde sus alturas, ya habían comunicado a Jvor que no era nada, una tontería, un convoy civil checheno atascado… Que ahora estaban llenando los depósitos. Que Zhilin les había enviado urgentemente el camión cisterna… Y que en cuanto acabaran de repostar, los chechenos despejarían la carretera. (El alto rango también podía estar tranquilo. Su vida estaba fuera de peligro).

El mayor Zhilin caminaba a paso enérgico y ahora la tierra debajo de sus pies le obedecía. ¡Qué elástica y sumisa se vuelve la tierra cuando ganamos! Detrás del mayor corría el checheno con el dinero. El intermediario-desastre envuelto en su americana a rayas. ¡Y cómo corría! La corbata se había desplazado y ahora bailaba en su hombro… Este se regocijaba más que cualquiera. ¡Un montón de dinero! ¡Su fiasco acabó convertido en un golpe de suerte!

Traía los billetes reunidos para entregarlos, los traía en las dos manos, cauteloso y atento, sonriendo, como si llevara su corazón feliz para trasplantarlo a alguien.

Al acercarse a su cuatro por cuatro el mayor Zhilin ya distinguía a través del parabrisas sus rostros. Dos manchas pálidas. ¡El rostro de Alik está blanco! No pasa nada. Pronto le enviarán a casa. Seguro que a él sí. A casa. Y su mamá se encargará de cebarlo.

El checheno-intermediario alcanzó al mayor justo al lado del cuatro por cuatro, subieron los dos al coche: el mayor Zhilin se puso al volante, el checheno al lado. En el asiento delantero… El checheno (¡con la pasta! ¡En el asiento delantero!) de nuevo se sentía un intermediario de verdad. ¡Auténtico! ¡Quieras que no, se había resuelto el asunto! El checheno incluso agitó los billetes reunidos para el mayor, los agitó con cierta solemnidad: ¡aquí están!

Mientras él seguía dando rienda suelta a su euforia, el mayor Zhilin pisó a fondo. El coche, aburrido de esperar, arrancó. El mayor también sonreía… Conduciendo se volvió hacia el asiento trasero: «¿Qué? ¿Qué tal estáis, chavales?».

Y vio el rostro blanco de Alik. Sus dementes ojos enormes… ¿Qué o quién había asustado al chaval? ¿El miserable chechi?

Y la metralleta apuntando… Y acto seguido, la ráfaga… El mayor Zhilin ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta.

El mayor Zhilin ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta y ya había recibido dos balas en el costado: las dos restantes de la ráfaga… El mayor estaba medio girado. Fueron dos balas seguidas… El grueso de la descarga fue para el checheno-intermediario. Unas cuatro-cinco balas… ¡Por lo menos!

El cuatro por cuatro, que ya había tomado carrera, después de los disparos se desvió y ahora iba a toda velocidad hacia la cuneta.

El mayor Zhilin todavía pudo frenar de golpe, pero el vehículo se precipitó ladeado a la zanja. Allí además había un tocón. Se produjo un ruido terrible, chirriante… El capó se quedó despachurrado. La puerta derecha, colgando, del todo abierta… Batiendo y retumbando… El intermediario muerto cayó fuera del vehículo inclinado. Seguía estrujando el fajo de billetes. No llegó a pagar la gasolina, el muy desgraciado.

Pero el mayor le pisaba los talones. Las dos balas eran de las mejores. De las que matan. Aunque el mayor Zhilin no besó la tierra. Tenía una mano sobre el volante y con la otra se tocaba las costillas, atravesadas por el costado derecho… La sangre… La palma de la mano toda cubierta de sangre. La mancha era grande. Y se expandía deprisa, en todas direcciones… Sólo entonces, el mayor Zhilin, muy cabreado,

gritó a pleno pulmón:

—¡Maldito chalado! ¡Estás loco! ¡Me acabas de matar, pelón, tonto rapado! ¿Qué te ha espantado? ¿Este fajo de billetes de mierda? Yo… ¡Por vosotros! He resuelto el lío y… Yo… Yo…

El mayor comenzó a tragar el aire por la boca. Se calló. Había que ahorrar las fuerzas… Ahora llamaría Kramarenko.

Los dos soldados enmudecieron. Ni se movieron del asiento trasero… también visiblemente inclinado… No se habían hecho mucho daño. Oleg agarró tardíamente la metralleta de Alik. La sujetaba apuntando el suelo… No hacía falta. Alik la había descargado.

Álik, blanco como la cal, sólo miraba y miraba al mayor Zhilin. Con los ojos desorbitados.

Zhilin repetía en voz baja. Ya sin ira. Ya calmado:

—Vaya imbécil… Vaya tonto rapado.

Sonó el móvil… Kramarenko… Significaba que el camión cisterna había cumplido su misión. El convoy checheno, abrevado con la mejor gasolina, ya se había puesto en marcha y daba la vuelta liberando la carretera para los BMR de Grozni.

El mayor Zhilin sujetaba con dificultad el aparato pegajoso. La mano bañada en sangre. Hablaba el mayor con la voz muy queda:

—Ven aquí cagando leches. Me han dado.

Ahorraba las fuerzas. La mancha oscura en el costado derecho se extendía… Kramarenko voceaba por el auricular…

—¿Cómo? ¿Quién ha sido? ¿Quién?

El mayor Zhilin, tras una breve reflexión, se apiadó de los chavales:

—Kramarenko… Nos han tiroteado…

—¿Quién?

—Qué más da. En plena marcha… El vehículo está jodido.

Entonces el mayor Zhilin dejó caer el móvil. Ya no importaba… Cayó sobre sus rodillas… Pero el aparato por sí solo siguió deslizándose. Se fue al suelo del coche. Ya no importaba. En el pecho apareció el dolor.

Ahora sólo tocaba esperar.

Los chavales seguían callados… ¿Qué iban a hacer? Zhilin los veía por el espejo, el dolor le impedía moverse, girar la cabeza hacia ellos.

¡Ajá! El viejo cuatro por cuatro venía volando, levantando el polvo… Detrás venía otro turismo. ¿Quién sería?

Kramarenko frenó, bajó de un salto. Hizo una mueca de

desconcierto. Pero no perdió ni un segundo. Enseguida se puso manos a la obra… Solícito, diligente, empezó a sacar al mayor Zhilin del coche destrozado. Se puede decir que lo extraía.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¿Por qué no os movéis?—les gritó a los sonados—. ¿Está atascada la puerta? ¿No? ¡Bajad de una vez! ¡Y rápido los dos a mi cuatro por cuatro! ¡Al asiento trasero!

El continuó extrayendo con sumo cuidado al mayor del coche mutilado. Sin un solo roce… Sin tropezar con nada… Lo levantó en sus brazos y lo llevó a su viejo cuatro por cuatro.

Los chechenos que habían llegado detrás en su coche observaban atentos sus desvelos. Tres ancianos y el joven conductor. No se perdieron detalle de cómo sacaban del coche abatido a Asán… Qué ancho, qué fuerte es el pecho de Asán, todo cubierto de sangre… ¡Interesante! Contar que Asán está herido… Y, tal vez, muerto… La guerra es una cosa interesante. A ver, los chechenos se acercaron para recoger a su intermediario después de que saldara las cuentas con el mayor… Pero al ver que el intermediario estaba muerto se pararon en seco. No querían verse involucrados.

Su intermediario yacía en el suelo después de caer del coche. Vieron que el dinero se encontraba allí, a su lado. Aleteando, como respirando… Pero los ancianos rechazaron decididamente este dinero. Ya no era suyo. Coger este dinero significaba enojar al mayor… Asán herido no dejaba de ser Asán.

Kramarenko acomodó al mayor Zhilin a su lado, en el asiento delantero.

—¡Aleksandr Serguéievich, llegaremos a tiempo! ¡Aleksandr Serguéievich! Aguanta. Agárrate a la vida… Una herida es sólo una herida, y tú eres mucho tú… ¡Agárrate! ¡Aguanta!

Conducía el cuatro por cuatro al lugar de encuentro. Hacia aquel palmo de tierra al que ya venía el convoy de Jvor.

—Y con los chavales todo está arreglado. ¡Hecho! ¿Me oyes, Aleksandr Serguéievich? Irán en el número seis… Lo he dispuesto con Jvor, según lo acordado. Con Jvorostinin.

Kramarenko se volvió por un segundo hacia los soldados:

—Escuchad, chicos. El número seis… ¡Vuestro carro es el número seis!

Mordía las lágrimas que se le escurrían por los bigotes. Sus pensamientos se agitaban… Veía bastante bien cómo era la herida. Llevar al mayor con vida a Jankalá era imposible. Pero seguro que en el

convoy de Grozni había un médico. El convoy estaba a punto de llegar… Ya se veía… Jvor siempre llevaba en sus convoyes a un buen médico. Qué el médico baje y que el convoy se vaya… El médico revisaría la herida aquí mismo… ¿Aceptaría Jvor? Lo aceptará… Son amigos.

—Aleksandr Serguéievich, aguanta, no te quedes en blanco, piensa. ¡Piensa en algo!

El mayor Zhilin pensaba en su mujer, en su hija, los pensamientos eran muy ligeros y luminosos. Aunque la nube que se levantó ante sus ojos aún era más luminosa. La gran nube luminosa le atraía. Y estaba claro que allí donde estaba la nube todo se haría más liviano para él… Por sí mismo entraría en esa nube. Suavemente. Sólo había que evitar los movimientos bruscos.

—Á-alik. —La voz del mayor se interrumpía—. El d-di-nero.

El mayor Zhilin quería decir que en el bolsillo de su traje de camuflaje estaba el billete de cien dólares. Aquel billete… Que lo tenía ahí preparado… Que Álik lo cogiera… Si tienes dificultades, saca el dinero, como decía la madre de Álik escondiendo ese billete en el bolsillo de su hijo.

Pero el mayor Zhilin ya no tenía fuerzas para decir todo esto. No le daba tiempo. Para explicarse hacían falta las frases completas. Y la respiración de un moribundo no es tan regular.

—M-m—el mayor Zhilin se dejó caer, incomprendido.

El soldado Evski salió de su mutismo.

—C-camarada mayor… N-no es posible. C-c-camarada mayor…—balbuceaba Alik.

El mayor Zhilin cerró los ojos. La gran nube blanca le atraía con una fuerza cada vez más poderosa… Ya estaba cerca.

El convoy de Grozni estaba reorganizándose cuando el cuatro por cuatro de Kramarenko paró en seco.

Kramarenko se dio toda la prisa que pudo. ¡Cada minuto contaba! Lo primero fue deshacerse de los soldados.

—¡Chavales! ¡Rápido, rápido! ¡Buen viaje! ¡Está todo apalabrado! ¡Arreglado! ¡El número seis! ¡Seis!

Kramarenko se lo recordaba a voz en grito mientras ellos se alejaban corriendo del cuatro por cuatro hacia el convoy… Al mismo tiempo su dedo apretaba las teclas del móvil… Tenía que averiguar cuanto antes en qué vehículo estaba el médico. Pero no hubo respuesta.

Kramarenko apartó la mirada del móvil callado y vio que ya no

hacía falta hacer nada. La cabeza de Aleksandr Serguéievich se había quedado colgando… Sobre su propio hombro… El mayor Zhilin estaba muerto.

Kramarenko acomodó su cabeza. Ahora miraba al campo… Y a la carretera donde se recomponía briosamente el convoy de Jvor.

Kramarenko cerró la puerta del cuatro por cuatro. Para aislarse y estar un rato a solas con el mayor Zhilin. Y para evitar que el aire cada vez más caliente accediera al cuerpo del mayor.

Y también cerró las ventanillas. El estruendo de los vehículos maniobrando bajó de intensidad. Casi era imperceptible… Ya no había prisa, ninguna prisa.

Vio cómo los dos soldados, Oleg delante y Álik tras él, corrían a lo largo del convoy. Las metralletas bamboleaban, les azotaban las espaldas… La soldadesca les invitaba alegremente desde los BMR y los tanques. Agitaban las manos. ¡Venga, venga! ¡Aquí, con nosotros!

Pero Oleg y Álik ya divisaban su vehículo número seis. Se lanzaron hacia él gritando y gesticulando. Les tendieron las manos desde la chapa… A los dos a la vez… Ayudados por brazos vigorosos ascendieron como volando al carro de combate, a la chapa: soldados con soldados.

Los carros de combate seguían con su contradanza rodante, buscando su encaje definitivo. ¡De veras parecía un baile! Hasta que, ya compactado, el convoy comenzó a serpentear por la carretera. Aumentando escalonadamente la velocidad … Vehículo a vehículo. Uno tras otro se fueron proyectando hacia adelante. Ahora era el número seis el que arrancaba.

Kramarenko se recobró un poco.

—Bueno, Aleksandr Serguéievich—murmuró—. Nos vamos nosotros también. ¿Despacito, eh?—Y Kramarenko empezó a virar el cuatro por cuatro.

Kramarenko conducía lentamente. Se tragaba las lágrimas. Avanzaba sin prisas y miraba adelante.

—Allí… ¡Mira! Mira, Aleksandr Serguéievich. Por última vez contempla esta carretera nuestra…

El mayor Zhilin muerto iba sentado con los ojos abiertos. Parecía que la carretera por sí sola se colocaba debajo de las ruedas.

—Fíjate en ese boscaje… En esas montañas rociadas con orines de soldado. ¿Es bonito, verdad?—le hablaba Kramarenko—. Y tanto que lo es. ¿Y qué sentido tiene? Ninguno… Mira, Aleksandr Serguéievich.

Míralo por última vez… Voy lento… ¿Para qué correr? No tenemos adonde.

Igual de lento pasó delante del cuatro por cuatro del mayor, volcado de costado y con el morro desfigurado y hundido en la cuneta. Kramarenko ni lo vio. O como si no.

Miraba al frente, donde pronto aparecería Jankalá.

El cuatro por cuatro ignorado se quedó tal cual, con el morro escondido en la cuneta. Se quedó petrificado… Probablemente ofendido… Él también había viajado con el mayor Zhilin. ¡Había estado expuesto a las balas! ¡Había sido tiroteado en tantas ocasiones! Y ahora no tenía otro destino que quedarse allí, abandonado. ¡Con el morro partido!

Allí también, en la cuneta, yacía el desgraciado intermediario. Con su ración de balas en el cuerpo… Y con la bola de billetes arrugados, en parte esparcidos, en parte agarrados por sus dedos muertos. Nadie los cogió. Nadie los quiso. El dinero de Asán.

Y eso que no fueron pocos los que pasaron por delante. ¿De veras tenían miedo? Los billetes apenas se habían diseminado por la hierba. Papelitos de colores varados en los tallos. Bien a la vista, al alcance de cualquiera… Luego se dijo que fue un caso insólito, único en toda la guerra chechena: que un dinero tirado siguiera sin recogerse al cabo de tres días. Tres días es mucho… Es mucho, mucho tiempo.

Esta edición, primera, de «Asan»,
De Vladimir Makanin,
Se terminó de imprimir
En Capellades en el mes
De febrero del año 2015

Metadatos

BARCELONA 2015 ACANTILADO

Publicado por

ACANTILADO Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha sido negociado a través de Synopsis UK Limited

La traducción de la edición y la creación de la maqueta de edición han sido realizadas con el apoyo financiero de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación en el marco del Programa Federal «La Cultura de Rusia (para los años 2012-2018)

Isbn: 978-84-16011-40-7

Depósito legal: B. 673-2015

primera edición febrero de 2015

Contraportada

ALEKSANDR ZHILIN no es un soldado ejemplar, es un mero intendente obligado a comerciar con carburantes para sobrevivir; vende, sin escrúpulo alguno, tanto a los chechenos como a los federales, ya que», en esta terrible confrontación, el dinero/es el único denominador común. Una remota leyenda caucásica cuenta que Asán era un ser alado y sangriento cuyo rastro parece haberse desvanecido con el tiempo, pero que resurge a través del santo y seña de los insurgentes, «Asán ansía sangre». Sin embargo, para Zhilin la consigna del enemigo no es otra que «Asán ansia dinero», ya que en el mundo que recrea Makanin, con su prosa vivida y descarnada, sangre y dinero son intercambiables. El lector se encontrará con un fresco al estilo impresionista no sólo de la Rusia postsoviética, sino también de la guerra, ese extravío capaz de avivar la crueldad incluso en los más inocentes.

Nacido en Orsk en 19 3 7, Vladimir Makanin estudió matemáticas y cine antes de publicar, en 19 6 5, *Línea recta*, su primera novela, con la que inició una brillante carrera literaria de más de treinta títulos. Considerado uno de los grandes maestros de la literatura rusa contemporánea, ha recibido los premios Booker (1993), el Penne en Italia (2001), y por el conjunto de su obra el Pushkin (19 9 8) y el Premio Europeo de Literatura (2012). Además de *Asan*, Acantilado ha publicado *El prisioneero del Cáucaso y otros relatos* (2011).

NOTAS

[1] Blindado medio sobre ruedas.

[2] En la jerga de los militares en Chechenia verdor son los matorrales y zonas forestales a lo largo de las carreteras, el refugio natural de los guerrilleros donde los militares rusos no son capaces de alcanzarlos. (*Todas las notas son de los traductores*).

[3] Helicóptero militar de ataque ruso.

[4] Juego de naipes ruso que se originó a mediados del siglo XIX. Una suerte de variante sofisticada del whist que también guarda similitudes con los juegos españoles del tresillo o el hombre, de los que podría derivar.

[5] Prisión tradicional en los países del Asia Central en forma de agujero en la tierra.

[6] Modelo de automóvil del fabricante ruso Vaz. Un coche sencillo y económico.

[7] Acrónimo de Avtomat Kalashnikova, fusil de asalto soviético.

[8] Boievaia Mashina Desanta, 'Vehículo de Combate de Desembarco Aéreo'.

[9] Vasili Ivánovich Chapáyev (1887-1919), comandante del Ejército Rojo durante la guerra civil rusa. Legendario héroe popular a partir de los años treinta, cuando fue publicado el libro del veterano excombatiente Dmitri Fúrmanov donde se recopilaban sus hazañas y se filmó la película Chapáyev.

[10] Valeri Pávlovich Chkálov (1904-1938), piloto de pruebas soviético que en 1937 realizó el primer vuelo directo de Moscú a Vancouver (Washington, EE UU) atravesando el polo norte. Otro héroe popular de la época estalinista.

[11] Camión pesado de fabricación rusa.

[12] Helicóptero militar de producción rusa.

[13] Shamil Basáyev (1965-2006), jefe militar de la guerrilla chechena.

[14] Todoterreno ruso.

[15] Abreviatura de Servicio Federal de Seguridad (en ruso Federálnaia Sluzhba Ojrani), organismo del poder ejecutivo de la Federación Rusa encargado de garantizar la seguridad de los objetos de protección estatal conforme a un conjunto de medidas legales, jurídicas, de seguridad, etc

[16] Duma Estatal: Cámara baja de la Federación Rusa.

[17] Plaza situada junto a la plaza Roja a lo largo de la muralla del Kremlin.

[18] El Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa (en ruso: Federálnaia Sluzhba Bezopásnosti Rosiskoi Federatsi), el principal servicio de seguridad nacional de Rusia.

[19] Dzhojar Dudáyev, (1944-1996), general de aviación de las Fuerzas Armadas de la URSS. También político, en 1991 fue proclamado presidente de la autoproclamada República Chechena de Ichkeria.

[20] Ahmad Sah Masud (19 53-2001), señor de la guerra muyahidín durante las guerras de Afganistán, ministro de Defensa en la década de 1990.

[21] Aleksandr Suvórov (1729-1800), generalísimo ruso, participó en más de sesenta batallas y venció en todas. Participó en la guerra de los Siete Años, en la batalla de Maciejowice, en la guerra de la Segunda Coalición.

[22] Catalina II de Rusia, Catalina la Grande (1729-1796), emperatriz de Rusia.

[23] Gorro alto de piel caucasiano.

[24] Escuadrón Policial para Objetos Especiales.

[25] El apodo del avión de caza monoplaza su. El nombre abreviado procede del apellido del constructor Sujoi.

[26] Clan u organización chechena de tipo tribal o familiar.